

Germán Espinosa
La tejedora de coronas



Lectulandia

Un viaje por la historia del siglo XVIII desde una Cartagena marcada por la Inquisición y a través de una mujer. Además de lúcida y subyugante, *La tejedora de coronas*, centrada en el personaje de Genoveva Alcocer, es un viaje a través de un lenguaje magnífico y pleno de sorpresas, vigor y sugerencias, que al guiar al lector por un pasaje de la historia de Cartagena y su presencia en el siglo XVIII, lo ubica entre las coordenadas que han integrado la mentalidad, el espíritu y la realidad del hombre actual.

A partir de una gestación primitiva, el mar y sus bestias legendarias, Espinosa recrea un período en el cual saber, anticipar y crear constituían peligro; y corre estadios en donde la astrología, las matemáticas, los mitos imperantes en el viejo y nuevo mundo, la intolerancia y la guerra, se planteaban como aventuras de envergadura y riesgo iguales. Asistimos al desmoronamiento de una época dominada por la superstición, cuando la crueldad y los afanes de poder engullen el nervio de los pueblos, pero también la afirmación, la inteligencia, la intuición y proyección de los pensadores, inventores, revolucionarios y disidentes; esos cultores del espíritu que ejercerán notable influencia sobre las generaciones posteriores. Con su erudita y apasionada visión de Cartagena y de esa época, su fervor por temas históricos y magistral empleo del lenguaje, una certera claridad del pasado y del porvenir más allá del porvenir, el novelista predice que el lastre de violencia, inquisición, horror, ignorancia y brutalidad no será permanente. A la larga, la imaginación y la creatividad serán más fuertes que los engranajes de los señores de la guerra y la estupidez. El espíritu y la inteligencia ganarán la batalla de la oscuridad.

Lectulandia

Germán Espinosa

La tejedora de coronas

ePub r1.0

oronet 05.06.2018

Título original: *La tejedora de coronas*
Germán Espinosa, 1982

Editor digital: oronet
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Nefferth Valer
y a su ángel guardi

Al entrarse la noche, los relámpagos comenzaron a zigzaguear sobre el mar, las gentes devotas se persignaron ante el rebramido bronco del trueno, una ráfaga de agua salada, levantada por el viento, obligó a cerrar las ventanas que daban hacia occidente, quienes vivían cerca de la playa vieron el negro horizonte desgarrarse en globos de fuego, en culebrinas o en hilos de luz que eran como súbitas y siniestras grietas en una superficie de bruñido azabache, así que, de juro, mar adentro había tormenta y pensé que, para tomar el baño aquella noche, el quinto o sexto del día, sería mejor llevar camisola al meterme en la bañera, pues ir desnuda era un reto al Señor y un rayo podía muy bien partir en dos la casa, pero tendría que volver al cuarto, en el otro extremo del pasillo, para sacarla del ropero, y Dios sabía lo molondra que era, de suerte que me arriesgué y desceñí las vestiduras, un tanto complicadas según la usanza de aquellos años, y quedé desnuda frente al espejo de marco dorado que reflejó mi cuerpo y mi turbación, un espejo alto, biselado, ante cuyo inverso universo no pude evitar la contemplación lenta de mi desnudo, mi joven desnudo aún floreciente, del cual ahora, sin embargo, no conseguía enorgullecerme como antes, cuando pensaba que la belleza era garantía de felicidad, aunque los mayores se inclinaban a considerarla un peligro, no conseguía enorgullecerme porque lo sabía, no ya manchado, sino invadido por una costra, costra larvada en mi piel, que en los muslos y en el vientre se hacía llaga infamante, para purificarme de la cual sería necesario que me bañara muchas, muchas veces todos los días, tantas que no sabía si iba a alcanzarme la vida, costra inferida por la profanación de tantos desconocidos, tantos que había perdido la cuenta, durante aquella pesadilla de acicalados corsarios y piratas desarrapados que, transcurridos todos aquellos meses, con el horror medio empozado en los corazones y la peste estragando todavía la ciudad, aún dominaba mis pensamientos, apartándolos del que debía ser el único recuerdo por el resto de mi vida, el de Federico, el muchacho ingenuo y soñador que creía haber descubierto un nuevo planeta en el firmamento, el adorable adolescente que me había hecho comprender el sentido de esos encantos ahora nuevamente resaltados por el espejo, el orden y la prescripción del fino dibujo de mis labios, el parentesco de mi ancha pelvis con la del arborícola cuadrúpedo, la función nada maternológica ni mucho menos lactante de mis eréctiles pezones y, en fin, el muchacho cuya memoranza me hacía bajar de tristeza los ojos, sólo para repasar con ellos el delicado nudo de los tobillos, bajo los cuales se cimentaba la espléndida arquitectura, para torcer el gesto ante las rodillas firmes y antiguas, como moldeadas al torno, para ascender voluptuosamente por la vía láctea de los muslos hasta detenerlos en el meandro divino, en el delta codiciado por el que medievales

caballeros cruzaron sus espadas en justas de honor, perfecto intercolumnio cuyos soportes cilíndricos habían de rostrar, no los espolones de las naves fenicias, sino las suaves garras del amor, y tras escalar con un estremecimiento el declive ligero de la pelvis y el vientre, dirigirlos hacia el ombligo egipcio y diminuto, para pensar en lo bella que una cicatriz puede llegar a ser si se le sujeta bien un cabezal y se la deja secar, como había visto hacer con los recién nacidos, e imaginar a Federico otra vez desnudo frente a mí y preguntarme si era bello también el ombligo de Federico, su masculino ombligo irrecordable, si era bello su pecho como el mío que ahora hacía más retador amparando con las manos la parte inferior de los senos y fijando la vista en los pezones rosados y ya erectos, como ágatas incrustadas en el centro de un escudo, cuando sólo restaba ir paseando los ojos sobre el reflejo del cuello marmóreo pero estrangulable, hasta la barbilla en acto permanente de agresión, los labios desdeñosos y la nariz un tanto respingada, para hallar a esos mismos ojos en una suerte de súplica muda, ya avergonzados del recorrido escalofriante, ordenándome retirarme de allí, eludir esa luna biselada donde mi cuerpo dejaba de serlo para convertirse en un pecado, en un pecado ajeno, del cual era necesario desviar la mirada, que no obstante permanecía allí con denuedo, erguida toda yo como una elocuente estatua griega, los ojos fijos en la comba del vientre, absorta en mi cuerpo como en el oficio de una mística milenaria, negándome a creer pero creyendo casi exacerbadamente en el milagro de mí misma, en la hendidura que parecía temblar de placer bajo la maleza rojiza del vello, cuya contemplación me hacía sentir un escalofrío eléctrico, como de ámbares frotados, una especie de zigzagueante relámpago como esos que alborotaban el mar, recorrerme las piernas, que apretaba entonces como los niños cuando no pueden retener la orina, y el efecto era igual que si me hubiesen masajado los muslos, como una esclava hizo alguna vez para curarme un calambre, así que pensaba en mi buen confesor, muerto por los piratas, y en sus advertencias piadosas sobre los desvíos compulsivos que Satanás nos alienta, e imaginaba un cabezal apropiado para cauterizar la cisura de aquella enervante sangría, para restañarme la herida del sexo como si fuera la del cordón umbilical, y sentí entonces la necesidad de algo que lo taponara profundamente hasta cortar o estancar aquel flujo magnético que me hacía apretar los muslos y evocar con furor el cuerpo amado de Federico, su viril pero aún casi tierna complexión, a punto de poseerme aquel mediodía tan reciente y tan remoto en que, aprovechando un descuido de mi padre, subí las escaleras hasta el mirador de la casa de Goltar y lo hallé escudriñando el oeste con su famoso catalejo, el oeste donde el mar desenvolvía todavía, bajo la leve tramontana, las crespas furias que irían decreciendo a medida que abril aplanara sus láminas recalcitrantes y sollamara sus vahos estuosos, porque le gustaba seguir con la vista a los pescadores, que tendían los chinchorros o sumergían los palangres según pescaran en la orilla o mar afuera, utilizando botes de remo y depositando en el vientre cóncavo las coleteantes mojarras y los sábalos de aletas listadas de azul, abundantes en ese sitio frente a los terraplenes realzados en la

muralla a espaldas del convento de Santa Clara, pues Federico amaba el mar y, en varias ocasiones, había ido con aquellos hombres de tez curtida y se había sentido muy excitado con la pesca de la tintorera, grande y saltarina como un látigo arqueado en el aire, peligrosa y de basto empaque, con dentadura afilada como sierra a flor de la boca despectiva de media luna, rebelde al arponeo de la fisga de tres dientes, debatiéndose y haciendo saltar el agua en violentas florituras de espuma ante la vista de ese muchacho tan amado cuyo amor por el mar era hereditario, ya que por algo era hijo de marinero y las profundidades marinas lo atraían con igual poder que la esfera celeste sembrada de parpadeantes hachoncillos, con igual poder porque había en ambas una misma dimensión de misterio, una análoga posibilidad de aventura y no sólo de aquélla a riesgo de daño físico, sino esa otra, la de la imaginación, donde nada era imposible y los antiguos monstruos quiméricos iban adquiriendo una fisonomía familiar, racional, ajena a supercherías de marineros, más ajena a esas fábulas inocentes en la medida en que el hombre, según Federico no cesaba de proclamar, interrogar a sus heladas honduras donde bullía la vida, donde pululaban los escurridizos nadadores bordados de escamas como de caprichosas lentejuelas o las pequeñas fieras que se arrastraban o formaban sus nichos en las rocas subacuáticas ocultas bajo la malla fina y gelatinosa de las algas marinas, las interrogara como, ciertamente, poco lo había hecho hasta el momento, al menos en comparación con lo que Federico, embebido en lecturas solitarias y casi heroicas en aquella ciudad de mercachifles, ningún otro con antiguas proezas náuticas como su padre, podía desesperadamente soñar al enterarse, como una vez me lo confió mientras compartíamos uno de esos rarísimos momentos de soledad en el almacén de abarrotes, de que cierto agustino, fray Andrés de Urdaneta, había sido el único en intuir, más de un siglo atrás, la necesidad de cartografiar a ras y hondura el viejo océano vomitador de cadáveres, ese mito trémulo y vivo, ese leviatán multiforme, antro de soledades insospechadas, porque aquel fraile, cuyo primer contacto como joven veterano de las guerras alemanas e italianas con el temible *Mare Erythreum* de los antiguos, con el padre de todos los seres de las turbadoras cosmogonías de Oriente, ocurrió con ocasión de la expedición de García Jofre de Loaysa, salida de La Coruña con la esperanza de hallar la ruta occidental hacia las Islas de la Especiería, aquel fraile trazó el itinerario de las Molucas y, tras hacerse agustino en la devastada Tenochtitlán, formó por mandato del rey parte de una segunda expedición, esta vez a las Islas Filipinas, sobre cuyos resultados, en su convento novohispalense, dejó escritas relaciones y memorias donde quedaban establecidas las analogías entre la circulación oceánica del Pacífico y la del Atlántico, bien poca cosa todavía, según mi pobre Federico, pues habría que acometer alguna vez una historia física del mar, definir las formas vagas que se agitaban bajo su superficie, sondear acaso sus abismos para enfrentar a ese gigantesco pulpo, el Kraken, cuya leyenda crispaba de terror a los navegantes, o a ese diablo de mar, de forma de vampiro, sumergido en los precipicios de los golfos boreales, o a ese pez-mujer al que Ulises identificó con las

sirenas, o a ese sátiro marino de cabeza y cuernos de morueco, tronco humano y cola de pez, o a ese obispo de mar tiarado y escamado, vicario divino de las aguas abisales, o a tantas otras criaturas sumergidas en ese reino sin medida, para cuyo conocimiento no bastaría desafiar sus trombas y huracanes a bordo de galeones impulsados por el viento, sino que habría que sumergirse en sus míticos dominios para sacar a flote la verdad, esa misma que para Federico montaba por encima de todo, pues su único sueño era hacerse hombre de ciencia a cualquier costa, ambición casi imposible en esta ciudad iletrada pero jactanciosa, donde su padre había tenido que hacerse comerciante y donde la Inquisición campeaba como una inmensa sombra y donde el diablo parecía retozar en cada rincón, a juzgar por los muchos pecados de la grey, por las muchas artes mágicas que caían bajo las zarpas de los dominicos, por la mucha astrología judiciaria, por los muchos judíos disfrazados, por los muchos frailes solicitantes, por los muchos sortilegios, augurios y maleficios de que hablaban las viejas y, desde luego, por el esfuerzo que me costó una vez en la bañera, aquella noche de tempestad, desprenderme de los ojos la imagen obsesiva del espejo, en momentos en que ya el agua resbalaba por mis carnes, las penetraba como una reconfortante cura oclusiva que me inspiraba otro género de voluptuosidad, cosquilleante voluptuosidad que me compelió a compenetrarme con el elemento multiforme que me rodeaba, que me acariciaba, que me poseía en un abrazo resbaladizo listo siempre a reproducir, de una manera lujuriosa y yo diría que pérfida, el contorno de mi cuerpo súbitamente laxo y placentero, apto ahora para sólo pensar en él, para expulsar de mi mente el recuerdo de las pelucas empolvadas de los franceses y de los rostros rencorosos de los filibusteros de la Tortuga y sólo pensar en él, en Federico, fijar la memoria en aquella noche, la noche anterior a ese mediodía en que lo sorprendí en el mirador espionando a los pescadores, la noche en que dijo a Cipriano, de sopetón, bajo la luz oleosa de aquella luna de abril, que había descubierto un planeta, sólo para que Cipriano le preguntara si estaba loco y él insistiera en haber descubierto un planeta, mientras incrustaba de tal modo, en la cuenca del ojo derecho, el antejo de Galileo, que hubiera bastado un ligero golpe para dejárselo en compota, en tanto el otro muchacho, quiero decir mi hermano, lo observaba con bobalicona mezcla de incredulidad y recelo, como si temiera ser objeto de una especie de bromazo astronómico, y la ventana enrejada del mirador se abría hacia un cielo nocturno y despejado, cuyas parpadeantes incandescencias les llegaban cernidas por un harnero de ébano, con uno que otro parche de nubes en la superficie lustrosa y, en la profundidad de la negrura perforada y cintilante, una espesa selva de mundos haciendo guiños con esa ironía particularmente evasiva de las cosas intemporales, milenarias, casi crueles, ante las cuales el hombre se disminuye y queda perplejo, mundos ajenos y lejanos, mundos que se mofan como si observaran nuestras miserias a través del microscopio de Leeuwenhoek, mundos ante cuya visión es anonadante el sentido de nuestra insignificancia, allá Sirio del Can Mayor, el más irónico, acullá Cápela del Cochero, de pestañeo sarcástico, hacia el horizonte Alpha

Centauri, muy próximo a las cuatro aspas de la Cruz del Sur, y en intranquilo enjambre Achernar de Erídano, Agena del Centauro, Vega de la Lira, Arturo de Boyero, Cánopo del Navío, Fomalhaut del Pez Austral y toda la cegadora muchedumbre de los orbes calcinados y viejos, nuestras viejas, ignotas y queridas estrellas que acaso compelián a Cipriano a arrebatarse el telescopio, pero lo hacían arrepentirse con un estremecimiento de pavor y preguntarle, más bien, como quien sigue la corriente a un lunático, de qué manera había pensado bautizar al nuevo planeta, a lo que Federico, con evidente excitación, como mi hermano con fruición malévolamente me lo contó aquella misma noche, respondería que no era broma, que podía verlo a simple vista allí, en la dirección de su dedo, casi en la órbita del sol, con un color que tiraba a verde, a lo cual replicaría Cipriano que eran tonterías, que no podía ser más que una estrella grande, y el muchacho de pelo castaño que mantenía el antejo parapetado en un travesaño de madera por entre los barrotes de la ventana, insistiría en que las estrellas titilan y éste, en cambio, brillaba con luz quieta, sólo para que el otro se obstinara en que, entonces, debía tratarse de un cometa, mientras una fresca y pestilente vaharada de miasmas de mar venía con la ventolina que, a ratos, cobraba fuerza suficiente como para amenazar a la bujía colocada sobre una especie de mesita de cartografía, en el cómodo mirador techado, de cuya adosadura se levantaba, clavada a la pared, cierta lámina entresacada de la *Harmonía Microcósmica* de Cellarius que representaba al sistema solar según la concepción de Copérnico, pues aquel altillo era, en realidad, algo así como la cueva de un astrónomo o geógrafo, lleno de mapas, cosmogramas e instrumentos de medición, esferas armilares, barómetros, brújulas y las representaciones más en boga de los hemisferios terrestres, todo un marco apropiado para las extravagantes actividades del muchacho que ahora apartaba el ojo del reflector y cavilaba un momento, antes de decidirse por la razón o la fantasía, para opinar por último que tampoco podía tratarse de un cometa, porque los cometas tienen cola y éste era un cuerpo redondo, aserción que no podía satisfacer al adolescente de pelo negro, cuyos ojos brillaban entre burlona y maliciosamente, en tanto el pliegue de la comisura iniciaba una sonrisa, que no se decidía por la condescendencia o el sarcasmo, en el momento de preguntar, qué remedio, si no era posible que tuviesen cola los cuerpos redondos, a lo cual secamente respondió Federico que éste no la tenía, un hecho así de simple, y Cipriano indagaría muy antipático si iba a bautizarlo el planeta Goltar, pero no, que lo llamara como quisiera, la cuestión era que eso que veía allí no era cometa ni estrella, sino planeta, planeta, planeta, el planeta Goltar, según la insistente chirigota de Cipriano, claro, el planeta Goltar, séptimo en la necesaria revisión que debería hacerse de la astronomía, porque, diablos, exactos dos siglos y cinco años después del descubrimiento de las Indias por Colón, el genial Federico Goltar daba en la flor de descubrir un bonito planeta verde, y no hubo más remedio que reír, reían ambos, podía muy bien representarme la escena cuando me la relataron, en el momento en que la puerta crujió para dar paso a Lupercio Goltar, cuya obesidad debió verse a

gatas para zafarse del último peldaño de la escalera y aposentarse en definitiva sobre el suelo de piedra del mirador, pues lo agitaban las subidas y se advertía jadeante, a pesar de sus ojos risueños e inteligentes, cuando les preguntó de qué reían, reparando en el antejo parapetado entre la reja de la ventana y, al imaginar que podían haber encontrado algo gracioso, porque él lo halló alguna vez, en la faz milenaria de la luna, les dijo que él, a fuer de viejo jardinero, podía asegurarles que esa luna de abril era roja como una cereza y tenía influencia perniciosa sobre los cultivos, y que a ellos, si seguían embebidos en su contemplación, les haría salir un lunar en el bozo, lo cual era indicio de que Lupercio Goltar venía de buen humor o de que, en realidad, como Cipriano lo suponía, el padre de Federico estaba siempre de buen humor, razón de más para no temer el sacarlo de su engaño y encararlo a la simple y a la vez inquietante verdad, cosa que hizo sin titubear, convencido como estaba de que el sesudo comerciante se pondría de parte del buen juicio, anunciándole un poco pomposamente que no se trataba de la luna, que de lo que ciertamente se trataba era de que su hijo creía haber descubierto un planeta nuevo en el firmamento, frase que no produjo respuesta inmediata, salvo una ligera sombra en los ojos del buen señor, que alzó una lámina de la mesita y se puso a estudiarla en silencio o, mejor, en una suspensión que no cuadraba con la expectación ansiosa de su hijo, que bien sabía que aquella lámina no podía despertar mayor interés en él, pues se limitaba a reproducir algo que se conocía de sobra, las doce casas del cielo astrológico, que sin embargo su padre parecía saborear evocando aquella caprichosa y analógica descripción que le hizo alguna vez, cuando le dijo que la de la vida poseía la forma aproximada de una ípsilon griega, la de la riqueza la testa vacuna del primer jeroglífico sinaítico, la de los hermanos las dos íes del par latino, la de los padres por infanda sugerencia un perfecto sesenta y nueve, la de los hijos una landa griega jorobada, la de la salud una eme y un travesaño similar al de la erre de los recetarios, la del matrimonio una especie de clave de do horizontal, la de la muerte una perfecta eme gótica, la de la religión un ancla atravesada, la de las dignidades una extraña te semiuncial de cabo retorcido, la de los amigos unas líneas ondulantes paralelas, y la de los enemigos una suerte de angosta hache merovingia, todo ello proclivemente insinuante en el sentir del obeso caballero, que alzó la vista cuando oyó la voz de Federico explicarle que era en serio, papá, que si quería podía verlo por el antejo, a lo cual sólo podía contestar, sin tratar siquiera de aproximarse a la ventana, que no lo dudaba, pero que si era un cometa no quería verlo, porque sería anuncio de ruina, para volver a extender su sonrisa, franca, allanadora, sobre los muchachos, como para desbaratar cualquier sospecha de seriedad o superstición, mas tener que oír a Federico advirtiéndole que no era un cometa, papá, los cometas tenían cola y éste no, de modo que sin duda era un planeta, argumento que impulsó a Lupercio Goltar a avanzar hacia el enrejado y, llevándose al ojo derecho el telescopio, irlo ajustando con sus dedos rechonchos, entre los cuales el aparato cobraba una apariencia primorosa y frágil, preguntando dónde estaba, oyendo a su hijo anunciarle que allá, cerca de la

eclíptica, en la dirección de su dedo, con voz que pregonaba la trascendencia que confería a su descubrimiento, e indicarle que era precisamente aquél que poseía una coloración verdosa, valido de lo cual el comerciante arrugó la cara para escrutar concienzudamente, ocupación en la que tenía cierta práctica, ya que había sido marino y no jardinero, de modo que aquella selva de orbes locos desperdigados por el vacío le era, hasta cierto punto, familiar, lo cual no debió obstar para que, por un instante, creyera sentir el vértigo del infinito, como si de repente el mirador, la casa, la ciudad hubiesen desaparecido y él se hallara flotando en el éter misterioso definido por los filósofos antiguos como el alma del mundo, pero claro, su gordura era lo bastante contundente como para sacarlo al rompe de ese engaño y permitirle declarar, bajando el telescopio, que no, que nada veía que antes no estuviese allí, afirmación que satisfizo malignamente a Cipriano, quien se apresuró a deplorarlo hipócritamente, porque Goltar hubiera sido lindo nombre para un planeta, antes de oír empeñarse a Federico en que nadie había hablado de algo que antes no estuviera allí, lo que él afirmaba era que no se trataba de una estrella sino de un planeta, deducción palmaria en el hecho de no titilar, de ser su luz quieta y fría, palabras articuladas con un comienzo irracional de desesperación que su padre advirtió, pero que no le impidió recordar cómo eran seis los planetas y de qué forma, pues por algo había sido marino, sabía él desde mucho tiempo atrás dónde se encontraban, argumento tan sumiso que motivó en Federico un gesto desolado, pues su juventud le vedaba comprender el poco interés que el hallazgo inspiraba a su padre, antes de aducir la posibilidad de que, por todo este tiempo, hubiésemos tomado por estrella algo que en realidad era planeta, porque humano es errar, ¿no?, pero Lupericio Goltar alzó y examinó, casi acariciándolo, el astrolabio depositado sobre la mesita, junto a la bujía, para opinar que astrónomos había en Europa que no sabían equivocarse y que no recordaba ocasión alguna en que la naturaleza dijera sí y la sabiduría no, coronando otra vez la frase con su condescendiente, colaboradora sonrisa, la cual iría desapareciendo a medida que su hijo redarguyera que él sí que lo recordaba, pues todavía no habían pasado setenta años desde cuando el Santo Oficio condenó a Galileo Galilei a recitar todas las semanas los salmos penitenciales por el solo pecado de divulgar el sistema de Copérnico y, bien lo sabían ellos, entonces se concebía a la Tierra como el ombligo del universo, a cuyo alrededor giraban el sol, la luna y las estrellas, así que lo repetía, no habían pasado setenta años desde entonces, y hoy, aunque la mayoría de las gentes siguiera dando crédito a aquellas supercherías, hoy se podía afirmar que todo era muy distinto, hoy conocíamos la mecánica de Newton, referencia que debió hacer sentir al comerciante como si un escalofrío le trepanara el espinazo, ya que, por muy en la póstuma gloria que Galileo Galilei se encontrara, el Santo Oficio seguía siendo el Santo Oficio y el sabio pisano un teórico proscrito, certidumbre que acaso lo forzó a pensar, con un poco de horror, en el invitado que tenían a cenar aquella noche, la noche de aquel Martes Santo de 1697, antes de razonar que nada de aquello demostraba que lo visto por el antejo fuera un planeta y

no una estrella, porque cuál necesidad tenían ellos, en este mirador, en aquel preciso momento, y lo inquirió desesperadamente, como si sus viejas aventuras, su antiguo amor por esos objetos que lo circuían, todo hubiese sido humo de pajas, qué necesidad tenían de que aquel malhadado punto de luz fuese un planeta y no una estrella, y para cancelar con ello la cuestión, abrió la puerta y se aprontó a bajar, consciente de que Federico seguía confuso, de que no creía reconocer a su padre, al hombre que le enseñó el manejo de esos instrumentos, las maravillas de ese cielo asperjado de mundos, en el caballero forrado de convencionalismos que se disponía a retirarse sin ver que él trataba de balbucear alguna cosa, algo referente a la necesidad de hacer brillar la verdad, expresión que no podía arrancar al viejo sino una furtiva sonrisa, en tanto les recordaba que tenían invitados a cenar, que constara que se había tomado el trabajo de subir a refrescarles la memoria, había que estar listos y puntuales y recordar, por si nunca lo habían oído, que en lo que él llevaba de vida no había visto jamás que decir la verdad rindiera provecho a nadie, con lo que dio por concluido el asunto y abordó, con su habitual torpeza, las escaleras, mientras Federico tomaba rápidamente el antejo y volvía a dirigirlo hacia el punto, próximo a la eclíptica, en que *su* planeta brillaba en frío, tal como había venido observándolo de varias semanas atrás, sin el fulgor chisporroteante de sus gemelos, de sus arrogantes mellizos aparentes, y el miasma marino volvía a recalarle las fosas nasales como un efluvio de bajeles putrefactos donde las algas entrelazaran sus corrompidas enredaderas de fibras yodadas y sus rojizas frondas de sargazos, y Cipriano le echaba la mano al hombro, en gesto conciliador, para indagar si, en serio, creía haber descubierto un nuevo planeta en el firmamento, ante lo cual se vio obligado a preguntarle en un susurro, como si ahora quisiera mantener todo aquello en equívoco secreto, si era que se imaginaba que jugaba a las cabañuelas, lo cual motivó que Cipriano, no tan imaginativo como su amigo ni tan apasionado por estas cuestiones inútiles, aunque se inclinara por sentir hacia sus devotos una mezcla de admiración y lástima, porque ¡astrónomos, Dios mío!, ¡tipos capaces de hacer, por un planeta más o menos en el cielo, tamaño escándalo, como si algo se ganara con ello!, agachara la cabeza, ahora que el viento se había hecho sibilante y sacudía con fuerza las cartas de marear adheridas con puntillas a las paredes, las carcomidas cartas de marear del antiguo marino, dueño de casa, sin traer, sin embargo, el tufo húmedo de las lluvias de abril, que aún demoraban, y preguntara con timidez rebuscada si Federico deseaba de veras hacerse astrónomo, y todavía más, si no era un oficio un tanto extravagante, como el de augur, porque confundía astronomía y astrología en su deplorable cabeza, aunque, desde luego, la confusión no fuese tan grave, ya que hasta hacía muy poco constituían una sola ciencia, la de los astrólogos caldeos o la de Hiparco, a la que alegóricamente se representaba aún entonces rodeada por las tres Parcas, para ver cómo Federico, por única respuesta, volvía a indicarle el lugar donde su planeta, quieto y verdeante, permanecía como en éxtasis, planeta acaso bilioso y de mal carácter, trabajo iba a costar convencer a la gente de su existencia, mientras Cipriano

volvía a la carga interrogándose sobre la utilidad de estas fachendas, sí claro, Pitágoras, pero ¿a quién importaba Pitágoras?, aunque, desde luego, el cuadrado de la hipotenusa, la suma de cuadrados de los catetos, eso parecía más práctico, y entonces Federico se quedó mirándolo, con algo muy parecido a la preocupación, para, sin transparentar la pobre opinión que el comentario le merecía, hacerle ver que sería preciso escribir a Europa, llamar la atención de los astrónomos sobre ese cuerpo frío, y preguntarle si no sentía alguna emoción, a lo cual Cipriano se limitó a recordar que Lupericio había pedido que bajaran, que había invitados, de modo que Federico suspiró resignadamente y lo asió del brazo para empujarlo hacia la escalera, y Cipriano lo miró amoscado mientras depositaba el telescopio en la mesita y soplabla la bujía, luego, cuando descendían el uno tras del otro, dio en farfullar, como queriendo hacer méritos, como para persuadir al amigo de que su incredulidad no era tan absoluta, si no sería conveniente escribir al mismísimo Isaac Newton, le parecía lo más indicado y lindo, sí, muy lindo, repuso Federico, que los ingleses se lleven la gloria, ahora el loco era él, porque nadie iba a buscarse que lo juzgaran por traición a la patria y porque, además, qué correo podía utilizarse, ¿acaso la flota del almirante Neville?, vaya idea tan conmovedora, así que Cipriano se congestionó de vergüenza, rubor oculto muy bien por la oscurana, pues sólo ahora caía en la cuenta de que Isaac Newton era inglés, tan inglés como Sir Walter Raleigh, y cómo sonreía yo, entre mi congoja, al evocar el episodio, que Federico me relató apenas unos días antes que el pánico y el horror se cernieran sobre la ciudad, antes que la pesadilla se esponjara y cobrase realidad ante nuestros ojos, sólo poco antes de precipitarse ese vendaval de acontecimientos que yo debía esforzarme por olvidar, pero que recordaba con una nitidez y una terquedad invencibles, como si en el mundo no debiera recordarse nada más, ni siquiera aquel mediodía tan reciente y tan remoto, el mediodía siguiente a la noche del anuncio del descubrimiento del planeta verde, cuando, aprovechando un descuido de mi padre, subí las escaleras hasta el mirador y hallé a Federico, a mi pobre Federico, escudriñando el oeste con su famoso catalejo, lleno más que nunca de ese aire soñador e ingenuo, y deposité mi mano blanca sobre su hombro casi crispado, porque los pescadores habían capturado un delfín de gran tamaño, que resoplaba todavía jugueteón entre las redes, y él seguía sus movimientos con absorta emoción, de forma que volvió la vista como si despertara de un sueño hipnótico, no despejada aún la maraña portentosa de sus deseos insatisfechos, confundido en sus sentimientos como en una bruma que fuera preciso romper, bruma entretejida ahora a su propia narcohipnia, y sonrió sin exacta conciencia del riesgo que para mí significaba el haber osado llegar sin compañía, ese Miércoles Santo, al sitio donde él tejía sus ensueños, circunstancia que me obligó a hablarle en un susurro, a indicarle con un dedo sobre los labios que guardara mucha discreción, que su padre y el mío discutían abajo acerca de unas pipas de vino y que me había escabullido porque deseaba hablarle, pero que debíamos hacerlo muy quedo, no fuera que nos oyeran y armaran un pequeño revuelo, y así logré que volviera en sí, bajo la impresión de mi

rostro emoliente, porque me sabía ya una mujer, sabía que en mis ojos oscuros relumbraba, con vivaz inteligencia, algo que, aplicado a sus solitarias ensoñaciones, cobraba un íntimo y excitante cariz de complicidad, de suerte que me estrechó rápidamente contra el pecho, con friolento amor, aún revuelta la imaginación en espectros de expediciones temerarias e impedimentos infranqueables, y creí experimentar como en un golpe de conciencia de qué modo la vibración de su espíritu poseía el intranquilo aspecto de un espasmo torturado, pues buscó mis labios con avidez casi rabiosa, alborotó mis tupidos cabellos y estuvo a punto de gemir al apoyar la cabeza en la abertura de mis senos y estrechar mis caderas, en tanto yo lo rechazaba con dulzura, con ese rechazo tan a pesar nuestro con el que damos a entender las mujeres que todo esto será tuyo, muchacho, pero una vez cumplidos los requisitos, pues a la alcoba de las jóvenes honestas se entra por la iglesia, todo ello mientras desfallecemos en una especie de placentera frustración, como desfallecía yo de castidad exasperada aquel mediodía en que el aliento ahumado de las cocinas cercanas, atenuado por la brisa del Atlántico, subía hasta ese mirador que sobresalía de los tejados de la barriada como la torre de un astrónomo persa en la llanura febril, la torre de un soñador que me pedía la ofrenda de mi cuerpo y a quien yo imponía plazos convencionales, sin saber que muy pronto mi cuerpo sería de tantos otros a quienes no amaba, como sí, en cambio, a él, a quien, sin embargo, mis ojos invitaban a ser razonable mientras, ciñéndome con ambos brazos, me conducía hasta la silla de cedro y paja entrelazada, colocada frente a la mesita de cartografía, y me escuchaba indagar, con ansia refrenada y llena de orgullo, si era verdad lo que Cipriano me había relatado la noche pasada, si era cierto que acababa de hacer un descubrimiento muy trascendente, el de un planeta, porque me resistía a creer lo que a renglón seguido agregaba mi hermano, o sea que, a fin de cuentas, se había tratado tan sólo de una ilusión, pues mientras cenábamos con fray Miguel Echarri y fray Tomás de la Anunciación, el astro había desaparecido sin dejar huellas, como si fuera apenas una estrella fugaz, o un cometa, o algo por el estilo, de cuya existencia de todas formas él nada me había informado, y le supliqué decirme lo que en verdad ocurría, él sonrió y se alisó los cabellos, dando a los ojos ese intenso fulgor que a veces me los fingía felinos, en el momento de explicarme que esperaba, para comunicármelo, la llegada de la noche, pero que lo inquietaba la reacción que en mí pudiera suscitar la noticia, particularmente después de la cena de anoche, donde salieron a relucir algunos prejuicios locales, cena que a mí me había parecido tan desabrida, aunque creo que mi padre debió reparar por primera vez en lo mal que su hijo Cipriano usaba los cubiertos y que debió pensar en que, si no fuera por la guerra, valdría la pena costearle un viaje a Francia, donde aseguraban que el opulento viudo de nuestra muy amada infanta María Teresa refinaba los modales hasta el rigor más cruel, y digo que debió reparar en la mala urbanidad de su hijo, pero trinchaba torpemente, de todas formas, su pechuga de paujil y paseaba la vista complacido, antes de llevarla a la boca, por todos los presentes a la mesa, ya por el corpulento y mantecoso Goltar, su

huésped y amigo, cuya urbanidad no era ahora la de un marinero, sino la de un comerciante, o por el frailuco Tomás de la Anunciación, glotón como un abad, o por la señora de Goltar, bella todavía a su edad, como si en los ojos soñadores, que eran los mismos de Federico, le vagaran los mirajes espléndidos que trastornaron las peregrinaciones navales de su marido, o por los cuatro adolescentes situados en el otro extremo, Federico, Cipriano y las dos lindas jovencitas, esbeltas en nuestras basquiñas de colores, la una rubia y muy parecida a Federico, yo trigueña y con el mismo aire serio de Cipriano, y desde luego, por el invitado de honor que ocupaba la cabecera, hacia quien convergían miradas y atenciones, el ambiguo fray Miguel Echarri, el insondable, el receloso, el protocolario secretario del secreto del Santo Oficio, y entonces volvía a morder la pechuga, dudando acaso del buen empleo que él mismo hiciera del servicio de mesa, pero excusándose lo más seguramente con pensar que no era otra cosa que un soldado, sí, un burdo y viejo soldado, y que no deseaba esa profesión para su hijo, mientras oíamos, trastornando las sonrisas, a fray Tomás de la Anunciación, el cual, al encomiar con arriscado entusiasmo las virtudes juglarescas de los *clerici vagantes* o frailes goliardos, autores de una irreverente colección de parodias de los cantos litúrgicos, conservada en un códice tudesco bajo el nombre de *Carmina Burana*, había acabado por enfrascarse en un laberinto de consideraciones teológicas rayanas en la estupidez, razón de más para que todos mirásemos con inquietud hacia el sitio donde el impredecible dominico tosía con ayuda de la servilleta y aseguraba que fray Tomás no lo asustaba, porque si tuviera la inteligencia de Giordano Bruno, ya estaríamos viendo cómo lo meneaba el aire en la horca, frase nada apacible, ante la cual todos nos vimos forzados a reír, con un énfasis que sólo remarcaba la mala gana, todos menos el frailuco, quien se concentró en su presa de paujil, y habló después, con la boca llena, cuando hubo saboreado muy a conciencia la salsa que ahora le caía en manchones por la barba blanca, por la barba florida, para afirmar con escalofriante osadía, aunque lo hiciera de pura broma, que sí, que la de Echarri era ésa que llamaban justicia de Peralvillo, ahorcar y después hacer la pesquisa, y agregar tranquilamente que no sabía, caballeros, a qué se debía temer más, si a rúcipe de médico, a etcétera de escribano, a párrafo de legista o a infra de canonista, sin dejar de subrayar que él recelaba más de lo último, ni de darse cuenta, por supuesto, de que lo acolitaba sólo un silencio imparcial y medroso, lo cual lo divertía, pues no ignoraba que, por mucha simpatía que sus ingenuas lucubraciones despertaran, la presencia, nada simbólica sino sobrecogedoramente física, del Santo Oficio neutralizaba cualquier propensión al esparcimiento doctrinal, ya que, aunque empañados algunos de sus antiguos esplendores, el poder y la jurisdicción de la Inquisición de Cartagena de Indias seguían siendo casi infinitos a los ojos de todos, máxime cuando rebasaban los límites del Nuevo Reino para extenderse hasta Cuba y las Islas de Barlovento, hasta Puerto Cabello y Santo Domingo, y máxime también cuando Echarri, hombre calculista pero nervioso, era como el epítome vivo de todo el fárrago de procesos y memoriales resguardado como preciosa tradición en los

archivos de la institución eclesiástica, canonista sin entrañas, ratón de cartapacios, argumentista *ad hominem* y explorador de aguas negras, cuyo poder era limitado sólo en cuanto lo era su propio talento, pues tiempo hacía que sus superiores habían delegado en él no sólo las irrecusables potestades jurídicas, sino también el gusto por los espectáculos y achicharramientos procesales, de suerte que era, como quien dice, el Santo Oficio en persona, un Santo Oficio quizás un poco deslucido, pero siempre al acecho, siempre ganoso de recobrar su prestigio, de hacer valer sobre los fieles su potestad de decretar la excomunión mayor, *latae sententiae trina canónica, monitione praemissa*, aun a aquel que pecara por omisión cautelosa en la denuncia de la herética pravedad y apostasía, pensando acaso en lo cual, Emilio Alcocer, quiero decir mi padre, se creyó, como soldado del rey, llamado a romper el hielo comentando, mientras por la ventana embalaustrada, a su izquierda, el viento dejaba entrar en el comedor, iluminado por dos candelabros de brazos finamente labrados, colocados en los extremos de la mesa, el mismo afrodisíaco efluvio de miasmas que turbó poco antes en el mirador la fantasía astronómica de Federico Goltar, cómo estaba visto que fray Tomás tenía esa noche trasnochado el sentido del humor, a lo cual Echarri, tal vez con intención apaciguadora, repuso que por él nada había que temer, pues era, como todos sabían, un hombre muy pacífico, y que, aunque sus superiores le habían delegado funciones de alta responsabilidad, solía ser bonancible como el mar cuando no lo agitaba la tempestad, de lo cual podía dar buen ejemplo recordándonos cómo, hacía poco, debió entendérselas con un astrólogo que, como Asdente, el zapatero de Parma, abandonó el cuero y la lezna para embobarse con el *Tractatus Astronomiae* de Bonatti de Forli y cómo, acaso ya nos hubiésemos enterado, le puso coraza, sambenito y una vela en la mano, lo paseó por los extramuros y lo hizo abjurar en un periquete de aquellas insensateces, para zamparlo a renglón seguido en una mazmorra donde se maduraba tranquilamente, sin necesidad de grandes alardes públicos ni de altísimas hogueras, de donde saldría convertido en un buen cristiano, como no lo era en esos momentos Cipriano Alcocer, quiero decir mi hermano, que miraba adrede a su izquierda, al sitio donde mi pobre Federico se apresuraba a inclinarse sobre el plato y atiborrarse de comida la boca para esconder la intensa palidez, mientras mi padre insistía en el tema, preguntando a Echarri si a última instancia, caso de no retractarse el zapatero, lo habría llevado a la hoguera, a lo que Echarri volvió a dibujar su sonrisa de enfermo, que dejaba al descubierto su dentadura cariada, amarillenta y dispar, y los flemones de sus encías, mirando con elocuentísima mirada que obligó a Federico a realizar un esfuerzo heroico por no atragantarse, sabiéndose observado además por dos ojos muy negros y muy asombrados, ajenos a su repentino drama interior, los ojos de esta desdichada Genoveva Alcocer, que aquella noche de tormenta, unos meses después, desnuda y acariciada por el agua evocaría con tristeza la escena, los ojos de la jovencita trigueña cuyos modales no preocupaban, como los de Cipriano, al viejo soldado que reía entre sorbo y sorbo de vino para apuntar que acaso Echarri exagerase, pues ¿no hubiera sido excesiva la hoguera para un pobre

diablo que creía en las doce casas del cielo?, pregunta que el inquisidor absolvió haciéndole ver que no era cosa suya sino, como diría fray Tomás, cosa de cánones, ya que no sólo la astrología judiciaria estaba condenada por la Iglesia, sino que además la ignorancia no excusaba el pecado, ni el libre arbitrio, aunque de origen divino, autorizaba al hombre a hacer uso de él separándose de Dios por las vías de lo demoníaco, con lo cual el frailuco debió pensar que se le invitaba una vez más a meter la cucharada y opinó que el derecho eclesiástico tenía también sus leguleyos y que, en llegando a altos cargos, las cañas se volvían lanzas, porque si, por ejemplo, al gobernador Diego de los Ríos le diera por consultar a los astros sobre futuros contingentes y casos ocultos, podía jurar que nadie le tocaría un pelo, momento en que comprendí que Federico, cuya palidez crecía por instantes, tenía anudada en el galillo alguna pregunta que no se atrevía a soltar, alguna inquietud que lo torturaba y en que vi lo mucho que lo sorprendió, bajo el reojo sarcástico de Cipriano, que fuese su madre, Cristina Goltar, la primera en quebrar el silencio inducido por las frases del terciario para inquirir, con su habitual tono desvaído y respetuoso, ya que era una mujer muy lejana y como desasida de las cosas terrenas, si estaba o no equivocada al pensar que algunos reyes muy cristianos habían empleado astrólogos a su servicio, pues hacía poco había leído, en alguno de aquellos libros traídos en otros tiempos de Europa por su marido, que la muy cristiana Catalina de Médici había hecho construir en cercanías de París un observatorio para su astrólogo de cabecera, un tal Nostradamus, interpelación que debió producir, aunque yo aquella noche no pudiese darme cuenta, dada mi absoluta ignorancia en tales materias, profundo desasosiego en Lupercio Goltar, si se piensa en el cúmulo de trabas y restricciones impuesto, desde los tiempos de Felipe II, a la circulación de libros en los territorios indianos, y cuyos ejecutores eran precisamente los dominicos, cuyo epítome vivo no pestañeó, sin embargo, quizá porque albergaba en su agostado corazón de funcionario algún atisbo de simpatía hacia esta familia cuya sencillez y lealtad eran proverbiales, sino que se apresuró a ratificar que, en efecto, se trataba de un tal Michel de Nostre-Dame, una mala hierba de origen judío, cuya real privanza no debía inquietar, ya que, como médico, había prestado cierta colaboración durante una peste que diezmaba al mediodía francés, razón por la cual el rey Carlos IX, de cuya fe no era posible dudar pues había sabido cascarles las liendres a los hugonotes la noche de San Bartolomé, le tomó cierto afecto y confianza y porque, además, Jean, el hermano de Nostradamus, había sido hombre influyente, procurador del parlamento de Lyon, lo cual dio pie una vez más a fray Tomás de la Anunciación para meter cizaña, recalcando con un gesto cómico de ojos cuánta razón lo asistía al afirmar que una cosa eran los hechiceros desamparados y otra los validos, mientras trataba, con ayuda del dedo pulgar, de embutirse completa una butifarra, no sin añadir, a título ilustrativo, cómo había oído a varios príncipes franceses aseverar que Nostradamus, en sus Centurias, había predicho con pelos y señales la forma como el rey Enrique II moriría a consecuencia de la herida inferida en un ojo, durante un torneo, por el

conde de Montgomery, parloteo de terciario zafio que a los demás pasó inadvertido, porque Lupercio Goltar acababa de decidirse a tomar parte en la conversación preguntando al inquisidor cómo explicaba el que personajes como Alberto Magno y Tomás de Aquino, santos del santoral y ambos dominicos, practicasen en su tiempo la astrología y aun la alquimia, ya que del primero se narraban numerosas historias, entre ellas la de haber evocado el espectro de la emperatriz María a pedido de Federico Barbarroja, o la de haber fabricado un autómeta cuyo cuerpo estaba sometido a las influencias astrales y respondía a todo género de preguntas, y del segundo se sabía que escribió un opúsculo alquímico dedicado a su amigo el hermano Regnault, a lo cual Miguel Echarri, que se restregaba los ojos con los dedos índice y del corazón de la mano derecha, reconoció con fastidio la posibilidad de que Santo Tomás no desconociera ciertos procedimientos prohibidos, pero advirtiendo que lo mismo resultaba evidente su primordial interés en la salud del alma y, en cuanto San Alberto Magno, las obras astrológicas y alquímicas que se le atribuían pertenecían en realidad a algunos discípulos suyos, que a su hora fueron a calentarse en las hogueras inquisitoriales o en las del infierno, porque todo, queridos amigos, eran añagazas del diablo, de las que debíamos cuidarnos, y en ello pensábamos ya con un poco de espanto cuando, de improviso, sin preámbulos, bajo la fulminante y horrorizada mirada de mi padre, Cipriano espetó al dominico una pregunta que heló de miedo a los comensales, le preguntó si su señoría había leído a Isaac Newton, se lo preguntó con la mayor seriedad, como si las obras de Newton pudieran conseguirse, ya traducidas, en cualquier abacería, y todos queríamos que nos tragara la tierra cuando Echarri, sin responder a la pregunta, pero depositando una mirada suave sobre el adolescente, le pidió en tono paternal que acabara primero de salir del cascarón y después tratara de clavarle las espuelas, que por lo pronto se limpiara, que estaba de huevo, que por lo pronto sacara las uñas del plato, antes que se las ensuciara, pero Cipriano, ante el escándalo de todos, en lugar de callar por puro instinto, lanzó el gran requerimiento que hacía rato le llenaba la boca y lo tenía como sentado en un hormiguero, quiero decir que preguntó a Echarri si podía considerarse herejía el descubrir un nuevo planeta en el firmamento, ante lo cual, como era apenas de esperarse, hubo un general estallido de carcajadas que eran más de disimulo que de burla, no importa lo ingenua que todos supiéramos la actitud de mi hermano, mientras el dominico, manteniendo la sonrisa, enturbiaba la mirada, como quien se contiene al comprender que la villana ofensa proviene de un niño, y Federico, que jamás imaginó el grado de infidencia a que su amigo podía llegar, se deslizaba materialmente bajo la mesa, hasta resbalar del asiento y quedar enredado entre las basquiñas de las muchachas, que emitimos un grito, al tiempo que mi padre, por dar un vuelco a la conversación y desviar a atención de mi hermano, borraba bruscamente la sonrisa de su rostro, bebía otro poco de vino y, dirigiéndose al anfitrión, Por estar él en el comercio y frecuentar los buques mercantes, le pedía noticias de la política y de la guerra con Francia, a lo cual Lupercio, sin parecer muy convencido, opinó que sólo

había fatiga, que se tenía la impresión de que los recursos estaban agotados y había cansancio en ambas partes, pues, a la postre, qué quería Luis XIV sino un tasajo honorable, un tasajo y nada más, a despecho de los tratados de partición sostenidos todavía, sobre la herencia del rey Carlos, por Inglaterra, Holanda y su país, y que el monarca francés, al decir de los navegantes que llegaban de Europa, mandaría a un cuerno si nuestro amado rey accediera a nombrar sucesor a Felipe de Anjou que, como todos sabíamos, era nieto del rey Luis y, claro, como trató de redondearlo fray Tomás, incorporándose para atraerse los desperdicios de la fuente de perlices, de nuestra difunta infanta María Teresa, cuya muerte debíamos lamentar, ya que, si viviera, nada de esto ocurriría, opinión que Emilio Alcocer, quiero decir mi padre, no compartió, pues consideraba que la muy marrullera nunca movió un dedo en beneficio de España, que se consideró siempre pariente de los reyes de Francia y sólo de ellos, lo cual hasta cierto punto se explicaba, porque era sobrina de Luis XIII o, lo que es lo mismo, prima de su marido y, así, el Tratado de los Pirineos, que le permitió casar con aquel lechuguino, no había significado para ella sino el regreso de la hija pródiga, que muy vivita estaba cuando la paz de Nimega nos hizo perder el Franco Condado y que, además, no movió un dedo para evitar la ruptura, actitud que, según Echarri, se había debido a que jamás le interesó la política, defensa que a nadie convenció, tal vez porque era estupendo poder contradecir a un inquisidor en materia ajena a sus potestades, de modo que Lupercio aprovechó los cabeceos de escepticismo para advertir, mientras cruzaba sobre el plato los cubiertos, que una cosa se temía para su capote y era que, si las nuevas sociedades comerciales, ésas que florecían de un tiempo a esa parte en los puertos franceses, a tira más tira convencían a Luis XIV, éste podría organizar una expedición para armar un sainete en las Indias y presionar a su primo a testar a favor del d'Anjou, pues de buena tinta sabía que en Brest había armadores dispuestos a lo que fuera por repartirse el botín y debían tener el ojo puesto a Portobelo, razón por la cual él había decidido, de meses atrás, concentrar sus mercancías en Cartagena, frase que repitió a instancia de fray Tomás, porque el terciario no entendía de dónde podía inferirse que no atacarían a Cartagena, pero Lupercio, sacándose la grasa con la servilleta, aseguró que él tenía su olfato, que Cartagena no era tan codiciada como Portobelo, lo cual aprobó Echarri, para el cual resultaba evidente que, si algo deseaban los franceses, no podía ser otra cosa que apoderarse de los galeones de escolta surtos ahora en Portobelo, los muy canallas, y esto pareció despertar cierta curiosidad en Federico, cuya palidez no daba tregua a pesar de mis miradas inquisitivas, que lo instaban a comportarse, y que preguntó, con cierta timidez, que daba a sus palabras un aire tan infantil como aquél de las de Cipriano, si en caso de ser atacada Cartagena, lo sería por la flota del rey de Francia, del rey galantuomo, a lo cual su padre, que acababa de depositar la servilleta sobre la mesa como indicando que el festín había concluido, le contestó que sí, pero que no vendrían a edificar aquí Trianones ni Versalles, sino a arrasarse con todo lo que encontraran a su paso, dicho lo cual nos levantamos, aunque claro, fray Tomás de la

Anunciación alcanzó a chupar una última ala de paujil antes de unirse al grupo de mayores que se dirigía a la sala, y los muchachos quedamos en el comedor, silenciosos, herida la imaginación por las historias de cocimientos públicos de astrólogos, de observatorios construidos por una reina de Francia para un hereje judío y por el presentimiento de las emociones que viviría Portobelo cuando fuese atacada por la armada del Rey Sol, por los finos pero denodados franceses, capaces de violar criollas y abatir bucaneros en el Caribe, pero también de pasear sus altos tacones y pelucas empolvadas por la galería de los espejos de Versalles, y fue entonces cuando Federico nos invitó a subir al mirador, cuando emprendimos el ascenso de la angosta y crujiente escalera, yo a su lado, confundida en una mezcla de miedo y equívoco placer, y delante Cipriano y María Rosa, quiero decir la hermana de Federico, lo cual nos resultaba muy conveniente porque así pudimos estrecharnos las manos hasta el momento mismo en que encendimos la bujía y se abrió ante nuestros ojos el pequeño reducto erizado de cartografías y aparatos de medición, con los mapas del *Theatrum Orbis Terrarum* colgados incluso de las vigas del techo, los planisferios de Alberto Cantino empequeñecidos ante los pronósticos meteorológicos de los calendarios milaneses y el atlas monumental de Mercator presidiendo, desde la pared del fondo, toda una panopsis de proyecciones cónicas, cilíndricas o tangentes del globo terráqueo, aunque, por supuesto, lo que primero llamó la atención de Cipriano fue el anteojo de Galileo, demasiado complejo para nuestra comprensión de entonces, pero cuyo aumento se obtenía simplemente por la relación entre la distancia focal del objetivo y la del ocular, así que lo tomó para dirigirlo, con medrosa inquietud, al lugar celeste donde el planeta verde debía hallarse, según sus toscos cálculos, brillando aún en frío, sin el menor centelleo, sin los efusivos resplandores de Régulo del León o Aspidiska de la Quilla que ya, a simple vista, eran identificados por María Rosa y por mí, en un afán de impresionar a Federico, y fue entonces cuando quedó de una pieza al comprobar que el planeta verde había desaparecido, que sólo quedaban las constelaciones, dulces y misteriosas en la esfera celeste, aparentemente inmóviles desde la antigüedad, pero moviéndose burlonas en sus ignotas órbitas, sembrando de fanales el cielo de los navegantes, desplegadas por los hemisferios boreal y austral y prefigurando con sus lumbres los ojos de Taurus o la hoz y el martillo de los Gemelos, inmutables para el hombre, Sagittarius, Capricornus, preservando su inestimable y suave distancia, aturdiéndonos con su mensaje indescifrable, sembrando el espíritu de hormigueos coruscantes, aquellos nudos de luz en cuyas pulsaciones latían los presagios más amables o siniestros, y entre cuya jungla de fuego, que sabía apartarse misericordiosamente para que el viejo lobo distinguiera la línea amada y pura de las Osas y Casiopea, no estaba ahora el planeta verde, de suerte que Cipriano, bien que en su interior saltara de malévola alegría, juzgó oportuno demostrar alguna alarma, entonces comprendió que Federico no hacía caso de sus pesquisas estelares y se consagraba, sobre la mesita de la bujía, a ilustrarnos a María Rosa y a mí sobre el modo como los geógrafos disponían las superficies auxiliares

para proyectar sobre un plano la redondez de la Tierra, a familiarizarnos con los mapas portulanos donde se consignaban las rutas de navegación, a sacarnos de la cabeza ideas tan anticuadas, pero aún en boga por esos años, como aquélla de que Jerusalén era el centro del mundo, y así, mientras María Rosa fingía interesarse en los temas, pero en realidad cerraba su mente a ellos, porque en la escuela aprendió hacía tiempos que todas aquellas lucubraciones no eran otra cosa que triquiñuelas de Satanás, yo parecía captar muy bien, en cambio, toda esa vedija de aplicaciones geométricas, porque amaba al muchacho que movía con destreza ante mis ojos el compás de clavillo movable, trazando semicírculos de un polo a otro del plano imaginario, como quien parte con hendiduras verticales una naranja sin dejar que los trozos se separen, y porque, además, me sabía amada por ese geógrafo precoz, que ahora me hacía observar, en la vieja carta de Waldseemüller, ese nombre de América con que, por algunos, eran designadas estas Indias Occidentales, ese nombre con el cual se honraba tal vez a un mediocre cosmógrafo llamado Américo Vespucci o quizá se recordaba el nombre indígena de Amerik, revelado a Colón cuando en su cuarto y último viaje al Nuevo Mundo un huracán lo arrojó a la costa y desembarcó en el cabo que bautizó Gracias a Dios, materias que a Cipriano se le antojaban pedantes, pues no parecían convencerlo esos esporádicos raptos de inspiración de Federico, cuyo desinterés por las cosas prácticas y cuya pasión por estos fantaseos aparentemente inútiles, que en vez de granjearle las palmas de la gloria podrían atraerle las del martirio, lo exasperaban, máxime ahora, cuando teníamos dentro de la casa al mismísimo Echarri, de quien se aseguraba por aquellos días, acaso por su vieja rivalidad con el gobernador, que estaba replegándose para acometer un salto grande y renovar los esplendores del Santo Oficio lo cual explica el pecaminoso regocijo que parecía sentir al decir a Federico, lo más alto que pudo, que le dolía participárselo, pero era lo cierto que su planeta verde se había evaporado, a lo mejor no se trataba sino de un espejismo, sólo para que el otro lo mirase de pies a cabeza, con la preocupación que siempre le suscitaba Cipriano, y sin prestarle más atención volviese a inclinarse sobre las trazas y, apuntando al Océano Atlántico, nos encareciese de cuál manera nos hubiese aterrado esa gran extensión de agua salada si hubiéramos vivido en la Europa de mediados de la centuria antepasada, cuando se creía que la Tierra era plana y que, más allá de las Columnas de Hércules, el mar se precipitaba por las fauces de un bestión descomunal, como esos de la *Topografía Cristiana* de Cosmas Indopleustes, superchería barrida, hacía ya tiempos, por Colón, Magallanes y Elcano, pues hoy sabíamos que la Tierra, como ya lo había afirmado Aristóteles, era redonda y podía circunnavegarse y que, además, esos puntitos que brillaban en el cielo eran otras tierras, otros cuerpos enormes como éste, más enormes aun, y algunos de ellos carecían de luz propia, no ignifluían sino que reflejaban la de una estrella y, por tanto, podían ser habitables, para ponderar lo cual extendió el brazo en ambicioso ademán hacia la ventana, con lo que logró que María Rosa observase desganadamente el recuadro por donde filtraba su luz refleja la luna de abril, pero obtuvo de mí un gesto

de inteligencia que le bastó para comprender que no había perdido el tiempo ni la saliva, mientras una nubarrada de mosquitos, atraídos quizá por la llama, se colaba en el mirador y Cipriano trataba en vano de aniquilarla a papirotazos, como en una locura súbita, y la voz de Emilio Alcocer, quiero decir de mi padre, se dejaba oír abajo indicándonos que nos íbamos, ea, que era tarde, bajamos como habíamos subido, en parejas, nos reunimos en el portón con el grupo de mayores, rodeado del cual gesticulaba fray Tomás para sostener, en tono inútilmente colérico, que la precaria salud del rey Carlos se debía a hechizos de brujos, para maldecir a Luis XIV y fastidiar ostensiblemente a fray Miguel Echarri, que hubiera preferido ser el centro de atención y ahora no parecía apaciguarse ni siquiera al oír las bromas que Lupercio Goltar, nervioso, trataba de traer de los ralos cabellos, asegurando que esos maleficios y sortilegios a los cuales solía atribuirse la mala salud del monarca no eran sino cuentos de viejas, que dejaran a los pretensos hechiceros, que bien inofensivos eran, a lo cual el inquisidor, finalmente, decidió darse por aludido y dijo que él a los brujos los dejaba en paz, Goltar, y hasta a ciertas personas que se daban el lujo de leer sobre Nostradamus, o sobre Paracelso, o sobre no sé cuáles otros picaros o belitres, lecturas muy claramente proscritas por la Congregación del índice, pero que no le vinieran con astrologías, que si alguien había descubierto un planeta por esos contornos, se lo guardara muy bien, porque esa luna vieja ya bien se decía que hacía las malas noches en verano y se gastaba en enseñar a gruñir los vientos y a murmurar los vientecitos, así que mucho cuidado, pues no deseaba escuchar ni esos gruñidos ni esas murmuraciones, dicho lo cual se internó en la tranquila oscuridad de la calle, mientras Cipriano debía suspirar pensando que ya no existía peligro, porque el puñetero planeta verde había desaparecido del cielo.

II

Catorce años después del estrago causado en la ciudad y en nuestras vidas por la flota del rey de Francia, una pareja de hombres de ciencia europeos, que viajaban hacia Quito con el designio de medir un grado del meridiano, fue arrestada en Panamá por el tribunal de la Inquisición bajo el cargo de portar en sus valijas libros y materiales propios de las prácticas de hechicería, y fue así como se ordenó su inmediato traslado a nuestra ciudad, para el consiguiente juicio, que había de ser muy sumario, pues el francés Pascal de Bignon y el bolones Guido Aldrovandi parecían sostener, en sus cartografías y cuadernos de notas, la verdad del sistema de Copérnico, teoría que el Santo Oficio, con fundamento en la Escritura y en ciertas opiniones de San Agustín y de Santo Tomás, consideraba indefensible ni siquiera como hipótesis, intolerable para los católicos como ya lo había proclamado, mucho tiempo atrás, el papa Urbano VIII al recordar que la Tierra era un astro inmóvil, a cuyo alrededor giraban el sol y las estrellas, y en uno de cuyos puntos geográficos, Jerusalén, morada y santuario de Dios, se hallaba el centro de la Creación, de donde juzgaban los sesudos inquisidores que, si la sola razón natural no bastara para deducir una cosa tan palmaria, al menos debía sentirse algún respeto por los textos sacros, que en tal materia no dejaban ni el menor rescoldo de duda, a menos que el blasfemo Copérnico se sintiese más conoedor que Moisés en aquellos delicados puntos, lo cual producía tal ansia de reír que se inflamaban por sí solas las piras inquisitoriales, pero resultó que Aldrovandi y de Bignon venían muy bien respaldados por el gobierno de Francia, cuya alianza con el rey Felipe era no sólo política sino familiar, de suerte que los dominicos, aunque se obstinaron en alegar que los geógrafos eran autores de un cosmograma en el cual se representaba al universo como una mujer desnuda, símbolo del poder satánico, se quedaron con un palmo de narices y tuvieron que dejar en libertad a los dos apuestos caballeros, a quienes recibí secretamente en mi vacío caserón de la plaza de los Jagüeyes, como en memoria de Federico hacía con todos los viajeros cultos que pasaban por la ciudad, para oír de sus labios las últimas novedades de la ciencia europea, tales como la medición de los paralajes planetarios, que conocí por boca de un holandés que había trabajado con Jean Richer y la cual Federico jamás llegó ni siquiera a barruntar, pero yo sabía ahora mucho más de lo que él supo nunca, pues me había propuesto continuar su obra y por eso había trasladado a casa todos los mapas y aparatos del abandonado mirador de los Goltar, tratando de hacerme como él astrónoma empírica, de asumir su llama imborrable, a furto siempre de las escolimosas miradas de comisarios y familiares del Santo Oficio, siempre evadiendo la curiosidad de los vecinos, que no comprendían cómo una mujer que ya rebasaba la treintena podía sobrellevar una vida tan solitaria en un caserón

impregnado de recuerdos acerbos, sin marido, sin parientes, extenuando día por día una herencia que hubiese podido multiplicarse, marchitando su propia belleza que todavía ponía a galopar briosamente a algunos corazones de vecindario, engolfada en quién sabe qué actividades misteriosas, pecando acaso a solas como un ermitaño tentado, languideciendo entre cuatro paredes que sólo abandonaba los días de mercado y aquéllos del arribo de los navíos mercantes, cuando abordaba, con escamantes propósitos, los bajeles fondeados en el puerto de naos o frente al Fuerte de Santa Cruz, para regresar al cabo de muchas horas a casa, con visibles signos de fatiga y agobiada por el peso de varios cuadernos de apuntes que, al hojearlos furtivamente, algunos eventuales e indeseables visitantes habían encontrado crípticos y quizá sospechosos de pravedad, razón por la cual la vecindad temía una irrupción de los dominicos en el momento menos imaginado y cada día se alejaba más del trato de esta Genoveva Alcocer, sola en el mundo, tan sola que tal vez se había vuelto loca, lo cual no descartaba yo misma, pues sólo a una loca podía interesar, en una ciudad tan inculta y mercantil, el cálculo de la distancia entre el Sol y la Tierra, hecho por Cassini, o la posibilidad de calcular el paralaje de Venus, planteada por de Bignon y por Aldrovandi aquella noche inolvidable en que les hice los honores de la casa, con viejos vinos de las bodegas de mi padre, y ellos se manifestaron altamente sorprendidos de la existencia, en estas latitudes tropicales, no ya de un hombre, sino de una mujer, *mon Dieu*, con tan buen arsenal de conocimientos astronómicos y matemáticos, al punto de pedirme, saboreando con azorada vista mis encantos, que marchara con ellos a Quito, a manera de ayudante, oferta no muy común para alguien de mi sexo, así que no vacilé en aceptar y aquella noche hicimos los preparativos mientras bebíamos a torrentes y perdíamos de tal manera el sentido de las proporciones, que terminamos fornicando a morir entre las viejas cartas de marear del padre de Federico, y muchas veces desfallecí de placer, ya con uno, ya con otro, como solía hacerlo con todos esos viajeros con quienes dialogaba sobre temas herméticos para mis comunicipes, en los camarotes balanceantes de los galeones, en sus camas plegables o sobre los llamados baúles de marinero, siempre bajo los palos y estayes lanzados hacia el cielo como troncos y ramas de un bosque cuyo follaje fuese de tela y de viento, porque sabía de catorce años atrás, por amarga experiencia, que mi vientre no podía ser fecundado, que era yermo como la tierra maldita y que estaba bien que así fuese, pues el único hijo que hubiese deseado era el de Federico, ese hijo que sólo supe imposible cuando mis entrañas se resistieron a aposentar los de otros, los de tantos otros, durante aquella pesadilla que nos sirvió como festín macabro el rey galantuomo, ese mismo que ahora se había convertido en nuestro poderoso aliado y uno de cuyos adelantados científicos, monsieur Pascal de Bignon, me encumbró a las delicias más inefables con su don amatorio gabacho, aquella noche alucinante en que, mientras hacíamos el amor en mi caserón desolado de San Diego, me recitaba versos de Mellin de Saint-Gelais y de Jaufré Rudel, por cuya princesa lontana me tomaba, versos que me hacían recordar aquella cancioncilla de

primavera que Leclerq, el maldito Leclerq entonaba la noche que lo tropezamos como a un alma en pena en las playas de Zamba y en que Federico empezó a alentar aquella malhadada ilusión de ser transportado a Francia, él que, a pesar de su manía ensoñadora, pocas esperanzas había abrigado jamás de abandonar algún día esta tierra de pacatería e ignorantismo donde su padre dio, para desgracia suya, en sentar sus reales y donde el único futuro que un talento como el suyo podía vislumbrar eran las altas hogueras inquisitoriales, o las mazmorras y las máquinas de tortura que obligaban a confesar pravos horrores a quienes apenas si se habían entretenido con la suerte del cedazo, hogueras y mazmorras sugeridas por el temible secretario del secreto aquella remota noche que, ante las bromas inocentes de Lupercio, advirtió, injustamente espinado, que él a los brujos los dejaba en paz, Goltar, pero que no le vinieran con astrologías, que si alguien había descubierto un planeta por esos contornos, se lo guardara muy bien, porque esa luna vieja ya bien se decía que hacía las malas noches en verano y se gastaba en enseñar a gruñir los vientos y a murmurar los vientecitos, así que mucho cuidado, pues no deseaba escuchar ni esos gruñidos ni esas murmuraciones, dicho lo cual se internó en la tranquila oscuridad de la calle, mientras Cipriano debía suspirar pensando que ya no existía peligro, porque el puñetero planeta verde había desaparecido del cielo, en lo cual se equivocaba por fas o por nefas, pero eso no vine a saberlo sino al día siguiente, cuando, aprovechando un descuido de mi padre, subí las escaleras hasta el mirador y hallé a Federico escudriñando el oeste con su famoso catalejo y deposité mi mano sobre su hombro y él volvió la vista como si despertara de un sueño hipnótico y me estrechó contra el pecho y buscó mis labios, que yo entregué con estúpida reticencia, y me condujo hasta la silla de cedro y paja entrelazada e indagué si era verdad lo que Cipriano me había relatado la noche pasada, y si a fin de cuentas, como él sostenía, se trataba sólo de un espejismo que desapareció mientras cenábamos, él sonrió y se alisó los cabellos, dando a los ojos ese intenso fulgor que a veces me los fingía felinos, en el momento de explicarme que esperaba, para comunicármelo, la llegada de la noche, pues Cipriano ignoraba que este cuerpo era sólo visible en las horas inmediatas al crepúsculo, como él había podido comprobarlo durante semanas de observación, a lo largo de las cuales llegó al convencimiento de que se trataba ciertamente de un planeta, y a alguien debería dar gracias por la buena vista que tenía, pues pensaba que su padre, a pesar de haber sido marinerero, no alcanzó a divisarlo ni siquiera con el telescopio, con ese antejo, demasiado pobre por lo demás, de que disponía, el antejo de Galileo que retiró de la mesa y extendió a mi vista, para explicar que era quizás el más poderoso existente en la ciudad, que su padre lo había comprado en algún puerto de Italia, que tenía por objetivo una lente convergente acromática y por ocular un sistema divergente, así que la imagen era virtual y derecha, y aumentaba tres veces el diámetro de los objetos, bien poca cosa, pues en los gabinetes de óptica y física de París tenían que existir telescopios más perfeccionados, probablemente el de Gregory, del cual su padre había oído hablar, que se componía de un gran espejo

esférico con un agujero pequeño en el centro y un minúsculo espejo cóncavo que recibía la imagen real e invertida formada por el espejo grande para transformarla en una imagen derecha y aumentada, que quedaba compuesta cerca de la abertura del primer espejo, de modo que esa segunda imagen, vista con un ocular a través de la abertura, diera otra recta con relación al objeto, descripción teórica que debería bastarle para construir una réplica, a no ser porque, a más de no dominar la ciencia óptica, carecía de los instrumentos indispensables, con los cuales sería mucho lo que podría intentar, ya que sabía que Newton y Cassegrain habían propuesto otros tipos de telescopios, pero aquí estábamos muy lejos, Genoveva, de lo que él propiamente llamaría el mundo culto, recibíamos sus ecos lejanos, pero nos rompíamos la crisma de impotencia, pues nos encontrábamos rodeados de palurdos, de comerciantes, de gentes erizadas de prejuicios, y nuestros propios padres, como buenos españoles, sólo pensaban en la propagación de la fe o en colmar de oro sus arcas, así que sus investigaciones estaban condenadas al fracaso, a menos, pero no concluyó la frase y yo proseguí por mi cuenta, a menos que pudiéramos trasladarnos a alguna parte de ese mundo culto, allende el mar, a menos que, por ejemplo, fuésemos a París, y acentué la forma plural, con la misma determinación con que hubiera propuesto, ay juventud, un viaje de placer a Portobelo, y Federico rió nerviosamente, pues conocía muy bien la terquedad de su padre y su obstinada negativa a prohijar proyectos que conceptuaba moceriles locuras, y yo insistí en que iríamos a París, juntos, a cualquier precio, porque allá reconocerían su talento y lo colmarían de los honores que merecía, allá se codearía con los hombres de ciencia, sus iguales, y participaría de sus descubrimientos, qué caramba, no era tan descabellado, se necesitaba apenas fraguar un plan, y entonces él volvió a reír para, sin ocultar la angustia que asomaba ya demasiado a menudo a sus ojos, recordarme que no sólo era descabellado, sino absolutamente imposible, porque estábamos en guerra con Francia, a lo cual yo, en mala hora, opiné que nosotros no estábamos en guerra con nadie, que los hombres de ciencia eran hombres de paz, parecer que suponía, por esos días, una verdad tan grande como un templo columnario, y él hizo un gesto desolado, pues, en vez de animarlo, mi bien intencionado entusiasmo lo llenaba de tristeza, a él que no ignoraba que París era algo tan distante e inalcanzable, la capital del enemigo, la cosmópolis alegre y desenfadada donde el español, y qué decir del indiano, sólo risas y desprecios inspiraba, y porque, además, qué había llegado a ser la ciencia sino una esclava de las potestades políticas, *scientia remota a justitia*, en estos tiempos de guerras interminables, cuando todos se disputaban el botín a mordisco limpio, tiempos de pérdidas y recuperaciones territoriales, de matrimonios de conveniencia estatal, de disputas entre primos tarados, es decir, entre reyes, y qué lejanas, dijo, se hallaban las épocas en que la Península Ibérica, patria de Lupercio Goltar, fue reducto de sabios, los días del califato de Medina Azahara, los años en que Avicena, Abul Kasim o Abenzoar cultivaron las artes aristotélicas, los bienaventurados tiempos en que cristianos, judíos y árabes, de consuno, elaboraron el sorprendente *Lapidario*,

registro de piedras u relación con el signo astronómico bajo el cual se censaban, vías no menos pasmosas *Tablas Alfonsinas*, que revisaban los postulados de Tolomeo y de Albatenio, qué lejanas ahora que España se marginaba voluntariamente de un siglo de turbadores hallazgos, en que el *Novum Organum* de Bacon daba lugar a la creación de las sociedades científicas, en que el mismo Bacon, al morir, con plausible sentido universalista, encomendaba su alma a Dios, su cuerpo a una olvidada tumba, pero su nombre a los siglos venideros y a las naciones extranjeras, en que Isaac Newton postulaba las leyes de la gravitación universal e ideaba el cálculo infinitesimal, y en que Hooke inventaba el barómetro de cuadrante, establecía que, en un material elástico, la deformación era proporcional a la carga aplicada y, para sorpresa del mundo científico, su mirada privilegiada descubría bajo el microscopio esa unidad orgánica, comprobada en el corcho y presente probablemente en todos los tejidos vegetales, ese embrión de la biología del mañana, la célula, que probablemente participaba lo mismo en la composición de nuestra carne y nuestra sangre, como, siguiendo la corriente a un tal Fierre Gassendi, de quien había oído hablar a viajeros estrambóticos a bordo de los navíos mercantes, Federico creía poder asegurar que habían pensado, hacía más de veinte siglos, Leucipo y Demócrito, y acaso mucho antes Moscus el Fenicio, mientras nosotros, ya moribundo el XVII, seguíamos cifrando toda nuestra grandeza en la defensa de unos ideales cristianos en los cuales no podía ser sincero este pueblo de buscadores de oro, de comerciantes de toma y daca, de clérigos ladinos y rúbulas marrulleros que continuaban apegados a las suertes del rosario y del cedazo, a las filacterias, a la oración de San Cebrián, al conjuro de la mata de penca zábila y a las mohanerías de toda catadura que la Inquisición perseguía con tanta ingenuidad como otros las practicaban y, sin embargo, no, Genoveva, los criollos nacemos prisioneros de nuestro territorio geográfico, sería un riesgo demasiado grande tratar de pasarnos al enemigo, contentémonos con hacer aquí lo que podamos, encargar a alguna parte un telescopio más potente, investigar en libros, entonces me puse de pie, creo que me sabía hermosísima en aquel momento, y lo increpé amorosamente, alzando la voz a riesgo de precipitar el pequeño revuelo, porque dos jóvenes solteros, de sexos distintos, no podían encontrarse solos en una habitación llena de cosmogramas afrodisíacos y voluptuosos cuadrantes de Tycho Brahe, y enhoramala le recordé que los únicos libros que aquí hallaría serían libros de sobordo, de inventarios y los grandes y apolillados volúmenes en que las Cajas Reales anotaban las inscripciones nominativas de las rentas perpetuas a cargo de la Corona, con lo cual acabaría renegando de sus actuales ilusiones y montando, como su padre, que fue marinero y conoció mucho mundo, algún cómodo tenderete de abastos donde engordaría y cambiaría ideas, de tiempo en tiempo, entre botijuelas de aceite y carretes de hilo, con algún más vitando secretario del secreto del Santo Oficio, que le recordaría cómo era deber del buen cristiano denunciar a quien rezase los salmos de David sin añadir el Gloria Patri, o a quien celebrase la pascua comiendo apio o lechuga, o a quien ayunase el ayuno de la reina Ester, ante lo cual

Federico no pudo contener la risa, porque, aunque bien sabía que iban en serio, le hacían gracia mis exageraciones, y me dijo que no, que él no abandonaría sus ilusiones, que tenía temple, Genoveva, que con un poco de esfuerzo, frecuentando los navíos mercantes, conversando con los viajeros, podría mantenerse al día y persistir en aquellas investigaciones que emprendió de tan desvalida manera y que, sin embargo, le habían permitido, casi con la sola ayuda de la vista, descubrir ese planeta enlucido como con una pátina de *aerugo nobilis*, de noble cardenillo, cuya índole verdadera no parecía dejar lugar a dudas y atinente a cuyo nombre, e hizo aquí la gran revelación, había pensado bautizarlo con el mío, en homenaje a su *maximus et honestissimus amor*, porque te amo, niña, te amo con locura, y habida cuenta que mi nombre, circunstancia por mí ignorada hasta el momento, significaba *tejedora de coronas*, de coronas de flores frescas o de simbólicas diademas siderales, el planeta Genoveva sería en adelante el que tejería las aureolas de la gloria, bajo cuyo signo estarían favorecidos los descubrimientos, las facultades inventivas y las ideas revolucionarias, porque según sus cálculos era, además, el regente de Acuario, así que, aunque mal aspectado podía suscitar acciones extravagantes, violencias, desviaciones morales y acaso catástrofes y suicidios, su reino, que no sería precisamente de tranquilidad, pertenecería más bien a los sabios, artistas y navegantes, a los intranquilos e inconformes, a los insumisos, a los que deseaban cambiar al hombre y al mundo, retahíla con la cual consiguió aplacarme, mas no al punto que dejara, en mala hora, de recordarle que, en París y Greenwich, los reyes de Francia e Inglaterra habían hecho construir, hacía poco, espléndidos observatorios donde existían los instrumentos apropiados para las investigaciones que él deseaba y debía hacer y que, si quería ver algún día proclamada a los cuatro vientos la existencia del planeta Genoveva, si quería ver reconocidos sus méritos científicos, sería preciso dirigir todos nuestros esfuerzos a situarnos en aquel lugar del mundo donde la ciencia era respetada y estimulada, dicho lo cual y haciéndole un guiño de inteligencia, me escabullí hacia las escaleras y lo dejé con la vista perdida otra vez en el mar, donde los pescadores recogían las atarrayas, pensando acaso cuan quiméricos eran mis requerimientos, pues escapar a Europa en navíos de guerra resultaba poco menos que imposible, debido a la estrecha vigilancia impuesta por la marina y también al hecho de ser mi padre soldado, circunstancia que le permitiría descubrir en un dos por tres nuestros movimientos, lo que valía por igual para el suyo, caso de intentarlo en un galeón mercante, así que sólo restaba la posibilidad de viajar en alguna embarcación de vela cangreja a una isla francesa, inglesa u holandesa, para abordar allí un navío de cualquiera de esas banderas, idea mucho más disparatada todavía, como yo misma hube de reconocerlo unos días más tarde, cuando ya la flota francesa se acercaba a la ciudad y Federico se hacía ilusiones con la promesa de Leclerq, del maldito Leclerq cuyo rostro de achiote puebla mis pesadillas con mayor fuerza aun que el de aquel austo Diego de los Ríos, quiero decir el gobernador de Cartagena, cuya ambición nos perdió a todos y cuya impiedad permitió que

prosperasen los infundios que hundieron a Federico, en momentos en que sólo fray Miguel Echarri hubiese podido arrojar luz sobre ese turbio proceso, pero Dios no quiso permitirselo, no quiso la Divina Providencia que todo se aclarase sino cuando era ya demasiado tarde, cuando se había consumado para siempre aquel juego maligno que, según la relación hecha después ante el Consejo de Indias por el secretario del secreto del Santo Oficio, debió comenzar, ese mismo mediodía del Miércoles Santo en que dejé a Federico contemplando desde el mirador a los pescadores que recogían las atarrayas, unas seis o siete cuadras más allá, quiero decir en las viejas casas del cabildo, donde, con menos incomodidad que en otros tiempos, se hallaba por entonces instalada la Gobernación, casas que recordaban las de los ayuntamientos castellanos, que vi más tarde con Aldrovandi, y habían sido ampliadas, unos años antes, a expensas de un edificio de tablas comprado a censo al Santo Oficio, cuya demolición había servido para construir la sala de cabildantes, la de audiencia, los nuevos portales con tiendas para uso de escribanos y la albóndiga de cereales, y en cuya segunda planta, en un despacho con artesonado de florones y dibujos simétricos, se dice que Diego de los Ríos se hacía rasurar por un barbero cuando comparecieron su tocayo, Diego de Morales, guarda mayor de las aduanas, y sus acreedores el mercader Juan de la Peña y el médico Miguel de Iriarte, los cuales, mientras el guarda mayor permanecía de pie, rígido y pálido como si estuvieran ajusticiándolo, se sentaron muy complacidos alrededor de la silla de brazos donde el gobernador se sometía al dulce y cotidiano suplicio de ese corte de raíz, impuesto por la moda francesa, o sea la del enemigo, porque cuando dice imitar la novelería no ve enemigo en parte alguna, corte que el barbero debía ejecutar concienzudamente, dejando apenas el bigotito perfilado a la Luis XIV, a pesar de lo mucho que el gobernador debía embarazarlo al gesticular con excitación para tratar de convencer a sus visitantes de que su propuesta era simple y no ofrecía peligros, estirando seguramente las piernas para mejor incrustar la nuca en el mullido de la cabecera, ello sin contar, por una parte, con que los requilorios del quiteo no deberían en realidad aplicarse a altos funcionarios como él y, por la otra, con que Morales, claro, ya le debía bastantes favores, en este punto fue muy prolija la exposición de Echarri, tardía por desdicha desde mi punto de vista, ante el Consejo de Indias, y encarecer a renglón seguido los servicios que tanto de la Peña como Iriarte, sus acreedores, habían prestado a la ciudad, el uno como importador de almádenas y otros implementos con destino a la restauración de los baluartes, a riesgo siempre de ver sus naves saqueadas por bucaneros, y el otro cuando la peste de las viruelas, que al propio Morales casi lo lleva a la tumba, así que, aunque bien podía él mismo, en su condición de gobernador, impartir sin más rodeos la orden de embarque sin aforo, pues para eso tenía mando en plaza, prefería hacer las cosas dentro de las normas regulares y dejar en manos del guarda mayor el que todo no parase en desazones y malas voluntades, a lo cual Diego de Morales, según la versión recogida por Echarri y expuesta ante el máximo tribunal, se mordió los labios de desesperación pero, ante el aplastante poder

concentrado en los ojos del mandatario, se vio obligado a inclinar la cabeza y, paseando gacha la vista por el mercader y el médico, que sonreían como si todo aquello les fuese ajeno, excusarse por su atrevimiento al replicar a de los Ríos que, por muy gobernador que fuese, no podría dar orden alguna de embarque sin aforo, pues estaban de por medio la Contaduría y las Cajas Reales, de forma que, sin el documento, que sólo él mismo podía facilitar, en Cádiz pedirían una investigación y el contador descubriría que el cargamento no había sido quintado, nada de lo cual podía el guarda mayor evitar así como así, ya que las leyes no contemplaban excepciones y muchísimo menos tratándose de *esa clase* de embarques, énfasis que pareció sacar de quicio a de los Ríos, porque, taconeando con nerviosismo y consultando con los ojos a sus acreedores, recordó a Morales, demonios, cómo le había explicado ya que todo sería aforado como semilla y madera de sarrapia, pues a la postre, ¿no era el gobernador el que ejecutaba aquí las leyes y a quien, además, se debía obediencia?, que no fuera a olvidarlo, pero Morales se limitó a agregar, con su perdón, señor, que el guarda mayor de las aduanas era funcionario del rey, ante lo cual, ya con comienzos de irritación, acicateada muy probablemente por la reverberación del sol abribeño que entraba como un vaho de horno por la ventana abierta a la plaza de Armas, de los Ríos, a quien el barbero raspaba peligrosamente la piel sobre la yugular, arriesgaría opinar que con mayor razón, pues nadie sino la Real Audiencia, que no tendría por qué ponerse al tanto de nada, ejercía fiscalía sobre usted, Morales, a quien he prometido, que conste, una bonita comisión en el negocio, y al decirlo debía sentir el filo de la navaja acariciar la parte más delicada de su cuello, así que pudo pensar en la muerte con una sensación de liberación que, de inmediato, le invertía los términos y afianzaba en su corazón el bravo amor a la existencia, el vigor de macho cabrío que regía su vida apasionada y rendía a aquel maldito a las instigaciones del lujo, del placer y del amor comprado, inclinación que le haría preguntarse a menudo cómo disfrutar de esas tres deidades, dignas de otro juicio de París, bajo la oprobiosa limitación de un sueldo del Estado, sujeto por si fuera poco a los crónicos atrasos en los pagos de las Cajas Reales, y envidiar con recóndita amargura al conde, su medio hermano, beneficiario de casi todos los caudales de la familia, favorecido con la privanza del rey, señor de juergas y comblezas, y no hallar, desde luego, cómo dolerse de haber caído en las zarpas de esos dos chupadores de sangre, Iriarte y de la Peña, con cuyos préstamos alimentó a tres queridas y colmó sus bodegas de esa variedad de aloques y amontillados que soñó desde sus tristes días de Fernán-Núñez, para sentir por fin que las Indias, contra todo lo que fuera de suponerse, habían significado para él, para él sí, como sin ninguna vergüenza lo proclamó tantas veces, la liberación, esa liberación que no es posible apetecer en la muerte sino coger al vuelo en la vida, so pena de no merecerla y de marchitar sus dones y ofrendas, su entrega de mujer en celo, su ciclo vertiginoso, y al presente había enajenado, en aras de las tres deidades, hasta su futura reputación, pero para algo poseía ese cargo capaz de abrirle no sólo las puertas del crédito, sino

los feos portalones de las aduanas, los libros carcomidos de las contadurías, para evadir los gravámenes y derechos de balanza y cumplir así la promesa hecha a sus acuciosos acreedores, a quienes cincuenta mil, redondos cincuenta mil reales de vellón adeudaba, y ahora los tenía ante sí, expectantes, arrellanados en las nobles sillas de cordobán repujado y pintado, mientras sus intereses crecían como trepadoras asesinas que acabarían asfixiándolo, y la única escapatoria parecía fincarse en convencer a Morales de que embarcara el oro aforándolo como sarrapia y situándolo en Cádiz sin pagar al rey, a las Cajas Reales, esa quinta parte a la cual tenían derecho, sino apenas el uno por ciento del peso de balanza, como si se tratara de mercancías corrientes, con lo cual la ganancia sería inmensa, pues los quince cofres de Iriarte y de la Peña contenían un equivalente de ochocientos mil reales de vellón, una bicoca como quien dice, de forma que evadido el quinceo se obtendrían ciento sesenta mil reales libres, de los cuales cincuenta mil liquidarían su deuda y el resto lo repartirían entre ellos y Morales, el terco funcionario que se enjugaba a cada momento, con el pañuelo de tafetán, el sudor que le abatía la frente y parecía abrirle zanjas en las mejillas al porfiar, con un inicio de angustia, en que no debían confiarse, con el tiempo todo podía quedar en evidencia, tarde o temprano alguien destaparía aquella cloaca y entonces nos ajustarían cuentas, mejor era guardarse, pero el gobernador aspiró su rapé, con visible fastidio, y armado de su habitual desparpajo admitió que con el tiempo todo se sabía, sí, mas también con el tiempo todo se olvidaba, así que a abandonar esos escrúpulos, cuando averiguaran quiénes éramos y lo que habíamos hecho, entonces a nadie le importaría, argumento nada persuasivo para el guarda mayor, quien, acaso por el apremio de ganar tiempo, casi imploró que le dejaran pensarlo, que tenía mujer e hijos y no quisiera causarles ningún daño irreparable, que si había venido a las Indias, lo había hecho por asegurarles un bienestar que en España habría sido modesto, y fue cuando Diego de los Ríos apartó al barbero y, con media cara todavía enjabonada se incorporó, acaso para sustentar sus razones con la ayuda de su buena estatura y sus ademanes ampulosos, pues, aunque carecía de la serenidad habitual, por aquellos años de extrema etiqueta, en los altos comisionados de Su Majestad, era un hombre grueso y bien proporcionado que ahora, en mangas de camisa, camisa de seda con encajes de aquello que llamaban *punti a maglia quadra*, miraba medio congestionado hacia la plaza, donde se hacinaba un ir y venir de escribas, amanuenses y tratantes de toda laya, para, sin apartar la vista de la ventana, hacer como si reflexionara en voz alta y encarecer cómo había una fortuna entre manos y algunos no eran capaces de pensar en otra cosa que en sabanillas y niños de teta, mientras inmóviles permanecían quince cofres, Morales, ochocientos mil reales de vellón o su equivalente en oro puro, y que no se dijese que era él, Diego de los Ríos, el beneficiado en la empresa, sino usted, Morales, nadie más que usted, que recibiría su jugosa comisión, porque a estos caballeros había prometido sacar esos embarques sin quinceo de la plaza, para algo mandaba en ella, y no era ningún alguacil de aduanas el que iba a impedirlo, a fe suya, a fe que había sido siempre

hombre agradecido y con ese trámite tan sencillo pagaría a estos caballeros servicios eminentes, no a él, sino a la ciudad, y sería bueno que usted, Morales, recapacitara, pero de una vez por todas, porque los calabozos de la primera planta estaban prontos a recibir a quien desacatara las conveniencias de la jurisdicción civil y militar, a lo cual el guarda mayor replicó, ya estupefacto, que no era desacato, señor, velar por los intereses de la Corona, que bien se conocía la torpeza con que solían ser administradas las reales haciendas y cómo el rey Carlos se hallaba urgido de dinero para sobrellevar la guerra con Francia, dinero que sólo las Indias podían proporcionarle, esa suma de que se hablaba, esos ochocientos mil reales contenidos en los cofres, representaban un caudal demasiado importante para ser transportado a España sin pagar los quintos correspondientes, él proponía que se sosegaran y pensaran que no bastaba con sobornar al guarda mayor, que había otros funcionarios, en la Contaduría, en las Cajas Reales, que tarde o temprano olerían el tocino y nos denunciarían o querrían su tajada, porque, se quisiera o no, los cofres pasarían por la aduana y serían vistos, vistos y pesados, pues la sarrapia no pesaba lo que el oro, y allí el gobernador se volvió con calculada lentitud y depositó en Morales los ojos irritados y cloróticos, como un par de sañudos garfios, en tanto el mercader y el médico observaban en equitativo silencio, entretenidos por disimulo en nimiedades tales como las figulinas siluetadas en palosanto de las consolas o la misma pulcra labor de ebanistería de estas últimas, en inspección tan minuciosa que en un momento dado del alegato, según con sorna se dijo en el minucioso proceso abierto después ante el Consejo de Indias, Juan de la Peña pareció absorto en el zoquetillo de madera usado para ajustar la ventana, un curioso zoquetillo de remembranza fálica, que yo misma pude apreciar apenas unos días más tarde, clavado al marco de modo que pudiera girar y, con la punta, asegurar el batiente, pero, como digo, no eran más que pudores hipócritas, pues la conciencia del comerciante podía por ahora mantenerse en paz, ya que apenas defendía sus acreencias como el perro coloca la pata sobre el hueso mientras reposa, paz de mar cuya superficie riza, sin embargo, un viento creciente, pues de todos modos las cosas no marchaban como pensó y en manos de Diego de los Ríos, de este hombre sulfuroso y falto de tacto, como ya tendría ocasión de comprobarlo la ciudad apenas unos días más tarde, se hallaba ahora parte de su prestigio, ahora que, poco a poco, Morales iba sabiéndolos a Iriarte y a él mezclados en la sucia cuestión, alegres cómplices del irreflexivo mandatario y aunque, por ahora, no deseaba meter baza en la conversación y prefería admirar las dudosas excelencias de algunos cuadros al óleo colgados al fondo, se hacía ya difícil pronosticar lo que saldría de aquel alegato y eso no podía gustarle nada, nada en absoluto, como muy poco parecía haberle gustado al colérico gobernador, voluble como un viento racheado, la mención de la palabra soborno, aunque éste fuera de mucho antes y, claro, de mucho después, casi una cotidiana calamidad en nuestras colonias, como habíamos de comprobarlo catorce años más tarde el bolones Aldrovandi, el parisiense de Bignon y yo, al tocar nuestro barco, surcados como en

un ensueño de entreluces tropicales, en el amanecer, el Estero Salado y la desembocadura del río Guayas, en el puerto de Guayaquil, donde los aduaneros españoles exigieron un altísimo precio por hacerse los de la vista gorda ante el instrumental de los geógrafos, cuya entrada, según mentirosamente aseguraban, estaba prohibida por la ley, pero mis amigos prefirieron pagar y escurrir el bulto al conflicto, que habría tardado meses antes de ser resuelto por alguna empinadísima autoridad, así que tras sólo dos o tres días de reposo en aquella ciudad portuaria, en cuyos muros se arracimaban tropeles agónicos de grillos verdinosos, emprendimos el ascenso hacia Quito por estirados caminos de herradura que repentinamente se internaban en extensos valles, determinados, según mis acompañantes, por los contrafuertes volcánicos que unían las dos cordilleras del país y por los cuales se despeñaban ríos muy torrentosos, entre praderas de begonias y de calceolarias alimentadas por la humedad que cargaba el ambiente, entonces me vi por primera vez sumida en un paisaje que no creía poder comprender, el neblinoso y triste paisaje andino, fundido con sus indios taciturnos, de incaicos gorros y ponchos listados por una gama de grises, cuyos rostros impenetrables nos convoyaron a lo largo de días hasta alcanzar las calles estrechas y disparejas de Quito, cuyas espléndidas fachadas reflejaban, como por darnos la bienvenida, un sol que casi calentaba la ciudad, emparamada por varios días de temporales, pero ahora inmersa en una luz que más tarde equiparé a aquella tibia y serena de la primavera francesa, de suerte que aceptamos el alojamiento ofrecido por las autoridades, en un caserón de bellísimo artesanado, dispuesto exclusivamente para nosotros, donde, antes de ponernos a trabajar, cometimos todo género de infantiles locuras ante la estupefacta servidumbre, entre ellas el susto que Pascal de Bignon me hizo pasar al tenderme, para que me peinara, un espejo muy bello, con envés de marfil, en el cual, sin embargo, al tratar de mirarme, vi un rostro espeluznante, estuve a punto de desmayarme, creí cumplida por un momento la maldición que catorce años atrás, por los días en que la escuadra francesa asediaba el bastión de la Media Luna, me lanzó en Cartagena una leprosa, maldición que mucho después neutralizaría una segunda lazarina en Edimburgo, junto a la abadía de Holyrood, pero cuyo recuerdo hubiese podido matarme aquí, a no ser porque de Bignon, entre carcajadas, accedió a explicarme que se trataba de un truco, muy de moda en Europa, un espejo aparentemente mágico, una diversión de salón, en el cual, al buscar nuestro reflejo, veíamos en cambio la cara repulsiva de una bruja, y no sé si fue la impresión experimentada lo que me sumergió esa noche en aquellas turbulentas pesadillas, en las cuales irrumpían los odiados rostros de Leclercq, de Jonathan Hopkins, del Pitiguao, las horribles imágenes de aquella orgía de desarrapados, catorce años atrás, pero también una avalancha de rostros y de sucesos inextricables, muros de cárceles con leyendas obscenas, un castillo lleno de penumbras y un efebo de rostro marchito flotando en el aire, entre trofeos y viejas alabardas, como un acróbata macabro, una anciana muerta junto a un espantajo, una hilera de encapuchados que me ordenaban apuñalar a un hombre, un niño que

estrangulaba a una gallina, una inmensa sala con esqueletos de animales colgados en las paredes, todo en un remolino que, de repente, comenzó a aclararse, y vi una pradera como aquéllas que atravesamos en el trayecto desde Guayaquil, un paraje plácido en el cual parecía remansarse la luz, y volaban mariposas y abejorros, vi venir desde el horizonte una figura danzante que pronto identifiqué con Federico, sonreía su semblante angélico en la magia de esa tarde primaveral, se detuvo a unos pasos de mí, me miró con desoladora ternura, mostró a sus pies una pequeña planta, cuyas flores hacían un corimbo compuesto de cabezuelas, tronchó una de ellas y con el dedo índice hizo una seña hacia sí mismo, luego mostró las otras cabezuelas del corimbo y sonrió una vez más, para diluirse en ráfagas de magenta y desaparecer, entonces desperté sin saber dónde me encontraba, grité, Guido Aldrovandi hizo una pirueta desde su cama y vino a caer, como un riente bufón, en la mía, donde hasta el amanecer hicimos el amor, antes de aparejar en asnos y mulas nuestros instrumentos y lanzarnos a trabajar al frío campestre, viendo a lo lejos los picos nevados sobresalir de la altiplanicie y aprontando el dinero para depositar sobornos y más sobornos en manos de alguaciles y comisarios locales del Santo Oficio que, en las pequeñas aldeas, amenazaban con retener el herético instrumental y denunciarnos ante el tribunal de Lima o el de Cartagena, coacción ante la cual nos hubiese bastado apelar a las autoridades quiteñas, bajo cuya protección nos sabíamos, pero sacrificando un tiempo precioso, así que, sin dejar de repetir que el soborno representaba la sangre de los españoles, de Bignon repartía más y más propinas, elegante vocablo, irremplazable eufemismo que con delicadeza exquisita suplantaba a la idea verdadera, la cual era siempre mejor no mencionar, como quedó demostrado aquel lejano mediodía de 1697, cuando de los Ríos, dominando el temblor de las manos, bramó que la palabra *soborno* no había sido pronunciada en aquel recinto, que cuidara el guarda mayor su vocabulario, pues antes doy yo el golpe que usted grite y a mí no me duele su pellejo, acuérdesse que soy de los Ríos y Quesada y no suelo ganar ni perder por coces de plebeyos, mi hermano el conde de Fernán-Núñez le podrá recordar mi origen y los méritos de mi familia al servicio de la Corona y, mientras el barbero aguardaba paciente, todo oídos, junto a la silla de brazos, Miguel de Iriarte parecía haber hallado algo de sumo interés en la uña del dedo meñique de su mano derecha, que se ocupaba en examinar con todo lujo de minucias, y Juan de la Peña seguía embebido en el zoquetillo, Morales refuló, sin saber qué hacer, y adujo que sólo trataba de precaver lo que pudiera sobrevenir, que en ningún momento había albergado en su ánimo el deseo de ofender a nadie, que ya sabía el gobernador el respeto que le profesaba y la solicitud con que, otras veces, había atendido sus deseos, a lo que, mis órdenes, rectificó violentamente de los Ríos, y en ese caso, preguntó Diego de Morales con una audacia de la cual se arrepintió en el acto, ¿debía interpretar también como una orden esto que hoy le pedía su señoría?, pues si así fuera, entonces no opondría objeción alguna, pero le suplicaría entregársela por escrito, inopinada reacción ante la cual el gobernador se llevó la mano nerviosamente

a su mata rebelde de pelo negro, disparó la mirada una vez más hacia la plaza de Armas, hervida en la resolana quietud de abril, y de pronto resolvió instalarse de nuevo en la silla de brazos, con el jabón ya cuarteado en la cara, para dejar al barbero concluir su trabajo, pues ahora no podía, a lo que parece, evitar un íntimo reproche hacia su propia ligereza, se había dejado arrastrar por el natural violento de su familia, por esa vehemencia temperamental que a los pocos días costaría tantas vidas a la ciudad, en lugar de sondear con cautela a este funcionario tieso y empedernido, de conducir con prudencia las frases para no provocar este estallido de dignidad que a él, vástago venido a menos de un tronco aristocrático, causaba auténtica repugnancia, ¡porque dignos estos pecheros de medio pelo!, dignos como si la dignidad no fuera un cuento de hadas que se teje en hebra de oro, un mentiroso monumento edificado en oro limpio, y urgió al barbero a concluir la faena y golpeó el brazo del sillón, en gesto dirigido a los pacientes tenedores de sus obligaciones negociables, a los posibles sustanciadores de su descrédito, de los cuales fue Juan de la Peña el que habló para aflojar la tirantez, pidiendo no hacer una tempestad en una copita de vino, sino más bien beber la copita, y a las palabras acompañó la acción, se levantó, sirvió sendos vasos y fue repartiéndolos a medida que conceptuaba que quizá el caballero, guarda mayor de las aduanas, no hubiera abarcado todavía los alcances de la empresa, e indagaba si sería necio de su parte recalcar la necesidad que el hombre tiene de actuar en propio provecho en estos tiempos en que hasta las naciones querían repartirse las unas a las otras como si fueran un botín y no un conjunto de hombres que negociaban, fíjense ustedes, él diría, salvo mejor opinión, que el talento de un comerciante, y él lo era por naturaleza, radicaba en ir al sitio donde abundaba un producto y transportarlo a otro donde hiciera falta y, por tanto, se lo pagara caro, instinto natural que, como todos los de su género, a él se le antojaba vital y necesario, el cual tropezaba a ratos, sin embargo, con una ensalada de disposiciones, inventadas por rábulas ignorantes de los apremios del comercio, si nos ciñéramos estrictamente a las cuales, lo más probable es que fuéramos a la ruina y entregáramos el fruto de nuestro trabajo a la avidez de los recaudadores, que gordos estaban ya como trasero de cagaceite, e hizo entonces, para apurar el vino, una pausa aprovechada por Morales para recordar, en primer término, que él era uno de esos recaudadores y juzgaba honorable su oficio, mas no era aquello lo más importante, no debíamos olvidar que nos hallábamos en guerra con Francia, que Su Majestad precisaba caudales para sostener los ejércitos, que el dinero representaba hoy por hoy la sangre de España, así que debíamos tratar de ser consecuentes, de poner freno a la codicia y no desangrarla con desfalcos al erario público, pero Miguel de Iriarte, siempre apoyado en su bastón con puño de oro y con una serpiente enrollada formando hebilla, propio de los médicos de entonces, pero que ya no hallé en Jorge Ernesto Stahl ni en el bondadoso Armando Boerhaave cuando, veinticinco años más tarde, trataban a mi pobre Marie, terció por fin para opinar que no había desfalco en lo que se proponía, pues nadie había pensado sustraer fondos de las Cajas Reales, vamos, en

qué zoncetas nos enfrascábamos, lo que el gobernador, oígame bien, el gobernador y nadie más, proponía era eximir de quintos a una suma determinada de oro en barras, aunque se reconociera para su transporte a España el derecho de balanza, pues pagarían como si se tratara de sarrapia, ello sin olvidar que el señor de los Ríos estaba emparentado con la nobleza y no era, por consiguiente, pechero ni sujeto obligado a pagar tributos, a lo cual el aduanero terminantemente declaró que don Diego de los Ríos no estaba eximido, como ningún súbdito de la Corona, de pagar los quintos y en eso, con la consecuente venia, sabía más que todos ellos, porque, se permitía recordarlo, los productos de las colonias representaban monopolios del Estado y Juan de la Peña, que era comerciante, diría si tenía o no razón, pero de la Peña, el viejo zorro, se apresuró a redargüir que nos decíamos enemigos de Francia y estábamos cayendo en el colbertismo, que él, como negociante, era enemigo del mercantilismo de Estado que Su Católica Majestad, a imitación de su padre, quería imponerles con esa misma alma de recaudador de impuestos de que Morales parecía enorgullecerse y que desagradaba, dicho fuera en homenaje a la franqueza, a los comerciantes, que aborrecían los monopolios estatales, pero no, mejor no reñir, señores, con el rey Carlos, a quien mucho respeto se debía, sino concretarnos a lo que aquí nos había traído, porque ni Iriarte ni él, oírlo bien, estaban proponiendo a Morales nada indecoroso, si él quería conocer la madre del cordero, aquí estaba sin melindres, y era que el gobernador les adeudaba en este momento cincuenta mil respetables reales de vellón y se trataba de que, mediante la omisión del quinceo para ese oro que, por fuerza, debía llegar a Cádiz, él quedase en paz con nosotros, pues de otra forma, a menos que solventara la deuda con sus propiedades raíces, conducirían el asunto por la vía procesal, no había más remedio, hasta ponerlo en estado de sentencia y, como Iriarte remató, en sus manos, Morales, estaba salvar al gobernador, el negocio no tenía más vericuetos, y el mandatario seguía dejándose rasurar en silencio, para él los vericuetos debían ser otros, porque si Morales rehusaba en definitiva, tendría que mandarlo matar o, si no, quién tataría la boca a este imbécil aforador de bocoyes, y cómo, de fracasar la transacción, saldaría las crecientes, espantables deudas en que, y de ello no creo que se arrepintiera, pues había sostenido tres queridas y colmado sus bodegas, se metió con este par de granujas que ahora callaban, en espera de la reacción del aduanero, para quien, con las cartas sobre la mesa, la solidaridad hacia el representante de la Corona tendría que dejarse venir, del aduanero que ahora parecía debatirse entre dos fuegos, porque no debía caberle en la imaginación el saquear las rentas y derechos de la Corona, en suma tan elevada, precisamente cuando se decía que Luis XIV coaccionaba al rey Carlos a testar en favor de Felipe de Anjou, mas, por otra parte, cómo abandonar al gobernador, a este irascible y poderoso comisionado real que podía fulminarlo cuando le viniera en gana, a la buena de Dios, mientras acechaban estos sórdidos mercachifles capaces de expoliarlo, y se desplomó sobre una de las sillas de cordobán repujado, obra quizá de curtidores árabes, y fijó los ojos en el rostro pálido de Diego de los Ríos, que taconeaba y crispaba el cuerpo

enervado en el sillón donde ya casi concluía la rasura, oyendo a Iriarte, como entre brumas, recordar cómo el once debía llegar, ya era sabido, un galeón mercante, el «Oriflama», que haría rumbo a Cádiz, así que el aforo de la *sarrapia* podría hacerse entretanto y los aduaneros gaditanos no dudarían de la muy honorable firma de Morales, conque a decidirse, pero pasó un rato largo antes que el guarda mayor de las aduanas se animara a articular palabra, en tanto el gobernador, ya convenientemente afeitado, se ajustaba la casaca y consultaba una vez más, con los ojos, a sus acreedores, los cuales le devolvieron una mirada inexpresiva, ambigua, al tiempo que el barbero recogía sus utensilios y Morales, fijando en Diego de los Ríos una expresión desolada y aturdida, hablaba por fin, con un largo suspiro, para advertir que, si se decidiera a hacerlo, no aceptaría un maravedí por aquella maniobra, pero que no lo forzaran a una respuesta inmediata, ante lo cual el iracundo Diego de los Ríos, fuera de sí a despecho de las señas apaciguadoras que, sabiendo ablandado al guarda, le dirigían sus propios acreedores, increpó a grito herido a Morales, acusándolo de asumir aquella actitud por puro temor, pues hacía un rato les había pedido que le permitieran pensarlo y ello era prueba de que se hallaba inclinado a dejarse sobornar, así que de dónde salía este repentino puntillo, no quería limosnas suyas, su comisión se le pagaría y estaría obligado a recibirla, porque era un badulaque como todos nosotros, un maldito badulaque a quien debía obligarse a andar de rodillas por esas calles de Dios, baladronada a la que el ofendido, sin determinarlo más sino dirigiéndose a sus obligacionistas, respondió diciendo que quizá no apreciábamos bien la salud sino cuando estábamos a punto de perderla, e insistiendo en que no se le forzara a una respuesta inmediata, ya que el medio propuesto era no sólo peligroso sino disparatado y, acaso, existiera algún otro que cubriese mejor las apariencias legales, que se le dejara pensar, faltaban seis días para el arribo del «Oriflama» y, de aquí allá, las nubes podían haber cambiado de aspecto, y nadie era capaz de vislumbrar, en aquellos momentos, hasta qué punto en realidad las nubes iban a cambiar de aspecto, así que Morales pidió permiso para retirarse, el gobernador propinó un fuerte golpe al marco de la ventana y volvió a mirar hacia la plaza como en busca de una ilusoria ráfaga de aire fresco, Morales salió, atravesó la antesala, bajó las escaleras y se perdió entre el gentío de los portales, y tras él salió también al rato, cargado con sus utensilios, el barbero, hombre insignificante de cuya presencia muy pocos caían casi nunca en la cuenta, hombre cuyas manos, hábiles para la lenta depilación de barbas, guedejas y vellos axilares, igual se regodeaban en el tacto duro pero acariciante de las circunferencias de oro limpio, las mismas que fray Miguel Echarri hizo tintinear pocas horas después dentro de una bolsita, ahora que su sonrisa enfermiza y amarillenta era más amplia, pues le ocurría que fuera más amplia, todos se la conocíamos, en momentos como aquél, cuando el barbero no pudo probablemente evitar el chocante y primitivo frotamiento de manos, que en él, sin embargo, debía cobrar una originalidad adámica, y entonces soltó la lengua y Echarri recogió sus palabras con sumas atención y delicadeza.

III

De dos cosas no pude nunca convencer al joven Pierre-Charles Lemonnier, cuya asistente fui por casi cinco años, y son, la primera, aquélla que hacía referencia a la distorsión del tamaño real de los países en las proyecciones de Mercator, donde un lugar situado a ochenta grados de latitud aparece con una superficie treinta y seis veces mayor que la verdadera, de forma que los territorios tropicales quedan risiblemente minimizados, mientras los templados y polares se agigantan majestuosamente, lo cual ha creado en la fantasía nórdica un espejismo de superioridad, y la segunda, aquélla concerniente a la existencia del planeta Genoveva, que él se empeña todavía en considerar como estrella de sexta magnitud, con desprecio de los argumentos de Federico, los cuales me tomé el trabajo de exponerle en detalle, luego de mi larga prisión en la Bastilla, en aquellos días en que la desesperanza parecía haberme avasallado para siempre, en que no encontraba otra vez mi alegría bajo el cielo perlino del verano de París, en que me refugiaba como un fantasma gemebundo bajo la nave inmensa de la catedral de Nôtre-Dame, en cuya magnífica fachada de arquivoltas con hileras concéntricas de estatuas, en cuyo rosetón coronado por una arquería con tracerías entrecruzadas nuestro amigo Tabareau creía encontrar una maqueta del universo, y eran largas mis conversaciones con el joven astrónomo durante nuestros paseos familiares a orillas del Sena, o por vecindades del Hotel Carnavalet, o en esas noches populares y diáfanas de la plaza de Luis XIV, pero Lemonnier se hallaba a tal punto compenetrado con las ideas en boga sobre la condición degenerada de los habitantes del Nuevo Mundo y su manifiesta inferioridad en la escala humana, que la sola sugerencia de la aparición de un talento científico en las Indias lo hacía desternillarse de risa, actitud plenamente compartida por su maestro el profesor Maupertuis, ese hombrecillo regordete y genial, unos veinte años, quién lo dijera, unos veinte años menor que Federico, que desde la Academia de Ciencias y en sus libros sobre cosmología y astronomía náutica defendió los puños de vista de Newton en contra de la opinión de los cassinistas, vale decir que, de haber podido conocer a Goltar, al *astronome américain*, como decía entre risas, habrían hecho muy buenas migas y acaso hubiesen acabado trabajando juntos y, quizás, a presencia de Federico en Europa habría barrido con aquellas insidiosas teorías sobre nuestra inferioridad, pero todo aquello no fue sino el sueño de una sombra, de esa sombra en que irremediablemente se convirtió aquel muchacho cuyo recuerdo sólo en mí perdura, en mí, en la despabilada criolla que se hizo astronoma empírica, nada más que para prolongar el trabajo del hombre a quien amaba, la que viajó a Quito con esos dos adorables y petulantes extraños que eran, entonces, Guido Aldrovandi y Pascal de Bignon, y una vez concluida la tarea que se

proponían, que era medir un grado del meridiano, los persuadió con sus encantos femeninos de llevarla con ellos a Europa, propuesta que hizo temblar a Aldrovandi, porque de tanto copular conmigo se encontraba en los puros huesos, pero aplaudió de Bignon, cuya simpatía por los criollos americanos se originaba en tener una abuela española, así que una mañana de la primavera de 1712, quince años después del asalto de Cartagena por la flota del barón de Pointis, y al cabo de una travesía que me reveló por primera vez cuan ancha era en verdad la faz del mundo y cuán aterradores los vórtices y precipicios que agitaban, como habría dicho mi confesor, muerto por los piratas, los corceles de Poseidón, desembarcamos en el puerto de Marsella, la vieja Lacydon de los griegos, donde nubes de curiosos nos saludaron desde la explanada del fuerte de Saint-Jean, y al adusto amparo de Nôtre-Dame-de-la-Garde bebimos vino tinto en las tabernas, para solemnizar el arribo de esta alegre y primitiva indiana al paisaje clásico y a las complicadas estructuras de un mundo con tan largas historias de guerras y depredaciones, a un mundo cuyas huestes se habían dispersado desde tiempos lejanos por el planeta en una orgía sangrienta y soberbia, pero cuyos fundamentos permanecían quietos en su enclavamiento secular, como si fueran en sí mismos los de toda la Tierra, hasta cuando, entre tediosos discursos de Aldrovandi, que dirigía arengas y ditirambos al mar azul de la navegación cristiana, el sueño cubrió nuestros ojos como un capullo de seda y casi no pudimos, abrazados y tambaleantes, recitando a voz en cuello ciertas *comparaisons bachiques* de Le Houx y despertando ladridos de censura en los perros callejeros, llegar a la posada donde, para mal de nuestra fatiga, nos aguardaban dos caballeros trajeados rigurosamente de negro, cuya presencia, a pesar de la borrachera, pareció despertar en mis amigos un respeto, una reverencia inusual en ellos, al punto de hacerse refregar por las mozas de cántaro con ungüentos y esencias, y de apelar a largas abluciones para espantar la embriaguez, porque, sapristi, según me dijeron, aquellos señores eran emisarios, o al menos eso creí entender, del señor André-Michel Ramsay, secretario del arzobispo de Cambrai, y venían no sólo a tomarles cuenta de su viaje, sino a tratar con ellos asuntos de la más alta importancia, porque, en verdad, las diligencias que fue preciso cumplir para que se autorizara mi traslado a Francia, sumadas a la forzosa escala en Cartagena bajo arresto inquisitorial, habían retrasado en más de seis meses su regreso, de forma que se aislaron durante más de cuatro horas en una pequeña sala de la posada y cuando, luego de reposar o, mejor, de dormir la mona en la habitación de Aldrovandi, pude verlos de nuevo, me comunicaron que sería preciso salir inmediatamente hacia París, donde ya arreglarían mi situación, y así lo hicimos, en efecto, tras consumir en una fonda vecina un frugal refrigerio, pero he de decir que quedé con el alma traspasada como por una charrasca, pues al salir de la fonda, ya casi a medianoche, divisé, entre un grupo triste de prostitutas que acechaban a los soldados en la calle, al halo de pulverulenta luz de una de esas teas afirmadas en cazoletas de aros de hierro, un rostro que me fue sobrecogedoramente familiar, un rostro de antaño que había creído no volver a ver en mi vida, rostro estragado por los

años y por el sufrimiento, pero aún con aquella mirada clara y soñadora, traté de evitar que mis amigos diesen al cochero la orden de marcha, bajar un momento y comprobar si me engañaban los ojos, mas no hallé en mi aturdimiento fórmula alguna para persuadir a este cuarteto de embebidos europeos de que algo podía serme tan importante, en una ciudad que acababa de pisar por primera vez en la vida, como para retardar su presuroso viaje, así que la silla de posta se puso en movimiento y debí jurarme, en lo más íntimo de mi sobresalto, que regresaría algún día a esta Marsella que se alejaba, a confirmar aquel escalofriante pálpito, mientras se abrían a mis ojos, en la noche primaveral, los viejos caminos franceses que Federico soñó transitar alguna vez en aquellos días inmediatos al horror, al horror que no nos era posible ni siquiera presentir la noche siguiente a aquélla en que mi joven astrónomo hizo el anuncio de su descubrimiento, la noche del Miércoles Santo en que Cipriano comprobó, con inquietud, que el planeta verde estaba de nuevo allí, en tanto reíamos Federico y yo a sus espaldas, y María Rosa, que simulaba hojear ciertas referencias cosmogónicas de los antiguos mixtecas, nos espiaba con el rabillo del ojo por ver si había en nuestras manos movimientos o roces sospechosos y, por el rectángulo de la ventana del mirador, el cuarto creciente daba esa sensación de hinchazón propia de los días inmediatamente anteriores a la luna llena, la luna del cazador que brillaría el domingo ocho de abril, el Domingo Pascual, como ahora brillaba otra vez el planeta verde, muy garboso en su redondez de moneda y su pátina como de bronce aceitunado, lo cual, para Cipriano, significaba una verdadera desgracia, pues tomaba la cuestión al modo de la recaída de una enfermedad, como una especie de dolencia recurrente y ruinosa, en la cual el espectro huesudo que atormenta a los agonizantes se personificaba en el siniestro Echarri, capaz de procesar a Federico y a todos nosotros bajo acusación de pactos con el diablo, de práctica de las artes caldeas, y en efecto, dijo con patetismo, ha regresado, allí está, a lo cual, disimulando la risa, Federico lo corrigió en el sentido de no haber regresado, pues nunca se había movido de allí, sólo que no era visible sino a determinadas horas, y ahora río francamente, ante la consternación de mi hermano, quien suspiró pidiendo a los santos de su devoción que ojalá a Echarri no se le ocurriera mirar hacia las alturas en las horas en que a ese dichoso planeta le daba por dejarse ver, frase que hizo estallar a Federico en gozosas risotadas, para tratar de hacerle ver que ese cuerpo celeste no era invención ni hechura suyas, que él no era Dios, que ese punto de luz había estado por los siglos de los siglos moviéndose en su órbita alrededor del Sol y únicamente, en lo cual puso un dejo burlón, esas personas sin fantasía que nunca observan la bóveda del cielo habrían dejado de verlo, de manera que su hallazgo consistía nada más en postularlo como planeta y no como estrella, pues su existencia no era asunto que dependiera de nosotros, sino un fenómeno más dentro de la mecánica de las esferas, sí, un *phainómenon*, apariencia o manifestación, palabras que se hinchaban en labios del muchacho con el prestigio de la novedad, ya que hacía apenas diez años Newton había publicado su *Philosophiae naturales principia mathematica*, desconocida

todavía entre nosotros, salvo por esta familia Goltar con antecedentes marineros, y donde aún se proponía que la fuerza de gravitación provenía de alguna causa que penetraba hasta el centro del Sol y los planetas, sin perder nada de su actividad, novedad que, sin embargo, no podía impresionar a Cipriano, alma convencional, el cual protestó que no le vinieran con fachendas, que anoche, cuando preguntó a Echarri si descubrir un planeta era herejía, Federico había resbalado de susto bajo la mesa, y que no dijera que lo había hecho por sofaldar a las muchachas, sino por miedo puro, embestida que tornó a Federico pensativo y sombrío, para admitir, recordando tal vez nuestra conversación del mediodía y la necesidad de sustraerse a los tentáculos de esta ciudad confesional, que Echarri era, en efecto, lo bastante torpe como para creer herejes a quienes investigasen los movimientos celestes, pero recordar que también a Galileo Galilei lo había perseguido el Santo Oficio, lo cual no obstaba para que ese anteojo con el cual Cipriano acababa de comprobar el aparente regreso del planeta hubiese sido inventado y construido por Galileo Galilei y siguiera resultando de mucha utilidad, revelación ante la cual mi hermano, con un respingo, dejó caer el aparato al suelo, como si le quemara las manos, y Federico debió reconvenirlo con los ojos, antes de recogerlo él mismo y examinarlo por ver si había sufrido daño, pues de haberse roto contra la piedra, habría perdido el único y mediocre auxilio con que contaba, mientras yo experimentaba como una especie de vahído, una náusea que me impulsaba a odiar toda aquella vedija de mezquindades que se movían en torno del muchacho que amaba, a aborrecer a mi hermano, ese gañán con pasta de futuro beato, un poco acólito de tretas curialescas, cuidadoso de no ofender la moral ambiental, y a preguntarme cómo Federico podía considerarlo su mejor amigo y, aun, cómo era capaz de amar a la hermana de semejante monigote, tan chacharero de corrillo y muerto de miedo por una lucecilla diminuta que se alzaba en el firmamento, y me sentí por un instante, pues cuan ignorante era todavía de la vida, indigna del amor del muchacho de genio que se rebajaba a dar explicaciones, del joven investigador cuyo sitio estaba en la *corona sapientiae*, y no entre las hablillas y apuntes chocarreros de Cipriano, a quien odié con profundo aborrecimiento, pobre hermano mío, sin saber el destino que te estaba deparado, como odié irracionalmente a mis padres y a los de Federico, tan cautelosos y adocenados, incapaces de comprender a este futuro foco de ciencia, a este segundo Isaac Newton dispuesto a conmover los basamentos de la sabiduría, a explorar los espacios remotos y a ceñirse la verdad como diadema que le abriría puesto de honor entre los poderosos del mundo, y así, ingenua de mí, propuse de repente que bajáramos, que empezaba a asfixiarme aquel mirador, y creo que Federico pensó, por un momento, que desertaba de sus filas, pues el mirador era el lugar más fresco y amable de la casa y, además, el reducto al tiempo estrecho y amplio de sus sueños, que yo decía compartir, pero bajamos de todos modos y, en la sala, hallamos a nuestros padres y a la señora de Goltar conversando con particular gravedad, indicio de que no se trataba de una charla informal, sino más bien de negocios, y en efecto

Emilio Alcocer, quiero decir mi padre, sopesaba en aquel instante la conveniencia de asociarse con Lupercio, no sólo en su tienda de abastos y ferretería, situada en la planta baja, a la derecha del portón entrando, depósito donde las botijas de vino se mezclaban con los grandes rollos de hilo de alambre, las creguelas de Hamburgo se impregnaban del olor dulzón de la matalahúga, las olivas y almendras españolas y los turrónes de Alicante rivalizaban con los aguacates y papayas criollos, el pescado seco insultaba con su perfume sensual al jamón serrano, los paravanes orientales desplegaban sus bastidores historiados frente a los percales pintados de colorinches y los velludos terciopelos, y donde, en fin, los cueros curtidos por engamuzado servían de alfombra a las cerámicas de intrincados arabescos hispanomoriscos de Manises, a las también ibéricas de Alcora y Málaga, a las hispanísimas de Puebla y Guadalajara, pues Cartagena era, ya entonces, uno de los principales puertos y plazas fuertes de España en las Indias y su actividad comercial resultaba no sólo febril, por el respetable número de su población flotante, sino que se surtía en casi todos los puntos de la rosa náutica, y digo que mi padre quería asociarse con Goltar no sólo en ese próspero comercio, sino también en su hacienda de la ensenada de Zamba, para cuyo objeto habían decidido inspeccionarla a partir de mañana mismo, aprovechando el triduo sacro, idea que a todos nos llenó de gozo, pues volveríamos a cavar en la playa para sacar los huevos abandonados por las tortugas, oíríamos otra vez el coral de los grillos en la noche inquieta y nos tumbaríamos, como cuando niños, a la sombra de los totumos de tronco retorcido y flores pestilentes, o en los recovecos de las dunas, a soñar nuestros sueños que no eran todavía sueños de adultos, sueños que para nada se emparentaban con aquéllos que animaban a mi padre a emprender en la vecina madrugada el trayecto, que era de más o menos doce leguas, pues lo que a él en realidad lo movía era el deseo de abandonar la carrera de las armas, ya demasiado agobiadora, sobre todo a partir de la muerte de Felipa Alcocer, quiero decir de mi madre, fulminada por un ataque al corazón cuando creyó, por rumores extendidos e infundados, que su marido había perecido a manos de filibusteros de la Tortuga en cercanías de Santo Domingo, y porque además estaba hastiado de recibir órdenes, no importaba que vinieran del muy atildado Sancho Jimeno de Orozco, castellano del fuerte de Bocachica, su superior inmediato, pues los años le restaban agilidad y temía morir malamente sin dejar a Cipriano y a mí más que dinero suelto, en caja, las joyas de mi madre, gracias a las cuales subsistí luego casi catorce años, y la casona de techos de artesa, ruinoso en algunos parajes, que habitábamos en el arrabal de casas bajas de San Diego, donde pasados esos catorce años copulé a morir con Pascal de Bignon y con Guido Aldrovandi, razón por la cual examinaba la utilidad de asociarse con Lupercio, con lo que el día de su muerte quedaríamos establecidos como comerciantes y nos beneficiaríamos del ya consolidado renombre de la casa Goltar, y fue Cristina, quiero decir la madre de Federico, quien advirtió que nos habíamos detenido discretamente en la puerta para escuchar, y nos notificó que deberíamos madrugar, pues partíamos temprano para Zamba, donde nuestros padres recorrerían la

hacienda, comprobarían el buen estado de las cosechas y, como se apresuró Lupercio a agregar, verían también si podían vender la torta de copra como pienso para el ganado, idea que festejó mi padre al anunciar, en tono oficial, que íbamos a prosperar todos juntos y sugerirme, de sopetón, achispado tal vez por el general optimismo, que fuera poniéndole el ojo a algún caballero de espuela dorada, ahora que me estaba volviendo tan hermosa y una boda con alguien de gran hacienda consolidaría nuestra fortuna y él podría morir en paz, a la sombra de mi belleza, porque, como añadió pellizcándome cariñosamente la mejilla, para eso servía la belleza, palabras que me hicieron experimentar una especie de basca, un malestar general en el aparato digestivo, pero me contuve para no dejar ver mi repugnancia, mientras los mayores, sin comprender que me había sentido puta en las frases de mi padre, sonreían embelesados, como satisfechos súbitamente de la vida y del destino, y Federico, bajo el espionaje victorioso de María Rosa, trataba de mirar con fingido desasimiento hacia la ventana, en tanto mi padre ratificaba que era un hecho, Lupercio, se asociarían y podrían turnarse en el trabajo agotador del almacén, pues ya no eran jóvenes, tan pronto regresaran de Zamba pondría al corriente al bueno de Sancho Jimeno de su deseo de retirarse y él comprendería y activaría las gestiones para su sueldo de retiro, lo que espléndido, Emilio, festejó Goltar, con nadie mejor que contigo podría cerrar este trato, esta tarde he despachado los últimos pedidos de pescado seco para la Semana Mayor y mañana podremos viajar tranquilos, que en medio día, sin cansar los caballos, habremos hecho la jornada, y luego un buen baño de mar, el puchero de sábalo y a recorrer la hacienda, pero ah, ah, a propósito, muchachos, había que ir a las cuadras y avisar a Bernabé que partiríamos a eso de las cinco, para que tuviera preparadas las bestias, así que atravesarnos el patio sembrado de olorosos y copudos toronjos, traspusimos el más fresco de sus parajes, donde globos de grosellas pendían, incitantes, cubiertos por festones de hojas, entre las ramas mecidas por la brisa, y entramos en las cuadras, donde Bernabé, que tendría la edad de Cipriano, pero era un negro muy corpulento, hijo de viejos esclavos de los Goltar, se bañaba completamente desnudo junto a un aljibe, lo cual, por su condición de esclavo, no podía ser motivo de escándalo, ya que con los negros el pudor no interesaba, se les paseaba desnudos por las plazas para herrarlos, así que María Rosa y yo pudimos examinar a nuestras anchas toda su anatomía, pues nadie se ruboriza al ver en pelo a un caballo y, aunque la Iglesia aceptara, de muy atrás, la presencia en los negros de un alma insuflada por Dios, aquello no era dogma de fe y las buenas gentes preferían hacerse las de los oídos sordos, de modo que saboreamos a nuestra guisa todas sus vergüenzas, que él, por tradición africana, nada hizo por ocultar, y yo en la bañadera, aquella noche de tempestad, cuando todo estaba consumado y las gentes se convulsionaban aún al recuerdo del horror vivido, evoqué, entre la caricia del agua, aquella anatomía de gladiador y ése solo pensamiento, a despecho de los mugidos del trueno, me sumió de nuevo en la batalla, de antemano perdida, entre la imagen de mi confesor, muerto por los piratas, previniéndome contra las asechanzas

del demonio, y el agua que jugueteaba por mis entrepiernas, acariciando la superficie exterior del horno comprimido por mis muslos, ahogándolo en su hielo pero renovando sus rescoldos con el tacto líquido, y yo, tratando de conducir mis pensamientos a algo menos profano, me envolví en la espuma sucia y me coloqué a la defensiva como si alguien, el peludo y feo Satanás, se aprontara otra vez a violarme, y estregué suavemente la toallita sobre mis tetas surcadas ahora por una red de venas delgadísimas y azules, y tararé una cancioncilla de mi niñez, pero llegó el momento en que debí introducir la espuma por el declive del pubis, entre las piernas ya temblorosas, piernas de agonizante, y torturé la imaginación tratando de pensar en episodios bíblicos y en la santa de mi devoción, la mártir Genoveva de Brabante, esposa del conde Sigfrido, agraviada por el intendente Golo, pero el recuerdo de la desnudez de Bernabé, de la desnudez de Federico, era demasiado fuerte y, al igual que los días anteriores, ya tenía la mano demasiado próxima a aquel lugar cuyo nombre real todavía ignoraba, y era preciso refregar allí, sí, sí, a toda costa, y a la hembra desamorada, traía, a la adelfa le sepa el agua, tralá-lá-lá, mas fue un acto angustiado que sólo trajo soledad, ardiente soledad donde el rostro de Federico se agigantaba y se lloraba, de ojos para adentro, por la fatalidad de unas nupcias imposibles, de un lecho eternamente solo y fantasmagórico, ese lecho que años después colmé de astrónomos de toda catadura, astrónomos imaginarios o simples aventureros con cierta información sobre orientación náutica, que de semestre en semestre, a veces de año en año conocía a bordo de los navíos mercantes, con quienes copulaba a la vista de otros en las literas de los camarotes, cuando las beatas de mi vecindario empezaban a tacharme de impiedad, pues demasiado a menudo pretextaba encontrarme en mal estado de salud para rehuir la obligación de ir a misa los domingos, y los amigos de mi padre insistían en que debería conseguir marido, sin pasar por alto que muchos de ellos, los menos afines conmigo como suele ocurrir, se consideraban mi marido ideal, el que podía protegerme del mundo, o sea, precisamente de aquello de lo que ya nadie podía protegerme, porque el mundo se me había entrado como un huracán en mi humanidad, me había saqueado para hurtarme todo lo que no estaba dispuesta a ofrendarle, dejándome irónicamente lo que sí quería sacrificarle, de suerte que ahora no tenía por qué vivir para mí, sino para el mundo, ante el cual debía quedar a la postre vacía, como odre sin vino, como acerico sin tripas, pero no para el mundo de ellos, de los amigos de mi padre que con suculentos obsequios creían poder doblegarme al matrimonio, sino para el mundo integral como lo había concebido Federico, a quien me había impuesto suplantar en su deseo de darse a la humanidad y de confundirse así con el alma del universo, que no es como creían los antiguos el conjunto de las cosas visibles, sino el de todo lo que conocemos y de aquello cuya existencia puede presumirse, como los anchos valles y montañas del planeta Genoveva, cuya sola enunciación demudaba de risa a los señores Aldrovandi y de Bignon, mientras la silla de posta bordeaba el curso torrencial del Ródano, en la noche perfumada de frutales, y yo no podía librarme del rostro

obsesivo que vi al salir de Marsella, y los caballeros trajeados de negro hablaban de temas que sólo pude comprender mucho más tarde, tales como el peligroso acercamiento de su patrón, el señor Ramsay, a las ideas de Jeanne-Marie Bouvier de la Motte, señora de Guyon, amiga íntima del arzobispo de Cambrai, a cuyo servicio se encontraban, no sin aclarar que el peligro estaba lejos de consistir, como mis amigos geógrafos podían suponerlo, en la ya vieja enemistad con Roma, oficializada en la constitución *Caelestis Pastor* por el papa Inocencio XI, sino en el grave alejamiento que ello suponía de la nueva interpretación que el *speculum*, el arte de ver, daba a los símbolos de la escuadra y el martillo, a lo cual mis amigos asentían con muestras de muy viva ansiedad, como si alguna compleja estructura fuese por tal motivo a desmoronarse, ya que la señora de Guyon, y con ella el señor arzobispo, parecían sostener de mucho atrás que, cuando el alma se aniquila y entrega por completo a Dios, es incapaz de pecar y, por tanto, se hace inútil no sólo la observancia de los mandamientos, que a mis compañeros en la silla de posta poco parecía importar, sino cualquier género de acción altruista, cualquier forma, según creí comprender, de lucha política, y también colegí de modo muy claro que aquellos luctuosos caballeros no se encontraban con nosotros propiamente en calidad de emisarios del señor Ramsay, como mis amigos habían querido dármele a entender en la posada, sino más bien como espías que venían a rendir un informe, espías de alguna oscura organización a la cual pertenecían tanto ellos como el mismo Ramsay, pero de la cual éste parecía alejarse misteriosamente, a la manera que los herejes de la religión, y supuse que ese alejamiento lo motivaba su proximidad al arzobispo de Cambrai, quien a su vez, porque el embrollo parecía de todos los demonios, debía hallarse en desgracia no sólo ante el Santo Padre de Roma, sino también ante el rey Luis XIV, por alguna sátira que, acerca de su carácter y de su política, había publicado unos doce o trece años atrás, lo cual, desde mi hispánico punto de vista, hacía incomprendible y hasta absurdo el que aún ostentara la mitra obispal, pero aún comprendía menos las razones mediante las cuales nuestros enlutados acompañantes trataban de explicar la simpatía que el señor Ramsay demostraba hacia las ideas del pastor, porque, según ellos, el señor Ramsay, que había nacido en Inglaterra pero terminado por convertirse en un perfecto francés, derivaba sus errores de no atender al concepto *especulativo* y suponer que la humanidad, al arribar, como ahora lo hacía, al período superior de la Edad de Creación, iniciada según ellos cuando en la luna llena de marzo, no la de abril que tan ingratos recuerdos me despertaba, el bíblico rey Nemrod, hijo de Cus, fundador del Imperio Babilónico, cazador forzado delante del Señor, a quien yo apenas si vinculaba con la construcción de la Torre de Babel, estableció distinciones entre los hombres y rompió de ese modo con el igualitarismo gémico, al arribar, digo, a este período, debía obtener la salvación mediante un retorno al paraíso perdido, al Edén de ignorancia y desnudez, lo cual impugnaban enfurecidos mis compañeros de viaje, quienes pensaban, por el contrario, que la edad nimiródica acababa de morir con el nacimiento del nuevo siglo y que, lejos de

hundirse en morosas contemplaciones ni de irse a vivir como un gibón al bosque, el hombre actual estaba obligado a luchar por el advenimiento de una nueva era igualitaria, y explicaban la defección de Ramsay recordando cómo, en vez de cumplir los mandatos impartidos por los *Old charges* cuando lo hicieron preceptor de los hijos del conde de Wemiss, se marchó a Holanda, atraído por la figura de un tal Pierre Poiret, cuya seducción provenía de haber sido el editor de las discutidas obras de Antoinette Bourignon, y aquél lo convenció de que la igualdad se lograría por el desapego y no por el enriquecimiento, por el renunciamiento y no por la acción, y fue Poiret, desde luego, quien lo persuadió de colocarse al servicio del arzobispo de Cambrai, monseñor Salignac de la Mothe-Fénelon, fogoso orador con veleidades literarias cuyo tratado pedagógico, referente sólo en apariencia a las aventuras de Telémaco en busca de su padre, el itacense Ulises, y que en realidad era una sátira, había disgustado al monarca, razón por la cual se hallaba poco menos que vetado y olvidado en aquella ciudad norteña, donde alguna vez se formó la Liga Clementina o se firmó la Paz de las Damas, y yo me oí de pronto que los caballeros trajeados de negro trataban de convencer a Aldrovandi y de Bignon de la necesidad de asesinar al señor Ramsay, antes que la organización, por culpa de sus teorías alucinadas, cayera en el misticismo del cual habían tratado de sacarla los *Old charges*, pues con el siglo XVIII el mundo emergía, o eso creían ellos, de entre las tinieblas de una larga noche y, ahora, las ciencias naturales, con hombres tan versados como mi par de amigos geógrafos, y una filosofía de carácter racionalista y dinámico, nos emanciparían de los prejuicios tradicionales, de las tutelas dogmáticas, y nos incrustarían en una nueva época en que la humanidad sabría labrarse por sí sola su porvenir, con una concepción optimista del universo que, en todo, me hacía recordar los ideales de mi amado Federico, mi buen muchacho inmolado ante ese altar de la razón ante el cual parecían postrarse mis acompañantes, mientras la silla de posta avanzaba por la noche de Francia, que ahora apretaba la sombra de los robles, cuyas grandes ramas tortuosas, de hojas lampiñas y lobuladas, nos ocultaban el disco de la luna, que apenas alcanzaba a pincelar las aristas de las cosas, como si su luz sólo tuviese una fuerza de sugerencia en el mundo ensombrecido y rumoroso, y yo me fui adormeciendo y se borró Europa de mi mente y se esfumaron el señor Ramsay y el señor Fénelon, y se difumó la idea de un asesinato inminente, y vi de pronto a Diego de Morales en el claro de luna, y sentí que lo espiaba desde la sombra, y vi que era luna de cazador, y luego lo vi que iba en cueros por la Plaza de Armas de Cartagena y que los demás reían con disimulo, y vi después que se le escurría el oro de pequeñas bolsas, por sutiles agujeros, y la gente lo señalaba con el dedo, y vi que naufragaba su bajel en altamar y que un monje dominico, cuyo rostro era una calavera, lo sacaba de las aguas y lo llevaba por los aires, y vi que su mujer lo descubría ocultando algún oro en la alacena y echaba a llorar, y vi sus pequeños hijos retozando con picardías de muchachos y cada uno tiraba un palo puntiagudo para clavarlo en el suelo y derribar el del contrario, y vi a Hortensia García, nalguda y tetuda, riendo a carcajadas y luego

rompiendo a llorar porque, desde sus naipes de vitela, el rey del palo de oros enrostraba al rey del palo de espadas que bravas tizonas habría en su heredad, pero mucho metálico en la suya propia, y un enjambre de filibusteros se arrojaba sobre el cuerpo de Hortensia para infamarlo con violaciones sucesivas, violaciones y violaciones por las doce aberturas de su cuerpo, violaciones y violaciones por la única abertura de su alma, y de pronto la luz me sorprendió con lágrimas de rabia en los ojos legañosos, la luz de la primavera francesa, y sentí que quería fornicar con Aldrovandi, hacer con él un furioso amor en presencia de de Bignon y de los enlutados emisarios, pero me habían dejado sola en la silla de posta y desayunaban, parlotando, en una fonda caminera, mientras un mozo desenganchaba los caballos para mudar los tiros, y pensé que ese mozo era francés, francés como Leclerq, el maldito Leclerq, francés como de Bignon, el eximio amante, muy gabacho y franchute el inocente, y hallé que se parecía un poco a Federico, Dios mío, se parecía a Federico, y deseé con intensidad poseerlo, pero recapacité que se indignarían mis acompañantes si así lo hiciese y posiblemente me abandonarían en aquellas comarcas extrañas, en el imperio de aquel Rey Sol que imponía al mundo sus reglas de juego, que se había casado en secreto con la viuda de Scarron, de ese poeta que fue a su turno amante de las dos beldades más renombradas de su tiempo, las casquivanas Marión Delorme y Ninon de Lenclos, y que en cambio casó con la huérfana, con la paupérrima Françoise d'Aubigné, nieta del célebre poeta protestante Agrippa d'Aubigné, sin imaginar que, a su muerte, ella llegaría a convertirse en la marquesa de Maintenon, en esta envidiable madame de Maintenon, odiada por su pueblo, que había sabido, sin embargo, poner freno a los despilfarros y a las calaveradas del monarca, pues lo postró a sus plantas y le proporcionó todo el goce sensual que el monarca, en cambio, sin saberlo, me había arrebatado a mí, con su desgraciada decisión de ordenar el asalto de Cartagena por su flota de corsarios y filibusteros, en aquel lejano abril en que, inocente todavía de las tribulaciones que aguardaban a la ciudad, fray Miguel Echarri, según el relato minucioso que hizo mucho más tarde ante el Consejo de Indias, cruzó la plaza de la Mar, taconeó sobre el porche del viejo edificio de las Aduanas, traspuso el pórtico de remembranzas palaciegas y se hizo recibir, sin fórmula alguna, por el guarda mayor Diego de Morales, a quien encaró junto a la ventana que daba al muelle, sobre la bahía, ventana por donde, graciosa, juguetona, entraba esa brisa que había ido aquietándose a medida que avanzaba la tarde, la tarde de aquel mismo día en que sorprendí a Federico escrutando el mar con su catalejo, desde el mirador, tarde como derrotada por una sofocación que bien podía ser otra treta de abril o el verdadero heraldo de las lluvias que no debían tardar, y lo miró de arriba abajo, porque Morales se hallaba en mangas de camisa, congestionado por la temperatura, y con aquella mirada quería indicarle que no era la forma de recibir al secretario del secreto del Santo Oficio, y le dijo sin proemios que, aunque conocía de antiguo su rectitud y lo sabía incapaz de mezclarse en descompaginados negocios, acababa de recibir informaciones alarmantes acerca de cierto cargamento

que se pretendía hacer llegar a Cádiz sin el pago de los derechos correspondientes y, como quiera que los rumores implicaban al guarda mayor, solicitaba de él una explicación, a lo cual el funcionario palideció pero, tosiendo para ocultar la turbación, se apoyó en el marco de la ventana y repuso que, con todo respeto, ignoraba a qué rumores se refería fray Miguel, ya sabía lo chismosa que era la villa y esperaba que tuviese pruebas de lo que venía a denunciar, pero Echarri aclaró que no venía a denunciar nada, sino a evitar que se consumara un acto ilícito que suponía, además, traición en tiempo de guerra, y Morales, simulando desconcierto, insistió en que especificase sus cargos, pues cargos eran, Echarri lo fulminó con su amarilla mirada de bilioso para insistir en que no traía cargos concretos, pero que si el ilícito llegara a consumarse, entonces sí que los formularía como era su deber y también el del guarda mayor, a quien sabía hombre honrado y a quien suplicaba la merced de ponerlo al corriente de lo que se tramaba, en la certeza de que él sabría tomar las providencias del caso, pero el otro hizo asomar a su rostro una leve, hipócrita sonrisa y se permitió recordar al dominico que el Santo Oficio no poseía jurisdicción alguna en aquellos asuntos, que sus funciones, señor, eran eclesiásticas y que, de ser necesaria cualquier medida en materia de derechos, era él como guarda mayor, y nadie más, quien debería asumirla, a lo cual creyó oportuno el inquisidor recordar que no era cosa de menospreciar a las Cajas Reales ni a la Contaduría, que el guarda mayor no estaba autorizado para decretar exenciones en transportes de oro, y ¿oro?, fingió sorprenderse Morales, qué chismes arrabaleros eran aquéllos a los que daba crédito, fray Miguel, oro era lo que él quería poder enviar a Cádiz, para los gastos de la guerra con Francia, y Echarri entonces lo auscultó impudicamente con los ojos, ahora buidos y saltones, en un instante de ebria ceguera en que, sobrevalorando su propio poder, subestimó, en cambio, con ese desdén propio de nuestra clerecía, los recursos del aduanero y gritó la palabra oro con un grito que rebotó contra las paredes como una moneda de oro luciente, porque oro, sí, oro, oro en barras, que no se hiciera la criatura, Morales, que con Miguel Echarri nadie jugaba, y el otro hizo divagar la mirada, llena de miedo, por el azul metálico de la bahía, para objetar, señor, que estaba tratando de ser razonable y le suplicaba moderar su lenguaje, pero disimulaba mal, y esto infló a Echarri al extremo de confundirlo tal vez con alguno de sus encorizados reos y olvidar que se encontraba ante un funcionario de la Corona, porque indagó con altanería si deseaba que le proporcionara cifras redondas, pues bien, él lo obligaba, el gobernador Diego de los Ríos había propuesto al guarda mayor, a usted, sí, una comisión si colocaba en Cádiz, exento de los quintos reglamentarios, un equivalente en oro de ochocientos mil reales de vellón, con lo cual habría, para un par de pícaros que él muy bien se conocía, una ganancia líquida de ciento sesenta mil reales, suma con la cual pensaba de los Ríos saldar ciertas deudas que contrajo por juergas y doñeos, que le dijera si estaba falto de información, que se lo dijera, y el aduanero repuso, apelando ya a la comedia, que no sólo estaba falto de información, sino que deliraba, fray Miguel, y ahora le parecía del caso advertirle que

pisaba los terrenos del honor, lo cual, sin duda, era un modo de descaminar el tema, así que Echarri se esponjó aún más y bramó que cuáles terrenos del honor, la honra era de quien la hacía, caballero, se permitía recordarle que, hacía más de un siglo, el deán y el cabildo eclesiástico de Cartagena hicieron expulsar al gobernador Fernández de Busto, por sus negocios de compadrazgo, él se conocía muy bien los papelorios de la Iglesia y sabía cuáles eran sus obligaciones, caballero, estábamos en guerra con Francia y él, hombre honrado, no debía injerirse con quienes pretendían traicionar a España y al rey, que se hiciera cargo cómo, en otras circunstancias, se habría abstenido de visitarlo, pero era el estado de guerra que vivíamos lo que lo compelia a esta intrusión que rebasaba sus atribuciones, así que mejor lo escuchase y fuese consecuente, y al decirlo había asumido un tono protector muchísimo más ofensivo que sus palabras mismas, de suerte que el aduanero paseó los ojos por el cuerpo desmirriado, mísero de su visitante y, caballero, aquello era un insulto, se limitó a decir, tendría que verse con él en el campo del honor, le enviaría sus padrinos, pero se trataba, por supuesto, de un disparate, como Echarri se apresuró a recordarlo, pues los frailes no se baten, que de ser así, le gustaría perforarle el pecho y limpiar con sus despojos las boyeras de esta administración, pero aún descendía a pedirle que recapacitara, a lo cual el guarda mayor, persuadido del buen efecto de sus palabras, fríamente le comunicó que lo consideraba un cobarde y, en aquel momento, la atmósfera debió quedar como estática y un vaho de horno debió alzarse de las arenas, allá abajo donde pescadores y carniceros, como bien lo recordaba Echarri al escribir sus memorias, veinte años más tarde, en el convento dominicano de Segovia, memorias que no pude leer jamás, pues fueron quemadas apenas unos años después, por disposición del Maestro General de la Orden, pero que la bruja de San Antero me desentrañó en sus lebrillos poco antes de morir, donde pescadores y carniceros se cobijaban a la sombra de los tenderetes para expender sus últimas mercancías, debió alzarse un vaho de horno en el instante en que Echarri, lenta, rabiosamente acusó a Morales de andar contando con una impunidad que en ningún momento él permitiría, pues si vino a verlo, había sido porque creía en su rectitud, pero ahora se arrepentía mil y mil veces más, muy sencillo hubiera sido aguardar al día en que embarcasen el oro y desenmascararlos a la faz pública, ante los contadores y funcionarios de las Cajas Reales, pero, de todos modos, los destruiría al guarda mayor y al gobernador Diego de los Ríos, que recordaran que existía en Sevilla una Casa de Contratación de las Indias, que entendía en los cubileteos concernientes al tráfico con nuestros puertos, allá llevaría los cargos y, de ser menester, apelaría al Consejo de Indias y aun al Consejo de Guerra de Castilla, pues se trataba aquí de una traición a España en tiempos de un conflicto armado y, cuando pensaba haber aturrullado para siempre al guarda mayor, de improviso Morales soltó una aparatosa carcajada que lo desconcertó y lo hizo medio tambalear, porque el aduanero, a grito herido, lo llamaba barril de basura e inquisidor de mentirijillas, para asegurarle que él sabía muy bien lo que fray Miguel tenía contra el gobernador Diego de los Ríos, que no tratara de

ocultárselo, chirrión de desperdicios, fiera cobarde, explorador de aguas negras, que no tratara de ocultárselo porque sabía muy bien cuánto odio albergaba fray Miguel hacia el gobernador, desde cuando éste le birló la querida, y el canonista palideció, por primera vez las manos le temblaron, así que el aduanero pudo ahora no tener compasión, se puso a caminar a grandes zancadas por el aposento, a hablar sin cortapisas, a gesticular frente al religioso que se replegaba más y más contra la ventana, y Morales no sabía hasta qué punto, en aquel instante de desesperación, imitaba sin proponérselo los solapados procedimientos del bastardo de Fernán-Núñez, procedimientos mediante los cuales él mismo había sido coaccionado aquella mañana, y le dijo que era un tramposo, que trataba de arrojarles lodo a la cara cuando era él, fray Miguel, quien estaba corrupto hasta el tuétano, o por ventura no se acordaba de Hortensia García, ante cuya mención Echarri hizo un gesto de rata acosada, se diría que iba a saltar por la ventana, porque, a lo largo de su vida, se había habituado al trato protocolario y lo confundía el exabrupto del aduanero, que seguía preguntándole si recordaba, y cómo habría de olvidarlo, aquel rostro alegre y despreocupado, chirrión de bazofia que se había aprovechado de aquella niña valiéndose de sus prebendas eclesiásticas, monje solicitante, y cuando el gobernador se la ganó en buena lid y le puso casa, pues usted, Echarri, la tenía en un cochitril, juró vengarse de él, lo juró en su corazón, a mí no tratara de engañarme, sapo taimado, se creía hombre porque meaba en la pared como los perros, que se batiera para meter su cadáver en una cloaca, pero que no me viniera con historias fantásticas de barras de oro y puñados de diamantes, lo que deseaba era tener una querida sin sostenerla como era debido, pero ahora te las verías conmigo, falso ministro de Dios, porque si llegabas a pronunciar la palabra oro por el resto de tu vida, te sacaría los trapos a la calle y ya veríamos quién salía perdiendo, instante en que el canonista quiso hacerle ver en tono implorante que debía estar perdiendo la razón, y el aduanero te saco los trapos y las tripas, y Echarri apeló a su condición de hombre bien nacido, a lo cual retrucó el guarda mayor que eso lo había sido siempre, eras tú el zascandil, el cobarde que no osaba batirse en duelo, escudado tras tus canonjías, y el inquisidor, en una apelación suprema a la cordura, trató de persuadirlo de que, Morales, él no podía comportarse de aquella manera, una cosa eran los líos de faldas y otra muy distinta el respeto a una patria desangrada, no era la venganza lo que lo movía contra de los Ríos, sino esta infamia que se cometía con el rey, cuya necesidad de oro era prioritaria, pero el aduanero parecía ahora poseso, de sobra sabía que, por el momento, el único modo de desembarazarse de Echarri era pulsando las débiles fibras de su miedo, así que desnudó la espada, cuya vaina pendía del espaldar de una silla, y la colocó suavemente sobre la nuez del inquisidor, hasta obligarlo a retroceder y te largas, fraile depravado, te largas de aquí o te hundo este acero allí por donde tragas, y si vuelves a mencionar una palabra del asunto, Hortensia García, que poco te quiere, pregona en la plaza pública lo baldado que eres para amar, a lo que Echarri, horrorizado, atravesó como una exhalación la antesala y casi volaba cuando dejó atrás

los arcos de medio punto del porche de las Aduanas, mientras Morales se desplomaba, quizás, sobre la silla donde aún colgaba la vaina de su espada, para apoyar los brazos en el escritorio y, hundiendo en ellos la cabeza, romper a llorar como un niño, con amargura sólo comprensible para quienes, muy de viejo, conocieran su pundonor, traicionado por esa farsa que acababa de dictarle la desesperación, en una encrucijada de su vida donde no había elección, donde sólo podía escogerse entre la deshonra y la muerte, disyuntiva nada rara hoy ni antaño, ni cuando se inventó el aforismo que decía que un hombre sin dinero es como imagen de la muerte, proverbio tan antiguo que nos fue legado en latín, *homo sine pecunia, imago mortis*, porque los mismos alquimistas, tan reverenciados por mi amigo Tabareau, buscaban la piedra filosofal movidos por el deseo de transmutar en oro los metales, y el mismísimo poeta latino Horacio, tan reverenciado por mi confesor, muerto por los piratas, nos enseñaba que debíamos procurarnos dinero, honradamente si era posible, o si no de cualquier modo, *quocumque modo rem*, porque el dinero, según el Arcipreste, *ffaze correr al coxo é al mudo fablar* y, si Federico hubiera poseído dinero o su padre hubiese accedido a proporcionárselo, otro gallo le hubiera cantado, porque al oro lo llaman vil metal, pero es más vil el que no lo tiene, y oro era lo que a mí me hacía falta al llegar a París, aquella madrugada de 1712, en que me deslumbraron sus esculpidos frontones, sus columnatas interminables, los puentes amarrados a la Cité como a un navío varado a flor de agua, los esplendores de Saint-Germain-l'Auxerrois, del Pont Royal, de la plaza Vêndome, de la fuente de las Ninfas, de las agujas de Saint-Landry, y me asombraron esos indescifrables gentiles hombres de capa de paño oscuro y sombreros de fieltro galoneados de oro que, seguidos de sus lacayos, iban en sus corceles de gran alzada como enseñoreados de la ciudad, mientras el populacho, en sus andrajos de colores, danzaba en su torno una danza de abyección y de indigencia, y la miseria en sus rostros daba la impresión de una careta de carnaval, una careta de bocas sin dientes, de ojos escurridizos, de pelambres de estopa, y me impresionaron la hermosura un poco siniestra de las Tullerías, de los bajorrelieves del Hotel de Lignières, el magisterio sombrío de la Sorbona y la desolación de esa casa de huéspedes de la calle Saint-Antoine adonde Aldrovandi y de Bignon me condujeron, y donde la propietaria, una mujer gorda y muy sucia, me señaló un cuarto tan modesto que daba la sensación de tener uno que salirse para que entrara la luz, con lo cual me agarró una nostalgia dilacerante de mi viejo y vacío caserón de San Diego, con sus ventanas arqueadas como en los ajimeces moriscos, su ancho zaguán que daba acceso al vestíbulo y comunicaba con el patio, sabiamente oculto bajo limoneros floridos, cuyas abiertas copas se esparcían en frondas de hojas lustrosas, entre las cuales sobresalían los frutos de verde tirante a pálido, con su lascivo pezón, patio estrechado por arcos apeados en columnas de breve fuste, como en un claustro mudéjar, donde viví una infancia feliz, donde, en sus anchas y frescas habitaciones cubiertas por grandes vigas de madera blanqueada, lloré de amargura y soledad meses enteros, luego del asalto de Cartagena por la flota

de Luis XIV, y en cuyo cuarto de baño aquella noche, mientras el cielo nocturno se desgarraba en súbitas resquebrajaduras violáceas, sentí, a despecho de los temores que aún acosaban mi espíritu, que era preciso refregar en ese lugar, sí, sí, a toda costa, y a la hembra desamorada, traía, a la adelfa le sepa el agua, tralá-lá-lá, más fue un acto angustiado que sólo trajo soledad, ardiente soledad donde el rostro de Federico se agigantaba y se lloraba, de ojos para adentro, por la fatalidad de unas nupcias imposibles en un lecho eternamente solo y fantasmagórico, así que salí de la bañera, me sequé a toda prisa, me cubrí como pude con mis ropas sin ponérmelas, y huí por el pasillo hacia mi alcoba, presa de remordimiento y terror, en el caserón solitario, y oí rebramar más cerca el trueno, y vi el fucilazo del relámpago entrarse en un chorro por la ventana que batía un viento siniestro, y me introduje como bestezuela despavorida en la cama, y me acurruqué contra la cabecera y me puse a temblar de miedo y de frío, entre la oscuridad horripilante, pues había dejado la palmatoria en el cuarto de baño, y entonces oí los pasos que subían por la escalera, pasos intolerables porque me sabía sola en el caserón, y pensé en los espectros de tantos seres queridos que podían andar penando por allí, y les juré mi eterno y cariñoso recuerdo, pero con la condición de que no me espantaran, y elevé a Dios mis preces más fervientes, y ahora los pasos se encaminaban por el pasillo, hacia mi habitación, y creí que se me iría el alma en aquel brete, cuando ya no lograba apretarme más contra la cabecera y calculaba la posibilidad de saltar por la ventana, y el solo estallido de los truenos y el deflagrar instantáneo de las centellas eran suficientes para impedírmelo, y los pasos se habían detenido frente a la puerta, cuyos goznes comenzaron a girar lentamente, con un herrumbroso chirrido, y vi entonces la negra figura perfilada contra la claridad del pasillo, la negra figura que me arrancó un alarido y me borró el mundo, porque experimenté una sacudida eléctrica y me vi caer por un abismo sin fondo, un abismo de paredes destellantes y violáceas, con vetas de púrpura como hilos de sangre, que de pronto se extendieron y formaron una endurecida cortina de sangre, que luego se licuó y cayó sobre mí como una invencible cascada de sangre, que fue represándose y quedé rodeada de un silencioso lago de sangre, que chapoteaba al ritmo de mis desesperados esfuerzos por librarme del líquido espeso y purpúreo que ya me ahogaba y ponía en mi boca el sabor salobre de la sangre, la sangre que había corrido como lluvia fresca por Cartagena, apenas unas semanas atrás, y la sangre de mi virginidad perdida, y todas las sangres del mundo que se congregaron en Cartagena para plasmar aquel horror sin cuento, orquestado por el rey galantuomo desde ese París donde, a eso de las dos de la tarde, cuando pensaron que me había repuesto del viaje, Aldrovandi y de Bignon vinieron a buscarme a la casa de huéspedes de la calle Saint-Antoine y me proporcionaron algunos luses, no sin explicarme que ocuparían los próximos tres días en redactar su informe para la Academia de Ciencias y luego saldrían de la ciudad hacia un lugar indeterminado de Francia, donde los reclamaba una misión esencial, pero estarían de regreso en una o dos semanas, así que no me inquietara, que nos veríamos a su vuelta,

que si tenía alguna necesidad no vacilara en presentarme a la casa cuya dirección me dejaban, donde bastaría pronunciar sus nombres para que atendieran cualquier solicitud mía, y yo, que recelaba porque no fuesen con el designio de asesinar al señor Ramsay, de quien no sabía por qué me preocupaba, les pregunté si no contemplaban el beneficio, o la necesidad, de hacerme el amor antes de tan largo viaje, pero ellos se excusaron alegando que debían iniciar al rompe la escritura de su informe, o no podrían salir de la ciudad el día señalado, y me aseguraron que a su regreso fornicaríamos tanto que se me quitarían por años las ganas de nacerlo, y me besaron de un modo tangencial en la boca y se largaron sin agregar palabra, entonces me sentí más sola que el primer humano, abandonada en aquel cuartucho donde seguramente se habían cometido varios asesinatos, porque París se me antojaba, sin conocerla todavía, una ciudad muy propicia para cometer asesinatos en la impunidad, ciudad llena de los fantasmas de los hugonotes asesinados la noche de San Bartolomé, y me vestí con las pocas ropas que había traído y me fui a deambular por esas calles inciertas, pobladas por el crimen y la miseria, donde a cada paso algún perdulario me proponía que me acostara con él, o me pellizcaba las nalgas, o al oír mi acento español, aunque mi francés fuera aceptable, *je m'en fiche*, me preguntaba si no traía oro de América para comprar bellas chucherías, y como yo sabía que la mayoría de los franceses no eran como de Bignon, sino más bien como Leclercq, empecé a temer por la bolsa de dinero que mis amigos me habían entregado, bolsa que llevaba guardada en el seno, y pienso que mis temores se transmitieron de alguna manera a la gentuza que me rodeaba, pues de algún figón surgió un hombrecillo de nariz muy roja, con un gorro puntiagudo, de color tabaco, calado hasta los ojos, y amenazándome con un puñal me conminó a entregarle cuanto tuviese de valor, entonces, ignorante de la consigna parisiense de no gritar en semejantes circunstancias, sino dejarse desvalijar, pues de otro modo en vez de auxilio se conseguía una puñalada en el vientre, emití un alarido tan intenso que hizo retroceder al asaltante, con tan buena suerte que, al filo de la esquina, apareció en aquel instante un mozalbete delgaducho pero muy garboso que, armado de bastón y de mucho arrojo, puso en fuga al malhechor todavía aturdido, hecho lo cual me atendió y consoló hasta sacarme del estupor y me preguntó si deseaba que me acompañase a casa, a lo cual respondí encantada que sí, pues se trataba de un muchacho no muy agraciado de rostro, pero sí muy joven, no mayor de dieciocho años, en cuyo semblante algo vivaz y soñador me recordaba a Federico, así que detuvo un coche de punto y nos trasladamos a la casa de huéspedes de la calle Saint-Antoine, donde, en los preludios del amor y al saber que me llamaba Genoveva, me dijo como un día Federico que mi nombre significaba tejedora de coronas y que lo sabía porque, a pesar de su juventud, había escrito y logrado publicar, hacía unos dos años, una *Imitación de l'ode de R. P. Lejay sur Sainte-Geneviève*, particularidad que me obligó a reflexionar en ser aquella la primera vez que hacía el amor con alguien que nada tuviese que ver con la astronomía ni con las matemáticas, sino con la literatura, según

se desprendía de las difíciles materias que precozmente abordaba este otro soñador, nada ingenuo a decir verdad, que me dijo ser de París haber estudiado con los jesuitas del colegio Louis-le-Grand y llamarse Francois-Marie Arouet.

IV

Dicen que decía Hortensia García, poco antes de morir en un convento de Popayán, que ella no hubiera podido evitar el mirar con insolencia a fray Miguel Echarri aquella noche en que, todavía medio embozado en la capilla negra de su blanco sayal dominicano, y rígido como una estatua, sin atreverse a entrar, lo halló a la puerta de su casita de madera, metida en los vericuetos del arrabal de Getsemaní, de suerte que lo examinó de arriba abajo, preguntándose qué rayos podría querer con ella pasado tanto tiempo, pero la enterneció a la postre, según dicen que decía, su estampa arruinada y trémula, al punto de permitirle pasar y, no sin advertirle que si Diego de los Ríos se enteraba de que había venido a verla, de eso no albergara la menor duda, lo mataría, le preguntó en qué podía servirle, en qué cosa tan intrincada que se rebajaba a visitarla a tan altas horas de la noche, y él se bajó el embozo y mostró, torcida por la congoja, su cara de fantasma melancólico, para recordarle, a manera de proemio, con una rara humildad que nadie jamás barruntó en el secretario del secreto del Santo Oficio, cómo en otros tiempos fueron tan buenos amigos, pero ahora, ya era sabido, el tiempo aclaraba las cosas y el tiempo las oscurecía, ahora, aunque eso la sorprendiera, venía a humillarse ante ella, a implorarle de rodillas un favor en cuyo suceso se jugaba su vida, confesión tan extraordinaria que la hizo fruncir las cejas con desconfianza y, temerosa de que los años hubiesen descarriado la razón del dominico, servirle una copa de vino de una de las garrafas que allí mantenía de los Ríos, confiando en que con ella se calmaría, pero Echarri, bebiéndola a pequeños sorbos, insistió, como si para lo que tenía en mientes fuesen necesarios muchos rodeos, en que, bueno, ¿cómo empezar?, mal podría negar él cuan apuesta era, frente a su propia y pobre figura, la del gobernador, eso explicaba, al menos en cierto modo, el que ella lo abandonara para venirse a vivir con el alto funcionario, frases ambiguas ante las cuales Hortensia, que estaría cerca de los treinta años, pero era todavía garrida y rezumaba, de su cuerpo fragante como flor de campo, esa vigorosa sensualidad propia de las hembras curtidas en el amor, dejó escapar un ojos hay que de lagañas se enamoran, pero, viendo que lo ofendía, se apresuró a añadir que no, no era por él que lo decía, pensaba más bien que los amores solían entrar riendo y salir llorando, porque, sin remedio, nacían tocados de imbecilidad, y aquí prefirió detenerse, pues vio que Echarri la oía con tristeza y agachaba la vista a menudo, para indagar, más bien, en cuál cabeza podía caberle, pero no concluyó la frase, fue él quien la retomó, sí, en cuál cabeza podía caberme que amaras a de los Ríos, y no dio a la frase la menor expansión, como si se tratara de una fatalidad más que debiera aceptar en todo aquel laberinto de amarguras, sino que agregó que no, que eso ya no le dolía, esa cicatriz estaba casi borrada por esa goma esponjosa que se

llama el tiempo, momento en que Hortensia comprendió que, si lo dejaba seguir rodando por aquel talud, acabaría, sin saber cuándo, haciendo concesiones, de forma que no eres sincero, opinó, puede que yo no te atraiga ahora con igual fuerza que antes, pero conservas tu rencor hacia Diego de los Ríos, eso no lo borra ninguna goma ni ningún acto de contrición, y Echarri debió pensar en aquel instante, según dicen que Hortensia decía, de qué manera esta mujer jamás había exhibido sino sus verdaderos pero borrosos sentimientos, ni siquiera había adquirido una apariencia de barragana, sino que conservaba ese aire montaraz que lo sedujo, esa energía de hembra primaria que la colocaba por encima de cualquier sospecha de frivolidad, de codicia, de infatuación, pero en cambio la mantenía a la defensiva, como si supiera que todo aquello que poseía podía ser arrollado en un abrir y cerrar de ojos por un mal viento, así que prefirió no continuar con los rodeos y confesarle claramente que estaba siendo extorsionado, que sus funciones como secretario del secreto del Santo Oficio estaban viéndose entorpecidas por rumores, y aquí empezó a balbucear, rumores propagados, y debió esforzarse por seguir, rumores propagados acerca de sus, y ahora el esfuerzo fue arduo, rumores propagados acerca de sus costumbres, y la última palabra casi no consigue salir de su boca, rumores propagados acerca de sus costumbres privadas, a lo cual Hortensia le manifestó paladinamente que no entendía una palabra, y él aceptó que le repugnaba explicarlo, mientras tosía y se echaba todo el resto del vino, pero era preciso que supiera que el hombre con el cual vivía, el hombre que la sostenía, el gobernador en una palabra, se había enredado en un descocado negocio cuya consumación perjudicaría inmensamente a la Corona, en estos tiempos de guerra con Francia, frases que hicieron chispear los ojos de la mujer, ponerse tenso su organismo, pues imaginó, según dicen que decía, alguna despreciable zangamanga de esta sabandija inquisitorial, al punto que debió vencer el impulso de arrojarlo a la calle para reclamar, punzando como si mordiera, que alejara de ella esas historias, que si pensaba que con mentiras de comadres iba a apartarla del hombre a quien debía el poco lujo de que disfrutaba, estaba de ver, y Echarri, con angustia, se apresuró a encarecer que no, de ningún modo, esto iba muy en serio, porque de los Ríos se hallaba a punto de consumir un peculado con cierto cargamento de oro habido no sabía cómo por dos comerciantes inescrupulosos, y de hacer perder más de ciento sesenta mil reales de vellón a las Cajas Reales, ciento sesenta mil reales que eran ahora como sangre para el rey, te lo juro, Hortensia, te lo juro por el amor que te tuve y te lo juro por Dios, tú no prohijarás esta exacción a las arcas reales, cuando estamos a punto de hacer bochornosas concesiones a los franceses, cuyos ejércitos son más poderosos que los nuestros, y el semblante de la mujer, aunque no era española sino criolla, y mestiza por más señas, dicen que decía que se ensombreció ante la idea de la traición, pero indagó, escéptica, cómo probaría el inquisidor que todo no eran patrañas suyas, imaginaba acaso que no lo conocía, viejo escarbador de basuras, y Echarri depositó la copa sobre una mesa y dirigió a Hortensia una mirada deprecativa y dolorosa, para asegurar que, a su debido tiempo,

demostraría en público que los cargamentos de oro habían sido embarcados sin pagar a las Cajas Reales los quintos correspondientes, de eso podía estar segura, pero sólo estaría en posición de hacerlo si ella le prometía algo, algo que debería hacer, no por él, que bastante odio le inspiraba, sino por el rey, y la mujer lo acució a desembuchar de una vez y no andarse con perífrasis, le parecía que estaba quebrando el huevo antes de aparejar el pan, si se figuraba que iba a tragarse sus historias así como así, y Echarri advirtió aún que, en realidad, no era algo que debiera hacer, sino abstenerse de hacer, y ella lo urgió, ya imperativa, a que lo soltara y veríamos, pero de una cosa podía estar cierto y era que no iba a perjudicar a su señor, al que le pagaba la casa y le colmaba la olla, y Echarri agachó la cabeza, estaba nervioso y se sentía, como nunca, humillado cuando le preguntó si, entonces, prefería perjudicar al rey, a España, y ella, nadie sabrá nunca cuan injustamente, razonó que, de cualquier forma, él no iba a denunciar ningún peculado, si existía, por amor al monarca, sino para vengarse de quien le había birlado la concubina, y te equivocas, dijo Echarri, con voz rota, seré lo vil y arrastrado que quieras, pero a España la amo con mis entretelas, mas ella se apresuró a opinar que, según sus cálculos, él carecía de entretelas, y el inquisidor ahora, poniéndose de pie, le pidió jurarle que, pasara lo que pasara, no gritaría en público sus intimidades de otros tiempos, no mancillaría su prestigio arrojando a la calle las porquerías o sublimidades sexuales que hicieron juntos, y entonces Hortensia García rió obscenamente, con risa que Echarri jamás le conoció en el pasado, y después de servirse ella misma una copa de vino, lo interrogó en minucia y con agrio sarcasmo sobre lo que deseaba ocultar, si esto, si aquello, con lo cual inició un pormenorizado prontuario de sus aberraciones, que Echarri se veía obligado a aprobar en el colmo de la humillación y de la congoja, y óyeme bien, figurón, concluyó, irguiéndose enrojecida y llena de cólera, si llegas a perjudicar a mi hombre, al que me colma la petaca y me paga los trapitos, si llegas a perjudicarlo no sólo divulgaré ésas, sino otras muchas cosas, y aquí vino un segundo prontuario, pincelado con falsedades tan monstruosas que el dominico le gritó horrorizado que no fuera baja y malvada, y ella le confirmó que lo divulgaría, pinche de inquisidor, de eso podía estar seguro, entonces el canonista, siguiendo acaso una repentina inspiración o tal vez porque comprendió que su ausencia en este momento trabajaría en un sentido más positivo que su presencia, alzó otra vez el embozo y ganó la puerta, anunciando que, en ese caso, correría el riesgo, aún tienes entrañas, Hortensia García, y si quieres puedo asignarte una pensión superior a la que te da el gobernador, pero pásmate, confío en ti, mírame a los ojos, no lo harás, hija de puta, no lo harás, ¿verdad que no lo harás?, y ella, según dicen que decía porque fue muy brusco el paso de Echarri de la postración a su habitual altanería, lo escupió a la cara y él tuvo que escurrirse por entre el dédalo de calles y sombras del arenoso y amurallado Getsemaní, hundido a esas horas en un silencio untuoso, un poco agorero, pero de aquello nada supimos nunca nosotros, ni nos hubiera interesado maldita la cosa, porque en nada nos hubiéramos imaginado que podía tocarnos un episodio más en la

crónica corruptela de la administración de Indias, y habían de pasar años antes que yo, sólo yo de entre nuestro grupo familiar, compilara pacientemente la verdad para librar de infamias la memoria de Federico, en cuya compañía a la mañana siguiente, cuando el sol tocaba casi el cénit, divisé por fin las playas solitarias, también agoreramente silenciosas y requemadas de Zamba, con sus médanos en forma de media luna, moldeados por el viento del mar, de cuyas crestas se alzaba una nubecilla de arena, semejante a humo disperso, y sus esteros donde las garzas, sostenidas en una sola pata y con la otra encorvada y escamoteada bajo el plumaje blanco, parecían meditar en trance místico, en tanto picábamos espuelas a las cabalgaduras y nos encaminábamos hacia donde el mar se desovillaba en la playa, como se devana el sedal mordido del pescador, pero sin estirarse por completo sobre la arena sino enredándose otra vez en un reflujo espumoso y suave, pues aquí podríamos lanzarnos libremente al agua, los hombres por un lado y las mujeres por otro, sin los ridículos indumentos que era preciso llevar, entre burlas inevitables, en las playas de la ciudad, quiero decir que podríamos en una palabra hacerlo desnudos, incluidas las jovencitas, para quienes la mirada maternal de Cristina Goltar sería garantía de que no tentábamos la ira del Señor, aunque experimentáramos, de todos modos, esas imprecisas sensaciones de la desnudez en grupo, que aunque fuese de sólo mujeres a mí se me antojaba todavía un tanto pecaminosa, un tanto desafiante, porque desafiantes parecían nuestros cuerpos contra el viento como esas damas desnudas de los mascarones de proa, mientras nos amenazaba el mar con su ventripotente mugido de órgano eclesiástico, el mar encarrujado hacia el cual Federico tendía la vista al tiempo que su padre desplegaba en sentido inverso el brazo, para señalar al mío la vastedad de sus propiedades, que en adelante pensaban compartir, y proponer que disfrutaran primero sus bellezas naturales, luego las examinarían con ojos de negociantes, e indicar, en lontananza, la cabaña, hacia la cual ordenó a Bernabé llevar las mulas, ya conocía las caballerizas, nosotros íbamos a entrarnos al agua, ¿eh, Alcocer?, e imitaron a los jóvenes, espoleando a los caballos y haciéndolos trotar sobre las dunas, bellas como esculturas movedizas y tornasoladas por el sol cenital, y Lupercio seguía gritando al joven esclavo, que ya alcanzaba al galope la cabaña arrastrando del cabestraje a las mulas, no olvides ordenar el puchero de sábalo, que iremos hambreados, todavía recuerdo con lágrimas aquellos postreros días de felicidad, cuando el mundo aún parecía ingenuo y cubierto de rocíos mañaneros, en tanto Cristina, María Rosa y yo tratábamos de perdernos, cabalgando a mujeriegas, tras una alta duna sobre cuya cara convexa el viento arrastraba partículas silíceas de las suaves laderas para acumularlas en el lado opuesto, a fin de eludir a Lupercio y a Emilio, quiero decir a nuestros padres, que a horcajadas todavía en las bestias empezaban a desembarazarse de las ropas, y yo pensé que quizá Goltar añoraba, ahora que respiraba el aliento feral de la naturaleza, sus días de navegante, cuando tuvo que encarar un abordaje de los piratas del Gran Turco o sortear los traicioneros espejismos del Mar de los Sargazos, relatos que se complacía en hacernos a Federico,

a María Rosa, a Cipriano y a mí, con todo lujo de detalles, cuando aún éramos niños y nos dejábamos sacudir por el viento huracanado de la fantasía, que nos permitía continuar aquellas aventuras por nuestra propia cuenta sólo que Federico, en quien parecían dejar una huella más profunda, había acabado trasponiéndolas a otro imperio, el del conocimiento, por cuyas comarcas fragosas e ilimitadas aspiraba a transformarse en una especie de caballero andante, cuyos dragones y malandrines serían la ignorancia y el fanatismo, a los cuales confiaba en poder traspasar con ese hierro puntiagudo y cortante, la razón, en la que él colocaba todas sus esperanzas, pues confiaba en que despejaría al hombre los caminos del porvenir, acerca del cual solía hacerse ilusiones tan frondosas como sólo volví a encontrarlas en el joven François-Marie Arouet, cuyas ideas, como pude inferirlo por la larga conversación que sostuvimos luego de hacerme el amor en la casa de huéspedes de la calle Saint-Antoine, eran extrañamente parecidas a las que Aldrovandi, de Bignon y sus dos enlutados amigos habían expuesto en la silla de posta durante el trayecto entre Marsella y París, o sea que, al igual que ellos, colocaba en un altar a la ciencia y a la razón, y oponía el *sensus communis* de los latinos al *sens commun* de los franceses, porque en aquéllos, según decía, significaba humanidad, sensibilidad, mientras en éstos había degenerado al punto de asemejarlos a ese caballero árabe que, no obstante ser un experto químico o un encomiable astrónomo, no dudaría jamás que Mahoma hacía las medias lunas metiendo en su manga la otra mitad, porque la conveniencia así se lo dictaba y el menoscabado sentido común se asociaba ahora ineluctablemente a la ventaja individual y no a la búsqueda de la verdad ni a la ventaja social, consideraciones que evidenciaban la erudición por él almacenada a tan lozana edad, la cual atribuía al cariño que en su infancia, gracias a cierto abate libertino que lo protegía, inspiró en la anciana *cocotte et précieuse* Ninon de Lenclos, quien al morir le legó dos mil libros para que empezara a formar su biblioteca, y esa misma noche me sometió a un interrogatorio harto minucioso acerca de las costumbres, las ciudades, la fauna y la flora de las Indias, pues aseguraba que, en su niñez, había llegado a creer, por culpa de una de sus nodrizas, que en América los vasos en que se bebía eran de diamante, los colchones en que se dormía de plumas de colibrí, las alcobas incrustadas de rubíes y esmeraldas, los carruajes tirados por carneros rojos, de oro sólido las mesas de los figones, las gentes de una tierna hermosura, enmarcadas por un paisaje de inaccesibles montañas, selvas de plantas carnívoras y ríos tan anchos como mares, así que deseaba volver esa imagen a sus debidas proporciones, en lo cual le ayudé lo que me fue posible, convirtiéndome a sus ojos en algo así como la anti-Scheherezada, a cambio de que me familiarizara con este otro mundo alucinante, el de París, donde las diferencias sociales parecían, a despecho de la tan ponderada cultura francesa, muchísimo más agudas que en nuestra remota Cartagena de Indias, donde uno acababa considerando a los esclavos como miembros de la familia o, al menos, tratándolos mucho más humanamente que lo que un gentilhomme francés a un mozo de cordel, y él rió de buena gana, porque le hacían

gracia mis comparaciones que, haciendo gala de aquel escepticismo dialéctico aprendido con los jesuitas del Louis-le-Grand, se resistía a aceptar, tratando de hacerme ver que los mozos de cordel no eran marcados con fierros candentes como los negros en América, y que la Inquisición francesa estaba lejos de parecerse a esa hidra, esa *bête noire* en que se había constituido la española, si bien lo hice ruborizar al recordarle cómo un francés hizo chicharrones de carne y papel con nuestro Miguel Servet, por el delito de descubrir la circulación pulmonar y el inverecundo papel que juega la respiración en la transformación de la sangre venosa en arterial, pero eso para él, como suele ocurrir con los franceses, era harina de otro costal, así que decidimos lanzarnos a la calle para iniciar el aprendizaje parisiense que le reclamaba, y que ciertamente me proporcionó el joven Arouet de insuperable manera, pues recorrimos aquella misma noche los más desapacibles recodos del Mercado de los Cerdos, del Montfaucon con su espeluznante patíbulo, de la plaza de los Gatos, de la Cruz del Trohoir, del Mercado Palus con sus barracas alquitranadas, de la Plaza de Gréve donde aún se hacían hogueras de regocijo para celebrar por Reyes la fiesta de los locos, contemplamos a la suave luz de las estrellas la mole siniestra de la Sorbona, con su cúpula que mi acompañante decía estimar tanto como al Louvre y al panzudo Val-de-Grâce, el dentado perfil de ese centro de enseñanza teológica que, en Francia, había jugado en otros tiempos el mismo papel que el Santo Oficio en España y sus colonias, ya que Francisco I le otorgó el derecho de inquisición sobre las conciencias y el de condenar y proscribir los libros que juzgase heréticos, haciendo pender la pena de muerte sobre aquel infeliz en cuyo domicilio fuesen hallados, para lo cual poseían sus dómines o escolásticos esbirros derecho de registro, penetramos en el ovillo de callejuelas que circunda el sepulcro de los Santos Inocentes, donde salieron a nuestro encuentro gavillas de estudiantes borrachos, lanzando al viento su *evohé*, *Dionysos*, *Attes Hyes*, recorrimos profundos arrabales poblados de iglesias góticas, entre ellos el de Saint-Germain, con sus tres agujas románicas y, en uno de sus ángulos, el puntiagudo campanario de Saint-Sulpice, cerca del cual se celebraban las ferias, columbramos desde alguna altura los tejados pruriginosos de las casas agachadas sobre el Sena y, por último, casi al amanecer, François-Marie me presentó, con galante ademán, la torre cuadrada de Sainte-Geneviève, de la vieja abadía donde reposaban las reliquias de la iluminada nanterresa, mi tocaya, patrona de París, que procuró víveres a los desvalidos y aterrorizados pobladores de Lutecia a despecho del asedio de las hordas de Atila, y que mi amigo, con ligereza juvenil, había incorporado a su literatura que, no obstante, poco hagiográfica sería a partir de este momento, y he de decir que, entre aquella noche y la siguiente, pudimos presenciar en los suburbios, y en el propio laberinto de la Cité, un duelo a estoque, dos atracos en pleno arroyo, el intento de violación de una niña de doce años, muchas tumultuosas borracheras estudiantiles y otras lindezas, antes de cenar, la segunda noche, en cierto figón de mala muerte donde todos parecían profesar gran respeto por mi acompañante, cuyos finos modales denunciaban su ubicación en la floreciente clase burguesa, como

llamaban en Francia a aquélla, tan exaltada con cargos y honores por Luis XIV, de los comerciantes o fabricantes medianamente acomodados, como la llamaban quizá en memoria de los burgos de otros tiempos, aquellas famosas comunidades municipales que, protegidas por privilegios concedidos por los soberanos, procuraban sustraerse al dominio del señor feudal, entonces, mientras terminábamos el endiablado potaje y acometíamos los filetes, el señor Arouet me participó que, aquella noche, debería asistir a una reunión de gran trascendencia para él, cuya duración, sin embargo, no pasaría de la hora u hora y media, de suerte que, si así lo prefería, podría acompañarlo y aguardarlo en alguna antesala, idea que me pareció bastante aceptable, pues no deseaba retornar al atroz sentimiento de soledad, lo necesitaba a mi lado en el cubículo de la calle Saint-Antoine, a lo mejor comenzaba a amarlo, de forma que lo seguí por muy tortuosas rúas, mal alumbradas por antorchas de aceite, hasta llegar a una de esas casas de argamasa y madera, con cariátides de roble que sostenían el alero, tan comunes en París, en la cual, luego de un interrogatorio misterioso a través de un visillo y de largas explicaciones acerca de mi presencia, nos hicieron entrar a un vestíbulo, cuya pared más amplia vi exornada por una mediocre pintura mural, que mostraba a una especie de monarca de la antigüedad, luego supe que al rey Hiram de Tiro, sucumbiendo bajo golpes que le eran propinados con una regla, una escuadra y un martillo, y no sólo se respiraba en la casa una atmósfera siniestra, sino que sus ocupantes, vestidos de negro, medio ocultaban con capuchas el rostro, y al mismo joven Arouet se le proporcionó uno de aquellos embozos, cuando me abandonó en una salita lateral, donde lo esperé por más de tres horas, oyendo de tiempo en tiempo el vocerío de una discusión que no prometía acabar nunca, hasta ser casi medianoche, y entonces mi joven amigo me despertó con cariñosa suavidad, pues caí profundamente dormida en un diván, y dijo que podíamos irnos, y advertí un grupo sombrío y sigiloso de gentes que se hundían en la semioscuridad de la calzada, entre las cuales me pareció reconocer a uno de los dos caballeros enlutados con quienes hice el viaje de Marsella a París pero creció mi perplejidad cuando ganamos la esquina y pude ver en una cartela el nombre de la calle, la del Cloître-Notre-Dame, y comprendí que aquella casa, de la cual acababa de salir, era la misma cuya dirección me dejaron Aldrovandi y de Bignon para el caso de que algo necesitara durante su ausencia, así que deduje que la organización enigmática, cuya asamblea había tenido esa noche cumplimiento con la asistencia de mi joven Arouet, era la misma a la cual pertenecían mis amigos geógrafos y sus lúgubres cofrades, la misma que, de acuerdo con mis sospechas un tanto delirantes, quería asesinar a un tal señor Ramsay, secretario del arzobispo Fénelon, entonces el miedo se apoderó de mí y ya no supe si deseaba en verdad pasar la noche entre los brazos de mi nuevo protector, mi *bourgeois gentilhomme*, para usar una expresión del teatro francés, cuyo rostro joven y soñador me recordaba el de Federico y, marchando a su lado por entre el laberinto de la Cité, experimenté sucesivos escalofríos al imaginar, en aquella organización, una especie de sociedad satánica, en cuyas garras había venido a caer por culpa de mi

irreflexión y de mi provincialismo, por culpa además de mi exacerbada lujuria, de aquel lascivo estigma que en mi carne estamparon los filibusteros de la Tortuga, el que me obligaba en otros tiempos a bañarme seis, siete veces en un solo día, para lavar mi cuerpo de la costra infamante, como había tratado de hacerlo aquella noche de tempestad, hacía quince años, en que la contemplación de mi desnudo en el espejo alto y biselado, unida al recuerdo de la desnudez africana de Bernabé y de la muy esbelta y criolla de Federico, me compelieron al acto angustiado, tralá-lá-lá, tras el cual sentí una soledad de ruinosos recuerdos y huí por el pasillo hacia mi alcoba y, apretada contra la cabecera de la cama, entre el fogonazo de los relámpagos y las descargas del trueno, oí los pasos intolerables que me buscaban y vi por fin la negra figura perfilada contra la claridad del pasillo, la negra, negra, negra figura que me arrancó un alarido y me borró el mundo, porque me invadió una sacudida eléctrica y me vi caer por un abismo sin fondo, con horribles visiones de sangre, y volví en mí recorrida por un nuevo y envolvente estremecimiento y con otro desesperanzado alarido que mis labios no llegaron a articular, cuando el carboniento visitante, ya junto a la cama, me sacudió de un hombro y pude ver entonces el rostro triste de Bernabé, atemorizado él mismo por el susto que me acababa de propinar, pidiéndome tranquilizarme, blanca, no tema, soy yo, a toda mi familia la hicieron huir o se la llevaron los piratas y me siento tan desamparado allá, en aquellas caballerizas, hágame un poco de compañía usted que también está sola como alma penante, y muerta de pavor lo estreché entre mis brazos, agradeciéndole que fuera él y no una manifestación de ultratumba, y me di cuenta que estaba completamente desnudo y emparamado por la lluvia y que su urgencia de calor, de amor, era ya tan irresistible como la mía, y acaricié, todavía galopante mi corazón, su áspera piel africana y todos sus atributos africanos, y lo supe tan próximo a mi corazón, porque había compartido con Federico, en casa de los Goltar, una infancia llena de presentimientos, y había quedado tan solo como yo, olvidado en el establo de negros de mi casa, comiendo de mis sobras, porque hasta el último de los esclavos de los Goltar y de los Alcocer, con su sola excepción, huyó para no ser asesinado o llevado por los malditos, lo supe tan próximo a mi corazón que renuncié para siempre a las advertencias piadosas de mi confesor, muerto también por los piratas, y por primera vez me dejé voluntariamente penetrar por un varón, por toda esa ternura desolada de Bernabé, y ya no sentí que la posesión infamaba mi cuerpo, sino al contrario, lo lavaba con bálsamos de pureza, le borraba las costras inferidas por los filibusteros, lo renovaba como un baño lustral, y sonreí al recordar que había pensado que se trataba del carboniento Satanás y no del pobre muchacho negro, que en silencio suspiraba por la blanca amita sumido entre el estiércol de las caballerizas, seguía a través de las ventanas la luz de mi palmatoria y me sabía desnuda en el cuarto de baño, me sabía sola y enervada como él, ansiosa de hombre como él de hembra, llenos ambos de esa aflicción metafísica que incubaba la soledad, descalabrados nuestros espíritus como el cielo de aquella noche por los relámpagos, perdidos en un yermo de melancolía, así que nos estrechamos como dos

hermanos en el dolor, bajo el tumulto celeste de los truenos, bajo el desorden luminoso de la tempestad, amedrentados por la fuerza silbante del viento que percutía en las ventanas, y le pedí permanecer allí conmigo por el resto de la vida, protegerme del desamparo cósmico, como también lo rogué, a pesar de todo, al joven Arouet, cuando dejamos la calle del Cloître-Notre-Dame, pues su estampa de burgués gentilhomme y su juventud arrebatadora no parecían denunciar al oficiante de ninguna hermandad satánica, sino más bien a un alma altruista, que a la mañana siguiente, recordando nuestros éxtasis amorosos, me hizo ver cómo el mayor bien es aquél que nos enajena al punto de no permitirnos ninguna otra sensación, así como el mayor mal es aquél que llega al extremo de privarnos de todo sentimiento, y cómo ambos, que son las dos caras de la naturaleza humana, suelen presentarse con una duración tan fugaz que nos aturde, palabras que me hicieron preguntarme, en mi interior, si mi joven amigo no andaría capturado entre esos dos cuernos dilemáticos como en un indeciso vaivén, entonces decidí interrogarlo sobre la reunión de la noche pasada y el vínculo que pudiese existir entre él y mis amigos Aldrovandi y de Bignon y, desde luego, los luctuosos emisarios que nos abordaron en la posada marsellesa, y el joven Arouet pareció sinceramente sorprendido y luego rió a más no poder, insistiendo en cuán pequeño era el mundo y las excusas que debía a sus amigos geógrafos por haber retozado dos noches enteras conmigo, lo cual me angustió, pues empezaba a amar a François-Marie y, en cambio, jamás había amado a de Bignon ni a Aldrovandi, de modo que me arrepentía amargamente de haberle revelado las circunstancias de mi viaje a Francia y traté de encarecerle cómo entre los geógrafos y yo no existía otro lazo que el de la amistad, entonces me estrechó con cierta ternura y me dijo que, *parbleu*, no me pusiera así, que a ese famoso místico, y aquí cabría recordar cómo años después lo llamaría no ya famoso, sino fumoso místico, *fumeux mystique*, era Ramsay, nadie iba a matarlo, pero que sí tratarían de neutralizar la perniciosa influencia que ejercía sobre la organización, acerca de cuya índole, sin embargo, no logré sonsacarle una palabra, y que hablaría con nuestros amigos geógrafos para aclarar el destino que Genoveva Alcocer, la tejedora de coronas, debería cumplir en la populosa París, si sería aceptada y bajo qué condiciones en la organización, pero que no me inquietara, pues había caído en las mejores manos de Francia, y miré las suyas delicadas, como de cortesano, manos de escritor, de poeta, manos tan finas como las de Federico, surcadas por azules venas por donde la sangre debía fluir como un rítmico río de coraje, de inspiración, de poesía, y de pronto comprendí que lo amaba tanto que casi llegaba a amarlo tanto como a Federico, pero no, nunca como a Federico, nunca como al adolescente de pelo castaño que puso mi nombre a un planeta, el muchacho que me inició en los secretos del cielo y del mar, de aquel mar en que, separadas de los hombres por un largo trecho de playa y de dunas, me interné aquel mediodía remoto, en compañía de María Rosa y de Cristina, quiero decir su madre, todas desnudas como un trío de nereidas, Anfitrite, Calatea, Tetis, y llené de aire los pulmones para zambullirme en ese mundo no descrito aún,

casi relegado al dominio de lo fantástico, feudo de monstruos desconocidos y de extrañas criaturas resbaladizas, mucho más hermoso quizá que nuestro mundo habitual, esos profundos señoríos que Federico me había enseñado a amar, donde, como una arborescencia de fantasía, se multiplicaban las formas ramosas, para darnos la impresión de hallarnos rodeados por una vegetación tentacular, succívora, cuyas fauces ubicuas podían de pronto abrirse para engullirnos, pues a mi lado se movían ciertos penachos respiratorios, espiralados, indicio de una vida animal cuya apariencia, sin embargo, no lo era, sino que daba más bien la sensación de árboles o de plantas pensantes, plantas capaces tal vez de trasladarse a su antojo en procura de alimento, como si los bosques del mundo un buen día echaran a andar, ante el pavor de las buenas gentes, y ahora advertí el trabajo que me costaba exhalar el aire con la necesaria economía, vi las burbujas de mi respiración ir a reventar en la superficie, pero pensaba en lo que Lupercio nos contó alguna vez sobre los pescadores de perlas de Ceilán, capaces de mantenerse bajo el agua tiempo mucho mayor que cualquier otro mortal, acaso los únicos familiarizados con esta fauna y esta flora, con estas formaciones coralinas, peligrosas para la navegación, estas especies de joyería cuya vida submarina era, con mucho, más diversa y hermosa que sus aplicaciones decorativas, y allí estaban, adheridas a las rocas, como esqueletos calcáreos y policromos, rojas, violáceas, parduscas, amarillas, mostrando en su ósea y llamativa consistencia oquedades limitadas por especies de murallas de donde iban, esqueleto adentro, ciertos asombrosos tabiques en forma de radios, en esta colonia numerosa, a cuyos costados las actinias movían sus inquietos tentáculos, de cuyo verdadero poder pocos estaban seguros, dando la impresión de cestas o de estrellas radiadas, de cuerpo blando y carnoso, en cuyo torno pululaban los pececillos como monedas escurridizas, y los ostiones de conchas rugosas reposaban en el fondo, como bastos estuches de interior nacarado, y las almejas, crecidas en líneas concéntricas que iban formando estrías en el cáliz invertido y puntiagudo, y qué de flores mentidas, qué de redes envolventes, como esparaveles de pescadores, pero crispables al tacto más suave, en este mundo del cual sabía el hombre tan poco como sobre el planeta Genoveva, que brillaría en el crepúsculo, en este mundo cuyo arcano se haría más complejo en la medida en que nos alejásemos mar adentro, misterio compendiado en el ojo bermejo, como rabioso, con que ahora me observaba un pez azul, que luego, coleteando, se perdió entre el dédalo de madréporas, mientras, allá, un pececito amarillo, de pintas verdes, mostraba su cara cornuda y sus aletas como élitros quebradizos, y sentí que el aire se me agotaba, pero quise ver más, allí estaban las jibias, de tentadores tentáculos provistos de ventosas, los peces de vivos colores, oro, plata, cobre, pero me sobresalté al ver alguno de cabeza al modo de largo hocico, desprovisto de aletas y de escamas, con muy afilados dientes, y me impulsé hacia la superficie, para sentir la delicia del aire inundar mis pulmones, y bracear hacia tierra para tenderme, la nereida Anfitrite, o Tetis, o Galatea, en la arena caliente y, una vez descansada, mientras Cristina y María Rosa se vestían aprisa y tomaban el camino de la cabaña, quiso el

destino que me irguiera y me dirigiera, por entre un tramo de heridores guamachos que debí eludir a paso de coreografía, pues seguía sin vestirme, al cercano bosque de cocoteros, con la esperanza de tumbar algunos cocos y amortiguar con la agualeche el sabor, a ratos hostigante, del abstinecial pero paradójicamente succulento puchero de sábalo con que honraríamos el Jueves Santo, porque no podía adivinar la forma como se desarrollaban los acontecimientos más allá de las dunas, donde, como después me informó Federico, él y Cipriano, que eligieron para el chapuzón un rumbo distinto al de nuestros padres, libres ya de las ropas, habían pactado una contienda y convenido para ella el lugar, más o menos lejano, donde las olas, sin erizarse, formaban una cinta de espuma, y hacia allá bracearon con garbo de atletas y, aunque mi hermano fuera más avezado y musculoso, llegaron juntos al paraje blanquecino donde la nata marina parecía esponjarse como la leche hervida, pero faltaba el retorno a la playa y éste lo coronó Cipriano victoriosamente, mientras Federico se tendía acezante en la arena, y recordaba haber oído a un cangrejo azulenco, de buen tamaño, golpear el suelo con ruido de paso de gente, y aquello lo hizo saltar, las pinzas del animal eran grandes y amenazantes, sus feas patas traseras daban la impresión de paletas de rehilete, andaba de lado, yendo y viniendo en cualquier dirección, como si quisiera avanzar y retroceder no sólo en el espacio sino en el tiempo, prefiguración de nuestra fantasía, bien extraño animal de abdomen tan reducido en comparación con las antenas y las patas, entonces Federico se preguntó dónde los cangrejos tendrían el sexo y, según decía, no pudo evitar observar el suyo propio, encogido y virginal, así que para apartar las ideas encalabrinantes que acudieron a su imaginación, se arrojó otra vez al agua desde las rocas ásperamente labradas por el mar, cribadas por el trabajo lento de las olas y recorridas en sus intersticios por jaibas escurridizas, por la jaiba azul del Caribe, para nadar hasta cierta distancia y permitir a su cuerpo flotar como una balsa, la espalda sobre el agua, y el pecho apuntando al cielo claro, donde pocas nubes, muy blancas, modificaban al capricho del viento sus contornos vedijosos, imitando siluetas de monstruos de fábula o perfiles de viejos barbudos como profetas del Antiguo Testamento, y dejó aletear hacia ellas la imaginación para preguntarse si algún día, en máquinas de su propia invención, el hombre podría volar más allá de esas formas escarchadas que no eran sino vapor de agua, y acordarse de lo que oyó aseverar acerca de Leonardo da Vinci, que diseñó un artefacto volador, semejante al murciélago, en el cual realizó algunos vuelos, y recordar que Borelli, tal como lo relataban los viajeros a bordo de los navíos mercantes, y a él Borelli le preocupaba por haber sido uno de los primeros en señalar la trayectoria parabólica seguida por ciertas cometas, Borelli había descrito las leyes mecánicas del vuelo de las aves, y Besnier, un francés, un enemigo, decían que había construido un juego de alas accionadas con brazos y piernas, y él soñaba que alguna vez el hombre volaría como Dédalo, el mítico discípulo de Hermes que por primera vez usó velas de lona en lugar de remos y animó a las estatuas de piedra insuflándoles mercurio como Dios alma a los hombres, el legendario constructor del laberinto de Creta que, cautivo de

su propio invento, escapó gracias a unas alas adheridas con cera a sus hombros, alas que le permitieron llegar sano y salvo a Sicilia, como el hombre llegaría adonde lo deseara después de hender las alturas profundas, y entonces, con esa idea de profundidad, volvió en sí y pensó que sentía el mar demasiado profundo bajo su cuerpo, porque, volando en inmediaciones del sol de las fantasías y de las maravillas, prendido a sus sueños como Dédalo a sus alas, sintió las suyas derretirse como las de Ícaro para caer en la cuenta otra vez de que flotaba sobre el traicionero precipicio marino, sostenido en mero equilibrio mecánico y zarandeado por las corrientes, que evidentemente lo habían arrastrado, pues allá, en la perspectiva, la playa no era ahora tan desértica como cuando la abandonó, sino que alcanzaba a divisar un bosque de nerviosas palmeras, más allá de las cuales descollaba un médano inmenso, y en esa dirección nadó, tratando de no calcular la distancia que lo separaba de tierra sino de fijar la vista, sin pensar, en el palmar y en la sinuosa formación de arena, hasta sentir bajo sus plantas primero el sedimento glutinoso y desigual, luego el arenal caldeado por el mediodía, sobre el cual se vio obligado a tenderse, con el corazón desbocado, pensando que Cipriano andaría ya en su busca, que no tenía con qué cubrirse, que pronto sería hora de reunirse con los demás, que ahora el aire parecía inmóvil, dificultando la respiración y recalentando aún más la playa, por la cual finalmente avanzó, en procura de la sombra de los cocoteros que alivió sus pies abrasados, pero lo hostigó inmediatamente con nubes de jejenes que asediaron sin clemencia sus tobillos, así que por eso no sintió quizás el crujido de los yerbajos sino que alzó la vista sólo al oír el corto y aspirado grito, pues frente a él había un espectáculo muy bello, es decir, me hallaba yo enteramente desnuda y con los brazos cargados de cocos, y creo que por un momento no logró reconocermé, absorto como quedó en mi pelvis sombreada, mientras a mí la pirámide de cocos se me iba al suelo como una catarata fibrosa y maciza, golpeándome uno de ellos el dedo gordo del pie, entonces lo vi pasear con lentitud la mirada desde mi ombligo hundido como el hoyuelo de un animalito de playa hasta mis pezones como pitones retadores, hasta mi cuello grácil y blanco, hasta mi rostro que lo miraba con perplejidad y terror, como si en lugar de Federico se tratara de un enemigo milenario, como si se tratara de la escuadra francesa, pero vi aflorar a su semblante un noble e inocente color de bermellón, que a los ojos de un tercero hubiera contrastado risiblemente con mi palidez, y en vez de obedecer el imperativo que crecía en mi espíritu, en vez de ceñirme a su cuerpo como me lo dictaban mis latidos más firmes, tal como me estreché apenas unos meses después al de Bernabé, nunca tan bello como el suyo, privaron en mí mis diecisiete años de formación cristiana y, naturalmente, la idea de ser aquel día, por cómputo lunar de la epacta, Jueves Santo, *In Coena Domini*, así que, sin saber cuándo, sin completa conciencia de lo que hacía, lancé un berrido tan fuerte y un lárgate no seas estúpido tan conminativo, que el pobre Federico, emitiendo una especie de sollozo, corrió desalado hacia el mar y se zambulló como una bala y lo vi bracear desesperado hacia la duna mayor, avergonzado como un malhechor sorprendido en flagrante, vi

todavía su cuerpo desnudo aferrarse a unas rocas y huir por la arena más remota y se me oprimió el alma por mi pobre precoz astrónomo, pero que remedio, estaba escrito que serían otros los que a su amaño disfrutarían de mi belleza, otros los que podrían recorrer con harto mayor malicia los encantos de mi desnudez, por la cual paseó él, en esa breve ocasión, la mirada enceguecida de quien nunca antes ha visto desnuda a una mujer blanca, y yo, desdichada de mí, le estropeé la fiesta para siempre jamás, le corté las alas, lo mutilé malvadamente bajo el sol de abril, como hacemos tarde o temprano todas las malditas mujeres cristianas, todos estos infectos despojos de la beatería que no sabemos sino colocar cadenas y cepos donde no tiene por qué haberlos, y pueden imaginarse lo embarazoso que resultó para ambos aquel famoso puchero de sábalo que fue el último festín gastronómico que Lupercio Goltar pudo darse en la vida, y lo enfadoso de aquella tarde en que, oída en la ermita de la pequeña aldea vecina la misa conmemorativa de la Cena del Señor, durante la cual la Eucaristía se expuso en forma solemne en una capilla ataviada con velos y luces, no osábamos dirigirnos la palabra y tratábamos de esquivar el uno la presencia del otro como si fuéramos confidentes de una ignominia, y la tristeza de aquella noche, en la cual el cuarto creciente era ya una solevada antelación de la luna llena y Zamba bullía en un silencio de cacaotales, palmares y frondas fragantes de limoneros, de naranjos, de plátanos y de guanábanos de grandes flores blancas, mientras Federico y yo seguíamos eludiéndonos atormentados, y nos inquietaba aún más el esfuerzo que Lupercio debía realizar para movilizarse, asido por el mango el enrejado de alambre, en la dirección de los mosquitos que, con zumbidos obsesivos, pasaban a ras de nuestras cabezas e iban a aposentarse por segundos aquí y allá, para emprender otra vez sus vuelos curvos, raudos, enloquecedores, así que donde más al abrigo de sus picaduras estábamos era paradójicamente afuera, al aire libre, pues la fuerte brisa del Caribe los arrastraba y los obligaba a refugiarse en la maleza, sólo que entonces éramos embestidos por enormes escarabajos, de llameantes armaduras, en la parte anterior de cuyas cabezas podíamos a simple vista advertir una curiosa prolongación bifurcada y encorvada, sin hablar de las cucarachas voladoras que acosaban sin piedad y de lo alertas que debíamos permanecer en precaución de mordeduras de alacranes o de serpientes, a pesar de lo cual la noche era bella en su tenue claridad de muselina, bella también por el triple contrapunto, especie de imitación canónica, con que grillos, chicharras y sapos entretejían sus sonidos salvajes como entonando un cántico de la soledad, y en tanto Bernabé, que había traído una hoja grande de chaguaramo, cumplía como esclavo la ingrata función de espantar a los insectos, en mi espíritu crecía un alarido inaudible pero infinito, más agudo que el chirrido de grillos y chicharras, más fino que el silbo agudo del aire, porque deseaba pedir perdón a Federico y no me atrevía a hacerlo, porque se hubiera necesitado hallarnos a solas para decírselo y, en cambio, teníamos que oír a mi padre hablar con entusiasmo de su recorrido vespertino de la hacienda, en compañía de Lupercio, de suerte que ahora componía y recomponía proyectos sobre el establecimiento de graneros, la

traída de bestias para separar pisoteándolos el grano de la paja, la instalación de un pilón para llevar arroz a Cartagena, el hipotético envío de pinas en gran escala a España, la compra de algunas reses y quizás de unos cuantos puercos, que aquí se podrían cebar muy bien y venderlos caros, ante la alegría de Cipriano, que aspiraba a pulmón lleno las tufaradas del mar imaginándose acaso él mismo en la faena saludable de traer el forraje, cebar a los puercos, pilar el arroz y preparar las eras, ilusiones todo lo plausibles que se quiera, máxime si se piensa que serían las últimas que ya podría mi pobre hermano alentar, pero que yo, con sólo suponerlas floreciendo en su mente de prematuro comerciante criollo, fatalmente condenado, por la inexistencia en Cartagena de Indias de escuelas que no fueran de primeras letras, a suponer que el sustento debía derivarse entre nosotros, como años más tarde habría de reprochármelo el muy zumbón de Arouet, de cultivar la tierra para hacer trueque por bienes fabriles, con sólo suponerlas floreciendo en su mente las juzgaba mezquinas ante mi congoja sobre todo, ante ese fulgurante planeta Genoveva que habíamos contemplado otra vez en el crepúsculo, en el cielo puro de Zamba, sobre el cual Federico, a quien su padre aspiraba a ver tras algún mostrador de ultramarinos o en un bien remunerado empleo oficial, tendría que limitarse a consignar, día tras día, sus observaciones, en una paciente relación que tal vez serviría más adelante a astrónomos de otras latitudes para comprobar la autenticidad de sus afirmaciones y entonces aplaudirían, me lo prometía en lo íntimo, al solitario observador que, desde un punto tan alejado de las capillas científicas, había logrado describir las peculiaridades de ese cuerpo sideral, tenido hasta entonces por una estrella más, pero sobre cuya índole real no abrigaba la menor duda el muchacho a quien amaba pero a quien eludía aquella noche porque me avergonzaba, no de haberme expuesto desnuda ante sus ojos, sino de haberlo rechazado una vez más, de saberlo abochornado y compungido por mi culpa, circunstancia que no escapaba a la mirada envidiosa de su hermana, la taciturna María Rosa, que parecía haber heredado el carácter lejano de su madre, pero que, en realidad, a mí me parece que trataba de llamar la atención de Cipriano, esfuerzo inútil, creo yo, porque mi hermano estaba lejos de dar todavía indicios de ser por completo vulnerable a las seducciones del sexo y, en cambio, parecía empezar a descubrir su vocación, con un alborozo que debía provenir, pobre, incomprendido Cipriano, de haber temido alguna vez que nuestro padre lo forzara a seguir la carrera de las armas, al fin y al cabo era costumbre que el hijo prolongara los destinos del progenitor, y eso, como alguna vez, muchos años atrás, llegó a confesármelo, lo turbaba en extremo, debía en honor a la franqueza aceptar que no poseía empaque de hombre de milicias, le gustaba lo práctico e inmediato, y ahora las cosas parecían cobrar otro aspecto, un cariz como de bucólica placidez, porque aquí, en Zamba, compartiendo quizás con Federico la explotación de la hacienda, podría envejecer feliz, al lado de alguna muchacha de nota, a la que imaginaba, creo recordar, de ojos muy oscuros y cabellos muy negros, o sea, lo contrario que María Rosa, sin meterse en litigios ni pependencias con nadie, muy severo con sus esclavos y

mitayos, bastante complaciente consigo mismo, pues podría ir de tiempo en tiempo a Portobelo o a Santo Domingo a echarse una juerga donde no pusiera en juego su prestigio local, en fin, algo muy plácido, porque el pobre ignoraba las uñas que sacaría el sol y el aspecto que cobrarían las nubes, esas nubes que, diablo, todavía no anunciaban agua, como tampoco podría figurárselo esta atribulada tejedora de coronas que, cuando todos fueron a recogerse bajo los mosquiteros, aún se distrajo un poco por la playa, bajo la mirada providente de Bernabé, porque amaba en esos tiempos el tinte indefinido del mar nocturno y el dulce agobio de las estrellas, arriba, moviéndose con asombrosa precisión sobre los sueños y las desesperanzas de los hombres.

Para comprender el temperamento y los ideales que movían a mi amigo, el joven François-Marie Arouet, habría que considerar el odio o mejor la repugnancia que en él habían llegado a inspirar las ideas de su padre, el notario François Arouet, hombre en extremo puritano que, por influencia de los hermanos Arnauld y amparado en la Paz Clementina, pensaba que la naturaleza humana había sido irreparablemente corrompida por el pecado original y que, de esta manera, al no ser capaz la humanidad de resistir ni la concupiscencia ni la gracia divina, Jesucristo no podía haberse inmolado para redimir a toda la cáfila de los hombres, sino sólo a aquéllos predestinados a la salvación, entre los cuales creía contarse ese buen burgués, a quien su joven hijo repudiaba con tanto furor que, en ciertos círculos, aseguraba serlo más bien de algún cancionista popular, ya fallecido, lo cual jamás hubiera explicado, sin embargo, los modales galantes, casi versallescos, de los cuales hacía alarde y que lo señalaban como a un vástago de la burguesía en ascenso, en momentos en que la corte francesa, por obra y gracia de Luis XIV, se envolvía en el boato más insolente, rodeaba sus palacios de bosques, parterres y juegos de agua y los cubría de retorcidas volutas, de fantasías chinescas, de follajes de todo género, en un delirio tal que, si bien cautivaba a la siempre fluctuante clase burguesa, a la cual se daba muy buena participación en el gobierno, abría un abismo incalculable entre el poder estatal, rico en gabelas, en carruajes, en casacas bordadas de oro, y el pueblo que exhibía ya impudicamente sus llagas, su miseria, sus vicios, desemejanza que hería la conciencia de los intelectuales, incubando en ellos, por una parte, el deseo de emular en exquisitez con los empolvados caballeros de la corte y, por la otra, el de redimir a la plebe de su condición inferior, rasgos que en François-Marie acentuaba su violenta reacción contra el rigor y la austeridad jansenistas en que había sido educado, reacción que lo convirtió en un tenaz opositor del prejuicio y de la intolerancia, en un acérrimo enemigo de lo sobrenatural y de los dogmas religiosos, en un cultor de la razón, en fin, cuya vida escandalizaba a su familia, en cuyos altares se encendían bujías a la madre Angélique y a la madre Agnés, las fanáticas intransigentes de Port-Royal, veneradas como santas por su hermano Armand, pero en cambio despertaba el entusiasmo de las llamadas sociedades libertinas, que ahora se multiplicaban por todo el territorio de Francia, atrayéndose adeptos con el cebo efficacísimo de la clandestinidad y con él no menos activo del esoterismo, ya que el impulso ardiente dado a la investigación científica, desde muchos años atrás, por hombres como Galileo Galilei, como Pascal, como Newton, había llegado a colocar en un pedestal a la ciencia, en su más puro sentido de conocimiento, y cuando de ciencias se hablaba, como bien solía apuntarlo el propio Arouet, la natural inclinación

del hombre por las ciencias ocultas salía sin remedio a flote, especialmente en las esferas aristocráticas de Inglaterra y de Francia que, creyéndose predestinadas a colocarse por encima de la monarquía y de la religión, sentían sobre sus bien abrigadas espaldas pesar excesivamente el poder del rey, de suerte que comenzaron a propiciar ese género de sectas o de sociedades secretas consagradas al ocultismo, de donde esperaban ver surgir no sólo un Estado nuevo, sino toda una época de milagros, como ésos que anunciaba en sus obras el conde Henri de Boulainvilliers, astrólogo y autor de una biografía de Mahoma, de quien solía reírse mi joven amigo a pesar de las predicciones exactas y escalofrantes que se le atribuían, pero he aquí que, en el seno de aquellas sociedades, hombres como François-Marie, como de Bignon, como Aldrovandi, intentaban dar a sus actividades un giro más propiamente científico, más racional, eliminando no exactamente aquellas ciencias no oficiales que podían tocar por igual con el cálculo infinitesimal o con la magia, sino el misticismo abstracto, estilo Ramsay, que propendía a anonadar la acción y a exigir del individuo una pasiva quietud, tal como ocurría con el jansenismo de Quesnel o con las confusas doctrinas del arzobispo Fénelon, a quien mi joven amigo consideraba además pésimo poeta, explicaciones que largamente me prodigó, ya en mi sediento lecho de la calle Saint-Antoine, ya en cierta taberna de la calle Grégoire-de-Tours que frecuentaba con un grupo de cofrades, en aquellas noches del otoño de 1712, en que yo, habituada toda mi vida a la clara y encandecida atmósfera de mi Caribe natal, lloraba sin consuelo ante el cielo fúnebre y desfallecía de frío cuando nos encontrábamos apenas en los preliminares del invierno, al punto que Tabareau, uno de los contertulios, ingeniero y probable alquimista que había colaborado con cierto excéntrico sueco, un tal Emmanuel Swedenborg, en la idea, ya prevista por Federico, de diseñar un aparato volador, trató de mitigar mi pena diciéndome lo pálidos que un otoño y hasta un invierno parisienses podían resultar ante la primavera sueca, pero mi solo punto de comparación, como es lógico, tenía que ser la temperatura habitual del trópico, *la bonne chaleur* que había dicho Leclerq el maldito, así que, me parece, por aquella razón, los contertulios afratelados de la taberna, seguros como podían sentirse de mi lealtad a toda prueba, luego de las chistosas afirmaciones de François-Marie, el muy bribón, en el sentido de ser yo apenas una bestezuela del Nuevo Mundo, con cierto barniz de cultura científica, y no ofrecer peligro ni para el más inerme de los moscardones, decidieron, aunque tal vez no me encontrasen todavía lo bastante preparada, pero esperanzados en que el trabajo me haría entrar en calor, meterme de una vez por todas en las actividades de su organización, la de la calle del Cloître-Notre-Dame, dentro de cuyos designios ignoraba que se me había asignado ya una misión harto específica, estrechamente relacionada con mi origen geográfico, pero aún muy remota en el futuro, y he aquí que fue el elusivo y ceñudo Tabareau, siempre separado como por una cortina de candente silencio del resto de sus cofrades, quien más a pecho pareció tomar la iniciativa, quiero decir en cuanto a la responsabilidad que, para todos, suponía el

ingreso de una neófita, de una jovencita sin pizca de espíritu reflexivo, a las criptas profundas de su logia, de suerte que una mañana, no sin haber galantemente solicitado la autorización del joven Arouet, me hizo subir a un viejo carruaje, gobernado por un auriga aún más adusto y anciano, y prescindiendo de pormenores explicativos, nos encaminó, en sentido descendente con relación a la corriente del Sena, por carreteras enfangadas por el otoño, donde la neblina parecía como si se elevara de la tierra al modo de una nube de polvo, hasta desembocar en regiones de clima oceánico, sembradas de remolacha y avena, a través de las cuales nos fuimos aproximando a las costas normandas que sólo muchos años más tarde, cuando viajé a Edimburgo, supe erizadas de escollos y rocas, al punto de haber echado por sí solas a pique, más de dos siglos atrás, a uno de los barcos de nuestra derrotada Armada Invencible, pues ahora hicimos alto, casi al amanecer, en la rancia ciudad de Lisieux, con sus casas de madera, sus fachadas medievales y su catedral del siglo XII, donde, sin apenas permitirme terminar el frugal desayuno que nos sirvieron en una posada, me arrastró sin contemplaciones hasta una pequeña, casi diminuta casa de la calle aux Fèvres, en el tímpano de cuya puerta, con paneles esculpidos, su extendida mano me señaló, con ademán sibilino, un grupo alegórico formado por un león y su hembra enfrentados que, entrambos, sostenían con sus patas anteriores una máscara solar, rodeada de un curvado bejuco que formaba algo así como el mango de un espejo, examinado lo cual en minucia me hizo dirigir la vista hacia el pilar izquierdo de la puerta, donde un hombre ataviado con jubón de mangas, cubierto con un almirez y con el pecho blasonado por un escudo con la estrella de seis puntas servía, en su impavidez de piedra, para indicar el contenido de una urna de paredes repujadas, escultura cuya existencia parecía llenar de felicidad a Tabareau, no tanto por lo que a simple vista mostraba como por aquello que simbólicamente parecía connotar, lo cual, sin embargo, permanecía para mí en el más oscuro hermetismo, a pesar de la elocuencia con que mi futuro cofrade asociaba estos signos con lo que denominaba el espejo del arte, las doce claves, el hiperión y el león verde, en tanto me señalaba ahora lo que más parecía reclamar su admiración, una salamandra que servía de capitel a la columnilla salomónica de la jamba derecha, y que él consideraba el hada bienhechora de la morada, la salamandra ardiente, el lagarto heráldico de los iniciados, ideas que, por ahora, me dejaban un poco turulata, pero él, como si se hallara convencido de que, tarde o temprano, la luz irrumpiría como un torrente en mi entendimiento, seguía agrediéndome con imágenes, con nuevas palabras, me llamaba la atención, en el pilar central de la planta baja, sobre el bajorrelieve de un simio ocupado en comer los frutos de un manzano joven, en el izquierdo sobre un hombre de aspecto elemental, que levantaba un enorme tronco de árbol, en lo alto del pilar central, sobre un fornido individuo que intentaba golpear a un grifo, mientras lo estrechaba entre sus piernas y sostenía con la mano izquierda su rampante cabeza, ante cuyo conjunto Tabareau repetía de qué forma todos nuestros lavados debían ser ígneos, todas nuestras purificaciones hacerse por el fuego, en el baño incandescente,

para fundirnos con el dragón con el cual luchamos, con el cual luchó San Jorge, entonces me señalaba la escultura sobrepuesta, una gran cabeza gesticulante, de puntiaguda barba, derramada como un haz luminoso, y orejas, frente y mejillas estiradas hasta cobrar el aspecto de llamas, con cuernos que la hacían aún más repugnante y que se adornaban con lazos apoyados en el funículo de la base de la cornisa, para revelar que se trataba de un *bafomet*, un símbolo solar, sello de caballería, signo de reconocimiento ya familiar en el tímpano de las capillas templarias, lo decía con gozoso ardimiento, luego me indicó el lirio heráldico, hoy adoptado por la monarquía, hoy marcado a fuego sobre mi hombro, emblema antaño de la soberanía de la ciencia, de la magna ciencia ante la cual también se había postrado Federico, y finalmente me hizo observar cómo se duplicaba la flamígera salamandra sobre el modillón del pilar central y luego en la claraboya del sotabanco, me miró con gesto triunfal, me invitó a subir otra vez al carruaje y, mientras trataba de informarme acerca de las alusiones simbólicas, en esa fachada contenidas, a la sal del establo, a la sal de roca, a la sal solitaria, al azufre escondido, nombres muy poco elocuentes para mí, volvimos a tomar, dejando atrás a Lisieux, una fangosa carretera que, en menos de medio día de galope, nos colocó en el puerto fluvial de Caen, con su abadía de Arduin, con su románica iglesia de Saint-Stéphane, muy próximos ya a las ráfagas salobres del Canal de la Mancha, donde me hubiera gustado probar, cuanto antes, las excelencias de la cocina normanda, pero no hubo caso, Tabareau me arrastró de nuevo, ahora hasta la plaza de Saint-Pierre, hasta la mansión que los parroquianos llamaban el *Hotel du Grand-Cheval*, erigido por Nicolás Le Vallois, bisnieto del alquimista de Flers, en cuyo frontispicio, siempre con gesto sibilino, me mostró el esculpido y enorme caballo que, sobrenadando en el aire, con las nubes bajo sus cuartos delanteros, le daba nombre, caballo de crin al viento, en uno de cuyos muslos descifré las palabras apocalípticas *Rex Regum et Dominus Dominantium*, bajo el cual un pétreo personaje, con una espada ante los ojos sin luz, sostenía en la mano derecha una larga verga de hierro, en tanto lo rodeaban caballerescas figuras presididas por un ángel solar, entonces me invitó a examinar el bocel de la puerta, bajo cuya moldura un pequeño jinete se enseñoreaba sobre un hacinamiento de cadáveres de hombres y de cabalgaduras que eran, a su turno, devorados por aves de rapiña, jinete que, por lo visto, se preparaba a encarar a otra jauría de caballeros, junto a los cuales se veían representados el, según afirmación de Tabareau, falso profeta y el horrible dragón policéfalo, que parecían querer entrar en un castillo en llamas, todo ello poblado de divisas relacionadas, conforme a las rápidas y enmarañadas explicaciones de mi acompañante, con el *Verbum demissum* del Trevisano y con la palabra perdida de los arquitectos y albañiles medievales, como igualmente el dragón del tímpano situado bajo el peristilo precedente a la escalera del cimborrio o, en la fachada lateral, las bellas estatuas de David y Judith, la última con una inscripción, en versos franceses, recordando la forma como la hija de Merari, la heroína deuterocanónica, corta la embriagada cabeza de Holofernes, del

militar asirio que asediaba a Betulia, *coupa la teste fumeuse d'Holopherne qui l'heureuse Jerusalem eut defaict*, y encima de estas grandes figuras, escenas del rapto de Europa y de la liberación de Andrómeda por Perseo, así como en lo alto de un linternón una alegoría de Apolo Pitio y, en una especie de templete áptero, la obscena estatua de Príapo, dios de falo erecto, con lo cual quedaba patente la heterogénea propensión espiritual o, al menos, el desafuero simbolístico de quienes construyeron la mansión, idea que Tabareau, sin embargo, no parecía compartir, pues, según su fervoroso discurso, se trataba evidentemente de la herencia de los filósofos herméticos de Flers, cuyos símbolos y fórmulas arcanas provenían de los magos, de los bracmanes y de los cabalistas, por primera vez me vi envuelta en aquel mundo de cifras arbitrarias, tan ajeno al racionalismo de François-Marie, pero tan próximo a las tendencias generales de la organización, cuyos propósitos sabía altruistas, pero cuyos expedientes me resultaban abstrusos aun mucho después de que Tabareau prolongara en París sus apodícticas lecciones, que a la postre lograron familiarizarme con ciertos lineamientos sumarios, no siempre compartidos por la totalidad de los cofrades, que lo mismo me aproximaban a la doctrina de los órficos que a la analítica aristotélica, igual a los símbolos de gracia que a la serpiente de Vitré, esculpida en el ajimez de una puerta en la casa del Cloître-Notre-Dame, y así seguí avanzando a tientas, sin llegar nunca a meta alguna y, por fin, una noche de mediados decembrinos, con una temperatura tan baja como no puede imaginarse sino en la muerte, volví, escoltada por Arouet y por su grupo de cofrades, a aquella casa de argamasa y madera, con cariátides de roble como sostenes del alar, que visité mi segunda noche de París, entramos al vestíbulo con el rey Hiram de Tiro sucumbiendo bajo los golpes de la regla, la escuadra y el martillo, los enlutados ujieres me proporcionaron un hábito negro, provisto de un capuchón que me ocultaba totalmente el rostro, y así ataviada marché hacia lo que parecía ser la sala principal, cuya maciza puerta se encontraba cerrada, mas hete que, cuando quise preguntar al ya encapuchado François-Marie, volviendo un poco la cabeza, quién sería el encargado de franquearla, no sólo hallé que me encontraba sola, sino que una mano enigmática tapaba con una venda, o más bien con un paño húmedo, las hendiduras correspondientes a mis ojos, y lo ligaba fuertemente a mi nuca, para oír en seguida una voz, demasiado cavernosa, interrogarme con cierta sorna si sentía miedo, a lo cual, en obediencia a las instrucciones previas, respondí que no, aunque francamente comenzara a experimentar inciertos conatos de retortijones, entonces supe que habíamos traspuesto la pesada puerta y sentí golpear mi nariz un olor como de humo de teas, a veces como de incensario fúnebre, mientras alguien seguía empujándome hacia el centro de la sala, donde, al sonido profundo de un gong que repercutió dolorosamente en mi estómago, un rumor como de pájaros aleteantes anunció la presencia de la asamblea y alguien, entonces, tomó mi brazo izquierdo, lo desnudó parsimoniosamente hasta el hombro y lo ató con rudeza, luego tuve la sensación de que lo sumergían en agua caliente y sentí en él un pinchazo, al tiempo que la voz me

mandaba arrancar la venda de mis ojos, orden que no vacilé en obedecer, haciendo uso de la mano derecha, para ver a un encapuchado, junto a mí, sostener en el aire una jeringuilla llena de un líquido sanguinolento y nebuloso, de cuya opacidad escarlata hubiera resultado fácil deducir que me habían hecho una sangría, a no ser porque me inclinaba a creer que no se trataba de sangre, sino de algún viscoso vino rojo, y observé la asamblea de encapuchados, instalados en veintidós tronos a lado y lado de un vigésimo tercero más alto y vacío, y examiné la tétrica sala, con su doble bóveda ojival, artesonada con esculturas de roble, iluminada por siete candelabros de siete brazos cada uno, que arrojaban sobre el piso una luz temblequeante, más tenebrosa que la misma sombra, y enturbiaban el ambiente e irritaban los sentidos con su humo apelotonado y ambarino, y en cuyo centro reposaba una gran alfombra octagonal, todo muy bien aparejado como para infundir escalofríos, entonces me fue señalada una forma humana, borrosamente atada a una columna de mármol en la pestañeante penumbra, y se me dijo que se trataba de uno de los asesinos del rey Hiram y que yo debería ejecutarlo, se me proporcionó un puñal, avancé y, sin detenerme a pensar, tal como Tabareau me lo había recomendado, lo hundi siete veces, con sañudo pavor, en el bulto, del cual brotó primero como un obsceno silbido y, luego, un líquido espeso y carmesí que mi guía misterioso vertió como pudo en un enorme cáliz de plata, hecho lo cual, como ya me lo temía, se acercó y me pidió que lo bebiera, adelantó imperiosamente el brazo para alargarme la copa, puse en acción toda la fuerza de mi fantasía a fin de inundarme músculo a músculo de la voluntad catequística de Tabareau, y bebí, sólo para comprobar, como ya lo había supuesto, que se trataba asimismo de un avinagrado vino rojo, entonces el que parecía presidir la asamblea me preguntó, con voz salida también como de las entrañas de las cavernas, si no temía arriesgarme en los pavorosos senderos que conducían a la montaña de fuego, y respondí que no, y me advirtió cómo, una vez dado el primer paso, no me sería posible regresar, y contesté que aquello no me arredraría, e indagó si estaba pronta a jurar, y dije que sí, y él levantó la mano y, con acento solemne, me instó, en nombre del Hijo Crucificado, a jurar que me comprometía a romper los lazos carnales que pudieran ligarme a mis padres, hermanos, hermanas, esposo, parientes, amigos, amantes, bienhechores o cualquier otro ser al que hubiese prometido fe, obediencia o servicio, y yo repetí el juramento, y él me notificó en tono muy grave que, a partir de aquel instante, quedaba liberada de todo voto hecho a la patria y a las leyes y me comprometía a revelar al nuevo señor, al que acababa de reconocer, todo cuanto viere o hiciere, supiere o adivinare, y aun a espiar si era el caso a su servicio, para conminarme en seguida a huir de toda tierra maldita, a rechazar toda tentación de revelar a no iniciados lo que había visto y oído, porque no hería más de prisa el rayo que, si desobedecía, habría de hacerlo, dondequiera me hallase, el invisible cuchillo cuyo golpe era inevitable, palabras que me hicieron estremecer, y que él coronó, aún más lúgubrementemente, con un vive en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, entonces el guía misterioso ciñó mi frente con

una cinta llena de signos plateados y con la imagen de Nuestra Señora de Loreto, cuyos extremos me fueron anudados al cuello, y súbitamente los encapuchados se descubrieron el rostro y vi que el presidente, el que me tomó el juramento, no era otro que el pícaro de Pascal de Bignon, que mi guía misterioso había sido Guido Aldrovandi y que François-Marie me saludaba también, con un gesto de mano, desde uno de los tronos, así que, por un instante, estuve tentada de tomar aquello como una broma muy divertida, pero me hizo desistir el semblante severo de Aldrovandi, *che mi colga un fulmine*, exigiéndome compostura, y en cambio hicimos con los dos bohemios geógrafos, aquella misma noche, una gran francachela, que me hizo olvidar el frío, en la taberna de la calle Grégoire-de-Tours, donde empecé a familiarizarme con los propósitos de la organización, a la cual no podía aún tomar demasiado en serio, y después vi que era, dado el designio que para mí se había fraguado, lo más serio que me había acontecido en la vida, incluido el asalto de Cartagena por la escuadra del barón de Pointis, incluido también el baldón que cayó sobre la memoria de Federico por culpa de ese funesto gobernador Diego de los Ríos, ese traidor a su propia sangre que la mañana de aquel seis de abril, *In Parasceve*, día de la Crucifixión del Señor y preparación del gran Sábado Pascual, haría ya dieciséis años cuando la primavera despuntara otra vez sobre Europa, creyó saltar de gozo en el instante en que, bruñéndose el bigotito con los dedos, el guarda mayor Diego de Morales, como más tarde habría de reconocerlo ante el Consejo de Indias, postuló mucho más simple la solución del problema que se traían entre manos, pues se trataba sólo de que ellos, quiero decir el gobernador y su par de acreedores granujas, alquilasen pasado mañana dos carretas de bueyes y condujeran los cofres, bien ocultos con cuero o lienzo crudo, hasta su despacho, donde, por ser Domingo de Pascua, nadie habría sino él, además podrían hacerlo a la hora de la Misa Mayor, cuando los principales de la ciudad se encontrasen en la Catedral, y pensándolo bien sería mejor que el gobernador no los acompañara, sino que asistiera puntual al santo sacrificio y se olvidara de todo, entre los demás efectuarían el aforo, no como si se tratara de sarrapia, luego les diría por qué, sino como si fueran almádenas ya innecesarias en las fortificaciones, devueltas a sus depósitos de Cádiz, así no pagarían siquiera el derecho de balanza y la utilidad sería aún más redonda, pero ahora bien, y ya de los Ríos, Iriarte y de la Peña se cruzaban, por supuesto, miradas victoriosas, ahora bien cuando el lunes los empleados de la Aduana volvieran a sus oficinas, el oro estaría en las bodegas, listo para el embarque, y los documentos se hallarían ya en regla, respaldados por la firma del guarda mayor, de modo que, en Cádiz, los cofres serían llevados directamente a los depósitos de los dos acreedores granujas, claro está que no dijo granujas aunque debió pensarlo, bien encubiertos tras una autorización que las Cajas Reales acababan de facilitarle, convencidas de que en verdad se trataba de almádenas, y tosió para darse importancia, antes de añadir con falsa despreocupación que su comisión, pues ellos insistían, ellos la fijarían, pero había de ser en moneda acuñada, y no olvidar que el galeón «Oriflama» llegaría el once y

debería llevar anclas el viernes trece, así que de no hacerse puntualmente, el domingo, el aforo con la exención de derechos aduanales, los cofres no podrían encontrarse a bordo cuando zarpara, conque avisados, ¡y bien!, ¡muy bien!, exultó el gobernador, ahora caballeros una copa de buen jerez para brindar por el éxito de la empresa y otra, sí, otra por este don Diego de Morales de cuya lealtad a mi persona no dudé ni por un segundo, y la socarronería fue refrendada por un brindis en coro, a la salud de don Diego de Morales, mas el propio aduanero los interrumpió, haciendo a de los Ríos señas de que demorase un poco el homenaje, ya que existía algo grave, titubeó al pronunciar el especificativo, de lo cual se creía obligado a darles cuenta, así que los otros se miraron entre sí y luego depositaron, en el individuo por el cual se suponía que iban a brindar, unos ojos cargados de desconfianza, en tanto aquél les pedía no alarmarse, no era nada del otro jueves, se trataba tan sólo de una quinta persona, demasiado prestigiada, la cual misteriosamente se encontraba al tanto de la transacción, entonces a Diego de los Ríos le chispearon los ojos, depositó de un golpe la garrafa sobre el escritorio e increpó, arrebatado ya por la ira, a Morales, porque no podía evitarlo, era el fermento temperamental de los señores de Fernán-Núñez, lo increpó tú, bellaco, has puesto a otros al corriente de nuestros planes, dilo, qué es lo que tramas, Morales, qué tramoya has montado para perderme, y a sus obligacionistas este trato, caballeros, hay que deshacerlo en el acto, este miserable nos ha traicionado y va a pagarlo caro, los calabozos de la gobernación están abiertos para él desde este instante, y con aquéllas fue clamando ¡guardias a mí!, para que dos sargentos de infantería, armados de alabardas, irrumpieran en el despacho donde el gobernador les señaló al repentino reo, que imploraba ser oído, que aseguraba no haber sido él el infidente y quién otro podría ser, rugía de los Ríos, ni estos caballeros ni yo estamos interesados en divulgar nuestras intimidades, quién otro, Morales, sabandija, tú y el quinto en la tramoya, y todo el que se interponga en mi camino, irán a pudrirse en las mazmorras, entonces los alabarderos sujetaron al guarda mayor, el cual, sofocado por la cólera, trataba en vano de zafarse y daba codazos a los membrudos sargentos en el momento en que Juan de la Peña intervino, con su eterna inclinación a despejar nubarrones y conciliar los ánimos, para, sirviendo el vino de todos modos, lo mismo que dos días antes, opinar que, señores, no debíamos comportarnos como carreteros ni como gentes de la plebe, pues a él, en primer lugar, lo picaba la curiosidad por saber quién rayos era el quinto en autos y el monto de la comisión que exigía, así que beber mejor este vino, sin la presencia de los distinguidos alabarderos, y oír las razones del guarda mayor, a lo cual el gobernador pareció amainar y, aunque acezante todavía, indicó a los soldados que se retirasen, entonces gravitó una sombría tranquilidad, entre rejos y sorbos desapacibles de jerez, en la habitación, y el mandatario pidió a Morales desembuchar, pero absteniéndose de circunloquios, porque ardía en deseos de verlo sujeto con pernos y chavetas en el calabozo, y Morales expuso, con voz trémula, cómo el quinto en discordia no exigía comisión alguna, afirmación que hizo demandar al médico Miguel de Iriarte, gris de aprensión,

si no se trataría de algún funcionario de las Cajas Reales, donde el aduanero se apresuró a dejar en claro que no, que de alguien mucho más temible, que ignoraba podía jurarlo, de qué modo se había puesto al corriente del asunto, pero anteayer había ido a visitarlo y él había tenido que apelar a bajos recursos para hacerlo desistir de la denuncia, palabra que hizo saltar al gobernador como un muñeco de caja de sorpresa, ¡denuncia!, ¡denuncia!, rebramaba, Morales, ya no es la libertad lo que te juegas, sino la vida, al punto que debió de la Peña acallar sus gritos para inquirir, muerto de miedo, de quién pues se trataba, entonces el aduanero, esforzándose por contener el temblor de la voz, pronunció el nombre espantable, que a Diego de los Ríos lo dejó congelado en el sitio donde apuraba ya una tercera copa de vino, a Juan de la Peña le activó la mano para acariciar con ella su calva, en ademán desesperado, y a Iriarte lo hizo clavar hipnotizado la vista en el retrato al óleo de algún antiguo mandatario, pronunció el nombre del secretario del secreto del Santo Oficio, de fray Miguel Echarri, y el gobernador, ardiente en cólera y en vergüenza, fija la mirada en el entrecejo del aduanero, articuló con sobrecogedora lentitud, sin exageraciones, con toda franqueza, creo que a tu madre, Morales, jamás podrán deshonrarla, a lo cual el guarda mayor, desencajado, creyendo intuir en esas palabras algún atisbo de comprensión, preguntó candorosamente por qué lo decía, y Diego de los Ríos le contestó, ahora ululante, que lo decía porque si todas tus gestiones, gznápiro, eran como ésta que habías hecho, jamás podría nadie decir ah hijo de puta y lo bien que lo hizo, pero el aduanero le suplicaba entender las cosas a derechas, ni una palabra había salido de su boca, no había sido él quien puso a Echarri al tanto del enredo, mientras de los Ríos permanecía ahora rígido, con la copa en suspenso cerca de los labios, helado el ademán, paralizado por la impotencia y la ira, entonces Iriarte, volviéndose como si la contemplación del rostro fungoso y lejano del antiguo mandatario le hubiera iluminado la mente, pidió un momento de reflexión, era preciso, de los Ríos, que recordara algo, algo que había sido, sin lugar a dudas, torpeza suya y de nadie más, afirmación que conturbó el rostro gubernamental de una manera casi estafalaria, pues los vástagos de Fernán-Núñez, aunque ilegítimos, no podían considerarse capaces de ninguna torpeza, pero su acreedor insistió, le recordó que en este aposento había una quinta persona cuando expusieron a Morales sus motivos para sacar el oro sin pagar los quintos reglamentarios, y de los Ríos retrucó que no había nadie más, y el médico reafirmó que había un barbero y de la Peña brincó igual que un zorro al recibir un pistoletazo y, Dios mío, qué estúpidos fuimos, medio aulló, entonces fue la oportunidad de Morales, que, con el alma otra vez en sus cornes, intervino para encarecer cómo todo se encontraba ya en orden, señores, si lo hubiesen dejado hablar la bravata habría podido evitarse, pues cuando Echarri fue a arrojarle lodo a la cara, bastó recordarle sus antiguas relaciones con Hortensia García y las rarezas sexuales que ella podía enrostrarle para que saliera como alma que lleva Satanás, y su boca, estaba seguro, había quedado silenciada para siempre, a lo cual el gobernador soltó una risotada y, acabando de un sorbo el jerez, siguió señalando entre

risas y toses lo astuto, lo talentoso que sabía a Morales, ah, jamás dudó de él, claro, claro, aquellas aberraciones del muy taimado fraile, y en el colmo de la confusión, Juan de la Peña se atrevió a preguntar de cuáles aberraciones se trataba, pero el gobernador le pidió olvidarlo, ahora todo volvía a estar en orden, no, no, nunca había dudado de la lealtad de Morales, al fin y al cabo deberíamos brindar por él, que brindáramos, caramba, y se brindó, entonces el aduanero, esponjado de alivio, aclaró que por esa misma razón había recomendado no aforar el cargamento como sarrapia sino como almádenas, ya que, en caso de que Echarri quisiera correr el riesgo de ver a toda la ciudad al corriente de sus costumbres íntimas, de todas formas quedaría con un palmo de narices, buscaría embarques de sarrapia y no los hallaría, en cambio estos cofres de almádenas irían en bodegas especiales, como acostumbraba hacerse con implementos traídos en préstamo a las Indias, así que, por mucho que buscara, no daría con ellos, y aquí Diego de los Ríos se apresuró a reconocer el genio del aduanero, eres un genio, Morales, despreocúpate, ya escribiré al rey Carlos para que te dignifique y otorgue un ascenso, a lo cual el guarda mayor se limitó a responder que estaba para servir y, poco después, pasaba muy orondo frente a los alabarderos que aún lo miraron con inquina, pasó también muy orondo frente a los casi derruidos caserones de la Inquisición, donde Miguel Echarri, ensimismado ante su viejo escritorio de caoba, como tuvo el valor de confesarlo en las memorias que, veinte años más tarde, escribió en el convento dominicano de Segovia y que jamás pude leer, porque fueron quemadas apenas unos años después por disposición del Maestro General de la Orden, que las encontró pornográficas y blasfemas, pero que la bruja de San Amero me desentrañó en sus lebrillos llenos de agua poco antes de ser ejecutada por el Santo Oficio, ensimismado frente a su viejo escritorio de caoba pensaba en ese triángulo enmarañado que se alzaba de las entrepiernas de Hortensia García, en uno de cuyos vértices se encontraba la hendidura en la cual había saciado sus desórdenes de rábula deslucido y había logrado cierto alivio para sus amarguras de rata estercolera, y pensaba también que ese lugar anatómico se había instituido de repente en su perdición, tal como lo advertían los textos sagrados, tal como lo señalaba el pronunciamiento de San Pablo contra los fornicarios, cuyo fuego es inextinguible y sólo halla paralelo en los brutos, de manera que ahora se dolía de haber nacido con sexo, renegaba de esas torpezas cometidas en traicionada complicidad con Hortensia, sin las cuales ahora podría satisfacer a sus anchas los antiguos rencores hacia Diego de los Ríos, sin comprender, como tuvo el valor de aceptarlo en sus memorias, que aquellos rencores tampoco hubiesen sido posibles de no existir la relación con Hortensia, y qué hacer con las cosas llegadas a este extremo, en alguna parte de la ciudad estaban esos ochocientos mil reales de vellón, esa bonita suma a punto de ser aforada como madera blanquecina de sarrapia y semilla aromática de sarrapia, útiles para perfumar el rapé y preservar de polillas la ropa, en alguna parte estaban esos cofres listos a abandonar ilícitamente el puerto para beneficiar a ese canalla del gobernador, que le había birlado a su querida como se jaquea a una reina del ajedrez,

si es que a esa perra en celo se la podía comparar con las reinas del ajedrez, entonces, por una fracción de minuto, contempló la posibilidad de destapar la olla podrida, dejar en la picota pública a de los Ríos y luego colgarse de una viga, antes que la perra en celo comenzara a pregonar por callas y plazas los menudeos de su vergüenza, pero recordó los muchos textos en que se proclama a Dios dueño y señor de la vida y de la muerte, recordó los poquísimos casos de suicidio contemplados por el Viejo Testamento, los de Abimelec y Saúl, que se hicieron matar por sus escuderos cuando las heridas alargaban un sufrimiento sin esperanza, y el del anciano Razís, que prefirió morir con nobleza antes que caer en manos de criminales, y en todos ellos halló grandeza, como no la habría, en cambio, en un suicidio motivado por la deshonor, sabía de resto, aunque no le fuera fácil reconocerlo, que la propia aniquilación no sería, ni con mucho, hacedera para este hombre catarriente por el roce permanente de portapliegos, papeles y comprobantes cubiertos de polvo pernicioso, y no tal vez por amor a la vida, sino por lo contrario, es decir, por temor a la muerte, pues por curiosa ironía, el uno era, pensaba, inversamente proporcional al otro, y así, para sentirse fascinado por el peligro, se precisaba una energía muy distante de los cálculos encubiertos y exactos que iban goteando, como isócrono gotillón, de su mente envejecida para la cual era mejor un perro vivo que un león muerto, *melior est canis vivus leone mortuo*, de suerte que, en la presente situación, sólo una alternativa quedaba y era dejar las cosas como las había encontrado o atravesarse entre de los Ríos y sus ambiciones, y asumir la afrenta consiguiente, la inminencia de los hechos no dejaba otra escapatoria y, ay, cómo lo punzaba el desdén con que lo trató Morales en su despacho de las aduanas, cuando él sólo apelaba a la caballerosidad de un hombre a quien tenía por espejo del pundonor y, ay, cuánto tiempo esperó, con trituradora paciencia, el día de tener en sus manos informes precisos con qué aniquilar a ese corrompido gobernador del rey, del rey a quien él, en ello se sabía sincero o al menos así lo afirmó en sus confesiones, amaba y acataba, cuánto tiempo, y ahora los enredos y murmuraciones de esta perra sarnosa daban con todo en tierra, lo hacían maldecir y transpirar de impotencia en este siniestro palacio donde varias generaciones de brujos, herejes y judaizantes gañeron de dolor bajo los tormentos inquisitoriales, y era el amor, el amor, fuente de toda dicha, realidad espontánea de la vida, inclinación que ya en el Génesis arrancó al hombre del hogar paterno, el amor que inspiró la metáfora del matrimonio entre Yahweh e Israel, entre Cristo y la Iglesia, el espacioso amor del Cantar de los cantares, el que a él lo sumía en el oprobio, le ataba las manos frente a los chacales que mordían sin misericordia ni honor los flancos de España, pero ¿hubo amor alguna vez entre él y la criolla Hortensia García?, ¿eran amor aquellas manipulaciones ocultas, deliciosas, repugnantes?, y si lo eran, ¿no huyó por la puerta falsa cuando lo invitaron a entrar por la otra más principal?, ¿amor?, ¿amar?, no, no volvería a amar nunca más, pero ignoraba si en realidad había amado y, acaso, lo que a Hortensia justamente se presentaba era la oportunidad de demostrarle que sí lo amó alguna vez, así fuese muy

poco, la oportunidad de callar, de no afrentarlo, oportunidad que de seguro, porque así sabía Echarri al corazón humano, dejaría pasar con tal de halagar el poder y la vanidad de su barragán, sin pensar que se hundía ella por igual en el tremedal, sí, qué cruel era el destino con el pobre fray Miguel, con él, cuya necesidad de amor no era inferior a la de tantos otros y debía avergonzarse, sin embargo, por aquellas manipulaciones que su menguada humanidad exigía para llegar al instante supremo, necesidad que en modo alguno se había él mismo creado, sino que le había llovido, junto con todas sus virtudes y defectos, de la mano de aquella Providencia abstracta a la cual, de oficio, servía, aquel inapelable y desconocido poder que con avaricia distribuía los dones y a mano rota despilfarraba las miserias y, en sus memorias, que hubiesen constituido gran éxito de ventas fuera de España y las Indias si el superior de la Orden Dominicana no da en la flor de quemarlas, pero que yo conocí gracias a la insospechable bruja de San Antero, Echarri preguntaba si en todo hombre no existía una profunda necesidad de blasfemia, si Dios no había creado el mundo meramente para desconcertarnos, y expresaba su perplejidad ante el hecho de no habersele ocurrido a él, un religioso dominico, apelar a la oración en este trance amargo, quizás porque a las oraciones, de tanto mascullarlas, las encontraba vacías, vueltas gabazo, quizás porque la desesperación lo impulsaba por caminos infernales, como aquél de pensar que el amor sería ya, para él, coto vedado, o tendría que callar como una almeja si deseaba seducir todavía a una que otra bagasa de los arrabales, pues de hablar Hortensia García, de desatar ese río de procacidad que él podía imaginarse, la sola presencia del secretario del secreto empezaría a arrancar risas y burlas, entonces, acaso por esos bruscos altibajos de su espíritu, o acaso como una forma de defensa interior, volvió a recordar sus palabras de dos noches atrás, las últimas pronunciadas antes de recibir en plena cara el salivazo de Hortensia, no lo harás, hija de puta, no lo harás, y se preguntó si ese salivazo no confirmaba, en cierto modo, la incapacidad de aquella mujer para encenegarse tan vilmente, y en el bochorno intrincado de su inteligencia renació sin transiciones la esperanza, prosperaron nuevas potencias, se bifurcaron las alternativas y de su extinta fantasía de doctor en cánones brotaron lúcidas avecillas fénix, crecieron hojuelas en los arbustos desnudos y el secretario del secreto del Santo Oficio se aprontó para una segunda batalla de argucias, componendas y disimulos, sin saber lo próximos que nos hallábamos ya del horror, de la pesadilla que todo lo anonadaría para anegar por completo nuestras vidas y abolir toda otra preocupación, y en ese *sin saber* creo vislumbrar otra vez mi idea obsesiva del destino, pues he dicho que nos hallábamos muy próximos al horror, sin considerar, debido tal vez a que los hechos cumplidos no pueden presentarse a nuestra mente sino como fatalidades, el que la más mínima contingencia hubiese podido cambiar el curso de las cosas, pero por algo me decía alguna vez el joven Pierre-Charles Lemonnier que si su abuelo no hubiese muerto, ahí tendríamos al buen anciano vivo, y cómo me hizo rabiar el joven François-Marie Arouet, en aquel invierno hechizado de 1713 en que nuestro idilio, que tampoco

podíamos sospechar tan efímero, parecía florecer como el espíritu presentido de la vecina primavera, el día en que una pitonisa, en una esfera de cristal, me leyó el porvenir y aseguró que moriría ejecutada, entonces nos fuimos del brazo, bajo la nieve casi evanescente que mermaba la sensación de frío, por vecindades de la puerta de Saint-Antoine, donde se alzaba la imponente fortaleza de la Bastilla, rodeada de fosos y de negras torres, que parecía reventar por sus troneras, pero recogerse de nuevo en su alzado puente y su rastrillo siempre bajo, y él trató de borrar mi impresión diciéndome que el vaticinio tenía escasa posibilidad de cumplirse, porque estaba visto que, de cada cincuenta ejecutados, lo menos cuarenta y nueve solían ser varones, y como me era casi imposible dilucidar si había en sus palabras buena o mala intención hacia las mujeres, pues por una parte los ejecutados pueden ser criminales, por la otra héroes, resolví fruncir el ceño y él me preguntó, con su habitual causticidad, si era que anhelaba morir en el patíbulo, y nos quedamos mirándonos muy serios para terminar en una explosión de risas, mucho, mucho reíamos Francois-Marie y yo por aquellos días, entonces desplegó ante mí todo el esplendor de su espíritu escéptico para hacerme ver cómo aquella sentencia según la cual el hombre prudente forja él mismo su destino venía a ser tan inconsecuente como la propia creencia en el destino, pues podía redargüirse que fue precisamente el destino el que lo hizo prudente, concepto que coronó con una de sus finas sonrisas, luego de la cual él, que no creía en dioses, encareció de qué manera, si los dioses habían sido los oráculos del hombre, el destino lo era a su turno de ellos, y evocaba a propósito el Libro XII de la *Ilíada*, donde Júpiter pesa en una balanza los destinos de Héctor y de Aquiles, para hallar que estaba determinado que los griegos triunfaran sobre los troyanos, designio al cual sabía inútil oponerse, así que a partir de entonces Apolo, genio guardián de Héctor, es obligado a abandonarlo, porque ni los dioses pueden contradecir al destino, aunque, naturalmente, la idea que mi joven amigo se había formado, en realidad, sobre la materia, distaba mucho de encontrarse compendiada en aquella parábola, pensaba más bien que el ser humano nacía destinado a ser juguete de los prejuicios y de las pasiones, de esta manera el destino de un individuo dependía menos de sus talentos y de sus méritos que de la elegancia de sus cabellos o de la belleza de sus manos, razón por la cual, me parece, cuidaba tanto sus modales, su continente, su vestir, sabía, al hablar, mirar a su interlocutor en el entrecejo y jamás le dirigía la vista para escucharlo, aprendizaje que hicieron otros burgueses de la época para desarmar e influir al contendiente y, sobre todo, para emular con las maneras airoas de la aristocracia, así después, cuando François-Marie dejó de ser François-Marie Arouet y se convirtió en el señor Voltaire, hasta mujeres tan indomables y ambiciosas como la reina Catalina II de Rusia, a quien él llamaría Semíramis del Norte, la misma que, según las borrosas informaciones que logra traerme el anciano Bernabé, acaba de beneficiarse tan vorazmente del reparto de Polonia, le prodigaron su máxima admiración, con lo cual, si no un destino de escenario griego, cumplió un destino biológico, al que coadyuvó otro concomitante

destino, el de haber nacido francés y no, por ejemplo, cartagenero, que de haber ocurrido esto último habría tenido que arrastrarse entre obispos y dominicos para obtener el imprimátur de algún mediocre poema en alabanza de la Virgen María, conque en cierta medida el destino es irrecusable y así lo creía la mayor parte de mis cofrades en aquella primitiva logia de la calle del Cloître-Notre-Dame, bien que, salvo algunos disentimientos, como el de Aldrovandi, sus creencias fuesen más complejas, pues, curiosamente sin incurrir en arrebatos místicos, sino invocando más bien la posibilidad de un conocimiento supra o paracientífico, sostenían que el espíritu individual provenía de una oleada de vida que se originaba, un paso más acá del mundo de Dios, en un mundo de espíritus virginales, compuesto como todos los mundos de siete regiones, de la última de las cuales era emanado para que cumpliera un largo peregrinaje cíclico, signado por el número siete, durante el cual debía atravesar, en sentido progresivo y regresivo de espiral, por los cinco mundos restantes, a saber, el del espíritu divino, el del espíritu de vida, el del pensamiento, el del deseo, y finalmente el mundo físico, nuestra actual esfera visible, para luego regresar de la misma forma a la fuente de origen, sólo que aquel desplazamiento, necesario para la purificación y realización individual, y al cabo del cual todos devendríamos dioses, no se realizaba en un único sentido, sino a través de largas recapitulaciones, más largas si se tiene en cuenta que cada mundo estaba fragmentado en divisiones y subdivisiones, como aquéllas constituidas por las regiones etérea y química de nuestro universo físico, en el cual nuestro espíritu, privado de la mayor parte de sus aptitudes sensoriales al encarnar por siete veces siete en un cuerpo humano, sólo era capaz de comprobar lo más tangible e inmediato, teoría que en un comienzo se me antojó demasiado intrincada, ya que lo expuesto sería apenas la apretada síntesis de algo que daría para muchos tomos de análisis, interpretaciones y glosas, pero que paulatinamente se fue imponiendo a mi inteligencia, porque tenía la virtud, rara aun en los más avanzados sistemas filosóficos o científicos, de no dejar nada sin explicación y de suponer a la postre no sólo un absoluto equilibrio cósmico, sino un altísimo sentido de la justicia, en lo cual radicaba el que mis cofrades quisiesen mantenerla en el más riguroso hermetismo, pues su divulgación no traería, a estas alturas de la historia humana, beneficio alguno a la sociedad, no preparada para asimilarla, y en cambio podía hacer estragos en manos de charlatanes o falsos profetas, precisamente porque, obtenida por sus adeptos, no a través de iniciaciones esotéricas, sino del estudio profundo y coherente del *Liber Mundi*, del libro abierto de la naturaleza, en nada reñía con la concepción racionalista del universo, ni siquiera, como habría yo de verlo más tarde en mis pláticas con el barón von Glatz sobre la inanidad de la vieja dicotomía tomística, con la más radical de los llamados materialistas que, con antecedentes estoicos y epicúreos, florecían en Europa al amparo del empirismo de Hobbes y del más reciente de Bacon, aunque, desde luego, se necesitase un alto espíritu filosófico para aceptarla, pues su única posible demostración se cifraba en su aplastante lógica, no en su aparente origen ocultista que

despertaba en François-Marie un desdén calcinante y tajante, especialmente por cuanto sus prosélitos parecían creer poseer el dominio de todas las fuerzas naturales, de donde hubiera podido inferirse, erróneamente, que los miembros de la logia no formaban, como en realidad sí lo hacían, una hermandad compacta, pero es que a ellos los unía, por encima de cualquier otra consideración, el deseo de obtener una máxima libertad de pensamiento y de investigación, y en un nivel no menos importante liberar a todo individuo humano de sus cadenas atávicas, a menudo inconscientes, para crear una república de iguales, al estilo de las soñadas por ciertas Órdenes caballerescas del pasado, en la cual una ley bastara para todos, como lo habían predicado en Inglaterra los **Old charges**, y como tanto mi François-Marie como Aldrovandi y de Bignon lo postulaban ardorosamente en París, sólo que, para ellos, la ruta por seguir había de ser la especulativa y no la operativa, términos nada claros para el profano, pues los adeptos al *speculum* o arte de ver proponían contemplar con ojos científicos la desdicha humana y tratar de remediarla mediante el mayor conocimiento de la materia, de la naturaleza, de los sistemas políticos, frente a los adeptos a la *opera* u obra, que se apegaban a los oscuros misticismos de otras épocas, como Ramsay, como Fénelon, como la señora de Guyon, controversia en la cual se había acordado no involucrar al sistema supra o paracientífico de que hablé atrás, y el cual respaldaba, por ejemplo, un cabal hombre de ciencia como Pascal de Bignon, ya que provenía de otra corriente adscrita en forma pasajera a la logia, reunida con ella en fines meramente prácticos, secta a la cual de lleno pertenecía Tabareau y que casi un siglo atrás había poblado de carteles los muros de París, anunciando su visible e invisible advenimiento a esta ciudad, por la gracia del Altísimo, a fin de librar a los hombres de mortal error, lo cual dio lugar a posteriores y muy enrevesadas confusiones y mistificaciones, especialmente cuando ciertos nigromantes hicieron irrupción en nuestros locales y trataron de retrasar nuestras conquistas difundiendo por Europa especies ridículas y realizando a nombre nuestro todo género de contorsiones grotescas, con lo cual no quiero decir que todos los nigromantes o cartománticos y hasta uno que otro capnomántico que conocí fuesen embaucadores, para muestra la bruja de San Amero, de cuyas artes puedo dar testimonio, y el propio Tabareau, que como es bien sabido practicó el espiritismo con éxito asombroso, sin trucos, pero eso fue mucho después, por ahora el invierno expiraba y la primavera parecía anticiparle sus efluvios en mis brazos a François-Marie, el futuro Voltaire, a quien ignoraba, claro está, y aquí vuelve el destino, que perdería tan pronto, para que lo ganara la humanidad que, en cambio, jamás pudo ganar a Federico, porque ella misma lo perdió, y a ello contribuí quizás la tarde de aquel Sábado de Gloria, cuando, para desagraviarlo por mi desplante en el palmar, le propuse con voz muy queda, cuando vi que nuestros padres y hermanos luchaban contra el sueño en el bochorno de la siesta, vernos durante la noche, tan pronto durmieran todos, en aquel mismo bosque de cocoteros donde nos contemplamos desnudos el día anterior, y comprendí que él me lo agradecía de una

manera muy profunda, pues volvieron a brillar sus ojos apagados todo ese tiempo, sus ojos a veces felinos, y cumplimos nuestra promesa tan pronto comprobamos que todos los visitantes y esclavos de la hacienda, incluido Bernabé, roncaban de cansancio bajo los toldillos de fina malla, entonces corrimos, tomados de la mano, sin decirnos nada, hacia la playa, bajo las estrellas que parecían enjambrarse y cuyo testimonio, tan invocado, suele ser nulo en los procesos humanos, y oímos en la arena las fuertes pisadas de los cangrejos laboriosos, el lugar de cuyo sexo Federico desconocía, y también trabajaban las jaibas, en los agujeros de las rocas de aristas resaltadas por esta luna que mañana sería luna llena, luna del cazador, en el cielo puro del litoral, rebelde aún a desgajar sus lluvias, corrimos, corrimos abrazados, dichosos de nuestra soledad, subimos con dificultad a la gran duna y luego, libres del calzado, bajamos para hundir los pies en el mar, frío a esa hora, y vi atrás, recortados al fulgor de la luna, los racimos de verdes cocos, pendientes a lado y lado del tronco de las altas palmeras, y dije a Federico, entre risas, quizás buscando estimular ahora su sensualidad, que se me antojaban los testículos diminutos de un inmenso falo perpendicular, frase que debió sorprenderlo de un modo mayúsculo, pues debía pensar que yo ignoraba completamente aquella terminología, y me dijo riendo que me callara, que no eran cosas que debiera decir, que ahora sentía una especie de gratitud hacia abril, hacia esa luna creciente que florecía al ritmo de su felicidad, y miró el vasto cielo, donde a esas horas no brillaba el planeta Genoveva, y repitió como hipnotizado la famosa frase de Pascal, que probablemente nadie sino él conocía en todo el virreinato, dijo le *silence de ces espaces infinis m'effraie*, lo murmuró lentamente, a la manera de quien recita un poema y, de pronto, como un eco absurdo traído por la brisa de la playa, oímos, en la dirección de las pisadas que atribuíamos a los cangrejos, la cancioncilla, entonada no podíamos saber por quién, que era como el lejano epímone de nuestros pensamientos, la cancioncilla, adorablemente articulada por quién, por quién demonios, *avril l'honneur est des bois et des mois, avril la douce esperance desfruits qui, sous le coton du bouton, nourrissent leur jeune enfance*, y quedamos pasmados, permanecemos en silencio, uno contra el otro, la voz era grave y melancólica, y no pertenecía a nadie de la hacienda, ni siquiera a alguno de los esclavos, que bien pudiera estar tomando un baño de mar, pero todos ignoraban la lengua francesa y, aun en el caso de que alguien la hubiera aprendido a bordo de alguna galeota o barco negrero, su pronunciación no podía ser tan perfecta, así que, mirándonos con mezcla de fascinación y miedo, convinimos con los ojos en que debía tratarse de algún duende familiar que quería arrullarnos, o de alguna ilusión fomentada por el viento marino, entonces la voz volvió a cantar, *avril l'honneur verdissant, florissant sur les tresses blondelettes de ma dame, et de son sein toujours plein de mille et mille fleurettes*, y el enigma empezó a parecernos extraordinario, encantador, pues la canción, inspirada en versos de algún poeta popular, veinte años más tarde supe que de René Belleau, estaba llena de nobleza y efusión primaverales, era canción europea, y Federico, colgada yo de su brazo, se resolvió a salir del

bosque hacia la playa, quería averiguar qué extraña gente o duendes misteriosos rondaban el contorno, sus pasos crujieron sobre la hierba y la voz se dejó oír de nuevo, esta vez estentórea, en evidente son de amenaza, preguntó *y a-t-il quelqu'un ici?*, nosotros seguimos avanzando, no nos era dado olfatear ningún peligro, los arenales y los bosques de Zamba eran tranquilos y despoblados como parajes prehistóricos, pero la voz, ahora aullante, conminó *répondez donc!*, y preferimos detenernos, quizá fuera más prudente atisbar ocultos detrás de los troncos de las palmeras, no fuese que se tratara, en alguna forma, de forajidos, posibilidad remota, desde luego, nunca se supo de su existencia por estos contornos, entonces el hombre de la playa dio señales de haberse tranquilizado, dijo *que je suis bête! Il ne peut y avoir personne*, ahora que podíamos verlo, era un tipo fornido, un jayán, vestido sólo de unos calzoncillos muy cortos, desnudo de la cintura para arriba y envuelta la cabeza en un pañuelo rojo anudado en la nuca, que cargaba, haciendo una especie de cesta con los brazos unidos y suspendidos a la altura del ombligo, unos cuatro o cinco cocos, un hombre lleno de cicatrices y tatuajes, demasiado real y descompasado para ser una divinidad tutelar, algún retoño de Acca Laurencia, de modo que Federico avanzó hacia él, haciéndole señas de que no se alarmara, en tanto el otro prevenía *attention, mon pistolet est chargé*, y la tenía, en efecto, hundida en la cintura, entre los calzones y la piel, mientras Federico, insistiendo en sus gestos de paz, se le acercaba peligrosamente, dándole a entender que los cocos abundaban y podía llevar los que quisiera, y el hombre aún lo observó, apaciguado acaso a la vista de quien era casi un adolescente, para inquirir en tono muy altanero *eh bien, qui êtes-vous?*, a lo cual sonrió Federico para allanar cualquier malentendido, porque el hombrachón era de fiera estampa, cruzado de cicatrices, con unas barbas de achiote y unos ojos muy azules y saltones, además estaba a punto de soltar los cocos para sacar la pistola, así que Federico, con la mejor pronunciación que pudo, trató de tranquilizarlo, le dijo *soyons en paix, je me nomme Federico Goltar*, y el tipo lo recorrió altivamente con los ojos, ojos buidos y muy iracundos, luego pareció recapacitar, esos mismos ojos se entornaron como para sonreír, se posaron con cierta desconfiada suavidad en el rostro del muchacho *y jeune fils*, mordisqueó el extraño en tono paternal, *êtes-vous seul dans ce plage?*, a lo cual Federico *nous sommes dans la propriété rurale de mon père*, y temeroso de que mi presencia lo sobresaltara de improviso, *ma fiancée est au-delà, derrière ces arbres-là*, revelación que envolvió en una llamarada azul los ojos del hombrachón, que carcajeándose, dejando ver sus acumuladas urgencias carnales al indagar *ta fiancée?*, *saprist!* *Je cède à la tentation*, arrojó los cocos en un bote de remo que tenía amarrado al saliente de una piedra y se volvió con mayor arrogancia, examinando a Federico con sorna y fanfarria de hombre macizo, aventurero, frente a un encogido señorito, entonces mi precoz astrónomo imploró *monsieur, j'assume que vous êtes un brave homme, un homme d'honneur*, con candor digno del paraíso terrenal, que arrancó al jayán una risotada, para quedarse en seguida mirándolo, como si entre los dos se hubiese establecido una corriente de simpatía y, colocándole la

manaza en el hombro, exclamar *tiens!*, con un gesto que parecía benevolente o conmisericordioso, *vous vous êtes trompé, garçon, ma droiture de conduite, ma honorabilité, ça n'existe pas, moi, je suis un fripon*, y soltó otra perentoria risilla, *mais un bon fripon, la charme de la friponnerie, non, non, oubliez ce que j'ai dit, appelez moi Leclerq, Lucien Leclerq*, a lo que Federico, atolondrado, le preguntó si era francés, pregunta nada superflua, ya que podía ser también algún náufrago oriundo de las Antillas Francesas, y aún más, si un *officier de marine français*, temiéndose quizás lo peor y Leclerq, siempre riendo, *comme ci, comme ça, garçon, et vous? créole?*, y Federico, siempre pálido, *oui, oui, mon père est espagnol*, momento en que el hombrachón insinuó un gesto inquietante, mezcla de tolerancia y desprecio, pero siguió apoyando la manaza en el hombro del joven y rió *hé, hé, faites attention, garçon, j'aime mieux un jeune fils mort qu'un délateur, je vous demande absolu, impérieux secret, un absolu silence*, y con mirada terrible, júrele, y Federico tragó saliva y lo hizo, *je le jure*, pero él añadió aún *c'est sérieux, ma flamme et mon flambeau sont au vent*, así que el muchacho insistió *je le promets*, temeroso siempre por mí, que seguía escondida tras los troncos y empezaba a olerme lo mismo que él, y el francés, caviloso, bien, bien, *je vous crois, je n'insisterai pas*, y de pronto se puso a bailar por la playa al son de la cancioncilla que ya le conocíamos, *l'aubépine et l'églantin, et le thym, l'oeillet, le lis et les roses, en cette belle saison, à foison, montrent leurs robes écloses*, y con ésas *oh, la-la, la-la, la, la*, gritó por fin, *je me trouve bien ici, la bonne chaleur!, je suis tout autre à present!*, significando, me parece, las bajas temperaturas que, hacía quién sabe cuánto tiempo, debía venir sufriendo mar adentro, porque en aquellos meses el Caribe suele enfriarse bajo el hielo radicado de los alisios del nordeste, para dirigirse entonces al bote, recoger uno de los cocos, partirlo con una piedra afilada y beber el agua en su recipiente natural, como en una crátera antigua, lo cual sirvió sólo para acrecentar su sed, porque *vous avez du pinard?*, preguntó de repente, se notaba excitado, con cierta malsana alegría, aunque casi inspiraba confianza el maldito Leclerq, con su pañuelo rojo ceñido a la cabeza, pero Federico le respondió secamente que no, que no teníamos vino, y él insistió *où ça donc?*, y *chez mon père*, informó con cierta malicia el muchacho, entonces *quel contretemps!*, se lamentó y luego, auscultando en la sombra hacia los cocoteros, *et mademoiselle? où est mademoiselle? comme s'appelle votre jeune fiancée?*, a lo que más pálido *elle s'appelle Genevève, Geneviève*, volvió a informar Federico, y Leclerq llamó a gritos *Geneviève! venez avec nous! venez ici!*, así que, muerta de miedo, me vi obligada a salir del palmar, para ceñirme con fuerza al cuerpo de Federico, mientras el hombrachón, qué duda podía haber, se divertía, aunque lo mismo parecía evidente que le resultábamos simpáticos por nuestra juventud, *vous êtes belle, Geneviève*, dijo, como si torpemente quisiera mostrarse caballeroso, es decir, ponerse a la altura de la leyenda francesa, y tal vez por eso, examinándonos con impúdica malicia, exclamó ahora, lleno de cierta emoción mezclada de sarcasmo, *oh pauvres jeunes gens! que dois-je faire pour vous?*, porque quizá había notado nuestro

aire triste, el espasmo angustiado del alma mtila de Federico, que acaso con una idea ya martillndole el cerebro, una idea repentina y absurda, que cre capturar al vuelo, le pregunt a su vez si venía de lejos, *venez-vous de loin?*, si por ventura *de la France?*, pero Leclerq inclinó la cabeza, como si su alegría se hubiese desvanecido súbitamente, vi como abatida sobre el pecho su barba de achiote, siempre en desorden, cuando *ah, tiens!*, farfull, *au fait, c'est vrai, vous ne savez pas*, y aquí Federico quiso acuciar, un poco estúpidamente, *ditez-moi* insistió con angustia, *moi, je sympathise avec la France progressive, je suis un jeune astronome*, y para pasmo mío solt la gran frase, *j'ai découvert une nouvelle plante*, pobre, candoroso Federico, y claro que Leclerq, cuyo humor parecía variable como el viento redondo que le zarandeaba la barba, no supo contener un *sans blague! c'est patant!*, que Federico a lo que parece no tomó en su verdadera segunda intención, así que el hombrachón continu como a mansalva *hurrah! vive le jeune savant! qu'entendez-vous par une nouvelle plante, l'Amérique?*, y aún tratamos nosotros de sacarlo del inexistente error, *non, non, une plante inconnue, dans le ciel, vous savez*, pero qué iba él a saber, ojalá hubiese sabido yo lo que pensaba el europeo, cualquier finchado europeo del resto del mundo, ojalá a aquellas alturas ya hubiese vivido mi experiencia parisiense, me hubiese ya roto la crisma tratando de convencer a Arouet, a Lemonnier, de que los americanos no éramos chimpancés lampios, *bizarre, bizarre*, reía Leclerq, *ceci va loin*, entonces Federico trat de mirarlo con fijeza, con sus ojos francos, medio infantiles, que deseaban ser tomados en serio pero parecían un par de igniciones virginales ante la luz maligna de la mirada del francés, para encarecerle *monsieur, c'est une prire que j'ai  vous faire, comment pourrons-nous aller  Paris?*, como si olvidara que había un océano y dos ejércitos de por medio, y Leclerq *vous plaisantez!*, y Federico *non, monsieur, j'ambitionne de publier par tout le monde la révélation de ma nouvelle planète, quand part pour la France votre bateau?*, lo cual puso al francés a rer como un maldito, ri hasta saciarse y luego, rascndose el cogote, nos amonest *fiis, je vous aime bien, croyez-moi, mais, c'est stupide, y pourquoi?*, me apresur a inquirir, como por dar un empujn, entonces Leclerq se frot la cabeza y puso los ojos cómicamente en blanco y explicó malignamente *parce que moi, h h, je suis, en apparence, votre ennemi*, sólo para encontrarse con otro *pourquoi* que le extend como un reto y él, riendo, me esquiv la negra mirada que yo trataba de hundirle bajo el claro de luna, luego mir el cielo y pregunt de pronto *sacré diable! quelle est cette heure?*, y Federico, todavía esperanzado, calculé *onze heures,  peu près*, para que Leclerq, alarmado, saltara *sacré diable! Il faut que j'y sois ce nuit*, nosotros nos cansamos de preguntarle dónde, *monsieur, de quel pays êtes-vous? Écoutez-moi! Comment pourrons-nous*, pero Lucien Leclerq ya abordaba el bote y se disponía a remar y *pas encor, jeunes fiis*, fue diciendo, *pas en ce moment, je vous prie, Geneviève, Frédéric, de me croire vraiment touché, eh bien, vous, Frédéric, vous êtes un jeune homme agréable, prometteur, mais*, y aquí se puso insospechablemente filosófico el condenado

franchise, mais tout succès de l'homme est malheureusement une fade mélange de temps et de patience, maintenant, il faut que je vous quitte, je n'oublierai vous, Geneviève, Frédéric, retenez mon nom, Lucien Leclerq, oui, Lucien Leclerq, flibustier de la Tortue, extraña tarjeta de presentación que nos heló antes de oír su *au revoir*, e impulsó el bote y se perdió cantando en la noche marina, mientras quedábamos sin saber qué hacer en la playa, había una promesa de por medio, para nosotros los criados en el concepto español del honor la palabra empeñada era sagrada y Federico, en su desconcierto, había jurado no decir nada que pudiera delatar nuestro encuentro, además qué podía significar la presencia de piratas de la Tortuga en nuestras aguas, muchas veces habían atacado sin suerte la ciudad, cuyas fortificaciones eran imbatibles para sus escasas fuerzas, que debían contentarse con saquear puertos de segundo orden, y así, el único interés que Leclerq nos podía despertar era la posibilidad de que accediera de algún modo a transportarnos hasta alguna isla francesa donde pudiésemos embarcarnos hacia Europa, idea que evidentemente giraba como una rueda loca en la mente de Federico, seguro como estaba de que, en las últimas palabras del filibustero, se ocultaba una promesa, *je n'oublierai vous*, y de pronto lo vi saltar de alegría, igual que Leclerq cuando bebió la leche del coco, y me besuqueó la cara asegurándome que estaba hecho, que mañana por la noche regresaríamos a este lugar y hallaríamos otra vez al *bon fripon*, listo a hacerse con nosotros a la vela, esperanza que se me antojó descabellada, pero no quise aguarle esta fiesta después de haberle cortado ayer las alas en el palmar, hacia donde, por cierto, Federico empezaba a arrastrarme y yo tuve que permitirselo, aunque suponía que cualquier arrebató excesivo del muchacho debería ser cortado a tiempo, esta vez con dulzura y tacto, porque a la alcoba de las mujeres honradas se entraba por la iglesia, ya dije que eso pensaba, y en efecto me condujo hasta un claro donde tendidos, según dijo, podríamos ver a las estrellas enviar sus guiños cómplices desde los espacios infinitos, o adorarlas si queríamos, como los sabeos, pero no creo que fuera aquél su propósito porque nos tumbamos sobre los cadillos y yerbajos, y creo que iba a tratar de abrir mi blusa y buscar mis pezones, no sé si hubiera hallado el valor para impedirselo, cuando la luna proyectó sobre nosotros una sombra, la sombra de un cuerpo humano, y fatalmente pensamos otra vez en Leclerq, pero al volver las cabezas vimos a María Rosa, pálida, espectral, que con trémulo dedo nos señalaba acusadoramente, nos llamaba fornicarios, imaginaba sin duda que copulábamos en el palmar, decía que había venido espiándonos hacía meses, que éramos un par de desvergonzados, que nos pondría en evidencia ante nuestros padres, y Federico trató en vano de calmarla y, cuando estuvimos en la cabaña, antes de entrar a su cuarto, juró que al día siguiente nos denunciaría, porque, según decía, nos había sorprendido en flagrante fornicación, y no hubo modo de sacarle esa idea de la cabeza, pero al día siguiente fue un poco tarde para los perversos fines de la joven Goltar, porque ese día Lupercio madrugó, como de costumbre, supongo que debió hacer uso de la fuerza de sus miembros rollizos para incorporarse en el jergón de

paja, el sol acababa de despuntar y su mujer dormía aún bajo el mosquitero, supongo que se vistió lentamente, con dificultad rayana en el martirio, ya que calzarse era para él, según decía, tan arduo como amarrar la cincha a un potro cimarrón, pues la posición lo paralizaba de dolor, por la mole desmesurada de sus carnes, y los pies se resistían a penetrar en las botas de cuero, como el gato no puede entrar en el agujero del ratón, supongo pues que, cuando todo estuvo concluido, resopló y salió de la cabaña, feliz seguramente de poder respirar el aire tónico de la hora primeriza, viendo levantarse del mar una ligera neblina, y supongo que se internó, todavía resoplando, por las cercanas espesuras de tamarindos, guanábanos y olorosos limoneros, y que miró con regocijo las gordas sandías tendidas a sus pies, verdes o jaspeadas, entre los tallos vellosos que se arrastraban como sedientos, supongo que la misma fetidez le indicó la dirección del sitio adonde proyectaba ir, una enramada hecha de juncos, cañas verdes y hojas de palma, y claro que allí se metió, se bajó con trabajo los ajustados calzones hasta tener los glúteos como lunas llenas al aire, se agachó y empezó a pujar, supongo que pensó entonces en su hijo Federico, poco impresionado por las magnificencias de la hacienda, y que recordó aquella landa griega jorobada de las doce casas del cielo astrológico, y debió pensar que, en definitiva, Federico había salido a él, sí, pero a aquél que él fue en sus primeros años, al marinero goloso de aventuras, valeroso ante los sables de abordaje del Gran Turco, intrépido al batirse con los filibusteros de la Tortuga, impávido ante los huracanes que hacían escorar peligrosamente las embarcaciones, anegaban las cubiertas y desmantelaban las arboladuras, sólo que en Federico, creo que pensó, el amor a la aventura poseía un sentido intelectual, constructivo, medio fantasioso, el muchacho soñaba con planetas lejanos y, en cambio, no se interesaba en la esgrima, arte tan necesario en el cual parecía poco diestro, y si a veces se ponía a examinar sus pistolas de rueda, esas bonitas armas de repetición con depósito cilíndrico giratorio, era por comprender su mecanismo y no por aprender a usarlas en el momento oportuno, supongo que recordaba que, cuando Emilio Alcocer, quiero decir mi padre, mostró a Federico el novísimo fusil de chispa, arma al igual blanca y de fuego pues estaba dotada de bayoneta, y que desplazaba ya casi a los viejos mosquetes, éste se preocupó del largo alcance que pudiera tener sólo por preguntarse a continuación si algún día el hombre podría hacer llegar un proyectil a otro planeta, así que, valiente gracia, había salido al Lupercio soñador de otros tiempos y no al que hoy, curtido por la vida, colmado de responsabilidades, sabía que el trabajo sosegado de una tienda de abastos era la mejor y más respetada profesión del mundo, un trabajo que nos permite no comer paja y, al tiempo, nos granjea la estimación de la clientela y, en fin, un trabajo en el cual puede uno afanarse como si fuera a vivir siempre y pasarla bien como si fuera a morir mañana, o viceversa, supongo que no debía estar muy seguro, supongo que aquello lo preocupaba a medida que iba pujando, debía preocuparle el que ahora, al asociarse con Alcocer, quiero decir con mi padre, la sucesión de la hacienda fuera a variar de una manera tan inquietante, la heredarían por una parte Cristina, Federico y María

Rosa, y por la otra Cipriano y Genoveva, ahí estaba la complicación, porque Cipriano sí tenía pasta de negociante, así que, si Federico no se avisaba, a la muerte de los viejos aquél se quedaría con las tierras y a los Goltar los mandaría al quinto infierno, horrible perspectiva porque Federico, y de ello no parecía darse cuenta, debería velar algún día por su madre y por su hermana, así que, si había resuelto de todas formas asociarse con Emilio, era porque necesitaba poner a producir como era debido este repartimiento que, de otro modo, revertiría al rey y caería a la postre en manos de los jesuitas, ávidos de tierras costaneras, cuyo padre rector en Cartagena, Jesús Antonio Zapata, hacía meses le tenía puesto el ojo a Zamba, como Lupercio bien lo sabía, pues en las tierras altas del interior del virreinato, donde la Compañía de Jesús tenía casi todas sus encomiendas, la inversión en esclavos no resultaba rentable y debían apelar a los indios, de cuya proverbial pereza dio fe hacía cuarenta años el corregidor Francisco de Figueroa, y con los cuales había también problemas de leyes, pues no estaban obligados a pagar servicio gratuito al encomendero sino un mes al año, como sustitución del tributo, de suerte que la Compañía andaba a la busca de reparticiones en las costas atlánticas, abarrotadas de esclavos negros y, así, era preciso demostrar a las autoridades que este repartimiento de Zamba, concedido a Goltar en pago de los servicios prestados al rey en la marina, estaba en buenas manos y podía producir hasta mercancías de exportación, como las pinas dulces o el azúcar, en cuya producción entrarían los caudales de Emilio, ya que sería menester instalar un trapiche, sí, supongo que pensó que era aquélla la insoslayable disyuntiva y que él, Lupercio, debería hablar a su hijo con energía, bonitas fueron siempre las fantasías astrales, pero más bonito era tener tocino en la olla, cuando se es viejo se comprende eso, y a los jóvenes había que meterles en la cabeza los dictados de la experiencia, supongo que pensaba que su propia gordura lo hacía propenso a las enfermedades del corazón, que no duraría mucho y que era hora de que Federico se percatara de la verdad de la situación y de la pobreza que eventualmente podría padecer la familia, supongo que, clarísimo, pensaba además en la inclinación del muchacho hacia esa tonta de Genoveva Alcocer, desastrosa de todo punto de vista, pues de realizarse esa boda que, por fortuna, Emilio no se inclinaba a autorizar, Cipriano a la muerte de los viejos sí que se quedaría con la sartén por el mango y ello no era nada deseable, así pues habría que amonestar al muchacho y hacerlo entrar en razón, el amor de niño es agua en cestilla, bien, bien, no era en estos días, supongo que pensó, ahora que se proponían disfrutar de las excelencias de Zamba, cuando iba a aguarle la fiesta hablándole de estos puntos, pero en regresando a Cartagena le endilgaría, eso sí, su sermón, él sabía de qué forma, sin herirlo, a ver cómo reaccionaba, y supongo que se incorporó con ayuda de la enramada y que, todavía con los glúteos al aire, arrancó del suelo unos matojos, supongo que volvió a subir, poco a poco, como atornillándose en ellos, los angostos calzones y se los ciñó con dolor a la cintura, desinflando el abdomen para facilitar la operación, supongo que se dolió de no haber comprendido, en otros tiempos, lo dañino que es comer en exceso, pero qué le iba a hacer, rehizo el

camino de venida, bajo la fronda odorífera de los frutales, supongo que aprobó con la mirada la obesidad de las sandías, cuyo corazón, a diferencia del suyo, rebosaría roja salud por la excesiva carnosidad de la fruta, supongo que vio a las gaviotas revolotear en la claridad de la mañana y debió sentirse penetrado por la mansedumbre de aquel paisaje, debió sentirse bueno y pacífico, supongo que tomó, para salir del bosque, la dirección de una duna poco perfilada, simple acumulación de arena contra la maleza alta y los árboles, supongo que la escaló con dificultad y, una vez arriba, tendió hacia el mar sus ojos de marinero, entonces el corazón, su corazón asediado por el sebo, dio un salto, pues creyó que la vista lo engañaba, imaginó ser víctima de un espejismo de la neblina mañanera, aguzó la mirada y comprendió que aquello no era ilusión, había ante él más de veinte navíos de guerra, sin bandera conocida, se hallaban fondeados en la ensenada como espectros del vengativo océano, así que entró como un ciclón en la cabaña, nos sacudió a todos, de jergón en jergón, llamó a los esclavos, hizo aprontar las cabalgaduras y, en menos de media hora, cortábamos el viento a revientacinchas en dirección a Cartagena.

VI

Tú que conoces, mi buen Bernabé, lo que es la pena de amor, porque te la infligí tantas veces, comprenderás lo que sentí en aquella mi segunda primavera francesa, cuando, precisamente en la luna llena de abril, porque estaba escrito que fueran el mes y la luna de mis congojas, François-Marie me comunicó que deberíamos separarnos, él pensaba que por corto tiempo, yo comprendí que por el resto de la vida, ya que al firmarse la Paz de Utrecht, que ponía fin a la Guerra de Sucesión de España, Luis XIV deseaba reacomodar sus misiones diplomáticas y había ofrecido al marqués de Châteauneuf, gran amigo y protector del notario Arouet, la embajada en La Haya, de suerte que surgía la oportunidad de una secretaría para mi amigo y era algo que él no podía rehusar, dadas las óptimas condiciones que en Holanda se le ofrecían para desarrollar sus talentos literarios y ponerse en contacto con otras ramificaciones, más inquietas y fructuosas, de nuestra organización, lo cual no coincidía, claro está, con los cálculos de su padre, que deseaba verlo para siempre incrustado en la actividad diplomática, carrera que a un buen burgués debía antojársele esplendorosa, pero cuyas miserias y limitaciones no se ocultaban a François-Marie, que, sin embargo, parecía lleno de entusiasmo por la posibilidad de intercambiar ideas con la intelectualidad de una nación que fue la primera en Europa en dispersar, con propósitos comerciales, sus navíos por todos los mares del mundo y que, en consecuencia, se había convertido en foco de divulgación del pensamiento europeo, especialmente por la gran libertad que se respiraba en ella, por su espíritu abierto y moderno, al menos en comparación, claro está, no digamos con el que predominaba en España, si se piensa que Felipe de Anjou tenía tanto miedo al diablo como sus antecesores, sino en la misma Francia, ya que Luis XIV, a pesar de su fasto, era hombre de muy pocas letras, que para no sentirse inferior gustaba de ridiculizar a los sabios, de modo que debí resignarme a perder a François-Marie, pues algo me decía que él ya no viviría sino para la humanidad, mas no sin que, durante muchas semanas, mi alma se resistiera endemoniadamente a aceptar aquella separación, que volvía a hundirme en la perpleja soledad de la cual no podían sacarme ni siquiera las, luego supe que por razón de mi inmadurez, poco significativas misiones que la logia de tiempo en tiempo me encomendaba, tal como aquélla de hacer un censo de deshollinadores de París, labor en la cual gasté más de tres meses y jamás supe para qué diablos sirvió, hasta cuando, llegada la víspera de su partida, me cansé de esperar a François-Marie en mi nueva y espaciosa habitación, con balcones sobre la calzada, de un hotel de la calle Plâtrier donde no sólo vivían varias familias ricas, sino que allí había instalado un obrador el artista pirenaico Hyacinthe Rigaud, famoso por su retrato del rey, entonces no pude resistir a la tentación de besarlo por última vez y me

lancé a buscarlo, indagué con sus amigos de la taberna de la calle Grégoire-de-Tours, quienes me indicaron la posibilidad de que hubiese ido a reunirse con Châteauneuf a la salida del Consejo, así que encaminé mis pasos hacia la mole arrogante del Louvre, que siempre se me antojó siniestra, y en efecto lo vi, desde cierta distancia, entre un grupo de duques, mariscales de campo, brigadieres y otras personas tan empingorotadas que no me atreví a aproximarme, aunque bien supiera que él, en realidad, no pertenecía a ese mundo, en el cual podía de todos modos desenvolverse a las maravillas, sino al pueblo de Francia, pero pensé que tal vez mi presencia sería inoportuna y que, a lo mejor, vendría a despedirse en las horas nocturnas, a lo mejor dormiría en mi compañía esa última noche, esperanza vana, pues la pasé en vigilia maldiciendo el no haber ignorado a los mariscales de Francia, para abordarlo como diera lugar y obligarlo a esa despedida que habría atenuado el rigor de su ausencia, y se me agolparon en la mente todos los malos recuerdos de mi vida, y me asediaba en forma inopinada el rostro que, entre un grupo de soldados y prostitutas, vi en Marsella, aquel rostro familiar de ojos claros y soñadores, y amargamente me interrogué sobre mi futuro, si no terminaría mendigando en ese París caótico, lleno de luces y sombras, pues ido François-Marie, quién me pagaría esta lujosa habitación donde ahora moraba, y pensaba en el destino veladamente putesco que padecemos las mujeres, siempre atormentadas por quién nos pague esto o aquello, pero a mí él jamás me interesó por lo que pudiese o no pagarme, sino porque colmaba con su presencia mi necesidad de amor y de compañía, en una palabra porque lo amaba y no quería admitir la palmaria realidad de que él, en cambio, no a mí, quiero decir, no con la misma fuerza de mi amor, sino quizá con un profundo sentimiento de amistad que, de todos modos, no era amor, pues yo no hubiese sido sino una aventurilla más para él, a no ser porque vio en mí la más expedita ejecutora de ciertas futuras miras de la logia, como cuatro años después, cuando pagaba prisión en la Bastilla y le llevaba una vez a la semana un poco de pan y de vino, se lo reproché con lágrimas, para que él me respondiera que el de la amistad era un sentimiento más noble que el amor, pues suponía un contrato tácito entre dos personas sensibles y virtuosas, en tanto que el amor presumía intolerables dependencias, estados malsanos de espíritu, como el que él mismo había sufrido en La Haya por culpa de una tal Pimpette, y el que padecería más tarde por razón de la señora de Châtelet, pero yo agregaría que esos estados malsanos acaban por ser la única razón de la vida, o al menos de ciertas vidas, quizás los más capaces de amar seamos los más débiles, pero yo, al cabo de tanto tiempo, he desistido de juzgarme débil, porque al fin y al cabo trascendí mi situación de huérfana solitaria y me jugué la vida junto a los mejores del mundo, y creo que nadie podría reprocharme una sola deslealtad, pues por amor a mis principios estoy ahora donde estoy, que no es propiamente en el seno de Abraham, y conviene recordar cómo mis compañeros de la logia del Cloître-Notre-Dame, precisamente en pago de mi probada lealtad, aunque acaso no menos en consideración al desamparo en que me sabían y a la larga espera que suponían los designios para los cuales me reservaban, terminaron

por conseguirme, hacia el otoño de aquel año y tras pacientes intrigas en las cuales jugaron, por supuesto, papel muy preponderante Aldrovandi y de Bignon, un modesto empleo, único posible para una mujer, como criada a cargo del mantenimiento de cierto instrumental en el Observatorio, el mismo al cual soñó llegar Federico en aquellos días previos al horror, pero lo que para algunos es tan lejano que mueren sin llegar siquiera a obtener una remota aproximación, a otros se nos da sin saber cómo ni cuándo, quizá en la misma proporción en que dejamos de pensar en ello, pues yo por aquellos días andaba demasiado embebida en mi fracaso sentimental con el futuro señor Voltaire y, además, en las largas horas que debía posar sin ropas para el retrato, o mejor, para la Venus ante el espejo que Hyacinthe Rigaud deseaba plasmar a partir de mi cuerpo de criolla, cuadro que, para obsequiármelo, colocó más tarde en un bello marco floreado, cuando de pronto me vi en aquel recinto de proporciones desmesuradas, del cual, ahora que han pasado tantos años, recuerdo al cerrar los ojos los esqueletos humanos colgados entre uno y otro de aquellos enormes ventanales, que daban sobre los jardines y por donde se disparaban los telescopios, así como los muchos esqueletos de animales, renos, caballos, búfalos, parapetados en sostenes especiales sobre los entablamentos y, desde luego, una variedad tal de anteojos y de aparatos de medición y de física y química, que era como el mirador de Federico elevado a una potencia infinita, y no me sentí feliz, sino muy triste, porque aquél hubiera sido su lugar, entre los astrónomos de varias nacionalidades que, trabajando con minucia asombrosa, trataban de explicarse, entre muchos otros rompecabezas, esa mancha de luz, de aspecto nuboso, que aparecía en la constelación de Andrómeda, y se preguntaban si no se trataría de un sistema planetario en proceso de formación, pues, sin atreverse a exponerlo públicamente, pensaban que, por efecto de su propia gravitación, aquellas nubes, pues eran varias en el domo celeste, entre otras las muy misteriosas de Magallanes, comenzarían en algún momento a contraerse y condensarse, y a girar por consiguiente a una velocidad cada vez mayor que les iría imprimiendo una forma lenticular y que, por último, las haría emitir, de su ecuador, un anillo de gas, luego un segundo, un tercero y así sucesivamente, hasta que cada uno de ellos se fundiera en un cuerpecillo planetario, mientras los restos de la nube original se condensaban en una gran estrella incandescente alrededor de la cual girarían los cuerpos más pequeños, hipótesis que yo oía fascinada, aunque estaba segura que Federico habría imaginado otra más verosímil, como me maravillaba también ante la evidencia de esas estrellas advenedizas, muy brillantes, que sin aviso ni proceso previos aparecían de siglo en siglo en el firmamento, para desvanecerse misteriosamente al cabo de cierto tiempo, tal como en épocas muy antiguas lo testimoniaron el griego Hiparco y el romano Plinio, y como la que Tycho Brahe observó, siglo y medio atrás, en la constelación de Casiopea, acerca de la cual escribió un opúsculo, De Nova Stella, que hizo que los astrónomos empezaran a llamar novas a esa clase de astros, o como aquélla registrada hacía poco más de una centuria por Kepler y Galileo, fenómeno que yo desconocía por completo y que me

forzó a preguntarme si el planeta Genoveva no sería uno de tales intrusos celestes, uno de aquellos luceros trashumantes, en cuyo caso Federico habría sido en realidad, como Cipriano lo hubiera deseado, víctima de una suerte de espejismo, pero pronto comprendí que no había tal, que el planeta Genoveva era considerado en el Observatorio de París, lo mismo que aún en los días presentes por el ya no joven, pero supongo que tan tonto como siempre, Pierre-Charles Lemonnier, estrella de sexta magnitud, como si para ser estrella no se necesitara que titilase, como si no fuera manifiesta la naturaleza refleja de su luz, que contemplaba todavía extasiada, cuando no lo impedía la neblina, desde los jardines del Observatorio, o a través de los poderosos telescopios, donde su condición de planeta no parecía dejar lugar a dudas, cuando así me lo permitían los ceñudos astrónomos, para quienes el uso de aquellos sacralizados aparatos no debía permitirse a quien consideraban profana, y entonces, con el recuerdo de su descubridor, el muchacho que sí me amó, paliaba convincentemente el de François-Marie, que sólo me brindó amistad, y el estremecimiento de mi infinita soledad que sólo tú, mi buen negro Bernabé, comprenderías, porque te la infligí en forma tan injusta, pasados aquellos tres años en que dormimos juntos todas las noches, como hermanos apretujados por el terror, en que saciaste en mí tus arrebatos de mozo desolado y te asombrabas ante la suavidad de mi piel blanca y elogiabas lo liso y pulido de mis nalgas, mis senos, mis brazos, sin ocultar lo extraño que el olor de mi cuerpo te resultaba, como a mí el del tuyo, olor de negro, *grajo* lo llamaban mis padres, ¿cómo llamabas tú al mío?, digamos *jogra*, como si fuera el inverso, que se quede así, *jogra*, no sé si mi *jogra*, mi mador, mi transpiración placentera te causaba algún género de contenida repulsión, pero sí sé que me amabas, como yo nunca a ti, porque el hombre puede, pero raramente la mujer, amar a una persona de condición inferior, quiero decir en la escala social, del dinero, de la posición, jamás creí inferiores a los negros, como tampoco Federico, sino algunas veces cuan superiores a nosotros, a los que viviendo en libertad nos hundíamos tan a menudo en mezquinas crisis espirituales, mientras ustedes, esclavizados, humillados, reducidos a la condición de bestias de carga, lo soportaban todo con tan admirable resignación, o quizá no, mejor no llamarla así, llamémosla valor, entereza de espíritu, serenidad ante las pertinaces circunstancias, pero no resignación, no fue por cierto la resignación lo que te hizo sincerarte conmigo, llegar aquella noche a mi lecho y quedarte en él durante tantos años, pues aun después de aquellos tres primeros, cuando comencé a frecuentar los buques mercantes y a acostarme con tanto nauta desbrujulado, tú seguías fiel a mi lado en la cama y refrendabas con tu posesión la de tantos otros, mi destino de dadora universal, llorando acaso mi deslealtad sin que yo lo supiera, pues en mi cuerpo debías encontrar las huellas de las fugaces entregas que no me hacían feliz, hasta que pasaron otros once años y llegó el día en que resolví largarme para Quito con Aldrovandi y de Bignon, cuando pensaste, lo más cierto, que no volverías a verme, entonces la víspera de mi partida no te dejaste ver en todo el día y, desde la

caballeriza, me llegaron los tonos desgarrados de tu canción, *para que no dejes, blanca, de cantar, te traigo los pejes que saco del mar, para que no dejes nunca de soñar, te traigo los pejes que saco del mar, blanca, no me dejes, no me hagas llorar*, canción de amante triste que no mentía, porque ya la herencia de mis padres, representada principalmente en las joyas de mi madre, esas mismas que alguna vez debí enterrar para escamotearlas a la avidez de los piratas, se agotaba, y por no vender el caserón debíamos vivir de los pescados que traías, pobre y buen Bernabé, y de los bollos de mazorca y de plátano que otros esclavos de la vecindad por caridad te obsequiaban, porque ya los solícitos pretendientes, amigos de mi padre, al ver mi ruina no querían saber de mí, no se sentían ahora llamados a protegerme, y al oír la canción te llamé, y te besé y me anudé a ti con auténtico dolor, e hicimos por última vez el amor bajo aquellos techos de artesa que un día me vieron nacer, y cuando rodamos exhaustos, el uno a poca distancia del otro, te extendí ante tu asombro los documentos que acreditaban tu nueva condición de esclavo liberto y tu misión vitalicia de guardián y usufructuario de la propiedad, misión que, ya lo sé, no pudiste cumplir porque te lo impidieron los insaciables funcionarios de la Corona que se erigieron ellos mismos en custodios de mis bienes, con la esperanza de quedárselos si yo no daba señales de vida, como en efecto no las di en largo tiempo, y a ti te forzaron a vivir como un cimarrón allá entre las ciénagas, en la choza donde luego te encontré, fundido casi con el légamo, más pobre que cuando eras esclavo, apenas sostenida la lumbrecilla de tu alma por el pescado crudo, sin sal, que aprendiste a estimar como un manjar para no tener que pedir a nadie limosna ni regresar a la antigua servidumbre, mientras a instancias del poder civil el menaje de mi casa era puesto bajo investigación de los dominicos, que tras largos debates teológicos y doctrinales decidieron hacer en la plaza de los Jagüeyes una gran hoguera con mis cuadernos de notas, los mapas portulanos, los piscatores milaneses, los cosmogramas, las esferas armilares, el anteojo de Galileo, el astrolabio marino, las cartas del *Theatrum Orbis Terrarum* y todo lo que me quedaba de Federico, para exorcizar *in nomine Agni, qui ambulavit super aspidem et basiliscum*, el recuerdo de la bruja Alcocer, las pruebas de cuya pravedad creían tener a la vista, la muy apóstata, la muy carne de hoguera, que se les había escapado en las ñatas con ese par de herejes enviados por el gobierno de Francia, los mismos que pensaban que el universo tenía la forma de una mujer desnuda, ah espantable abominación, ah gran blasfemia, y lentamente danzaron los dominicos alrededor de la fogata, *Ecce crucem Domini, fugiti partes adversae*, y rezaron salmos y salmodiaron preces y salmearon también el *Miserere mei, Domine*, ante los ojos estupefactos y regocijados de mis vecinos, que no cabían en sí de la dicha al ver por fin anatematizada a la mala mujer del caserón ruinoso, que era además la más bella del barrio, su pecado más imperdonable, ya que mi propio confesor, muerto por los piratas, me había advertido tantas veces que debería multiplicar los ayunos para poner coto a esa belleza que me desbordaba y que, a todas luces, iba resultando pecaminosa, esa belleza que me vedaría conseguir

marido, pues, ya se sabía, nadie quiere por esposa a una bella, la esposa ha de ser fea, me decía, para que no aliente malos deseos en terceros, las concubinas bonitas, pase, viva España, *vivat Hispania Mater, imperat tibi continentia Confessorum*, cantaban los frailucos, la danza de la salamandra, *exorciso te, matura ligni, in nomine Dei patris omnipotentis*, y aquel día un niño recogió intacto, de entre las cenizas del escarmiento, un pequeño astrolabio armilar de los viejos aprestos de Lupercio y lo ocultó por años a las miradas de sus padres, en algún desván, mientras los funcionarios de la Corona tomaban posesión de mi casa, la confiscaban a título de custodia, esos mismos, eternos funcionarios que aquel domingo ocho de abril, Dominica de Pascua, catorce años atrás, en tanto hendíamos el aire a todo galope para llegar a Cartagena, se hallaban todos reunidos para la Misa Mayor en la Iglesia Catedral, alcanzada hacía más de un siglo, en tiempo de cuaresma, por la artillería del corsario inglés Francis Drake, oían al coro cantar el *Introito* durante la entrada del cortejo sagrado, con hipócrita devoción observaban al obispo señalar el inicio del rito haciendo desde su trono la señal de la cruz, cantando la Antífona y recitando el *Introibo ad altare Dei*, entre las voces arcangélicas o abdominales de la Schola Cantorum que anunciaban y caracterizaban el Misterio y la fiesta solemnizada por el santo sacrificio, luego leía las oraciones apologéticas y, mientras el coro elevaba el *Kyrie Eleison* y las invocaciones dirigidas a las Divinas Personas, pedía en voz alta que el Señor fuera con la concurrencia y atacaba con voz trémula las *colligere preces*, para contravenir de inmediato, por ser tiempo de cuaresma, el *Ordo Miase* y hacer con base en textos del Antiguo y no del Nuevo Testamento la primera de las dos lecturas, momento en que las ya incómodas posiciones desencadenaban un crujido general de bancas y reclinatorios, un coral vergonzante de toses, entre la muchedumbre que, vestido con su uniforme de gala, negro, con abrochaduras y ribetes de oro, presidía el gobernador Diego de los Ríos, pálido en la primera fila entre su corte de funcionarios y oficiales, encabezada por el Sargento Mayor de Provincia, Cristóbal de Ceballos, teniente del rey y caballero de la Orden de Calatrava, así como por el Consejero de Gobernación, José Márquez Bolcortes, y por el Alcalde de la villa, a quien rodeaban sus funcionarios, y en la segunda fila los gobernadores de las distintas fortificaciones, los capitanes del Presidio, los castellanos de San Luis de Bocachica, de San Felipe de Barajas, de los baluartes de Santa Isabel, del Reducto, de tantos otros, y entre ellos el veedor de galeones, Antonio Verrospi, y varios oficiales reales, y en la tercera fila, inexplicablemente, pues solía officiar u oír misa en su convento, el secretario del secreto del Santo Oficio, fray Miguel Echarri, rehundido como un fantasma entre los más conocidos tenedores de tierra y comerciantes de la región, tal como luego lo expuso ante el Consejo de Indias, porque deseaba hacer saber a de los Ríos que en ningún momento se había sentido amedrentado, y ya resonaba el *Alleluia* cuando el gobernador y Echarri comenzaron a lanzarse miradas de reto, ya con el rabillo del ojo, ya abiertamente, pero el inquisidor, que creía estar en el meollo de todo, en aquellos momentos dejaba

de estarlo, pues los cofres con los ochocientos mil reales de vellón acababan de ser depositados en las bodegas, con los documentos de aforo y las recomendaciones de las Cajas Reales en regla, los cuales en momento alguno se referían a cargamentos de sarrapia, sino a la devolución de unas almádenas innecesarias, de suerte que hora y media más tarde, en su despacho de la Gobernación, de los Ríos, aún con su uniforme de gala y las polainas charoladas que le prestaban un porte más airoso, festejaba alegremente con sus compinches, Iriarte, de la Peña y el guarda mayor, este último visiblemente cabizbajo, según constó mucho después en las actas del Consejo de Indias, pero esforzándose por denotar un regocijo que estaba muy lejos de sentir, mientras la sangre de la uva burbujeaba en las copas de cristal tallado, cuya fina obra sugería aves en vuelo, mujeres desnudas o siluetas de faunos silvestres, y los acreedores del gobernador, vestidos domingueramente, con casacas bordadas y medias calzas blancas, trasudaban con los colores a flor del rostro y hablaban con excitación, ya afectados por el vino, en medio de ese calor que era como un trémolo vibrante en el aire del mediodía, ambos llenos de optimismo, seguros de que un mal viento no podría interponerse entre el galeón «Oriflama» y el puerto de Cádiz, al punto que de los Ríos, quién sabe si en serio, aseguraba que en ese mismo navío mercante iría una carta suya para el rey de España, en la cual hablaría de la abnegación con que Morales servía a la Corona, en ese mismo navío que ya hacía el trayecto desde Portobelo y a bordo del cual, según noticias frescas, vendría el capitán de caballos José Vallejo de la Canal, comisionado de Su Majestad, quien para nada debería enterarse de cuestiones relacionadas con embarques de almádenas, conque discreción y a prepararle una calurosa bienvenida, y entró en un arrebató de alegría nerviosa, midiendo el recinto a zancadas y entonando canciones como aquella de *tres morillas me enamoran en Jaén, Axa, Fátima y Marién*, y recordando tal vez el reojo de Echarri en instantes en que el coro cantaba el ofertorio, y de pronto el calor y el vino fueron tantos que se tumbó sobre la mesa de trabajo, desmadejado en la silla de cordobán, y la copa se vertió sobre los folios cuidadosamente dispuestos aquí y allá, entonces los visitantes se miraron entre sí, no tan perplejos como abochornados, de la Peña trató de ayudarlo, de hacerle ver la inconveniencia de ser visto en aquel estado por alguno de los empleados del palacio, y precisamente en aquel momento se oyó abajo, sobre el adoquinado de la plaza de Armas, el fragoso estridor de nuestras cabalgaduras al detenernos frente al edificio, las pisadas apresuradas que trasponían los portones, el ascenso tumultuoso de las escaleras y el vocerío en la antesala, la ansiedad con que exigíamos ser recibidos por el gobernador, así que un guardia entreabrió la puerta, pero Morales insistió en que no era posible, el mandatario atendía asuntos de vital importancia, a lo cual el sargento replicó que los informes que traían los señores Goltar y Alcocer eran alarmantes, que había una flota enemiga a doce leguas de la ciudad, y aquí el aduanero dio un salto, le suplicó aguardar un segundo, se precipitó como enloquecido sobre de los Ríos, que aún deliraba en una especie de soponcio alcohólico, *tres morillas laralálala en Jaén*, de modo que lo

rechazó con un brazo desmazelado, defendiendo su derecho a desmayarse de la borrachera después de tantos dolores de cabeza, entonces a Morales no quedó otro recurso que abofetearlo una y otra vez, ante el espanto de los otros, y déjame hijo de puta, rezongó el gobernador, que si estoy borracho es porque así lo manda la Santa Madre Iglesia y quien prende la anguila por la cola, pero yo no la he prendido por ahí, ni a la mujer por la palabra, me cago en diez, y en un acceso de desesperación, sacudiéndolo de la casaca y tirándolo de los cabellos, el guarda mayor vociferaba maldita sea, gobernador, hay una flota enemiga a pocas leguas de Cartagena, hasta que Diego de los Ríos logró entender y se incorporó, perplejo, estúpido, los ojos entornados, untada la cara de sueño, y le advirtió que si mentía, granuja, le colgaría en la Plaza Mayor, pero no miento, señor, los respetables Goltar y Alcocer se encuentran en la antesala y vienen a informar sobre la situación, así que el mandatario se sacudió la cabeza con ambas manos, arrojó a un cesto los papeles empapados en vino y reclamó, irguiéndose tambaleante, que dormir como lechón de viuda después de todo el jaleo, eso era lo que quería, pero qué rayos pasaba, y repitió Morales que había una flota enemiga a doce leguas de la ciudad, y de los Ríos vio que era aquella la hez, la hez miserable de su vino, entonces nos hizo pasar y, aunque Lupercio y mi padre tuvieron que explicárselo todo varias veces, resignándose a oír de tiempo en tiempo ciertas incoherencias y salidas de tono del alto funcionario, que no lograba apartar de su gemebundo cráneo los vapores del alcohol, lo cierto es que, antes de media hora, estaban presentes en el despacho todos los castellanos de los baluartes y fortificaciones de la ciudad y, por la puerta, franca ahora para todo mundo, entraban como saetas el Sargento Mayor de Provincia, Cristóbal de Ceballos, el consejero José Márquez Bolcortes y el veedor de galeones, Verrospi, pues la noticia, propalada por Bernabé, que había quedado al cuidado de los caballos, corría por la villa y el pánico empezaba a sacar a la gente de las casas, todos trataban de llegar hasta la Plaza Mayor o a la de Armas, en los dos costados del palacio, al punto que fue necesario destacar alabarderos para poner un poco de orden en las inmediaciones, mientras en el despacho principal, Sancho Jimeno de Orozco, castellano de San Luis de Bocachica, pedía en voz baja informes de primera mano a su subalterno Emilio Alcocer, quiero decir a mi padre, y Lupercio Goltar manoteaba y hablaba en voz alta, explicando, como viejo marinero, la situación a los oficiales, en una confusión de frases cruzadas que sólo servía para aumentar el belén mental, lindante con la estupidez, en que Cristina, María Rosa, Cipriano, Federico y yo nos hallábamos, peor que nadie los dos últimos, que nos lanzábamos miradas desesperadas, obsesivos por el encuentro de la noche pasada con Leclercq y la promesa de silencio hecha a quien se había identificado a sí mismo, casi desvergonzadamente, como *flibustier de la Tortue*, es decir, como apéndice de la peor hidra carnífera del Caribe, lentamente engendrada, más de un siglo atrás, cuando Francis Drake saqueó a la Española, quiero decir a Santo Domingo, ya que por entonces los bucaneros, que eran en su mayoría mercenarios franceses, ocuparon la Tortuga, situada frente a la costa

nororiental de la isla, y poco a poco se fueron aliando con aventureros ingleses y holandeses que traficaban en carnes al occidente de la misma, para entregarse al saqueo de los dominios españoles y, eventualmente, alquilarse como mercenarios a cualquier flota, y era bien sabido que sus rapiñas no respetaban ni jerarquías, ni lugares sagrados, ni mucho menos el honor de nadie, casi nunca dejaban piedra sobre piedra, sólo la peste como su rúbrica ingente, pero jamás se habían atrevido con Cartagena, pues a menos que estuviesen respaldados por la armada de alguna nación poderosa, sus fortificaciones les resultarían inexpugnables, idea que nos tranquilizaba un poco, en tanto Márquez Bolcortes, con el miedo a flor de alma, gritaba al gobernador que no fuera insensato, que pidiera inmediatamente refuerzos a Mompós y a Tolú y, de ser posible, a Santafé y Quito, porque nos iban a mondar como a cebollas y nosotros tan tranquilos, no, no había duda, eran los franceses que venían a armar un sainete en las Indias para forzar al rey Carlos a testar en favor de Felipe de Anjou, y el gobernador, arrastrando todavía las palabras, lo cual achacaban casi todos a la confusión, nos pedía sosegarnos, que, en caso de ser franceses, no era probable que viniesen a atacar a Cartagena, sino a Portobelo, menos bastionada y donde, ahora, se celebraba la feria de los galeones, pensar, meditar, pero con calma, a lo cual repuso Sancho Jimeno de Orozco que, de cualquier forma, sería preciso reforzar cuanto antes las defensas de la ciudad, había ahora en ella mercaderes de Quito y de Santafé que aguardaban la feria venidera, así que lo mejor sería alistarlos y tratar de precaver cualquier desastre, idea que de los Ríos milagrosamente juzgó buena y creyó oportuno encomendársela al Sargento Mayor, pero insistió en que no debíamos ahogarnos en un vaso de agua, sería mejor despachar una balandra a Portobelo para ponerla sobre aviso, estaba seguro que era aquél el objetivo y seríamos nosotros quienes deberíamos enviar refuerzos, entonces Sancho Jimeno lo urgió a hacer los pliegos y el gobernador, con letra de borracho, los escribió al vuelo y que se despache la balandra, dijo al terminarlos, también de cualquier forma integren una compañía de milicianos con los forasteros que haya en la ciudad y doblen las guardias de los baluartes, ¿qué otra cosa podemos hacer?, no sean irreflexivos, Cartagena no es botín tan codiciable como Portobelo, opinión que no obstó para que, una vez cumplidas las órdenes, Sancho Jimeno volviera a tomar la palabra para recordar cómo la corte nos había hecho redobladas recomendaciones de vigilancia y prudencia desde los tiempos de la ruptura con Francia, cómo Cartagena era la principal plaza fuerte de las Indias y no veía de dónde aquella idea de que la flota enemiga anduviese a caza de los galeones surtos en Portobelo, suplicaba, una vez más, reflexionar acerca de las medidas que se habían de tomar y dotarlo a él de todos los hombres posibles, porque San Luis de Bocachica, en caso de ataque, sería no sólo el punto más vulnerable sino, por constituir el único acceso a la bahía, el más hostigado, y no se encontraba en las presentes circunstancias, como nadie aquí lo ignoraba, lo bastante artillado ni protegido como para resistir el ataque de una flota que, según los informes de estos caballeros, constaba de más de veinte navíos de guerra, entre ellos por lo menos diez

bajeles de alto bordo y siete fragatas, a lo cual Lupercio confirmó que había sido marino del rey y conocía muy bien la envergadura de una nave, por lo demás estaba dispuesto a ir con el castellano de San Luis a la defensa de Bocachica, pero calma, serenidad, insistía el gobernador, alguien debe tomar aquí las decisiones y ése soy yo, ya he ordenado doblar las guardias, el tiempo es sabio y el diablo viejo, pero diablos de mar serán los que veremos, apuntó Alcocer, quiero decir mi pobre padre, cuyo instinto de soldado no parecía inspirarle ideas tan achispadas como las del gobernador, y señor, machacó Sancho Jimeno, en abril y mayo del año pasado, va a hacer un año por estos días, la Gobernación recibió reales cédulas en donde Su Majestad nos precavía de posibles ataques a la ciudad por parte de la marina de Luis XIV, y creo que el rey Carlos entiende en estos menesteres mejor que todos nosotros, así que me veo obligado a porfiar en que pidamos socorro inmediato a Quito, Santafé, Mompós, la misma Portobelo, porque si Francia nos ataca, tendremos que defender a Cartagena como se lo merece, y haríamos el ridículo, observó de los Ríos, todavía con rezagos de beodez, la plaza más fuerte de las Indias pidiendo refuerzos para hacer frente a flotas imaginarias, tosió, me explico, imaginarias en lo que a nosotros concierne, olvidarlo, olvidarlo, cumplir las órdenes y nada más, de modo que como usted guste, se limitó a agregar el castellano y se retiró, entonces el resto de la oficialidad recibió sus instrucciones y el gobernador, que había vuelto a empinar la copa, nos apremió a todos a beber con él, pero nosotros, junto con Iriarte y de la Peña que se notaban muy amoscados, nos batimos en providente retroceso y lo mismo el guarda mayor, que fue a poner sobre aviso a sus segundos de la aduana, y Lupercio condujo a Cristina y María Rosa, que se advertían demasiado fatigadas, a un carruaje que había ordenado traer, y pidió a Federico acompañarme a casa, pues Cipriano y mi padre habían resuelto partir con Sancho Jimeno para el fuerte de San Luis, así que abandonamos el palacio y pudimos ver la ansiedad en la multitud que hervía de rumores, vimos a los mercaderes y tratantes de esclavos retirar sus tablados y tenderetes de la Plaza Mayor, vimos a las mujeres casi forzar las puertas cerradas de la Catedral para orar ante los santos de su devoción, vimos a fray Miguel Echarri, en mitad de la plaza, dirigir preguntas ansiosas a los transeúntes, vimos al obispo y sus diáconos gesticular en el atrio, muy conmovidos, y creo que semejante desconcierto no volví a verlo sino cuando en París, el primero de septiembre de 1715, según la exacta predicción del astrólogo y conde Henri de Boulainvilliers, de la cual François-Marie había hecho mofa, se anunció que acababa de fallecer Luis xiv, el hombre que trastornó irremediablemente nuestras vidas y las de tantos más, el nombre que despreció a nobles y eclesiásticos para encumbrar a la burguesía, el hombre que al dar carta blanca a Colbert suprimió las exacciones estatales pero al hundirlo las restauró aún más injustas, el hombre que sacó del marasmo a la industria y al comercio franceses, el hombre que obligó a su corte a inclinarse ante sus amantes como si fueran reinas, el hombre que se inclinaba ante toda mujer para besarle la mano por humilde que fuese, el hombre de quien se decía que era el más guapo del

reino el hombre que impuso en España la dinastía de los Borbones, el hombre que obligaba a sus ujieres de cámara a besarle el trasero, el hombre ante cuya ambición se gestó la Liga de Augsburgo, el hombre que besó también mi mano, el hombre en fin que dio a su país la preponderancia política necesaria para que sus artes y su cultura florecieran como nunca antes, porque arte y cultura suelen progresar en función de prosperidad política y económica, y que murió, y con él una época y un estilo, después de tres meses de fiebres lentas que arruinaron su físico, al punto de encogerlo, según decían, por lo menos en la longitud de una cabeza, y durante los cuales vivió sometido a ciertos purgamientos que le causaban hemorragias, administrados por el médico y botánico Guy-Crescent Fagon, el director del Jardín de Plantas, que era al parecer amigo íntimo de la bruja Maintenon y, por tanto, gozaba de la confianza del monarca, cuyo fallecimiento, a pesar de las perturbaciones que su política exterior acarreó a mi vida, me llenó de tristeza, pues era un hombre con sentido de lo grande, como España no ha vuelto a tenerlo desde Carlos V, pero más triste se sintió el pueblo francés al saber que la regencia, dado que el sucesor, su bisnieto Luis XV, sólo tenía cinco años, recaía sobre el príncipe palatino, Felipe de Francia, duque de Orléans, hombre cuya indelicadeza, cuya corrupción eran ya proverbiales en ciertas esferas y cuyo nombramiento hizo el rey entre las brumas de la agonía, cuando todos empezaban a convencerse de que en realidad no era inmortal, inducido por su hijo natural, el duque de Maine y, desde luego, por la infaltable Maintenon, que así quedaría con parte del poder, aunque se retirase a sus propiedades de Saint-Cyr, como François-Marie, ya regresado de Holanda, no tenía empacho en proclamarlo, pues desde un comienzo, aunque se ocupara en escribir su *OEdipey* su *Henriade*, satirizó al nuevo régimen en versos como aquéllos donde se solazaba en promulgar *voici le temps de l'aimable Régence, temps fortuné marqué par la licence*, burlas que en pocos meses lo condujeron al exilio en Sully-sur-Loire y algo después, como ya dije, a la Bastilla, mientras yo trabajaba oscuramente en el Observatorio, sobrevivía en una nueva y modesta habitación en la calle de la Tombe-Issoire, adonde sólo trasladé mi ropa y el desnudo que me hizo Rigaud, en su marco floreado, y apenas si de vez en vez realizaba, inmadura todavía para mis verdaderos designios, una que otra misión para la logia, como aquélla de censar el número de prostitutas de París, labor durante la cual fui confundida varias veces y estuve a punto de dar con mis huesos en prisión, y entretanto veía expandirse en torno mío, o estrecharme como tenazas, mi soledad de meteca sin rumbo ni procedencia conocidos, la soledad de mi espíritu lleno ahora de alturas y abismos, de visiones sombrías o de repentinas exaltaciones, y vagaba por los recovecos siniestros de la ciudad, bajo la lluvia o la nieve, herida por el viento de octubre, como una hoja seca más, y una noche soñé que Luis XIV, alargado por sus altos tacones que no se ponía cuando enfermo, me visitaba para hacerme el amor en mi antigua vivienda de la calle Plâtrier, y yo le ofrecía chocolate con galletitas y él reía con saludable gozo al saber que alguna vez, cuando el olvidado ataque de su flota a Cartagena de Indias, había llegado a considerarlo mi

enemigo, entonces se abrían anchas puertas y por ellas entraban sonriendo Federico, con un diploma de honor de la Academia de Ciencias, y Lupercio, en traza de marino, y Cristina, ataviada como una dama de Versalles, y mi padre y Cipriano, pero aquí la visión se entristecía, vestidos de sucios harapos, llorosos, con una lepra azul cubriendo sus cuerpos ateridos y horribles, y Luis XIV volvía a reír, ahora con risa canalla, para luego ensombrecerse, lo veía danzar como una sílfide masculina por un salón lleno de tronos y de armaduras, y lloraba porque se sabía muerto, él que llegó a sentirse un dios, muerto y putrefacto como un caballo viejo, como un pajarraco tumbado a hondazos en medio de un potrero, y reía el fino Voltaire desde un palco lejano, y aquella mañana, al despertar, viendo la nieve golpear suavemente los cristales, experimenté una sensación aplastante de fracaso, pensé que como empleada más que secundaria del Observatorio jamás prolongaría, como deseaba, la misión de Federico sobre la tierra, que nunca convencería a los engolados astrónomos parisienses de la existencia del planeta Genoveva, que ya la logia no me utilizaría sino para trabajos menores y no llegaría a compenetrarme con sus fines más altos, en lo cual me encontraba profundamente equivocada, y sentí una infinita desazón acerca de mi futuro, que veía cerrado como una gran puerta de roble, de suerte que me vestí a toda prisa y, en vez de dirigir mis pasos hacia el Observatorio, me encaminé hacia una cercana casona de verjas de hierro, con bestias mitológicas en el frontis, donde sabía que habitaba el conde Henri de Boulainvilliers donde fui recibida por un ama de llaves de cabellos muy blancos y rostro bondadoso, la cual, a mis requerimientos, con una sonrisa explicó que su señor no era un vulgar astrólogo que levantase horóscopos al primero que llegara a pedírselo, que era muy rico y vivía entregado a la meditación filosófica, sin salir, en un altillo de la casa, pues aunque descendiese del rey Buda y de San Esteban de Hungría, y estuviese emparentado con los Saint-Simon, era, sin embargo, muy tímido, muy modesto, temía a los extraños, así que mejor siguiera mi camino y me fuese donde otro astrólogo, de esos que levantaban horóscopos por un luis, pero yo insistía y la buena mujer me hizo ver que, en estos momentos, su señor había comprometido parte de su tiempo invaluable en levantar los horóscopos de los duques de Montagu y de Richemond, y el del conde de Macclesfield, que eran personajes de muy envidiable alcurnia, y que no se tomaría la molestia de hacer el de, perdón, el de una extranjera, ¿era yo italiana?, no, aclaré, española o, mejor, indiana, el de una hindú, concluyó ella, que se aparecía de pronto en la puerta del señor de Boulainvilliers pretextando ansiedades metafísicas, o qué sé yo, y aquí la mujer comenzó a hacer de lado la bondad, me miró con ojos imperiosos, pero la desafié con los míos y le exigí comunicar a su señor que venía enviada por sus cofrades del Cloître-Notre-Dame, argumento que la hizo titubear, pues sin saberlo debía haber escuchado muchas veces aquellas señas, de modo que a regañadientes me hizo pasar y la vi perderse refunfuñando, con evidente esfuerzo para ascenderlas, por unas escaleras de ida y doble vuelta, supongo que con rumbo al sotabanco, de donde tardó más de veinte minutos en regresar, así que tuve tiempo de justipreciar el excelente

decorado de la sala, con gobelinos y jarrones de Sévres, que correspondía al alto rango del habitante, un sesentón, diría yo, de mechones canosos que emergían bajo la peluca blanca, con una vieja casaca que debía usar para trabajar, cuyos ojos pequeños y muy azules me escudriñaron el trasfondo del alma antes de prevenirme sobre la índole estrictamente científica y filosófica de sus investigaciones, de advertirme que si llegaba a levantar mi horóscopo sería por humanidad y no por deferencia con las gentes del Cloître-Notre-Dame, que estaban lejos de ser sus cofrades, tontos adeptos al *speculum*, por humanidad o simpatía que en modo alguno debía sentir afrentosas, pues era claro mi estado deplorable, mi situación malsana, mi abandono, mi sufrimiento, palabras que le agradecí y él, al comunicarle que había nacido en proximidades de la línea ecuatorial, se mesó con desesperación los cabellos, porque, según dijo, sus tablas para determinar la posición de las casas del horóscopo correspondían a longitudes y latitudes de Francia e Inglaterra, de suerte que debería realizar una fatigante labor adicional para levantar el mío, por lo cual no podía prometerme nada para corto tiempo, pero me pidió que tuviese fe en él y descubrí, como lo había de corroborar unos quince años más tarde, en sus *Mémoires sur le règne de Louis XIV et la Régence*, su pariente Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, a la sazón miembro del Consejo de Regencia, que Boulainvilliers era un hombre sencillo, amable, humilde por naturaleza, que siempre estuvo lejos de sentir orgullo por nada, que explicaba con gusto lo que sabía, tratando de no hacérselo sentir a los demás, y cuya curiosidad, producto de un espíritu abierto, era insaciable, siempre dentro de los límites de la más absoluta rectitud, hombre, en suma, de una sola pieza, como cabe esperarse de un sabio, o al menos de un sabio en edad madura, pues era lo último que hubiese podido brillar en Federico, mi joven sabio, durante aquella jornada de desconcierto en que, tan pronto nos encontramos a bordo del abierto quitrín que nos había de conducir al arrabal de casas bajas de San Diego, me vi impelida a dedicarle unos cuantos reproches, porque la verdad, por horrible que resultara, era que nos habíamos convertido en cómplices de un bucanero, de una bestia feroz, a lo que él, paseando la vista, siempre soñadora aunque ahora ofuscada e inquieta, por el gentío que se arremolinaba, obstruyendo el tránsito de los carruajes, pretendió que no podía saberlo, que había hecho a Leclercq su promesa ignorando quién era y ahora se sentía obligado a cumplirla, y yo, viendo a toda esa multitud presa de miedo no muy racional todavía, porque operaba la fantasía colectiva imaginando todo género de atrocidades, que al fin resultaron pálidas frente a la realidad, viendo a los muchos ladronzuelos aprovechados del general desgobierno, a las ramerías alborotadas que osaban entrar al casco amurallado a despecho de las prohibiciones municipales para arracimarse en las iglesias con el resto de mujeres, el crujir de dientes y de sedas y bayetas, las posturas de valor donde secretamente borbotaba el pánico, la basura creciente en las calles, viendo todo aquello opiné que, de todos modos, bueno sería que el gobernador y los castellanos supieran que con la escuadra venían filibusteros de la Tortuga, pero Federico, que seguía alentando la

esperanza de ser trasladado a alguna posesión francesa por el *bon fripon*, sin ver que ni siquiera podía tomarlo por francés, pues al unirse a los bucaneros se cobijaba voluntariamente bajo el trapo negro con la blanca calavera, repuso, quizá con la conciencia revuelta y la idea de patria confundiendo en su magín con aquélla de la Francia progresiva, que Leclerq podía parecer rudo, pero no mal hombre, acaso un gigantón bondadoso cuyo destino, a lo mejor, fuera en verdad Portobelo, como el gobernador y tantos otros lo aseguraban, y a ello repliqué que, así y todo, Portobelo parecía tan indefensa como Cartagena, en mí no eran meras fantasías las que movían el pavor hacia los filibusteros de la hermandad de la costa, mi madre había muerto de un ataque repentino cuando se propagó el falso rumor de que papá había sido asesinado por esos carniceros, pero él, y siempre lo he atribuido, claro está, al desconcierto reinante, que no dejaba airear los pensamientos, se obstinaba en que no violaría la promesa hecha a Leclerq, tú en cambio, Genoveva, no hiciste promesa alguna, eres libre de denunciar ante las autoridades la presencia de filibusteros en la flota enemiga, entonces le hice ver que no podía salir diciendo, de buenas a primeras, que me había andado paseando sola por las playas de Zamba, a altas horas de la noche, con el honrado pirata Lucien Leclerq, pero en Federico la confusión parecía adquirir dimensiones irremediables, me sugirió inventarme alguna historia, decir que había visto a los piratas, desde una duna, recoger cocos en el palmar, y haber pensado que se trataba de simples contrabandistas, entonces preferí guardar silencio, porque en mi cabeza empezaban a revolverse las palabras traición, cobardía, cuyo significado quizás no me era claro aún, y muy a pesar mío, y de ello me arrepiento porque a los talentos excepcionales como Federico no se les puede medir con el mismo rasero que a los demás humanos, las asociaba con el muchacho que eludía mis miradas y se revolvía el pelo castaño a mi lado, en el quitrín, y que me pedía discernir yo misma aquel caso de conciencia, alegando sentir confusa la mente, llena de ideas contradictorias, empiezo a creer que soy un poco cobarde, no estoy seguro de poder guerrear contra los franceses, si es que son franceses y no sólo bucaneros, y desde luego eran franceses, le dije, las fragatas tal vez pertenecieran a los piratas del Pitigao, pero esos diez navíos de alto bordo no podían pertenecer sino a la armada de Francia, a menos, cosa muy poco probable, que el almirante Neville hubiese resuelto atacarnos, pero creo que en la fantasía de mi amigo se entremezclaban ahora la fatalidad de tener que batirse con aquéllos, por él medio endiosados, franceses, a quienes sólo conseguía aquilatar a través de su idea de un Pascal, de un Besnier, de un Cassegrain, y acaso esa utopía de la ciencia rectora del mundo, propuesta por Bacon en su *Nova Atlantis*, que sólo él, por el prurito bibliómano de su padre, conocía en todo el virreinato, aquella ensoñación de un país regido por astrónomos, médicos, químicos, arquitectos, economistas, biólogos y filósofos, paraje absolutamente quimérico, lo comprendo ahora que sé que ni el intelectualismo ni los nobles ideales garantizan un mejor comportamiento colectivo, donde la *Casa de Salomón*, ese borroso hogar de la sabiduría, había de reemplazar a los palios reales y

a las cortes, y donde todos andarían tratando de imitar el vuelo de los pájaros o ingeniándose mecanismos para sondear los océanos, investigando sin reservas mentales los secretos movimientos de las cosas, el país sin ejércitos, la comarca imposible de los *mercaderes de la luz*, en la cual el hombre no sería ya esta brizna de incertidumbre de la que él, sin embargo, parecía ahora el más depurado epítome, y vi por último avanzar el quitrín, ya desembarazado de la muchedumbre, por mi barrio de casas bajas, de amplios portones cubiertos por tejadillos, hasta detenernos frente a las ventanas con tejares de mi vieja casa, frente a aquellas queridas hileras de mütulos, enclavadas bajo la cornisa que protegía el alar, que tanta seguridad me habían inspirado en otros tiempos, así que pagamos al cochero, entramos e hice señas muy terminantes de que nos dejara solos a la gorda esclava que nos recibió, una dahomeyana a quien mi padre había comprado cinco años atrás, en subasta, alma en boca y costal de huesos, en la plaza de la Mar, como se adquiere un molino de bolas asegurándose que los rodillos estén bien sustentados en los muñones, y cuya sonrisa resignada significó, muy a las claras, que no aprobaba el que una señorita como yo permaneciera a solas con un joven, idea que, conocido el natural de los africanos, venía a ser mero reflejo de las de mi padre, pero así y todo obedeció, se perdió entre los limoneros del patio y yo, invitando a Federico a entrar en nuestra salita de bargueños, insistí en mi confusión, en efecto nada tenía contra los franceses pero, al parecer, ellos sí contra mí, de manera que si me ponía a jugar con ellos a la paz, sólo iba a conseguir que me mataran, así de simple se me antojaba la cuestión, no en cambio a él, que entonces me propuso actuar según lo fueran dictando los acontecimientos, no podía olvidar la que suponía vaga promesa de Leclerq y, de pronto, advertí con alarma que había comenzado a empujarme suavemente hacia mi cercana alcoba, empapada todavía del adorable aroma de mi adolescencia, todavía adornada con las muñecas de mi niñez y, sin que pudiera evitarlo, acabó tumbándome de espaldas sobre el lecho lagarterano, orgulloso y reciente obsequio de mi padre, y esta vez no tuve fuerzas para evitar que abriera mi blusa y empezara a besar y a succionar con dulzura mis pezones, con tanta dulzura que, de repente, pasé de la mórbida voluptuosidad a un intenso relámpago de placer que me anuló la mente, algo súbitamente monumental, glorioso, que me hizo desear que me rasgara todas mis vestiduras y me poseyera de una vez, sin más preliminares, sí, sí, que taponara esa cisura, que se zambullera en mí como en un agua convulsa, y apartando la basquiña y el almidonado miriñaque, bajé las enaguas para exponer frente a sus ojos el vellotado de mi sexo, y alcancé a ver brillar, fuera de sus bragas, la antorcha victoriosa de su falo, insinuado como una brasa espléndida en lo alto de una torre albarrana, entonces la puerta, que él había entornado, se abrió violentamente y vimos, por un instante creí que a la esclava, por un instante creí que a Cipriano, por un instante creí que a María Rosa, por un instante creí que a mi padre, por un instante creí que a Lupericio, pero no, vimos a Cristina Goltar boquiabierta, pues se había resistido a creer las chismografías de su hija y ahora tenía la aparente, pero para ella desnuda verdad ante

los ojos, y prefiero no recordar lo que siguió, la prédica interminable, los interrogatorios despiadados, los reproches ardientes, las miradas desmigajadoras, nuestra propia incapacidad para defendernos, mi refallido y maldiciente desamparo cuando fui encerrada bajo llave, ni siquiera en mi propia casa, sino en la de los Goltar, puesto que Cipriano y mi padre no iban a estar allí para vigilarme, en la de los Goltar, en la alcoba de la mil veces maldita María Rosa, la muy camandulera, que propuso ella misma compartir el lecho con su madre, para que a mí, la pecadora execrable, pudiesen aislarme del mundo, y aquella noche brilló por fin sobre la ciudad la luna del cazador, la luna llena de abril, la fase gibosa del satélite fantasmal, el plenilunio que permitió a Galileo explorar los mares selénicos, brilló como un mal augurio esa luna roja también de mal agüero para la jardinería, esa luna venerada por estruscos y sabinos, esa luna noctiluca a cuya adoración se erigió un templo en alguna de las siete colinas donde se edificó la antigua Roma, esa luna triunfante e igualmente visible desde el fuerte de San Luis de Bocachica, donde montaban guardia mi padre y mi hermano, el pobre, pensando en sus cerdos y en sus pilones de arroz o desde el lugar impreciso ocupado ahora por la flota enemiga que bien podía venir en corso a Cartagena o ir en corso a Portobelo, brilló, brilló la espectral esfera que dio nombre al Portus Lunae de la Etruria, saqueado en distintas épocas por vándalos longobardos y normandos como mi ciudad lo sería ahora por los bucaneros, la pálida Selene de los poetas, representada en el frontón oriental del Partenón como la hermosa mujer que dirige un carro tirado por dos caballos, la Selene del altar de Pérgamo, novia de los borrachos trasnochados, luz barata de farolito en los cascos de botella, cadáver que alimenta los gusanos del sueño, luna insultada y exaltada, principio femenino de las cosmogonías bárbaras, dios masculino, hijo del Sol-Ometecuhtli y de la Tierra-Citlalatónac, alma del mundo y perpetuo mancebo holocáustico en el firmamento de los aztecas, Akbal o mansión de los murciélagos de los mayas, espejo del tiempo de los persas, que absorbe la dicha perdida, mi dicha perdida, Chía, mujer de Zuhé, gestora del diluvio y de las nubes, gran madre de los muiscas, Killa, espejo de lámina argéntea sobre el lomo de la huaca incásica, ojo zurdo celeste de los antiguos egipcios y ombligo del firmamento de todos los delirantes, luna, luna llena, luna del cazador, ahora brillaba imparcial sobre la ciudad, dispensando sus brillos melancólicos sobre tirios y troyanos, indiferente a las vicisitudes del hombre, la luna que inspiró tranquilidad a las buenas gentes e hizo más eficaces los avizores catalejos, luna del ocho, el ocho dos lunas, luna que alumbró a Federico en el mirador, donde se paseaba desesperado, podía oírlo desde mi encierro ahora que maldecía el no habermele entregado en las soledades de Zamba, mi sabio ingenuo, mi amante virginal, dos veces áptero, tantas veces castrado, ahora ridículo fanteche a la luz blanca de la luna, que quizá reiría, que quizá lo compadecería, pero no, porque nunca guerra alguna, guerra a muerte o lid de amor en gongorino campo de plumas, la distrajo de su matemático desplazamiento, luna del ocho, el ocho dos lunas, luna de abril de mis congojas, luna, luna simple, simplemente.

VII

Fray Tomás de la Anunciación iba, como todas las madrugadas, meneando y haciendo sonar la calderilla en el tarro de cobre, a medida que, con impostada voz de mendigo, recorría las callejuelas toledanas invocando la largueza de sus moradores para socorrer con una caridad a su orden de frailes menores y pordioseros, y daba su cantinela la impresión de un lamento de plañidera, pues no escatimaba ayes ni otros recursos retóricos, y el matraqueo continuo y molesto de la calderilla en el recipiente recordaba no sólo el sonido de tablas con que, en el triduo sacro, habían sido reemplazadas las campanas para convocar a las ceremonias, sino también el ruido monótono que identificaba a los leprosos, así que de tiempo en tiempo, alguna piadosa viejecita asomaba por alguna ventana su cara de pasa gorrón y le echaba un óbolo miserable en el tarro, que él agradecía en nombre, no suyo propio ni de la orden, sino del Altísimo, y luego, cuando la vieja había desaparecido, examinaba muy bien la dádiva y debía maldecir, para su sayal, la mezquindad de esta grey podrida de dinero pero cicatera hasta el último maravedí, y yo lo vi emerger por la esquina del convento de San Diego y llevaba un andar cojitranco, tan simulado como la voz lastimera y, desde la ventana de mi encierro, vi que, a cada trecho, se detenía a efectuar alguna misteriosa operación por el trasero del sayal mugriento y con huellas aún de la vigilia de corvina frita con que debió observar la noche anterior sus ayunos de terciario glotón, y era lo cierto que la ciudad, a esa hora legañososa, se veía casi desierta y el frailuco sólo tropezaba de vez en cuando con algún grupo de aguadores que le daban los buenos días en nombre del Señor o con algún leñador que desamarraba la carga del asno para satisfacer pedidos de casas principales, y ahora lo vi topar con unos señoritos borrachos, cuyas espadas de lazo caídas, rastrillaban el suelo, que cantaban coplas obscenas y juraban, excitados por el vino, barrer las calles con el primer corsario que se atreviera a asomar frente al puerto sus ñatas cobardes, y que, al pasar fray Tomás, hicieron mofa de él gritándole que los frailes terciarios tenían el papo abierto y el saco cerrado, que al fraile si lo convidaban echaba el paso largo, que el fraile que pedía por Dios pedía para dos y bromas de esa catadura que asustaron al buen seglar y lo hicieron apurar el paso, entonces, cuando estuvo frente a mi ventana, saludó con la señal de la cruz, me preguntó si sería indiscreto hacer sonar la aldaba del portón, le dije por pura picardía que lo hiciera y tardó en salir Bernabé, que por costumbre le franqueó la entrada, de manera que, cuando pasajera y se me sacó de la reclusión para que tomara el desayuno en la estricta compañía de las mujeres, fray Tomás estaba, sin embargo, muy arrellanado en una de las cabeceras de la mesa, dando ya buena cuenta de un cuarteto de huevos con tocino, insensible a la observación maliciosa de Cristina, según la cual el mucho comer acarrearía una vejez

desgraciada, pero el frailuco opinaba, mientras comía a dos carrillos, que toda vejez era desgraciada porque, ay, con lo que se curaba el alma, se mataba al cuerpo, y era evidente que veía con malos ojos el que ya no se insinuasen en perspectiva nuevos platillos, ahora que la mañana había ido aclarándose y me hacían suspirar los aromas afrodisíacos llegados del patio, me hacían suspirar al recuerdo de aquel acto grandioso que estuvo a punto de consumarse, a no ser por esta idiota de María Rosa, que algún día habría de pagarla, que ya tendría lo suyo, que me miraba con el más insoportable de los sarcasmos, y allí de poderlo la habría matado a papirotazos como a una mosca, pero la atmósfera era muy grave, el fraile, animado ahora a la vista de un huevo hilado con azúcar y un picadillo de lechuga, sin saber que éramos nosotros quienes habíamos traído desde Zamba la noticia, nos preguntaba si habíamos oído los rumores, no eran chismorreos, a doce leguas de la ciudad habían sido avistados más de veinte navíos de guerra, algunos sostenían que treinta, nada tendría de raro que nos atacaran, dudaba mucho que se dirigieran a Portobelo, al fin y al cabo Cartagena era nuestra mayor plaza fuerte, si querían armarle una buena zaragata al rey Carlos, no encontrarían mejor escenario que éste, Dios mío, y si el entremés les salía de primera, el rey testaría a favor de Felipe de Anjou, pero en fin, eso sería lo de menos, por lo que ahora había que temer era por nuestro pellejo, y de pronto se puso a hablar con insospechable desprecio del rey de Francia, dijo que sus soldados, del difunto Louvois en adelante, no habían sido toda la vida sino una parranda de sodomitas, entonces Cristina, con inexplicable alarma, inquirió si lo era también Luis XIV, pero el fraile negó en redondo, no, no, el monarca era lo que llamaban los franceses *franc du collier*, le gustaban demasiado las mujeres, se quitaba el sombrero hasta delante de la cocinera, aquello se lo había enseñado la tuerta Beauvais, camarera de la reina madre, y fíjense ustedes, Luis XIV llamó embustera alguna vez a la astrología, mi madre, y que no lo oyera Echarri, pues los astrólogos le habían predicho que amaría, hasta el fin de sus años, a una vieja puta y, ahora, Isabel Carlota de Baviera, la duquesa de Orléans, a quien llamaban princesa palatina por ser hija del elector palatino del Rin, mujer proverbialmente malhablada, dicen que decía que el vaticinio se había cumplido, porque el rey se había casado hacía trece años, al enviudar, con la marquesa de Maintenon, y la princesa palatina sostenía, según decires, que la Maintenon era una vieja puta, lo proclamaba en público, pues le guardaba un odio altanero, la comparaba con la holandesa Sigbritte, que vivía con el rey Cristian de Dinamarca, je, je, y la viuda de Scarron no le quitaba el ojo al monarca, no le permitía echar ni una cana al aire, con lo putaño que había sido y lo puñetero que era, un zorro astuto, le había aprendido todas las tretas y veleidades al cardenal Mazarino, que impuso a España el Tratado de los Pirineos y fue el que obligó a nuestra muy amada infanta María Teresa, que en paz descansara, a casarse con Luis XIV y tener así que cohonestar la infamia de la Paz de Aquisgrán, y ah sí, nosotros presenciaríamos nuevas infamias, Dios nos guardara, nuevas infamias, pero él no podía intuir, el pobre fraile, hasta qué extremo, me parece que apenas trataba de

asustarnos, convencido como debía estarlo de que las potestades divinas en cualquier caso estarían del lado de la muy católica España, y yo aquella noche, o si acaso una noche más tarde, soñé que Luis XIV, mayestáticamente ataviado pero tan joven como Federico, descendía de un navío de guerra en el fuerte de Santa Cruz y se venía en derechura a mí, a besarme la mano, y lo hacía con una venia tan pronunciada que María Rosa, perdida entre la absorta multitud, me miraba con desolado encono y rompía a llorar, y es hora de decir que el sueño fue un poco profético, porque a mediados de 1714, cuando aún no cumplía un año de trabajar en el Observatorio de París, Luis XIV y un grupo considerable de sus cortesanos se presentaron, sin previo aviso, con el vago propósito de inspeccionar, de infundir estímulo, tal vez de alardear un tanto de protectores de la ciencia, lo cierto fue que nos sorprendieron en plena faena, yo limpiaba un instrumental en el más amplio de los gabinetes, el de los grandes ventanales, con esqueletos en los entablamentos, donde varios astrónomos se ocupaban en cálculos muy complejos, y el rey, cuando nos hubimos inclinado, nos pidió continuar en lo que hacíamos, hacer como que no reparábamos en él, pero al advertir mi presencia, quiero decir una presencia femenina, se vino en derechura a mí, musitó simplemente *madame*, alzó mi mano y depositó en ella todo un campanudo beso, y vi sus ojos entornados, su fina boca y el más fino bigote, su porte de monarca, el impecable de sus vestiduras con espumosos encajes blancos surgiendo de todas partes, y no quise creer que fuera aquél el hombre que tan infeliz me hizo en otros tiempos, el que desató sobre mi ciudad y sobre mi familia aquella injusta barbarie, tan próxima ya esa mañana del nueve de abril de 1697 en que fray Tomás abandonó la casa de los Goltar, chinchado por lo que seguramente juzgó extrema frugalidad en el desayuno, y yo debí retornar a mi clausura, en la alcoba de María Rosa, sin noticia alguna de Federico ni del mundo, el mundo o el mundillo de la ciudad donde, poco después del mediodía, un parroquiano con botas de campana empezó a gesticular en alguna callejuela, llamó la atención de dos alguaciles municipales, les confió su preocupación, porque iba a ser la una y el hombre no había abierto su barbería, claro que había alarma en la plaza por el asunto de los piratas y que eso trastornaba los horarios, pero él había sido siempre muy puntual, vivía allí mismo, en la trastienda, y eran más de las doce y media y la barbería seguía cerrada, yo me conozco muy bien sus costumbres, con decir que hace quince años me hago afeitar de él y sólo de él, entonces los alguaciles examinaron la puerta claveteada, trancada evidentemente por dentro, luego se acariciaron, el uno la barbilla, el otro el rucio pelo del cogote, y cambiaron miradas entre sí, mientras el hombre de las botas de campana insistía en que era el mejor barbero de la ciudad, algo debía haberle ocurrido para que la barbería continuara cerrada a esta hora, y los alguaciles se cansaron de tocar, nadie respondía, tengo ya barba de día y medio, esto no es de usanza, qué contratiempo, a lo peor se ha muerto solo, el pobre solterón, y los alguaciles probaron con ganzúas y garfios de hierro, en vano, porque había tranca, alguien se había encerrado por dentro, y no me digan que se quedó dormido hasta la

una, es persona de costumbres morigeradas, los alguaciles miraron con mal disimulada furia al hombre de las botas de campana, a ese barbero le ha pasado algo, él es sumamente puntual, los alguaciles ensayaron con débiles empujones, en vano, hace quince, caballeros, quince años que me hago afeitar de él, los alguaciles arremetieron ahora, empleando toda la fuerza de sus hombros, contra la puerta claveteada y se oyó un áspero crujido, mas el impedimento siguió en alto, se habrá muerto sin ayuda de Dios ni de su prójimo, el pobre, y los alguaciles no resistieron a la tentación de meditar un momento si debían arremeter contra la puerta o contra el hombre de las botas de campana, un alma de Dios, retrocedieron tres pasos y se abalanzaron, entonces la puerta se vino al suelo con un estallido de astillas y allí estaba degollado con su propia navaja, muerto, el asesino había escapado por el techo, pero de aquello sólo me enteré meses más tarde, cuando cesó la pesadilla y fray Miguel Echarri se hubo repuesto de sus quebrantos, que no le permitieron acabar de romper lanzas por el imperio de la justicia, y de allí el baldón que cayó sobre Federico, de donde vuelvo a inferir y confirmo lo inexorable de cada destino y me obligo a publicar, sin reticencias, la habilidad que ciertas personas, sea que la adquieran o que hayan nacido con ella, poseen para vislumbrar lo que hay en el porvenir, por artes de muy varia índole, pero principalmente mediante la astrología, cuyos orígenes parecen remontarse al Set bíblico y cuyos más profundos cultores fueron probablemente los sacerdotes caldeos, pese a lo cual creo que pocos con tan eximia maestría como Henri de Boulainvilliers, que no sólo predijo con preocupante exactitud el día y la hora de la muerte de Luis XIV, sino también de otros muchos personajes y hasta de su propio hijo, muerto en Malplaquet, y la suya propia, ocurrida pasados seis años desde aquél en que, con indulgente paciencia, porque me intuyó tan estropeada y desamparada, levantó mi horóscopo para dármele a conocer una tarde primaveral, bajo los castaños de un parque vecino, mientras una brisa fría travesaba en mi pelo y me hacía añorar los vientos cálidos del mar Caribe, las correspondencias celestes de cuya latitud geográfica debió analizar con minucia el viejo sabio para discernir la posición de los astros sobre mi ciudad la noche de mi nacimiento, en la que al parecer, como en la del romance viejo fronterizo, aquélla en que nació Abenámbar, *grandes señales había*, como las hay, supongo, en cualquier día o noche del mundo, aunque no acaso de tan ominosa naturaleza como en ésta, pues si bien Marte, el planeta de las energías constructivas, regía mi destino, afligíalo una doble cuadratura del Sol y Mercurio, que parecía dotarme de una plausible fuerza de voluntad pero, con ella, de cierta terquedad que acabaría por sustraerme todo horizonte de dicha, por hundirme en un porfiado infortunio que quizá yo misma no alcanzara a percibir sino por súbitos aletazos, mientras el signo de Aries en el Sol, dominado por el de Libra y formando el ascendente, me condenaba a un apetito carnal desbocado y propenso a los accidentes y frustraciones, no atemperado ni siquiera por la tendencia ascética y la inclinación al misticismo y a las ciencias abstractas que Cáncer en la Cuarta Casa y Escorpión en la Octava parecían señalar,

apetito que, según Boulainvilliers, sería preciso refrenar si aspiraba, por una parte, a no verme avasallada por la melancolía, que me acechaba por culpa de mi Luna en cuadratura con Saturno, y a lograr, por la otra, los ideales humanitarios, el ansia de renovar los valores éticos y religiosos que me obsequiaba Júpiter en trígono con cierto cuerpo misterioso, que él decía haber incluido por primera vez en el cómputo astrológico y al cual atribuía la precisión de sus vaticinios, cuerpo que intuí podía ser el planeta Genoveva, aunque de todas formas, Sagitario en la Casa Novena, inclinándome al sacrificio de la propia existencia, y el lánguido parte de fortuna, prefiguraban la presencia de dos penosos cautiverios en mis años futuros, en tanto el punto de muerte, extendido hacia una perspectiva muy distante, era indicio palmario de una vida longeva pero accidentada, cuyo término exacto Boulainvilliers no estaba, en mi caso, en capacidad de informar, ya que se hubiesen necesitado cálculos intrincadísimos, años de trabajo que él no podía consagrar sino a los grandes del mundo, a pesar de lo cual estaba en posición de aconsejarme que me cuidara mucho de las lunas llenas de abril y también, acaso, de alguna luna menguante de agosto, que no hiciera amistad con mujeres salvo con aquélla que me abriría las puertas del conocimiento, que condujera mi vida con prudencia y discreción porque estaba visto que podía morir ajusticiada y, en fin, que tratase de no activar, en tierras malditas, el poder maléfico de la bestia negra, cuyas garras me esperaban hacía tiempo, entonces me comunicó que nada más podría hacer por mí, que de mi vida, a pesar de la esterilidad de mi vientre determinada por Venus en el signo de Sagitario, brotaría quizás una simiente de porvenir, pero no en el sentido en que lo imaginaba, no en el terreno de las ciencias abstractas ni de la mística que, sin embargo, habían de alternarse como polos absorbentes de mi actividad, y todavía me recomendó tratar de desprenderme de la sombra que me envenenaba, del fantasma que me perseguía y que aridecía mis actos, que lo arrojara de mí si quería alguna vez Ser libre, y se despidió besándome la mano al estilo del rey difunto y rogándome ya no volver a esperanzarme en ninguna ayuda de su parte, pues todo impulso provendría de mí misma y el destino, a fin de cuentas, era modificable por la voluntad, con lo cual lo vi perderse entre los árboles y macizos de flores del parque, como transparentado por la luz primaveral, y así hube de recordarlo por el resto de mi vida, y así lo recuerdo aun hoy, cuando se ha cumplido la mayor parte de sus advertencias y está a punto de consumarse el resto de su vaticinio, al cual, porque son más impetuosas nuestras corrientes profundas que cualquier fuerza que tratemos de oponerles, reverencí en la soledad meditativa pero olvidé en los momentos cruciales, en las encrucijadas de vientos tormentosos en que se decidía mi vida, y fue así como, a sólo tres o cuatro semanas de mi postrer encuentro con Boulainvilliers, asediada por los aromas y las visiones translúcidas de la primavera francesa, sentí despertar en mí las adormecidas urgencias sexuales, volví a experimentar la sed ansiosa de ser amada, de saberme incubando deseos y apremios enloquecidos en la fisiología de un semejante, en fin, de ratificar la supervivencia de mi juventud, único don que el cielo seguía lloviéndome a

pesar de mis treinta y seis años, entonces reparé en un empleado menor del Observatorio, un aprendiz de astrónomo que vivía haciendo demasiadas preguntas y se las arreglaba de cualquier forma para estar siempre cerca de mí, y empecé a hacerle ver que excitaba mi atención, pero sin dirigirle la palabra, aguardando que fuese él quien asumiera la iniciativa, hasta que una madrugada, cuando abandonábamos el edificio tras una noche de pacientes sondeos en la bóveda celeste, en que nuestros superiores se manifestaron muy desilusionados ante la imposibilidad de explicar aquellas masas nubosas que comenzaban a empañar sus conciencias, y en que a hurtadillas observé varias veces, por el telescopio de Cassegrain, la luz glauca y fría del planeta Genoveva, el joven se me aproximó más que de costumbre y me preguntó al oído si no estaría dispuesta a tomar en su compañía uno de esos *petits déjeuners* tan sumamente despabilantes que acostumbraban ofrecer, a esa hora, las fondas parisienses, y a humedecerlo con una buena jarra de vino, pues tendríamos más de día y medio libre a partir de ese momento, y acepté de mil amores, viendo el rostro meridional, casi inocente, del muchacho, que me dijo llamarse Jean Trencavel, ser provenzal y protegido del geógrafo *Guillaume Delisle*, cuyas obras empezaban a revolucionar un poco la cartografía, y la verdad fue que el *petit déjeuner*, demasiado mojado en vino rojo, se nos convirtió en una peregrinación febril por las tabernas de París, llena de lances inquietantes, de verdosa absenta y de canciones obscenas, al cabo de la cual me condujo a su vivienda, una adorable casita en un barrio tranquilo, donde conocí a su madre, mujer no mayor de cuarenta y cinco años, rolliza, vital, de tez muy sonrosada y una alegría más desbordante que la de Jean, que había enviudado hacía unos cuatro años y debía sostener, trabajando como lavandera y aliviada apenas por el parvo ingreso del hijo mayor, una familia de siete hermosos vástagos, el último de los cuales era una niña muy rubia, de unos siete u ocho años, con unos inmensos ojos grises que, sin saber por qué, me turbaron hasta el sobresalto cuando los vi aquel mediodía inundado por la luz de abril y, mientras la buena señora nos hacía los honores humildes de la casa, me impresioné aún más, al extremo de sentir escalofríos, cuando oí a la criatura cantar, en un idioma para mí desconocido, un sonecillo que parecía dirigido a mí, algo así como *bel tsibalhé! lo luno m'ò troumpado!*, que remarcaba con una melodía recorrida por una desolada pureza, como surgida de un pasado árido e irrecordable, así que pregunté a Jean el significado de aquellas palabras y él, sonriente, aclaró que se trataba del viejo lenguaje de oc, de ese dulce lemosín trovadoresco en el cual traducían *bello caballero, la luna me ha engañado!*, y recordé que aquella noche habría luna llena y volví a estremecerme, porque la niña cantaba *bel tsibalhé, n'ay ni beire ni tasso!*, o sea *bello caballero, no tengo vaso ni taza!*, y no sé por que esa voz y esos ojos me empujaban a una especie de desgarramiento interior, como si en ellos se compendiará toda la tristeza del orbe, como si suplicaran desde el más allá, entonces Marguerite, quiero decir la madre, me explicó que la niña, a quien habían bautizado Marie, era un poco tonta, rehusaba dirigir a nadie la palabra, sentía temor por los espacios abiertos, vivía engolfada en sí

misma, en sus extraños juegos que no reproducían la realidad sino que inventaban mundos fantasmagóricos, y que jamás habrían descubierto que podía hablar a no ser porque aprendía canciones provenzales con gran facilidad, canciones que ellos conservaban como una tradición de los tiempos en que los juglares, que entendían el gorjeo de los pájaros, desplegaron por los aires de Provenza la queja o el júbilo de su *gay trovar*, de su *trobar clus*, en el cual solían encerrarse alusiones herméticas, pero Jean me arrancó de la fascinación para proponerme que jugáramos, con sus hermanos y hermanas mayores, un juego de naipes en el cual el perdedor debía dejarse besar en la boca por el primer ganador, si eran de sexo contrario, o permitir que le azotara el trasero con la palma de la mano si su sexo era el mismo, con lo cual comenzamos a enervarnos y embriagarnos en tal medida, que derivamos hacia un estado general de locura, complacientemente vigilado por Marguerite, que consumía vasos y vasos de vino mientras planchaba la ropa en un recodo de la cocina, y en una de aquéllas Jean me suspendió en sus brazos y me transportó en vilo hasta su cuarto, donde succionó mis labios hasta el éxtasis y me poseyó una y otra vez, en un torrentoso delirio que, sin embargo, no parecía saciarnos, y hacia la prima noche su madre nos llamó a tomar algún refrigerio, entonces, al salir, vi que la pequeña Marie había permanecido, como si montara guardia, a la puerta de la alcoba y, mirándome con extraviado reproche, cantaba una trova tan triste, *de despech al ped del foc m'an jetat un lut de palho, ay moun amic!*, que me horadó hasta la desolación, porque algo había de muy dulce, pero también de sobrenatural y de inquietante, en el comportamiento de esa niña cuyos ojos, aunque casi inexpresivos, irradiaban cierto poder melancólico, como venido de muy lejos, quizá del tiempo de los famélicos y vagabundos trovadores que iban de castillo en castillo, hilando canciones de amor a cambio de unos pocos escudos, de un mal jubón, de un miserable plato de comida, quizá de los años, tan remotos, en que los herejes albigenses ardían en las hogueras de Guillaume Arnaud y de Domingo de Guzmán, y comprendí que ya nunca podría sustraerme a la magia indiscernible de ese ser minúsculo y desmirriado que deambulaba como un espectro por la casita, cuyas celosías comenzaban a filtrar ahora la luz de la luna llena de abril, la misma que brillaba sobre Cartagena la noche en que se inició mi encierro y que aún hechizaba de luz mortecina la ciudad aquella segunda en que Federico se inclinó todo lo que pudo, suspendido del vientre, por la ventana noroccidental del mirador, dirigiendo hacia abajo, en forma de plomada, el tubo enrollado de papel de lino y yo, subida a horcajadas en la ventana de la alcoba de María Rosa, situada exactamente bajo el rudimentario observatorio, apunté verticalmente hacia arriba el rollo, hasta cuando sus puntas se tocaron y coincidieron como dos bocas en un beso, entonces pudimos comunicarnos sin alzar la voz ni despertar a nadie, también sin poder vernos sino a medias, tal como Bernabé, enviado por Federico, me lo había sugerido al proporcionarme el pliego, que debía enrollar en forma espiralada para estirar su tamaño, y mi amigo, que podía dominar desde su posición el grupo irregular de tejados alzados entre el mar y la casa, más acá de los terraplenes de la muralla, y el

perfil plateado del convento de las clarisas, me susurró de qué modo aquella calma nocturna lo desasosegaba, era calma chicha que presagiaba tormenta, y me reveló que a esta hora volvían a doblar los centinelas en los baluartes y seguían tratando de formar una infantería milicianas con los mercaderes de Quito y Santafé, llegados para la feria de los galeones, así que él, no obstante haber oído decir a su padre, aquella tarde, que podía acaso no tratarse de una flota enemiga, sino tal vez de navíos ingleses u holandeses para el convoy de bajeles mercantes, empezaba a temer que la ciudad fuese de veras atacada, a lo cual yo, viéndolo en el colmo de la puerilidad, en entrecortados pero enfáticos susurros le recordé que éramos los menos indicados para entontecernos con fantasías, sabíamos bien que se trataba de algo en extremo azaroso, porque habíamos visto a Leclerq, habíamos conversado con él y los hermanos de la costa no solían escoltar a los convoyes holandeses, coloqué el oído en el tubo y me llegó la voz de Federico reconociendo que no podía olvidarlo, pero insistiendo en que pensaba con cariño en el *bon fripon*, de algún modo entre ellos se había establecido una corriente de simpatía y estaba seguro que volvería para conducirnos a las Antillas Francesas, sordo a mi obstinación, que sin tardanza le llegó a través de los rollos, en que Leclerq, aunque aparentemente francés, nada tenía que ver con Francia, pues sabía Dios desde cuándo navegaba al garet saqueando galeones y puertos, con los filibusteros de la Tortuga, todo ello vertido en húmedos bisbiseos, irritantes a la postre, a través de los frágiles tubos, y Federico me comunicó su temor de ser reclutado, andaban alistando a los jóvenes y él escogería desertar antes que tener que empuñar un arma, pues ya de niño había tratado alguna vez de hablar con los puños sólo para descubrir que sus puños no eran demasiado elocuentes, palabras que tornaron a agitar en mi cabeza los borrosos conceptos de cobardía, de patria, de traición, pero ya la humedad había inutilizado los pliegos y no le puede hacer llegar mi voz, así que asumí de nuevo mi soledad, propicia esa noche a la exploración, al debate interior, pues se me ocurría que una persona tan compleja y ahora tan desamparada como yo, debía recatar en su espíritu parajes arcanos y espeluznantes como aquéllos donde movían las jibias sus tentáculos seductores, atrayentes como cimbeles engañosos en las profundidades de la ensenada de Zamba, y viendo en el cimborrio negro del cielo, en esa falsa cúpula que los antiguos creyeron de vidrio o dividieron en siete firmamentos arrastrados por el *primum mobile*, los puntitos luminosos que tanto obsedían a Federico, me sentí sujeta de pronto a una suerte de poder hipnótico que parecía brotar de mis propias honduras abisales, y creí ver trocarse la noche en un gigantesco diorama, donde luces, penumbras, sombras, desvelaban a mi imaginación los milenarios desenvolvimientos del universo, vi algo así como una enorme bola de fuego, semejante a la chispa que salta, muy veloz, del boliche donde se funden los minerales de plomo, o como esas piedras candentes, lanzadas por las catapultas, en el momento de esparcir su fogarada por los bastiones o de extinguirse lentamente en tierra, y en su superficie, ahora, agigantada por mi fantasía, como un iridiscente mar de fuego líquido, caldeando en sus trombas cierta

materia azogada y casi deleznable, entonces la bola ígnea fue apagándose, en un decurso que experimenté por segundos pero supe de millones de años, hasta verse humedecida por acción de los vapores licuefactos, precipitados desde altas nubarradas, y en medio de esa humedad, grumos de metal carbonizado se extendían en formas caprichosas, flotando como islotes sin vegetación, hasta cuando vi que todo se había enfriado y condensado, sedimentándose como detritus en las bocas de un río, entonces qué de anfractuosas formas, qué de geometrías abstractas buscando una semblanza en el caos ávido y efervescente, y de improviso, la suavidad tranquila de las tierras rojas y foscas, las areniscas de vivos colores, las ánforas de piedra eruptiva, los cristales hialinos o impuros, los picos apuntando a lo alto o a lo bajo, y del pétreo conjunto, acosado por la furia del agua, una lenta eclosión musgosa, como de líquenes rudimentarios, verdeando el contorno burbujeante, y a poco, en ella, larvas que se movían como los gusarapos pululantes en los esteros y charcas de Zamba, larvas angustiadas y luego un canto angélico, especie de soberbio aleluya, prefiguración del arte y de la ciencia que soñarían el proceso como el proceso los soñaba a ellos y también a esas briznas gesticulantes esparcidas por el ahora opresivo espectáculo, del cual logré desasirme bañada en sudor frío, el mismo frío sudor que me asaltó aquella noche de luna llena de 1716, en casa de Jean Trencavel, cuando luego de yogar como irracionales y de dormir unas dos o tres horas abrazados, el cosquilleo de mi brazo izquierdo me despertó a eso de las tres de la madrugada y vi frente al lecho a la pequeña Marie mirándome como desde el trasmundo, entonces el corazón me dio un vuelco, se heló y se humedeció mi rostro porque en verdad aquella niña tenía algo de fantasma luminiscente en la tiniebla, particularmente por sus ojos que ahora eran como inmóviles brasas y le pregunté qué hacía allí, pero sólo me respondió su canción lenta, casi lúgubre, *dejoust ma finestra*, delante de mi ventana, *i a un auselou*, hay un pajarillo, *touto la neyt canto*, toda la noche canta, *sens ferma l'elhou*, sin pegar el ojo, *se canto que canto*, el canto que canta, *canto pas per iou*, no canta para mí, *canto per ma mio*, canta para mi amiga, *qu'es al prép de iou*, que está cerca de mí, y vi brillar una lágrima en su mejilla y la estreché contra mi regazo y ella lloró profundamente y se abrazó a mí con fuerza y ardimiento, como una hija reencontrada, y así permanecemos largo rato, entre las redes de una violenta ternura, oyendo sólo los ronquidos de Jean, que de nada se había dado cuenta, y sentí el impulso de besarla y preguntarle qué le ocurría, por qué se negaba a hablar, pero Marie, salvo por sus canciones, permanecía muda y de pronto se desprendió de mis brazos y se escabulló, como avergonzada, hacia el cuarto donde dormía con sus hermanas, así que ya no pude volver a pegar el ojo, como el pajarillo de la canción, y observé por la ventana la luna llena de abril, contra la cual Henri de Boulainvilliers me había prevenido, y me pregunté qué nuevo designio me era trazado ahora desde el misterio, porque no comprendía y pensaba, como en una suerte de compulsión mental, que el universo era una broma de mal gusto y que, dentro de su infinita falacia, todos mis semejantes, así como los brutos y hasta las plantas y las piedras,

participaban en una conspiración cósmica, cuya única finalidad era hacer mofa de mí, de la tejedora de coronas que de pronto empezaba a erizarse ante el arcano de las cosas, porque ya no tenía a François-Marie para que encontrase explicaciones racionales a sus estremecimientos impalpables, ya no tenía sino a este joven astrónomo, esta especie de caricatura de Federico, cuya desenfadada alegría no era la misma de Aldrovandi o de Bignon, bohemios muy esforzados y llenos de cavilaciones, sino la de quien llega a la astronomía como a un oficio más, desprovisto de ademanes trascendentes, y sólo ansia gozar de la libre existencia, de la ancha primavera, del sexo inagotable, pero era ciertamente, por el momento, lo único que tenía en el mundo y a él volví a abrazarme en la cama, enroscándome en su cuerpo de varón como si quisiera hacer de nosotros una única criatura poderosa, libre de ese pavor irracional que me ponía la carne de gallina, de esa ansiedad metafísica tan similar a la que experimenté al despertar, otra vez bañada en sudor frío, la madrugada de aquel diez de abril de 1697, cuando no supe dónde me hallaba y giré un vértigo instantáneo antes de recordar que mi lecho era el de María Rosa, que el hilo de luz que filtraba la ventana era el del amanecer de un nuevo día en una ciudad constreñida por el miedo, con una flota carnicera rondándola desde lugares imprecisos, entonces hubiera debido imaginar, con un poco de esfuerzo, como puedo hacerlo ahora, pasados más de setenta años, no a un Sancho Jimeno de Orozco y a un Emilio Alcocer, erguidos en ademán de posteridad a la espera de una batalla que los cubriría de gloria, sino a un Sancho Jimeno que, al examinar las cureñas de madera sobre las cuales cabalgaban los cañones en el fuerte de San Luis de Bocachica, en el otro extremo de la bahía, pensaba con desolación que no resistirían el primer disparo de una escuadra francesa, mientras mi padre, a su lado, podría leer con inquietud los pensamientos del castellano, leer lo bien que conocía la corrupción administrativa, las frecuentes orgías y el sostenimiento de queridas del gobernador Diego de los Ríos, que tenían exhaustas las arcas provinciales, mientras las mismas Cajas de Contaduría eran birladas en los quintos del oro y en las balanzas de otras exportaciones, así que cómo allegar los fondos necesarios para fortalecer la defensa de la plaza, escala de Tierra Firme donde debían fondear los galeones que llevaban y traían las riquezas mercantiles de las Españas, leer su preocupación por el estado de los almacenes del fuerte, casi desprovistos de víveres, inútiles en caso de un largo asedio, no, no, me parece ahora que debían pensar ambos, estamos ante una pesadilla, se apiade Dios y la escuadra avistada en Zamba tenga por meta a Portobelo, pues Cartagena caerá en sus manos como frute madura, sin mayores posibilidades de defensa, escasos de hombres como estamos, a pesar de las altas nóminas pagadas por las Cajas Reales a unas supuestas milicias, nóminas en oro que van a parar, puntualmente, a las arcas de un gobernador corrompido, a quien de buen grado Sancho Jimeno atravesaría el corazón si no fuera porque la obediencia al rey fue siempre, en el suyo, Superior a cualquier otra reflexión, y por ello, la dotación de su propio castillo, aquel fortín de San Luis que era como la clave para la toma de la ciudad, dotación que se suponía

compuesta de más de doscientas plazas, ¿en qué quedaba a la postre?, ¿en dónde esas doscientas plazas, madre mía?, ¡quince, quince mezquinos soldados poseía en este momento, infame ironía, para defender a Cartagena de la embestida de más de veinte embarcaciones de guerra!, y el gobernador se andaría a estas horas refocilándose con su querida, confiado en que la improvisada infantería de milicianos, incluido ese adolescente casi tierno, hijo de Alcozer, podría batirse como lo hace una legión de soldados profesionales, no, Dios mío, en caso de ataque estábamos perdidos, derramaríamos nuestra sangre, sí, para no desmerecer ante el enemigo, para no traicionar a Su Majestad, pero la defensa del fuerte era una quimera, una imbécil quimera, los soldados de las hipotéticas compañías cartageneras sólo existían en los pliegos de nóminas, si los franceses desembarcaran mil hombres, para consolarnos con un mediano cálculo, en la costa de sotavento, entre el puerto de naos y Bocachica, nada tendría él que hacer con su irrisoria guarnición, sino librarse a una muerte decorosa y declinar, en su conciencia, cualquier responsabilidad por las atrocidades que se siguieran, entonces mi padre debió verlo golpear con el puño la piedra fortificada y clavar en él una mirada de impotencia, porque allí estaba el mar, quebrando a pocos pasos de ellos, en la mole del castillo, rítmico y amenazante, y en su horizonte, aún cernido de sombras, se debatían bravas crestas de oleaje que forzaban el temor de extrañas apariciones, así que hubiera podido imaginar a mi padre esquivando la mirada y recorriendo otra vez, con el catalejo, la línea de lontananza, para otear soledad, tenebrosa soledad precursora de presencias, mientras unos cinco o seis soldados, Cipriano tal vez entre ellos, se bañaban desnudos en el mar, en observancia del reglamento, y ahora mi padre en su interior debía desfallecer, porque no había esperanza, porque de hacer aparición la escuadra francesa, todos, Cipriano en su casi tierna edad, él mismo, se verían obligados a inmolar la vida, los proyectos de pilar arroz y montar un trapiche en Zamba habrían sido apenas sueños de moribundos, y Genoveva, la pobre Genoveva, a quien no podían saber prisionera en esta alcoba llena de la presencia invisible y maldita de María Rosa, ni mucho menos atada por un juramento ajeno a un pirata de la Tortuga, si salía con vida quedaría al cuidado de los Goltar, si los Goltar salían con vida, ése era el trompo que debía bailar en la uña, ésos los descarnados pronósticos, entonces me incorporé en la cama, no recuerdo ya si en la de 1716 donde dormía con Jean Trencavel o en la de 1697 donde lo hacía sin Federico Goltar, y oí el suave trajín mañanero de la casa, no sé si el de Marguerite ordenando la suya llena de hijos o el de los esclavos de Lupercio acarreando agua y leche desde los borricos, pero volví a pensar en lo inútil que resultaba conceptuar el destino del hombre como el producto diamantino de su voluntad, pues estaba allí la guerra, hermana milenaria de la peste, capaz de sacudirlo como el terremoto la corteza de la tierra, poco podían ante ella las mejores voluntades, desgonzadas como un pelele ante su dictamen implacable, al diablo con el destino humano, ramificación de posibilidades inciertas y nefastas, y así se navegaban los mares, así se sufrían los climas, así se perseguían los mirajes del

viento y del sol, así se odiaba, así se amaba, todo para terminar haciendo el nido final en la tumba, eso era el hombre, un ser a imagen y semejanza de un Creador sin imagen ni semejanza, el fruto de cuya vida ni siquiera aprovecharía como manjar a criaturas superiores, sino que iría a pudrirse en boquerones húmedos, por él mismo cavados, cuánta idiotez el mundo bello, irisado de ambiciones y congojas, qué sueño de sombras, qué luchar para subsistir y subsistir para poder luchar, y todo para bien o mal morir, en una irónica petición de principio, en un maloliente círculo vicioso contra el cual se estrellaban filosofías, escuelas, ciencias, modas, astrologías, porque era insuperable su idiotez, y mucha la ominosa limitación de nuestras fantasías hipnotizadas por el señuelo de la sabiduría como animal que iniciara el sueño de la razón en momentos de ser condúcelo al matadero, así que para qué el hilo frágil de la razón, por qué no mejor el instinto ciego del bruto, que conoce y acepta resignadamente el universo, sin preocuparse por el término irreparable de su tránsito infecundo, y debí llorar, no sé si sobre el hombro de Jean Trencavel o sobre la almohada vacía de la alcoba de María Rosa, pero si fue en Cartagena supongo que era ya la primera vez que no pensé en las promesas de mi religión, por cuya fe me di tantos golpes de pecho en los templos, ante los altares guarnecidos de paños bordados, en que no pensé en el cielo prometido sino que se me antojó, por instantes, esta vida terrenal el solo bien apetecible, don más hermoso cuanto más veloz fuera su paso de gaviota confundida con el viento, frente a cualquier avance torpe y lento de pelícanos, de nubes de pelícanos con las que ahora empecé a soñar, nubes de chillones becardones que oscurecían el firmamento, de grandes manadas de caballos o de sangrientos búfalos galopando en el horizonte, limitando mi fría fiebre de pantano, mis cadenas lúgubres, mi cuerpo tembloroso que soñó así toda la mañana, llena la imaginación de bestias lunares y de enormes paredes rocosas, hasta las diez u once en que al fin accedí a la súplica de Bernabé para que bajara a desayunar, aquellas diez u once del diez de abril en que, como lo hizo saber mucho más tarde ante el Consejo de Indias, tres veces se había hecho anunciar ya fray Miguel Echarri por el tieso alabardero que ahora lo miraba con desprecio y tres veces le había mandado responder el gobernador que se encontraba demasiado ocupado planeando la defensa de la ciudad, así que le encarecía volver en otra ocasión, pero el inquisidor seguía allí, volvía a hacerse anunciar por la ira fría del alabardero, para quien aquello significaba un desacato, y esta vez el secretario del Secreto resolvió evitar los protocolos, se irguió ante los ojos estupefactos del soldado y avanzó hacia la puerta del despacho, custodiada por otros dos sargentos de infantería, que trataron de oponerle las alabardas entrecruzándolas frente al umbral, mas Echarri, de cuya fuerza física nadie tenía noticias, abrió los brazos y los hizo retroceder, con astas y todo, a lado y lado, hecho lo cual desenfundó una pistola y al que se me cruce lo mato, dijo, con nerviosa frialdad, entró y vio a Diego de los Ríos reparar en él casi con indiferencia, fingiendo una suerte de desdén piadoso, entonces el canonista guardó el arma y anduvo hacia el funcionario, no sin advertir la presencia del Sargento Mayor

Cristóbal de Ceballos, del consejero José Márquez Bolcortes y del veedor de galeones, Verrospi, y con ademán teatral arrojó sobre el escritorio una navaja barbera, de ésas cuyo filo puede guarecerse entre dos cachas, pero que ahora se encontraba abierta y llena de grumosos coágulos la arista cortante, a lo cual qué significaba esto, preguntó ceñudo el gobernador, mientras Ceballos y los otros echaban mano a sus espadas, en gesto cauteloso, pues sabían muy bien quién era el visitante y el alcance de su poder, y Echarri, ahora pálido, la navaja con la cual asesinaron a un barbero, declaró, al barbero del gobernador, por más señas, y éste, con altanería, eso compete al capitán de alguaciles, sólo faltaba que en momentos en que una flota enemiga merodea frente a Cartagena, me ocupe yo en resolver crímenes de barriada, pero el canonista insistió en que a él, al gobernador, concernía ese crimen, y de los Ríos volvió a excusarse, suplicándole alejarse de su despacho, pero Echarri estaba resuelto a todo, hizo saber que había entrado por la fuerza y no se iría hasta saber por qué el gobernador había ordenado matar a ese hombre, acusación ante la cual Verrospi, escandalizado, le preguntó si estaba loco, mientras los otros seguían cejijuntos la marcha de los acontecimientos, las manos prontas a sacar la espada, pero ¿para qué distraernos con sofismas?, prosiguió el dominico, fue asesinado porque me puso al corriente de las manipulaciones que usted, de los Ríos, urdía con el fin de desvalijar a las Cajas Reales, y aquí el gobernador saltó del asiento, avanzó hacia el inquisidor y le propinó una bofetada, que no alteró el gesto firme de éste, pero lo hizo desenfundar nuevamente la pistola, ademán ante el cual Ceballos maniobró con arte egregio la espada y, golpeando por el cañón el arma de fuego, la hizo hacer cabriolas en el aire, entonces fray Miguel, desarmado, quiso abalanzarse sobre el mandatario, sólo para caer en manos de Márquez Bolcortes y del propio Ceballos que, a despecho de sus insultos y protestas, lo arrastraron hasta la puerta, donde los alabarderos se ocuparon de ponerlo a puntapiés en la plaza de Armas, episodio que se desarrolló en muy breves instantes, aunque por la mente de Echarri, tumbado boca abajo en la cuneta de la Gobernación ante el estupor de los escribanos que hoy se habían animado a volver con celo oficioso al trabajo, corrieron siglos de rencor y odio.

VIII

Cuando, por primera vez en mi vida, girando todavía en mi mente las espantosas fatalidades que me sobrevinieron cuatro años atrás en el castillo del barón von Glatz, pisé territorio metropolitano español a fines del verano de 1727, tuve la impresión de que los Pirineos no eran solamente una cadena de nevadas y amuralladas montañas, sino un océano áspero y fragoso que separaba espacial y temporalmente a España del resto de Europa, a tal punto me vi retroceder en la historia a medida que me internaba en aquella nación donde todo se me antojaba imagen de muerte o de terror, así viniera envuelto en la burlería de los enanos velazqueños que en carne y hueso asediaban nuestra diligencia, o en el sangriento esplendor de las fiestas de toros que acechaban en cada puebluco para hacer la apoteosis de la gran heroína de España, Nuestra Señora la Muerte, mucho más patética, desde luego, en los cuerpos de bandidos ahorcados que pendían, a cada trecho, de los árboles del camino, o en el mismo temor de que el convoy fuese asaltado por aquellos piratas de tierra firme que campeaban por el país, cuyas casas encaladas, cuyos pastores de embozo y cayado, cuyas mujeres cubiertas con mantones de bayeta, cuyos chirriantes carretones y cuyo polvo lunar componían, a pesar del cielo intensamente azul, de los pinos y fresnos cuyas siluetas se alargaban en un remanso de sombra, un cuadro sombrío de contención, de mojigatería, de miedo, de ignorantismo, que me oprimió el corazón y me hizo desear el regreso mucho antes que las rosadas mansiones matritenses me devolviesen, con su severa elegancia, la emoción viajera que creía haber olvidado a orillas del río Adour, en los huertos de Bayona, y que ahora acentuaron, en cambio, las manolas dicharacheras, las callejas tortuosas y angostas pero llenas de vida, las gangarillas de cuatro o cinco cómicos que representaban farsas en plazas y mercados, la euforia meridional de los habitantes que, sin embargo, a poco de conocerlos bien, uno sabía torturados por todo género de presentimientos infernales de bajísimas chismografías, de miedos incomprensibles, pues casi todo allí era considerado pecaminoso, las mujeres sometían a los maridos a larguísimas continencias sexuales, los varones vivían al acecho de rendijas por donde atisbar las intimidades femeninas, las iglesias permanecían repletas de personas que se golpeaban espectacularmente el pecho, una epidemia de ceremonias eclesíásticas callejeras estorbaba el libre tránsito, los señores arrastraban la capa a fin de hallar pretextos para estoquear a quien la pisara, otros en cambio arrastraban cadenas y se cubrían con capuchas para hacer, como flagelantes después de la Peste Negra, penitencia pública lacerándose con disciplinas y fajas de cerdas, los hedores se amazotaban en todas partes, los frailes me ponían cara de alguaciles, así que volví a sentir miedo, pues la misión que aquí me traía, encomendada no ya por la del Cloître-Notre-Dame sino por la Gran Logia de París,

primera de gran importancia que se me asignaba, resultaba, tratándose de España, desapaciblemente clandestina, y por confusas razones tardé varios días en hacer contacto con nuestro corresponsal, don Diego de Torres Villarroel, hombre ingenioso y pintoresco que a la sazón no vivía en Madrid sino en Salamanca, donde bajo el nombre de *El Gran Piscator salmantino* publicaba periódicamente sus almanaques y pronósticos meteorológicos, salpicados de letrillas, romances y pasmarotas, que le granjeaban mucha popularidad pero también gran envidia, al punto que hasta hombres tan insospechables como Feijoo comenzaban a tacharlo de astrólogo judiciario, con la secreta esperanza de que la Inquisición tomase cartas en el asunto, mas se reía don Diego de aquellas zonceras, porque ocupaba la cátedra de matemáticas en la famosa universidad de su tierra natal y el Santo Oficio no se atrevería con un hombre de su prestigio, justamente el que necesitábamos para el peligroso fin que nos proponíamos, y sostuve con él una deliciosa charla, el día que lo conocí, mientras vagábamos por la ribera del Manzanares y hundíamos la vista en los páramos esteparios de la meseta castellana, pues él sostenía que aquella pesadilla vivida casi treinta y un años atrás por la lejana Cartagena de Indias, así como el simultáneo asedio de Cataluña por los ejércitos de Luis XIV, algún beneficio habían traído a España, pues contra lo que solían pensar sus coterráneos, el advenimiento de un Borbón ventilaba con hálitos franceses la lóbrega atmósfera peninsular, llena de gazmoñería y de retórica, en lo cual preferí seguirle la corriente, bien que por parte alguna percibía esa aireación, para rogarle me absolviera algo que desde hacía largo tiempo se me había erigido en enigma, o sea, aquéllos ya proverbiales rumores sobre la mala salud del difunto Carlos II, a quien habían llegado a apodarar el Hechizado, como alguna vez en una reunión familiar lo recordó el pobre fray Tomás de la Anunciación, y él rió de buena gana, porque, según dijo, ya sobre aquello había corrido mucha tinta y era algo que, en realidad, retrataba el espíritu español, pues si bien el monarca sufrió ataques de alferecía en su niñez, en la edad adulta sólo le afligían su temperamento melancólico y su esterilidad para engendrar, fenómenos nada extraños que, sin embargo, creyó conveniente agigantar su confesor, un tal padre Carbonell, al propagar el rumor de que se trataba de hechizos de brujos, con lo cual las malas lenguas comenzaron a acusar al favorito Fernando Valenzuela y Enciso, un intrigante que había llegado a ser muy poderoso, de haber utilizado contra el rey el maleficio de la ligadura, chisme que se olvidó con el tiempo, pues cuando Su Majestad casó en primer matrimonio con María Luisa de Orléans, sobrina de Luis XIV, se pensó que la responsable era entonces María Olimpia de Manzini, condesa de Soissons, de quien se decía que había celebrado misas negras para retener el afecto del rey galantuomo, y así sucesivamente hasta cuando, a raíz de su casamiento con Ana de Neoburg, el padre Froilán Díaz, su confesor, dio en la flor de exorcizarlo porque, en Cangas de Tineo, tres monjas posesas, a instancias del Santo Oficio, hicieron hablar a sus demonios particulares y éstos aseguraron que el rey había sido hechizado a los catorce años con una pócima antígenésica, hecha de

sustancia de sesos y riñones y administrada en una taza de chocolate, el tres de abril de 1675, por la mismísima reina madre, doña Mariana de Austria, para contrarrestar cuyos efectos recomendaron la ingestión de polvos obtenidos por maceración de testículos de ajusticiado, tratamiento que se apresuró a practicar un capuchino saboyano, fray Mauro Tenda, a despecho de las protestas reales, y que habría seguido recibiendo de por vida a no ser porque el obispo de Segovia, Baltasar de Mendoza, hombre prudente, fue nombrado Inquisidor General y no sólo detuvo aquella locura, sino que también procesó y encarceló a fray Mauro y al padre Froilán, con lo cual Carlos II pudo sobrellevar sin sobresaltos su melancolía por el resto de sus años, amargados, claro está, por las presiones de Luis XIV, que acabaron imponiendo como sucesor a Felipe V, pero a la vez precipitaron la coalición de la Liga de La Haya contra la expansión de los Borbones y la llamada Guerra de Sucesión de España, misma que culminó con aquel Tratado de Utrecht tras cuya firma perdí para siempre al señor Voltaire, entonces secretario en Holanda, luego reo en la Bastilla, hoy desterrado en Inglaterra, su nación modelo, personaje en la corte del príncipe de Gales y estupendo corresponsal mío, maestro indiscutible del género epistolar y, aún más, el verdadero culpable de que, aunque no cicatrizara todavía en mi espíritu el recuerdo atormentado de Marie, me encontrase en España, porque desde un comienzo me encajó el designio de propagar las logias por el mundo hispánico, misión que se me reservaba desde los tiempos de mi iniciación en el Cloître-Notre-Dame, cuando me encomendaban, para que aprendiera el valor de la humildad y el de la obediencia absoluta, levantar censos de prostitutas y deshollinadores, y hoy, con casi cincuenta años auestas, me veía recibida con gran miramiento por un hombre de dotes tan excepcionales como Torres Villarroel, poeta festivo y antiguo pícaro a la manera de Rinconete y Cortadillo, en esta España donde, como en la Francia de Luis XIV, la clase media intentaba aliarse con el rey para derrotar a la aristocracia, cada vez más enemiga del absolutismo, encrucijada ideal para encaminar nuestros vientos de renovación, así que nos consagramos a realizar visitas nocturnas a los personajes de pensamiento liberal, proponiéndoles los fines de la organización, exponiéndonos claro está a ser delatados y presos por la justicia ordinaria o por el Santo Oficio, en cuyo caso, sin saberlo, hallaría en mi contra todo un expediente de brujería levantado dieciséis años atrás, cuando el auto de fe de la plaza de los Jagüeyes, en mi remota Cartagena, y aún recuerdo el susto que nos llevamos cuando, una mañana, llegó a vernos en la posada un alguacil, jorobado como Felipe V, con un bigote y una mosca al estilo de Evangelista Torricelli o de don Francisco de Quevedo y Villegas, el cual se mostró respetuoso con don Diego, pero a mí me sometió a un minucioso interrogatorio, obsesionado como estaba por la idea de ser yo francesa y no española, indagando cómo podía pronunciar tan bien la erre, cómo podía dominar la endiablada gramática de Castilla, y al no estar interesada en que averiguasen mi origen indiano, le insistía en que era andaluza, pues ya desde el desembarco español en Cerdeña y Sicilia, que originó haría unos diez años la Cuádruple Alianza, los franceses eran

recibidos con refunfuñantes reticencias en Madrid, sin contar con la misión un tanto comprometedora que me traía, así que finalmente fue necesario que Torres Villarroel acudiera a sus amistades políticas para zanjar la cuestión, y aún vi al quevedesco alguacil rondar la posada varios días, hasta cuando, a fines del otoño, celebramos por fin una reunión preliminar con un puñado de liberales no muy seguros todavía de sus propósitos, entre los cuales fue preciso escoger un venerable, pues don Diego rehusaba toda posición honorífica, y fijamos para el quince de febrero siguiente la fundación de la Logia Matritense, cuyos primeros pasos me preocupaban por la raquílica noción de teísmo humanitario que los españoles se formaban del *speculum*, pero resolví dejarlo a su buen discernimiento y me apresté a viajar, sólo que entonces, sabedor de que Torres Villarroel había regresado a Salamanca, el alguacil hizo aparición y me informó que me ponía bajo arresto, sospechosa de espionaje a favor del gobierno francés, de manera que fui conducida a una prevención y objeto de crueles interrogatorios durante más de cinco horas, al cabo de las cuales algún jefe de alguaciles propuso que se me sometiera a torturas, pues la aprehensión de una espía confesa les merecería un ascenso y fui trasladada a una sala rectangular, de muros que filtraban algo así como un líquido lento y oleoso, y vi una máquina de tormento que quizá me esperaba allí desde toda la vida, en la cual me obligaron a sentarme, entre risas y burlas, como si en lugar de levantar un expediente se tratara de celebrar un ritual orgiástico, sentí entonces resucitar en mi memoria, por inevitable asociación con el sueño que engendró en mi remota infancia, el día de mi primera confesión con un sacerdote, no probablemente el mismo al que luego mataron los piratas y a quien llegué a tomar tanta confianza que acabó renegando de mis bromas, sino alguno de aquellos confesores de flaca y siniestra catadura que hallaban sigilosas delicias en asustarnos a las educandas del plantel de las monjas clarisas, de las meticulosas clarisas que debieron arrastrarme a viva fuerza hasta el confesonario, ese ataúd vertical con dos cruces en lo alto, situado en el más húmedo y sombrío rincón del templo, cuyo biombo agujereado y cuyas cortinas de morado terciopelo afantasmaban y satanizaban la imagen de su adusto ocupante, de suerte que llegábamos a figurarnos a un ángel maligno capaz de saltar sobre nosotras, para estigmatizarnos, en el momento en que nuestras faltas se le antojasen intolerables, y así debí balbucear mis primeras culpas, la del día que hurté alguna calderilla a mi padre, la de la tarde que espíé, mientras tomaba un baño, el gusanito medio retráctil de Cipriano, la de la noche que me hice la dormida a fin de oír lo que mis padres decían de mí, para grabar luego con dolor en mi cerebro la reprimenda sacerdotal y rezar escrupulosamente los tres padrenuestros y cinco avemarías impuestos como penitencia, para ver luego la luz de la calle casi como una apoteosis de libertad, para llegar a casa y preguntarme si un refulgente soldado como mi padre podría sentir como yo ese pavor humillante ante un sacramento sin el cual el de la comunión se tornaba sacrílego, y la preocupación, la humillación, la sensación de amenaza debieron gestar en mi espíritu ensombrecido aquel sueño que comenzaba en el mismo rincón de ovilladas sombras y de maloliente

humedad donde se alzaba la madera fúnebre del confesonario, del cual vi salir de pronto una silla muy alta, semejante a aquella que yo imaginaba dispuesta en su interior para el sacerdote, muy esquemáticamente similar también a esta otra de torturas donde los alguaciles madrileños me obligaban a sentarme, la vi salir caminando en sus patas de madera como una araña sobrenatural y perseguirme por capillas y recovecos de la iglesia, en tanto los fieles seguían indiferentes la celebración de una misa fantasmagórica, cuyos rezos y cánticos semejaban aullidos de perros o lobos lunáticos, desencajada por el horror me lancé a la calle, envuelta en sombras, y la araña o la silla me siguió con aliento redoblado, mientras un repentino obispo, de apuntada mitra e imprecisas facciones, me aguardaba inexorablemente en el otro extremo recitando el Confíteor y dándose golpes de pecho, pero ahora pensaba que en vez del obispo la que por años me había aguardado era la arácnida silla, y un hielo de muerte me ascendió por las vértebras cuando toqué su asiento frío, su plano espaldar, y la destemplanza se extendió por mi cuerpo cuando, en aquel instante, un sayal dominicano se perfiló en la puerta y susurró algo al oído de un oficial, comprendí que, por algún motivo recóndito, mi caso cambiaba de manos y sería puesto en las del Santo Oficio, me sentí perdida, recordé el horóscopo de Boulainvilliers, y al pensar que sería sólo el primero de los dos augurados cautiverios, cuyo cumplimiento parecía hacer aún más ineluctable el segundo, mi angustia tocó la desesperación, pues en efecto un grupo de dominicos, no sin haberse identificado como ayudantes del Secreto, lo cual arrancó venias y zalemas a los corchetes, me sacó de la prevención y, después de sumarios trámites, marchamos entre rezos por una empinada calle de piedras, al llegar a cuya esquina más alta los inquisidores apretaron el paso, uno de ellos apartó la capilla y estuve a punto de caer redonda, pero de infinito alivio, al ver el rostro ya agrietado y sonriente de Guido Adrovandi, *per l'animaccia sua*, quien había de explicarme más tarde cómo fue destacado para seguirme y protegerme, pero sin dejarse ver, pues la presencia de un extranjero despertaría la tradicional desconfianza española, así que compramos un par de caballos, para eludir las postas y retenes militares en donde las diligencias debían hacer alto, y una vez pagados los rufianes que nos ayudaron con sus disfraces de dominicos, partimos al galope por la monótona llanura castellana, con sus molinos de viento, sus carretas de bueyes, sus valles labrantíos y las margas blanquecinas de sus páramos como único regalo de la vista, y eventualmente debíamos ocultarnos de algún escuadrón de caballería que anduviese persiguiendo bandoleros u hostigando gitanos por los contornos, pues era claro que en Madrid debían haber descubierto ya el engaño y ordenado nuestra persecución, así que durmiendo a descampado o en abandonados establos o trojes, comiendo lo que generosos y apergaminados campesinos accedían a darnos, cabalgando en la medida de mis fuerzas, mucho menores que las de Adrovandi, sabiendo mal alimentadas a las cabalgaduras, vimos al cabo de varios días los viñedos y olivares de las márgenes del Ebro, que vadeamos por inmediaciones de Logroño, y pronto nos encontramos en los altos valles navarros,

donde dormimos al amparo de los bosques húmedos y también satisfacimos nuestro apetito, a riesgo de inspirar sospechas, en una destartalada venta de Artajona, para dirigirnos hacia el cauce del Arga, por sombrías comarcas de pinares donde el hielo de diciembre comenzaba a recalarnos los huesos, entonces mi cofrade geógrafo extendió el brazo por el prado que atravesábamos, lleno de grama de olor, acaso de ballicos, de cominillos, que desafiaban a la estación, y sin sospechar lo tristemente que aquello había de influir en nuestras actividades futuras, me reveló que nos hallábamos entre Urdax y Zugarramurdi, en la famosa pradera de Berrocobero, donde Graciana de Barrenechea y su séquito de brujas celebraron aquellas memorables misas negras, llamadas aquelarres por los vascos, que más de un siglo atrás, tras moroso proceso ante el tribunal eclesiástico de Logroño, les valieron el ser quemadas en la plaza pública por la blasfema parodia que hacían del santo sacrificio de la misa, y aunque luego se me dijo que el aquelarre, a diferencia de los ritos satánicos de Tolosa y de Carasona, era más una fiesta popular, una especie de celebración carnavalesca, que un verdadero culto a Lucifer, nunca pude apartar de mi mente la atmósfera maléfica que creí respirar en aquel praderío cubierto en el véspero de una neblina trémula en el cual me negué a acampar, de suerte que, a pesar del cansancio y de lo fragoso del terreno, ahora de empinadas escarpas, seguimos ascendiendo toda la noche hasta casi ganar la Venta de Aquerreta, muy próximos ya a Roncesvalles, a los glaciares pirenaicos, y fue allí donde nos cerró de repente el paso un destacamento de caballería, cuyo oficial, probablemente un capitán preboste, nos intimó rendición y nos ordenó seguirlo hasta el cercano cuartel, en cuyo patio vi repetido centenares de veces el viejo uniforme de mi padre, y sentí dolor porque aquellas insignias me eran ahora enemigas, porque quienes las portaban no podrían comprender que fui hija alguna vez de un soldado de España, porque me fusilarían como a una vulgar espía francesa sin permitirme probar mi borroso nacimiento en una ciudad españolísima de la cual jamás habrían oído hablar, porque reirían si les dijera que fui hija de un héroe de la guerra contra Francia, ahora que casi me había convertido en una parisiense más, en una gabacha como me llamaron los alguaciles madrileños, y qué decir del destino que correría Aldrovandi, con su marcado acento italiano, *porca puttana*, entonces el capitán preboste volvió a abandonar el fortín, debía esperarlo, por el talante que mostraba, alguna concubina, y nos dejó a merced de una pareja de soldados que nos condujo por tétricos pasillos, malolientes de humedad y de moho, para encerrarnos en celdas yuxtapuestas, de rejas aseguradas con cerrojos, armellas y candados de hierro, desde las cuales podíamos, para mitigar la incertidumbre, hablarnos en susurros, así que relaté a Aldrovandi, tiritando de miedo y de frío, el horror que sentía hacia el encierro desde los tiempos del ataque a Cartagena por la flota de Pointis, cuando los padres de mi amigo Federico Goltar decidieron aislarme para evitar lo que ellos suponían una larga relación sexual entre nosotros, y que en verdad no se había consumado, y el llanto que me acometió la madrugada de la tercera noche de prisión, cuando no eran ya bólidos de fuego lo que

mi fantasía me presentaba en dioramas esplendentes, sino rostros en agonía, muecas fúnebres, colmilludas visiones que me hicieron arder de fiebre aquella mañana del once de abril en que el galeón «Oriflama», llegado de Portobelo sin que tripulación ni pasaje advirtiesen nada sospechoso en la travesía, ancló frente al muelle, cerca de la Casa de Contratación, y por la pasarela los viajeros bajaron con aire despreocupado, entre ellos el capitán de caballos José Vallejo de la Canal, insignia de la jineta y en comisión del rey, quien había ya cumplido su trabajo en Quito y en Lima, y ahora era saludado oficialmente por el guarda mayor de las Aduanas, Diego de Morales, en nombre del gobernador Diego de los Ríos y de las autoridades de la plaza fuerte, y quien, al enterarse de los rumores sobre la presencia de una flota no identificada en aguas territoriales, noticia todavía ignorada en Portobelo, no se mostró, como mucho más tarde había de relucir ante el Consejo de Indias, tan optimista como sus compañeros de viaje, al fin y al cabo los pasajeros interrogados por algunos oficiales eran apenas comerciantes, no muy duchos en política, que venían a la feria de los galeones, así que pidió a Morales llevarlo de inmediato con el gobernador, pues a vuelo de pájaro la defensa de la bahía no acababa de resultarle convincente, entonces el guarda mayor le formuló alguna vaga promesa, el mandatario andaba muy atareado por aquellos días y desvió la conversación invitando al comisionado real a alojarse en su propia casa, mas aquí el capitán de caballos sacó a brillar su temperamento, porque rehusó y dijo que iría a aposentarse en algún baluarte, era soldado y no funcionario de postín, parecía evidente su natural picajoso, malhumorado, quizá el recorrido que venía cumpliendo no le satisfacía del todo, en las Indias había mucho donde hincar diente y, en honor a la franqueza, estaba resuelto a relacionar a Su Majestad cuanto por estas colonias no le pareciera muy limpio, momento en que Morales desplegó una cortés sonrisa y puso a disposición del recién llegado una carroza donde relucían las armas del gobernador, la heráldica fernannuñesa que él no sólo miró con desprecio, sino que al cerrar la portezuela no se digno dar la mano al aduanero y, en lugar de indicar al cochero el lugar donde deseaba alojarse, pidió ser llevado al despacho del gobernador con equipajes y todo, de hecho ir en comisión real fermentaba el carácter de cualquier segundón, y es lo cierto que de los Ríos no halló cómo negarse a recibirlo, lo hizo en mangas de camisa, ya medio achispado con algún clarete y Vallejo le expuso sin cortapisas la opinión que se había formado, al entrar en el «Oriflama» a la bahía, de la defensa de Bocachica, punto clave de la ciudad, de forma que, si el resto de los baluartes padecía la misma indefensión, sólo la buena fama podría encubrir su pobreza a los astutos almirantes franceses, pero, desde luego, debía reconocer que no era preciso salirse de tono, acaso el gobernador jugara a ocultar la fuerza, podía ser una buena estrategia para conducir al enemigo al desastre, entonces de los Ríos, incapaz de ocultarle la verdad, arguyó con nerviosismo que no era cuestión de preocuparse, el posible destino de la flota, cuyo silencio de varios días la hacía casi fantasmal, era lo más seguramente Portobelo, y aquí el visitante debió disimular la cólera, que le afloró en una ola de sangre al rostro, así que la entrevista

concluyó con una despedida fría y una advertencia que Vallejo deliberadamente formuló cuando estaba a punto de trasponer la puerta, dijo que inspeccionaría piedra por piedra la ciudad, se le antojaba monstruoso este estado de indefensión, cuando muy considerables caudales se sustraían a las Cajas Reales para el sostenimiento de esta plaza, luego trepó en la carroza, como si fuera suya, y recorrió en detalle los baluartes, fuertes y baterías más próximos, para comparecer nuevamente, a las tres o cuatro ñoras, en el despacho gubernamental y hablar entonces en tono casi insultante que estremeció al mandatario, decir que el viernes partiría, en el mismo galeón, para Cádiz e informaría a los consejos de guerra y al propio monarca sobre la inepticia del señor de los Ríos, al cual también, como era natural, se le exaltó la bilis y recordó a Vallejo ser hermano del conde de Fernán-Núñez, hombre de la privanza del rey, respuesta que motivó una carcajada del capitán de caballos, el cual le juró que, antes de ocho meses, tendría aquí su reemplazo, entonces el gobernador le recordó cómo, por el momento, el mando en plaza seguía siendo suyo y no toleraría insolencias de oficialuchos, a no ser porque traía un salvoconducto regio bien podría sin miramientos ponerlo en un cepo, arrogancia que Vallejo fingió ignorar para indagar, con la cabeza en alto, si, ya que la artillería se encontraba montada en cureñas de cedro sin herrar, al menos había pólvora y municiones en cantidad suficiente para proteger la ciudad del inminente ataque, ante lo cual el mandatario, con más calma, quizá con un poco de miedo, acaso con remordimientos, le informó que las tenían en abundancia, en depósito del galeón «El Rosario», de la carrera de las Indias, de cuyo paso por el puerto hacía ya casi un año, entonces inquirió el comisionado por qué razón el castillo de San Felipe de Barajas, otro de los puntos claves de la ciudad, a tiro de mosquete del arrabal de Getsemaní, estaba desprovisto de artillería y contaba sólo con dos cañones cortos, esos pedreros de braga que poco servían y a los cuales había que estar cargando por la culata con desperdicio de hombres, y el gobernador sólo inclinó la cabeza, para oír el sonido peculiar que Vallejo produjo con la lengua, antes de mirar hacia la plaza de Armas y opinar que era ésta, sin duda, una ciudad de mercachifles, ignorantes de la guerra, miedosos como mujeres, dicho lo cual se retiró no sin antes exigir un bote de vela para reconocer también los fuertes de la bahía, rodeados de espesos manglares, sobre los cuales a eso de las cinco de la tarde se desgajó una lluvia que todos bendijeron, pero que a la postre no resultó ser sino un corto chaparrón, un capricho del cielo de abril bajo el cual, aquel día, la villa parecía haber regresado a la normalidad, los rumores sobre la presencia de una flota extranjera se antojaban ya lejanos y baldíos, así que los comerciantes habían abierto otra vez de par en par las puertas de sus establecimientos y de nuevo colgaban en la Plaza Mayor, de las carretas empujadas por mulatos, los viscosos sartales de huevos de iguana, mientras las tiendas de abastos ofrecían sin disimulo sus aceites, vinagres, turrone, jaleas, pescados o legumbres secas, bastimentos con mucho superiores a las existencias de los almacenes militares, y nuevamente los joyeros se animaban a exhibir los brocamantones de oro y piedras preciosas, las piezas de plata y orfebrería,

las arracadas y zarcillos de rubíes y los collares de perlas expuestos en delicados cofres de metal labrado, al tiempo que se oía otra vez el pregón de los vendedores de bollos, camarón y arepas de huevo, así que la ciudad recobraba su aspecto de puerto de mar, y el chaparrón arruinó el chambergo y la casaca de Juan de la Peña, siempre cuidadoso de su apariencia, precisamente cuando se deleitaba contemplando el traslado de los cofres al galeón, entonces el médico Triarte le advirtió que debía introducir los pies en agua caliente, no fuese que pescara un resfrío, mientras Morales, como luego constó en las actas del proceso, trataba de prevenirlos sobre el carácter, agrio por así decirlo, del comisionado del rey, cuya presencia en la ciudad lo ponía todo en peligro, pues había dado en la flor de inspeccionar hasta debajo de las faldas de las mujeres, a lo cual de la Peña, un poco candido, opinó que no osaría, seguramente, abrir los cofres ya aforados y embalados, no tenía autoridad para ello y sería un desacato, había una recomendación de las Cajas Reales, pero es capaz, sonrió el aduanero, sin dar demasiada trascendencia al asunto, de registrarnos hasta las posas, no hay que confiarse mucho, e Iriarte guiñó un ojo a su compinche y le recordó que un capitán de caballos en comisión del rey bien podía sufrir un lamentable accidente y perder su preciosa vida si daba en husmear demasiado por dónde saltaba la cabra, entonces de la Peña debió evocar en su mente al barbero y experimentar un traicionero escalofrío, debió pensar cuan lejos había ido el gobernador, claro que a Iriarte como médico poco lo asustaban los cadáveres, Dios sana a sus enfermos y el médico se lleva la plata, con la ventaja de que la tumba se traga sus errores, pero él, él era un mercader, un mercader de buenos antecedentes, y aunque ni arte ni parte tuvo en la muerte del barbero, la conciencia debía atormentarlo, escrúpulos que se decidió a transmitir a Iriarte, sólo para que éste se hiciese el desentendido, pero el comerciante insistió, toda la villa estaba al corriente, a estas alturas, del incidente del gobernador con fray Miguel Echarri, cuyo poder era a la postre más temible que el del capitán Vallejo, ítem más, y esto a los tres debía preocuparles por partida triple, el secretario del secreto no daba muestras de vida desde el instante en que fue arrojado a puntapiés del palacio gubernamental, lo más probable era que estuviese replegándose para una embestida más a fondo, había que considerar que las hablillas de Hortensia García ya no podían ser bastante talanquera para un hombre que, a pesar de su investidura eclesiástica, se había atrevido a desenfundar una pistola en pleno despacho del gobernador, parecía evidente que estaba dispuesto a correr todos los albuces, después de todo unos meros chismorreos sobre flaquezas carnales no eran lo mismo que ochocientos mil reales de vellón aforados como almádenas, por mucho que las funciones inquisitoriales de Echarri lo obligasen a guardarse del escándalo público, había que aquilatar hasta dónde alcanzaba su viejo aborrecimiento al gobernador, acicateado ahora por los acontecimientos del palacio de gobierno, cuyas consecuencias sólo Dios sabía cuáles habían de ser, y una cosa de la Peña podía asegurar, con Echarri no se jugaba igual que con un barbero y, viéranlo bien todos ellos, su asesinato no era acción vedada

para la mente del irascible mandatario, sí caballeros, el asesinato de fray Miguel, en cuyo caso, ni para qué recordarlo, tomarían cartas no sólo el Obispo, la Inquisición y los tribunales de primera instancia, sino la Real Audiencia, el presidente don Gil Cabrera y Dávalos, el rey don Carlos y hasta el mismísimo Papa Inocencio XII, sí señor, todo esto iba cobrando muy mal aspecto, aunque usted, Iriarte, se limitara a hacer muecas de médico, esto es, de carnicero, ellos tan sólo reclamaban al gobernador unas acreencias honradamente negociadas, pero no eran criminales ni salteadores de caminos, el asesinato comportaba ya palabras mayores, él no se sentía involucrado en la muerte del barbero, pero tampoco podía evitar el ominoso aleteo de la conciencia y, por qué no confesarlo de una vez, empezaba a temer a ese tal de los Ríos, capaz por lo visto de cualquier cosa, de asesinarlos a los tres si no se atajaba de chico el yerro, y algo había de razón en aquellas palabras, según parecer del aduanero, pero cómo atajarlo, ya estaban metidos en el chanchullo hasta los corvejones, entonces Iriarte incurrió en la coquetería de tratar de hacer una broma macabra, como para disipar los malos vapores, y opinó que era mucha gracia la de este gobernador, haber hecho callar a un barbero, mas su chirigota cayó en frío, de pronto los hombres se supieron aterrorizados, se les antojaba ir en un galeón que hacía agua sin puerto a la vista, y no agua, sino más bien tempestades en seco, relámpagos, truenos, con apenas uno que otro chubasco, vio la ciudad aquella noche, cuando desperté con la certidumbre de haber soñado con Leclercq, aunque no lograra precisar las peripecias del sueño, creo que iba a escape, mar adentro, en una fragata, creo que otra embarcación nos cañoneaba, creo que vi a mi propio padre, una de cuyas piernas parecía de palo, perseguirme por la cubierta, llamándome filibustera y renegando de que fuera su hija, creo que brotaron corceles del mar, corceles o unicornios, blancos de sal, con astas que se ramificaban como arboladuras de nave y, en ellas, grímpolas teñidas de sangre, entonces desperté con los latidos del corazón a vuelo de campanas, sentí a Federico deambular aún arriba, en el mirador, y eso me tranquilizó, quizás hasta caer de nuevo en sueño profundo, para soñar ahora con jardines de frutos sangrantes, pero no, no fue en Cartagena el sueño de los jardines, fue en París, aquella madrugada de abril de 1717, con la cabeza reclinada sobre el pecho de Jean Trencavel, pero la mente puesta en la pequeña Marie, que ahora absorbía todos mis pensamientos, la mañana en que Felipe de Orleáns, regente de Francia, tropezó con François-Marie en algún parque de la ciudad y, ante su sorpresa, pues mi antiguo amante había dicho públicamente hacía poco, al enterarse de que Felipe había vendido, para hacer economías, la mitad de los caballos de las cuadras reales, que hubiera sido mucho mejor despedir a la mitad de los asnos que llenaban la corte, ante su sorpresa el Regente se le acercó y con un guiño le dijo que apostaba a poder enseñarle algo que François-Marie no había visto nunca, y mi amigo, ya con negros presentimientos, le preguntó qué cosa podía ser, a lo cual Felipe de Orleáns respondió que, por supuesto, el interior de la Bastilla, donde en efecto fue recluido un día más tarde, y adonde le llevaba todas las semanas un poco de vino y de pan, y

accedía a conversar con él sobre todo lo divino y lo humano sobre sus desesperados recuerdos de Pimpette, de quien malsanamente, como decía, había llegado a depender, sobre su madre que no sobrevivió al nacimiento de este monstruo de conocimientos educado entre un abate libertino y un colegio jesuítico de su hermano Armand, cuya locura mística hacía decir al notario Arouet que Dios le había dado por hijos a dos locos, el uno en verso y el otro en prosa, sobre el *OEdipe* que escribía y que él mismo juzgaba superior al de Sófocles, sobre el carácter de mi antiguo amigo Federico Goltar, muchacho soñador como François-Marie, pero al revés de él, ingenuo, casi pueril, de cuya semblanza, que le hice con lágrimas en los ojos, tomaría rasgos mucho después el señor Voltaire, en cierto modo, para el hurón iroqués de *L'Ingenu*, pero especialmente para el filósofo babilonio Zadig, asediado por la Providencia, y desde luego para su *Candide*, cuya Cunégonde, ay, vendría a ser yo misma, pues François-Marie solía ver en los no europeos una especie de mamelucos con cierto barniz de cultura que no bastaba para entronizar en su espíritu a la verdadera Diosa Razón, de allí la poca importancia que concedía al resto del mundo, a despecho de su afición por los cuentos orientales, que yo, ¡ay!, una auténtica anti-Scheherezada, no supe neutralizar, y las libertades geográficas que se tomó en sus relatos, donde Menfis podía quedar a un paso de Babilonia porque, en realidad, importaba muy poco al mundo dónde diablos quedara Menfis, o dónde Cartagena de Indias, a la cual situó alguna vez en México, para él mi principal virtud, mi utilidad desde el punto de vista de la logia radicaba en mi conocimiento del español, en mi correcta pronunciación de esa lengua que odiaba tanto como a la inglesa, ya que no concebía a un ser civilizado hablando otra cosa que francés, el francés de Molière, el de Racine, el de Pascal, el del insuperable señor Voltaire, seudónimo que se inventó en la prisión urdiendo un anagrama de Arouet L. J., esto es, *le jeune*, como todos le llamaban, pero con hincapié naturalmente en la condición voltaria de su espíritu, no tan sereno como hubiese convenido a un sacerdote de la Razón, pero lo bastante perspicaz para comprender que la Bastilla le daría ahora la gloria, motivo por el cual guardaba al regente una irónica gratitud, mezclada con el más violento de los rencores, porque, bueno es decirlo, esa alma tan altamente discursiva, tan genial en la argumentación, tan fina en la sonrisa y en la risa y hasta la carcajada, escondía bajo la capa a un hombre profundamente rencoroso, capaz de concomerse por cualquier pasajero resentimiento, deficiencia que advertí en varios de los grandes de mi tiempo, pues a ratos la grandeza es movida por un deseo de venganza, por un ansia de mostrar la superioridad frente a la incompreensión ambiental y, en últimas, de extraer algo diamantino, muy bello y fulgurante, del propio rencor, como supongo que lo quería fray Miguel Echarri, aquel otro rencoroso impenitente, que jamás dio el brazo a torcer frente al caprichoso y poderoso de los Ríos y que, aquel jueves doce de abril, madrugó, ya decidido a emprender otra acción, y se presentó a eso de las cinco en el muelle de la Casa de Contratación, donde el «Oriflama» se dejaba acariciar por el lento oleaje de la bahía, para pedir al guardiamarina acceso incondicional al galeón,

demanda que sorprendió al inadvertido funcionario, el cual conocía muy bien hasta dónde abarcaba la autoridad eclesiástica sobre los buques, referente sólo a personas o materiales impresos, y cuya única reacción fue recordarle que el barco había sido ya inspeccionado a su debido tiempo por otros inquisidores y que ahora debería presentar una autorización de la Aduana, ante lo cual Echarri argumentó que obraba en nombre del Santo Oficio, y que la Iglesia en las Españas no necesitaba permisos emanados del poder civil, pero el guardiamarina se rascó la cabeza y adujo que él se limitaba a cumplir el reglamento, sería necesario que fuese donde el guarda mayor de las Aduanas o donde el veedor de galeones, cualquiera de los dos, en consideración a su investidura eclesiástica, le extendería al instante el salvoconducto, entonces el canonista, igual que dos días antes en el despacho del gobernador, hizo a un lado los rodeos y se limitó a añadir, siempre en nombre de la Inquisición, que iba a entrar y, si alguien no estaba de acuerdo, que le disparara un tiro por la espalda, frase que infundió al guardiamarina y lo decidió a acompañarlo hasta las bodegas, donde fray Miguel, con la punta del bastón, fue alzando lienzos y cubiertas, como luego lo reconoció ante el Consejo de Indias, con la esperanza de encontrar algún indicio en los embalajes y cargas depositados a bordo, pero en ninguna parte la palabra *sarrapia* acudió en su ayuda, de forma que exigió la inmediata violación de empaques y resguardos, alegando que sería de prioritario interés lo que pudiese hallarse dentro, y aquí el guardiamarina sonrió y volvió a rascarse la cabeza, porque Echarri hablaba como si fuese el mismo comandante de la flota de la carrera de las Indias, con una autoridad que estaba lejos de poseer, habida cuenta que los notarios y alguaciles inquisitoriales sólo estaban facultados para pedir en la cámara de popa testimonio al maestre y al piloto sobre personas o libros heréticos a bordo del buque, no sobre otros cargamentos, volvió pues a rascarse la cabeza para esforzarse en explicar que era de todo punto imposible, como podía ver tenían sellos y lacres de las Aduanas, cuya violación sería delictuosa, y el canonista, sin alterar el gesto ceremonial adquirido a lo largo de años de requerimientos procesales, autos de fe y allanamientos de moradas, insistió en que actuaba en nombre de la Santa Madre Iglesia, que la Inquisición era también tribunal del rey y, por último, reveló que sus averiguaciones se referían a un posible contrabando de oro en barras y que el guardiamarina, si le prestaba ayuda, podía confiar en que sería premiado no en la otra, sino en esta vida, pero la oferta aun así no pareció tentadora, pues el oficial replicó que en tierra no tenía iguales prelaciones que en altamar, si el señor secretario del secreto recelaba de un alijo, debería elevar la denuncia ante el guarda mayor de las Aduanas, quien obraría en consecuencia, aunque, podía asegurarlo, cargamentos que trajeran los sellos de las Aduanas no podían, por definición, considerarse en modo alguno contrabando, así que el dominico se vio obligado a explicar que se trataba de un ilícito logrado a base de cohecho, pues según tenía entendido el guarda mayor había sido sobornado, afirmación ante la cual el guardiamarina, perplejo, le aconsejó acudir ante las Cajas Reales, pues él no tenía noticia de cargamentos de oro en este navío, y

Echarri argumentó que acaso viniese aforado como sarrapia, mas no, de ninguna manera, no hay embarques de sarrapia a bordo, se desconcertó aún más el otro, el único expediente sería acudir a las Cajas Reales, ya que la sola carga que no había pasado por sus ojos era justamente una que traía los sellos de las Cajas y consistía, según la factura, en almádenas devueltas a los almacenes de sus alquilantes en Cádiz, embarque exento, por supuesto, de gravamen e inviolable aun para el capitán de la nave, entonces fray Miguel se golpeó la frente desesperado, conocía muy bien la cautela de los cajeros reales en punto a aforos realizados por las Aduanas, se cruzarían de brazos a menos que les fueran presentadas pruebas incontrastables, pruebas que él debería allegar de antemano, se imponía saber dónde iban embalados los cofres con el oro, pues de otra forma, si armaba en balde un escándalo, sobrevendrían a él, y de contera al Santo Oficio, el ridículo y el desprestigio públicos, quizá lo procesarían por difamación, y todo ello, unido a la cháchara plebeya de Hortensia García, lo expondría al escarnio, entonces sopesó, en su interior, la conveniencia de obligar al guardiamarina, a punta de pistola, a mostrarle lo que traían esos embalajes aforados como almádenas, sentía el pálpito de poder hallar allí la clave del enredo, pero comprendió que, de resultar cierto lo consignado en la factura, el propio guardiamarina haría el escándalo y los resultados vendrían a ser los mismos, así que se sintió maniatado, sólo con una treta curialesca, y a riesgo de su integridad personal, ya suficientemente deteriorada por el incidente de dos días atrás, cuyas minucias no habían dejado de llegar a oídos de los inquisidores generales y del Obispo, podría forzar al gobernador a expedir una declaración pública sobre los cargamentos a bordo del «Oriflama», pero tendría que obrar con extremo tacto, sí, con mucha, mucha prudencia, de forma que abandonó el navío y encaminó sus pasos, firmes a pesar de sus tambaleantes y desordenadas ideas, a sus propios lares de la Inquisición, pues la treta consistía, iba diciéndose, como mucho después habría de revelarlo durante el proceso, en escribir una nota a de los Ríos exigiendo declarar de libre accesibilidad los cargamentos consignados en el galeón o de lo contrario afrontar la pública declaración que él mismo, Echarri, haría en la Plaza Mayor, a las diez de la mañana del viernes, para denunciar la presencia de un embarque de ochocientos mil reales de vellón o su equivalente en oro, introducido en la nave sin el quinceo correspondiente y aforado como almádenas, frase esta última que asestaría el golpe psicológico, de los Ríos lo llamaría para transar y él, en ese momento, podría estar seguro del acierto de su pálpito y poner sin más dudas sobre aviso a las Cajas Reales, que se encargarían del resto, fue así como el portero y algún solicitador del Santo Oficio se sorprendieron aquella mañana al ver entrar de tan buen talante al secretario del secreto, deprimido e irascible en los últimos días, ahora lleno de impulso y de pensamientos sonrosados ante la idea de que, si las pretensas almádenas no encubrían en efecto al oro, si de los Ríos no lo llamaba, significaría que el cargamento había quedado en puerto y ya habría tiempo para madurar otra estrategia, talante que, como solía ocurrirle, había de marchitarse al cabo de unas pocas

cavilaciones, pues, claro, los riesgos eran numerosos, un recado de puño y letra podía volverse en su contra como un dedo acusador, se sintió desprovisto súbitamente de la entereza de espíritu sin la cual no era posible arrostrar un azar tan fuliginoso, entonces una palabra seductora, que en las concurrentes circunstancias parecía adquirir cierto prestigio mágico, acudió, como tuvo el valor de confesarlo ante el Consejo de Indias, a su revuelta cabeza de canonista, la palabra *anónimo*, pues ¿no sería harto más sencillo denunciar bajo reserva de anonimato a las Cajas Reales la posibilidad de un contrabando de oro aforado como almádenas a bordo del «Oriflama»?; sí, sí, esconder su nombre, no comprometer al Santo Oficio, después de todo no estaba seguro de la presencia efectiva de los cofres en el galeón, no podía desecharse la contingencia de que el gobernador, ante el atolondramiento con que Echarri planteó sus primeras jugadas, hubiese echado pie atrás y, en tal caso, el anónimo sería lo más aconsejable, pero fray Miguel, como emotivamente lo asentó en sus memorias, perdidas para la posteridad pero ganadas para mí por la maravillosa bruja de San Antero, tuvo tiempo de recapacitar en la propia estima que ya no lo acompañaría si sacrificaba su integridad varonil al afán de venganza, pues picapleitos y roedor de legajos podría serlo, cobarde no, no, era mejor arrojarlo todo por la borda y correr los albures del desprestigio y de la vergüenza, porque además sería bueno recuperar para su nombre el desgaste de los días sin rastro, el tiempo perdido entre folios y cartapacios, ver acrecerse su imagen a la vista de, quizás de Hortensia García, la mujer que lo tiró como a un trasto viejo, entonces alzó, alzó aquel jueves remoto, en un instante de su vida que él mismo intuyó supremo, alzó la pluma de ganso y dibujó, con buena letra, los términos de su ultimátum al gobernador de los Ríos, según los cuales a las diez horas del día siguiente, la villa podría presenciar un espectáculo digno acaso de las *fabulae togatae*, los trapos sucios saldrían al sol y ya veríamos quién salía perdiendo, mas ay, trapos volarían, sí, pero esa noche, y a las diez horas de mañana, aunque él no pudiese adivinarlo, nadie estaría interesado en oírlo, y la verdad es también que su carta, recibida muy temprano, a la hora en que las beatas abandonaban los templos con un tímido pasitrote de sombras furtivas, no produjo en Diego de los Ríos el efecto deseado, sino una curiosa reacción, que con lo único que podía compadecerse era con la fama impredecible de su carácter, consistente en una pequeña esquela, de su puño y letra, recibida esa tarde tanto por el guarda mayor como por Triarte y de la Peña, en la cual se les citaba a las nueve de la noche, un tanto perentoriamente, en casa de Hortensia García, en el incierto arrabal de Getsemaní, donde puntuales se encontraron, qué remedio, muy puntuales, mas no sólo el trío de cómplices sino otro trío complementario que componían tres pizpiretas muchachas, Pepa, Lupe y, aquí trago saliva, también Beltrana, aquella dulce Beltrana a quien había yo de conocer poco después, y que tan lánguido papel jugaría en mis tribulaciones posteriores, todas entresacadas con escrupuloso cuidado de entre la parentela plurirracial de la concubina, todas muy lindas, muy peripuestas dentro de sus vueludas faldas, como se vio Morales obligado a reconocerlo ante su dignísima

esposa la noche siguiente cuando ya nadie pensaba en ello, y como de buen grado lo confesó ante el máximo tribunal mucho tiempo después, y la verdad es que nadie, salvo Iriarte, se entusiasmó ante la perspectiva de una jarana en semejante compañía y con la sombra del capitán Vallejo merodeando por las conciencias, mas por desdicha los deseos del gobernador habían terminado convirtiéndose, para ellos, en terminantes órdenes y según él la noche prometía sorpresas esplendorosas, estaban aquí para festejar, dijo y se irguió junto a la mesa repleta de platillos, damajuanas de jerez y otras gollerías, para festejar no supo decir qué, pero de antemano quería advertir que, cuando el vino los hubiese puesto en debida forma, tenía una grave revelación que hacer, la cual deberían asumir con el mismo garbo, parece que así dijo, con el mismo garbo suyo, para entonces continuar la parranda hasta el amanecer y encarar luego una misión que, podía adelantarle, iba en curso del gobernador, y sin saber de qué se trataba, las mujeres, supongo que con excepción de Beltrana, aplaudieron, mientras los invitados palidecían un poco, luego disimulaban con una rápida copa sus temores, luego la presencia de las hembras empezaba a volverse sugestiva, les devolvía los colores y de los Ríos mostró a todos una rueda de madera, en cuyo centro reposaba una veleta, para anunciar que la sesión se abriría con el juego de prendas, se ponía a girar la veleta y la persona señalada debería despojarse de una prenda de vestir, aplausos generales, exceptuada Beltrana, se maniobró el adminículo y el turno correspondió precisamente a la menos entusiasta, que se deshizo de su collar de cuentas, pues la presencia del mandatario no daba margen a desobediencias ni a afirmaciones de la independencia personal, bravo gritó de la Peña, ya excitado por el jerez, volvió a girar la veleta y el propio de los Ríos depuso la espada, que colgó en cualquier parte, nuevo giro y Pepa aventó al aire sus zarcillos, vuelta y de la Peña se despojó de la casaca, giro y Beltrana, resignadamente, se desembarazó de los escarpines, vuelta e Iriarte se sacó una bota, giro y Lupe decidió sin más ambages prescindir de la blusa sin cotilla, exhibiendo con orgullo unas tetas muy blancas y muy sensuales, vuelta y Beltrana se vio obligada a imitar a Lupe, no sin cubrir con las manos, azorada, los senos breves, giro y el gobernador se deshizo de la casaca, vuelta y Morales juzgó oportuno imitar a de los Ríos, giro y de la Peña se despojó de la camisa, vuelta y se vieron esta vez los senos macizos de Pepa, giro y Hortensia García se zafó un arete con languidez, vuelta y el médico Iriarte sacó otra bota, giro y Lupe se privó de la basquiña, sin zagalejo, para quedar en enaguas, vuelta y Morales mostró el pecho peludo, giro y Hortensia desatornilló cuidadosamente otro arete, vuelta y Lupe los hizo sufrir quitándose ahora los botines, giro y de la Peña arrojó una bota, vuelta y Hortensia inmoló un prendedor, giro y Beltrana quedó en iguales circunstancias que Lupe, vuelta y Morales aventó una bota, giro y Hortensia sacrificó un anillo, vuelta y Lupe los martirizó zafándose los pendientes, giro y el gobernador se quitó la camisa, vuelta e Iriarte ofrendó la casaca, giro y Hortensia se desabrochó el collar, vuelta y Lupe se bajó las enaguas dando la espalda, mostrando sólo las nalgas blancas y duras, pero hubo una rechifla y carcajeada la mujer les dio el

frente, su sexo ancho y boscoso que demoró un poco la continuación del juego, giro, vuelta, giro, vuelta, giro, giro, giro, ahora todos estaban como Dios los mandó al mundo, menos Hortensia García, a quien el gobernador trataba de persuadir de que quien quedaba último debía hacer un acto de generosidad y mostrar lo suyo, mas ella, cuyo cuerpo permanecía oculto aún por un ajustador de lienzo y ballenas gracias a los minúsculos arrequives que hizo valer como prendas, se negaba en redondo y cuando Iriarte, muy ebrio, quiso hacerle ver que era parte del juego, arguyó que se le antojaba indecente, y ante la insistencia de todos, especialmente de las muchachas, que no aceptaban encontrarse desnudas mientras otra permanecía vestida, declaró solemnemente que conocía sus deberes, que la querida del gobernador debía mostrar mayor recato, lo cual indignó a Beltrana, a la pobre Beltrana, transida de asco y vergüenza, llena del recuerdo de su madre profanada, quien le requirió si estaba ciega, si no veía que también el gobernador se encontraba tan en cueros como nuestro padre Adán, pero Hortensia, como Pepa hubo de reconocerlo al rendir testimonio ante los tribunales cartageneros, se mantuvo inflexible, así que todos debieron vestirse y de los Ríos aprovechó la frustración general para sacar de la casaca ribeteada de oro, puesta al desgaire en un asiento, un arrugado papel que leyó en alta voz, entre la estupidez alcohólica de los demás que, sin embargo, mostraron alarma, estaban perdidos, gobernador, había que sacar cuanto antes esos cofres del «Oriflama», pero el bastardo de Fernán-Núñez, siempre contradictorio, pidió calma, beberían hasta el alba y, llegada la hora, Pepa, Lupe y hasta esa gazmoña de Beltrana se apostarían en la Plaza Mayor y empezaría a llamar a gritos a Hortensia, de suerte que si Echarri se atrevía a salir de los caserones de la Inquisición, la alharaca aumentaría y el canonista, tan temeroso del ridículo, preferiría batirse en retirada, de ello estaba seguro y, aunque Morales alcanzó a tartajear que aquello parecía descabellado, los demás aplaudieron influidos por el vino y la fiesta continuó toda la noche, esa misma noche en que yo, tendida en el lecho de María Rosa, después de haber cambiado unas pocas, angustiosas palabras con Federico a través de los rollos, seguí viendo en el insomnio rostros macabros, apariencias familiares que súbitamente se tornaban diabólicas, mientras oía arriba el ir y venir del muchacho también insomne, creo que anduvo toda la noche de un punto a otro del mirador, hasta cuando, llegada la mañana, trató de releer, como por renovar su interés hacia el planeta verde, el *De revolutionibus orbium Coelestium* de Copérnico, en la edición de Ámsterdam, libro que veneraba como a un bondadoso mentor, donde se postulaba al Sol como centro de nuestro sistema planetario y a la Tierra como un cuerpo secundario en órbita suya, recusando las falsas creencias geocéntricas de Tolomeo, consignó por aparte las anotaciones que le acudieron a la cabeza y cotejó todo aquello con la *Megale Syntaxis* del equivocado astrónomo egipcio a quien, sin embargo, había que agradecer la rectificación del catálogo de estrellas fijas de Hiparco, el impulso que dio a la cartografía en sus remotos tiempos y su teoría musical, luego se dedicó a revisar y corregir sus propios conceptos, en particular aquéllos referentes al planeta Genoveva,

pero la mañana había avanzado demasiado, nos oyó a las mujeres desayunar en el comedor, pensó en comer algo también y, de pronto, recordó a los pescadores, ¿habrían vuelto a su trabajo, a contrapelo de la alarma general, y traerían hoy, otra vez, frescas mojarras para freír en el desayuno?, así que aplicó el ojo al catalejo, por ver si divisaba alguna barcaza o bote de vela, lo apuntó hacia el oeste y sus pensamientos se detuvieron, sintió la sangre abandonar su rostro, paralizarse sus brazos, lo que veía por el telescopio no eran barcas ni botes de pescadores, sino cerca de treinta velas que se aproximaban a la ciudad, entre ellas diez navíos de guerra de alto bordo, los mismos que vimos, el domingo anterior, en la ensenada de Zamba, y era la hora en que Pepa, Lupe y la pobre Beltrana irrumpían en la Plaza Mayor, colmada a esa hora de mercaderes, y mientras la última se limitaba a simular, plantándose en silencio frente a los balcones ruinosos, que cumplía las instrucciones del barragán de su tía, las dos primeras empezaron a moverse de un lado para otro, tambaleándose abrazadas y canturreando el nombre de Hortensia García, ante la indiferencia de los alguaciles, prevenidos por el gobernador para que no les tocaran un pelo, y el capitán de caballos José Vallejo de la Canal las observó un momento desde el atrio de la Catedral, antes de atravesar la plaza de Armas, quizá con el vago propósito de entrar en la Gobernación, y las vio desde la ventana de su despacho fray Miguel Echarri, que en ningún momento pensó hacer declaración pública alguna y que, al no obtener respuesta del mandatario, infirió que el oro se encontraba aún en puerto y prefirió replegarse en silencio para idear otra estrategia, aunque en verdad, según lo confesó mucho más tarde, creía perdida la partida y contemplaba, con angustia y cólera, la necesidad de presentar su dimisión y solicitar el traslado eclesiástico, pues no podía prever la reacción con que ahora, leída su carta amenazante, se dejaría venir de los Ríos, y vio de pronto a los Goltar, al viejo Lupercio y a su atontado hijo Federico, gesticular aterrorizados en el atrio, y vio a la gente desbandarse, en una repentina marejada que dejó herida, entre otras muchas personas, a Beltrana, inmersa por el vino en sus infrauniversos de pesadilla, de los que sólo semanas después tuve noticia, y lanzada por la multitud contra el filo de un adoquín, de suerte que sangraba lenta pero copiosamente su cabeza, y vio a Vallejo de la Canal, a quien no conocía, hurtar un penco atado a un poste y partir al galope en dirección a la bahía, y Lupercio instó al sargento mayor Ceballos a impartir sin tardanza las órdenes de requisición, para el recuento y embargo de caballos, vehículos, alimentos y otros pertrechos con destino a la defensa, y cuando llegaron, sin hacerse anunciar, al despacho del gobernador, encontraron a éste bailando sobre el alfombrado una jota aragonesa, que Iriarte acompañaba con una bandurria, mientras Morales, de la Peña y Hortensia García dormían la mona en moriscas sillas de cordobán.

IX

A nadie engañó la flota enemiga con las banderas inglesas izadas en la nave capitana, españolas en la almiranta y holandesas en la de gobierno, que tremolaban como señuelos de punta de cimillo en los palos mayores y en los picos cangrejos, pues todos sabíamos que se trataba de una escuadra francesa, en ello había acuerdo general, mientras las silenciosas embarcaciones, en número superior a veinte, daban fondo entre la ciudad y la punta de los Icacos, frente al arenal de Playa Grande, y ahora, inmóviles en la mar tendida, bajo el cielo aborregado y el marero viento, simulaban fantasmas de sal, como los corceles de mi sueño, que disfrutaran, antes de anonadarla, el espectáculo de la inerme ciudad, ahogada en los primeros resoles de abril, rodeada de tremedales cortados por esteros, que formaban islas bajas y tupidas de mangles cuyas raíces se elevaban por el aire y hacían una graciosa curva antes de sumergirse otra vez en el suelo pantanoso, en tanto que sus baluartes, baterías y fuertes se envolvían en un silencio que era como el eco medroso del mutismo glacial del enemigo, silencio extravagante bajo la opresión de la siesta en que, del palacio gubernamental, no brotaba aún una sola orden, el menor comentario, una previsión apenas, a despecho del pánico que atenaceaba a la población, del llanto de las mujeres en los templos, del alboroto de los negros que veían aproximarse una buena oportunidad para escapar del cautiverio, y yo encerrada en la alcoba de María Rosa sentía el terror estrujarme, pues fundadamente podía temer que en caso de una desbandada nadie se acordase de mí y me abandonasen en la más completa impotencia, así que me puse a golpear la puerta con un furor de los mil demonios, llamando criminales a los Goltar, exigiéndoles una libertad de la cual ellos no tenían el derecho de privarme, pero sólo me respondió otro estrambótico silencio lleno del eco de mi voz, entonces deduje un poco disparatadamente que todos habían huido, que la casa se encontraba vacía, y empecé a dar voces de socorro por la ventana que daba a la calle, aullé con todas mis fuerzas ante la indiferencia de las gentes que se atropellaban en su estampida, rompí a llorar y me puse a lanzar a la calzada, a riesgo de descalabrar a alguien, cuanto objeto hallé a mano sobre el tocador, dentro de la cómoda en las gavetas del velador, y estuve a punto de dar con uno de ellos en la carota perpleja de Federico, que desde el arroyo me pidió paciencia, ya subía por mí, mas cuando se encontró frente a la puerta informó con voz rota que su madre rehusaba entregarle la llave, le pregunté dónde rayos se hallaba Cristina y me dijo que anegada en llanto en sus habitaciones, donde María Rosa trataba en vano de tranquilizarla con infusiones de salvia y toronjil, le ordené en mi tono más agudo que arrebatase las llaves a quien las tuviera, que no iba a quedarme esperando allí, encerrada, a que la escuadra francesa iniciara el bombardeo, creo que él ni siquiera se

detuvo a reflexionar sino que obedeció mecánicamente, lo cierto es que unos minutos más tarde oí el sonido metálico de la cerradura y me vi por fin libre, entonces rechacé el abrazo que me reclamaba, subí en un vuelo al mirador y dirigí el anteojo de larga vista hacia la flota alineada en el horizonte, llena de ese aire de irrealidad que no era sino una proyección de nuestras plegarias, quieta como la lámina ilustrativa de un poema heroico, y sentí a Federico situarse abochornado a mi lado, evidentemente había aprovechado la confusión de la plaza de Armas, el momento en que su padre y el Sargento Mayor entraron frenéticos a la Gobernación, en que todos trataron de ubicarse lo mejor posible en los puestos desde los cuales deberían defender la plaza, para escabullirse y regresar aquí, porque rehusaba batirse, no presentaría combate, que lo llamaran cobarde o traidor pero no haría un tiro contra el enemigo, posición que no compartía pero que me vi obligada a bendecir, pues de no regresar el muchacho la angustia me habría matado a puntillazos en el encierro, y por un instante me vi tentada a hostigarlo, a hundirle las espuelas para que depusiera esa actitud a todas luces pusilánime, quería saber si eran en realidad sus ideas las que le impedían presentar batalla, o si era como me lo temía el simple miedo, porque en aquellos tiempos ignoraba que el miedo antes azuza que impide combatir, y, en cambio, el repudio de la violencia, confundido a menudo con la cobardía, es una fuerza tan activa que puede conducir al sacrificio pasivo, pero vi en la mesita, viejos y sabios, la *Megale Syntaxis* de Tolomeo y el *De revolutionibus orbium Coelestium* de Copérnico, que él hojeaba aquella mañana, y algo me impidió seguir adelante, así que preferí callar, volví a examinar con el catalejo los navíos franceses y, de pronto, pensé que esos espantajos del mar, fondeados allí, silenciosos, frente a nosotros, me despertaban ahora del sueño de la niñez, que creía concluido mucho antes, y me colocaban ante la absurda realidad del mundo, ante la arrogancia de esa ínsula tenebrosa que es el hombre, y empañé con una muda lágrima la lente del reflector, porque imaginé a mi padre, con uno muy parecido, en San Luis de Bocachica, observando atento también al enemigo, escuchando aquel silencio agorero como si se tratara de un estruendo de máquinas fantasmales, viendo al mar quebrar, impasible, sobre el fuerte, un tetrágono de sesenta toesas de longitud, sin camino cubierto, con dos porciones de contraescarpa, donde un mísero puñado de hombres se aprestaba a defender el acceso de la bahía, mar todavía encrespado, mar de abril, traicionero, y todos oímos en aquel momento las descargas, que profanaron el inquieto silencio, nutridas descargas de artillería que no provenían, como al cabo de unos segundos lo comprendimos, de la flota francesa, sino que habían sido lanzadas desde el baluarte de Santa Catalina, en la banda meridional de la ciudad, indicio para los castellanos de las fortificaciones de que al fin el gobernador Diego de los Ríos había despertado de la curda y quería hacerse notar, entonces froté rápidamente un paño sobre el cristal y volví a observar al enemigo, y vi cómo, en un santiamén, las falsas banderas fueron arriadas en los bajeles forasteros y a toda prisa se izaron los pabellones de Francia en los diez navíos de alto bordo, en el bergantín, en los dos buques de transporte, en la

galeota, en los cuatro pequeños barcos lanzabombas y en las siete fragatas, también en aquellas siete fragatas donde, junto a la enseña blanca y flordelisada del rey galantuomo, ondeó al tiempo el trapo negro con la blanca calavera y las tibias cruzadas de los filibusteros de la Tortuga, de los carniceros del Caribe, entre cuya horda estaba, pensé, ese maldito Leclerq que parecía arrobar a Federico, en cuya intensa palidez reparé entonces, mientras aguardábamos la inminente respuesta de los franceses, que sin embargo callaron, con un esfuerzo podía casi verlos maniobrar en sus navíos, subir y bajar por las arboladuras o inclinarse sobre el bauprés para mejor reconocer la plaza fuerte, y transcurrieron minutos muy tirantes, envueltos otra vez en ese intolerable silencio, más duro que el sonido de las descargas, antes que la galeota lanzabombas y los bajeles identificados como «Fort» y «Mutine» comenzaran a avanzar, a cabalgar sobre el crespo oleaje, para acercarse a la Boquilla, una legua al norte de la ciudad, paraje desguarnecido, de anchas playas reverberantes, y serían las tres o cuatro de la tarde cuando echaron botes al agua, intentarían sin duda un desembarco en aquel sitio, y noté que Bocachica enmudecía con un mutismo más conmovedor que el del resto de la plaza fuerte, supuse que Sancho Jimeno, viendo que los franceses no se animaban a disparar, prefería ahorrar municiones, supuse a mi padre haciéndole ver cuan locos estaban los atacantes si pensaban encarar ese oleaje frente a la Boquilla, me pregunté si no habían sido un poco estúpidas las descargas de Santa Catalina, para tener que concluir que no habían estado del todo mal como simple demostración de fuerza, pero sé ahora que mi padre habría reído ante ese pensamiento, fuerza, bah, más bien bravuconada, la ciudad se encontraba indefensa, el gobernador había dejado aherrumbrar las armas en los baluartes y toda falsa demostración no haría sino dejarnos más inermes, y vi entonces cómo la resaca hacía desistir a los franceses de su proyectado desembarco, vi a través del catalejo cómo la chalupa donde, en apariencia, a juzgar por los atavíos, iba el almirante de la flota, zozobraba y el hombre debía aferrarse a un bote de marineros, vi al reflujo marino rechazarlos como con zarpas vivientes, y aquello me inspiró una estúpida sonrisa que luego troqué en mueca, pues el fracaso de aquel primer intento obligaría a un ataque por Bocachica, donde mi padre debía seguir aquellos movimientos con la mente puesta en Cipriano, en mi pobre hermano sumido entre ese pelotón de voluntarios que deberían dar su sangre, en balde, por la defensa de una ciudad ya condenada, como Jerusalén, a la destrucción, al saqueo, al martirologio, y Guido Aldrovandi me vio llorar cuando llegué a ese punto del relato, que hacía sólo por disipar en mi imaginación las negras reflexiones del cautiverio, pero que me hacía revivir con un poder brutal la pesadilla, y dijo con melancolía que una batalla perdida apenas si podía ser un poco más triste que una batalla ganada, pues él en su ya lejana juventud, en su Bolonia natal, había cometido la tontería de retar a duelo a un hombre por algún asunto de faldas, y hubiera sido de ver lo amilanado que pasó aquella noche, pensando en la segura muerte que lo aguardaba al amanecer, ya que su rival era un experto tirador, y la alegría que lo invadió cuando lo vio abatido en el campo del

honor y se supo victorioso, pero también la congoja que no pudo evitar al examinar el cuerpo casi adolescente, cuya sien derecha mostraba ese agujero irremediable que como un ojo acusador y sanguinolento lo había perseguido por el resto de su vida, razón por la cual cambió su carrera de mercenario por la de geógrafo, hombre al servicio de la ciencia, y abrazó las ideas humanitarias de nuestra organización, entonces le pregunté si nuestros cofrades no habrían previsto también la situación en que nos encontrábamos, si no acudirían en auxilio nuestro, y se manifestó pesimista, opinó que ahora sólo un milagro podría salvarnos de ser ejecutados por estos zafios que se creían depositarios de la fe de Cristo y veían un enemigo o un hereje en cualquier extranjero, porque, según dijo, España era sólo tierra de ensoberbecidos bedeles, de dominicos erigidos en dómines, y esto me fastidió un poco, a pesar de las circunstancias, y como a Voltaire alguna vez sobre la quema de Miguel Servet, refresqué a Aldrovandi la memoria acerca del origen bolones de la Orden Dominicana, lo cual le arrancó sólo una sonrisa amarga, pues según dijo no eran horas de hacer malas cachadas, entonces vimos entrar una tímida luz de sol detrás del chirrido de alguna puerta que alguien franqueaba al fondo, y comprendimos que había llegado el momento de la verdad, una tropa de reclutas venía en nuestra busca, acaso para conducirnos frente a los fusileros, sonaron candados y armellas, el oficial nos hizo marchar de regreso por el dédalo de pasadizos, olorosos a humedad y a incuria, hasta encararnos otra vez con el capitán preboste, el mismo que nos arrestó en las goteras de la Venta de Aquerreta, que a esa hora, tras una evidente noche de amor, engullía un abundante desayuno navarro y nos dijo por puro formulismo, o por maléfica ironía, que había para todos, pero Aldrovandi se apresuró a preguntarle de qué éramos acusados y él hizo un gesto vago, siguió masticando a mucha conciencia su pitanza y nos invitó a sentarnos a la mesa, vamos, vamos, coman algo, yo estaba tan muerta de hambre que tímidamente acepté un panecillo, entonces nos preguntó hacia qué parte de Francia nos dirigíamos, le mentimos que a Bayona, que éramos marido y mujer y que habíamos venido a España a visitar a mi madre enferma, pues yo era andaluza, mi marido un comerciante bolones, gente de paz, y él rió maliciosamente, ayer los perseguí la mitad del día, nos dijo; la ventera de Artajona acertó, ustedes se dirigían al paso de Roncesvalles, hay orden de disparar sobre el que intente atravesarlo sin reportarse con los retenes militares, rastreamos los pasos de una francesa que escapó de una prisión en Madrid en compañía de un fraile, veo que usted no es francesa aunque un bolones bien podría ser dominico, les he salvado la vida, en fin, les creo, vamos, vamos, coman algo y les escoltaremos hasta el paso, no, usted no es francesa, una gabacha no pronunciaría esa erre andaluza, yo soy éuscaro, ya sabe, de la ruda Euskalerría, de la ría de Ondárroa, mi erre es más fuerte, ¿lo ve?, mis antepasados fueron marineros vizcaínos, constructores de barcos, me crié en Bilbao, estos navarros sólo a medias son vascos, también son medio franceses, gente no de fiar, ustedes los andaluces, vaya, quiero decir las andaluzas, son la sal de la tierra, pero usted es bolones, cagóme en diez, usted debería ser investigado, Italia está

llena de charlatanes, de mercenarios, ¿es usted saltimbanqui?, no, no, ya lo sé, comerciante en Bayona, sí, sí, italianos y franceses se aman como buenos enemigos de España, coma usted algo, nosotros los vascos no somos muy españoles que se diga, así que descuide, los escoltaré hasta el paso, no es usted un fraile dominico, ¿verdad?, no, no, no lo parece, ni usted una gabacha, no lo creo, aunque si fuera bearnesa bien podría pronunciar una divina erre, ¿quién me dice que no?, pues no sobrarían unas buenas preguntas, hábleme de Bellido Dolfos, ¿sabe quién fue Bellido Dolfos?, usted lo ha dicho, sí, el héroe o quizá el hijo de puta que asesinó a don Sancho ante los muros de Zamora, claro, ¿eh?, claro, es usted una española de pies a cabeza, ¿qué sabe de la fiesta de toros?, hábleme de ella, hábleme del zapato moruno, chula, del correón ceñido, aquí en Navarra ha sido famosa la vacada de Carriquiri, pero no, usted ya es una francesa, quiero decir, una española afrancesada, podrían haberla tomado por gabacha en Madrid, ¿verdad?, pero cálmese, mujer, yo creo su historia, voy a escoltarlos hasta el paso de Roncesvalles, júrenme por sus madres santas que nunca volverán a pisar suelo español, así su madrecita tenga el alma entre los dientes, ¿entendido?, lo juramos y yo me lo rejuré rabiosamente en mi interior, nunca más España, nunca más, entonces el capitán preboste soltó un terminante eructo y ordenó que preparasen los caballos, que nos cambiasen los nuestros por otros menos exhaustos y emprendimos el viaje, con una escolta de tres soldados, siempre bajo el azote de palabras del vizcaíno, diga usted naranja, mi querida señora, vaya, qué jota tan suave, en fin, jota andaluza supongo, ¿conoce la jota navarra?, no, no, me refiero al canto popular, dicen que se llama así en homenaje al poeta Abén Jot, sabrá Dios quién era, y volviendo a su jota, señora, qué suave, pero yo de jota andaluza no entiendo ni jota, ¿lo ve?, un juego de palabras y usted lo festeja, luego es española, comprende el idioma, pero una vez amisté con un indiano, un novohispalense o mexicano como dicen, diablo de hombre, no sólo entendía nuestro idioma sino que también su jota era suave, ¿no será usted indiana?, claro que no, ¿qué haría una indiana tratando de cruzar el paso de Roncesvalles?, ¿y con un bolones hijo de puta?, porque lo es, ¿verdad, *signore*?, y aquí Aldrovandi tragó saliva, arrostrábamos de nuevo los abruptos estribos del Pirineo español, por fortuna el vizcaíno cambió de conversación, se puso a hablar de la somanta que dimos los españoles a Carlomagno por estos predios, en tiempos de Abderramán, ¿verdad, mi querida francesita?, y el resto del tiempo lo pasó parloteando sobre la injerencia de España en Italia, sobre la conquista de Nápoles, sobre el ducado de Milán, sobre la desastrosa Paz de Utrecht, que perdió para la Corona aquellas posesiones, y por fin, bajo una borrasca de viento y de nieve, abordamos el paso pirenaico, cabizbajo Aldrovandi, yo aterida bajo mi indumentaria nada apropiada, entonces el capitán preboste me observó con ojos codiciosos y dijo que, en definitiva, mis carnes cuarentonas no estaban del todo mal, faltaba pues una minucia, una última formalidad, para franquearnos el camino a Francia, y ésta podríamos llenarla él y yo entre aquellos pinos tan discretos, dio órdenes a los soldados de rodear a Aldrovandi, me encañonó con la pistola y me

conminó a avanzar hacia el bosquecillo, plateado por un césped de escarcha, no tuve más remedio que obedecer, torcí el rumbo a la cabalgadura y me encomendé a mis antepasados, con igual fervor que lo hice al caer la noche, aquél trece de abril, cuando las sombras extendieron su complicidad sobre la flota francesa, confundiendo con las naves que, a través del catalejo, inventaban absurdas morfologías, artrópodos llenos de diminutos y articulados apéndices, y aunque en toda la tarde no habíamos sabido de Cristina ni de María Rosa, clausuradas por el pánico en la alcoba principal, me preguntaba en qué sitio de aquella casa hostil debería dormir, si en el mismo cuarto donde permanecí prisionera cinco noches, si en este mirador donde Federico sufría en silencio, sin atreverse a romper el hielo que le impuse desde la prima tarde o si en mi propia casa, en la plaza de los Jagüeyes, donde me sobrecogería de soledad, entonces vi al muchacho, que ahora tenía el antejo, dirigirlo hacia la eclíptica y comunicarme que, allá arriba, mi planeta empezaba a distinguirse, parece como si nos viera, como si tratara de hacernos llegar un mensaje, pero preferí no hacerle caso, sentía un irreprimible deseo de hacerlo sufrir, después de todo no había movido un dedo para evitar la prisión a que sus padres me habían condenado, se había limitado a tratar de comunicarse conmigo mediante unos rollos que hacían torturante la expresión hablada, en cierto modo ahora me parecía demasiado niño para aspirar a mi amor, ya se sabe que para las mujeres amor implica protección y él ni siquiera parecía apto para protegerse a sí mismo, para protegerse de su inocencia, tan parecida a la tontería, y me arriesgué a bajar un instante, en busca de algún esclavo que nos proporcionara algo de comer, pero a esa hora los negros, conscientes de que algo iba a dar un vuelco en la ciudad, de que Lupercio había partido hacia algún baluarte y de que en casa sólo quedaban mujeres y niños, empezaban a armar un bullerengue en el patio, danzando alrededor de un árbol, lo cual era, sin duda, su modo de decir que se declaraban en rebeldía, que sabían a la ciudad desprovista de quién hiciera valer intramuros la ley, de modo que preferí volver pero, cuando iba a tomar la escalera del mirador, una voz me sobresaltó desde alguna penumbra, señorita, les he preparado unas tortas, un poco de arroz, y vi avanzar a Bernabé con dos platos, que Federico y yo comimos en silencio, mientras crecía abajo la algarabía de los negros, que ponía otro matiz siniestro en aquella noche de 1697, luego caímos extenuados sobre el suelo de piedra, sin otra idea que la de dormir si era posible, si era que los acontecimientos no se precipitaban, y lo hicimos a la mayor distancia el uno del otro, como tratando de materializar esa barrera que nos separaba, creo recordar que desperté a medianoche sin saber dónde estaba ni qué día era, y al ver el bulto de Federico a unos pasos, creí que se trataba de mi vieja nodriza negra en alguna noche de diez años atrás, pero al amanecer el despertar fue muy nítido, entre un fragor infernal, porque la galeota francesa acababa de iniciar el bombardeo, vomitaba fuego sin respiro, saltamos del piso enloquecidos y vimos cómo el tejado de una casa vecina se hundía bajo la ígnea masa de una de esas esferas empleadas por el Royal Régiment que el difunto Louvois organizó para Luis XIV, entonces Federico me alzó en vilo y

tornó atolondradamente el camino de las escaleras, vi a Cristina y a un grupo de esclavos precipitarse en desorden hacia la calle, a nuestro lado María Rosa, en camisa de dormir, al reparar en mi presencia clavó en su hermano los ojos grises y en ellos brilló toda su inquina, la calle era otro turbión, un tropel de clarisas soñolientas, cuyo convento acababa de ser alcanzado en alguna cornisa, corría y gritaba de un lado a otro, algunas de ellas medio desnudas, varios niños, abandonados por sus padres, gimoteaban en pleno arroyo, peligrando de ser aplastados por la marea humana dentro de cuya avalancha nadie parecía razonar, todos pensaban en salvar como fuera su propio pellejo y vi a hombres muy maduros llorar a moco tendido, sin saber en qué dirección escapar, aun así creo que Federico se esforzaba por mantener la serenidad, imploraba calma a María Rosa y a su madre, que chillaban aferrándose a sus brazos, vimos a los esclavos huir en desbandada, el bombardeo no cesaba y la confusión no hacía sino agravarlo, un enfermo de gota coral se contorsionaba en una esquina, dándose de topetones contra los muros, de pronto nos encontramos en la plaza de Armas, frente a la Gobernación, donde alguien leía un bando en el que Diego de los Ríos conminaba al orden y amenazaba con la pena capital a quien desertara de la plaza, unas cuerdas más allá supimos por un grupo de campesinos que se habían doblado las guardias en las puertas de la villa y que nadie podría abandonarla, nos quieren dejar morir acorralados, como animales, lloriqueaba un comerciante, ya olvidado de sus mercancías, y que Dios nos socorra, gritaban las mujeres, entonces pregunté a Federico qué íbamos a hacer, me dijo que en su opinión lo mejor sería volver a casa y esperar la bomba donde fuera a caer, pero Cristina y María Rosa se resistían y vociferaban que debíamos refugiarnos en el arrabal de Getsemaní, más a cubierto del fuego, así que de pronto nos vimos en una tortuosa callejuela, frente a una casa de madera cuya propietaria, al reconocer a los respetables Goltar, nos apremió a entrar y sólo entonces Federico me depositó en tierra y seguimos por el umbral a su madre y a su hermana, para llegar a una sala donde, dormida en un diván, medio arropada por unas sábanas, vimos a una mujer muy joven, envuelta en un vendaje la parte superior de la cabeza, circunstancia que nos forzó a guardar un silencio circunspecto al ocupar los asientos restantes, mientras nuestra anfitriona iba por unas tisanas para calmar el nerviosismo, muy agudo en Cristina, que parecía recorrida por un mal presentimiento, y en el sector principal de la ciudad seguían oyéndose los estallidos, pues la escuadra enemiga no daba tregua al bombardeo y, desde las casas altas y los miradores, algunos tozudos catalejos seguían observando a las naves, todavía en el mismo emplazamiento, con los ventrudos costados desafiando a las olas y los cañones curioseando por las cuadradas escotillas, lo cual no impidió que a las doce del día, según la costumbre, las campanas de la catedral dijese el Ángelus meridiano, ahogado su tañido por el áspero estruendo de pasavolantes y pimentelas vomitados por los pequeños barcos y la galeota lanzabombas, que ya habían motivado varios incendios, casi todos en mi barrio de San Diego, precisamente hoy, cuando el cielo dilatava su azul translúcido y los chubascos de los

días anteriores no acudían en nuestra ayuda, y desde nuestro refugio podíamos oír cómo respondían las baterías cartageneras con anchos compases de espera, tratando evidentemente de economizar municiones, circunstancia que al enemigo no pasaría inadvertida, pues el gobernador había pedido a los castellanos actuar siempre a la defensiva, con extrema cautela, a despecho de las sugerencias del capitán Vallejo de la Canal, partidario de tomar la iniciativa y no dejársela a los franceses, motivo por el cual de los Ríos le vedó esa tarde el acceso al palacio, le pedía desaparecer de su vista, no interferir, él sabría arreglárselas como comandante de la plaza y no necesitaba consejos de segundones, en tanto las viviendas, todas muy modestas, del arrabal de Getsemaní, el área menos castigada de la ciudad, eran invadidas por tropes de monjas que imploraban albergue, pues habían tenido que desalojar los conventos de Santa Teresa y de Santa Clara, y las gentes que se deslizaban como ratones escurridizos por las calles, se hacían lenguas en los portales sobre la presencia de los bucaneros de la Tortuga, famosos por su habilidad para filtrarse en una plaza por la más miserable brecha, ahora parecía obvio que el almirante de la flota francesa, ignorante de la resistencia que pudiera oponer Cartagena, había hecho escala en Santo Domingo y solicitado al gobernador de los establecimientos franceses de la isla formar con los filibusteros un cuerpo expedicionario, lo que no podíamos saber era bajo qué condiciones se habría cerrado aquel trato y a qué precio los piratas habrían aceptado militar bajo el pabellón de Luis XIV, ya que, a la postre, no acataban a gobierno alguno y su capital, Basseterre, era sólo un emporio de despojos, lo cual nos forzaba a recordar, a los espantadizos moradores de la ciudad, la leyenda sangrienta de Henry Morgan, el depredador inglés, muerto por fortuna hacía más de diez años, pero que en otros tiempos había assolado las costas de Cuba, se había llegado a apoderar de Portobelo, había derrotado a una escuadra española y saqueado e incendiado a Panamá, pese a lo cual disfrutó, en sus últimos años, de patente de corso del rey Carlos II de Inglaterra, que en mala hora no fue decapitado como su padre, y por si fuera poco recibió el nombramiento de gobernador de Jamaica, pues estaba de moda, por aquellos años, honrar a cuanto pirata azotara las colonias españolas o expoliara los galeones de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, como prueba ese francés, Jean Bart, a quien Luis XIV otorgó, hacía sólo tres años, cartas de nobleza por la audacia con que, a la cabeza de apenas seis naves, apresó a un convoy holandés y a tres de los barcos custodia, lo cual se traía a colación porque tanto Morgan como Bart hubiesen podido equipararse con mansos franciscanos frente al arrojamiento sanguinario de los hombres de la Tortuga y porque, en este caso, su reclutamiento debía haber sido garantizado, como en otras ocasiones, por el gobernador de la porción francesa de Santo Domingo, el muy temible Jean-Baptiste Ducasse, marino bearnés cuya bravura no era cosa de ponerse en discusión, pero cuya falta de escrúpulos se dejó ver no sólo en los saqueos, al mando de *freebooters*, de los puertos antillanos de España, sino en sus antiguas ejecutorias como tratante de esclavos al servicio de la Compañía del Senegal, y era lo cierto que Ducasse, apodado

el *Petit-Goave* o el *Pitiguao*, merecía al rey galantuomo tanta consideración como Bart, de forma que podíamos legítimamente suponer que viniese al mando de las fragatas de bucaneros, cuyo proceder, si la ciudad caía, no sería ciertamente el mismo que cabría esperarse del almirante de la escuadra francesa, a quien debía, en cualquier circunstancia, considerarse corsario pero no pirata, rumores que circulaban ahora de boca en boca y que María Rosa, con la respiración cortada y una especie de placer macabro, recogía y convenientemente exageraba en la puerta de calle, todavía en camisa de dormir, mientras la dueña de casa, a quien por esos días no conocíamos aún, pero que dijo llamarse Hortensia García, prodigaba alimentos y cuidados tanto a Cristina, que no se reponía del estado de postración en que se encontraba desde la mañana de ayer y ahora, pálida y con los ojos un tanto extraviados en los delirios de la crisis, disparataba, sobre exóticos almohadones, en el lecho de la anfitriona, como a Beltrana, cuya herida, recibida en la Plaza Mayor, parecía grave, de tiempo en tiempo despertaba sin alcanzar a comprender lo que acontecía, pues las lejanas explosiones debían agigantarse en su cabeza febril, así que iniciaba un llantito continuo, sólo mitigado a ratos por los caldos de sustancia de gallina que Hortensia misma le administraba por cucharadas, muy lentamente, como debí administrarlos yo, veinticinco años más tarde, a mi querida Marie, cuando su tos y sus desmayos se hicieron más frecuentes, y por consejo de Pascal de Bignon emprendimos, con dineros de la logia, un penoso viaje a Prusia, a la corte de Federico Guillermo I, el Rey Sargento, de cuyo médico, un tal Jorge Ernesto Stahl, se tenían buenas referencias en el Cloître-Notre-Dame, pero este anciano melancólico, arisco, irascible, que para iniciar el tratamiento nos obligó a residenciarnos durante más de tres meses en la vieja y pintoresca ciudad hanseática de Halle, sede universitaria con austeras reminiscencias luteranas y aletear de polémicas teológicas, con las torres cupulares de la iglesia gótica de Nuestra Señora, unidas por un puente, como vasos comunicantes que simbolizaran el uno a la ciencia, el otro al prejuicio religioso que la instilaba, me parece que, lejos de aliviarlo, agravó el estado de mi pequeña idolatrada, pues sostenía que cualquier enfermedad era simplemente un trastorno de la supremacía del alma sobre el cuerpo lo cual motivaba una mala distribución de la sangre en el organismo y, en el caso concreto de mi protegida, cuyos accesos se acompañaban de expectoraciones sanguinolentas, a una carea excesiva de sangre en el pecho, para cuya cura recetó sangrías, que acabaron debilitando aún más a Marie, cuya vida veía escaparse con desesperación, hasta que, un día, oí disertar a Stahl sobre el proceso de la combustión, que él explicaba, y toda Europa lo seguía en este punto como un solo papamoscas, mediante la teoría mística del flogisto, sustancia espiritual, contenida según él en las materias combustibles, que emanaba al ser recalentado el metal, momento en que éste pasaba a convertirse en una cal metálica, mas yo recordaba cómo mi cofrade Tabareau, que no era precisamente antiespiritualista, habida cuenta de su condición de gran maestro parisiense del espiritismo, pero que sí fue en cambio uno de los mejores alquimistas de la época, me había demostrado alguna vez, en su

laboratorio, cómo la combustión consistía tan sólo en la combinación de la sustancia combustible con los gases del aire, ya estudiados en la antigüedad por Teofrasto y San Clemente de Alejandría, y haría unos tres siglos por Eck de Sulsback, hecho palmario que aun ahora, pasadas tantas décadas, la ciencia se resiste a aceptar, de manera que, horrorizada ante este animista cristiano que podía acabar con la vida ya lánguida de mi Marie de un día para otro, hicimos valijas y fuimos a parar, un poco desesperadas, a los baños termales de Aquisgrán, esa bella ciudad gótica llamada Aix-la-Chapelle por los franceses, acaso por la marmórea capilla donde son conservados los restos mortales de Carlomagno, y Aachen por los alemanes, quizá por su nombre latino de Aquis Granum, villa imperial libre, con grandes privilegios, donde casualmente, en los manantiales, trabamos relación con el inefable barón von Glatz, verdadero excéntrico, de origen polaco, ya que había nacido en Klodzko, pero germánico de espíritu, que poseía, sobre una colina de los alrededores, uno de esos castillos, como los franceses del Loira, que eran en realidad palacios y que tanto proliferaron en el siglo XVI, un bastionado alcázar, de silueta almenada y sombría, como la del mismísimo de Elsinor, donde el príncipe Hamlet juró venganza a la sombra de su padre, en el cual nos invitó a instalarnos porque, según dijo, la enfermedad de Marie únicamente debía ser tratada por su amigo el profesor Armando Boerhaave, a la sazón residente en la ciudad holandesa de Leiden, pero cuya visita esperaba muy en breve, ya que solían reunirse para discutir cuestiones científicas, de modo que una tarde nos vimos en aquella lujosa fortaleza rodeada de bosques y avenidas de álamos, llena de trofeos cinegéticos, de armaduras, de viejas moharras de guerra, de manguales cruzados, de feroces pieles tendidas sobre las alfombras, de tablas al óleo con rostros iracundos y bigotudos, de finas vajillas, de porcelanas eróticas que reproducían las muchas posturas del amor, también de una numerosa servidumbre que no nos permitía esforzarnos por nada, ni siquiera por fregar nuestro cuerpo en la bañera, pues siempre había un doncel dispuesto para ese menester, y yo temía que la salud de Marie se viese empeorada por aquellas cariciosas manipulaciones, pues a mí misma me enervaban esas manos suaves, casi de niño, frotando con roce de pluma nuestras entrepiernas, nuestros pezones que se endurecían al instante, motivando en él una inocente o acaso pérfida sonrisa, mas por el momento nuestra mayor preocupación consistía en colocarnos a la altura de la intrincada erudición filosófica y científica de nuestro huésped, que obsesivamente se lamentaba de la pésima interpretación dada por la Escolástica a la metafísica de Aristóteles, al confundir el concepto de un Dios que es pura energía con aquel otro, erróneo, del acto puro, de la actividad *per se*, que haría de la divinidad aristotélica *un roi fainéant*, y que deplorablemente establece la dicotomía espíritu-materia que indujo a todos los errores de la filosofía moderna, ya que la fuerza pura con que Aristóteles identificaba a Dios no podía ser ni espíritu ni materia, sino simplemente energía, vida, como todo el universo no es más que eso, según el barón von Glatz, para quien aun los fenómenos extraños, como el de los llamados espíritus, invocados

por nuestro común amigo Tabareau, no se diferenciaban sustancialmente del universo conocido, de nuestro mundo cotidiano, salvo porque eran de más difícil percepción por nuestros sentidos, pero ello no podía otorgarles categoría diferente de lo que conocemos como naturaleza, que en realidad es sólo energía, vida, como no otorga al aire carácter sobrenatural el no poder ser percibido por nuestra vista, así que, para von Glatz, el universo estaba compuesto de un único elemento fundamental, al cual Benedictus Spinoza, que veía en él al Dios inmóvil y acabado, y en el mundo a la suma de sus accidentes, por escribir en latín se vio impelido a llamar sustancia, voz que al denotar lo subyacente era por desdicha dicotómica, del cual procedían todas las manifestaciones que llamábamos materiales y aquéllas que vagamente calificábamos de espirituales, en un lenguaje que llevaba aparejados el error y la discordia, ya que, si prescindieramos de aquella dicotomía, las hipótesis materialistas o espiritualistas dejarían de ser, o más todavía, si el devenir, como lo suponía Aristóteles, consistía en la suplantación de una forma por otra, o en el tránsito de la potencia al acto, de la *materia prima* a la *forma substantialis*, deberíamos convenir en que todo elemento llevaba inherente sus potencialidades formales, lo cual descartaría cualquier dicotomía espíritu-materia, y el universo se nos presentaría mucho más sencillo, siempre y cuando contásemos con la necesaria humildad para confesar que, en su mayor parte, nos era todavía desconocido, y el barón se atusaba satisfecho el frondoso bigote, llevando lentamente a los labios el menjurje polaco, una especie de aguardiente cuya fabricación había logrado en su propiedad gracias a una vieja fórmula de su familia, cuyo origen humilde ocultaba bajo el pomposo título que, por algún servicio meramente pecuniario, debió otorgarle algún príncipe elector, y así nos entretuvo, en el mundo de la pura teoría, durante unas tres semanas, siempre a la espera de la llegada del profesor Boerhaave, hasta que una noche en que hacía mofa de la idea de Rene Descartes de situar el alma humana en la glándula pineal, los ojos le brillaron de repente y nos preguntó si estábamos dispuestas a presenciar un experimento que, quizás, nos perturbara un poco, pero que clarificaría nuestra visión del universo, a lo cual accedimos a pesar de mi preocupación por el estado de Marie, no muy propicio para emociones fuertes, entonces el barón mandó llamar a Franz, quiero decir al doncel que nos enjabonaba en la bañera, le ordenó cerrar todas las puertas y apagar la mayoría de los candelabros, de suerte que quedamos en una parpadeante penumbra, donde la escasa luz era como un soplo rojizo emanado de apenas uno o dos velones, luego le ordenó relajar su cuerpo sobre un diván y concentrar los ojos en una de las débiles llamas, para empezar a susurrarle, en voz apenas perceptible, órdenes o, más bien, sugerencias de absoluto reposo, de abandono de sí mismo, de obediencia, hasta ponerlo en trance hipnótico, momento en que inició una cadena de insinuaciones dirigidas a que el adolescente progresivamente retrocediera en el tiempo, se remontara a su niñez, al instante de su nacimiento, y aquí Franz comenzó a emitir vagidos de criatura, era evidente que se sentía física y anímicamente transportado a sus primeros meses de vida, pero el barón fue más allá,

le pidió trasladarse a una época anterior a su parto, buscar en esas sombras prenatales el rastro de una vida pretérita, y al cabo de un rato, durante el cual naufragó en una angustia lastimera, el muchacho se puso a balbucear palabras que no entendíamos, que sin duda pertenecían a una lengua muy diferente de la alemana o de cualquier otra que conociéramos, pero esto no era lo más curioso, sino el extrañísimo timbre de su voz, que recordaba el de una mujer entrada en años, cuyo acento y algunas palabras identificadas al azar, tales como *dobro, pravilno, dovoljno, hvala lepo*, me hicieron por fin comprender que se expresaba en alguna lengua eslava, probablemente el serbio, que unos años atrás escuché a uno de los conserjes de la logia, oriundo de Belgrado o, como él decía, Beograd o Ciudad Blanca, mas nada de aquello, como lo expresé al barón con franqueza, se acercaba a ser algo concluyente, pues el chico bien podía proceder de los Balcanes, ser un pasable imitador de voces, estar jugándonos una broma, y aquí vi una sonrisa de triunfo en el rostro de von Glatz, porque, según dijo, Franz había sido criado por él mismo a la muerte de su madre, antigua servidora suya, hija de mineros carboníferos de la Prusia Renana, se había preocupado de mantenerlo en la más absoluta pureza mental, incapaz de falsedad o de malicia, tal vez por ello su deleite sensual, al jabonarnos, se nos antojaba tan diáfano, tan impoluto, al punto de no inquietarnos el que escudriñara maravillado en nuestras intimidades, aun así el barón comprendió que no había acabado de persuadirnos y dejó las cosas de ese tamaño, no parecía muy interesado en convencer a nadie, sólo en despertar inquietudes, y llegó el día en que las campanillas de un coche nos avisaron el arribo del profesor Boerhaave, un cincuentón de mirada penetrante, cabellos rizados y nariz de albóndiga, que al examinar a Marie conceptuó que su mal radicaba en los pulmones, que sus frecuentes fiebres se debían a la fricción acrecida en las venas por una sangre más espesa, la cual aumentaba, a la vez, la frecuencia de su pulso y originaba los desmayos y los accesos de irritabilidad, así que prescribió unos cuantos meses más de baños termales en Aquisgrán, un régimen alimenticio rico en huevos y carnes y, dada su debilidad, una absoluta abstención sexual, si es que era ya activa en ese terreno, luego inclinando la cabeza opinó que la enfermedad no parecía de buen pronóstico, que había conocido casos en los cuales consumía al paciente en cuestión de meses y dijo que sería necesario, de parte de esta adorable niña, un gran esfuerzo de superación moral si deseaba triunfar sobre mal tan traicionero, entonces el barón von Glatz, siempre obsequioso, nos insistió en que permaneciéramos en su castillo todo el tiempo que así lo deseáramos, no importaba que él se viera obligado a abandonarnos, por asuntos de negocios, una que otra vez, y en una forma tan simple se inauguró, ese día de 1722, aquella larga temporada de sesudas reflexiones o de juegos frívolos y deliciosos, en que la bondad de Magnus Boerhaavius, como sus discípulos llamaban al profesor, unida a la esplendidez y al desenfado del dueño de casa y, por supuesto, a las manipulaciones cada vez más audaces de Franz, el cual, al prohibírsele tocar más a Marie, duplicó para mí sus servicios, nos sumieron en una atmósfera medio encantada de la que sólo

me sacaban, de tiempo en tiempo, las crisis de Marie, que profanaban aquel silencio eglógico de alamedas, de bosques, de salas penumbrosas llenas de trofeos de caza, de extravagantes oplotecas, de crepitantes chimeneas en el otoño, aquel silencio amable, tan distinto del que gravitó sobre Cartagena la mañana del quince de abril, en que la escuadra francesa enmudeció por fin y sus bajeles comenzaron a maniobrar extrañamente, mientras en la Catedral los cánticos responsoriales de la misa dominical abrían con dos aleluyas nuestras súplicas de condenados, a los cuales siguió un versículo y luego otro aleluya en tono distinto, nuevo versículo y remate con un cuarto aleluya gregoriano, pero el templo estaba casi desierto, las preces al Altísimo, que el Obispo hubiese deseado manifiestamente públicas, aquel día de infortunio se alzaban más desoladas de nuestros propios corazones, abatidos por la impotencia, por la evidencia de la catástrofe que se avecinaba, cuarenta casas del casco amurallado se habían desmoronado durante la noche bajo el peso de la artillería y unos pocos cadáveres habían sido sepultados sin pompa esa mañana, así que, ahora, la aparente calma era como un agobio de presagios, y puedo imaginar a Cipriano, en el fuerte de Bocachica, en el momento de saber llegada la hora de la verdad, pues era obvio que los franceses no irían a andarse con más rodeos, atacarían por el punto que, siendo el nudo mismo de la defensa cartagenera, era también su talón de Aquiles, ya que, cuando este castillo de San Luis fue construido, apenas unos decenios atrás, se lo pertrechó con dotaciones y artillería de los desmantelados baluartes de Santa Cruz, Manga y Manzanillo, pero Sancho Jimeno de Orozco sabía muy bien que no era suficiente y varias veces, en la expectación de los días anteriores, debió escuchar Cipriano cómo achacaba a la corrupción del gobernador, y así lo hizo constar más tarde ante los consejos de guerra de Castilla, el que no se lo hubiese bastionado, además, con una plataforma artillada en la otra orilla del canal, llave de acceso a la bahía, y era lo cierto que, ahora, San Luis no contaba con más de ciento cincuenta defensores, sólo quince de nómina y el resto reclutado entre esclavos y voluntarios bisoños, para los cuales el avance de la escuadra significaba una sola cosa a la vez muy clara y muy confusa, significaba la muerte inminente, anclar de un momento a otro en el *quietus portus* de los buenos o precipitarse en las calderas del infierno, no había otra alternativa, ninguna posibilidad existía de poder rechazar al enemigo, y a Cipriano debía obsederlo, ahora que el viento bordoneaba en el mar y veía acercarse esos dos navíos, los identificados como «Saint-Louis», en honor del santo rey cruzado, irónicamente el mismo nombre del fuerte, y «Sceptre», del latín *sceptrum*, cetro, insignia de la dignidad real, del empolvado monarca que, desde París, había lanzado su *ceterum censeo, Carthaginem esse delendam*, la memoria de nuestros días en Zamba, el momento en que María Rosa apoyó sus senos breves en su espalda y él, embebido en la idea de pilar arroz y cebar cerdos, no le prestó atención, y debía sobrecogerlo aún más el creciente temblor que seguramente advertía en la barbilla de nuestro padre, siempre en lo alto de la muralla, según lo relataron los sobrevivientes, siempre junto al castellano, a despecho de la proximidad de los navíos que no

tardarían en dirigir la artillería contra el bastión, pues la flota enemiga se encontraba ahora frente a ellos, el «Sceptre», el «Saint-Louis» y la galeota lanzabombas en primer término, las descargas no se hicieron esperar, Cipriano entró como en una parálisis, según después me fue relatado, hasta cuando su propio padre lo empujó violentamente hacia su cañón, la artillería relumbró aquí y allá, el castillo respondió con descargas nutridas, pero débiles ante el manifiesto poder del enemigo, y entretanto, a espaldas del baluarte, bajo la coriácea espesura de la isla de Tierrabomba, *hurry up!*, gritaba Jonathan Hopkins avanzando por entre la maleza y desbrozando matas y arbustos con el machete sibilante, mientras a su lado Paty, comandante de los doscientos negros, acechaba la presencia de culebras y abría trocha para los dos jefes filibusteros, Godefray y Montbars, que aullaban órdenes y buscaban la forma de mejor desplegar a sus huestes, porque cerca de tres mil hombres a corso de Francia habían desembarcado ya en la playa de los Tejares, a cubierto del fuego del castillo que se avistaba, casi exánime, a una legua, y ahora tendrían que despejar la vegetación, exuberante en mangles por aquellos parajes, para emplazar la artillería y poner a San Luis de Bocachica entre dos fuegos.

Voltaire, que era mi paño de lágrimas, había tenido que refugiarse dos años atrás, a raíz de la publicación de sus *Lettres philosophiques*, en el castillo de Cirey, en los confines de la frontera lorena, cuyas puertas le abrió su propietaria, la engreída señora de Le Tonnelier de Breteuil, marquesa de Châtelet, escritora con humos de física, traductora de Newton, de quien mi amigo se había enamorado con locura, porque así era su corazón, debatido entre la debilidad por las mujeres con tufos intelectuales y el exceso de vanidad que lo devoraba desde los tiempos del estreno de su *Ædipe*, en 1718, cuyo éxito le permitió alternar con hombres como lord Bolingbroke, el diplomático inglés que negoció la paz de Utrecht, o el duque de Richelieu, sobrino del famoso cardenal, hombre depravado, amante por esos días de la Châtelet, todo ello soliviantado, además, por la cuantiosa herencia que, al morir en 1722, unos tres meses antes de mi viaje a Prusia con Marie, le dejó el notario Arouet, conmovido a la postre por el prestigio de su hijo, en el estreno de cuya primera y muy aplaudida obra, aquélla que el autor reputaba superior a la de Sófocles, a cada chispazo de ingenio gritaba ah pícaro, ah pícaro, de suerte que acabó por legarle la mayor parte de su dinero, el cual no tardó en multiplicar François-Marie, pues le tentaban desde tiempo atrás las especulaciones bancarias, en las cuales corría siempre con suerte, con lo que fue aficionándose al lujo extremo, vivía a la par de cualquier caballero de la corte, y yo pude solventar gracias a su generosidad algunos de los rompecabezas de economía doméstica que mi vida con Marie me planteaba, Porque bueno es decir que Voltaire, tan cuidadoso de sus caudales, jamás me abandonó en la penuria, ni siquiera en los tiempos en que el fracaso de su *Arthemise*, recargado con un ataque de varicela, lo hundió en la melancolía más negra, y mucho menos durante aquellos ocho años en que el sol brilló muy fulgurante para él y era recibido y festejado por la aristocracia, al punto de ser invitado de honor en las bodas de Luis XV con María Leczinska, la hija del rey Estanislao de Polonia, años dorados que, por desdicha, concluyeron en el castillo del duque de Sully, la noche en que mi amigo, con los humos subidos como de costumbre, se puso a hablar demasiado alto, lleno de temerario desenfado, delante de los aristócratas, y el caballero de Rohan-Chabot, nublado de irritación, preguntó quién sería ese igualado, a lo cual señor, respondió al rompe Voltaire, alguien que no lleva un gran nombre, pero hace respetar el nombre que lleva, frase que obligó al aristócrata a morderse los labios, mas labró para François-Marie grandes infortunios, porque el ofendido resolvió alquilar una pandilla de rufianes que apalearon al escritor en alguna calleja nocharniega, entonces mi amigo, fermentada la soberbia, irrumpió con muletas y lleno de vendajes en el palco de Rohan-Chabot y le exigió la reparación mediante el duelo, insolencia que dio con sus huesos otra vez en la

Bastilla, de donde al poco tiempo salió para el exilio en Inglaterra, país en el cual se encontraba, como ya dije, por los días de mi viaje a España y de mi casi providencial fuga de aquel infierno de alguaciles e inquisidores, previa mi enésima violación, determinada naturalmente por Venus en el signo de Sagitario, consumada en el mismísimo paso de Roncesvalles, casi ganada ya la frontera francesa, por el capitán preboste que reía y reía ante la humillación inferida a ese bolones hijo de puta, el pobre Aldrovandi, a quien creía mi marido, y en Inglaterra, que había superado ya los motines y algaradas promovidos, contra la intrusa dinastía Hannover, por los levantiscos jacobitas, y que llegaron a repercutir en la sublevación de Escocia, Voltaire no sólo brilló en la corte de Jorge I, cuya coronación desató años atrás aquellos brotes sediciosos, y en la del príncipe de Gales, sino que intimó con sir Robert Walpole, el taumaturgo de las finanzas, caudillo del partido *whig*, que defendía la tolerancia religiosa y los derechos del pueblo y del Parlamento frente a las prerrogativas de la Corona, hombre que, como él, había conocido la prisión en la Torre de Londres cuando, a resultancias de la oposición que dirigió contra Harley, fue acusado falsamente de venalidad como tesorero de la Flota, y con quien inició el ardiente aprendizaje de la ley británica, del sentido democrático de sus instituciones, de su empirismo filosófico, que llegaron a entusiasmarlo al punto de aprender el aborrecido inglés, no sólo para leer a su amigo Bolingbroke, al deán Swift, al poeta Pope, sino también para consignar por escrito su admiración por un país donde no había ni Bastilla ni *lettres de cachet*, donde existían treinta religiones y ningún sacerdote, donde Isaac Newton, a cuyo sepelio concurrió en la abadía de Westminster, era respetado y reconocido en toda la grandeza de su obra, sin saber que esas cartas inglesas, al ser publicadas clandestinamente en Holanda unos años después, le acarrearían en París una nueva persecución, la misma que, como dije, lo obligó a refugiarse en el castillo de la Châtelet, razón por la cual, al sentirme otra vez en una orfandad que el resentido Jean Trencavel no se inclinaba ahora a mitigar, acepté la oferta que de Bignon me agenció de hacer parte, como asistente de instrumental, de la expedición organizada por Pierre-Louis Moreau de Maupertuis para medir en Laponia el arco de un grado de meridiano, y fue así como la primavera de 1736 cobró para mí los aborrecidos matices del invierno, al adentrarnos, en esos trineos tirados por peludos perros con fauces de lobo, en la inmensa llanura escandinava, cuyos mantos de hielo, derretidos en estos meses, se habían convertido en extensos fangales por los cuales sólo de tiento en tiento avanzábamos, siempre temerosos de ser aplastados por algún alud, que cualquier fuerte ruido podía precipitar desde las colinas, y mis temores y mi negativa a probar la carne de reno suscitaban grandes carcajadas entre el grupo sueco, encabezado por el geodesta y astrónomo Andrés Celsius, que en compañía del naturalista Linnaeus había explorado ya la Laponia y observado los desplazamientos verticales en la línea de costa del litoral de su país, y hacían reír con parejo énfasis al joven parisiense Pierre-Charles Lemonnier, interesado en las anomalías del planeta Saturno y, desde luego, en las de esta

cincuentona tropical que de todo renegaba en medio de aquel paisaje polar, en particular de ese helado viento de la primavera nórdica, ese rayo gélido, ese cuchillo de aire delgadísimo ante el cual me faltaban definitivamente las fuerzas y rompía a llorar, momento en que Lemonnier, divertidísimo, clamaba *et droit au cul quand bise vente, le vent me vient, le vent m'évente*, con las viejas aliteraciones de Rutebeuf, y el pequeño Maupertuis nos metía prisa, era necesario avanzar más rápidamente, y Alexis Clairaut, ese jovencito que desde los dieciocho años hacía parte de la Academia de Ciencias, pues a los doce se había atrevido a postularse con una memoria, y que ahora se ocupaba de estudiar las irregularidades de la Luna, fastidiaba a de Bignon con sus pláticas rebuscadas, mientras yo trataba de recordar la enseñanza de Voltaire, según cuyos efusivos discursos no debíamos fiarnos sino de nosotros mismos, verlo todo con nuestros ojos, los cuales debían erigirse en nuestros oráculos, nuestros trípodes, nuestros dioses, idea que se tornaba insostenible en mi mente, pues mis ojos comenzaban a desvariar, a presentarme apariencias engañosas entre el fango y el centelleo de la nieve en las vertientes de las colinas, apariencias de centauros cachondos, de aladas y lascivas esfinges, de valquirias evanescentes, y creía escuchar músicas triunfales, como si nos hallásemos en proximidades del Walhalla, entonces advertía con mayor alarma que tampoco era capaz de establecer cuánto tiempo habría transcurrido desde este o aquel suceso, el tiempo se me había convertido en una cosa elástica, melcochuda, y pensaba en los versos de Pope en que dijo Dios hágase Newton y todo fue luz, versos venerados por François-Marie, y trataba de afincar en mi cerebro el concepto de Newton sobre el tiempo, verdadero y matemático, que por sí solo y por su propia naturaleza fluía uniformemente, sin relación con nada externo, y no le encontraba razón a ese sabio, tan respetado antaño por Federico, que formuló la teoría de la gravitación universal, sino que sentía desviarse mi pensamiento hacia lo que, según me había enseñado Pascal de Bignon, dijo cierto filósofo tudesco, no muy divulgado, tampoco muy acreditado, llamado Leibniz, sobre que el tiempo no era absoluto, sino relativo, y los instantes separados de las cosas no eran nada, y creí hallarle razón, porque el tiempo ahora se me estiraba o se me encogía, o se hacía inasible entre mis dedos como una gota de luz, del mismo modo como ocurre en los sueños, en los cuales la traslación en el espacio no guarda proporción con la distancia ni con nuestra factible velocidad, de suerte que podemos recorrer muchas leguas en un segundo y, a veces, muchos años en ese mismo fragmento de tiempo, y al despertar tenemos, por instantes, la sensación de un tumultuoso tiempo entre la noche en que nos acostamos y la mañana que nos recibe, y ahora, a la vista de aquella planicie cruel, se me ocurría pensar que el tiempo fuese nada más un fantasma de mi imaginación, no menos que esas danzantes esfinges, esos centauros de erectos falos suspendidos en la claridad de la mañana lapona, como a juzgar por las memorias que escribió en Segovia, quemadas por su superior pero rescatadas para mí por la nunca bien ponderada bruja de San Antero, debió pensarlo fray Miguel Echarri la tarde de aquel quince de abril en que Bocachica había sido ya

colocada entre dos fuegos, y él, de bruces sobre el escritorio de su despacho, a pesar de haber sido los edificios del Santo Oficio abandonados desde el día anterior por el resto de sus habitantes, oía a lo lejos el fragor de las bombardas sin poder establecer en su mente, presa de vértigo, cuánto tiempo había transcurrido entre el momento en que los Goltar irrumpieron con la noticia en la plaza de Armas y este presente borroso en que se agitaba ahora el universo, en que él llevaba ya cuarenta y ocho horas sin probar alimento dentro de aquellos muros, clavado en su sitio, incapaz de moverse, desmazelado el cuerpo, anonadado todavía por el fracaso de sus denuncias y las súbitas desgracias que Dios, esa divinidad abstracta, inaprehensible, enviaba sobre la ciudad y sobre él, el Dios de Abraham, el Dios de Cristo, el que castiga con el rayo a los violadores de su ley o el que es todo amor, ese personaje al cual jamás pudo concebir sino como una idea Pura, y en ello era inconsecuente, como lo reconocía en sus memorias, con su condición misma de canonista, y desde luego, en otro orden de consideraciones, con su investidura de teólogo, pues el concepto de idea pura era también demasiado humano, no importa que arcano, inalcanzable, le diese vueltas en la cabeza, en un asedio tan desesperante como el de la artillería enemiga, era tan humano como el buen Dios barbudo de las beatas, entonces le volvieron a la imaginación, por otra proeza de traslación en el tiempo, sus lejanos días del seminario, mas no en la forma de un recuerdo, de un desplazamiento vertebral hacia el pasado, sino como parte de un fluido eterno, como un fragmento de infinito, ajenos a toda idea discursiva, aquellos días de su juventud compresos en los paños y rasos negros de la pureza, en los cilicios impalpables de la castidad, cuando en el pórtico de la Catedral de Ferrara vio alguna vez, esculpida, la mano de Dios, cuando pensó que era, sin duda alguna, la verdadera mano de Dios, y se preguntó si a partir de esa mano, que lo conmovía mucho más que cualquier representación total del Creador, no sería posible reconstruirlo, encontrar su faz y sus ojos, dulces o crueles, su ceño de padre austero que no recordaría el del Dios androide de Buonarroti, el cual se le antojaba una oscura deidad ansiosa de ocultar su desdicha, su fracaso, sino, como lo sugería esa monitoria mano cuyos dedos índice y del corazón se alzaban en fatuaria advertencia, un Hacedor incapaz de angustias o preocupaciones de carácter ético, que no podía ser bueno ni malo, simplemente *era*, y ello comportaba para el hombre un irremisible estado de incompreensión por parte de su propio Creador, ya que el hombre, hiciese lo que hiciese, no podría ser entendido por Dios, y viceversa, de suerte que todos los destinos de la criatura, dictados sólo por su circunstancia efímera, por su capacidad para obrar bien o mal, por su infinita limitación, al Creador sólo podrían arrancarle, aunque pensarlo resultase otra inconsecuencia, una carcajada de desdén, como la de un padre que ha engendrado un hijo contrahecho y se burla de su torpeza, acción censurable dentro de la ética humana pero indiferente para una divinidad cuyo distintivo más evidente era la inhumanidad, y aseguraba Echarri haberse preguntado cómo contar, pues, con Dios, si desde una azarosa lejanía nos dirigía ese gesto de incompreensión, de impotencia, mezclado de risa, gesto que,

interpretado por la mente estrecha de la criatura, se asemejaría más a la irresponsable locura que a la extrema crueldad o a la suprema sabiduría, así como haber ignorado si aquellas ideas le eran inspiradas por el hambre de dos días, por la desesperación momentánea, o procedían lenta o precipitadamente de sus días del seminario, días envenenados por la duda, en los cuales llegó a horrorizarlo la posibilidad de postular al demonio como un ser más humano, más próximo al hombre y, por tanto, con mayores opciones para capturarlo en sus redes y ganarlo o perderlo para siempre, impulso que prohibió acaso la idea del Verbo hecho carne, la venida al mundo de ese hermano menor de Satanás a quien llamaron Jesucristo, pero él, Cristo, quién dilucidaría si había llegado a comprender al hombre o si fracasó también en aquella insondable misión, entonces sintió lágrimas brotarle de sus fuentes casi resacas, de sus ojos amarillos y enfermos, cómo podía su mente albergar tanto resentimiento, si había consagrado su vida al servicio de Cristo, de Dios, del Creador de todas las cosas, a las cuales sacó de la Nada, a las cuales conservaba y podría destruir tan fácilmente como las hizo, de las cuales se encontraba separado por un abismo, porque era incomunicable en todos y cada uno de sus atributos, de allí la inutilidad de todo esfuerzo humano, pues la única misión del hombre habría tenido que consistir en la comunicación con el Padre Celestial y eso no era posible, inútil pues la sabiduría, inútil la teología si desembocaban por esencia en nuevas interrogaciones, inútil la vida misma, falaz la *philosophia perennis*, engañosa la religión, lloraba amargamente y maldecía de aquellas proyecciones de lo relativo a lo absoluto mediante las cuales bien podría un insecto postularlo a él, a fray Miguel Echarri, Dios mismo, porque sobrada razón asistía a los herejes al afirmar que toda demostración de la existencia de Dios era una insolencia, sí, una insolencia no contra Dios sino contra el hombre, y alzó la vista hacia el rectángulo de luz de la ventana y vio esa forma extraña que parecía sonreírle, forma corporizada como sobre jirones de neblina, como si un pintor, a fuerza de manchas apresuradas pero muy vividas y móviles, la hubiese plasmado en algún rizo o destello del aire, y en la que, sin embargo, distinguía muy bien la escamosa piel, viscosa en algunos parajes, los ojos tumefactos, la abultada jeta llena de finos y agudos dientes, la lengua alargada y sanguinolenta, el pecho adiposo, las vetas verdeazulencas y blanquecinas del vientre, el sexo laxo como un despreciable calandrajo, todo queriendo dar, casi en vano, una sensación de figura humana, destinada tal vez a despertar su simpatía, que al momento era rechazada por sus fétidas emanaciones, por el húmedo sonido de gargarismos que en vez de palabras brotaba de la boca, por los humores de varia coloración que rezumaban sus poros, por la chocante risa que parecía expresar una recóndita solidaridad, y decía Echarri que sintió sobrevenirle el vahído, rodó por el piso de piedra, lo atormentaron dolorosamente las contracciones gástricas y se hundió en el vacío, en una oscuridad carmesí, mientras a lo lejos seguían sonando las descargas, mientras en casa de Hortensia García seguíamos haciendo círculo alrededor del lecho en el cual Cristina Goltar continuaba en estado de postración, rehogado y estremecido por la fiebre su

cuerpo frágil, sumida a cada momento en soponcios, al despertar de los cuales indagaba con angustia sobre el paradero de su marido, que también nosotros ignorábamos, pues a esas alturas la ciudad era como un baldío de silencio y de objetos abandonados, sólo conmovida por el lejano estruendo de la batalla, tan lejano que se me figuraba cada vez más irreal, no importa que supiera orientados aquellos estampidos hacia mi padre y mi hermano, hacia San Luis de Bocachica, cuya permanencia en poder de Sancho Jimeno y de su puñado de valientes todos considerábamos ya poco menos que un milagro, y así pasamos la tarde, adoloridos todavía por la mala noche, pues debimos pernoctar sobre unos viejos colchones, alineados por Hortensia en el corredor que daba al jardincillo, Federico y yo en los de los extremos y María Rosa, por imposición que rubricó Cristina, en el de la mitad, para así evitar efusiones amorosas, entonces, a eso de las nueve de esa segunda noche que la charanga de bombardas confundía con el día, la madre de Federico entró en un nuevo y más intenso sopor, perdido el conocimiento, del cual no nos era posible despertarla y que mucho nos recordaba esos estados letárgicos que anteceden a la muerte, así que la dueña de casa, que había hecho ya lo posible, rodeando con paños calientes las sienes de la enferma y administrándole caldos y tisanas que en últimas Cristina rehusaba beber, nos llamó aparte y, en tono de reconvención, hizo ver a Federico que ya bastante había hecho la mujercita, que ahora debería encarar la verdad y salir a buscar a su padre, en lo cual convinimos un poco a regañadientes, él se dispuso a salir, sin lograr recatar la palidez, no debida, me parece, a un sentimiento pusilánime, sino al hecho de haberse percatado un poco a boca de jarro de la aparente gravedad de su madre, pero a mí se me metió entre ceja y ceja que debía acompañarlo, aunque resultara un perfecto disparate, debía acompañarlo o quedaría con el alma pendiente de un hilo de araña, y a ello con el mayor empeño, como era de esperarse, se opuso María Rosa, metida ahora en un vestido de anchas mangas y satinados colorinches prestado por Hortensia, no dejaré que en lugar de buscar a mi padre se pongan a fornicar en cualquier recoveco, si no te decides a salir saldré yo misma en su busca, y Federico la vio arder en cólera, lucía ahora a flor del rostro todo su despecho, su frustración, su envidia, su tara cristiana, y decidió avanzar sólo hacia la puerta, entonces pensé de qué forma tendría que recorrer calle por calle la ciudad, las fortificaciones y baterías, podrían reclutarlo de viva fuerza, era quizás la última vez que lo veía, así que al mirarlo salir, al verlo internarse en la oscuridad de la calzada, rompí en iracundo llanto, lancé denuestos contra todos y, cuando Hortensia conseguía casi apaciguarme con palabras dulces, oí el comentario de María Rosa, interpuesta entre nosotros, no le hagas caso, dijo, que tiene pulgas y ahora no encuentra quién se las sacuda, y ya no aguanté más, me prendí desaforadamente de las mechas de su cabello y tiré con toda la fuerza de mi alma, sorda a los alaridos que lanzaba, sintiendo el aguijón de sus uñas en mi pecho, y así rodamos por el piso, al igual que, diecinueve años después, lo hice con Jean Trencavel, cuando él descubrió, al despertar cierta noche, a la pequeña Marie en nuestro cuarto, abrazadas las dos en

un éxtasis silencioso, casi pétreo, pues me visitaba puntualmente a eso de las tres de la madrugada, sin pronunciar palabra, y las dos sin apenas darnos cuenta caíamos en ese arrobamiento, unidas firmemente la una a la otra, casi suspendida la respiración, así que Jean no comprendió lo que veían sus ojos, pensó que Marie me importunaba y que yo, por simple cortesía o conmiseración, le prodigaba algunos cariños, entonces no sólo ordenó a su hermana abandonar la habitación, sino que le propinó un feroz tirón de orejas, lo cual desaprobé en el acto con palabras duras, con lo que logré solamente que el joven astrónomo, siempre pagado de sí mismo, golpeará con la palma de la mano el trasero de la pequeña, que se puso muy colorada pero no descendió a dar un grito, esto no lo resistí, me colgué también de sus largos mechones de pelo meridional y lo hice caer de la cama y golpearse contra el piso sus occitanas nalgas, lo cual, desde luego, sólo inspiró en él alegres risotadas, pero esa mañana me resolví a hablar seriamente con Marguerite, a quien sabía siempre tan jovial y desenfadada, y le propuse aligerarla del peso de la niña, tenía ya suficiente con sus otros seis hijos y Marie precisaba un trato muy especial, vivía engolfada en sus pensamientos y alguien debía ayudarla a emerger hacia el mundo exterior, idea que para una madre parisiense hubiese podido, sí, resultar dolorosa, pero también práctica, mas para una madre provenzal, quiero decir para una mujer oriunda de un pueblo otrora perseguido, que había llegado a erigir como una suerte de símbolo de la maternidad cósmica, de la protección sobre sus hijos acorralados, a esa legendaria o semilegendaria Clemencia Isaura que con una desnuda eglantina premiaba a los buenos poetas, el separarse de cualquiera de sus vástagos resultaba casi monstruoso, de forma que, abroquelada en su sonrisa, rechazó mi proposición sin dejar una sola brecha para futuras reflexiones, y aquella noche, mientras cumplía mis deberes en el Observatorio, me sentí invadida de pronto por una pena devoradora, comprendía que, por absurdo que pareciese, necesitaba a Marie conmigo, quizás mi incapacidad para ser madre me inclinaba a volcar mi ternura sobre esa niña casi desvalida, cuya única expresión era el canto, ese agreste ruiseñor de los extramuros parisienses cuyo amor hacia mí no sólo había nacido de una manera espontánea, casi como determinado por el destino, sino que nos avasallaba por igual y establecía entre nosotras una mutua subordinación, como entre madre e hija, sólo que un elemento casi indiscernible de sensualidad parecía sumarse a esos sentimientos, pues experimentaba un placer casi sexual al estrecharla contra mí, acaso no ese mismo, ligero erotismo de las madres al dar el pecho a los bebés, sino algo mucho más subyugante y estático, una sensación de ilícita plenitud que había estado, varias veces, a punto de conducirme al orgasmo, a no ser tal vez por la proximidad de Jean, que me inhibía, o por el propio freno de mi mente, que repelía aquella propensión desesperada, tanto que ahora sentía incubarse un espantoso vacío en mi vida, al pensar que no podría tener a la pequeña sólo para mí, y todo aquello, para colmo de mis tribulaciones, se hizo aún más lacerante una tarde en que, a la semioscuridad del otoño, Marguerite y yo nos entreteníamos jugando a las cartas junto al hogar, afantasmadas por su luz chisporroteante, mientras

Marie, a unos pasos de nosotras, lentamente entonaba los *planhs* y *canzos* del viejo *trobar ric*, de aquella cofradía, tan similar a la mía del Cloître-Notre-Dame, de los *maintenedors dou Gay Saber*, de donde no sólo salieron las famosas *Lois d'Amour*, sino los juegos florales, que desembocaron en el culto a la *Isis aurea*, a la Isaura, cuyo nombre parecía provenir, no sólo de la familia Isaret, de la *praeclara Isauricorum familia*, sino quizás del mitológico gigante Isauré, el hallazgo de cuyo sepulcro monumental había dado nombre a mi calle de la Tombe-Issoire, según deliciosamente lo narraba la madre de los Trencavel, entonces la niña dejó de pronto de cantar, se me acercó, puso en mí sus ojos grises y puros, donde parecían reflejarse los caminos polvorientos que en otras edades recorrieron con su báculo y su negro capuchón los *tisserands*, en francés tejedores, acaso como yo de coronas de espinas, y pronunció las primeras tres palabras no cantadas, no memorizadas, de su vida, en un tono dulcísimo me dijo *je vous aime*, y Marguerite y yo quedamos como petrificadas, la actitud de Marie daba la impresión de algo ritual, inevitable, de una acción a la vez espontánea y fatal, por vez primera se había dirigido a alguien en francés y no en versos provenzales, y lo había hecho con una solemnidad y una arrogancia que no dejaban rezagos de duda acerca de la sinceridad de su propósito, el de irrumpir severamente en el mundo exterior que antes repudiaba, y esa decisión parecía evidentemente ligada conmigo, a quien acababa de declarar su amor, ciertamente Marguerite no podía comprenderlo, debió sentir unos celos imprecisos, que supo ocultar, por supuesto, tras esa máscara un tanto bufonesca de su sonrisa, mas no podía eludir la gravedad ni la emoción del instante, al fin y al cabo su hija, medio muda toda la vida, acababa de demostrar al menos una rudimentaria capacidad de comunicación con el mundo de los demás, de modo que apeló a mí angustiosamente con la mirada, pidiéndome conducir a mi manera aquella exigente situación, yo estreché a Marie contra mi pecho y le pregunté, con amorosa parsimonia, a quién amaba además, indicándole con los ojos a su madre, cuya integridad espiritual parecía depender de la respuesta, pero la pequeña, parpadeando con algo así como una inocente tristeza, repuso *seulement vous*, y aún añadió, con un brillo que antes jamás advertí en su mirada, *dans votre coeur, là seulement je trouverai ma demeure*, y con lágrimas empañando sus pupilas, *seulement vous pouvez assurer le bonheur de ma vie*, yo apenas alcancé a exclamar *mon Dieu! Que dites-vous?*, pero ya Marguerite la increpaba, con una mezcla no muy rara de afección maternal y despechado reproche, *ma chère! pour l'amour de Dieu, ne continue pas, quel péché de parler ainsi! pour la première fois! qu'as-tu, Marie?*, y trató de atraerla a su regazo, pero la niña la eludió con ostensible desagrado y fue a estrecharse conmigo, repitiendo obsesivamente *je vous aime, Geneviève, je vous adore*, momento en que la madre perdió todo dominio de sí, se sublevó su instinto ante aquello que debía juzgar traición, deserción desnaturalizada, se armó de una escoba y, acusándome de haber embrujado a su hija para llevármela conmigo, me obligó a abandonar la casa y había avanzado ya más de media cuadra cuando aún, por encima del llanto de Marie, oía

sus gritos, *sorcière! sorcière!*, entonces pensé que había perdido a la pequeña para siempre, no podría regresar a aquella casa que tan amable había sido para mí durante más de seis meses, el propio Jean movió perplejo la cabeza cuando, esa noche, en el Observatorio, lo puse al tanto de los acontecimientos, luego sonrió, dijo que su hermana menor había nacido tonta y no se explicaba cómo había podido su madre dar tanta importancia a los extravíos de una cabecita loca, pero algo en él me decía que se pondría de parte de Marguerite, yo le llevaba al fin y al cabo más de diez años y no me parecía que se encontrara en disposición de prolongar demasiado nuestras relaciones, al menos eso pensé fugazmente, ya habría tiempo para que él, en mala hora, me demostrara lo contrario, por el momento cayó en la cuenta de que algo extraordinario debía haber ocurrido para que su hermana decidiese por fin hablar, se atrevió a bromear que quizá fuese yo en realidad una bruja, o un hada, sí, el hada o la bruja Alcocer, y me sobresalté al oír aquellas palabras, tuve la sensación de haber vivido ya esa escena, sentí como si el tiempo hubiese avanzado en círculo, o como si su navegación en línea recta hubiese caprichosamente formado un rizo, entonces vi llegar lenta, seguramente, la niebla gris de la melancolía que me envolvió como una nube de polvo astral y, sin preocuparme en pedir autorización, me instalé frente al antejo de Cassegrain y, a pesar de la hora, pude percibir, irónico, como desasido de mí, el verde y flemático fulgor del planeta Genoveva, y recordando la primera vez que lo observé, hacía ya casi veinte años, junto a Federico, desde aquel mirador de aquella casa de aquella ciudad de aquel Caribe tan hundidos en el pasado que eran casi un sueño, una mano muy negra me oprimió el corazón y vi cómo todo lo que, en verdad, me pertenecía había sido barrido por el aluvión del destino y yo ahora no era más que un sobrante arrojado en cualquier playa solitaria, mientras aquel astro orgulloso, que también debería morir algún día, pero cuyo tiempo era más anchuroso y soberbio que el mío, seguía alzándose en nuestra noche terrestre como una luz glacial, eterno en comparación con nosotros y dando con su eternidad la medida de nuestra insignificancia, remarcando con ella la mezquindad de nuestro humano coro de plañideras, incapaz de conmover a los dioses, pero ni siquiera a ese descomunal personaje, originario de Sirio, que François-Marie imaginó algunos años más tarde para su *Micromegas*, y estas emociones pascalianas me aplacaron un poco, pues no podía saber lo que, entretanto, ocurría en la mente de Marie, mas con el paso de los días advertí que mi palpito no había sido engañoso, Jean no había vuelto a proponerme que lo acompañara a su vivienda y, por el contrario, insinuó alguna noche que lo invitase a la mía, a lo cual rehusé sin rebajarme a explicaciones, ya que al menos, si se ponía de parte de su madre y convenía con ella en mi condición de bruja aquerenciadora de infantes, entonces que no buscara mi arrimo, que se fuera a hallar sombra bajo el frondoso árbol maternal, y resolví acorazarme en mi sufrimiento y asumirlo como una especie de oblación, efugio demasiado ilusorio si se piensa que, a cada momento, volvía a naufragar en la incertidumbre al solo recuerdo del llanto de Marie, el primero que en más de medio año oí brotar de su alma

torturada, la tarde en que su madre me arrojó a escobazos de su casa, indicio de que su apego a mí había llegado a un punto en el cual la separación le era intolerable, como me lo era también, como me lo fue la de Federico a partir del momento en que salió en busca de su padre y yo, después de despellejarle los brazos y parte del rostro a María Rosa, y de haber retenido entre mis dedos varios mechones de su pelo, fui obligada por Hortensia a permanecer en la sala, donde Beltrana flotaba en los remansos de un adorable delirio, sin derecho a desplazarme a ningún otro sitio de la casa como no fuera el cuarto de baño, mientras parecía deslizarse como una áspera cinta de principela por mi mente aquella noche que Federico pasó vagando de aquí allá, en vano, recalando en cuarteles y baterías donde todos querían reclutarlo y debía pretextar que su madre agonizaba y que andaba en busca de su padre, a quien nadie había visto, hasta que decidió, hacia la hora del alba, acercarse al muelle de la Casa de Contratación, el mismo donde muchos cofres con oro sobrellevaban en un galeón un pasajero olvido, porque alguien le aseguró que Lupercio había embarcado con José Vallejo de la Canal para Bocachica aquel mediodía de la alarma, hacía ya cuatro días, en que el comisionado del rey cruzó la bahía para efectuar una inspección sumaria del fuerte, y nada lo sorprendió tanto como encontrar allí a fray Tomás de la Anunciación, que discutía acaloradamente con un grupo de oficiales, pues al despuntar el sol de ese lunes la situación de la plaza fuerte se tornaba ya mucho peor que crítica, los negros y filibusteros de Santo Domingo habían abierto trochas en el bosque de los Tejares, a una legua del baluarte defendido por Sancho Jimeno, y emplazado cañones y morteros, con lo cual San Luis quedaba entre dos fuegos y sin forma de recibir víveres ni municiones, así que el gobernador de los Ríos, en el acabóse del aturdimiento, había ordenado el despacho de una chalupa con cuarenta mulatos para reforzar los efectivos del castillo, idea loca, si se piensa que los franceses dominaban la entrada de la bahía y cañonearían apenas avistada la pequeña embarcación, y he aquí que los mulatos se resistían a partir a menos que llevasen un confesor a bordo, de suerte que los oficiales, al hallar a la mano a fray Tomás, a quien ni la guerra hacía desistir de su recorrido pedigüeño de la alborada, lo forzaron a embarcarse, a despecho de sus alegatos, porque un terciario no podía impartir absoluciones, pero de aquello nadie quería entender en semejantes circunstancias y ahora el fraile, como Federico, riendo en medio de su desesperación, me lo relató más tarde, se prendía del rosario como de una tabla flotante en un naufragio, y le dijo al verlo subir a la chalupa que nos encomendáramos a Dios, pues el que iba a hacer la guerra iba ya medio herido, entonces zarpó el barquichuelo, balanceante en el verde sucio de la bahía, zarandeado por el agua convulsa, y navegaron más de hora y media antes de enfrentar el peligro, los mulatos rezaban en voz alta y fray Tomás decía sentir frío, en efecto tiritaba de miedo, y fue cuando los franceses, al divisarla, abrieron fuego graneado sobre la embarcación, más de seis mulatos cayeron al agua o sobre la borda atravesados por los proyectiles, que dejaban chasponazos hasta en los remos, en tanto los demás, incluido el fraile, hacían al enemigo señas de que no

presentaban lucha, excepto Federico y uno de los mulatos, que se lanzaron a nado, tratando de permanecer sumergidos todo el tiempo posible, y braceando en el abismo helado hacia el lugar donde suponían se encontraba la isla de Tierrabomba, entonces los franceses, dando por muertos a los fugitivos, abordaron la chalupa y la condujeron a un costado de su nave almiranta, suavemente balanceada sobre el turbio azul del canal, e hicieron subir a los prisioneros por una escalera de cuerda, hasta la reluciente cubierta del navío, que no daba tregua del lado de babor a sus setenta y cuatro bien munidos cañones, cubierta cuyo lujo pareció reproducir, al ingenuo fraile, los esplendores de una sala de Versalles, mientras, con el olor de la pólvora irritando sus fosas nasales, era conducido hasta un camarote que más se le antojó, según no se cansaba de relatarlo unos días más tarde, el tocador de una cortesana, ocupado por un caballero de alta y empolvada peluca, chaleco de satén, borbollantes espumaduras de encaje en el pecho, en las muñecas, ceñidas bragas y delgadísimos tacones rojos, cuyo acicalamiento, insensible a la temperatura, podía tener algo de ridículo aunque, sin duda, se tratase de un aristócrata, de uno de esos lechuguinos que bien habían podido dar alguna vez, fugazmente, el brazo a la Maintenon o deslizado alguna frase ingeniosa al oído de Luis XIV, y el frailuco, apocado como si acabase de penetrar al mismísimo camarín de Lucifer, se detuvo reverencialmente en la puerta y los marinos debieron empujarlo para que avanzara por fin hasta el interior, donde se hincó de rodillas, abrumado ante aquella exuberancia de sedas y de perfumes, hasta el momento en que el caballero, apoyado en un fino bastón de puño labrado, aspiró su rapé y refregó la nariz con el dorso de la mano, para con un mohín de ligera repugnancia articular suavísimamente un *eh bien, eh bien*, que estremeció a fray Tomás, un *moine*, y dándole la espalda con el pretexto de hacer un reconocimiento militar por la escotilla, *ce serait une plaisanterie d'envoyer cet émmisaire au capitaine du château*, luego, con una arrogancia tan extrema que ni aun la delicadeza de la pregunta logró disimular, a uno de los marinos, *bon, puisqu'il le faut, auriez-vous l'obligeance de lui traduire mes ordres?*, a lo cual respondió un *oui, monseigneur*, y el hombre, un gascón de barbas de zamarro, se dispuso a hacer comprender al zafio frailuco los mandatos del caballero, para las orejas, monje, que es contigo, las órdenes que vas a escuchar las observarás al pie de la letra, te enviaremos en una chalupa, con la bandera blanca, al castellano del fuerte, le intimarás rendición a nombre de la Armada de mar y tierra de Su Majestad el rey de Francia, óyelo bien, garantizarás la vida de nuestros emisarios y ése será el precio de la tuya, y fray Tomás rejuró que lo haría, estremecido como natilla, y *bon, bon, nous sommes d'accord*, rió el aristócrata, *et tu seras libre*, y hasta hizo un guiño, entonces el terciario, excesivo en su obsecuencia, indagó a nombre de quién debería transmitir la intimidación, y el traductor le repitió malhumorado que, si es que no tenía orejas, de la Armada de mar y tierra del rey de Francia, porque el caballero que tienes delante tuyo, grandísimo zoquete, ante quien no te alcanzaría la vida para postrarte, es el comandante general Jean-Bernard Desjeans, barón de Pointis, momento en que

el religioso se santiguó de pavor, o así lo imagino, y un momento después partía la chalupa con la bandera blanca y fray Tomás de la Anunciación, tembloroso ante la idea de que Sancho Jimeno hiciera caso omiso de la señal de tregua, iba entre dos marinos franceses, el gascón uno de ellos, que convenientemente lo sujetaban por ambos brazos, así que cesó el fuego del fuerte de San Luis, la comitiva atravesó el puente levadizo y encaró el rostro turbio de Emilio Alcocer, quiero decir de mi padre, pasmado seguramente al ver a su viejo amigo, el fraile glotón, convertido en embajador de la flota enemiga, razón por la cual el pobre terciario trató de excusarse, me apresaron cuando veníamos con refuerzos, me obligan, Emilio, me obligan, pero mi padre lo miró fríamente y les notificó que Sancho Jimeno los recibiría, lo hizo en efecto en una especie de celda, con un gran tragaluz, donde también se encontraba su mujer, fray Tomás le intimó rendición en tono tan humilde que el castellano estuvo a punto de sonreír, entonces se produjo una algarabía entre la propia gente del castillo, partida en dos bandos, uno de los cuales exigía al capitán aceptar las condiciones del corsario, creo que mi padre debió hervir de rabia al ver a Cipriano entre quienes encabezaban el montón de cobardes, quiero decir, cobardes a su modo de ver, es fácil comprender ahora, pasado tanto tiempo, las razones de mi hermano, dicen que hizo ademán de atravesarlo él mismo con la espada, pero el castellano se lo impidió, reconoció que la falta de moral venía de raíz, pero advirtió que, si había aceptado la breve tregua, lo hizo por salvar la vida del fraile y que, aunque los franceses supiesen bien lo que hacían, ignoraban en cambio con quién, frases ante las cuales los insurrectos corrieron a las garitas y a las explanadas descubiertas y empezaron a pedir cuartel a gritos, ¡cuartel, franceses!, ¡desoigan a este castellano loco!, a lo cual Sancho Jimeno, pidiendo unos minutos a los emisarios, avanzó hasta la parte más elevada de la muralla, el punto desde el cual se levantaban las almenas, y arengó a los desertores, sé bien cómo podría juzgarse absurda y perdida de antemano esta batalla, pero es mejor morir con gloria que ser esclavos de Francia, nosotros no nos hemos buscado esta guerra, nos la impusieron y tendremos que defendernos si al menos queremos salvar el honor, pero el honor nada sirve sin la vida, profirió alguien desde el tumulto, y una vida sin honra es peor que la muerte, replicó airado el castellano, a lo cual la misma voz, la de un criollo de pelo muy rubio, tan joven como Cipriano, alegó que eran palabras, sólo palabras, entonces Sancho Jimeno desenfundó su pistola y la descerrajó sobre el cráneo del sedicioso, que en cosa de segundos, con un violento espasmo, exhaló la vida, se hizo el silencio, ¿otro argumento?, preguntó el comandante, nadie chistó, el viento que azotaba las almenas pareció estático por algún tiempo, dos gaviotas cruzaron como pesadas flechas sobre el castillo, el comandante dio la espalda a los rebeldes, bajó al patio de armas, se reunió otra vez con los emisarios, ordenó a sus propias tropas la retención de fray Tomás y, en tono reposado, advirtió a los franceses que, como castellano de San Luis, ni se rendía ni pedía cuartel, quienes lo han pedido son una punta de cobardes y no necesito de ellos, todavía me quedan muchos valientes que defenderán su puesto con honor, dicho lo

cual les dio la espalda, los emisarios regresaron a la chalupa y la ciudad oyó espantada, al cabo de un rato, la reanudación del fuego que, exhaustos tras el extenso trayecto a nado, escucharon también Federico y el mulato, ahora tendidos sobre la arena, medio aletargados, con las ropas enteleridas e impregnadas de verdolagas marinas, de suerte que, aunque el cansancio no los abandonara y se encontraran a buen seguro en aquella playa, la ansiedad los hizo ponerse de pie, internarse en el matorral sin cambiar palabra y así, mientras el mulato, despavorido todavía, torcía aprisa a su derecha, tratando de alejarse del escenario del combate, Federico en cambio se encaminó hacia la izquierda, donde muy cerca resonaba la artillería bucanera y alcanzaba a distinguirse allá lejos, entre humaredas, el castillo sitiado, posible paradero de su padre, y sintió sobre la nuca como bodoques de cerbatanas los rayos solares, desprendidos de ese cielo límpido, y avanzó por entre la apretada vegetación, no muy alta, pues sólo los pimpantes chaguaramos elevaban por encima de su cabeza los esbeltos troncos escamosos y mecían perezosamente, al ritmo del viento, sus grandes hojas ondeadas en la punta, como graciosos ventalles, hasta sentir muy próximo el retronar de las descargas, que ponía en tensión sus músculos a medida que serpenteaba entre la maleza, no había duda, se hallaba a tiro de fusil de los filibusteros, tendría que hacer algún rodeo si no quería morir a mansalva, si deseaba alcanzar de alguna forma aquel castillo siempre lejano, a despecho de sus zancadas, pero ignoraba qué clase de rodeo, si por la playa marina, a la derecha, por donde habían desembarcado los filibusteros, como bien lo habían comprobado los catalejos de la batería de San Lázaro, o por aquélla de la bahía, a la izquierda, donde en cualquier momento podría ocultarse sumergiéndose en sus aguas de más inmediata profundidad, dilema que ahora lo mantenía en línea recta, desplazándose, casi sin meditar en ello, a una velocidad que no podría reducir sino en forma gradual, aproximándose fatalmente al lugar donde sabía emplazados los cañones y morteros del enemigo, y de pronto pensó en Leclerq, allí estaría con los bucaneros el bon fripon, a quien no deseaba considerar enemigo, el duende bonachón de las playas de Zamba, el hombre en cuyas palabras de despedida creyó intuir una promesa, acaso Leclerq podría apoyarlo en la búsqueda de su padre, tenía en la mente las barbas de achiote del pirata y, en aquel mismo instante, vio el barbudo rostro asomar entre el matorral, era él, no cabía duda, pero Federico no podía refrenar su carrera, no podía parar, se iba a estrellar contra su impávida figura y, en efecto, fue a dar contra el tórax velludo y musculoso del hombre, mucho más alto que él, erguido entre dos palmeras como un tronco más, pero ¿era Leclerq?, ¿eran aquéllas las, ahora borrosamente memoradas, facciones del *bon fripon*?, el hombrachón seguía allí sin pestañear, mientras el muchacho, que había incrustado la cabeza en su pecho desnudo, arropado por una maraña de vello rojizo, era devuelto en reversa por su propio impulso y rodaba de espaldas entre los bordes espinosos de las hojas de pina y las cabezuelas apretadas y urticantes de algunos yerbajos, entonces comprendió, viéndolo de cerca, que el gigantón plantado frente a él se asemejaba, sí, un poco a Leclerq, tenía su

misma barba roja, sus mismos ojos azules, pero era bastante más joven que el *bon fripon*, y comprendió que nada de lo pactado con el canturreante francés en la noche rumorosa de Zamba montaría para este sujeto, se encontraba ante un filibustero de la Tortuga, tal era el hecho así de simple, un filibustero de mirada muy dura, el rostro una piedra de aristas casi cortantes, un *mauvais fripon* de cuyas garras carniceras no sería fácil escapar.

XI

Mis primeros años de vida con Marie fueron no sólo felices, sino festivos, muy regocijados, pues tras aquellos deplorables meses que siguieron a mi ruptura con su madre, durante los cuales no pudimos vernos y su espíritu perdió fuerzas y se dejó zamarrear como una nave que amaina velas en medio de la peor borrasca, su gozo de vivir floreció ahora, a la manera de una planta revivida al contacto del agua y del sol, que no podía proporcionarse por sí misma, entonces comencé a descubrir los matices recónditos de su espíritu, lleno de encantadores recodos y de impenetrables reticencias, travieso y juguetón como el de una bestezuela que saliese de su hibernáculo hacia la luz de la primavera, pero profundo y retraído al mismo tiempo, oscurecido a ratos por el avance lento de un presentimiento y roído por un extraño rencor, por algo que no pudiera perdonar al universo, algo que ella misma no comprendía, ya que pienso que los movimientos de su psique no siempre eran advertidos por su plena conciencia, había en ella resortes que trabajaban en la sombra, intimidades de su mente que la propia Marie no podía comprender, y era por ello que quienes la rodeábamos debíamos andarnos siempre con mucho tiento, tratando de no herirla, de no avivar entre la ceniza sus rescoldos menos gratos, como aquella manía de torturar a los animales, de arrancar con violencia, por ejemplo, las plumas a las aves de corral, o de destazar a las mariposas hasta convertirlas en un puñado de polvo de arcoiris, lo cual habría resultado hasta cierto punto anodino, a no ser porque, además, trasladaba en algunos períodos esa furia vengativa a sus relaciones con las personas, a las cuales hacía objeto de comentarios venenosos o de bromas paralizantes, como el día en que acorraló a Guido Aldrovandi sosteniendo en su mano una viuda negra, pues tenía la virtud de tornar inofensivos aun a los bichos más peligrosos, coleccionaba sapos, salamandras, escorpiones y todo género de criaturas espeluznantes, a las cuales se ingeniaba para mantener con vida, pero digo que nos divertíamos porque cuando nada la perturbaba solía mostrarse muy imaginativa, sacaba de la nada motivos de entretenimiento, como si el mundo no tuviese secretos para ella, trazaba de pronto unas líneas en diagonal a ambos lados de un pedazo de papel grueso, y hacía pasar una cuerda a través de cada extremo del mismo, dibujaba un pájaro sobre un lado del papel, con las patas en el sitio donde las diagonales se cruzaban, pintaba una jaula en el otro lado, luego hacía girar con presteza el papel y el pájaro aparecía dentro de la jaula, o bien en mi ausencia cortaba un trozo de vitela negra, lo extendía sobre el blanco mantel del comedor, ponía a su lado un tintero vacío, en posición de haberse volcado, y así me propinaba un susto mayúsculo, otras veces introducía en una botella un pedazo de papel encendido, colocaba después un huevo encima de la abertura, y veíamos al huevo, cuyo tamaño

era mayor, entrar por ella, descender lentamente por el gollete y precipitarse por último en el fondo, pero además podía descifrar en cuestión de minutos cualquier criptograma escrito en un alfabeto decalado, aunque se hubiese cifrado con las intrincadas claves del cuadrado de Vigenére, era capaz de fabricar variaciones innumerables de los muñecos holandeses, sus monogramas en las fundas de las almohadas o en las sábanas resultaban verdaderas obras de arte, hacía a mis invitados extrañas preguntas como, por ejemplo, si los números pares, o sea la mitad del total de los números, no eran también infinitos como ese total, en cuyo caso el todo no era mayor que la parte, y reía alborozadamente ante el desconcierto de todos, a veces con intención de agrandar, otras de ofender, pues era muy voluble y uno jamás podía saber de qué talante se encontraba, o si al minuto iba a adoptar una actitud radicalmente opuesta, o si se retraería durante días volviendo a sus canciones occitanas, o si cantarían en otras lenguas, pues, por ejemplo, el español me lo aprendió en cuestión de semanas y ahora había memorizado desde poemas épicos y juglarescos hasta el libro de Alexandre, los poemas de disputas, el cancionero de Estúñiga, el de Herberay des Essarts, se había vuelto especialista en danzas de la muerte, *traidor usurario de mala conciencia, agora veredes lo que fazer suelo, en fuego infernal sin más detención, pondré la vuestra alma cubierta de duelo*, y con trozos de tela y postizos de papel imitaba el semblante huesudo de la muerte, en lo cual ponía una especie de regocijo macabro, como si ella misma quisiera ser el espectro nivelador de los hombres, el piélagos mismo donde fueran los ríos *derechos a se acabar y consumir*, adoraba aquel fragmento en que *Tristan mourut par son amour et la belle Iseut de doulour*, se había convertido en una macabrista excelsa, en una piruetera del más allá, además toda forma de amor la relacionaba con la muerte, sostenía que la prueba de un amor verdadero radicaba en su capacidad de tentar a la muerte, de atraerla para ser destruido, giraba en torno de la muerte como un insecto muy luminoso y polícromo alrededor de una llama negra, la muerte era su noria, su centro de actividad, estallaba de gozo si lograba asustarme a medianoche fingiéndose un aparecido, y yo le seguía la corriente porque, en verdad, había también facetas muy vitales en su espíritu, le gustaba ir al campo en primavera, salir de pesca, hallar nidos de pájaros, otras veces avisperos que alborotaba contra alguien, amaba el cielo nocturno y, cuando le hablé del planeta Genoveva, afirmó inexplicablemente que no sólo se trataba, en efecto, de un planeta en órbita del sol, sino que su período de rotación duraba diez horas y cuarenta y cinco minutos, luego de lo cual no volvió a hablar jamás de ello porque, además, saltaba de un tema a otro sin ilación de ninguna clase, quería desconcertar en todo momento, nadie podía seguir sus acrobacias mentales, el pobre Guido Aldrovandi dejó de ir a nuestra casa para no ser ridiculizado en pormenores de geografía, hasta el mismo Pascal de Bignon, a quien los años iban volviendo adusto, advirtió que no volvería si Marie reincidía en desnudarse en su presencia, como de una manera intempestiva lo hizo una noche, pues, por muy niña que fuera, encabritaba los instintos y, en efecto, era insospechablemente sensual, asombraba ver

cómo se divertía hallando pretextos para mostrar las piernas, o algo más, a aquellos pobres varones a quienes adivinaba en forzosa castidad, los hacía babear y luego soltaba una gran risotada, no valían reprimendas, que por lo demás no me sentía muy dispuesta a dirigirle, ni tampoco su hermano Jean, que fingía horrorizarse ante sus desmesuras pero se las acolitaba por lo bajo, pues todavía la amaba, aún no se sabía desalojado por ella, y pensaba que el haberla llevado conmigo había comportado la más sabia solución al desamparo en que la niña quedó, pues el resto de sus hermanos debió ponerse a trabajar, casi todos en empleos muy mal remunerados, el día en que un ataque al corazón demolió súbitamente, mientras lavaba en el patio, la existencia de Marguerite, día en que Jean me dijo te saliste con la tuya y me la dejó en mi entonces humilde vivienda de la calle de la Tombe-Issoire, donde vi por primera vez iluminado el rostro de Marie, al saber que viviría conmigo el resto de su vida, realidad que, por iniciativa del hermano mayor, solemnizamos ante un juez unos meses más tarde bajo la forma legal de la adopción, y esa noche de 1718 la adorable criatura me pidió que, pues ahora era su madre, la bañara, porque Marguerite le había prohibido siempre el aseo de cuerpo entero, so pretexto de ser nocivo para la salud, y ella no solamente lo consideraba, en cambio, indispensable, sino que conceptuaba el baño como algo que debíamos realizar en conjunto, en una especie de comunión de espíritus, así que retiré sus ropas y vi desnudo, también por primera vez, su cuerpo de diez años, tan delgado que podían contarse las costillas, muy blanco, con unas airosas nalguitas de las cuales parecía enorgullecerse, y advertí su sonrisa de complacencia cuando enjaboné sus entrepiernas, como cuatro años más tarde nos lo haría por igual a las dos, en el castillo del barón von Glatz, el joven Franz, cuyo nombre me estremece, pero pasó casi un año todavía antes que, en los primeros días del verano, adoptase la costumbre de introducirse desnuda en la cama que compartíamos, no ya en la calle de la Tombe-Issoire, sino en otro de los pisos de aquel hotel de la calle Plâtrier donde Hyacinthe Rigaud, el pintor de los grandes, mantenía todavía su taller de retratista, hotel al cual regresé cuando la logia del Cloître-Notre-Dame, enriquecida por la militancia de varios aristócratas, accedió a costearme el alquiler, así que ahora disponíamos de una gran sala con chimenea, varias alcobas y salones de estar, hasta de un amplio cuarto de baño, esto último cosa muy rara en París, donde el aseo personal, al menos aquél que suele hacerse a punta de agua y jabón, se estimaba muy secundario, algo que era posible efectuar, muy de tiempo en tiempo, en la cocina o dentro de un barril en la misma alcoba, pues el refinamiento francés consistía, para las clases pudientes, en oler bien gracias al uso de lociones perfumadas, de sales volátiles, de compuestos amoniacaes, de lo cual resultaba una amalgama de olores no siempre muy recomendables, pero nosotras podíamos pagar muy bien ahora su mercancía a los aguadores, de suerte que disfrutábamos constantemente la abundancia del líquido, en el cual retozábamos a veces horas enteras, para escándalo de la conserje, quien temía que llegásemos al próximo invierno con nuestra piel desensebada por el agua, y así pude ver día por día cómo florecía hacia la pubertad el

cuerpo de Marie, cómo sus senos iban emergiendo y tomaban la consistencia de frutillas verdes, de qué manera avanzaba la vegetación por los contornos de su sexo, de modo que la noche en que decidió dormir desnuda conmigo ya no fueron necesarias las palabras, sino que nos estrechamos en un éxtasis del cual no habríamos de salir en mucho tiempo, un arrebató que no exigía lógica, pues no era exactamente un acto sexual el que emprendíamos, sino la fusión platónica de dos partes de un todo cuya separación espacial había sido mero capricho de la naturaleza, pobre de mí que no podía comprender la causa verdadera de aquel gozoso padecimiento, cuyas secretas pulsaciones jamás hubiera logrado descifrar porque no pertenecían a las estructuras de mi razón, a las jerarquías de mi conciencia, y fue por aquellos días que Hyacinthe Rigaud, siempre afable a pesar de su enorme prestigio, quiso hacer el retrato de la niña, el mismo que quede acaso abandonado a los rigores del olvido en mi casa de la plaza de los Jagüeyes, o acaso vaya conmigo a la pira inquisitorial, donde aparece con un vestido de organdí, el pelo recogido hacia la nuca y una rosa roja en la mano derecha, y es aquella cara oval la que yo recordaba obsesivamente, en el dolor de la humillación, entre la nieve de ese diciembre de 1727, avanzando con Aldrovandi por la escarcha enfangada de los caminos franceses, viendo a lo lejos, en la noche, las luces trémulas de alguna aldea, tratando desesperadamente de hallar las márgenes del Adour, mientras él trataba de consolarme diciendo que el haber sido violada por aquel canalla, malcriado entre frailes y alguaciles, podría con un esfuerzo compensarse en mi mente con la idea de haber echado ya los cimientos de la Logia Matritense, que algún día sacaría a España de sus injustas tinieblas, pero en mi imaginación persistía el rostro de Marie, mi amor perdido, y casi no podía escuchar al buen bolones, tan fatigado y asqueado como yo, que se esforzaba en elevar los pensamientos para informarme que mi próxima misión me llevaría junto a André-Michel Ramsay, el hombre a quien quince años atrás pensé que deseaba el propio Aldrovandi asesinar, ya que, en respuesta a su exclusión de la Gran Logia de Londres al ser ésta fundada el veinticuatro de junio de 1717, el antiguo secretario del difunto arzobispo Fénelon había resuelto instituir, hacía unos tres años, la secta de los gormogones, que volvía a escindir nuestra organización, en aras de cuyo auge, en cambio, otras sectas habían depuesto transitoriamente sus fanatismos, de forma que sería preciso intentar un acercamiento al místico impenitente, y a él le parecía que podía ser yo, en este caso, la más indicada intermediaria, por no haber tenido, en el pasado, roce alguno con el señor Ramsay, cuyos rencores eran hondos y espantables, me lo decía mientras encaminábamos las cabalgaduras por una resbalosa pendiente y yo apenas si oía sus palabras como un zumbido monótono, a pesar de su cálido acento italiano, porque el recuerdo de Marie, de sus últimos y espantosos días en el castillo del barón von Glatz, me anublaba dolorosamente el espíritu, lleno también de hastío y de repugnancia, haciéndome creer que mi vida estaba a punto de apagarse, que nada me quedaba por hacer en un mundo donde siempre había sobrado esta tejedora de coronas de espinas, o mejor, de coronas fúnebres, cuya única plenitud fue

la de aquellos meses, entre finales de 1718 y comienzos de 1720, en que la presencia de Marie colmó de luz mi casa, hizo de ella un efímero paraíso todo el tiempo que la pequeña desplegó a mi alrededor la fuerza de su imaginación demoledora, de su personalidad caprichosa e indoblegable, de su indómita energía que irrumpía por todas partes como un flete desbocado, puro instinto, ciñéndome ella sí las guirnaldas de la alegría, pero precipitando, claro está, el drama que yo veía venir, el de su hermano Jean, que aunque fue siempre muy tibio en sus relaciones conmigo, al ver que ahora no hacía caso de él entró en un patetismo conmovedor, pues la verdad era que me amaba, como amé yo a François-Marie, quiero decir sin correspondencia, me amaba y apeló a todos los recursos de la tragedia racinesca para tratar de recobrar un amor que jamás había existido, ya que en sus brazos sólo distraje el tedio y los malos recuerdos, a la espera del verdadero afecto, el que irónicamente me deparaba su hermana, hacia quien él me llevó como un puente, pues a la manera de los personajes masculinos de Racine, que a juzgar por su comportamiento era su autor favorito, parecía desdibujado frente a esta Fedra en que me había convertido, enamorada no de su hijastro Hipólito, sino de su hija adoptiva Marie, situación que, sin duda, Trencavel llegó a presentir, aunque nunca estuvo seguro de nada, ni siquiera de su propósito de quitarse la vida, cuando se ató al cuello una piedra demasiado pequeña y se lanzó al Sena, sólo para ser rescatado y salvado, entre insinceras protestas del suicida, por un vagabundo muy fornido, un jayán de barba corrida que escarbaba por las cercanías en los botes de basura, un tunante a quien al rompe reconocí cuando se presentó en mi residencia de la calle Plâtrier con el cuerpo desmazalado de mi infortunado amante y, al verlo, se arremolinaron en mi mente todas aquellas imágenes indelebles con las que fatalmente se asociaba, aquella pesadilla de acicalados corsarios y piratas desarrapados que no había logrado extirpar de mí, que me había estigmatizado para siempre, que apenas empezaba cuando Federico, como largamente pudo relatármelo más tarde, fue conducido a presencia de Louis de Montbars, uno de los jefes de la horda filibustera, entre el estruendo de los cañones y las nubarradas olorosas a pólvora, por el hombrachón contra el cual se estrelló en el matorral de Tierrabomba, cuyo acento nasal, tan diferente del gutural de Leclerq, lo había sorprendido al incorporarse lleno de pavor y oírle preguntar *who are you?, what are you doing here?, I think you are a damned spy, aren't you?*, pero él denegaba con la cabeza, el otro probó en mal español, quién es tú, pienso tú es algún espía, Federico seguía denegando, no, no, mintió, ando en busca de Leclerq, Lucien Leclerq, soy su amigo, el hombrachón soltó una carcajada, la candidez de Federico evidentemente lo enternecía, bien debía saber que Leclerq no había hecho en su vida un maldito amigo, lo que acaso no podría explicarse muy bien era cómo este criollo sabía de la existencia de aquel francés amargado, fue ello lo que tal vez salvó la vida del muchacho, porque Jonathan Hopkins, quiero decir el pirata, con un *thrilling!*, *are you joking, poor boy?*, lo pescó por el cuello y a empellones, aunque él no hiciera resistencia, lo hizo marchar hasta el claro, abierto a machete, desde el cual los

morteros y cañones de grueso calibre bombardeaban el castillo y en donde un hormiguero de negros dominicanos y hermanos de la costa se embriagaba ya de victoria entre tufaradas de pólvora, para conducirlo finalmente a presencia de Montbars, cuyo aspecto exterior en nada se compadecía con el del resto de su andrajosa falange, hubiera dado la impresión de un gentilhomme a no ser por el lenguaje soez que jamás abandonaba y porque, además, de él se decía que había matado personalmente a más de tres mil hombres, mujeres y niños en sus pillajes por el Caribe, entonces pudo evaluar de un vistazo el poder de la flota enemiga, que en sólo Tierrabomba había desembarcado más de un millar de hombres y que, a cada disparo de su poderosa artillería, con su solo estrépito debía estar sacando de las cureñas los pocos cañones del bastión de San Luis, de forma que, según pensó, Bocachica no podría resistir mucho tiempo, si acaso media, una hora, se acordó de Cipriano y de mi padre, de toda la parentela que su pobre Genoveva tenía en el mundo, ambos en ese minúsculo castillo a punto de ser batido, que aún insistía en defenderse, que peleaba con las uñas y el pico, y el cual, desde su posición, no le era fácil predecir si sería asaltado en últimas por corsarios o por bucaneros, y volvió a pensar en su propio padre, qué podía importar ya si se encontraba o no en Bocachica, se preguntó si aquellos pasavolantes que ahora amenazaban su vida no estarían siendo disparados por Lupercio, por el viejo marinero, en qué maldito embrollo se había metido, lo mejor sería que lo mataran de una vez, oyó a Montbars jurar *par le sacré cul du diable*, no tenía tiempo ahora para interrogar prisioneros, fusilarlos era lo indicado, pero no, que no lo fusilaran todavía, alguna información podríamos sonsacarle bajo torturas, *nom de Satán*, que lo ataran por allí, *allons donc!*, Federico se estremeció, la muerte habría sido mejor que el tormento, brazos membrudos lo alzaron por las axilas hasta un pelado tronco al cual lo amarraron, para dejarlo bajo el sol ya cenital a merced de las bombas que estallaban aquí y allá, rogó a los cielos que una de ellas lo volara en pedazos, había eludido morir con honor y ahora nadie sabría jamás cómo ni dónde había muerto, pero era mejor, Dios mío, mejor que ser torturado, un par de gruesas lágrimas descendían por sus mejillas, pensó en mí, pensó furiosamente en mí, pensó furiosa y maldicientemente en mí, pensó furiosa y maldiciente y blasfematoriamente en mí, pensó furiosa y maldiciente y blasfematoria e hijadeputamente en mí, se dijo que ya no me vería más, se dijo que me amaba, que me amaba, me amaba, amaba, se dijo cuan ridículo soy, se dijo cuan ridícula es la vida, y cuan ridícula será mi muerte, se dijo muchas cosas que dejaron muy mal parados al cielo y a la tierra, porque la proximidad de la muerte es peor que la muerte misma, ello claro refiriéndonos a la propia, que la de otros puede ser a veces más dolorosa, no sé cuál de tantas lo fue más para mí, pero una hubo, ah, sí, aquella muerte que nunca pude discernir si me concernía o no en forma directa, pues he de decir que mi felicidad al lado de Marie no se prolongó más allá de los primeros meses de 1720, no en todo caso más allá de ese invierno que llegó a internarse en la primavera y fue el más crudo en muchísimos años, todas las carretas y los carruajes

del mundo debían estar varados entre la nieve, todos los quitasoles amarillos de las primulas hubieron de sentirse defraudados por el equinoccio primaveral, llegué a imaginarme al mismo trópico cubierto de nieve, pues no parecía posible otra cosa que no fuese la nieve sobre el triste planeta, así que Marie y yo debimos inventar una variedad sumamente rica de pasatiempos para sobrellevar esa estación salida de madre, y fue entonces cuando a Marie se le ocurrió aquel juego de fabricar espantajos, nos traía locos a mí y a mis visitantes, porque si íbamos al retrete, o a la cocina, o a la pequeña biblioteca, hallábamos en el pasillo, o tras alguna puerta, o en algún rincón de penumbra, formas muy bien construidas con sábanas inservibles y parapetos improvisados, que simulaban apariciones de ultratumba y que, en efecto, nos hacían desfallecer de susto con su apariencia de mendigos postrados, de jorobados frailes, de profetas apocalípticos o de ánimas del purgatorio, de tal suerte que uno jamás podía acostumbrarse y, por mucho que nos mantuviéramos alertas, el ingenio de Marie era tal que siempre conseguía sorprendernos y sobrecogernos, al extremo que al cartógrafo Delisle, protector de Jean Trencavel, debimos hacerlo aspirar sales de amoníaco una noche para volverlo de su desmayo, producido por una monja orante en la alacena, hasta que un día, la pequeña entró no sé cómo al obrador de Hyacinthe Rigaud y tomó en préstamo una calavera y algunos huesos humanos de los que el artista utilizaba para sus estudios anatómicos, luego con un viejo guardainfante de alambre, una caperuzita de chimenea, una percha de pie para colgar sombreros y un largo corte de raso negro que fingía una túnica con capilla, alzó poco antes de medianoche, frente a las habitaciones de la conserje, una réplica tan perfecta de la alegoría vulgar de la Muerte, que al salir a eso de la una la buena anciana, como solía hacerlo, para comprobar si el portón de calle había sido cerrado, recibió tal impresión a la luz de su palmatoria que su corazón dejó de latir y, a la mañana siguiente, hallamos su cadáver a los pies de la obra de arte macabro, que para la pobre mujer se constituyó ciertamente en la mensajera de la Estigia, pero también para Marie, que a partir de aquel instante, triturada por los remordimientos, apagó para siempre su alegría, se convirtió en el ser taciturno y retraído que llevé al castillo de von Glatz dos años más tarde y, cuando aún no se habían aplacado las tormentas de nieve, inició los procesos de aquella terrible enfermedad que el profesor Boerhaave había diagnosticado incurable y que la condujo a la tumba, no sin antes provocar, pues fue su estado morboso el principal responsable, los acontecimientos espantosos que inspiraron mucho después la leyenda vampiresca del castillo y que, hacia 1765, precisamente por los tiempos en que Voltaire destruía la también negra leyenda de Jean Calas, el hombre a quien falsamente se acusaba de haber dado muerte a su hijo para impedir que abjurase del protestantismo, fue incendiado y reducido a escombros, según logré saber gracias a los corresponsales alemanes de Rutherford Eidgenossen, por hordas de lugareños frustrados en su obsesión irracional de atravesar con estacas a imaginarios cadáveres vivientes, nacidos de la lectura de la *Magia Posthuma* de Carlos Fernando von Schertz o del *De masticatione mortuorum*

in tumulis de Michel Ranfft, libros que al edificar delirantes teorías sobre difuntos que se comían el sudario en sus sepulcros o que regresaban al mundo de los vivos a chuparles la sangre y a contagiarlos de su maldición, desataron sobre Europa una epidemia de terrores alucinados y de profanaciones de tumbas, cuyos ocupantes eran exorcizados de mil infames maneras, como en 1732, relató *Le Mercure Galant* que se hizo en la aldea de Kilisova, donde cerca de medio centenar de cadáveres fueron sacados de sus fosas y quemados públicamente bajo sospecha de vampirismo, o como en el propio Belgrado lo permitió el gobernador de Serbia, duque Karl Alexander von Württemberg, bajo cuyo gobierno se ejecutó una quema multitudinaria de cadáveres en el cementerio de Zenum, y creo que fue el origen polaco del barón von Glatz el que despertó sospechas en Aquisgrán, pues en aquellos años se pensaba que los vampiros humanos solían llegar, para inficionar a los demás pueblos, de los países pertenecientes al sistema montañoso de los Cárpatos, tales como Polonia, Ucrania, Moldavia, Rumania o Hungría, estos dos últimos al parecer infestados de ese mal que yo con todas mis fuerzas proclamo inexistente, producto sólo de mentes febriles, superchería popular llegada acaso del Oriente Lejano o tal vez originada en el mito inmemorial del rey Achantis, que rociaba con sangre de doncellas los esqueletos de sus antepasados, porque en modo alguno aceptaré que mi Marie haya sido jamás una vampiresa o cadáver viviente, no faltaba más, me parece que si alguna cosa definitivamente no hemos heredado de la antigüedad fue el respeto a los difuntos, que en cambio he profesado siempre, quizá porque el destino me los prodigó a manos llenas, el primero de ellos mi madre, fallecida cuando era yo una niña todavía, y el segundo mi padre, en aquella tarde funesta del dieciséis de abril de 1697 en que, a eso de las cuatro, cuando el sol se dejaba filtrar por una plancha de nubes parduscas, un sol con uñas, de volandero vaticinio, la embestida francesa arreció, sabedora la flota enemiga de que sería el último episodio, pues los disparos de cañones y morteros habían descabalgado hacía rato de sus cureñas de cedro sin herrajes la mayor parte de la artillería defensora de San Luis, y fue irónicamente mi padre el último en contar con su obsoleto cañón medio montado en las teleras y pasadores, pero trató en vano de afianzarlo en las gualderas, un proyectil abatió perpendicularmente el montaje y el viejo soldado, el hombre que me refería historias de hadas en las noches de mi niñez, mi bondadoso padre se vio despedido desde lo más alto de la explanada, para caer sin vida al foso, lleno de agua podrida y chapoteante, donde ya los sitiadores colocaban escalas de asalto y disparaban petardos para volar la puerta, entonces Cipriano, que lo había visto caer, decían que vio morir a su progenitor sin un pestañeo, consciente probablemente de que él también moriría, y en el instante definitivo sacó valor de donde había demostrado no tenerlo, empuñó el herrumbroso fusil sin municiones, cuya única utilidad radicaba ahora en el uso suicida de la bayoneta, y se abalanzó contra los franceses que coronaban ya las almenas, instante en que fue detenido por la mano robusta de Sancho Jimeno, quien olvídalo, hijo, le moduló con cierto temblor de voz que reflejaba su sentimiento no de miedo sino de impotencia, no hay más

remedio que entregarnos, estamos perdidos, aunque, como ves, les hemos enseñado que aquí no mostramos las suelas, a lo cual Cipriano le hizo ver que estaban perdidos, sí, desde el mismísimo comienzo, pero ellos no lo sabían, agregó el castellano y, en cambio, podíamos demostrarles que a los hombres bien nacidos el honor les sirve para algo más que para jurar, palabras que debieron impresionar a Cipriano, pues dijo, serena la mirada y fija en la del comandante, está bien, señor, pido perdón por la flaqueza que dejé ver en algún momento, pero creo que he cumplido con mi deber y que ahora puedo ir a llorar a mi padre, con lo que a Sancho Jimeno no se le ocurrió otra cosa que darle una palmada de aliento en el hombro, para él también significaba demasiado la muerte de Emilio Alcocer, así que ahora la bandera blanca ondeó sobre el castillo de San Luis y el puente levadizo empezó a descender con lentitud implacable, el castellano ordenó a la tropa no entregar armas que pudieran luego ser empleadas contra la ciudad y multitud de cañones y fusiles fueron arrojados con nerviosismo a lo profundo del foso, las naves evolucionaron en las aguas inquietas, entonces la marina de Luis XIV tomó posesión de la fortaleza y tras ella, peripuestos en sus sederías como un elenco de muñidos muñeques, sin abandonar, pese al calor, los arreos casi palaciegos, fueron llegando el vicealmirante Levy y los capitanes Sorel, del «Saint-Louis», el vizconde de Coelogon, del «Fort», el señor Dubuisson de Verènes, de la «Bermandois», el señor de la Motte Michel, del «Furior», el señor Gombeau, del «Apollon», el coronel Marolles, del «Saint-Michel», el señor de Saint-Brandille, de «Le Maren», el señor de Francine, del «Avenant», el señor de Guillotin, del «Sceptre» y el señor Matciac, de «La Mutine», seguidos del caballero Louis Chancels de Lagrange, guardiamarina de la escuadra, de monsieur de Galifet, teniente del rey en Santo Domingo, y un último caballero, también de espléndida vestimenta, pero muy agrietada la tez por el sol, hombrachón de unos cincuenta años, de gesto duro, que se identificó como Jean-Baptiste Ducasse, gobernador de la porción francesa de la Española, y que no era otro que el temible Pitiguao, el individuo bajo cuyo mando rapiñaban los forbantes dominicanos, luego hizo la tropa una calle de honor en el puente levadizo y avanzó el comandante general Jean-Bernard Desjeans, barón de Pointis, quien debió ser ayudado por varios marinos para trasponer, con sus elevados tacones rojos, su peluca empolvada y su finamente bordada casaca, las pasarelas que finalmente lo condujeron al puente, donde Sancho Jimeno le sostuvo la altanera mirada, ese reojo de la nobleza francesa, mil veces estudiado ante el espejo, y el barón, luego de expresar con ceño doliente su desagrado por algunas gotas de agua sucia que salpicaron sus ceñidas bragas, indagó dónde se encontraba el gobernador del castillo, y soy yo, repuso Sancho Jimeno de Orozco, ahora que ya en lo alto del bastión flotaba, al fuerte viento, la bandera flordelisada, a lo cual *vous êtes mon prisonnier*, comenzó Pointis, pero el castellano, aunque entendía perfectamente el francés, se dio el lujo de hacerse traducir por el Pitiguao, el barón decía que el comandante era su prisionero, pero que daría a él y a sus soldados un salvoconducto para abandonar la ciudad, en testimonio de su admiración por el

modo como, con sólo un puñado de hombres, había resistido tan denodadamente a la flota del rey de Francia, momento en que Pointis, que un año más tarde publicaría en Ámsterdam unas memorias que constituirían una insospechable apología del valor de nuestros soldados, reparó en la presencia de la mujer del castellano y, a imitación del rey galantuomo, se inclinó rápidamente para besar aquella mano blanca, en tanto el Pitiguao seguía informando que el barón tenía al comandante y a su dignísima esposa en muy alta estima y encarecía a Sancho Jimeno hacerle entrega de su espada, no como botín de guerra, sino para disfrutar el privilegio de llevar al cinto la del hombre más valeroso con quien jamás se batió en su vida, a lo cual el capitán, con cierta rudeza española, torció los labios en gesto despectivo, desenvainó el arma y, atravesándola sobre una pierna, la quebró en su rodilla, para arrojar al suelo las dos partes y declarar con suprema altanería que así entregaba él su espada a un pirata, calificativo en el cual, no obstante la patente de corso extendida a Pointis de puño y letra de Luis XIV, lo asistía una buena dosis de razón, como, impresionado por sus pláticas sobre aquella acción infortunada, había de reconocerlo muchos años después el propio Voltaire, al escribir, en su muy difundido libro *Le Siecle de Louis XIV*, algo así como que, desde hacía siglos, uno de los efectos de la industria y del furor de los hombres radicaba en no limitar a Europa las desolaciones de las guerras, sino agotar gentes y dineros para ir a asolar los extremos de Asia y de América, razón por la cual los indios, a quienes Francia había obligado por la fuerza y con habilidad a aceptar su colonización, y los americanos, a quienes se había ensangrentado y arrebatado su continente, miraban a los europeos como enemigos del género humano que acudían desde el confín del mundo para degollarlos y para destruirse a sí mismos, luego, tras memorar los despojos hechos en Terranova, en Jamaica, en Cambia, aludía a nuestro incidente recordando cómo Pointis, al mando de varios barcos del rey y de un millar de filibusteros dominicanos, había atacado de improviso, cerca de la línea del Ecuador, a la ciudad de Cartagena, a la cual por ligereza o por indiferencia, tal vez por ignorancia, o acaso porque los mercadores, que erróneamente suponían a Cuba y Santo Domingo mera prolongación de la Florida, otorgaban a la totalidad del Caribe la denominación de Sinus Mexicanus, dio en situar François-Marie en territorio de México, ataque del cual la toma de Bocachica no fue sino el primer capítulo, cuyo desenlace era aún ignorado en el casco de la ciudad cuando esa noche, a la mediocre luz derramada por el cuarto menguante, cuya claridad debía luchar con una masa de hirsutas nubes que seguían ovillándose, una pareja de dominicos, entre ellos mi confesor, muerto por los piratas, entró a hurtadillas en el abandonado palacio de la Inquisición para recoger algunos objetos que necesitaban en su refugio, y halló el cuerpo inerte de fray Miguel Echarri, cuya vida era ya una débil lucecilla cuando se le trasladó a casa del médico Miguel de Triarte, donde fue aceptado como paciente justamente a la hora en que se desplomó el aguacero, el primer gran aguacero del año que, ignorante de la muerte de mi padre, de la prisión de Federico, de la caída de San Luis, contemplé desde la ventana de la sala de Hortensia García, donde Beltrana

seguía extraviada en el reino de los delirios, y me distraje viendo los gotillones estrellarse contra la calzada de tierra para agruparse luego en filetillos venosos y más tarde en chorreras de pretensiones lacustres, y pensé que toda el agua del cielo se había venido sobre el mundo, porque aún no sabía lo insignificante que esta estación de lluvias, que en los trópicos llamamos invierno, es ante el verdadero invierno, ante aquellas nevadas silenciosas que iban amontonando sus copos resplandecientes hasta mullir por completo el suelo que pisábamos y cubrir de edredones blancos los álamos de la colina, mientras el barón von Glatz, al calor nada satisfactorio de la chimenea, cuya lumbrera hacía danzar rojizos fantasmas en las paredes, sobre los manguales cruzados y las viejas lanzas de guerra, discurría acerca del poco valor de la moral social ante la ética personal y trataba de demostrarnos cómo la primera variaba insensiblemente, sin que sus más recalcitrantes defensores se diesen apenas cuenta, y cómo tal fenómeno solía pasar inadvertido a los historiadores, por concentrar éstos su atención en determinados períodos de la historia de un pueblo y no en el largo fluir de los acontecimientos, de suerte que, por ejemplo, imaginábamos siempre a los griegos muy reverentes con la religión deífica, sin saber que ya en tiempos de los diádocos fue abandonada totalmente para dejar campo a la astrología, mientras los dioses del viejo panteón eran reemplazados por divinidades forasteras como Atis, Astarté o Baal, lo cual lo llevaba a afirmar que, así como toda evolución cultural de cierta importancia tenía, por definición, que ser hecha contra la moral corriente de su tiempo, así aquella evolución, al cumplirse, por una debilidad más que humana solía erigirse a su turno en moral establecida, en dogma, y acababa por ser tan nociva como su predecesora, casi su hermana, casi su discípula, de modo que esta Diosa Razón que ahora la ciencia y la filosofía se esforzaban por entronizar, a la vuelta de unas centurias se volvería tan rígida, tan mezquina y tan inquisitorial como el cristianismo que la provocó, de eso no parecía caberle la menor duda, ya veríamos a los racionalistas acumulando dogmas inmovibles, y aun elevando príncipes y pontífices que no aceptarían nada que con sus ojos no pudiesen ver, entonces el avance de la ciencia, cuyo impulso inicial es la hipótesis, debería refugiarse otra vez en los insalubres sótanos de la clandestinidad, pues según él el universo guardaba muchos secretos que la sola razón humana no podría tan fácilmente esclarecer, y para cuyo futuro discernimiento sería necesaria otra guerra entre la Razón y la Intuición, es decir, entre la ciencia y la filosofía, guerra en la cual la religión confundiría aún más a los legos, tomando partido ya por una, ya por otra de las partes en discordia y salpicando con su descrédito a aquélla que eligiese como favorita, ante lo cual decidí preguntarle si, en las presentes circunstancias, a comienzos del siglo XVIII, recomendaba, así fuera transitoriamente, el partido de la Diosa Razón, y respondió que sólo en una forma exterior y convencional, pues, en lo íntimo de sí, el hombre de pensamiento debería siempre preservar su independencia de las corrientes de la hora y remitirse muy exclusivamente a sus impulsos profundos, o sea, a su ética individual, única que podía salvarlo y abrirle los caminos de un fidedigno

conocimiento, ideas que siguió exponiendo durante largas sesiones en aquel invierno, mientras el intenso frío, agravado por la humedad, iba empeorando el estado de mi Marie, cuyas expectoraciones de sangre se hacían cada vez más frecuentes y cuyos ojos se advertían ahora rodeados por un nimbo violáceo, notable sobre la palidez espectral del rostro, de forma que, me parece, fue la angustia que su depauperación gradual me producía lo que me hizo ceder fácilmente al encanto que creía encontrar en Franz, en su expresión casi infantil, en su casi tierna complexión, y así una tarde, o mejor una noche, porque fue en los días más cortos de la estación, al sentir el tacto de sus dedos suavísimos en mis muslos, durante el baño, lo atraje hacia mí y succionando con avidez de sanguijuela sus labios, lo despojé de sus vestiduras y lo zambullí en la bañera, donde la virginidad del muchacho zozobró definitivamente e iniciamos aquellas frenéticas semanas de enero en que nos hacíamos el amor, tan pronto nos sabíamos solos, en cualquier rincón del castillo, muchas veces de pie, otras encaramados sobre las mesas de trabajo del barón, a menudo sobre las pieles de tigre, de león, de jirafa, de jabalí que cubrían desde tiempos ignotos los pisos, desprendíamos las viejas armas de sus panoplias y nos poníamos a jugar a la guerra por las salas desiertas o, a la vista de la estupefacta servidumbre, nos correteábamos por la nieve de la colina y acabábamos trenzados bajo las ramas emblanquecidas de los álamos, todo ello aprovechando, claro está, las ausencias del barón, que a veces prefería guarecerse con sus amistades en Aquisgrán, donde el frío era menos agudo, y no ciertamente porque su presencia hubiese impuesto ningún género de cohibición, sino más bien por un borroso escrúpulo de Franz, que parecía temerle en alguna forma, prevención que, en cambio, no tomé yo con Marie, a quien creía incapaz de un arrebato de celos, y hete que una noche, mientras le administraba los medicamentos prescritos por Magnus Boerhaavius, inició con su voz ya cavernosa una retahíla de pungentes reproches, acusándome de abandono, de falta de piedad, de saña diabólica, de irrespeto por su condición de moribunda, y yo le dije que no, que no estaba moribunda, que se repondría de aquel mal, que en ningún momento mis retozos con el muchacho querían traducir merma alguna en mi afecto hacia ella, pero no logré convencerla, me hizo ver que, ahora que no se hallaba en posición favorable para dispensar gratificaciones, yo se lo restregaba en la cara con el paño de menstruas de mi ingratitud, y fue tan dura conmigo que me hizo llorar, pero no abandonar a Franz, pues había algo en aquel adolescente que ciegamente me arrastraba, cada gesto, cada actitud suyos me seducían sin remedio, le permitía poseerme por allí por donde se le antojara, era mi sol, mi semidiós, y esa terrible dependencia alzaba en mi interior voces muy airadas, porque sabía que mi verdadero amor era Marie, que no debía en su lecho de muerte inferirle esta espantosa infamia, pero a más de coronas de espinas, de coronas fúnebres, yo parecía estar destinada a tejer guirnaldas de ignominia, fue así como una vez en que practicaba con Franz el penilingüis en una de aquellas salas pobladas de armaduras normandas, de antiguos y emplumados crestones de caballería, de dagas árabes, de viejos mosquetes de mecha, advertí de pronto un

movimiento en alguna penumbra y comprendí con dolor que Marie nos observaba con lágrimas de despecho y de tristeza en sus grises, adorables ojos que ya, sobre el marfil atormentado de su rostro, vaticinaban la definitiva ausencia, entonces me precipité como posesa fuera del castillo, me perdí entre el bosque nevado, de cuyas ramas se escurrían heladas gotas, y allí, entre la escarcha y azotada por un frío que quería partirme los huesos, permanecí hasta la salida del sol invernal, cuando una pareja de criados me descubrió abrazada a un tronco, sin conocimiento, amoratada por la temperatura, apenas con un rescoldo de vida en el cuerpo casi rígido, mas no bastó aquella dolorosa experiencia para apartarme de la tentación, pues, aunque por dos o tres días evité la proximidad de Franz, éste se empeñó en asediarme al punto que, sin saber cómo, volví a verme de pronto saqueada por su lascivia sin límites, imitando las posturas imaginativas de la porcelanería, metida una buena tarde dentro de alguna armadura de las Cruzadas y él tratando de poseerme por entre las aberturas del hierro colado, y no paró aquel desenfreno ni siquiera el día en que Marie, apenas sosteniéndose de pie y reteniendo con cólera la vida que se le escapaba, me aferró súbitamente de un brazo y me arrastró por los largos pasadizos del castillo hasta una habitación, cuya gran puerta con tallas de roble franqueó para que yo viese, bajo los leones rampantes dibujados con vivos colores en la cristalería de los ventanales, al barón von Glatz poseyendo analmente a Franz, que deliraba de perverso placer mientras era masturbado por la mano velluda del filósofo, y que no pareció mosquearse al verme perpleja en el vano de la puerta, pero aquella revelación, lejos de arredrarme, aumentó mi afición por el efebo, pues ahora me proponía disputárselo al dueño de casa, robarme de alguna manera la totalidad de su amor para que fuera verdaderamente mío para siempre jamás, y multipliqué mis artes amatorias, ramifiqué casi hasta el infinito mi capacidad de producir placer, hasta que una mañana de abril, ya muy avanzada la primavera y florecidos los brezos y retamas en los flancos de nuestra colina, inventaba con Franz posturas eróticas en algún recodo de la inmensa biblioteca, cuando una criada llegó a toda prisa a anunciarme que mi pobre Marie había entrado en agonía, la hallé efectivamente en un letargo del cual no me era posible despertarla, enloquecí de angustia y de remordimientos, me hice embridar una cabalgadura y partí al galope, en busca de ayuda, hacia Aquisgrán, atravesé como un bólido sus tranquilas calles, me detuve frente a la mole gótica del Rathaus y a grito herido clamé por un médico, entonces un vejete de nariz muy roja se me acercó y me ofreció sus servicios, decía haber estudiado con Francisco de la Boe Silvio en Leiden, lo subí en ancas a mi cabalgadura e iniciamos el camino de regreso, tuvimos que ascender penosamente la colina, pero entramos como un rayo en el patio de armas, descabalgamos y entonces caímos en la cuenta de aquel silencio astral que reinaba sobre la edificación, como si se encontrara desierta, entramos desalados y avanzamos por el pasadizo principal, no hallábamos a nadie en ninguna parte, grité con toda mi fuerza, en la habitación de Marie la cama deshecha estaba vacía, el hombrecillo de roja nariz me interrogaba desconfiado con los ojos, me di a abrir puertas como loca,

todo se encontraba silencioso y desierto, hasta que finalmente irrumpimos en la gran estancia junto a cuya chimenea el barón nos instruía sobre la dialéctica y la analítica aristotélicas, y a boca de jarro tropezamos con el horror, el cuerpo de Franz se encontraba ensartado, en perfecto equilibrio, sin vida, como un acróbata macabro, en lo alto de una alabarda parapetada contra los mesones banqueteros, el de von Glatz a un lado, entre un piélagos de púrpura que rimaba con el damasco carmesí de las cortinas, y los de toda la servidumbre esparcidos como una muñequería trágica por el recinto, atravesados por el sinnúmero de armas viejas y contemplados por la helada sonrisa de los trofeos de cacería, todos muertos en gestos y posturas disímiles, todos como integrando un grupo de danza que Franz gobernara sobrenadando en el aire tibio, un macabro rondó o rondel, una cascada, una corrandá, una folía, y en un rincón Marie, acurrucada y balanceante, ya arrebatada por las ráfagas de la locura, canturreaba su vieja canción, *bel tsibalhé! lo luno m'o troumpado!*, entonces con los ojos arrasados de lágrimas, estrujada para siempre por el horror, la transporté en mis brazos hasta su lecho, mientras dando alaridos de espanto, quizá ya de demencia, huía el pobre galeno de la nariz roja, y contemplé aquellos delgadísimos brazos, casi inermes, que fueron capaces de semejante ciclópea proeza en momentos de brumosa agonía, y lloré, lloré, lloré durante días enteros sobre el cadáver que luego sepultaron las autoridades, junto con los otros diez o doce, en un sótano del castillo, porque esa misma noche, al fulgor de mortuorias sedas de la luna llena de abril, exhaló la vida y al morir canturreaba, al morir canturreaba, al morir canturreaba, *de despech a al ped del foc m'an jetat un lut de palho, ay moun amic!*

XII

Ahora que estoy siendo procesada, bajo acusación de brujería, por el Tribunal de Inquisición de Cartagena de Indias, ahora que padezco el segundo de los dos largos cautiverios observados en mi horóscopo por el ha tiempos difunto Henri de Boulainvilliers, ahora que, a pesar de haber confesado cuanto a los verdugos se les viene en mientes, sigo siendo sometida a tormentos *in caput proprium* en virtud del breve *ad extirpanda* de Inocencio IV que manda a los magistrados apremiar con torturas a los herejes, asesinos de las almas y ladrones de la fe de Cristo y de los sacramentos de Dios, ahora que me enrostran la posesión de obras prohibidas como lo están las de François-Marie y todas las de filosofía iluminista, para sólo citar unos pocos ejemplos, ahora que mis alborozados vecinos son llamados a testificar en riguroso secreto sobre mis presuntas prácticas de hechicería, ahora que ni siquiera podré reunir una mínima parte de los doce declarantes exigidos por el Santo Oficio para atestiguar la limpieza de mi sangre, ahora que para mí no puede haber esperanzas, ahora que se me obliga a repetir tres veces al día esa glosa rimada del Decálogo que comienza levanta el corazón y abre la oreja mujer dura para escuchar, ahora que paso la mayor parte del tiempo aprisionada en un collar de hierro en esta celda infecta que comparto con la bruja de San Antero, ahora puedo comprender, mi buen Bernabé, lo que debió sentir Federico, mi amado Federico, cuando lo encerraron en aquella fétida mazmorra del baluarte del Reducto, acusado de traición a la patria, y también mediante tormentos lo obligaron a confesar, por mandato del desesperado gobernador Diego de los Ríos, cuanto a los verdugos pasara por la cabeza que pudiese haber hecho en beneficio de los sitiadores y en perjuicio de la ciudad, donde el vómito negro y el tabardillo, que son las pestes de la guerra, seguían haciendo estragos entre las gentes que ardían en fiebre y mostraban la piel salpicada de manchas purpúreas, en tanto una invasión de ratas grises campeaba por las calles, mordía a los niños en las cunas, nos arrebatava los alimentos en la mesa y reducía a lustrosos esqueletos los cadáveres todavía insepultos en los arrabales, todo ello saldo y distintivo del paso de los filibusteros de la Tortuga, cuyo saqueo aún se prolongó tres días después de la partida de la escuadra francesa y cuyas depredaciones rebasaron todo lo que sumado habían perpetrado antes en las Antillas, pues como dije la toma de San Luis de Bocachica no fue sino el abre bocas no sólo para esos carniceros sin bandera, sino para el propio Pointis, cuya expedición, aunque autorizada por Luis XIV para presionar la sucesión del trono español en cabeza de Felipe de Anjou, había sido costeada en su mayor parte por mercaderes y armadores de Brest, ávidos de repartirse un botín que sabían riquísimo, especialmente por los tesoros que recataban nuestros sagrarios, y de conservar el puerto en poder de Francia

para extender desde aquí su comercio hacia todas las Indias Occidentales, de forma que el asalto simbólico del bastión que era llave de la bahía hubiese podido satisfacer las aspiraciones del monarca, mas no las de los comerciantes bretones, de allí que, dejando una guarnición de cuatrocientos hombres en el fuerte y dos navíos de guardia en el canal, la flota avanzó por la rada hasta el fuerte de Santa Cruz, en el extremo de la punta de los Icacos, bastión que el aturrullado gobernador estimaba ahora vital, por ser ya la única defensa del surgidero, de aquellos muelles donde en el más peligroso abandono seguía anclado el galeón «Oriflama» con su preciosa carga de cofres, preocupación que, por supuesto, se abstuvo de transmitir al castellano Francisco Santarén, viejo soldado que había servido en Flandes, cuando en el despacho del palacio le dijo que lo fusilaría si dejaba caer el castillo de Santa Cruz, a lo cual repuso el aludido que podía fusilarlo de una vez, pues si cayó Bocachica a pesar de las milicias que la reforzaron, la fortificación a su mando no podría resistir ni el preludio de aquel embate, entonces de los Ríos, los colores de cuyo semblante pasaban con gran rapidez del bermejo encendido al verde pálido, le prometió reforzarlo con una guarnición de ochenta hombres, entre negros, mulatos y españoles, y si era el caso con unos tres o cuatro cañones de hierro, propuesta que motivó en Santarén, según muy claro quedó más tarde en la relación que el propio de los Ríos hizo a la Real Audiencia de Santafé, una carcajada seca y enfática, la cual tuvo la virtud de abatir o desquiciar el ánimo del gobernador, siempre cambiante, invaticinable, al extremo de ordenar intempestivamente el abandono de Santa Cruz y el retiro de su guarnición, previos la quema de cureñas y el clavado de los cañones, hacia los muros de la plaza, movimientos que se cumplieron con premura y permitieron a Pointis instalar cómodamente sus barcos a tiro de bombardas de nuestras murallas, para hallar, claro está, que éramos inexpugnables por la parte del recinto que defendían los baluartes de San Ignacio, San Francisco Javier y Santo Domingo, así que prefirió fondear el grueso de la escuadra bajo los muros del fortín abandonado, tomarse por igual el del Pastelillo, cuyos defensores optaron también por retirarse, y dueño ya de la bahía, dirigir su ataque hacia el otro extremo de la ciudad, cuya defensa terrestre se encontraba confiada al castillo de San Felipe de Barajas, nuestra más importante fortificación que, sin embargo, no era imbatible todavía, como sí parece serlo ahora tras las reformas que hace unos ocho años le hizo el teniente general Antonio de Arévalo, pues podía fácilmente forzarse desde unos cerros vecinos, en los cuales el enemigo quedaba a cubierto de sus baterías, situación que ya en aquel momento no debía escapar a Pointis, quien desde Bocachica había despachado ochocientos filibusteros con la misión de apoderarse del viejo monasterio agustino que, sobre la colina de la Popa, dominaba la ciudad, monasterio entre cuyos venerables y caridosos muros no hallaron los bucaneros un alma en quien ensañarse, de suerte que se limitaron a dejar en él alguna guarnición y avanzaron hasta un bosque muy próximo al hospital de leprosos de San Lázaro, situado al pie de San Felipe, y lo que a ninguna de nosotras, en casa de Hortensia García, se nos hubiese podido alcanzar, era que

Federico estuviese con aquel destacamento de desarrapados, acaudillados por Godefray y Montbars, y a cuya cabeza el norteamericano Jonathan Hopkins, famoso por haber decapitado a cinco curas y violado a más de veinte monjas en La Habana, abría trocha al son de su *hurry up!*, no se nos hubiese podido alcanzar que fuese su prisionero, ahora de una manera casi equívoca, porque se le obligaba a machetear el matorral y a abrir claro en el bosque lo mismo que a los otros, y porque ahora, para protegerse del sol, lucía en la cabeza el mismo pañuelo rojo que los demás, siempre bajo la fiera vigilancia de Hopkins, a quien quedó confiado desde el momento en que, tras su encontronazo entre las breñas de Tierrabomba, lo condujo a presencia de Montbars, el antiguo gentilhomme que esperaba sonsacarle información, cuando atado a un pelado tronco quedó a merced de las bombas españolas y sólo fue rescatado, una vez batido el fuerte de San Luis y entre perversas risotadas, por el maldito Leclerq, *mon petit, je mis un miserable carnassier qui est tres content de vous voir à neuf*, entonces en malhadada hora rebrotó en la mente de Federico la esperanza de ser transportado a alguna posesión francesa por el bon fripon, de partir de allí hacia París, de irrumpir como un mesías en la Academia de Ciencias llevando la buena nueva del descubrimiento de un séptimo planeta en la bóveda celeste, de ceñir para siempre los mirtos de la fama y pasar el resto de la vida con una puntiaguda mitra de astrónomo escrutando el firmamento, sin ver que para Leclerq no era ya otra cosa que un prisionero y que, si llamó a sus andrajosos camaradas para que hiciesen corro en torno suyo hablándoles del *jeune savant*, del precoz astrónomo, *rien à faire, il est mon protégé*, fue para hacer mofa de él, para obligarlo a adoptar un aire circunspecto reñido con su edad y, por consiguiente, hacer el bufón en medio de aquella mesnada de criminales, verdadera corte de los milagros del océano, astroso ejército de tuertos, mancos, cojos, piernas de esteva, horribles labios leporinos, carcomidos rostros, despojos de la sífilis, miradas extraviadas, gestos evasivos, risas desdentadas, que se carcajeaban sin saber de dónde les había llovido este rey de burlas y festejaban, *Wunderhubsch!*, en diferentes lenguas, *épatant!*, las frases chocarreras de Leclerq, *really, really funny*, hasta cuando les dieron la orden de embarcar nuevamente, de rodear la ciudad para tomarse la colina de la Popa, entonces Jonathan Hopkins insistió en que no era sino una carga, un niño que nada podría decirles sobre las defensas, *you are stark mad, Luden, this boy is a trouble for us, all the rest is a lot of hoohah phooey-hooey, let us kill him and let's go*, pero el francés insistía en no perderse la diversión, hablaban únicamente en inglés y Federico solo días más tarde se enteró, cuando los dados habían sido tirados irreversiblemente, del sentido de sus conversaciones, *I hope you know what you're doing, oh sure, I know, I know*, mientras nosotras, en casa de Hortensia García, seguíamos confiando en que el muchacho volvería pronto con Lupercio, pues la vida de Cristina se escapaba lentamente, sin posibilidad de asistencia médica y sin que los brebajes de la dueña de casa surtiesen efecto alguno, por lo cual, a regañadientes, María Rosa toleró otra vez mi presencia en la alcoba, aunque me lanzaba a cada oportunidad miradas de inquina,

pullas intolerables, a las cuales terminé respondiendo que estaba dispuesta a hacer verificar mi doncellez por el médico que ella señalase, por el Santo Oficio si así le petaba, pero en verdad aquello se había convertido en una situación improlongable, no podíamos permanecer allí entretenidas en rencillas ridículas mientras la buena señora se nos moría, tomé la decisión hacia la alborada del miércoles, creo que fue la primera vez que tomé por mí misma una auténtica decisión, me eché un chal sobre las espaldas, pues aún seguía lloriqueando aquel traicionero cielo de abril y marché muy temprano, en busca de cualquier médico o curandero, hacia el centro de la ciudad, tomando la vía de los muelles para evitar los fangosos baldíos fronterizos a la ciénaga del Cabrero, entonces avisté a Cipriano, a Sancho Jimeno y a la mujer de este último que, provistos de un salvoconducto francés, al igual que el resto de los sobrevivientes de Bocachica, habían atravesado en una chalupa la bahía con un pesado fardo que ahora trataban de subir al embarcadero, al rompe comprendí que se trataba del cadáver de mi padre, pues sabía el aprecio que el capitán le profesaba, desfallecí bañada en llanto sobre el hombro de mi hermano, en el muelle esperaba una hilera de andas mortuorias, en una de ellas lo depositamos y cubrimos con un sudario, alguien me dijo que serían trasladados a la iglesia de Santo Domingo para una breve ceremonia, el estado de descomposición de aquellos cuerpos no permitía celebrar velatorios, a pie anduvimos el corto trayecto, cargaban las andas Cipriano, Sancho Jimeno y dos personas más perfectamente extrañas, una de ellas un soldado de la edad aproximada de mi padre, cuyo vago parecido con él me hizo creer por segundos que el propio difunto asistía a su sepelio, me estremecí, pensé en nuestro completo desamparo, pensé en Federico, en nuestra inocente traición que, en cierto modo, no absolutamente, no, Dios mío, no absolutamente, había coadyuvado en esta muerte que se me antojaba más muerte que todas las muertes de la tierra, avancé bajo la pesada bóveda de la nave central, por entre aquellos arcos fajones que me recordaban el día de mi primera comunión, las nochebuenas de mi niñez, las misas de Pentecostés con la secuencia del *Veni Sancte Spiritus*, siempre de la mano de mi padre, siempre con él que pacientemente vigilaba nuestro aseo y se tomaba el trabajo de darnos por cucharadas la sopa desde el fallecimiento de mi madre, que en sus horas libres nos paseaba por parques y playas, que nos llevaba a pescar diminutos pececillos iridiscentes en las ciénagas de Tesca y de Juan Angola, sonó el *Réquiem aeternam*, la invocación del libro IV de Esdras, pensé en Federico, entonces recordé a su madre, a Cristina, con el alma en la boca en casa de Hortensia García, recordé que el objeto de mi salida había sido procurarle un médico, pero seguí con la vista fija en las andas, escoltadas e iluminadas por cuatro grandes cirios sobre los paños fúnebres, eran las primeras a la izquierda, otras doce o quince se alineaban en aquella nave de gruesos pilares a manera de contrafuertes, muchos dolientes habían ido llegando, mujeres que se lanzaban enloquecidas sobre los túmulos, hombres y mujeres que oraban en silencio junto a ellos, que colocaban coronas de flores, el oficio de difuntos avanzaba, el sacerdote mencionó sus nombres uno por uno, yo no podía evitar ese

nudo en la garganta, recordaba a mi padre la noche antes del viaje a Zamba, preocupado por nuestro futuro, lo recordaba siete años atrás, el día que me dijo que ya parecía toda una señorita, lo recordaba pellizcándome la mejilla y sugiriéndome poner el ojo en algún caballero adinerado, lo recordaba puliendo sus armas, lo recordaba tarareando *¿por qué me besó Perico, por qué me besó el traidor?*, lo recordaba silencioso y sumergido en sus sueños, lo recordaba paseándose preocupado, lo recordaba achispado, alegre con unos cuantos vinos, tantas actitudes y cosas adorables en una sola vida, tantas huellas indelebles sólo en una memoria, la mía, tanto olvido de ahora en adelante en los demás, tanto olvido acumularemos por toda la eternidad, pero pensaba cuánto más triste es el recuerdo, ¿para qué queremos ser recordados?, ¿para sobrevivir no más en una memoria triste?, el cortejo fúnebre empezaba a salir, mi padre iba a salir para siempre por aquel portalón flanqueado por dos pares de columnas, ahora las andas eran su corcel enjaezado en el cual remontaría las comarcas de la muerte, lo vi en aquella espléndida cabalgadura, engualdrapada de sedas, listo no a encaminarse hacia la morada sepulcral sino a saltar hacia las estrellas para convertirse en alguna nueva constelación, mi padre, creo que fue exactamente la misma sensación que experimenté casi cuarenta años más tarde, cuando volvíamos a Estocolmo con el cadáver amoratado de Pascal de Bignon, dejando atrás la tundra donde ahora los largos días estivales derretían por fin la nieve asesina, permitiendo a ranúnculos y gencianas abrir tímidamente sus amarillas flores, y avanzando finalmente por las selvas cuya fragancia de abeto, de laurel, de pino fresco me devolvía el aroma del mundo, que creí asfixiado definitivamente entre bloques de hielo, tal como mi buen amigo geógrafo, que por alertar a Maupertuis y a Celsius acerca de la presencia de una manada de lobos, la misma que durante toda la noche anterior nos espeluznó con sus aullidos, precipitó sobre sí el alud que le quebró los huesos y lo sepultó bajo su helada masa más de diez días, al cabo de los cuales nuestros guías lapones lograron rescatarlo y presentar a nuestros ojos su cadáver como un témpano morado, él que tanto ardor desplegó conmigo en otros años, que también me ofreció cierto misterioso calor paternal, y debo dejar constancia del gran dolor que Maupertuis no pudo dejar de exteriorizar, pues ese hombrecillo que sería llamado años después a la corte de Federico II para reorganizar y dirigir la Academia de Ciencias de Berlín, que llegaría a odiar a Voltaire luego de sostener con él una sonada y dura polémica, que había estudiado los paralajes de Venus y de la Luna y hasta llegado a escribir algún ensayo sobre filosofía moral, admiraba a Pascal de Bignon como a un verdadero maestro, qué decir de mí que debí abandonar en la fría Estocolmo los despojos de ese gran amigo a quien conocí entre la maravilla del trópico, en mi casa de la plaza de los Jagüeyes adonde Sancho Jimeno nos condujo en un quitrín una vez dimos sepultura a mi padre, pues ahora, con los franceses tratando de atacarnos por el oriente, volvía a convertirse en lugar seguro, entonces se presentó de nuevo a mi mente, que sólo observaba al mundo por entre los empañados cristales de su duelo, la imagen de Cristina Goltar agonizante en casa de Hortensia García,

salté alarmada, puse al corriente de la situación a Cipriano, cuyo decaimiento era peor quizás que el mío, pues habló la última vez con nuestro padre en aquel instante de cobardía en que estuvo a punto de ser atravesado por su espada, de lo cual me enteré por otros, claro está, pues no estaba mi hermano en ánimo de revelarlo, y volvimos a abandonar la casa sin saber adonde dirigirnos, nuestro médico de cabecera había salido también de la suya, debía hallarse en algún hospital atendiendo heridos, pensamos que lo mejor sería transportar a Cristina a una de aquellas casas de enfermos, pero Cipriano objetó con mucha razón que, siendo su dolencia más espiritual que material, en cambio podía adquirir algún contagio en esas inmensas salas comunes de nuestros hospitales hispánicos, así dispuestas para que los pacientes pudiesen oír el oficio divino, alguien entonces nos sugirió averiguar en casa del médico Miguel de Iriarte, sita en la calle del Arzobispado, hacia allá corrimos, asomé al balcón una mestiza de ojos asiáticos que ásperamente nos pidió no molestar, su señor se encontraba reunido con el gobernador de los Ríos, le explicamos la gravedad de la situación, nos indicó que su señor ya no ejercía la medicina, que probásemos a indagar en casa de su hijo homónimo, él sí era médico en ejercicio, hacia allá nos dirigimos, se encontraba situada apenas a dos cuabras, en la calle del Candilejo, surgió por un postigo el semblante vivaracho de una niña, dijo que su padre atendía en aquellos momentos a un inquisidor moribundo, sería preciso esperar, pero eran ya las tres de la tarde, se imponía regresar a casa de Hortensia García e inquirir por los progresos de Cristina, así pues nos encaminamos hacia Getsemaní, tratamos en vano de parar un quitrín, arreciaba el calor cuando marchábamos por la larga calle de la Media Luna, doblamos en una esquina y vimos el corrillo frente a la morada de la barragana gubernamental, imaginé lo peor, nos abrimos paso, en el jardincillo de helechos y acalifas saltó sobre nosotros María Rosa, con las manos como garras, me acusó de haberla engañado diciendo que iba por un médico, me responsabilizó por la muerte de su madre y, enloquecida por el dolor, acaso también por el remordimiento de no haber hecho nada, absolutamente nada, me llamó ¡bruja, bruja!, ¡bruja asesina!, sin atender a las razones de Cipriano que trataba de explicarle el deceso de nuestro padre en Bocachica, su sepultura aquella mañana, ¡bruja!, ¡bruja, asesina!, tal como ahora los inquisidores me gritan ¡bruja!, ¡bruja apestosa!, tal como Marguerite me gritó *sorcière!*, tal como también los tribunales de París cuando el asunto de la misa negra, cuyo único responsable fue en realidad Guido Aldrovandi, *che mi colga un fulmine*, pues desde los tiempos, ya un poco lejanos, de nuestro paso por la pradera de Berroscobero, en tierras navarras, la idea de los cultos satánicos que allí alentaron bajo la égida de la reina del aquelarre, Graciana de Barrenechea, y de sus discípulas María de Zozaya, María Presoná y otras, no había dejado de rondar su cabeza, siempre fantasiosa y un poco febricitante, no porque en lo más mínimo le interesara celebrar pactos con el Bajísimo, sino porque consideraba que un espectáculo tan alucinante como el de aquellas mujeres que no tenían inconveniente en untarse el cuerpo con el agua verdinegra brotada de un sapo al oprimírsele con el pie, que se

dejaban gozosamente marcar por el diablo en espaldas, pechos y hasta en la niña del ojo, que permitían al príncipe de las tinieblas conocerlas carnal y somáticamente después de haber comulgado con un repugnante y negruzco bocado, podía constituir el mejor sofisma de distracción para entretener a la policía parisiense en circunstancias en que la logia, por algún importante motivo, deseara apartar de sí sus escolimosas miradas, y ese motivo se ofreció precisamente a raíz de la visita que el viejo amigo y maestro de Tabareau, el sueco Emmanuel Swedenborg, decidió realizar a París en la primavera de aquel año de 1743 en que yo, cándidamente, pensaba haber superado los vaticinios de Boulainvilliers acerca de los dos cautiverios que me acechaban, pues es la verdad que, con sesenta y tres años sobre mi ya encorvado lomo, me sentía cansada y sin ganas de incurrir otra vez en locuras trágicas, lo cual no podía significar, sin embargo, que renegase de la lealtad jurada a los mandatos de nuestra organización, así que debí seguir a Aldrovandi la idea cuando propuso la celebración de una misa negra para distraer a las autoridades mientras nuestros cofrades se reunían en secreto con el excéntrico sueco, cuyo pensamiento no era muy del agrado de la monarquía francesa, pues Swedenborg, el hombre señalado para ocupar el vigésimo tercer trono de nuestra logia, sabía muy bien cómo la nueva constitución de su patria, que limitaba la soberanía regia y dejaba el poder ejecutivo en manos de la Dieta y del Consejo del Reino, estaba siendo sabotada por Francia y por Rusia mediante el soborno de los aristócratas, a despecho de las buenas intenciones del rey Federico de Hesse-Cassel, un teutón elevado al trono por su esposa la heredera Ulrica Eleonora, hermana del casi legendario Carlos XII, de aquél a quien Voltaire consideraba el hombre más extraordinario de todos los tiempos, de ese monarca guerrero que, se aseguraba, permaneció de pie aun después de haber sido muerto alevosamente por el francés Siguier y con quien Swedenborg trabajó como ingeniero militar, para construirle, según decían, una máquina capaz de transportar navíos por tierra hasta una distancia de veinte millas, pues de este amigo de Tabareau debe decirse no sólo que poseía una sorprendente personalidad, sino que era además un hombre de genio, había sido en su juventud pastor luterano, luego se interesó como alguna vez Federico, en el diseño de artefactos voladores o de máquinas aptas, como aquélla descrita en el viejo poema alemán *Salman und Morolf*, para navegar bajo el océano, había sido asesor de negocios mineros en Estocolmo, profesor de anatomía, rehusó la cátedra de astronomía en Uppsala por juzgarla demasiado teórica, dibujó mapas para los globos terráqueos, en Londres fue carpintero, ebanista y tipógrafo, había ocupado un escaño en la Dieta y, por si fuera poco, a los campanudos profesores del Observatorio de París les habría dado mucho que pensar, de haber accedido a atenderlo, con su hipótesis sobre aquellas manchas nubosas que tanto los desvelaban y que, ahora por el más perfeccionado telescopio con espejo parabólico de Hadley, aparecían en la constelación de Andrómeda, las cuales, según Swedenborg, representaban quizás descomunales conglomerados de estrellas, cuya apariencia de manchas difusas podía deberse a la enorme distancia en que se encontraban, pero no

era para hablar de estas cosas para lo que había venido a París, sino de la menesterosa situación de los aserradores de Norrland y de los mineros de Bergslag, de la pobreza de su pueblo que, según sus últimas cavilaciones, no podría ser superada sino destruyendo a la aristocracia y, desde luego, a su malquerida pero inevitable cabeza, la monarquía, que como ya lo había escrito poco antes de morir otro ingeniero militar, el marqués de Vauban, oprimía con impuestos desmesurados, en Francia como en Suecia, a las gentes humildes, de suerte que cerca de la décima parte del pueblo estaba reducida a la mendicidad, de las otras nueve partes había cinco que no podían dar limosna porque ellas mismas se hallaban tentadas a pedirla, tres partes eran maltratadas y perseguidas por deudas y procesos por el fisco, y la otra parte, que comprendía a todos los empleados civiles y militares, a la nobleza, a los comerciantes acomodados y a los rentistas, no pasaba en Francia de cien mil personas, así que durante aquel rápido viaje de Swedenborg, a quien se hizo el honor de permitirle sentarse en el vigésimo tercer trono, siempre vacío desde los tiempos de mi iniciación, se pactó en el seno de la Gran Logia de París, con la asistencia de delegados de logias de Escocia, de América del Norte, de Suiza, de España y de Rusia, la lucha contra la monarquía y la destrucción ulterior de la aristocracia mediante el establecimiento de repúblicas, compromiso en el cual se hicieron partícipes numerosos aristócratas a quienes convenía, más que aferrarse a sus títulos, una alianza con la burguesía, y que quedó compendiado en la llamada divisa de los iluminados, *lilia pedibus destrue*, pisotear la flor de lis, y a mí me correspondió, de acuerdo con la estrategia de Aldrovandi, distraer de aquella trascendental reunión las miradas de los gendarmes, fabricando aquel convincente embauco de la misa negra que, para conservar una tradición parisiense, establecida por María Olimpia de Manzini y por la mismísima Francoise-Athenais de Rochechouart, marquesa de Montespan, cuando en diferentes épocas creyeron verse suplantadas en el corazón de Luis XIV, se celebró en un palacio alquilado especialmente por la logia, en una de cuyas estancias más recónditas existía un pasadizo secreto por el cual deberíamos escapar una vez llegada la policía, puesta a su turno en conocimiento de los hechos mediante un anónimo deslizado en momento oportuno bajo la puerta de algún procurador, fue así como a eso de las once y media de aquella noche de abril dimos comienzo a la ceremonia, a sabiendas de que teníamos ya infiltrado un agente listo a testificar ante los tribunales, pero todos, claro está, íbamos enmascarados, el propio Aldrovandi con una casulla blanca con motas negras, fingiéndose algún abate que hubiese ahorcado los hábitos, yo oficiando como acolita, un hijo muy pequeño de Tabareau hacía las veces de víctima propiciatoria, se arrojó ajeno en lugar de incienso en los pebeteros, dos cirios de presunta grasa de ahorcado se encendieron a lado y lado del sitio que había de ocupar el que sería altar viviente, con una enorme máscara de terciopelo apareció por el fondo una mujer enteramente desnuda, de hermosísimo cuerpo, que no era otra que una amante ocasional del setentón pero enamorado Aldrovandi, suelta la cabellera se tendió para que el sacerdote oficiara

sobre su sexo, el buen bolones, posesionado de su personaje, inició el introito de la misa colocando a Satanás en lugar del Señor, en el momento más solemne levantó en los brazos al niño e hizo la comedia de degollarlo, aunque la sangre brotó en realidad de una gallina que hábilmente sostenía yo en mi papel de acolita, y que empapó profusamente mi túnica, sabíamos que la policía irrumpiría en aquel instante, pero no se escuchó ningún movimiento, Aldrovandi prosiguió invocando, *Aglon*, la presencia, *Tetragram*, de Asmodeo, *Stimulamathon*, de Astaroth, *Erohares*, de los demonios de la amistad, *Retragsammathon*, luego se aprestó a poseer sexualmente a la mujer-altar, en aquel momento entraron con mucho ruido los gendarmes, el infiltrado gritó que habíamos asesinado a un niño, todos nos precipitamos hacia el fondo para alcanzar el pasadizo oculto, mas vi entonces al hijo de Tabareau enredado en uno de los paños del oficio, regresé para liberarlo, logré empujarlo hacia la salvación, pero caí en poder de los gendarmes, con mi túnica y mis manos ensangrentadas, constelada de todas las pruebas necesarias para mandarme a la horca por asesinato y brujería, me ataron los brazos a la espalda mientras un policía se empeñaba con una brújula en determinar la situación del palacio y luego me condujeron, bajo la luna llena de abril que recortaba en el cielo de París su máscara espectral, a un calabozo de la Conciergerie, ese magnífico castillo a orillas del Sena que también podía ser una cámara de torturas, donde pensé que debería empezar a disponerme para la muerte, me encontraba hasta el cuello en arenas movedizas, me invadía como una sonda intravenosa la por los franceses llamada fiebre de Saint-Vallier o enfermedad del miedo al cadalso, pues ni la Gran Logia ni poder alguno a mi alcance podrían liberarme ahora del duro peso de la justicia francesa, la pena capital era mi única perspectiva, pues ni siquiera podría retrasar el proceso negando los cargos, había sido sorprendida en flagrante, alentaba la vaga esperanza de que el cadáver de la gallina, recogido junto a los paños donde se había tendido el altar viviente, alejase la idea del infanticidio, del cual en cambio no existía prueba alguna, pero estaba equivocada, me enteré de ello al siguiente día durante la indagatoria, la sangre vertida en mi túnica se constituía en evidencia del sacrificio de un niño, la gallina había desaparecido, creo que los hambrientos gendarmes se la comieron esa misma noche, negué con todas mis fuerzas, dije que lo hecho era sólo una farsa, una especie de carnaval privado, además no había trazas del *corpus delicti*, se me rieron en las narices, ¡bruja!, ¡irrefragablemente bruja!, me colocaron en un cepo, desnudaron mis piernas, colgaron de las tenazas que me aprisionaban pesadas barras de hierro, y aunque la piel no llegaba a romperse el dolor resultaba intolerable, confesé todo lo que se me exigía, declaré que en efecto yo misma había degollado a aquella criatura inocente, cuando me repuse de los dolores solicité la designación de un defensor de oficio, me fue negada, ello significaba a todas luces que me encontraba en el más absoluto desamparo, quiero decir que nadie de la logia se había preocupado por mover influencias, parecía evidente que cualquier movimiento en mi socorro despertaría imborrables sospechas, estaba perdida, de haber hallado la policía la pista de la

verdad y establecido que se trataba, no de brujería, sino de un biombo para ocultar una conspiración contra Luis XV, contra las monarquías europeas, a fe mía que habrían mostrado mayor compasión, pero debo decir con orgullo que en momento alguno, ni aun cuando escuché de labios de mis jueces la sentencia de muerte, contemplé la posibilidad de traicionar a mis cofrades, por el contrario pensé que era la forma de retribuir los ingentes favores de ellos recibidos y que, después de todo, era hora de que esta tejedora de coronas se acogiese a la paz definitiva que sólo la muerte podía proporcionarle, y mientras llegaba podía muy bien entretenerme, pensaba, leyendo esas frases y sentencias que innumerables prisioneros, quizás a lo largo de siglos, habían escrito con sediciosa inspiración en los muros de mi celda, aquélla decía que la paciencia era la virtud de los asnos, esta otra ponderaba lo bueno del goce de vivir, así se viviera malamente, aun otra postulaba que el hecho esencial de la existencia humana no radicaba en su condición de tragedia, sino en el insoportable fastidio que esa tragedia connotaba, curiosamente pocas hablaban de la muerte, apenas algún sorprendente ya hay día cierto para la hora incierta, pero otros reos preferían dejar constancia de las causas de su encarcelamiento, como aquél que escribió, yo, Charles Laude, he sido traído aquí por haber roto la cabeza al bribón del abacero, que sedujo a mi Brigitte, y muchos, por supuesto, se decidían por las obscenidades, algunas sublimes, como aquélla de qué me importa morir si ya nadie podrá sacármelo jamás del cono de Annie Lescouvé!, mas por desdicha mis carceleros no estaban dispuestos a dejar florecer en mí los pálidos lirios ni las caléndulas místicas de la resignación, primero fue el horror de aquella marca de hierro candente con la flor de lis, con el lirio heráldico, antaño emblema, como ya dije, de la ciencia, sobre mi hombro, lo cual, les dije, era totalmente innecesario, pues si iban a matarme, aquella señal se la llevaría la podredumbre, luego la negativa a dejarme dormir sobre un colchón si no daba a los oficiales una suma de diez o doce francos por semana, más tarde la noticia de los insultos propinados al anciano maestro Hyacinthe Rigaud cuando quiso visitarme, con lo cual comprendí que la autoridad debía haber allanado mi piso de la calle Plâtrier, pues de otra forma el pintor hubiese podido pensar que me hallaba de viaje, hasta que, por último, alguno de los cancerberos, cuando llevaba ya como seis meses en la Conciergerie sin barruntar la fecha de mi ejecución, me comunicó entre risas, restando toda importancia a la cuestión, que aquella flor de lis marcada al fuego la luciría tal vez por algún tiempo, pues al parecer se revisaba mi proceso para conmutar la pena de muerte, entonces imaginé a estos caníbales tratando de insuflarme esperanzas para hacer más doloroso el desenlace final, pero al cabo de unos días advertí que mi régimen de alimentación era sutilmente modificado, ahora me traían carne de cordero y algún postre sin reclamar erogación de ninguna clase, cierto día de ayuno eclesiástico llegaron a servirme un plato de pescado hervido con moluscos, así que, a no dudarlo, algo ocurría, me devané la mollera tratando de imaginar qué mano piadosa se ocupaba de mí, pensé en Aldrovandi, en la logia en general, en Rigaud,

mas no veía cómo pudieran hacer nada, y una tarde se presentaron en mi celda cuatro caballeros muy acicalados que me proporcionaron nuevas ropas costeadas, según dijeron, por las arcas del rey, pues durante todo aquel tiempo había tenido que llevar la ya andrajosa y maloliente túnica con que acolité la misa negra, y me comunicaron que sería trasladada a la Bastilla, donde en consonancia con la revisión de mi proceso, debería pagar diez años de prisión, al cabo de los cuales podría salir en libertad, bajo la condición de abandonar Francia, no recuerdo si me alegré o entristecí, en últimas no creía poder vivir diez años más para cumplir aquella condena, saludé con melancolía el aborregado cielo de otoño que me acompañó hasta la enorme fortaleza construida casi cuatro siglos atrás por el preboste Aubriot, me asignaron una celda más bien cómoda, cuyas encristaladas ventanas daban hacia la puerta de Saint-Antoine, entonces me extendieron un billetito en el cual uno de ellos, compadecido de mi incertidumbre, había descrito las circunstancias que motivaron la revisión de mi proceso y, con dolorida emoción, me enteré que todo se debía a mi buen François-Marie, de quien poco me había acordado, pues por aquellos años sus amigos el marqués y el conde d'Argenson, hombres de ideas liberales, que protegían a los literatos y alimentaban la ilusión de fundar una República Europea, llegaron en su orden al Ministerio de Relaciones Exteriores y al Ministerio de Guerra, con lo cual Voltaire quedaba en tan buena posición que hasta llegó a encomendársele una misión secreta en Berlín, y hubiese podido hacer mucho más por mí, incluso liberarme, a no ser por aquel cargo de infanticidio que él sabía ilegítimo, basado en un testimonio erróneo, pero sobre el cual no era posible clarificar nada a riesgo de poner al descubierto los nuevos movimientos de la logia, como no se cansó de explicármelo, traspasado por la conmiseración, durante las muchas visitas que me hizo, como yo a él en otros tiempos, ahora que mi celda cobraba, gracias a sus obsequios y al permiso para trasladar algunos enseres de la calle Plâtrier, el aspecto de un cuartito de alojamiento, como aquél de la calle Saint-Antoine donde viví mis primeros días parisienses, o aquél de la calle de la Tombe-Issoire donde por primera vez tuve conmigo a Marie, pues una decoración menos fría era todo lo que me faltaba, al fin y al cabo estaba acostumbrada a la soledad precisamente desde aquel viernes diecinueve de abril en que la escuadra francesa inició, después de desembarcar en los playones que se extienden al pie de la colina de la Popa, el ataque al castillo de San Felipe de Barajas, momento en que Cipriano fue requerido para reforzar la guarnición del fuerte de la Media Luna, que guardaba el arrabal de Getsemaní y sería, sin duda, el siguiente paso de los franceses, entonces me vi sola por primera vez en aquel caserón de San Diego cuyos muros guardaban, como un pomo de esencias, el aroma de mi niñez, el de mi reciente pubertad, pues nuestros dos únicos esclavos, la dahomeyana que se hizo la de la vista gorda cuando entré con Federico a casa, aquel Domingo de Resurrección tan próximo y tan remoto, y su hijo de doce o trece años, habían escapado en la confusión del sábado de Pascueta y creo que lograron evadir a los centinelas y dejar la ciudad, quizá con rumbo a las rancherías cimarronas o

palenques de las vecindades, pues nunca volví a saber de ellos, y aún me estremezco al recordar mi angustia cuando me sentí invadida por la certidumbre irracional de que Federico había muerto, no de otro modo podía explicarse su ausencia de cuatro días, había muerto y jamás podríamos saber en qué condenado lugar ni recobrar su cuerpo que los goleros habrían dejado en la pelada osamenta, lloré horas enteras desgranando en súplicas desesperadas mi corazón y las cuentas del rosario, había muerto y ahora tenía otra vez que maldecir el no habérmele entregado al menos la noche del viernes pascual, cuando dormimos tan cerca el uno del otro en el mirador, envidiaba a María Rosa, que podía contar en estos días de cuita y desventura con la compañía de Hortensia García y de Beltrana, aunque, la verdad, ignoraba qué había sido de ellas, pues no me permitieron asistir al funeral de Cristina y se nos prohibió a Cipriano y a mí cualquier intento de acercamiento a la hermana de Federico, para quien la sola mención de mi nombre significaba una nueva crisis, un nuevo arrebató de locura, se mesaba los cabellos y gritaba ¡esa bruja!, ¡esa bruja!, ¡tráiganme a esa bruja para volverla picadillo!, ¡ella mató a mi madre!, ¡ya verá cómo yo la mato a ella!, así que sólo a la vuelta de varios días pude enterarme de sus nuevas desgracias, pues por indicación del gobernador de los Ríos, dada la nueva ubicación de los piratas, próximos ahora a Getsemaní, la casa de Hortensia debió ser evacuada y resultó apenas natural que todas se trasladaran a la de Goltar, cuyo emplazamiento sería en estas circunstancias más abrigado en caso de un embate de artillería, lo habían hecho sin prisa, hacia las horas del mediodía, cuando arreció el cañoneo de San Felipe, llevaron consigo víveres y todo género de provisiones, como para un largo asedio, ya desde la calzada advirtieron cómo una de las bombas del sábado de Pascueta había derruido parte del ala derecha del edificio, precisamente donde se encontraba la alcoba principal, dicen que dijo María Rosa que, de no caer más proyectiles, habían de salir muy bien librados, pues no sería demasiado costoso volver a levantarla, pero cuando examinaban los escombros palidecieron al ver un pie humano en un claro de la coraza de cascote amontonada en el piso, sobre los triturados muebles, se trataba evidentemente de un hombre blanco, aplastado hacía una semana, el mismo día en que abandonamos la casa, imaginaron mientras trataban de levantar los grandes bloques que podía tratarse de algún saqueador, pero poco a poco evidenciaron, primero con lágrimas de angustia, luego con gritos de desesperación, que era en realidad Lupericio Goltar, su pingüe masa de carnes, su sólida armazón ósea habían sido prácticamente despachurradas, pero su rostro, su gesto dulce se encontraba casi intacto, congelado por la muerte en uno de sus más decantados visajes, no cabía duda, el viejo marinero, el que enfrentó con truenos de Hamburgo a los piratas del sultán de Turquía, el que decía haber escuchado el canto de las sirenas en los peladeros erosionados por el viento del archipiélago de las Cieladas, regresó por los suyos al iniciarse el bombardeo, creyó refugiados en la alcoba a su mujer y a sus hijos, allí lo sorprendió la instantánea devastación, no debió sentir nada, el mundo se le borró en un abrir y cerrar de ojos, y pienso que fue una anormal intuición de lo acaecido, un

presentimiento lo que precipitó el deceso de Cristina, pues entre ella y su marido parecía haberse alargado hacía tiempos una especie de hilo sutil que los hacía una sola sensibilidad, un solo espíritu, de suerte que ninguno de ellos hubiese podido sobrevivir al otro, así a la postre, alejadas por las veleidades de su mente malsana, María Rosa y yo habíamos venido a quedar en idéntica situación, huérfanas de padre y madre, y ambas con un hermano perdido entre el fragor de la refriega, que a estas horas podía haber muerto también, y lo que la razón natural hubiese ordenado en nuestro caso, dada la vieja amistad entre nuestras familias, quiero decir el habernos unido para compartir nuestra congoja, ella se obstinaba en impedirlo con sus delirios que atribuyo a cierto sentimiento de orfandad amorosa, ofendido por su errónea creencia de que entre Federico y yo había existido una riquísima relación sexual, sin saber que, en cambio, aquel atardecer yo seguía maldiciendo, mientras irónicamente estrujaba contra mi pecho el viejo rosario blanco de mi madre, mi testarudez irremisible, que me impidió dejarme poseer en el mirador, entregarme aunque hubiera sido esa vez, entonces mi imaginación titubeaba por momentos entre el optimismo y las cavilaciones más sombrías, ya haciéndome la ilusión de que alguna flota española se dejaría ver súbitamente en el horizonte, para poner en atropellada fuga a los franceses, con lo cual Federico regresaría sano y salvo quién sabe de dónde, o ya suponiéndolo todo perdido, muerto el muchacho a quien amaba, la ciudad condenada como aquéllas de la Pentápolis bíblica, mientras la verdad era que, a esas horas, abrumados por el número de atacantes y después de luchar durante todo el día, los defensores del castillo de San Felipe de Barajas habían resuelto abandonar su puesto, en acto que fue luego calificado de cobarde y que hizo bramar en primera instancia al gobernador de los Ríos, cuyo instable carácter lo impulsaba a veces a creer en la necesidad de una oposición heroica al ataque francés, otras en la de una inmediata rendición, así que metió en un calabozo a los presuntos desertores y ordenó a un hidalgo vizcaíno, Juan Miguel de Vega, rancharse hasta la muerte con sólo setenta hombres en el desvalido bastión, cuya única defensa verdadera eran dos pedreros de braga, casi inútiles, pero con los cuales lograron producir algunas bajas entre el enemigo, antes que el vizcaíno cayera muerto de un balazo al despuntar del sábado y sus subalternos se desbandaran en dirección a la ciudad, con lo cual los franceses se posesionaron de San Felipe y orientaron sus baterías hacia el fortín de la Media Luna y las murallas que defendían el arrabal de Getsemaní, donde Cipriano, inspirado en el heroísmo de su padre, había renunciado ahora a todo lo que no fuese verter su sangre por España, por ello me digo que los ideales por los cuales se cree morir no suelen ser los motores auténticos del sacrificio, sino algunos mecanismos de orgullo que nos incitan a probarnos nuestro valor ante nosotros mismos, creo que, de no haber muerto nuestro padre, Cipriano habría permanecido replegado en su antigua posición de hombre pacífico o, al menos, prudente, ahora quería en cambio morir cubierto de gloria, lo cual bajo cualquier circunstancia suele ser un desatino de la inteligencia, la gloria no prueba nada, los más gloriosos no siempre suelen ser los mejores, pero ése

fue su querer, no pensó ni por un instante que iba a dejar sola en el mundo a una hermana que debería enfrentar la vida sin otras armas que un vago ideal altruista o intelectualista inculcado por Federico Goltar, ese mismo vago ideal que le impidió mostrar a la justicia francesa la cuenda de la madeja y evitar aquel largo cautiverio, previsto por Henri de Boulainvilliers, que fue reseándome como a un arbusto sin luz hasta convertirme en ese costal de huesos que halló Jean Trencavel, ahora casado y con muchos hijos, cuando a los dos o tres años de mi reclusión en la Bastilla, decidí ir a verme, porque según dijo sólo la férrea oposición del astrónomo Joseph Delisle, hermano de su difunto maestro Guillaume Delisle, le impidió, por los días del proceso, presentarse ante los tribunales a reforzar los cargos en contra mía acusándome de haber hundido también en la agonía y en la muerte a su joven hermana Marie, veinte años antes, en oscuros acontecimientos cuyo escenario había sido un castillo hoy tenido por embrujado, lo dijo lleno todavía de fanática convicción, yo me limité a hacerle ver cuan extraño había sido todo lo que rodeó a esa niña tan singular, su inexplicable inclinación hacia mí, el hecho de haberse negado a hablar, salvo por abstrusas claves de trovas occitanas, durante tanto tiempo, su manifiesto desprecio por Marguerite, su general desprecio hacia el mundo, al cual hacía objeto constante de sus precoces bromazos, su rarísima inteligencia capaz de penetrar abscónditos aspectos de las cosas, aun de las ciencias abstractas, aquella broma terrible que costó la vida a nuestra conserje de la calle Plâtrier y, en fin, su venganza final, motivada por ligerezas que en mí se debieron a la congoja en que su enfermedad me mantenía, y la extensión de esa venganza a todos los habitantes del castillo, incluido nuestro bienhechor el barón von Glatz, todo ello hacía pensar ineluctablemente en un ser golpeado por un mal aletazo del destino, una especie de equivocación de la naturaleza sobre cuyos designios nadie habría podido asumir responsabilidad alguna, un ser al que, además, aniquiló no la mano de nadie sino una incurable enfermedad para cuyo tratamiento apelé a los mejores médicos de entonces, sin excluir al muy célebre Armando Boerhaave, gran profesor que, al morir, dejó discípulos tan eminentes como Gerardo van Swieten, Antonio de Haen, Jerónimo David Gaub y el mismísimo Alberto von Haller, émulo de Linnaeus, innovador de la fisiología y, por si fuera poco, uno de los más sobresalientes poetas alemanes, pero Trencavel insistía en que, de haberse él mismo encargado de la educación de Marie, el enervamiento que yo le producía no habría desatado tan espantosas consecuencias, ante lo cual quise hacerle ver que yo lo único que le había dado era amor, otra cosa no podía pedírseme, pero la verdad es que ninguno de nosotros comprendía, mal podíamos comprender, sólo años más tarde me sería posible ver con cierta claridad en el destino de aquella pobre niña a quien nunca pude dejar de amar en mi memoria atormentada, de momento creo que Trencavel desfogó su conciencia con aquella lánguida visita, la única que recibí de nadie que no fueran Voltaire y el bondadoso Hyacinthe Rigaud, cuyo prestigio los hacía en cierto modo invulnerables, pues tanto Aldrovandi como Tabareau y mis demás cofrades de la logia debían limitarse, por

obvias razones, a enviarme dolientes misivas con François-Marie, cualquier intento de liberarme por la fuerza, como alguna vez lo propuso el boloñés, se habría estrellado, si no contra los altos muros de la fortificación, sí contra las tres puertas cubiertas con láminas de acero que era preciso franquear para llegar hasta mí, de suerte que seguí resecañome entre aquellas lóbregas paredes, se marchitó mi semblante hasta asemejarse al de una bruja de verdad, mis pechos antes garridos se ajaron para caer flácidos sobre mis costillas, perdieron mis ojos su brillo, se chuparon mis nalgas antes tan incitantemente acariciables, mi cabello se fue desmedrando y emblanqueciendo hasta simular un áspero y fibroso estropajo de esparto machacado, mi piel llena de trágicos pliegues se hizo transparente y amojamada como la corteza de un huevo de tortuga, me convertí en una de esas ruinas grandiosas como aquéllas de Itálica, ay dolor, Bernabé, dignas Fabio, ay dolor, de ser cantadas por los poetas, grandiosas claro está sólo en la fábula, pero verdaderos pingajos en la realidad, ay-dolor-ay-dolor, fantasmas inciertos moviéndose en la penumbra de una celda, así que me dispuse a morir, la muerte debía arroparme como un manto de estrellas, pero contrario a lo que se cree, es muy difícil morir cuando se lo desea, y a mí me estaban reservados todavía muchos movimientos sobre el tablero de ajedrez de la fortuna, esa maestra sigilosa que nos resorta desde la sombra y parece complacerse en contradecir todas nuestras previsiones, al extremo de que pensar demasiado en él es casi matar el futuro, debí pues consagrarme, ahora que se me permitía poseer unos cuantos libros, a la lectura de poetas y autores, pues siempre tuve facilidad para ellas, de muchas lenguas, vamos al mero censo, en alemán leí a los *Minnesaenger*, a los maestros cantores, y a von Haller, en italiano a Dante y a Petrarca, en español a mis viejos favoritos, los romances de gesta, Manrique, San Juan de la Cruz, fray Luis, Garcilaso, Góngora y Quevedo, en francés a una nómina demasiado extensa, ¿cómo censarlos?, a partir del bellissimo *Roman de la rose*, a Rutebeuf, a Chrestien de Troyes, a Jaufré Rudel, a Fierre de Ronsard, a Charles d'Orléans, claro que los layes y baladas de Villón, a Marguerite d'Angoulême, a Fierre Marbeuf, alguna canción de Pernette du Guillet, y en inglés, en inglés quedé fascinada por el poder incomparable de un tal William Shakespeare, que, aunque François-Marie lo llamase alguna vez *salvaje ebrio*, condensó al universo en su obra y casi anuló, literariamente, a sus contemporáneos, pero lo que más curioso me pareció fue que, en definitiva, mis gustos no encajaran con aquéllos de la crítica profesoral, que endiosaba a Racine, a Corneille, a un tal Lope de Vega, a John Milton, a Ben Jonson, al propio Pope, nombres, muchos nombres, a veces la literatura se nos convierte en un fárrago de nombres, pues qué decir de los narradores, a quienes nadie ha llamado poetas, pero que son a veces más poetas que los poetas, qué decir del no muy reconocido Cervantes, del hiperbólico Rabelais, de los *fabliaux* franceses, de la picaresca española, de Boccaccio, de Chaucer, del señor Peñafiel y sus apólogos cristianos, de las *floreccillas* de San Francisco, de Luigi da Porto, del *Abenteuerliche Simplicissimus* de von Grimmelshausen, de mi contemporáneo el

deán Swift, ese genial amargado, avergonzado de su cuerpo, en fin, de tantos otros en esa sopa de nombres que ahora se me hurtan, lo cierto es que hubo un momento en el cual llegué a pensar que el mundo real valía muy poco ante aquél de la literatura, a veces mucho más real a pesar de las desmesuras imaginativas de algunos autores, en el cual medité también acerca del anonadante desconocimiento que de las letras universales se sufría en mi remoto virreinato colonial, donde la Inquisición prohibía a veces hasta ciertos breviarios y libros de ejercicios devotos por no juzgarlos muy ortodoxos, donde las leyes vedaban el ingreso de cualquier obra de mera ficción, razón por la cual nuestras mentes estaban más reseca y chupadas que ahora mi rostro, ni siquiera encontré, más de setenta años después de su ocurrencia, a nadie que tuviera noticia del relato que sobre su propio asalto a Cartagena hizo el barón de Pointis, qué decir de las obras científicas y filosóficas que cundían en Europa y que sólo los Goltar, alguna vez, poseyeron casi en forma subrepticia, gracias a los viajes de Lupercio, del viejo marinero a cuyo sepelio tampoco pude asistir ni asistió, por supuesto, su hijo Federico, ignorante de su muerte, cautivo y convertido en un rey de burlas por los bucaneros de la Tortuga, en tanto Pointis enarbolaba en San Felipe la bandera flordelisada y emplazaba su cuartel general en la capilla del hospital de San Lázaro, cuyos leprosos, unos cincuenta y en su mayoría mujeres, fueron puestos en fuga hacia la ciudad, de forma que los defensores del fortín de la Media Luna se desmoralizaron aún más viendo aproximarse un enjambre de carroñas vivientes a las cuales fue preciso franquear el paso y que atravesaron las poternas como visiones de una guiñaposa fantasmagoría para ir a perderse entre el dédalo de callejuelas de Getsemaní, donde ya se pregonaban los bandos del gobernador ofreciendo la libertad más un doblón a los esclavos que se sumasen a la defensa de la plaza, que sólo recibía todavía un castigo de mosquetes y pedreros, pues los franceses apenas comenzaban a desembarcar sus cinco morteros y sus veinticinco cañones de gran calibre, pero que, a partir del domingo por la tarde, oyó tronar otra vez la totalidad de la artillería enemiga, cuando las baterías abrieron fuego y la galeota y los pequeños barcos lanzabombas sembraron de explosiones el arrabal desolado, y Federico pudo ver, según me dijo, cómo ese mismo día un casco de granada hirió a Pointis en una pierna en inmediaciones del castillo, mientras Hopkins quería obligarlo a disparar sobre su propia ciudad, ante lo cual dijo que prefería la muerte, que lo mataran de una vez, pero intervino Leclerq, esta vez en francés, *tu es un monstre, Jonathan*, y el propio Godefray, que pidió al virginiano dejarlo en paz, obligarlo a semejante cosa iría contra las leyes de la guerra, frase anormal en un bucanero, pero no en éste en particular, Godefray era como el reverso de una medalla cuyo anverso ostentase el rostro fino de Montbars, este último antiguo gentilhomme, alistado entre los carniceros por razón de una vieja pena de amor, una infidelidad conyugal que culminó con el uxoricidio y lo convirtió en un fugitivo, en tanto Godefray, de origen humilde, parecía alentar ideas caballerescas, acaso como una forma de aventajarse a sí mismo, pero de cualquier manera Federico debió contemplar impotente cómo se

activaban los cañones contra sus padres, a quienes creía vivos, contra su hermana, contra mí, ¿pensaría rabiosa, tierna, blasfematoria, dulce, malparidamente en mí cuando veía partir las fogaradas asesinas hacia la Media Luna?, y aquella lluvia de fuego, escampando o arreciando según la hora, según los pareceres, no dejó de caer día y noche sobre Getsemaní a lo largo de aquel lunes y de aquel martes en que llegué a arrojar desesperada el rosario contra una mesa y tomé la momentánea resolución de salir en busca de Federico o de sus despojos, si era que estaba muerto, luego pensé introducirme desahogada al fuerte de la Media Luna y traer conmigo a Cipriano para que me hiciera compañía, todo para acabar otra vez estrujando el rosario contra mi pecho, desechando los simples padrenuestros y avemarías para apelar otra vez al trisagio, para lanzarme por último a musitar con voz temblorosa los salmos, *Jehová te oiga en el día del conflicto, el nombre del Dios de Jacob te defienda, te envíe ayuda desde el santuario, y desde Sión te sostenga*, cuando de pronto el miércoles todo pareció cesar, el capitán Vallejo de la Canal diría en su relación del sitio que de repente tuvo la sensación de encontrarse en paz de octavianos, los franceses enmudecieron su artillería y la Media Luna, cuyas cureñas fatalmente se rompían al tercero o cuarto tiro, calló también con un silencio que a los franceses debió resultar vociferante, pues sólo ahorro de municiones significaba, y fue también cuando, pasadas más de cinco horas sin oír el ruido ya familiar de las descargas, todos los que habíamos permanecido recluidos en nuestras casas aquellos días de bombardeo, vale decir ancianos, niños y mujeres, decidimos contra cualquier previsión lanzarnos a las calles a recibir el sol y el viento, a vernos las caras melancólicas, a volver a sentirnos dueños de hacer lo que nos diera la gana, así fuera sólo por un tiempo muy breve, así cualquier súbita reanudación del ataque nos obligara a correr despavoridos, así pasara lo que pasara, de modo que a despecho de las advertencias oficiales, fingiéndome la esposa de algún soldado herido, anduve el largo trayecto hasta el fortín y llevé a Cipriano algunas viandas, que él compartió con sus compañeros entre aquel silencio artificial de los cañones, bajo cuya protección le oí decir que la hora de la verdad se acercaba y que no desmerecería del ejemplo de nuestro padre, pues ahora para él la vida era sólo preciosa en cuanto nos servía para hacer de ella la más alta ofrenda, y desde la explanada pude ver, apenas por unos segundos, los movimientos del enemigo, que evidentemente trataba de mejorar sus posiciones, mas no se me ocurrió imaginar a Federico entre esas tropas cuyos designios ahora nos eran inescrutables, despedí con un beso a mi hermano, ya sin albergar la menor duda sobre jamás volver a verlo vivo, lo cual no me produjo ninguno de mis acostumbrados enervamientos, ahora la muerte se me antojaba más familiar y manoseable, y emprendí el camino de regreso, lo hice por entre el fango de los baldíos, bordeando la muralla, para entrar directamente a San Diego, allí vi a la mujer que se me acercaba en ademán pedigüeño, seguramente esperaba de mí, viendo la cesta de mimbre en que había llevado las viandas, algo con qué mitigar un hambre que debía ser ya enajenante, yo nada tenía, sólo hubiese podido darle algún dinero, pero al verla más próxima solté

un alarido, su rostro era el de la muerte, los maxilares descarnados dejaban ver hasta la raíz de sus dientes, vacilantes en unas encías ensangrentadas, una de las cuencas de sus ojos estaba vacía, de la otra brotaba algo que más parecía un glóbulo de pus, su tez era como una cancosa pulpa de visos ya carmesíes, ya azulinos, coronada de nódulos montuosos en la frente, eché a correr, ella empezó a gritar, sólo entonces comprendí que se trataba de una de las leprosas de San Lázaro, pero no podía detenerme, el miedo se imponía tiránicamente sobre la reflexión, oí a la desdichada gritarme ¡maldita!, ¡hidalgüela maldita!, ¡serás muy desgraciada en la vida y algún día te verás al espejo y encontrarás que eres mucho más horrible que yo!, maldición que creí verse cumplida en Quito, catorce años más tarde, cuando el muy pícaro de Pascal de Bignon me jugó aquella famosa broma con el espejo mágico, y que recordé ya con una sonrisa cuando, hacia 1730, viajé al castillo de Edimburgo, antiguo palacio de los reyes escoceses, para encontrarme con André-Michel Ramsay, el indoblegable místico que durante tan largo tiempo me había intrigado, pues el fundador de la secta de los gormogones era ahora protegido del Lord del Sello Privado, el escocés Archibald Campbell, tercer duque de Argyll, quien lo había hecho baronet y, por supuesto, profesaba secretamente todas sus mistificaciones, así que llegué a la vieja fortaleza, edificada sobre una colina próxima al Mar del Norte, en las fértiles Lowlands, para reunirme con él en la antigua sala de Parlamento, ahora convertida en armería, y exponerle las preocupaciones de mis cofrades parisienses, que en Ramsay motivaron, o eso me pareció, ese gesto indulgente pero desesperado de quien se sabe incomprendido, después de lo cual me confió que su único motivo de alejamiento radicaba en su convicción acerca de la necesidad de establecer reglas esotéricas muy precisas, válidas para largo tiempo, que permitiesen una vida muy prolongada a la organización, ya que sus ideales no podían ser estrictamente políticos, es decir, dirigidos a logros inmediatos, creía en la conveniencia de propugnar el establecimiento de repúblicas en lugar de monarquías, pero para él la República poseía además un sentido espiritual, de hermandad, pensaba que los Estados, como alguna vez lo soñaron los reyes y príncipes que batallaron en las Cruzadas, debían ser inmensas logias que garantizaran a sus miembros, no esa quimérica igualdad, a ultranza, de la que hablaban nuestros desorientados cofrades franceses, sino la igualdad de oportunidades que permite a cada quien demostrar cuál escalafón merece en la sociedad de los hombres, me dijo finalmente que a la Francia del siglo XVIII le correspondería renovar la Orden primitiva, porque había de ser en nuestras logias donde verían los franceses, sin verse precisados a emprender largos viajes, los caracteres de todas las naciones y donde, a su turno, los extranjeros por experiencia aprenderían que Francia era la patria de todos los pueblos, palabras cuya influencia futura en nuestra organización empezaría a evidenciarse precisamente en el año de la visita de Swedenborg a París, aquel 1743 en que la nueva divisa, *lilia pedibus destrue*, impuso una completa reestructuración y nacieron los nuevos grados, tomados del rito escocés, que van del pequeño elegido al Comendador del Templo,

pasando por el Maestro Ilustre, por el Caballero de la Aurora, por el Caballero Kadosch, y desde luego los treinta grados de los Talleres de Perfección, de los Capítulos, de los Areópagos, de los Tribunales, del Consistorio y del Consejo Supremo, con lo cual se contemporizó, digámoslo así, con Ramsay en su obsesión de establecer reglas esotéricas, pero no se retrocedió un paso en el punto de vista especulativo, que él seguía mirando con desconfianza cuando recorrió conmigo la capilla de Santa Margarita, la habitación de María Estuardo, el Salón de la Corona y luego, cuando en vecindades de la abadía de Holyrood, su mirada sibilina me animó a visitar, pues tenía pleno acceso a ella, la vieja edificación, a uno de cuyos parques me condujo con él solo aparente propósito de que observase el icosaedro, el bloque geométrico, la gema elevada sobre un soporte pentagonal que, bajo las trazas de reloj de sol, campeaba en su centro, con sus caras, con seis capítulos florales y dos tallos floridos de la especie *Serratula arvensis*, especie de alusión, según dijo, a los Caballeros del Cardo, ocupadas por hemisferios y cavidades de paredes rectilíneas, con sugerencias emblemáticas y monogramas alusivos a Carlos I, *Carolus Rex*, el monarca decapitado, y a su esposa Marie-Henriette de Francia, *Maria Regina*, todo ello enriquecido con las armas de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, a más de cinco rosas y otros tantos lises independientes y de un penacho formado por tres plumas de avestruz, recordatorio del casco de los mencionados caballeros, a cuya vista Ramsay bosquejó otra críptica sonrisa y dijo algo incomprensible sobre el mercurio verde, sobre la esmeralda de los filósofos y sobre el *vitri oleum* o aceite de vidrio, que Panteo describía como la crisocolia, y aun recitó las siete palabras, *Visita Interiora Terrae, Rectificandoque, Inventes Occultum Lapidem*, de la divisa del Vitriol, luego de lo cual salimos y, mientras él inexplicablemente me recordaba los tiempos en que el clero iba en procesión a cortar los arbustos y las ramas con que se decoraban las iglesias, dimos generosas limosnas a un grupo de leprosos, arrebujados contra los muros de la abadía, entonces alguien de entre ellos, una mujer tan desfigurada como la que me maldijo en Cartagena, se alzó para gritarme que era yo la más bella mujer del mundo y que así me conservaría por el resto de la vida, pero no, buena leprosa de Edimburgo, la única belleza que es posible conservar es la espiritual y ello a condición de no hacer demasiadas concesiones a los demás, me cuesta creer que la vieja que soy ahora sea la misma muchacha que se horrorizó aquella tarde de 1697, pues hoy nada podría horrorizarme, ni siquiera los potros de tortura, mucho menos un rostro desfigurado por la elefancia, pero aquella muchacha del siglo XVII no sólo fue en grado sumo impresionada, sino que no pudo apartar de la mente el rostro ni la maldición de la leprosa durante los cuatro días con sus noches que duró la tregua decretada por los franceses, tregua que llegó a hacerme creer que Pointis, avisado de la proximidad de alguna flota española, recogía sus bártulos para largarse, pero al amanecer del veintiocho de abril la artillería comenzó a asordar nuevamente, con tal furor que daba la impresión de un terremoto, y las murallas y fortines de Getsemaní empezaron a derrumbarse bajo el embate de las bombas, pues esta vez las baterías

enemigas se hallaban mejor emplazadas, dicen que fue entonces cuando el gobernador Diego de los Ríos resolvió trasladarse de la Gobernación, donde estaba realmente su lugar, a las Casas de Contaduría, mejor defendidas, y formar un Consejo de Gobierno para adoptar las providencias definitivas, pero lejos de llamar en su ayuda al capitán Vallejo de la Canal, a Sancho Jimeno de Orozco, a Ceballos, a Márquez Bolcortes, a Verrospi, en fin, a quienes poseían alguna experiencia en estas modalidades de combate, se asesoró de sus íntimos amigos el mercader Juan de la Peña y el médico Miguel de Iriarte, secundados naturalmente por el guarda mayor Diego de Morales, a los cuales llamó a su lado y solicitó orientación estratégica en tanto agotaban toneles y toneles de vino, el mandatario tendido en un catre, Iriarte haciendo de copero, Morales tratando de hilar en octavas reales un relato del asedio y de la Peña transmitiendo de tiempo en tiempo a los oficiales las órdenes deshilvanadas del comandante de la plaza, cuyas esperanzas se desvanecían cada vez más bajo aquel fuego nutrido desde tierra y mar, débilmente respondido por nuestros baluartes que, aunque las baterías del Reducto lograsen echar a pique el veintinueve a uno de los pequeños buques lanzabombas, poco daño conseguían sembrar entre el enemigo, hasta cuando, en la mañana del treinta, los defensores de la Media Luna vieron ondear sin explicación la bandera blanca en San Felipe, misteriosamente los franceses pedían un alto el fuego, un silencio de muerte arropó de inmediato el campo de batalla, de las trincheras y aproches enemigos surgió con el trapo blanco un grupo encabezado por el Pitiguao, que avanzó hasta el pie de nuestra muralla y empezó a llamar a gritos a alguien que supiera hablar francés, fue ello lo que escamó a Vallejo de la Canal, pues bien sabía que Ducasse hablaba el español muy aceptablemente, había servido de traductor cuando la rendición de Bocachica, de allí los cargos que lanzó más tarde contra Santarén, el veterano de Flandes, que agobiado por la gota subió hasta un terraplén y respondió los requerimientos, habló a grandes voces durante largo rato con el Pitiguao, nadie los entendía, al parecer Pointis intimaba la rendición inmediata de la plaza, pero Vallejo de la Canal aseguró más tarde en su relación que se trataba únicamente de ganar tiempo para reconocer los destrozos causados por la artillería en la muralla, a fin de preparar la embestida final, lo cierto fue que el lugar escogido por el gobernador francés para el diálogo con Santarén fueron precisamente las ruinas del frontispicio, de donde con absoluta comodidad pudo observar una gran brecha abierta junto al foso, la misma que esa tarde aprovecharon los franceses para lanzar, sobre los cien soldados y los once cañones de la Media Luna, el asalto de ochocientos filibusteros, trescientos zapadores y dos batallones de setecientos cincuenta hombres cada uno, Cipriano los vio ganar la brecha usando los fusiles como garrochas para saltar el foso, favorecidos por los puentes de cascote que eran como una invitación al asalto, entonces debió comprender que el universo acababa de detenerse para él, fijó la vista en uno de los oficiales que alcanzaban ya lo alto de la muralla, luego supimos que se trataba del valeroso coronel Marolles, capitán del «Saint-Michel», veterano de Steenkerken,

arremetió con la bayoneta y con ella barrenó aquella panza gloriosa, antes de perecer como su padre bajo el fuego graneado que ya desbandaba a sus compañeros, muchos de los cuales cayeron bajo las descargas de los propios cañones de Getsemaní, de esos ya malheridos cañones que no pudieron, desde luego, a pesar de las doscientas vidas sacrificadas, entre ellas las de la totalidad de la compañía de mulatos, detener la avalancha francesa que excedió el bastión y se diseminó rápidamente por las callejuelas del arrabal, mientras nuestras tropas huían en estampida hacia el puente que unía al suburbio con el recinto amurallado de la ciudad.

XIII

Del brazo de Pierre-Charles Lemonnier asistí al funeral de mi bondadoso amigo el maestro Hyacinthe Rigaud, el más fiel de mis visitantes durante el largo cautiverio, el hombre cuyo destino había sido la fidelidad, pues si he de hacer homenaje a la franqueza habré de decir que su muerte ocurrió en aquel 1715 que puso fin a la era de Luis XIV, lo que vimos de allí en adelante no fue sino su fantasma glorioso, su venerable recuerdo transitando las calles de un París que ya no podía despertarle sino nostalgias, porque su mano y su paleta habían quedado irrescatablemente prisioneras de una época fenecida, de aquella espléndida mascarada en que el Rey Sol puso a danzar a Europa y al mundo al compás de su *allegro giocoso*, aquella fiesta galante en la cual las maneras pomposas, el ingenio frívolo, la dulce embriaguez trataban de disfrazar un vacío fundamental, el mismo que Rigaud testimonió con su elocuencia y su fasto pictóricos, su arte exquisito para trasladar al lienzo brocados y manos exangües, olas de oíán y pálidas bocas, de suerte que con él enterramos en 1753 el último vestigio del siglo de Luis XIV, del cual Voltaire nos había dado dos años antes un cuadro tan patético, y digo que asistí al sepelio del brazo de Pierre-Charles Lemonnier, cuando apenas habían transcurrido unos pocos días desde mi salida de la Bastilla, de aquella celda que aún recuerdo palmo a palmo, en sus más insignificantes minucias, aquella celda donde hora por hora, minuto por minuto, segundo a segundo padecí la condena impuesta por los tribunales de Francia a mi abominable, horripilante crimen de bruja maldita, donde comprendí que la justicia humana era otra farsa pactada entre los hombres y al salir de la cual el tiempo, el único verdadero acompañante que llevamos a lo largo de la vida, parecía haberse transformado en un pesado animal que se arrastra torpemente, o en un moroso círculo de aguas estancadas, o en un destilar de espesas gotas a través de un muro grueso y cubierto de hiedra algo de todos modos tan lento que no merecía ser medido por los inútiles relojes, si apenas se movía, si apenas existía, si no era posible aprehenderlo a despecho de esos irrefragables diez años transcurridos desde la última vez que vi con alborozo la luz de la primavera, contra la trágica evidencia de ese lapso, tan escrupulosamente mensurable, durante el cual tantos acontecimientos sacudieron al mundo o cambiaron las vidas de mis amigos, casi abolieron mi mundo individual que ya nunca podría ser él mismo, porque mientras me hacía conciencia en la prisión de cada uno de mis segundos, como de gotas que se resisten a desprenderse y caer, en cambio los días y los años rafagueaban afuera, como un impetuoso torrente en cuyos rabiones voltejaron por instantes reyes y príncipes, guerreros y pensadores, en uno de cuyos torbellinos naufragó para siempre mi buen compañero Aldrovandi, muerto de vejez cuatro años antes en su amada Bolonia, adonde se hizo conducir casi *in*

artículo mortis, sólo porque deseaba ver por última vez la fuente barroca de la plaza de San Petronio, rematada por la silueta musculosa de Neptuno, por cuyas inmediaciones triscó desenfadadamente en su niñez, no sin dejarme una esquila en la cual me pedía revelar por qué desperté dando gritos en aquella remota noche quiteña, cuando saltó hacia mi lecho en un raptó incontenible y me poseyó largamente hasta el amanecer, esquila que ya no pude contestarle y por eso, en el entierro de Rigaud, pensaba que uno empieza a ser un cadáver cuando ya no puede ofrendar su recuerdo sino a las tumbas, pero claro que a mí me quedaba François-Marie, mi querido François-Marie, valiente consuelo, el afamado señor Voltaire que ahora sufría otro de sus recurrentes exilios, esta vez en Alsacia, pero no ya con el alegre talante de otros tiempos, pues durante estos últimos diez años se había dado de bruces, finalmente, con el gran achaque de todo hombre de genio, quiero decir la soledad, la enemiga que ya lo perseguía desde su juventud, merodeaba alrededor de sus triunfos, se filtraba por las grietas de su grandeza, instilaba su orgullo, soledad que yo hubiese podido mitigar, al menos con una sincera ración de amor, pero que él creyó disipar mejor en brazos de madame de Châtelet, esa *femme savante*, insufrible a mi modo de ver, a quien admiraba por el hecho tan insulso de haber obtenido mejor clasificación que él mismo en un concurso abierto por la Academia Francesa sobre la física del fuego, materia que ella conocía de sobra por haber sido alumna de Maupertuis, lo cierto es que la amó con un arrebatado amor ante el cual se complacía el marido de la sabihonda, el marqués del Châtelet, en hacerse el de la vista gorda, mientras en la soledad de Cirey los amantes se arrullaban como en una Rímini sin Lanciotto Malatesta, rodeados de los hornillos y retortas que la marisabidilla usaba en sus investigaciones, todo el tiempo que duró aquel exilio motivado por sus ensayos ingleses, públicamente quemados por mandato del Parlamento de París, y con mayor razón luego de la reivindicación de Voltaire, ocurrida como dije a raíz de la entrada al Ministerio de sus amigos los hermanos d'Argenson, por los tiempos de mi proceso, lo cual le abrió un breve período de felicidad, pues regresó a las fiestas palaciegas que tanto amaba, se postuló para la Academia Francesa, fue elegido miembro no sin haberse visto obligado a realizar hipócritas protestas de cristianismo y de amor a la Compañía de Jesús, y se celebró, quizás exageradamente, el poema que consagró en 1745 a la victoria de Fontenoy, donde afianzaron los franceses su posición en la llamada Guerra de la Pragmática, por la sucesión de Austria, guerra ya abandonada por Federico de Prusia tras el ventajoso Tratado de Dresde, pero la cual quiso llevar Luis XV hasta sus últimas consecuencias, que en efecto se dejaron ver en el Tratado de Aquisgrán, en virtud del cual Francia se anexó los ducados de Var y Lorena, mas no duró para Voltaire aquella racha de prosperidad, todo pareció derrumbarse ante sus ojos un día del otoño de 1748 en que, al llegar a Cirey abatido por el fracaso de su Semíramis, halló a madame de Châtelet en brazos del marqués de Saint-Lambert, poeta a la moda neoclásica, algo peor que mediocre, indigno rival de mi François-Marie, traición que, al principio, lo

hizo rugir de cólera, pero que luego despertó su indulgencia, dictada más, me parece, por el escepticismo o por la necesidad de ser consecuente con sus ideas que por la resignación o por el buen carácter, así que a la postre no sólo perdonó a la sabihonda e hizo amistad con su nuevo amante, sino que dedicó a éste algunos versos tontos, tal vez se sentía doblegado por los años, quiero decir en punto a hazañas eróticas, pues el señor Voltaire aún disfruta de buena salud por los tiempos que corren, ya claro está en la cúspide de la gloria, no sé en definitiva ni lo sabré jamás, no sé lo que le ocurría, sí sé en cambio que, a causa de su idilio con Saint-Lambert, la Châtelet quedó encinta, dio a luz una niña que vivió apenas días, y falleció ella misma de sobrepeso el diez de septiembre de 1749, con lo cual mi pobre amigo quedó hundido en la desolación más intolerable, dicen que se paseaba de noche por las habitaciones del castillo de Cirey llamando a gritos, entre sollozos, a su amante, cuánto hubiese deseado poder consolarlo en aquel trance, haber derramado sobre él algún bálsamo de amor, aunque más necesitaba, tal vez, algo que halagara su vanidad, y eso se lo proporcionó, sí, con creces Federico II de Prusia, el genial estadista, el astuto militar, el poeta, el tañedor de flauta, el inescrupuloso gobernante con el cual se había entrevistado en Cléves diez años atrás, quiero decir en 1740, con quien había sostenido fructuosa correspondencia y quien ahora había decidido nombrarlo gentilhombre de cámara, distinción que aceptó encantado para poner un poco de distancia entre sus penas y ese París que volvía a repudiarlo, ese París en cuya corte Luis XV, libre hacía tiempos de la tutela del cardenal Fleury, había impuesto su espíritu elegante pero frívolo, su índole veleidosa, encaprichada, al punto de haberse enamorado locamente de la bellísima Jeanne-Antoinette Poisson, hija natural de Lenormand de Tournehem, a quien presentó en la corte y dispensó el título de duquesa de Pompadour, determinación que la aristocracia recibió como una afrenta pero se vio obligada a aceptar con la cabeza gacha, lo cual, en últimas, era lo que todos, muchas veces el mismo Voltaire, hacían también en la corte berlinesa, cuando Federico daba en declamar sus infames versos, escritos en francés, u obligaba a ejecutar sus aún más deplorables escarabajos musicales a su clavecinista, el insigne Carlos Felipe Manuel Bach, mientras alimentaba su sueño de unificar a Alemania y seguía reuniendo entretanto a su alrededor, pues sinceramente se interesaba en las ciencias y la filosofía, a personalidades del pensamiento europeo, tales como el ateo y materialista Julien Offroy de la Mettrie, a quien dio refugio y nombró lector real tras su expulsión de Francia y de Holanda, y desde luego a Maupertuis, que como dije fue llamado para reorganizar la Academia de Ciencias de Berlín, con los cuales por partida doble acabó enemistándose mi François-Marie, que ya andaba metido en problemas con el propio rey, por su inclinación inextinguible hacia el juego de las finanzas, que lo impulsó a suscribir algunas obligaciones sajonas, pese a prohibírselo la ley, actitud que disgustó severamente al monarca, al extremo de confiar a La Mettrie que sólo emplearía por un año más los servicios de Voltaire, porque exprimida la naranja debería tirarse la engorrosa cáscara, frase que el propugnador del hombre-máquina divulgó a los cuatro

vientos y a raíz de la cual empezó mi amigo a vivir atormentado por la inseguridad y por la mala reputación, máxime después de abofetear a su agente Kirsch, que trataba de extorsionarlo, así que su salud desmejoró notablemente, según me lo confesó en dos o tres cartas que el Santo Oficio cartagenero habrá de quemar muy pronto junto conmigo para gloria del Señor, se agrió su carácter al punto de no celebrar ya ni los versos, ni las obras para flauta, ni los chispazos de ingenio de su protector, y de enfrascarse por último en aquella inútil polémica que se originó cuando Maupertuis refutó la interpretación que de la teoría de Newton hacía un tal Koenig, entonces Federico II, por mera coquetería intelectual, decidió tomar parte en la disputa a favor de Maupertuis, y François-Marie, por puro afán de contradecir, lo hizo también pero en su contra, irrisorio juego de vanidades que culminó cuando mi amigo publicó su lamentable *Diatrise du docteur Akakia*, panfleto donde ridiculizaba injustamente al matemático y astrónomo francés y que remató con algunas rencorosas sátiras dirigidas al mismísimo rey de Prusia, de suerte que una madrugada de 1752 debió abandonar en secreto la corte de Berlín y encaminarse con angustia a Francfort, donde a la postre padeció prisión de todos modos, hasta tanto logró devolver el trasapelado manuscrito del *Palladium*, juguete facecioso y sicalíptico versificado por Federico II, cuya divulgación se hubiese constituido en piedra de escándalo, y no pararon allí sus tribulaciones, pues cuando quiso acercarse a Francia se le notificó que se lo prohibía el régimen de Luis XV, en el cual levantaban aún roncha algunos de sus escritos, de forma que debió permanecer en Estrasburgo, donde se encontraba desesperado, hablando de cavar su fosa en cualquier tierra mostrenca, a despecho de sus buenos caudales, cuando salí de la Bastilla y fui informada por el joven Lemonnier de que, gracias a sus gestiones y las de Tabareau, quien ahora poseía amistades en el ministerio público, se me dejaría permanecer en territorio francés a condición de quedar sometida a la vigilancia del astrónomo, a cuya casa fui trasladada en calidad de asistenta la misma tarde en que recobré, en el edificio de mi antigua logia, donde ahora funcionaba una posada de mala muerte, los dos cuadros de Hyacinthe Rigaud, el de Marie con sus ojos esteparios, su endeble continente, su rosa roja, y aquél donde mi desnudo representaba el de la diosa de la dulce sonrisa, pinturas que el posadero conservaba celosamente a pedido del difunto Guido Aldrovandi, lo único que logré rescatar de mis pertenencias, sustraídas quién sabe por qué vándalos de la casa de la calle Plâtrier, la cual, por razones inescrutables, había adquirido mala fama, creo que ahora la habitaban prostitutas al estilo de aquéllas que debí empadronar sin objeto años atrás o de aquélla cuyo rostro perseguí en Marsella cuando volví, en vida de Marie todavía, a confirmar mi famoso pálpito, pero ya qué importaba, debía suponer que acabaría mi vida entre los muros apacibles de la casa del astrónomo Lemonnier, de cuyo brazo recorría la ciudad de tiempo en tiempo, hablándole de mi pasado, a la sombra de los castaños, en la plaza de Luis XV, a orillas del Sena, al eco de los esquilonos conventuales, tratando de convencerlo de la existencia del planeta Genoveva que él insistía, y creo que insiste aún, en considerar

como estrella de sexta magnitud, el muy obstinado, así que poco a poco llegué al convencimiento de que las horas que lograrse desglosar a los quehaceres debería consagrarlas, en alguna forma, a algo que en verdad reivindicase, al menos en parte, la memoria de mi ya tan lejano y aún tan adorado Federico, del muchacho que hubiese deseado dar mi nombre a ese planeta, a ese puntito de luz que, al parecer, quedaría para siempre como una estrella más en los catálogos astronómicos, fue entonces cuando escribí a la Logia Matritense en procura de ayuda para clarificar, desde el punto de vista instrumental, los acontecimientos ocurridos hacía más de cincuenta y cinco años en Cartagena de Indias, sobre los cuales debían existir testimonios más o menos fidedignos en los archivos públicos, recibí pues respuesta, no de mi viejo amigo Diego de Torres Villarroel, que acababa de suspender la publicación de sus piscatores y almanaques y vivía más bien retirado en Salamanca, sino de alguien que decía ser secretario de don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, por cuyo conducto fui recibiendo de mes en mes, de año en año, copias certificadas de los documentos existentes, los del proceso ante el Consejo de Indias, los que produjo la Real Audiencia de Santafé, las indagatorias de testigos ante tribunales civiles cartageneros, la relación del sitio hecha por José Vallejo de la Canal, todo muy completo, de donde podía colegirse el relativo poder alcanzado en España por nuestra organización, a la cual había ingresado ya lo mejor de la juventud, representada en hombres como el conde de Campomanes, por citar un ejemplo, que a los treinta años era académico de la Historia, y por supuesto aquel mismo conde de Aranda, que tanta injerencia había de tener más tarde, como presidente del Consejo, en los destinos de su patria, la patria del Cid Campeador, que parecía dormir a pierna suelta sobre sus propios dolores, que unos años antes, guiada creo que por las ambiciones de Isabel Farnesio, había renovado sus pretensiones sobre Italia, pero que ahora, muerto Felipe V, dejaba personificar poco a poco en Fernando VI su fatiga, su miseria intelectual y su voluntad de paz, en tanto sus colonias, al otro lado del océano, agonizaban entre el despojo, pues mientras, en el resto de Europa, cada país, cada provincia y hasta cada clan trataban de preservar y aguzar sus peculiaridades, mientras Francia e Inglaterra daban como finalidad principal a sus actividades comerciales la adquisición del mayor número posible de metales amonedados y preciosos mediante la reducción de las importaciones y el crecimiento de las exportaciones, el sistema peninsular seguía llevando del resto del continente europeo, con el oro de América, bienes suntuarios que sólo satisfacían momentáneas veleidades de la aristocracia o de los llamados hidalgos, de forma que las riquezas de las colonias iban a parar a la postre a las reservas de otras naciones, y ahora que ciertos economistas ingleses abrían paso a una concepción más liberal de la economía, repudiando los monopolios y abogando por un mayor respeto al trabajo como fuente de riqueza, España se abroquelaba en su catolicismo y tildaba de impías y egoístas a esas nuevas corrientes, materias todas éstas que los jóvenes debatían en la Logia Matritense, pero en tono menor, porque no había en la península un Voltaire

que sacudiera las conciencias y la inteligencia de las colonias se mantenía acallada bajo mordazas civiles y eclesiásticas, lo que en cualquier otro país católico no hubiese asustado ni al peor de los timoratos allá escandalizaba aun a los más mundanos, considérese por ejemplo que hacía muy poco, como bien pude comprobarlo más tarde, la Inquisición cartagenera había suspendido todas las licencias para impresión de libros y llegó al extremo de incautar, por sospecha de heterodoxia, los *Ejercicios devotos en que se pide a la Virgen su amparo para la hora de la muerte*, de que era autor el prelado español Juan de Palafox y Mendoza, ello mientras Europa se regodeaba en la lectura de algunas de las obras más picantes y atrevidas de todos los tiempos, muy poco era pues lo que podíamos esperar aun de la propia Logia Matritense, cuyos miembros más liberales se confesaban recalcitrantes monarquistas, pero sí pude, gracias a ese eslabón, compilar y compulsar los documentos relacionados con el sitio de Cartagena y la toma de la ciudad por el barón de Pointis, documentos que complementé poco después con las relaciones que, sobre los mismos sucesos, hicieron el propio Pointis y el guardiamarina de su escuadra, capitán general Louis Chancel de Lagrange, de las cuales se desprende, por ejemplo, que la peste había empezado a hacer estragos entre los contingentes franceses ya desde el momento del asalto de San Felipe, razón por la cual el almirante había sido muy claro en advertir que, si la ciudad no se entregaba en plazo relativamente breve, el asedio sería levantado o, en otras palabras, que Cartagena tenía todas las de ganar si conseguía mantenerlos a raya un poco más en Getsemaní, el arrabal ya conquistado en cuyas bocacalles los asaltantes comenzaron a abrir trincheras en previsión de un contraataque, pues no había murallas por la parte que hacía frente a la plaza, a la que ahora se acercaban con trabajos de zapa en zigzag, en tanto la artillería, desplazada a como dio lugar, a marchas forzadas, creo que con graves pérdidas, desde San Felipe, reanudaba el primero de mayo el bombardeo y los navíos «Sceptre», «Saint-Louis» y «Bermandois» volvían a vomitar fuego desde el mar, sobre una ciudad donde nos oprimía el sentimiento de impotencia pero donde aún confiábamos en que las pocas guarniciones españolas y los indios flecheros que nos quedaban podrían entretener un poco al enemigo, mientras llegaban esos benditos refuerzos que habíamos mandado pedir a Mompós, a Portobelo, y fue no sólo ese primero de mayo el día en que una bomba derribó el altar mayor, con el Santísimo Sacramento expuesto, de la capilla del hospital de San Juan de Dios, sino también en que, como más tarde lo consignaría en sus memorias, las mismas que la bruja de San Antero habría de columbrar por encima de las barreras del tiempo y del espacio, fray Miguel Echarri oyó la embestida francesa vibrar con irrealidad de charanga lejana en sus tímpanos turulatos, abrió los ojos como si despertara en otro universo, trató de situar cada objeto que lo rodeaba en un paraje diferente de su memoria, archivarlo allí desesperadamente en un proceso de conciencia casi opuesto al registro espontáneo de los recuerdos, para intentar establecer dónde diablos se encontraba, al tiempo que el joven Iriarte, a su lado, comprobaba sistemáticamente las pulsaciones del enfermo, inconsciente desde aquel

quince de abril, cuando una forma corporizada como sobre jirones de neblina, una forma viscosa cuyas fétidas emanaciones lo horrorizaron, hirió por última vez sus retinas y con su escalofriante demasía lo empujó hacia el vacío, donde durante dos semanas zozobró a merced de un oleaje que lo columpiaba, ya hacia la vida, ya hacia la muerte, pero ahora ese vaivén parecía haber tomado fin, ahora se hallaba otra vez afianzado en las playas de la vida, ahora podía reconocer a este Miguel de Iriarte, este joven médico, hijo del otro Miguel de Iriarte con quien el gobernador se había asociado para aquel ilícito que irrumpió también, con todas sus inciertas tortuosidades, en su minuciosa memoria de doctor en cánones, ahora con el pulso restablecido, aunque aún con ese vacilante toctoc de reloj asmático, podía tratar, aunque en vano, de incorporarse y, desde luego, compensar la frustración con uno de sus arranques de agresividad, para pedir al galeno, a quien sabía muy pagado de su profesión, olvidarte, mal cristiano, de tus artrolobios escorpoides y de tus mandragoraza semihomos, y rezar un padrenuestro por la salud de este pecador, ante lo cual Triarte, sin soltar la yerta muñeca del paciente, sorprendido por esta muestra de vitalidad, sonrió y respondió no, fray Miguel, no morirás, cuando te haya curado comprenderás, en cambio, cómo tus padrenuestritos no son menos inocuos que el grito de la mandrágora cuando el herborista la arranca con el truco del perro, pero ahora sosiégate, mi medicina es la de Hipócrates, para quien el mal sagrado fue siempre un mal natural, digo Hipócrates, claro está, sólo en cuanto hacer tabla rasa de las supersticiones, porque mi medicina es la de Rudbeck y la de Harvey, palabras que hicieron a Echarri abrir mucho los ojos para recordar a esa oveja descarriada cómo el buen cristiano no tenía por qué apelar a la medicina, cuando poseía el inexhaustible recurso de la oración, pero Triarte le recordó, no por echar leña a la discusión sino para acicatear sus respuestas vitales, que en la inconsciencia en que anduvo sumergido quince días, sí, quince días, mi respetado fray Miguel, la oración no le hubiera sido muy hacedera, así que a soportar esta ironía de un inquisidor a merced de aquél a quien creía un hereje, pero no, de ninguna manera, él también era un buen cristiano, sólo que en Uppsala, adonde había ido hacía cinco años a oír la defensa de Olof Rudbeck, había conocido a un frailuco misionero que sufrió el escorbuto durante un viaje por la Rusia lejana, ese buen cazador de almas cayó en manos de campesinos que lo atragantaron de arándanos y de grosellas rojas, entonces sanó de la dolencia, pero temía haber sido curado mediante procedimientos diabólicos, lo proclamaba en tono muy lastimero, aunque, para mí, lo único cierto es que lo tenía allí, vivo, cantando la gloria de Dios, y coronó su historia con otra franca sonrisa, con la que de seguro esperaba estimular un tanto el talante del dominico, a quien acaso conocía muy poco, porque Echarri, lejos de condescender, así fuera por gratitud, gimió y se lamentó de la suerte que correría el alma de aquel misionero, para la cual, como acaso para la suya propia, ahora que había permanecido dos semanas en manos de un hechicero, el infierno sería poquísimos castigo, pues que un seglar se pusiera en manos de la medicina, malo, malo, pero pase, al fin y al cabo ningún rescripto lo prohibía,

mas de allí a ver a un religioso colocarse, falto de fe, a cargo de la ciencia humana para preservar su salud, cuando poseía el arma preciosa, la oración, no, mi atolondrado joven, nunca jamás, ahora mismo tendré que irme de aquí, e inició, en efecto, el conato de levantarse, pero como Triarte bien lo sabía, era inútil, se encontraba en estado de extrema debilidad, así que le preguntó si sabía, fray Miguel, lo que fui a buscar exactamente en Suecia, pues bien, por aquella época Rudbeck defendió, en el anfiteatro anatómico del Gustavianum, diseñado por él mismo, el principio verdadero de la circulación de la sangre, con una demostración práctica que, como su descubrimiento de los vasos serosos, dedicó a la reina Cristina, sí, mi querido inquisidor, Olof es tan joven como yo, tan atolondrado dirá usted, pero allá no hay tribunales como el suyo que achicharren a quienes enuncien los postulados de la naturaleza, y a él la propia Corona le permitió experimentar a sus anchas con cangrejos, con anguilas, con gatos, momento en que el dominico, debatido ahora, a causa quizá del estruendo de la artillería francesa o tal vez del recuerdo del gesto de complicidad abominable que creyó ver en aquella aparición que lo acosó en su despacho inquisitorial, entre la lucidez y alguna nueva crisis, alzó los brazos para ponderar, sí, cómo esos falsos curanderos desmenuzaban gatos para invocar a Satanás, pero el joven Iriarte, auscultándolo otra vez, lo miró con semblante severo, para preguntarle si en verdad éramos los hombres de ciencia o eran ustedes los llamados hombres de Dios quienes tenían al diablo en tal alto estrado, lo que Rudbeck demostró fue que las venas y las arterias de la circulación mayor se encontraban ligadas mediante vasos que él llamó anastomóticos, se trataba de complementar, en ese particular, la teoría de Harvey, de acuerdo con la cual la sangre no podía encontrarse detenida en las partes periféricas del organismo porque se cuajaría, su función era dar calor y, por tanto, tenía que circular, ustedes los clérigos podían obstinarse, podían seguir sosteniendo por toda la eternidad que está detenida, *epur si muove*, fray Miguel, lo que no sé es cómo rábanos contradiga ello los dogmas fundamentales del cristianismo, pero Echarri se limitó a registrar en su mente la frase de Galileo, recordó a Iriarte que parafrasear a un descomulgado podría granjearle la hoguera, a lo cual indagó el médico si su reverencia sería capaz de pagar con un proceso al estilo de aquéllos incoados por Calvino el que le hubiese salvado la vida, pues no olvidar que Calvino había quemado a Miguel Servet, entonces Echarri, antes de sumergirse otra vez en el pozo de la inconsciencia, opinó orondamente que algo, en realidad, había de haber hecho bien en la vida aquel apóstata, y cerró los ojos, ahora para entrar en un sueño sosegado, bien distinto del que padeció todos aquellos días, durante los cuales, pese al bombardeo, al pánico, al desorden, el joven Iriarte permaneció casi constantemente al pie del lecho, oyendo sin proponérselo los delirios del anciano, que no se referían tan sólo a demonios caprípedes, a ménades oferentes ni a arcángeles en tentación, sino muy especialmente al asunto de los ochocientos mil reales y su ilícito ingreso al galeón «Oriflama», asunto que, por las noticias escuchadas aquella misma tarde de labios de su padre, ahora elevado al rango de

consejero gubernamental, parecía cobrar un cariz siniestro, pero mal podía el hijo, como luego lo argumentó al ser requerido por los tribunales, dar absoluto crédito a los delirios de un dominico, ni aceptar así como así que su padre anduviese mezclado en algo tan turbio, de otra manera, gran Dios, su intervención hubiese podido salvar a mi pobre Federico, pues cádate que aquella tarde, mientras seguía lloviendo fuego sobre el casco amurallado, un par de clérigos encabezaron un motín de doscientas personas para exigir al gobernador la capitulación y la entrega de la plaza, clamor al cual se sumaron, unas horas después, delegaciones de los cabildos eclesiástico y secular, que argüían el peligro en que se encontraban ancianos, mujeres y niños, y se decían muy impresionados por la destrucción del altar mayor, con el Santísimo Sacramento expuesto, en la capilla de San Juan de Dios, hecho al cual atribuían el carácter de un juicio divino, pues si el Altísimo se encontrase de parte del triunfo de España no habría permitido que el cuerpo sacrosanto de su Hijo sufriese los rigores del bombardeo, aquello debía interpretarse como un aviso, Dios quería la victoria de Francia, exigencias ante las cuales Diego de los Ríos anunció, en las horas de la noche, que se tomaría una decisión en junta de guerra, lo cual significó, por supuesto, reunión inmediata con sus compinches Juan de la Peña, Miguel de Iriarte y Diego de Morales, que, como en descargo propio trató de alegarlo el mandatario, lo único que atinaban a repetir era nuestro oro, gobernador, nuestro oro, no es posible que perdamos nuestro oro, y fue, como de costumbre, Juan de la Peña quien pronunció las palabras definitivas en aquel *petit comité* erigido arbitrariamente en autoridad suprema, dijo que, si la determinación de entregar la plaza procedía ciertamente del clamor popular y no de la voluntad del gobierno, si contra la firmeza del gobernador, que mucho había insistido en prolongar la resistencia, tanto la gleba como los poderes civiles y eclesiásticos, invocando incluso un juicio de Dios, forzaban la rendición, entonces nadie podría reprocharle, señor de los Ríos, que usted como gran caballero prohibiese al corsario tocar sus pertenencias, me explico, que entre las condiciones para la entrega se estableciese la intangibilidad de esos cofres a bordo del «Oriflama», los cuales, como constará en los términos de la capitulación, representan efectos personales del mandatario de la plaza que, por tanto, gozarán del privilegio del sanctasanctórum, no podrán ser vistos ni tocados por los invasores, idea que arrancó en la junta de granujas un estallido de aplausos, como el guarda mayor Diego de Morales se vio obligado a confesarlo ante la Casa de Contratación de Sevilla, entonces Diego de los Ríos pidió al aduanero tomar papel y pluma, se redactarían ahora mismo los términos bajo cuya observancia Cartagena aceptaría la rendición, pero hombre, amigos, celebrarlo primero con un buen jerez, fue el propio de la Peña quien hizo esta vez de copero, la excitación del gobernador rayaba en el júbilo cuando llamó aparte a Morales y le confió que, amén de los pliegos con las peticiones que, apenas despuntara el día, llevaría con la bandera blanca al barón de Pointis, debía ser emisario de un mensaje personal que deseaba hacer llegar al almirante francés, un mensaje en extremo delicado y secreto que ya le haría saber y que no

quedaría incluido, como era natural, en los papeles oficiales, después de lo cual se dieron todos a la redacción de las cláusulas y estipulaciones cuya aceptación sellaría nuestra derrota, mojadas todas ellas en el seco y exquisito licor de las albarizas de Jerez de la Frontera, y a eso de las nueve o diez de la mañana del dos de mayo el trapo blanco flotó sobre los muros de la ciudad, lo supe por un tropel de vecinos que corrían hacia la plaza de Armas a escuchar el bando, pensé al romper en Federico, si aún vivía tendría ahora que dar alguna señal o al menos sería posible confirmar de alguna manera su muerte, mi cabeza se resistía a dejar entrar el menor resquicio de luz, borbolloneaba como una marmita de ideas confusas, me lancé a la calle, imaginaba que todo sería ya cuestión de minutos, cuando mucho de horas, alguien me dijo que un tesorero de las Aduanas había partido hacia Getsemaní, se rumoreaba también que un tal Vallejo de la Canal, quien aseguraba ser comisionado del rey Carlos, había tratado de impedirlo, un comerciante lloroso afirmaba que el capitán de caballos había llegado al extremo de abofetear, en plena plaza de la Mar, al gobernador de los Ríos, pero nada se pudo sacar en claro, el caos predominante no lo permitía, los propietarios de abacerías, de tiendas, de curtiembres, de joyerías, corrían de un lado para otro sin saber dónde poner a salvo sus géneros, los curas habían trancado los templos ante la protesta desgarrada de los ancianos y de las mujeres, algunos negros sueltos de madrina bailaban en las plazas públicas creyendo llegada la hora de su redención, los disciplinados flecheros indios se esforzaban por poner un poco de orden entre el gentío que iba y venía como una manada de cervatillos acorralados, vi a una mujer muy vieja hincarse frente a la Catedral y proclamar que había llegado el Día del Juicio, un cincuentón muy preocupado gesticulaba en la Plaza Mayor para jurar y perjurar que los franceses eran tan degenerados que violarían también a los hombres, una mujer feísima se empeñaba en gritar que el Cielo no podría tolerar que en la ciudad se impusieran las costumbres disolutas de París, entonces decidí regresar a casa, era evidente que por ahora no habría noticias, al pasar frente al almacén de los Goltar vi que había sido saqueado por el populacho hambriento, tal vez desde los primeros días del bombardeo, cuando nos encontrábamos en casa de Hortensia García, vi también los destrozos de la bomba que mató a Lupercio, sentí ganas de entrar, a lo mejor Federico se encontraba hacía días allí y María Rosa le impedía de alguna manera reunirse conmigo, quizá le hubiesen asegurado que yo había muerto, sabía muy capaz a su hermana, pero pensé en aquella demente, que me responsabilizaba por la muerte de su madre, y preferí abstenerme, pregunté a una vecina, me respondió que en casa de Lupercio se hallaban tres mujeres, nada más que tres mujeres, una de ellas la hija de Goltar y las otras dos de muy mala reputación, ella sabía lo que me decía, el asedio había convertido en un lupanar a la ciudad, las gentes principales se juntaban con los malvivientes, preferí seguir mi camino, con las pocas viandas que me quedaban me preparé un almuerzo muy frugal, insistí en mis salmos, *en ti esperaron nuestros padres, esperaron y Tú los libraste, clamaron a ti y fueron librados, confiaron en ti y no fueron avergonzados,*

mas yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y despreciado del pueblo, todos los que me ven me escarnecen, hacia las tres de la tarde supe por un aguador despavorido que Pointis exigía dos rehenes como requisito para suspender el fuego y sentarse a negociar, se decía que dos ricos comerciantes habían accedido a constituirse en tales y se encontraban ya detrás de los aproches franceses, comprendí que rendirse no era tan fácil, acaso tardaran días en concluir aquellas negociaciones, cuyos términos a mí me tenían sin cuidado, pues perdida toda la parentela que conocía sobre el haz del mundo, poco podía importarme lo que los franceses hicieran con la ciudad, a eso se reducía en últimas, debo confesarlo, mi sentimiento patriótico, creo que, hasta el día de mi ingreso en la logia, quince años más tarde, patria nunca significó para mí otra cosa que las cuatro paredes de mi casa, aquello que pudiera inspirarme seguridad, ser en cierto modo un reflejo de la imagen de mi padre, por eso indagaba con todos los transeúntes acerca del progreso de las negociaciones, deseaban tanto como yo que todo acabara, a la postre España no representaba para nosotros, los criollos quiero decir, sino un lejano, un impalpable monarca cuya existencia era demostrable sólo en la abstracta medida en que lo es un teorema geométrico, sobre el papel, sobre los documentos, un monarca cuya bondadosa mano jamás enjugaría nuestras lágrimas, cuyos ojos de santo de palo no podían ver nuestras congojas, un rey de quien decían además que estaba hechizado, yo podía imaginármelo inmóvil, rígido, con la mirada perdida en el vacío, constelado de amuletos su cuerpo enclenque, padeciendo una aguda punzada, ya en el riñón, ya en el hígado, ya en el ojo derecho, cada vez que los hechiceros propinaban un alfilerazo desde las sombras a su maniquí, de manera que aquella noche la pasé maldiciendo del constante afán de los hombres de refrendar y avalar con grandes arrumazones de papel sus contratos, sus concesiones, sus cautelosos avances, todo para ocultar con montañas de papel su falta de esperanzas, su descreimiento, su irremediable pesimismo, hacia las nueve de la mañana volví a lanzarme a la calle, se advertía en las gentes una tensión ya enfadosa, devoradora, nos consumía aquella expectación inicua, nos sentíamos ridículos, nuestro destino lo estaban pactando unas personas a quienes ni siquiera conocíamos, podían además quedarse la vida entera pactándolo sin que se sintiesen obligados a rendirnos un miserable informe, vi entre el gentío a Hortensia García dirigirse a la Gobernación, donde otra vez despachaba de los Ríos, creo que llevaba una cesta con alimentos y licores para alimentar el festín oficial, recalé al fin en la plaza de la Mar y debí aguardar largo rato, sin saber qué iba a pasar, hasta ver surgir por la Puerta del Puente, ante el duro silencio de la muchedumbre, aquella comitiva de hombres graves, cabizbajos, que tomaba el camino de la plaza de Armas, los flecheros indios les abrieron calle bajo los balconajes cartageneros, sólo a fuerza de muchas preguntas pude establecer al fin de quiénes se trataba, lo vi muy cerca y me estremecí al saber que aquel individuo de cara muy bermeja, agrietada, como repujada en cuero basto, cuya alba casaca ribeteada de oro le daba no obstante el aire de un gentilhomme, era nadie menos que el Pitiguao, quiero decir Jean-

Baptiste Ducasse, el gobernador de las invasiones francesas de Santo Domingo, que muy pronto, ese mismo año, reconocería España mediante el Tratado de Riswick, el único que imponía obediencia a los piratas de la Tortuga, el carnicero de carniceros que, por supuesto, disfrutaba de la alta estima de Luis XIV, como volvió a quedar manifiesto más tarde cuando se peleó con Pointis, por los documentos que compulsé en París parece factible que entre él y Montbars hubiesen convencido al rey galantuomo de extender la patente de corso para esta expedición, el hecho era, ahora, que el almirante había delegado en él los poderes para negociar y que entraba en la Gobernación, no como un filibustero, sino como un emisario oficial de la Armada de mar y tierra del rey de Francia, la ciudad se llenó de rumores, desde la calle del Arzobispado vi salir del palacio a Hortensia García y la abordé en el atrio de la Catedral, me dijo que el gobernador, algunos castellanos y, desde luego, el trío de granujas discutían a puertas cerradas con Ducasse y su comitiva, la advertí ansiosa, me preguntó dónde sería posible hallar en aquellos momentos a fray Miguel Echarri, le hice ver que las casas del Santo Oficio se encontraban desocupadas desde el sábado pascual, quizá en el claustro de Santo Domingo, me dijo que hacia allí se encaminaría, necesitaba verlo cuanto antes, le pregunté de qué se trataba, respondió que algo muy delicado había surgido, acaso el Santo Oficio debiera hallarse informado, inquirí por María Rosa, por Beltrana, si había noticias de Federico, no, no las había, pero ya habría de regresar, Beltrana y María Rosa se encontraban muy recobradas, ahora debían estar jugando al tute subastado con un esclavo joven que había vuelto a casa, inquirí si Bernabé, sí, tal vez Bernabé, pero debía irse, era preciso que localizara a fray Miguel Echarri, tomó el camino del convento dominicano, pensé por un momento si Bernabé no sería la persona indicada para hacer algunas averiguaciones sobre Federico, lo sabía un muchacho muy despierto, podría ingeniárselas, pero debí aceptar que las circunstancias no resultaban muy propicias, por primera vez contemplé la posibilidad de que Federico, de alguna manera, hubiese caído prisionero del enemigo, pensé en Leclercq, sí, sí, a lo mejor su confusa mente lo había impelido a ir en busca del *bon fripon*, pero no, hubiera sido un disparate y tampoco creía tan papamoscas a mi precoz astrónomo, imploré entonces otra vez la ayuda de Dios para que todo terminara, para que Ducasse saliera satisfecho de la Gobernación, entrasen de una vez por todas los franceses y supiésemos finalmente a qué atenernos, pero la Providencia no parecía dispuesta a simplificarme nada, el Pitiguao salió en efecto del palacio a eso de las tres de la tarde, pero acompañado por Juan de la Peña, Miguel de Iriarte y Diego de Morales que, como plenipotenciarios del gobernador, se dirigían ahora a las trincheras francesas para terminar de establecer los términos de la capitulación, era como para comerse todas las uñas y arrancarse hebra por hebra los cabellos, me sumergí en las penumbras soledosas de mi casa, *a ti clamaré, oh Jehová, roca mía, no te desentiendas de mí, para que no sea yo, dejándome tú, semejante a los que descienden al sepulcro, oye la voz de mis ruegos cuando clamo a ti, cuando alzo mis manos hacia tu santo templo*, ahora sabía

que las calles de la ciudad estaban desiertas, todos debían sentirse agotados por la espera, las conciencias debían hallarse en una apaciguada entreluz, los corazones debían extinguirse en un pasitrote de fatiga, *no sea yo avergonzado, oh Jehová, ya que te he invocado, sean avergonzados los impíos, estén mudos en el Seol*, la noche cayó suavemente y fue llenándola un mutismo sobrenatural, miré por primera vez en varios días hacia el cielo, vi al planeta Genoveva fulgurar pérfidamente en vecindades de la eclíptica, lo odié, le mostré el puño, maldito seas, astro indiferente, pues llegué a pensar por un instante que ese puntito de luz era el responsable de todo, pero, perdóname, planeta tejedor de guirnaldas siderales, una vez más perdóname, acógeme, protégeme, pensé en María Rosa, la envidié porque podía jugar al tute con Bernabé y con Beltrana, salí al patio, cavé un agujero para enterrar el cofre con las joyas de mi madre y preservarlo del asalto inevitable del corsario, me tendí de cara a las estrellas sobre la tierra removida y así pasé el resto de la noche, no importa que, ya cerca del amanecer, el cielo lloriqueara un poco, al ver el alba recordé que el día anterior no había probado bocado, tampoco quise comer ahora, me preparé una infusión de salvia, la bebí despacio, rencorosamente, cuando el reloj dio las siete salí a la ventana y averigüé con los transeúntes, la ciudad borbollaba otra vez de rumores, se decía que el comisionado Vallejo de la Canal entorpecía el arreglo amenazando con llevar a Diego de los Ríos ante los Consejos de Guerra de Castilla, se decía también que las demoras obedecían a una serie de cláusulas secretas que el gobernador deseaba incluir en las capitulaciones, y asimismo que Pointis exigía la entrega de todos los fondos de la Real Hacienda, así como de la totalidad del oro, plata y piedras preciosas de los vecinos, me importaba un bledo, ahora sólo quería pensar en Federico, tenía que estar vivo, aquella larga espera no podía ser en balde, volvería, estaba segura que volvería con sus pies torpes y su frente alada de soñador, con sus alas rotas de arcángel en desgracia, las mismas que le desplumé hacía menos de un mes, en el palmar de Zamba, con mi santa demonicidad de mujer cristiana, tenía que volver, entonces de un tirón me sacó de mis pensamientos el súbito revuelo que me llegaba desde la plaza de los Jagüeyes, volví a asomarme a la ventana, vi a mis vecinos correr hacia la plaza de la Mar, hacia la de Armas, me vestí a toda prisa y marché tras ellos, por el camino se me informó que el vicealmirante Levy, comandante de la nao capitana francesa, acababa de enarbolar la bandera flordelisada sobre la Puerta del Puente, de la cual había tomado posesión, y que cerca de quinientos soldados de Luis XIV ocupaban ahora los baluartes que flanqueaban el casco amurallado, esto es, que la rendición se protocolizaba finalmente y que, a partir de este momento, Cartagena era un puerto francés, del cual deberían salir en un plazo de dos días el gobernador, las autoridades y la guarnición, así como también, si era ése su deseo, aquellos de sus moradores que hubiesen nacido en España, ya que igual privilegio no se concedería a los criollos, obligados a someterse como súbditos a Su Cristianísima Majestad el Rey de Francia, en aquel momento me hirió la vista el sol quemante, golpeó mi rostro la brisa cargada de todos los aromas de Cartagena, y no

sé por qué pensé que aquél no podría ser jamás un puerto francés, a pesar del pabellón que ya veía ondear frente a mis ojos, del bando que se promulgaba en ambas lenguas desde uno de los balcones de la plaza y de la doble hilera de soldados y de oficiales menores, encabezada por el Pitiguao, que ahora hacía entrada para refrendar su posesión de la ciudad, al cabo de la cual, con plebeya algarabía, greñas alborotadas, harapos policromos, llegó hasta el puente un grupo de unos veinte o treinta filibusteros de la Tortuga, entre el cual pude muy pronto reconocer al maldito Leclerq, con su trapo rojo anudado a la cabeza, sus brazos tatuados, su pecho velludo al aire libre, entonces me dio un vuelco el alma porque, a su lado, con otro trapo rojo, con la ropa hecha andrajos como un pirata más, entraba también Federico, a la vista de todos, con los ojos angustiados y una sonrisa de incertidumbre que le daba un aire bobalicón, mi alegría se trocó en alarma, quise que me tragara la tierra, hubiese preferido saberlo muerto, lo traían sólo a guisa de hazmerreír, de rey de escarnios, pero por su vestimenta se diría que era otro de ellos y muchos, al reconocerlo, no dejaron de comentar aquella rara circunstancia, me sentí medio paralizada, no sabía qué hacer, por último decidí arriesgarme, me abrí paso entre el gentío, rompí la barrera francesa y me arrojé en sus brazos, sólo para encontrar que me estrechaba muy débilmente, casi como si no me reconociera o como si temiera ser objeto de nuevas burlas, pues apenas contemplaron la escena, los bucaneros, encabezados por Leclerq, prorrumpieron en exclamaciones obscenas y aplausos de pitorreo, *oh the gladness o fa woman when she's glad!*, aulló a mi oído haciendo muecas el que luego supe se llamaba Jonathan Hopkins, *oh the sadness of a woman when she's sad!*, *but the gladness of her gladness and the sadness of her sadness are as nothing to her badness when she's bad!*, otros gritaban que caer en brazos de una mujer era también caer en sus garras, ululaban, rechiflaban, me pellizcaban el trasero, me hacían gestos de poseerme, *volubil sempre*, se risoteaba un italiano, come *foglia al vento*, traté de buscar en los ojos de Federico algo con qué explicarme lo ocurrido, averiguar qué hacía entre aquella tropa de pingajosos, mas sólo hallé la misma sonrisa idiota y la mirada de desconcierto, como si su mente estuviese anulada, como si se la hubieran suprimido, Leclerq trató de apartarme de él, *les femmes! Les femmes!*, reía, *peut-on réellement les considérer comme du genre humain?*, me atrajo hacia sí y trató de besarme, mientras otro forbante rasgaba mis vestiduras con una brutal manaza, entonces una voz se impuso entre el vocerío de los piratas, *ce que vous êtes befes!*, les ordenó retirarse, *je me demande ce que vous êtes venu faire ici, ma petite*, traté de explicarle que me devolviese a Federico, *monsieur, je vous en supplie, il est mon ami*, el hombre mantenía a raya a los carniceros, luego supe que se trataba de Godefray, parecía ser tan temido y acatado como el propio Pitiguao, tomó al muchacho de un brazo y tirándolo con fuerza lo sacó del montón, luego nos empujó, maldiciendo, hacia uno de los portales y nos ordenó desaparecer de su vista, *allez gêner ailleurs!*, hice que Federico se apoyara en mí, se advertía inmensamente agotado, material y espiritualmente exhausto, había sido sometido a un continuo tira y afloja, lo conduje

con suavidad, sin lograr sacarle una palabra, hasta la plaza de los Jagüeyes, quería ocultarlo en mi casa al menos hasta cuando se hubiese repuesto, pero ya en la puerta se negó, *où est mon père?*, repetía creyéndose rodeado todavía de franceses, no me pareció prudente informarlo de la muerte de Lupercio, mucho menos de la de su madre, suavemente lo arrastré hasta su propia casa, golpeamos con la aldaba, nos abrió un Bernabé muy pálido, pensó que Federico estaba herido, subimos y en el vestíbulo debí enfrentar una vez más los arañazos enloquecidos de María Rosa, la que ahora sostenía que yo había ocultado por días al muchacho en mi casa, ¡fornicaria!, ¡eres más puta que una zaranda!, fue Bernabé quien, a pesar de su condición de esclavo, la sujetó y evitó que siguiera clavándome las uñas, blanca, no cometa una injusticia, la señorita lo ha rescatado, era prisionero de los piratas, también Hortensia García puso esta vez orden y nos dedicamos, con caldos, con masajes, con sales, a reponer las fuerzas de aquel descubridor de planetas que aún no parecía saber en qué punto del suyo propio se hallaba, a tal extremo lo habían torturado mentalmente los filibusteros, mismos cuyos maltratos a la población, quiero decir, maltratos todavía de palabra o, a lo sumo, de meros amagos de violación de mujeres, ya que lo peor estaba por venir, obligaron aquella misma tarde al vicealmirante Levy, pues el almirante Pointis, en espera de la salida del gobernador y de los altos funcionarios, aún no entraba al casco amurallado, a promulgar un bando en el cual se establecía la pena de muerte a quien hiciese daño a la población, como bien pude recordarlo en los relatos de Vallejo de la Canal y de Chancels de Lagrange, que leí en el tiempo libre que me dejaban mis lentos y parsimoniosos quehaceres en casa de Pierre-Charles Lemonnier, a quien trataba de convencer, ya un poco por el mero deseo de fastidiarlo, de la bondad de los mapas de Guillaume Delisle, el antiguo protector de Jean Trencavel, muerto a los cincuenta años cuando había llegado a ser ya primer geógrafo del rey, y a quien muchos consideraban como el único cartógrafo que había atinado a representar los grandes continentes del globo terráqueo en sus verdaderas proporciones, a pesar de mis dudas sobre ciertas exageraciones aún existentes en la proyección de las regiones situadas al norte del Trópico de Cáncer, pero Lemonnier pensó siempre que yo era un tanto chiflada, especialmente por aquella obsesión acerca del planeta Genoveva, qué ganas, *mon Dieu*, de dar su nombre a un astro, qué vanidad, qué tontería, y trataba de despejar mi entendimiento llevándome a ver las comedias sonrientes, burguesas, colorísticamente watteaunianas, de Pierre-Carlet de Chamblain de Marivaux, que defendía con Lamotte la modernidad literaria y solía prodigarnos en sus *marivaudages* deliciosos contrapuntos psicológicos, muy acordes con las refinadas exigencias de su público, o las óperas de Jean-Philippe Rameau, renovador de la armonía y del género dramático, todo ello parte de aquel gran esplendor que Luis XV permitía a las artes, acaso para ocultar el vacío de su propia vida, ahogada entre perfumes sensuales, asfixiada bajo montañas de flores, constreñida entre bustos y estatuas de Pajou, sofocada por el intrigante vaivén de sus propios cortesanos, pero claro, como bien lo habría dicho citando a Horacio mi

confesor, muerto por los piratas, aquí también las locuras del rey las pagaban los aqueos, *plectuntur Achivi*, que en este caso estaban representados por el pueblo francés, cada vez más acibarado, más reconcomido por sus muchas miserias, y también cada vez más suspicaz frente al origen divino de la autoridad real, que a partir de Luis XIV, último en reunir los Estados Generales, había prescindido por entero de la colaboración política de las mayorías o estado llano, bajo la famosa consigna, ahora acogida igualmente por la monarquía española, de *todo por el pueblo, pero sin el pueblo*, filosofía duramente combatida, a lo largo de su vida, que acababa de concluir en 1755, por Charles de Secondat, el barón de la Brède y de Montesquieu, para quien el poder del Estado debería, en lo futuro, ser dividido en tres ramas, la una legislativa que reposase en un Parlamento al estilo británico y estableciese las normas jurídicas que regularan las relaciones entre los ciudadanos, la segunda ejecutiva que hiciese cumplir esas normas e imprimiese una dirección a los asuntos nacionales, y la tercera judicial que administrase justicia, ideas que en el pensador bórdeles había incubado el estudio de la Constitución inglesa, tan admirada también por François-Marie, y su comparación con otras constituciones o superleyes, esos magnos estatutos que, en opinión de los intelectuales, deberían ser escritos y no consuetudinarios, como escrito fue alguna vez el de Juan sin tierra, dictado para Inglaterra hacía más de cinco siglos, y no otra cosa sino aquellas inquietudes, ya harto discutidas en salones y cenáculos parisienses, determinó, en el puro corazón de nuestra Gran Logia, el deseo de propiciar la elaboración y publicación de un diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios, en el cual la moral, la religión y el Derecho fuesen considerados de un modo racionalista, esto es, explicándolo todo por causas naturales, por argumentos fundados con exclusividad en la razón humana y en la ciencia empírica, obra cuya dirección se confió, durante mis años en la Bastilla, al talento de dos de los jóvenes más brillantes de Francia, el matemático Jean Le Rond d'Alembert, cuyos trabajos científicos sobre el cálculo integral y la dinámica habían provocado una revolución en la ciencia del movimiento, al punto de llevarlo a los veintitrés años a ocupar un puesto en la Academia de Ciencias, y el proteico Denis Diderot, cuyas novelas filosóficas, cuyos dramas moralizantes, cuyos punzantes ensayos críticos le habían valido ya persecuciones y encarcelamientos, y aquellos jóvenes no sólo hicieron bien su trabajo, sino que lo convirtieron en el centro de atención de toda Europa, llamando a colaborar con ellos a lo más granado del pensamiento filosófico y científico, comenzando por François-Marie y por el propio barón de Montesquieu, siguiendo con individuos de la talla de Jean-Francois Marmontel, medio protegido de Voltaire, que redactó los artículos referentes a la literatura, del filósofo materialista Paul-Henri Dietrich, barón de Holbach, quien sostenía que todos los seres y procesos del universo, incluidos los espirituales, eran únicamente formas y manifestaciones de la materia, determinadas por la ley de causalidad, y que las religiones no eran sino instrumentos del despotismo, y al cual se encomendaron versiones de artículos alemanes sobre

química y mineralogía, de los economistas fisiocráticos Quesnay y Turgot, del sabio caballero de Jaucourt y, entre algunos otros, aunque sus ideas representaran hasta cierto punto una tendencia opuesta a l'Encyclopédie, pues sostenía que las ciencias, las artes y, en suma, la civilización, eran las causantes de la corrupción humana, el filósofo ginebrino Jean-Jacques Rousseau, cuyo *Discours sur les sciences et les arts*, publicado en 1750, encarnaba también, a su modo, un ataque contra la sociedad constituida, embate que se afinaría aún más, cinco años después, en su *Discours sur l'origine de l'inégalité*, razón por la cual los enciclopedistas no se atrevían a hacerlo de lado, pese a la inquina que sus libros, en no poca medida por su brumosa aproximación a aquellos ideales místicos de madame de Guyon que la logia combatía por los tiempos de mi llegada a París, solían despertar en François-Marie, a veces en el mismo Diderot, en ese prodigioso trabajador e investigador, hijo de un navajero de Langres, que debió soportar en su juventud las peores miserias por no haber seguido, como quería su padre, la carrera eclesiástica, cuyo primer volumen de pensamientos filosóficos había sido condenado al fuego por el Parlamento de París y quien había soportado ya un año de prisión en la fortaleza de Vincennes por sus presuntas inclinaciones ateístas, ese fino Denis Diderot, verdadera alma de l'Encyclopédie, al cual conocí en uno de esos círculos mundanos que imitaban a los clubes londinenses, donde se tomaba el té y se discutía sobre religión y política, que ahora de tiempo en tiempo frecuentaba con Lemonnier y su familia, sólo para aburrirme soberanamente, pues solía pensar que mi vida estaba a punto de extinguirse y que mis últimos días se deberían dulcemente consumir, como rescoldos ahogados por la ceniza, a la sombra de una tibia soledad, en algún umbrío y aliviador retiro que, a diferencia de mis desamparos de antaño, fuese ahora completamente voluntario, pero es lo cierto que no estaban los tiempos como para abandonar el ruido del mundo, ni los tiempos ni, desde luego, los complicados garabatos de mi destino, ya entrevistos hacía muchos años por Henri de Boulainvilliers, y aunque me solazara en pensar que mi misión sobre la tierra estaba cumplida y sellada, nada se hallaba más lejos de la verdad, la aparición, en 1751, del tomo primero del *Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* había significado, como quien dice, la inauguración de una nueva era, que al comienzo sólo se caracterizó por una gran agitación en los espíritus, una especie de generalización de aquel ánimo inquieto que en otros tiempos inspiraba nuestras reuniones del Cloître-Notre-Dame pero que pasados unos cinco años, al estallar la llamada Tercera Guerra de Silesia, pasó a convertirse en un malestar, en un desagrado del cual todos participaban por igual, pues aquella contienda no parecía alentarla otra cosa que la rivalidad colonial entre Francia e Inglaterra y, como con tino lo apuntaba Voltaire, se trataba de devastar a Europa para decidir si Inglaterra o Francia habían de ganar algunos acres de nieve en el Canadá, frase que a la postre resultó mucho más irónica, ya que no unos cuantos acres sino la totalidad del Canadá y de Senegambia debió Luis XV ceder, al cabo de siete años de hostilidades, a Jorge III, y fue ese creciente malestar, esa nueva conciencia de la falibilidad del poder

regio lo que, al despuntar el año de 1757, debió mover la mano de un tal Robert Damiens, apodado *Robert le diable*, contra la persona del monarca, a quien agredió e hirió, unos dicen que con un bastón, pero parece establecido que con un cuchillo, y ese cinco de enero aun sus enemigos embozados o declarados nos estremecimos al saber que el rey de Francia agonizaba en Versalles, nos trajo Lemonnier la noticia a la hora de la cena, otros aseguraban, como él lo había oído de labios del caballero de Fontanieu, que la muerte se había producido, pero era mantenida en secreto para evitar conmociones y preparar con tiempo el *vive le roi!* pira, el Delfín, no pudimos conciliar el sueño aquella noche, Lemonnier aseveraba que el régimen habría de vengarse con una masacre indiscriminada, por todas partes se oía un ir y venir de gentes, de carruajes, de sillas de posta, Tabareau llegó a eso de las once asegurando que se trataba tan sólo de una treta de los jesuitas, no le hicimos caso, él mismo no parecía convencido de lo que decía, a la mañana siguiente el señor Marmontel nos sacó de dudas, la verdad era que el rey había sido gravemente herido, todos los médicos palaciegos se encontraban en Versalles haciendo esfuerzos angustiosos para salvarlo, se le administraba cada tres horas un caldo que primero era colocado sobre una gran mesa de mármol, guardada por el primer maestresala, luego probado por el copero y por el primer médico, entonces descorrían el doble cortinaje del lecho, que rodeaban las princesas y madame de Pompadour, y Luis XV bebía lleno de terror, pues no soportaba la idea de la muerte, ahora desconfiaba hasta de su sombra, veía asesinos y envenenadores al acecho en las inquietas penumbras de la estancia, me dieron ganas de reír, debió reír Voltaire al enterarse en su exilio ginebrino, todos anduvimos esos días muy excitados, ni la misma guerra nos encalabrinó a ese punto, ahora se nos antojaba habernos sumergido otra vez en la corriente de la Historia, salíamos de una especie de marasmo sin huellas, por un momento creímos mucho más trascendental lo que acababa de ocurrir que todos los tomos reunidos de l'Encyclopédie, lo cual prueba de qué modo es imposible calibrar los acontecimientos desde una perspectiva demasiado contemporánea, con el paso de los días se extendieron los rumores sobre las enmarañadas intrigas que prosperaban en Versalles junto al lecho erizado de crespones luctuosos donde Luis XV ardía de fiebre, lo cierto era que las princesas, convencidas del inminente fallecimiento, deseaban sacar cuanto antes, sin fletes, de Versalles a madame de Pompadour, la cual se refugiaba en la amistad del mariscal de Soubise, su viejo amigo, cuya influencia ante el agonizante permitía ir alargando a tirones su presencia, mientras en la cárcel del prebostazgo el asesino *Robert le diable* era sometido a todo género de suplicios, incluido el de acercarle los pies al fuego, con la esperanza de que confesara haber sido solamente la mano visible de una conspiración que el ministerio público se obstinaba en achacar a los filósofos, y entretanto, el monarca moribundo hacía a gritos, desde el lecho, protestas de arrepentimiento, estentóreos actos de contrición, remordido como decía encontrarse por las injusticias de su reinado, por haber perdido la fe y el cariño del pueblo, porque ahora no podría arriesgarse a pisar la calle sin poner en peligro su

vida, porque debería renunciar a sus voluptuosas aficiones, tal vez a la misma Pompadour, se hallaba muy entristecido pero también bastante repuesto, y el día llegó por fin en que los parisienses se preocuparon más por el desastre de sus ejércitos en la localidad alemana de Rossbach que por la salud de su rey, de quien ya se decía que había vuelto al lecho de su amante, entonces creyeron sus ministros llegado el momento de convencerlo de la necesidad de declarar una abierta persecución contra los filósofos y hombres de letras, a quienes responsabilizaban intelectualmente por el crimen de Damiens, ya martirizado y descuartizado, así que grandes hogueras de libros empezaron a alzarse en las plazas públicas, con un furor pirómano muy superior al de años anteriores, se quemaron por ejemplo los del materialista Claude-Adrien Helvetius, no obstante haber sido su padre médico y confidente de María Leczinska, las bocas comenzaron a ser sistemáticamente selladas mediante leyes muy similares a las que España practicaba hacía siglos en las Indias, y una de ellas interrumpió, entre otras muchas, la publicación de l'Encyclopédie, cuyo influjo sobre las gentes vimos ahora en toda su majestuosa dimensión, y fue entonces cuando, en medio de la desesperanza y de la cólera populares, recibí aquella carta de François-Marie que, desde su destierro suizo, volvió a poner patas arriba mi vida y mi destino.

Jean-Bernard Desjeans, barón de Pointis, escoltado por los guardiamarinas de su flota y por un batallón de ceñudos granaderos, entró en Cartagena el día seis de mayo sobre una silla de manos, pues aún no podía apoyarse en la pierna herida, y entre una muchedumbre silenciosa de ojos abatidos y cabezas gachas, aupadas por cuatro negros dominicanos sus andas de santo o de pontífice, aspirando su rapé aristocrático por encima del populacho, al cual debía saber asediado por inestables pavores, se hizo conducir gravemente hasta la Catedral, donde el cabildo eclesiástico lo esperaba para cantarle un *Te Deum Laudamus*, y era así que llevaba cuando le vi pasar un gesto de desasimiento terrenal que hubiese resultado arduo emular a un alma bienaventurada del cielo, sus delgadas manos se movían como marcando el compás de una música etérea, el frunce de su nariz parecía denotar un impreciso pero espacioso disgusto, su rostro, cubierto probablemente de alguna de esas pomadas de esperma de ballena, cera blanca y aceite de almendras dulces que luego me fueron tan familiares en Francia, y con dos lunares postizos, poseía la apariencia fantasmagórica de algún aderezado figurante de la comedia del arte, parecía el arquetipo de la mascarada inventada por Luis XIV para ocultar el rostro de la muerte que su corte esparcía por el mundo, no cuadraba con nuestro bullente trópico su imagen de chambelán exangüe, su pretendida elegancia se nos antojaba grotesca, su actitud demasiado teatral, sus modales los de un figurín de pesadilla, y así pasó rumbo a nuestra Iglesia Catedral para recibir el homenaje de la jerarquía eclesiástica, que en casos como aquél solía invocar la ecumenicidad de nuestra religión, máxime si la profesaban por igual los franceses, de manera que, confundida con el grupo de curiosos que observaba desde el atrio la ceremonia, lo vi frente al Altar Mayor rodeado de nubes de incienso, oír con la cabeza levemente inclinada la exuberante doxología trinitaria y las elevadas imploraciones del himno ambrosiano, para, al concluir éste, alzar los brazos como quien va a recabar algún don supremo del Creador y en cambio gritar con voz chillona y repelente un *vive le roi!* Que al punto fue coreado por la nutrida oficialidad francesa y que el Obispo, en vez de considerarlo un irrespeto a Dios, coreó también con una sonrisa aleve, mientras la silla de manos era puesta nuevamente en movimiento, para conducir al almirante a su alojamiento en las Casas de Contaduría, las mismas donde, durante el asedio, se refugió temporalmente el gobernador Diego de los Ríos que ahora, apenas unas horas antes, había abandonado la ciudad en un enjaezado corcel, lleno de todas sus insignias, escoltado por las cuatro compañías del Presidio y por dos cañones arrastrados a mano y sin cureñas, seguido de la muchedumbre de niños, mujeres y frailes que decidieron largarse con él, unas tres mil personas en total, de ocho

compañías de infantería con cuerda calada y bala en boca, de una tropilla de negros y mulatos encargada de acarrear los bagajes y de una comitiva final de cabildantes, justicias y regidores, muy erguido y solemne a la cabeza de aquel ejército en derrota, flotante en los labios no la encorvada mueca del vencido sino una velada sonrisa de triunfador socarrón, cambiando comentarios desentonados, de tiempo en tiempo, con el trío de granujas que cabalgaba apenas unos cuantos palmos a su espalda, por la pendiente que culebreaba hacia la colina de Turbaco, bajo las ramas rojizas y espinudas de las ceibas, bajo el sol fragoroso de mayo, creciendo acaso en su rencor la tajante afrenta con que Hortensia García rebatió sus pretensiones de llevarla consigo, eres un cobarde, Diego, un felón, le dijo, no te seguiría no ya por ese oro con que piensas encubrir tu mierda íntima, sino que ni por todo el oro de este mundo o del otro, ni por el cielo mismo, frases a las cuales atinó sólo a responder con un no entiendo, no sé a qué te refieres, quizá te has dejado endulzar otra vez los oídos por ese fraile depravado, ese Echarri, en cuyo caso con tu pan te lo comas, aunque dudo que ese inquisidor esté dispuesto a darte pan, tú lo recuerdas, Bernabé, porque el diálogo sobrevino en el vestíbulo de los Goltar, en presencia de todos los que aún hacíamos afligidos esfuerzos por regresar a Federico a la realidad del mundo, extraviado como todavía se encontraba en un pedregoso delirio, y oímos resonar en el zaguán las botas del gobernador que se alejaba y nos mirábamos sin comprender, porque aún ignorábamos las cláusulas secretas incluidas en las capitulaciones, cláusulas que, en cambio, Hortensia conocía desde la tarde en que el Pitiguao visitó el palacio gubernamental y en que, en vano, buscó para ponerlo al corriente y tratar de parar la maniobra a fray Miguel Echarri, y en las cuales quedaba establecida la intangibilidad de los bienes del mandatario a cargo de la plaza y se le autorizaba a colocarlos fuera de ésta, lo cual en apariencia, sólo en apariencia, había hecho aquella mañana, pues entre los bagajes acarreados por negros y mulatos figuraban quince cofres, los mismos que durante todo el asedio habían permanecido en las bodegas solitarias del galeón «Oriflama», quince cofres pretensamente cargados de oro, pero vacíos en realidad o rellenos de piedras, como debió reconocerlo de los Ríos ante el Consejo de Guerra, porque el oro que los colmaba había alzado el vuelo como ágil pajarillo, como evanescente libélula, mas aquello sólo vine a saberlo mucho más tarde, cuando ya nada podía devolverme a Federico, por ahora teníamos suficiente con el estado semiletárgico en que se encontraba, tan similar al que precedió a la muerte de su madre, muy parecido también al que, por casi dos semanas, Beltrana padeció a consecuencia de la herida sufrida en la Plaza Mayor, de la cual, sin embargo, había ido reponiéndose al punto que ahora cargaba con casi todos los quehaceres del caserón cuyos esclavos, exceptuado Bernabé, habían huido también hacia los palenques de cimarrones, preparaba los irremediables caldos con los cuales creía Hortensia poder sanar cualquier mal, lavaba la ropa bajo los toronjos del patio, quemaba estoraque en braseros por todos los rincones de la casa para precavernos a sus desvalidos habitantes de la peste que, según se rumoreaba, las tropas francesas

habían introducido en la ciudad, dirigía las largas faenas de aseo que Bernabé debía a diario emprender desde el jardincillo interior, perfumado de jazmines hasta el abandonado mirador lleno de los sueños siderales de Federico, administraba con providente medida los pocos víveres que nos era posible conseguir en los almacenes militares, a cargo de los cuales se hallaba el cada día más estricto racionamiento alimentario, trataba de despejar, con ayuda del joven esclavo, la masa de escombros producida por la bomba que mató a Lupercio, vigilaba el uso del agua, que no abundaba en los aljibes, y debía, por si fuera poco, participar en el rezo de los muchos rosarios convocados día y noche por Hortensia y María Rosa, ambas atormentadas, me parece, por enfermizos y borrosos remordimientos, la segunda obsesada a toda hora por la idea de que Federico y yo no fuésemos a quedar solos en ningún momento, pues nos pondríamos a fornicar y nuevas maldiciones lloverían sobre la casa, chifladura que la condujo al extremo de obligarme otra vez a dormir encerrada bajo llave y compartiendo con Beltrana, ahora sin otro mueble que dos catres destartados, la misma habitación en la que fui recluida por Cristina en la luna llena de abril, de manera que, mientras mi hacendosa compañera caía rendida por la fatiga, me di en aquellos días a la lectura de los numerosos y extravagantes tomos acumulados por el Lupercio marinero de las travesías casi quiméricas, el relato de cómo los hermanos Nicolás y Mateo Polo partieron de Venecia para regresar al país del Gran Khan y cómo se llevaron consigo a Marco, el hijo de micer Nicolás, su llegada a la ciudad de Kemenfú, la forma como David Melic nació con un águila sobre el hombro derecho, los bosques de boj y los desfiladeros inexpugnables de Georgia, la belleza de las turquesas de Kermán, el maravilloso jardín y los estremecedores asesinatos del Viejo de la Montaña, las cordilleras de sal y las colinas de almendros y alfóncigos de Taicán, los parajes de Chescimur donde nace la pimienta, las guerras de los tártaros, los bucéfalos y los halcones sagrados de Balaschán, el pudor y la discreción de las doncellas de Catay, las borrascas y los arrecifes de perlas que circundan a la isla de Cipango, las raras piedras negras que arden como leña, todo un universo de asombro y de fábula, pero con ribetes testimoniales que, quizá por la edad en que lo leí, me lo antojaron muy superior al del *Quitab alif laila ua laila*, también llamado por los rumies *Libro de las mil noches y una noche*, los cuentos árabes, vertidos al francés por Jean-Antoine Galland, que François-Marie me leyó con morosa delectación en mi cubículo de la calle Saint-Antoine, todo ello prueba de ese gran poder soñador que nos encanta al mundo, que nos puebla de arcaicos conjuros, que nos arrebató hacia esferas nocturnas y nos vuelve difícil la vida cotidiana, el mismo poder que Federico volcaba hacia el sondeo de las inmensidades astrales, y ardía entonces en ansias de poder comunicar a mi amado muchacho las inquietudes que pululaban y cosquilleaban en mi mente, ahora hubiera deseado que, en verdad, Leclerq estuviese dispuesto a transportarnos a algún lugar de donde irrumpir hacia la verdadera vida, hacia el mundo ilímite, hacia el sol de las fantasías, pero debía conformarme con cambiar ideas, aquellas noches en que

no había caído en tan extrema fatiga como para eludir a todo trance el diálogo, con la pobre Beltrana, cuyo cuerpo, al desnudarse para espantar el calor estático de este mayo sin lluvias, era tan bello que inspiraba ternura, y alguna vez me reprochó acremente el haberla mantenido en vela hasta la alborada hablándole de Tafinor, el rey de Bohemia, que envió mil quinientos caballeros con el conde Galtinés para socorrer a Amadís de Gaula, o de Palomir, caballero de la corte de Lisuarte, hermano de Dragonís, quien tomó parte en la prueba de la espada encantada y a quien Amadís otorgó el señorío de su padre, o de Madamán *el Envidioso*, hermano de la doncella Desemejada, que combatió contra don Bruneo y fue vencido y muerto, o del instante en que Amadís hirió al gigante Madanfabul de la Torre Bermeja, cuñado de Famongomadán del Lago Ferviente, o de Esplandián, el hijo de Amadís, amamantado por una leona, o de la Doncella de la ínsula No Fallada, o de la Doncella Encantadora, despeñada Por su amante, o de la Floresta Malaventurada, donde Amadís y Galaor fueron hechos prisioneros a traición, pero creo que en Beltrana había humus fertilísimo para que prendieran las raíces de la maravilla, pude notar lo mucho que mis relatos la impresionaban, pude ver cómo naufragaban en la ensoñación sus ojos al influjo o a la caricia de mis palabras, parecía capaz de dar carnación y o satura a esas entelegias, le hablé del planeta Genoveva y quiso verlo a través del antejo, se lo mostré al anoecer de uno de esos días signados por la rapiña francesa, cuando en un salón de los bajos de las Casas de Contaduría, habitadas por Pointis, el contador de la Armada pesaba y almacenaba pacientemente las riquezas allí inmoladas por los cartageneros, notificados por el invasor de que se les reembolsaría un diez por ciento si entregaban voluntariamente sus caudales, en particular el oro y la plata, y esa misma noche Beltrana me contó la historia de su vida, signada también en cierto modo por la rapiña, pero por la rapiña sexual, pues había nacido de la violación de su madre, hermana de Hortensia, por un capitán de granaderos al cual la ofendida juró matar, lo emboscó en un estanco de aguardiente, en algún rancherío del litoral, y lo apuñaló por la espalda a la vista de su hija, que ya tenía como cuatro años, al contármelo daba la impresión de volver a vivirlo, pues se crispaban sus músculos, se ponía en tensión todo su bello cuerpo desnudo, que a veces yo deseaba acariciar, y brillaban sus ojos con un brillo de espanto, su madre fue aprehendida por algún justicia de aldea y, antes de ser ahorcada, se la amarró desnuda a cuatro estacas en el patio de un cuartel para que la poseyera toda la guarnición, escena que la hija debió contemplar a cierta distancia, con lágrimas silenciosas en los ojos hasta ese día inocentes, ojos que miraban siempre con cierto aire acusador, que aún ahora parecían implorarme una explicación para aquella barbarie, mas no pararon ahí las desdichas, ya que la propia Beltrana, criada por su tía abuela, una anciana de ojos rasgados y pelo muy negro sobre las muchas arrugas del rostro, resultó violada a los trece años de edad, durante el sacramento de la confesión, por un sacerdote jesuita que huyó a Santafé y jamás pudo ser aprehendido, dado el celo que en ocultarlo puso la Compañía, razón por la cual rehusaba, contra lo que pensaban las malas lenguas, el

comercio carnal con ningún hombre y había estado a punto de descalabrar al gobernador Diego de los Ríos cuando, en la casita de Getsemaní y durante una corta ausencia de su tía, la requirió sexualmente bajo promesa de repudiar a Hortensia y adoptarla en su reemplazo como barragana oficial, propuesta que se le antojó despreciable, pero que se abstuvo de divulgar ante propios ni extraños, temerosa de que la familia perdiese la protección del gobierno y cayese en quién sabe qué insondables desgracias, ahora que Hortensia y el gobernador habían roto podía decírmelo, pero sería mejor sepultar en definitiva aquel secreto que sólo amargas podía desatar, al narrarlo se le habían saltado las lágrimas y, al tratar de consolarla, no pude reprimir el impulso de estrecharla desnuda contra mi cuerpo desnudo y experimenté unos segundos de éxtasis, Beltrana deslizó suavísimamente su mano por mis muslos, llegó a rozar el vello de mi pubis, mas me asaltó la imagen de Federico humillado y delirante en su lecho y retrocedí, no, no debía inferirle aquella sigilosa infamia, pensé también en mi confesor, a quien no lo sabía, pero muy pronto matarían los piratas, y calladamente me hundí bajo las sábanas de mi catre para fingirme abatida por el cansancio y tratar de forzar con éxito los dominios del sueño, que me clausuró con una prontitud dictada acaso por el remordimiento, así que sólo desperté, sobresaltada por el resplandor de la mañana, con un luminoso presentimiento en el alma, cuando Hortensia franqueaba la puerta de la habitación, corrí llena de ese palpito hacia la de Federico, comprobé su respiración pausada, lo besé en la frente ante el tácito reproche de la exbarragana y entonces, negando casi crédito a mis sentidos, lo vi volver de su distancia infranqueable y estrechar con recóndito calor mi mano, fue un momento radiante, me miró con sus ojos claros y soñadores y me preguntó qué había pasado, qué se habían hecho Leclercq y los demás filibusteros, traté de inspirarle tranquilidad, le pedí no pensar en nada, no hacer esfuerzos, procurar a toda costa el reposo, pero parecía evidente que su enfermedad, cuya raíz era puramente anímica, había desaparecido de un momento a otro, tan presta y eficazmente como yo lo había sentido, se incorporó con agilidad, me estrechó y besó largamente en los labios, le correspondí con tanto ardimiento como antes nunca le había ofrendado, Hortensia no aprobaba la escena pero tampoco osó interrumpirla, al fin y al cabo María Rosa dormía todavía, no amenazaba por ahora la posibilidad de nuevos arañazos y tirones de pelo, el beso se prolongaba, ahora nos transmitíamos un amor desembarazado de ligaduras y santos temores, me estremecía la perspectiva de tener que ser yo quien lo pusiera al tanto del fallecimiento de sus padres, hubiera preferido besarlo hasta la eternidad, tan pronto concluyera ese beso la pregunta afloraría a su boca, faltaba poco, muy poco, la succión tocaba sus límites, nuestros alientos confundidos habían desfallecido, me alejó con los brazos, miró atónito en torno, ¿y mi padre?, ¿fue hallado mi padre?, lo magulló el cabizbajo silencio, ¿dónde está mi padre?, ¿y mi madre?, ¿dónde están?, por un instante pensé que la noticia lo postraría de nuevo, pero ¿qué clase de rodeos utilizar?, fue Hortensia quien habló, bendije con toda mi alma aquella intervención, trató de hacer uno de esos discursos

de circunstancias, ya se sabe, hay ocurrencias que se precipitan, que no pueden ser evitadas, Federico saltó como resortado, díganme lo sucedido, no más circunloquios, dímelo tú, Genoveva, por favor, dímelo tú, me lancé otra vez a sus brazos, le relaté entre sollozos todo lo ocurrido, incluidas las acusaciones que contra mí profería María Rosa, me apretó contra sí y experimenté todas sus adoloridas convulsiones, sentí como nunca el espasmo martirizante de su espíritu, ahora forzado a ese adiós no por tardío menos súbito y definitivo, tan definitivo y súbito como el que tuve, con rabia y congoja, que dar a mi amada Francia aquella noche de luna llena de aquel abril de 1757, cuando, impresionada o, mejor, sobrecogida todavía por la experiencia escabrosa y anómala que Tabareau me había hecho vivir la noche pasada, cuya certidumbre en la conciencia me crispaba de desesperación, mirando con desgarramiento esa silueta de París, recortada contra el plenilunio, que me había sido tan familiar durante cuarenta y cinco años, fuera que la avistara desde mi pocilga de la calle de la Tombe-Issoire, desde mi piso acogedor y cálido de la calle Plâtrier o desde mi celda desamparada de la Bastilla, y que nunca volvería a columbrar, pues desde mi salida de prisión estaba claro que si abandonaba el país y la protección de Pierre-Charles Lemonnier jamás podría volver a poner las plantas de mis pies en territorio de Francia, pensé en todo lo que allí dejaba, la memoria atormentada de Marie, el recuerdo ya escurridizo del joven Arouet, la sombra inmensa de un beso y una venia de Luis XIV, la dulce memoranza de mis amantes paternos, Guido Aldrovandi y Pascal de Bignon, cuyos rostros se confundían en mi cabeza como reflejados en un mismo estanque trémulo, y tantas otras cosas y gentes que amé y odié, y que ahora confinaba para siempre en el torrentoso pasado, en virtud de aquella carta del viejo y gruñón François-Marie, donde invocando, claro está, mi antiguo juramento, se me obligaba a dar culminación, con esplendor, es cierto, pero también con una empresa excesiva quizá para mis años y en aras de la cual debía sacrificar mucho más de lo que es factible a un ser humano, a los designios para los cuales me había reservado la logia desde aquella noche remota en que adherí a sus propósitos en una ruinosa mansión de la calle del Cloître-Nôtre-Dame, designios que no intuí tan altos ni siquiera cuando, treinta años atrás, se me encomendó echar los cimientos para la erección de la Logia Matritense, pero no había caso, la silla de posta abandonaba París con su ruido acompasado que en mi espíritu despertaba fatalmente la remembranza de aquel mi primer viaje por tierras francesas en compañía de mis dos geógrafos bienamados y de la pareja de luctuosos caballeros que con morosa vaguedad aludían a una fantasmal organización, y ahora las huertas de las riberas del Sena y el murmullo errante del río me despedían con la misma música inquieta con que me recibieron, acaso también con la misma indiferencia, al cabo, ¿era yo la que se iba o Francia la que me abandonaba?, quién lo supiera, quién pudiera abrir de par en par algún día el enigma del universo y del destino humano, que ni siquiera Tabareau con sus sobrecogedoras revelaciones lograba manifestar más que en una mínima parte, quién pudiera penetrar la tristeza que embargaba a esta tejedora de

coronas de espinas, ya quizá de sus propias coronas fúnebres, al desandar aquellas márgenes del Ródano, llenas de robles susurrantes, que una vez la condujeron al milagro de la vieja Lutecia, y al divisar ahora, de regreso, como por segunda vez la divisó muchos años atrás, cuando volvió con Marie a Marsella para comprobar la exactitud de cierto palpito escalofriante, sobre una pequeña colina, la basílica de Notre-Dame-de-la-Garde, a cuyo adusto cobijo bebimos Aldrovandi, de Bignon y yo vino tinto en las tabernas del puerto hasta cuando el sueño cubrió nuestros ojos como un capullo de seda y casi no pudimos, abrazados y tambaleantes, recitando a voz en cuello ciertas *comparaisons bachiques* de Le Houx y despertando ladridos de censura en los perros callejeros, llegar a la posada donde también recalé ahora, la posada donde nos sorprendieron nuestros amigos enlutados, la posada de la Cannebière donde lo mismo me alojé con Marie y donde con horror confirmé mi palpito, la posada próxima al puerto donde ahora pasé otra noche toledana, poblada de asechanzas y de remordimientos, pensando en los huesos de Marie, sepultos y enteleridos en una cripta del castillo de von Glatz, no quemado todavía, entonces, por la turbamulta fanática, en los de Pascal de Bignon, oscuramente inhumados en la fría Estocolmo, en los de Guido Aldrovandi, serenos y blanquecinos en su Bolonia natal, en mis propios huesos desprotegidos por esta piel y estos músculos ya con vocación de polvo inerte, y sólo a la mañana siguiente, a la vista del cielo translúcido y del Mediterráneo azul, logré apartar de la imaginación a esos dulces o chocantes espectros de mi amor, viendo la línea fugitiva del horizonte, hacia donde enrumbaría muy pronto, hacia donde enrumbé dos días más tarde, en un crujiente barquichuelo, para gritar mi último adiós a Francia viendo aún a lo lejos el perfil de la basílica y su tierra todavía muy cerca de mí, en las pequeñas islas de Pomèque y Ratonneau, en la siniestra isla de If, entonces por los cuatro puntos cardinales nos rodeó el mar clásico en un abrazo protector, el Mar Baleárico que sabíamos recortado por tranquilizadoras escotaduras, el mar de la navegación cristiana, el *Mare Internum* o *Mare Nostrum* de los latinos, sereno y deslumbrante a la transparente luz de la primavera, arrojando sobre nuestros rostros su aliento afrodisíaco y salobre, encandilándonos con sus destellos de fiera lustrosa y apaciguada, acunándonos en su balanceo de cíclope soñoliento, y ahora se imponía, por encima del malestar que aun me inundaba al recordar la noche espiritista y las terribles revelaciones con que me despidió Tabareau, meditar en los pasos delicados que me aguardaban, pero nada en este mundo, nada puede ocurrir como lo hemos imaginado, imaginarlo es anular el futuro, qué maravilloso podríamos tornar el destino si jamás tratáramos de anticiparlo en la fantasía, ya que, contrario a todo lo previsto, en el puerto de Ostia no me recibió ninguna comitiva papal ni se me prodigaron las atenciones prometidas por François-Marie, ya me decía yo que una organización como la nuestra no podía disfrutar de muchas simpatías en el corazón de los Estados Pontificios, me vi de pronto, con mi sumario equipaje y los dos cuadros de Rigaud, solitaria en medio de un impuro tráfigo, viendo allá, en el fondo, la enorme fortaleza levantada por Julio II,

el Papa de Michelangelo, el que obligó a César Borgia a restituir las ciudades de la Romagna, el que expulsó a los franceses, esa fortaleza batida por el duque de Alba en 1556, y por ninguna parte, para gran sorpresa mía, las ruinas del puerto construido por el Emperador Claudio, pues como luego lo averigüé, la ciudad antigua se encontraba ahora bastante alejada del mar, de forma que debí alquilar un carruaje de caballos, por el cual tuve que pagar casi un ojo de la cara, para abandonar el inquieto puerto y, por la Vía Ostiense que corría paralela a la diminuta y fangosa corriente del Tíber, entre encinas y retorcidos olivos, bajo el espléndido sol tirrenico, encaminarme hacia la Ciudad Eterna, donde ni un solo amigo, ni siquiera un cofrade me aguardaba, únicamente la incertidumbre de una borrosa cita, convocada epistolariamente por Voltaire, con el Santo Padre, con ese Benedicto XIV acerca de cuyo carácter e inclinaciones poco sabía, sólo que, tan atinada o torpemente como sus antecesores, regía desde Roma, con pálida mano, los destinos de una Iglesia cuyas ramificaciones se perdían en los confines del planeta, envolvían como un viscoso tentáculo a mi remota villa natal, constituían el único asidero metafísico de grandes muchedumbres que se postraban día a día ante los Cristos dolientes y lacerados, ante las Madonas demacradas y extáticas, y mi primer asombro era ver cómo el centro universal de ese reino de dolor y lágrimas, de privaciones y de martirologios, no parecía compadecerse con la imagen sombría que de él me formé por años, sino que se extendía bajo estos celajes de infinita transparencia, se alzaba entre este paisaje de agrestes aromas cuya serenidad me traspasaba, me embebía en una suerte de elación vital mientras traqueteaba mi maltrecha humanidad con el carruaje, al compás de los accidentes de la vieja calzada, bordeada de árboles y de matorrales aromáticos o de las marmóreas balaustradas de las *villas*, hasta cuando penetramos, finalmente, dejando atrás la patriarcal Basílica de San Pablo, con Jesús bendiciente en los mosaicos del ábside, por la Puerta Paulina, junto a la antiquísima pirámide que guarda los despojos del tribuno Cayo Cestio, para incrustarnos en un adorable suburbio de casas con jardines en las azoteas, por donde repentina, casi bruscamente desembocamos frente al Palatino y, más allá, las ruinas del antiguo Foro Imperial y las del Anfiteatro Flavio, el llamado Coliseo, sólo en cuya inauguración se dice que perecieron más de cinco mil fieras y varios centenares de gladiadores, de donde mi auriga, verboso y descriptivo como todos los romanos, azuzó los caballos por callejuelas de tortuosos y sonoros empedrados, hasta cruzar como un fugaz espejismo, por mis ojos, la basílica de Santa María Maggiore y detenernos, en una cuadra ya envuelta en las medias tintas del anochecer, ante una hostería cuyo mesonero entró las valijas y se quedó absorto, un instante, ante las pinturas de Rigaud, *bravo!*, *pittura brava!*, exclamó, *è una pittura del Rinascimento?*, le dije que estaba exhausta, que necesitaba dormir, subimos con la delgada llama de una palmatoria a la planta superior, miré desolada aquel cuartucho y aquel catre de tijera, pero me tendí de todos modos, con ganas de dormir hasta la eternidad, acababa de suprimir, al fin y al cabo, todo mi pasado, era como si hubiese muerto, me había

desprendido hasta de mí misma, pues ya nadie hallaría otra vez en mí, en esas tierras extrañas, a Genoveva Alcocer, a la tejedora de coronas, a la muchacha que se hizo astrónoma empírica para prolongar las huellas de un ser amado, a la alocada mujer que se fue a Europa con un par de geógrafos bohemios, a la que un día fue amante del señor Voltaire, a la oscura censadora de deshollinadores de la logia del Cloître-Notre-Dame, a la que echó los cimientos de la Logia de Madrid, a la dudosa protagonista de un drama racinesco en Aquisgrán, ni siquiera a la bruja malvada que pagó diez años en la Bastilla, sino a una pobre anciana que había llegado a Roma con la ilusión, piadosa acaso, de besar la mano del Santo Padre, un carcamal que vagaba de mesón en mesón con dos cuadros de un pintor desconocido, eso, eso dirían de mí, pensaba, olvidando que el azar prefiere jugar a lo imprevisible, pues no haría dos horas que dormía en mi catre romano, cuando fuertes golpes en la puerta me hicieron dar un salto, el mesonero aullaba con énfasis itálico, *signora!, signora!, signora!*, me incorporé con angustia, pensé que ardía la posada, se acababa el mundo, había llegado el terremoto, *signora! è il Santo Ufficio! per Nostro Signore!*, al salir lo hallé tirándose de los cabellos, como si el cielo se desplomara, *il Santo Ufficio è qui fuori e vuole parlare con lei!* bajé apresuradamente, hallé en el vestíbulo, en efecto, a un par de frailes encapuchados, se me heló la sangre, *confusione e paura insieme miste*, hubiera dicho Dante, recordé a aquel alguacil quevedesco que me rondaba en Madrid, recordé la profecía de Henri de Boulainvilliers sobre un segundo cautiverio, recordé mi condición de miembro de una organización proscrita, recordé el rostro de Guido Aldrovandi emergiendo de entre una capilla dominicana, recordé los largos días de la Bastilla, recordé la mirada vidriosa de fray Miguel Echarri, avancé hacia ellos y les pregunté qué deseaban, en la parpadeante penumbra daban la sensación de dos espantajos hechos de apretada sombra, se movieron como con un balanceo trémulo, uno de ellos aproximó la cabeza y vi, a la luz de la bujía, las amables facciones de un anciano monje que me sonreía y me transmitía disculpas, Dios mío, disculpas en nombre del Sumo Pontífice, disculpas en ese adorable, extrañamente familiar acento romano, disculpas por la ausencia en Ostia de una comitiva para recibir a la emisaria del señor Voltaire, pensé en broma, sintiendo el alivio inundarme como un mosto muy cálido, que era como excusarse la Iglesia por no haber ido a dar la bienvenida al embajador de Satanás, les tendí la mano, aún me explicaron que había habido un error, esperaban mi llegada para mediados de mayo, lo que no dejaron claro fue de qué modo se pusieron al corriente de mi presencia en aquella hostería de mala muerte, pero supongo que los servicios secretos de los Estados Pontificios eran tan efectivos como los de cualquier otro país, me preguntaron por qué había elegido esta posada, les respondí que había dejado esa minucia a la inspiración del cochero que me trajo desde Ostia, y que, a la postre, mi ya larga vida me había habituado a dormir donde me cogiera la noche, ocurrencia que celebraron, pero no sin advertir que, como huésped del Santo Padre, había de trasladarme inmediatamente con mis bagajes a un alojamiento donde me encontraría a mis anchas, un alojamiento conventual, abacial

ya se sabe, agregaron con una sonrisa, de forma que, aun cuando François-Marie me hubiese ilusionado con la idea de ser hospedada en algún palacio, acepté encantada, hacía tiempos, desde mi niñez en que mis educadoras clarisas me mimaban por ser la más linda del plantel, no probaba aquellos manjares en que las manos de las monjas suelen ser perínclitas, pagué al nervioso posadero, que aún me imaginaba camino de la hoguera, *quale fu, Dio benedetto, quale fu il suo peccato*, lo miré piadosamente, impostando una voz acongojada le susurré al oído ciertamente meritato me lo sono, y aún añadí un resignado *tutto sia per Iddio*, antes de ganar la puerta para salir con mis valijas y los cuadros de Rigaud, no sin oírlo todavía gritarme *dovrai fare penitenza, signara, un atto d'ammenda!*, así que reíamos para nuestro capote cuando subimos al bello carruaje, con las armas pontificias, que rodó como si flotara entre sueños de querubines por esa Roma nocturna llena de los perfumes más suaves, como en una quintaesencia de las primaveras del mundo, hasta detenerse, ganada la orilla opuesta del río a través de la Isola Tiberina, en un pequeño edificio que, según fui informada por el anciano monje, se hallaba a cargo de una comunidad de hermanas trinitarias, y en el cual, por iniciativa de Gianangelo Braschi, secretario del Papa, se recogía a las *puella periclitantes* o muchachas descarriadas, para volverlas por el recto camino, circunstancia que me hizo escamar porque no hubiese una velada alusión a mi vida, o al menos a mis descarríos volterianos, en esa idea de ser instalada aquí, pero de cualquier forma ingresamos al locutorio, donde una monja sarmentosa nos dio la bienvenida y me dijo que había una celda pronta para mí en un lugar adonde ningún ruido llegaría a turbar mi reposo, no sin apresurarse a añadir que hacia allí me conduciría sin tardanza, pues la abadesa o madre superiora se encontraba indispuesta aquella noche y no le sería posible recibirme unos cuantos minutos, como hubiera sido su vivo deseo, así que interrogué a mis acompañantes, que ya iniciaban un ademán de retirada, cuáles habrían de ser las circunstancias de mi plática con el Sumo Pontífice, que ingenuamente imaginaba prevista para el día siguiente, pero ellos, con cortesana benevolencia, me hicieron ver lo atareado que Benedicto XIV solía encontrarse por aquellos días en la reorganización de la hacienda pontificia, sería mejor que descansara y tratara de disfrutar las bellezas de Roma, ya que, aunque la vista de Montemario fuese muy inferior a la del Uccellatoio según Dante, no dejaría de hallar sorpresas muy agradables, a su tiempo sería avisada del día y hora en que el Papa se dispondría a recibirme, que me confiase a las buenas trinitarias, que respirase a pulmón pleno el aire vivificante de la Ciudad Eterna, ya tendría noticias de ellos, de suerte que, dejándome guiar por la monja portera a través de un edificio que desbordaba de aromas de rosas y de ramilletes de lilas blancas, como queriendo ahogar en perfumes al cielo nocturno, me instalé en una celda recóndita, al otro extremo del convento, desde donde se dominaba el claustro y podían intuirse las sombras inmaculadas de algunas religiosas que se paseaban en oración, sumidas en aquel silencio purísimo y lleno de estrellas que hizo inolvidable mi primera noche romana, y que contrastó, por supuesto, con la algarabía latina que anegó las calles y

me despertó, como si me desarraigara de un universo más firme y robusto, cuando apenas despuntaba el sol, entonces, mientras desayunábamos en el refectorio donde la ausencia de la indispueta abadesa se hacía más palmaria, un revuelo de hábitos y de cofias me alertó, porque conocía desde niña la solicitud que en tales casos despliegan las profesas, sobre la presencia de algún importante personaje eclesiástico y, en efecto, su cara sonriente, como rebotante de indulgencias misericordiosas, una cara de notario bonachón bajo la incipiente calva y untada imperceptiblemente de todos los barnices de urbanidad y de donosura que caracterizan a la curia romana, se dejó ver muy pronto como una epifanía teológica, entre la gorjeante salutación de las comensales, y comprendí que se trataba no de otro que de monseñor Braschi, el secretario papal, el fundador de este amable hospicio, había venido a hacerme los honores transtiberinos, me sentí transportada de orgullo, qué campanudo personaje podía ahora considerarme en la capital del mundo católico, fue así como tomaron comienzo aquellos meses dichosos, previos, lenta pero deliciosamente previos al día en que por fin sería recibida por el vicario de Cristo, durante los cuales vi cambiar tantas veces la dirección de las veletas, en lo alto de las cúpulas o en los campanarios y espadañas, por aldeas, ciudades o campos mullidos de retama y laurel de los Estados Pontificios, bajo mármoles y bronces de arcángeles, de santos, de dioses paganos o de gárgolas y grifos de oscuro significado, de rampante misterio, en compañía de aquel tonsurado gentilhomme que, según decían, disponía todas las noches, junto al lecho, un mecanismo relojero para despertarse cada hora u hora y media y aspirar su rapé, aquel rubicundo dignatario cuya globosa faz de manzana jamás me hubiese inclinado a evocar el macilento rostro, los modales desvaídos de un fray Miguel Echarri, como si se tratase, en el primer caso, del sacerdote de un culto entusiasta y torrencial y, en el segundo, del oficiante de un dios famélico, de una deidad de las entreluces vesperales o de la cerrada noche, pues el cristianismo romano y el cristianismo español se me antojaban ahora, no las dos caras de un nuevo frontón deífico, sino las de un Jano bifronte que con una mirase al tenebroso pasado y con otra al futuro colmado de promesas o, mejor, con una a los subterráneos de paredes ígneas del Infierno y con otra a las praderas florecidas del Cielo, estas últimas contempladas por el semblante jocundo de monseñor Braschi, aspirando presuntuosamente su rapé, los primeros por la mueca lúgubre de Echarri, apenas reponiéndose, muy poco a poco, de la postración física y espiritual en que lo sumieron sus torpezas y consiguientes fracasos en el manejo de su por largo tiempo acariciada venganza contra Diego de los Ríos, venganza que el destino parecía haberle servido en una fuente de plata, pero que él, por impaciencia pasional, no supo conducir en la debida forma, postración que, sin embargo, se obstinaba en achacar, no a su malherido amor propio, sino al haberse permitido dudar, durante el prolongado lapso que sin comer ni dormir permaneció absorto y perplejo en su despacho del palacio inquisitorial, de la misericordia de Dios, porque, como bien lo consignó en aquellas memorias confiadas más tarde a la piedad implacable de las llamas, y para

mí entrevistas maravillosamente por la bruja de San Antero, ni siquiera la duda real negativa, es decir, la ignorancia, podía teológicamente justificarse en un terreno de evidencias tan perfectas, de certezas tan naturales como el de los atributos divinos, mucho menos esa duda fementida, de talante científico, que le dictó el despecho y que incubó y plasmó, frente a su mirada, la irrupción de una maligna apariencia, ahora cautiva para siempre en su memoria, de donde jamás habría de desprenderse, como no lo haría de un paladar habituado a exquisitos manjares la súbita agresión de un bocado estercolizo y atroz, y ese bocado había sido nada menos que la negra bosta del demonio, estaba seguro, de ello se lamentaba en la lucidez y en el delirio, ante los ojos, los oídos y el gesto indulgentes del joven Miguel de Iriarte, que en aras de su apostolado médico había rehusado el ofrecimiento, hecho a través de un mensajero, de abandonar con su padre la ciudad, no sin confiarle en cambio a su mujer y a sus hijos ni dejar de felicitarle de que el autor de sus días, a quien por muy comprensible sentimiento suponía inocente de los cargos que en contra suya lanzaba, atenaceado por la fiebre, el secretario del secreto, se pudiera colocar a distancia de las calamidades que aún podían esperarse, pues con horror había comprobado, de dos o tres días atrás, la presencia de cadáveres de ratas en varios lugares de la casa, y luego en calles y callejuelas del reducto amurallado, y con alarma, apenas unas veinticuatro horas más tarde, el hecho de que las poquísimas salas hospitalarias de la ciudad hubiesen comenzado a poblarse de personas aquejadas de violentas calenturas, de laxitud física y moral y, sobre todo, de manchas rojizas que parecían levantar roncha en la piel, síntoma que sobradamente conocía y temía, de suerte que juzgó indispensable dar traslado de sus sospechas a las autoridades francesas, demasiado embebidas, sin embargo, en pesar y aquilatar los tributos metálicos y artísticos que la ciudadanía continuaba haciendo confluir, para calmar sus miedos, en los bajos de la Contaduría, como para ocuparse de unos cuantos enfermos, y en efecto, su celo se estrelló contra la indiferencia del vicealmirante Levy cuando quiso alertarlo sobre la posible calamidad, el viejo marino se divertía a mares hostigando de muy ricas y variadas maneras el instinto acaparador de la curia metropolitana, hacía ya varios días se había apersonado, con una escolta armada hasta los dientes, en el colegio de la Compañía de Jesús, donde no sólo arrambló con cálices, custodias y otros objetos del culto, todos de magnífica labor barroca en oro o plata, muchos de ellos con engastes de rubíes, esmeraldas o diamantes, sino que al descubrir, en la celda de algún jesuita, un bocoy repleto de piedras preciosas, a él confiadas por ricachones temerosos del despojo total, lo hizo encarcelar y torturar, haciéndole tragar agua a través de una gasa delgada, para que confesara si había otros bocoyes guardados o enterrados, sabedor quizá, como el Arcipreste, a quien dudo que hubiese leído, de que el dinero, aunque *lo denuestan los monges por las placas, guárdanlo en convento en vasos é en tacas*, y de allí en adelante no parecía existir quién fuese capaz de sacarlo del claustro, que revolvía de arriba abajo una y otra vez, obligando a sus habitantes a jurar en presencia del Santísimo Sacramento si había o no más joyas allí, encantadora

actividad que pronto extendió a otras casas de religiosos, con la entusiasta ayuda del pitiguao, de Montbars, de Godefray, de Paty, de Jonathan Hopkins, que azuzaban, todavía con un mínimo de cautela, a sus forajidos para que, sin mucho aspaviento, condujesen a las iglesias alas esposas de militares y funcionarios desalojados para forzarlas a jurar ante la sagrada presencia dónde escondían sus, las más de las veces, hipotéticos tesoros, sus ilusorias diademas de brillantes, sus arracadas inexistentes, mientras la guardia de granaderos lograba, todavía, evitar que las jóvenes fuesen violadas por los filibusteros, sitibundos de hembra como animales largamente enjaulados, pero crecía en la ciudad la certidumbre de que ello no sería por mucho tiempo, pues ya se presentaban casos aislados de violaciones, que la autoridad francesa se obstinaba en ignorar, tal como el propio joven Iriarte pudo comprobarlo, por un caso de intensa hemorragia que debió atender la mañana del mismo día en que logró hacerse recibir, en la planta alta de las Casas de Contaduría, por el mismísimo Pointis, que se hacía dar un tratamiento de sultán por las mulatas reclutadas para su servicio, una tropa semidesnuda de hembras sonrientes que lo abanicaban con hojas de chaguaramo, lo bañaban con aguas perfumadas, lo cubrían de lociones, lo depilaban minuciosamente y lo aderezaban con afeites exóticos, en tanto se disputaban con jocunda emulación la posesión de su cuerpo, más baronil que varonil, para brevísimos instantes de amor, en cópulas relampagueantes que se celebraban sobre el ajedrez de las baldosas o en lo hondo de las pilas de aseo, o en meros rituales masturbatorios durante los cuales el almirante se tendía para el goce en completa pasividad, sin sospechar que a partir de aquellos momentos tan dulces el ansia de poder y de rapiña navegaría entremezclada, en su sangre, con el espectro sigiloso de la sífilis, la aleve enfermedad que Fracastoro, el mismo que comprobó la posición siempre opuesta al sol de la cola de los cometas, llamó con toda justicia *morbo gallico*, para lección de quienes insisten en suponerla originaria de las Indias, pero que este galo se tomó, en todo caso, el trabajo de venir a contraer aquí, y en éstas halló al barón el joven Iriarte, muy refocilado con las muchachitas, cuando quiso alertarlo acerca del creciente número de personas afectadas aparentemente por el tabardillo en los hospitales de la ciudad, aviso que Pointis recibió, desnudo en una bañera mientras lo abanicaban las mulatas, con el más inconsecuente desdén, efecto quizá del mucho vino que había ingerido pero también de su propósito de, traicionando a los comerciantes de Brest, que deseaban hacer de Cartagena una avanzada permanente de Francia en el Nuevo Mundo, abandonar la villa una vez el saqueo se hubiese consumado, y dejarla a merced de la peste y de la mortandad, propósito que había de quedar asimismo patente en el abominable pacto sellado hacía ya varios días con el señor de los Ríos y que nadie, a excepción del guardia mayor Diego de Morales, que sirvió de emisario para su secreta firma, y de Hortensia García, que sólo llegó a intuirlo, conocía todavía a estas alturas, de suerte que al joven médico no quedó otro recurso que impartir por su propia cuenta órdenes de cuarentena para ciertos pacientes, así como advertencias a las gentes sobre el peligro de congregarse

en lugares públicos, sobre el de utilizar los efectos domésticos de las personas contaminadas, sobre la necesidad de observar meticulosas costumbres de limpieza y otras precauciones que, ya se sabe, de nada suelen servir cuando la peste ha tomado cierto auge, de forma que, enteradas por fray Tomás de la Anunciación, cuyo desayuno semanal seguíamos suministrando a despecho de la escasez de agua y de alimentos y a quien, de unos días a esta parte, atormentaban pesadillas con horribles mujeres que recogían heno con guadañas herrumbrosas y caballeros enlutados que cazaban con neblíes, sueños que debíamos escucharle pormenorizadamente, pues les atribuía un sentido de vaticinio, enteradas por él, digo, de la nueva amenaza que parecía descender sobre la ciudad, extremamos ahora los cuidados ya emprendidos por Beltrana ante los rumores iniciales, lavábamos diariamente todos los pisos de la casa, baldeábamos agua de mar varias veces al día sobre la calzada, quemábamos benjuí, nos precavíamos con infusiones improvisadas por Hortensia, rezábamos rosarios, mientras Federico se paseaba como fiera cautiva por el caserón, ansioso de salir, contra nuestra voluntad, en busca de Lucien Leclercq, cuya promesa aún le sorbía el magín, impulsos que luché hasta el imposible por tratar ¿e atemperar, haciéndole reflexionar por enésima vez en lo descabellado de aquella esperanza, poniéndole de presente la condición criminal y desleal del sedicente *bon fripon*, hasta cuando me persuadí de la vanidad de aquellos esfuerzos, mi astrónomo prematuro no descendía a escuchar razones, para él la única razón de su existencia era ahora, sin duda, la promulgación universal de la índole planetaria del astro de verdegueantes reflejos al cual tozudamente parecía elevar plegarias en el crepúsculo, cualquier otra solución equivalía en su espíritu al fracaso, deseaba la gloria, la gloria en vida, en plena juventud, se encontraba dispuesto a sacrificarle hasta el último aliento, llegué a sentir celos de ella, celos de la gloria de Federico, sin saber todavía que también la gloria, como la fortuna, se complace en hurtarse a quien demasiado la anhela, sentía pues celos de una quimera elusiva, celos sordos que, sin embargo, me empujaron a acompañarlo cuando, aquella tarde de mediados de mayo en que la ciudad, al borde casi de la sed, desesperaba por sentir otra vez el azote fecundante de las lluvias, acalladas desde los tristes días abrialeños de la toma de Bocachica, no pude ya parar su ímpetu irreflexivo, nos lanzamos bajo los ventanajes y balcones volados, bajo el narcótico sol de la siesta al encuentro de las cuadrillas de filibusteros que rondaban por el casco amurallado, acolitando junto con los granaderos al vicealmirante Levy en su desafortada sed de incautarse cuanta piedra o piedrecilla irradiase un guiño brillante, habían tomado ya toda la plata labrada del convento de San Agustín, sin excluir las ricas andas de los pasos de la Pasión de Nuestro Redentor, habían atormentado al superior y a dos frailes, reventándoles los dedos meñiques, hasta sonsacarles dónde ocultaban los tesoros a ellos confiados por particulares, habían saqueado el convento de La Merced, habían hallado buena cantidad de reales, doblones y joyas, a más de los objetos del culto, en el de Santo Domingo, en cuya capilla asistí hacía muy poco a las exequias de mi padre, y ahora había tocado el

turno al de San Diego, cuyos profesos y terciarios, incluido fray Tomás de la Anunciación, que prefería ésta, cierta y tangible, a su otra irrealidad de guadañeras y de siniestras volaterías, eran intimidados con el cañón de las escopetas a desembuchar sus pingües secretos, mientras otras gavillas de bucaneros forzaban los portones de las residencias de civiles adinerados indagando pistola en mano por más y más riquezas y por pipas de vino que vaciaban en plena calle, así que iban tambaleando por las calzadas, chorreantes de licor las comisuras, profiriendo canciones obscenas, querellándose por las rapiñas *like dogs that snarl about a bone*, como ellos mismos decían en sus coplas, *and play together when they've none*, entonando diatribas contra España en las vetustas cabezas de Juana la Beltraneja que beltraneaba con don Beltrán de la Cueva o de los judíos conversos en Aragón por Raimundo Lulio y cuya sangre corría en todos nosotros, o loas al alcohol en versos goliardos, *bibit hera, bibit herus, bibit miles, bibit clerus, bibitille, bibit illa, bibit servus cum ancilla, bibit velox, bibit piger, bibit albus, bibit niger*, procacidades ingenuas e improvisadas, *te prometo disimulo si me agarras por el rabo, extravagancias versificadas, quand sur un éléphant rouge vint un limaçon armé qui leur criaient fil deputains, arrivez! Je versifie en dormant*, pero nosotros no buscábamos ni al caracol ni al elefante rojo sino al maldito Lucien Leclerq, que por ninguna parte daba señales de vida, y a duras penas éramos defendidos por los granaderos de las repentinas embestidas de los forbantes borrachos, urgidos de hembra y ya, por tanto, enloquecidos, desafiantes, uno de ellos, de mirada extraviada por el vino, me acarició las caderas con la baba en los labios, otro sacó al aire el instrumento mágico, tan erecto que parecía querer elevarse en llamas como un cohete, y no se dio por satisfecho hasta no latigüearme con él, sobre la basquiña, mi ya intranquilo vientre, mas ni aun estas ocurrencias hacían desistir a Federico, quería a toda costa ver a Leclerq, era evidente que no recordaba sino en forma muy borrosa, debido al mismo estupor que le produjeron, las amarguras infligidas durante su alucinante permanencia entre las filas de los carniceros de la Tortuga y que, en cambio, mantenía vivida en su mente la imagen del Leclerq falsamente bondadoso de las playas de Zamba, sin ver que sus arrumacos de aquella noche los había dictado sólo la prudencia, en momentos en que la flota francesa deseaba dar, de ser avistada, una impresión pacífica y casual, no he dejado de preguntarme hasta qué punto, a pesar de su genio científico, Federico carecía de inteligencia práctica, ni hasta qué punto el talento creador suele ir desprovisto de ella, inerme en cierta medida, ayuno de malicia, de astucia, de los dones que permiten sortear los arrecifes de la vida, defenderse del resto de la humanidad, captar al vuelo las taimadas argucias de nuestros semejantes, situar a cada quién en su lugar, saber de dónde van a provenir los golpes, distinguir las generosidades enemigas de las bellaquerías amigas, nada de eso poseía él, mi pobre muchacho a quien ahora, luego de las revelaciones de Tabareau, siento más como a un hijo perdido que como a un frustrado amante, él que se quedó en su edad y yo ando remontando la mía en esta mueca final, señor torturador Ayala, lo veo indagando en cada semblante desalmado

de los bucaneros que pululaban por la ciudad, buscando el rostro del *fripon* como si entre un ejército de espectros quisiese hallar el de su padre difunto, hasta cuando, al igual que varias semanas atrás, cuando creía dirigirse hacia Lupercio en loca carrera por la punta de los Careyes, quiero decir por Tierrabomba, se estrelló ahora de súbito contra la fachada, también barbuda y temible, de Jonathan Hopkins, cuyos ojos bulliciosos no quisieron reparar en él, sino más bien en mí, me encajó una vibrante mirada de lujuria, casi me capturó con la dureza de sus pupilas, de un azul pringado de verde, antes de asir al muchacho del cuello de la camisa y soltar un áspero *I meet you again, poor damned boy, what the hell are you doing now?, look at me, I'd crush you*, y mostró su manaza peluda sacudiéndose en el aire, creí que en verdad lo destriparía, podía entender su inglés barbotante, pero preferí no traducir para Federico, que temblaba como natilla y trataba de balbucir explicaciones en francés, y en cambio ni corta ni perezosa abordé al hombrachón, pues me sabía a buen seguro bajo la vigilancia de los granaderos franceses, le dije *we are just looking for mister Luden Leclerq, have you seen him? Do you know where he is?*, entonces Hopkins soltó un gruñido de apaciguamiento, volvió a clavarme la candente mirada, inquirió *where comes this young belle from?, my God! go away, damned French grenadiers! I shall possess her, by God and the King!*, pero era sólo un gesto, claro está, no estaban las circunstancias como para violaciones, en tal prohibición habían sido muy terminantes tanto Pointis como Levy, a quienes les iba en ello su prestigio militar, de modo que insistí con calma en mi pregunta, cuál sería el paradero de Leclerq, el hombre me miró de arriba abajo, acarició mis pechos con sus ojos casi táctiles, sonrió siniestramente, torvo, ojizaino, ladino dijo *Leclerq?, he, he, Leclerq, my poor girl, is now dead or, comme on dit en français, il mange les pissenlits par la racine, you can be sure, ma petite*, y lanzó una cínica risotada para añadir, *myself, young belle, I murdered him last night, believe it, because he was a damned stupid bad friend, a bastará, you know, un fils de putain, he tried to carry off from me a nice girl like yourself, you know, he was led away by passion, the blockhead*, y se risoteaba hasta la congestión, pero yo sabía que mentía, todo no era más que un teatro para distraer su lujuria adolorida, Leclerq se hallaba tan vivo como él, disfrutando de la mejor salud y nada tenía de extraño, me malicié, que se encontrase muy cerca de nosotros, mirando complacido la escena, como en efecto ocurría, pues apareció de un salto, creo que emergía de un zaguán, para plantarse en mitad de la calzada, que era la de las Damas, con su alto mirador de arcos rehundidos entre listeles, y proferir una carcajada más estridente que juntas todas las de Hopkins, allí estaba pues el bon fripon, observé al sesgo la reacción de Federico, su humildad ante el filibustero se me antojaba indigna, la ciencia menesterosa ante el poder, pensaba ay juventud, Virgilio rebajado ante un Mecenas harapiento, mas yo sabía cuan trapalón era aquel mecenazgo, no olvidaba de qué manera trató de irrespetarme en la Puerta del Puente, a sabiendas de ser yo algo así como la prometida del *jeune astronome*, de su rey de burlas, a quien ahora se dirigía con frases irónicamente melosas, *que Dieu nous protege! mon jeune savant!*

Je porte un toast à la joie!, y sarcásticas protestas de amistad que, con el alma, deseaba en aquel momento que pudiera ver Federico en su descarnado cinismo, pero no, él se hallaba dispuesto a sufrir cualquier género de humillación con tal de ser colocado en la ruta de la Francia progresiva, *ah, la France, un pays merveilleux que je rêve de visiter*, así nos traiciona el destino, yo en cambio no sentía en aquellos días maldita la gana de abandonar ya nunca el solar de mis padres difuntos, cuya memoria me ardía como un fuego tenebroso, y precisamente me tuve que pasar casi toda mi vida en la Francia progresiva, cuyo recuerdo me ardía también como un hierro al rojo vivo, al saber que jamás volvería a verla, no obstante las atenciones que el Papado me prodigaba y el régimen apacible de minestra y polenta que recibía de las blanquísimas manos de las trinitarias en el hospicio del Transtíber, donde sólo dos hechos habían conseguido alterarme en alguna forma, el primero con una explosión íntima de risa cuando advertí que la hermana prefecta había arrojado pudorosamente con un trapo gris el desnudo de Rigaud, en el cual yo o, mejor, aquélla que fui en otros tiempos representaba a la diosa del amor, y el segundo con creciente perplejidad, al ver cómo pasaban los días y la abadesa o madre superiora seguía confinada en su celda, pretextando un indefinido malestar pero, a todas luces, tratando de eludir por inescrutables motivos la entrevista que, por puro protocolo, hubiese debido concederme desde mi llegada, a partir de la cual habían transcurrido ya cuatro meses, no sé decir si largos o cortos, pues breves, muy breves se me antojaban las horas junto a monseñor Braschi, aquellas noches estivales en que la luz de la luna parecía derramarse sobre nosotros a lentísimas gotas y en que aromaban el mundo tantas, tantas rosas enjoadas de rocío, pero qué digo, acaso me había enamorado de aquel clérigo cuarentón enaltecido por Benedicto XIV, yo una mujer tan anciana, ah, los ancianos somos indignos del amor, ayayay Bernabé, repugna nuestro cuerpo, ay Bernabé, porque, según Tabareau, hemos acumulado en él demasiada agua pesada, además aquel monsignore tomaba en serio su voto de castidad, era recatado como una doncella, como una quinceañera en un noviciado de carmelitas, y creo que hacia mí sólo desplegó la vaga seducción que sobre cualquiera puede ejercer un actor dramático cuyo desempeño nos resulte impecable, nada más pero tampoco nada menos, pues cómo recordar sin emocionarme su turbación ante los ateridos mármoles del Renacimiento, ante ciertos hermafroditas esculpidos por Michelangelo que el clero ocultaba a las miradas corrientes en los aposentos más íntimos de sus palacios, y ante la evocación, por ellos inspirada, del *David* y del *Apolo-David* florentinos, que poco tenían, a su ver, de reyes pastores sino de dioses helénicos, parientes del *Baco* que cinceló para Jacopo Galli, los cuales representaban según él el más excelso canto a la vida, encarnada en la adolescencia virginal, siempre en aquellas complexiones viriles en las cuales hallaba Buonarroti harto mayor sensualidad que en las femeninas, y al decirlo temblaban en sus labios las palabras, porque en realidad, según afirmaba, esos niños sensuales querían significar también la germinante promesa de una Florencia republicana, cómo no hallar demasiado breves aquellas veladas en su

compañía, así como largas y tediosas las jornadas que debía pasar en el hospicio, siempre a la espera, a la irritante espera del día en que por fin el Santo Padre tuviese a bien recibirme, espera que parecía ser, por cierto, el único motivo, aunque aceptarlo resulte decepcionante, de las finezas de Braschi, no obstante esa corazonada que me asaltó, cierta noche, de que mi afecto y mi agradecimiento habían llegado a inspirarle lástima, lo digo porque me pidió aguardarlo unos instantes en la sala inmensa de su mansión transtiberina y, al regresar, lo vi despojado de sus arreos eclesiásticos, vistiendo un traje holgado y vulgar, el que cualquier burgués se pondría para una faena de comercio, sonreírme bajo un sombrero de grandes alas caídas y lleno de plumas, indumentaria que le sirvió para arrastrarme gentilmente de su brazo, hasta la colina donde antiguamente se encontraba el templo de Júpiter Capitolino y que ahora presidía la fachada del Palacio Senatorio, con la escala de Michelangelo y las estatuas del Tíber y del Nilo, y que ostentaba como una apoteosis, en su centro, la estatua ecuestre de Marco Aurelio, salvada de las hordas cristianas por haberse creído que representaba en realidad a Constantino, subimos por una de las escalinatas laterales bordeadas de árboles, oímos dar el toque de ánimas a los esquilones de la iglesia de Aracoeli, avanzamos hacia el nicho de la estatua de Minerva y vimos venir hacia nosotros una murga de gentes pintarrajeadas, cubiertos los rostros por grotescas máscaras, como una comparsa del carnaval que un rizo del tiempo hubiese incrustado en estos finales del verano, y nos hallamos de pronto rodeados por aquella música loca, desafinada, entonces monseñor Braschi, despojándose galantemente de su sombrero emplumado, me invitó a bailar y, en efecto, lo hicimos bajo la luna romana, una luna agreste y demasiado amarilla aquella noche, danzamos muchos compases, compases a tres tiempos y movimiento moderato de aquella especie de *corrente* infernal, al cabo de lo cual el secretario pontificio me remolcó en una carrera frenética hasta su carroza y me llevó como en volandas a la puerta misma de mi monacal hospedaje, donde bajé medio atontada y me dejé conducir a la celda por la portera sarmentosa, muy ceñuda esta noche, como si algo quisiera reprocharme, pero no le hice caso, dormí profundamente hasta la salida del sol y, apenas hube entrado para el desayuno al refectorio, me topé con la noticia de que el Papa me recibiría aquel mismo día, la había traído a primera hora un racionero de sotana y sombrero de canal, me la gorjearon musicalmente las hermanas como si se tratase del más venturoso acontecimiento de mi vida, muchas de ellas me tomaban por una anciana abrumada de remordimientos, hija de algún hidalgo español del XVII, que venía en busca de la indulgencia plenaria para remitir toda la pena temporal y prepararse a ascender al Cielo, las dejaba creer, ni en broma me convenía que sospecharan la naturaleza de mi misión, así que permití que me aderezaran con todo género de piadosas vestiduras, antes de abordar el carruaje de la abadesa, siempre confinada en su celda, y en él dirigirme hacia la plaza de San Pedro, cuya cúpula distinguí mucho antes de penetrar, a trote corto, en el recinto flanqueado por la magnífica columnata de Bernini, que Lupercio Goltar conoció a no muchos años de su construcción, y

apearme frente al extremo derecho de la fachada basilical, obra también del arquitecto napolitano, entre la luz arcangélica de aquella mañana de agosto, para sentirme opresa por la multitud de púrpuras, sotanas, cogullas, sayales del *poverello* y todo el aparato eclesiástico que colmaba la plaza, y dejarme guiar por los camarlangos pontificios, por entre el laberinto de vestíbulos y pasillos de las habitaciones papales, hasta una enorme sala llena de pinturas hagiográficas, donde de súbito me encontré sola, pero no tuve que aguardar mucho más de un minuto antes de ver aparecer, por la puerta que franqueó un guardia suizo al cual había tomado al principio por una estatua, la pálida y enflaquecida figura de quien era en aquel momento el legislador supremo de la Liturgia, el Papa Benedicto XIV, bolones como Guido Aldrovandi, ante cuya presencia, o digamos mejor ante cuya investidura me estremecí como un trapo y tuve, para cobrar valor, que repetirme que era bien conocido su espíritu liberal, que había fundado academias y núcleos culturales, que había dulcificado la intolerancia proverbial de la Iglesia, que venía empeñado de tiempo atrás en destruir la leyenda supersticiosa de los upiros o brucolacos engullidores de sudarios, que se había granjeado las simpatías del mundo culto, que hacía muchos años intercambiaba correspondencia con Voltaire, con mi viejo François-Marie, cuyo *Mohammed* a él había sido dedicado, que no era ningún inquisidor precisamente este Próspero Lambertini, este descaecido anciano que no me llevaría más de cinco o seis años, sino que, al contrario, a él se debía la supresión del Santo Oficio en la Toscana, en fin, que no era yo Proserpina ante el Vicario de Cristo ni él, en realidad, iba a sentirse interesado en mis convicciones ideológicas, ni a recriminármelas en momento alguno, sino que hablaríamos de potencia a potencia porque, a la postre, yo venía en calidad de emisaria del más prestigioso escritor de Europa, hecho que me confería una dignidad casi diplomática, mas todas aquellas consideraciones resultaron exiguas y banales, para espantar mis miedos, ante el dulcísimo poder de la mirada del hombre que hacia mí avanzaba, con sus albas vestiduras talaes y su blanco solideo, con el rostro hendido, roturado por una enfermedad ignota, que el año siguiente lo llevó a la tumba, y en esa mirada vi el compendio y el desiderátum de la comprensión humana, pues en vez de darme a besar el anillo papal, de yertas consignas heráldicas, ceremonia para la cual tampoco me halló dispuesta, me penetró con sus ojos celestes durante un instante y luego, en perfecto español, me musitó por Dios, hija mía, cuánto debes haber sufrido en esta vida, frase en la que creí ver resumido todo su propio sufrimiento, pues sólo el que ha sufrido sabe comprender, y entonces deseé con la plenitud de mi corazón no haber jamás albergado los muy diversos motivos que, en efecto, albergaba para separarme de la Iglesia de Cristo, tan diferente aquí de lo que, en cambio, representaba en tantos otros lugares, así que, sin pensarlo, le respondí todo sea por Dios, Padre mío, y para mi sorpresa, el *pontifex maximus summus* dejó resbalar una lágrima por sus marchitas mejillas y me bendijo con sus manos temblorosas, haciendo en el aire la señal de la cruz con gesto cabalístico, entonces me indicó con un ademán de mano que marchara

con él, al tiempo que inquiría por la salud y los proyectos de su buen amigo el señor Voltaire, ah el señor Voltaire, qué alma aguda y noble, y sonreía entre sus pequeñas toses el Santo Padre, pero también qué alma tan contradictoria, me dice que ha tomado por patrón a Santo Tomás el Dídimo, quien siempre buscaba cerciorarse de las cosas por su propia mano, pero no creo que le haya servido para cerciorarse por completo del hecho más evidente colocado desde la eternidad ante nuestros ojos, me refiero, hija mía, a la existencia de Dios, pues mi buen Voltaire sigue aliado, y no se lo reprocho, apenas lo lamento, con el ateísmo enciclopédico, con ese Diderot capaz de afirmar que la creencia en Dios va ligada a la sumisión a la autocracia, idea cuya sola formulación me lacera, hija mía, tan profundamente, o con ese barón d'Holbach para quien sólo la ignorancia y el miedo vendrían a ser las fuentes de la idea divina, para quien únicamente la debilidad presta culto al Sumo Hacedor, cuánto lo lamento, hija mía, cuánto deploro que una inteligencia tan orillante comulgue acaso, y digo acaso porque nuestro Voltaire es harto esquivo e impenetrable, con ese desaguisado, formulado Por La Mettrie, según el cual el mundo entero, sin exceptuar al hombre, es una máquina, sí, claro está, esta máquina sufriente, esta máquina que aspira al infinito, esta máquina soberbia que disputaría, si pudiera, el trono a los ángeles, acaso a Dios mismo como se lo disputaron los espíritus luciferes, esta máquina, en fin, que ellos suponen increada, o producto del mero azar, piensa, hija mía, en lo mucho que he orado, en mis vigiliass, por mi docto amigo, a quien considero una de las más estupendas fábricas del Señor, por fortuna algunos de los miembros de mi buen Colegio Cardenalicio, yo mismo para serte franco, pensamos que Voltaire recalará algún día en el manso puerto de la fe, hasta podrá convertirse en un buen capuchino, o incluso en un cardenal, en un apacible miembro del Sacro Colegio, y aquí sonrió con secreta sorna, entre dos accesos de tos, pues no ha dejado de intentar la equívoca madame de Pompadour que yo extienda para él el capelo y la birreta, imaginando que así sellarían su boca, en el supuesto de que los escritores son sólo unos pobres diablos esponjados de vanidad, lo cual me atrevo a poner en duda, y he de decirte, porque no te asuste mi homilía, que concuerdo con tu amigo en que una paz duradera no será posible hasta tanto aprendan los hombres a tolerar las ideas de sus semejantes, yo mismo he querido aportar mi grano de arena vinculando a la Iglesia con los impulsos de la cultura, yo mismo estoy dispuesto a oír el importante recado que me traes, cuyo contexto no me es desconocido, pero que desearía escuchar de tus labios, buena mujer, hembra sufriente, costilla resignada, y volvió a escrutarme y a interrogarme con el azul de sus ojos, así que tragué saliva y empecé recordándole cómo el monje Copérnico, esa piadosa criatura de las márgenes del Vístula, en el año jubilar de 1500, pues los canónigos estaban obligados a realizar prácticas de derecho eclesiástico en la curia romana, había llegado a esta Ciudad Eterna mezclado con otros doscientos mil peregrinos de todo el orbe cristiano, y mientras esto decía vi que, a través del dédalo de vestíbulos y anchos pasillos, nos encaminábamos ahora hacia una capilla privada, cuyas paredes pobladas de pinturas al fresco era posible ya

barruntar, seguí diciéndole que, aquel año de gracia de 1500, Copérnico observó desde Roma un eclipse de luna, cuya ocurrencia pareció ser una señal de Dios para que diese pláticas y conferencias sobre matemáticas y astronomía, durante las cuales pudo bosquejar grosso modo sus futuras teorías, que él reconocía inspiradas en la lectura de los antiguos, al entonces Papa Alejandro VI, es decir, al cultísimo Rodrigo Borgia, no otro que el que mandó quemar a Savonarola, el pontífice de quien tantos horrores se decían, aquí Benedicto XIV interrumpió para, con la mirada perdida en el piso, asentar con dulzura que injusta, quizá muy injustamente, ya nuestro caro Voltaire, cuya primera característica no era la de defensor de los Papas, aseguraba que había acontecido con Alejandro, en sentido inverso, algo de lo que sucedió con ciertos personajes mitológicos o legendarios de la antigüedad y con ciertos santos en tiempos del cristianismo, o sea, que la posteridad y la tradición les fueron acumulando y atribuyendo toda índole de virtudes y de milagros exagerados, mientras en derredor de Rodrigo Borgia se fue tejiendo una leyenda que le imputaba todos los vicios y todos los crímenes, pues bien, avancé ahora, ese Papa que condenó a Savonarola, cuya rebeldía decían que él mismo fomentó, en cambio no tocó un pelo a Copérnico, quizá porque, y aquí venían a cuento los argumentos de nuestro amigo filósofo, la Providencia deseaba que el astrónomo pudiese desarrollar en paz su teoría heliocéntrica de la construcción del mundo, condenada por la Iglesia sólo mucho después de su muerte, cuando en 1616 Galileo probó que su doctrina derivaba de la del monje polaco, ello no obstante que, ya en 1533, las ideas copernicanas fueron *in extenso* conocidas en Roma, por boca del secretario papal Juan Alberto Widmanstadt, que las explicó en minucia al papa Clemente VII sin que el pontífice pareciera escandalizarse, sin mencionar cómo el cardenal de Capua, Nicolás Schonberg, se interesaba de tan viva manera en aquellas hipótesis, al punto de solicitar epistolamente noticias de ellas al propio Copérnico, ni cómo el Obispo de Chelmno, Tideman Giese, las respaldó, en forma abierta, y sí recalando, en cambio, el hecho de haber sido precisamente un apóstata, Martín Lutero, quien primero las rechazó, en uno de sus coloquios de mesa redonda, tildando a su autor de mentecato y recordando que Josué había mandado al Sol que se parara, no a la Tierra, comentario que lógicamente arrancó una sonrisa a Benedicto XIV, al Papa liberal, que se había detenido y escuchaba divertidísimo mi discurso, entonces me tomó repentinamente del brazo, en ademán no muy papal, y me sumergió con suavidad en la capilla privada hacia la cual avanzábamos a paso lento hacía rato, me encontré pues de manos a boca con el espectáculo más sorprendente que recuerden mis ojos, no ya por la excelencia, inmerecida para una colección tan estrictamente particular, de los frescos de Pinturicchio, de Ghirlandaio, de Sandro Boticelli, de Cósimo Roselli, de Perugino, de Luca Signorelli, de Bartolomeo della Gatta, del Fiammingo, de Matteo de Lecce, que daban al recinto el aspecto de una antesala hacia múltiples universos, sino de modo muy especial por la impresionante bóveda, donde Michelangelo había revivido, en nueve cuadros, las escenas más elocuentes del Antiguo Testamento,

arrancando del instante en que Dios separa la luz de las tinieblas y de aquél en que, rodeado de sus ángeles, anima a un Adán que compendia en el ingenuo asombro de sus ojos las simpatías humanísticas del artista, en su bella musculatura la admiración que en él despertaba el cuerpo masculino, y en su sexo aniñado, diminuto, con cuya inocencia pensé por instantes que se podría casi acriminar al Creador y legitimar cualquier aspiración humana, la inculpabilidad de la alborada del Hombre, centro y motivo para Buonarroti de la totalidad de la Creación, de la *creatio ex nihilo*, así como para Claudio Tolomeo la Tierra era centro y razón del Universo, concepción ya problemática que se prolongaba en los ocho cuadros restantes, donde el pecado original, el castigo diluviano o las prédicas de los profetas no eran sino hitos de un camino, yo hubiera dicho que de un plan que, por la ruta esplendente del libre albedrío o, en suma, de la libertad de pecar, había de culminar en la, para Michelangelo sublime, para mí premeditada Redención, ya que mi visión cósmica no podía ser la misma del artista de Caprese, no poseía yo, a pesar de la noche alucinante que Tabareau me había deparado, las certezas inmediatas y originales de la experiencia religiosa, de ese conocimiento experimental de Dios de que habló San Buenaventura, así que, no obstante la idea agustiniana, latente ya en Plotino y en Platón, de que la relación con lo divino pertenece a la estructura esencial del Hombre, mi experiencia vital me compelia a pensar exactamente lo contrario, esto es, a defender la imposibilidad de demostrar ninguna verdad religiosa ante el foro de la razón, así que trataba de racionalizar aquella obra de arte y me decía que, por cierto, lo que en ella saltaba a mi vista era que Dios había inducido al Hombre al pecado, para que a través suyo conquistara por merecimientos y no gratuitamente la inmortalidad, lo cual daría acaso mayor fundamento a la teodicea, voz inventada por Leibniz, ese filósofo no muy divulgado al cual tuve ya ocasión de referirme, según la cual es compatible la existencia del mal en el mundo con la bondad de Dios, la libertad humana con la providencia divina, pues el mal es sólo el negro fondo sobre el cual el bien destaca, y creí ver ratificada aquella caprichosa idea al lanzar la vista hacia el fondo del altar, donde ese destino culminaba en el *Juicio Final*, en el día de la verdad eviterna, del veredicto que ya el ser humano no conseguiría soslayar, cuyas imágenes, mediante sabias combinaciones de luces y sombras, saltaban del plano de la pared a nuestros ojos y se nos imponían patéticamente, más como esculturas tridimensionales que como simples colores aplicados a una superficie, con una fuerza de epopeya, con un arte huracanado y altivo donde Cristo Juez, con la derecha en alto, no resultaba ser ya el pálido rabino de los Evangelios, sino otro Apolo Sauróctono que encarnase el modelo de esa divina perfección a que el Hombre, inducido por Dios y a través de su cuerpo bello y mortal, había aspirado, la eternidad que podía conquistar, ya para el goce o ya para el sufrimiento inagotables, pues más parecía importar a la ensoberbecida criatura la posesión magnífica de la inmortalidad que el beneficio que la misma pudiera reportarle, soberbia acolitada por el Creador al no resolverse a confundir en la Nada a los condenados, sino a garantizarles la

pervivencia en el dolor, todo ello multiplicado por Michelangelo en decenas de figuras de vigorosa desnudez, que contrastaban con el recato de la Virgen María, desde las del Bautista y los Santos, anclados para siempre en el puerto de la gracia, hasta las de los ángeles que tocaban las trompetas para despertar a los muertos más pertinaces a la vida perenne y aquéllas de los oscuros condenados empujados por Carón, para una orgullosa eternidad, hacia los precipicios infernales, conjunto sobrecogedor, contradictorio, morbosamente perfecto, que me cautivó y embebió durante largos minutos, no tanto por lo que hubiera en él de piadoso cuanto por lo que tenía de arrogante y de demoníaco, hasta cuando la voz del Papa me sacó del éxtasis, con su acostumbrada suavidad, para recordarme cómo, no mucho después de la ejecución de este mural incomparable, en el cual gastó Michelangelo seis atormentados años, los papas Paulo IV y Clemente XIII encargaron respectivamente a Daniel de Volterra y a Stefano Pozzi vestir con velos esos desnudos, y el papa Gregorio XIII estuvo a punto, a no ser porque se lo impidió la muerte, de lograr que Lorenzo Sabbatini ejecutara un nuevo fresco sobre el original, de donde, según dijo, debía inferirse que el filisteísmo no se había limitado a recortar los alcances de la ciencia, sino que llegó a profanar el arte, y sin más rodeos me comunicó su propósito, que cumplió a la vuelta de unos meses, poco antes de su fallecimiento, de levantar el veto que pesaba sobre nuestro buen Copérnico, permitiendo que su sistema pudiese ser explicado como hipótesis en escuelas y universidades católicas, homenaje que nos hacía no sólo a mí y a Voltaire, sino a la ciencia que no renegase de Dios, entonces vi de qué modo mi misión estaba cumplida, me inundó un alborozo apenas similar al que embargaba al propio Santo Padre, me postré y besé con fervor su mano trémula, luego anduvimos juntos, en silencio, el trecho que nos separaba del lugar donde le vi por primera vez, llegados al cual, venciendo no sin cierto heroísmo la timidez que volvía ahora a atenacearme, conseguí preguntarle, casi de sopetón, cómo un alma grande como la suya, un alma inclinada tan benévolamente a la tolerancia, no ponía freno también a los desmanes del Santo Oficio español, que en las Indias especialmente, solía cernirse sobre aquello que él había llamado los impulsos de la cultura como un ave depredadora, entonces me arrepentí de mi atrevimiento, porque Benedicto XIV, mal informado evidentemente de la situación, se limitó a mirarme con airado desconcierto y a recordarme de qué modo la Iglesia se hallaba, en España, sometida al llamado patronato regio, que permitía al rey presentar candidatos idóneos para obispados, prelacías seculares y regulares, dignidades, prebendas, canonjías, beneficios parroquiales y otros, y que, por si fuera poco, hasta el nuevo concordato, firmado haría apenas cuatro años, suscitaba en la práctica escabrosas dificultades, pues si la Iglesia proveía aquellos cargos en ocasión que la corona juzgase improcedente, quedaba sometida a los tribunales civiles, explicado lo cual agregó que, aun así, Roma había confiado siempre en el buen sentido con que el monarca español conducía sus asuntos y también los eclesiásticos, y no veía por qué debiese ahora retirarle su confianza, palabras tras las cuales volvió a hundirme, ahora con

cierta frialdad, su mirada celeste, hizo en el aire un sumario signo de la cruz y me dio la espalda para desaparecer tras la misma puerta que lo había traído, me pareció que quedaba yerta y desamparada sin su presencia, experimenté un malestar indefinido al darme cuenta de que había estropeado, al final, una entrevista que hubiese podido resultarme casi un poema, una obra de arte, el remordimiento me asedió por semanas, largas semanas durante las cuales debí permanecer, casi en clausura como el resto de sus habitantes, en el hospicio cuya superiora rehusaba darme la cara, prolongada permanencia debida a no haber hallado, por ahora, entre los muchos que tocaban en Ostia, un solo barco que se dirigiese adonde me lo proponía o, mejor, adonde la Gran Logia me había ordenado ir, de manera que se entró el otoño y creí que con él me abrumaría la proverbial bandada de ideas melancólicas, pues el Papado había cancelado sus galanterías y se limitaba a proporcionarme techo y alimento, y el exquisito monseñor Braschi, en cuyo sagrado *podice* me habría encantado poder asestar un bello puntapié, se había evaporado para siempre, pero vino en mi auxilio esta vez la propia naturaleza, al revelarme que el otoño romano en nada se asemejaba al de París, que su explosión de colores, su lánguida belleza, podían muy bien rivalizar con las de la primavera, porque apenas se diluían en matices del verde las hojas de los olivos y de las encinas, como si una leve capa de polvo las atenuara, y en cambio estallaban en gamas insospechadas los matorrales mediterráneos y surgían rosas frescas junto a los rojos racimos de las vides y de los tomates, mientras parecía oponerse al azul del mar el del *Juniperus oxycedrus* o enebro espinoso y abría la clemátide sus flores pálidas entre salvias y romeros, paisaje que aprisioné para toda la vida durante mis viajes, casi diarios, a Ostia, donde en vano indagué por un barco que traspusiera el Atlántico, hasta cuando, cierto día, me enteré de la salida de un grupo de misioneros de la congregación *De propaganda fide* que iban hacia San Agustín, en las Floridas, pero que harían escala obligatoria en algún puerto colonial inglés, pues de esa nacionalidad, y acaso de tratantes negreros, era la nave, que en dos o tres días habría de cargar con ellos, he allí pues lo que esperaba, dado el destino que tenía trazado, así que me apersoné tan pronto como pude en el hospicio, anuncié mi inminente partida y solicité, en tono de reproche, aunque sólo por satisfacer una curiosidad casi maligna, se me permitiese despedirme de la madre superiora, cuya salud no empeoraría por recibirme unos minutos, advertí algún revuelo, hubiera sido un gran desaire excusarse en esta oportunidad y la prefecta sabía bien que yo había sido huésped del Sumo Pontífice, tardaron en darme alguna razón, ya tenía mis valijas y los cuadros de Rigaud listos para partir hacia el puerto, cuando la portera sarmentosa, no sin refunfuñar, me condujo hasta la celda de la abadesa, golpeé con los nudillos, una voz muy anciana me invitó a seguir desde las profundidades de un recinto que muy poco me recordó, dada su amplitud y el relativo lujo que era posible distinguir en la penumbra apenas rafagueada por la luz de un candilón, las celdas auténticas que ocupaban las demás hermanas o aquélla que yo misma había ocupado, di las buenas tardes en mi mejor italiano, pero me respondió en perfecto español,

mucho mejor que el del Santo Padre, la voz gangosa de la mujer, hundida en la media luz y en un lecho casi obispal, a quien, empleando ahora mi propia lengua, agradecí las atenciones prodigadas, alterada cada vez más por la certidumbre que su acento y la madeja de sombras de su silueta hacían crecer en mi espíritu, al terminar mi discurso le pedí su bendición, por puro formulismo y por dilatar un poco la entrevista, pues me mataba la curiosidad, entonces, en vez de dármele, soltó una corta risita, adivinando que la había reconocido, suspirando tristemente, Genoveva, me dijo, cómo te ves de vieja, avancé hacia ella, tratando de aprehender su temblor crepuscular a través del ovillo de penumbra, no es que me vea, es que lo estoy, le respondí, acuérdate que tengo casi ochenta años, a lo cual, cansada, rencorosa, me preguntó si había venido al fin en busca de la indulgencia plenaria, por mis tantos pecados, y yo le respondí que de ellos daría cuenta cuando se celebrara el Juicio Final, si es que llegaba a celebrarse, cosa que dudaba mucho, y salí de la habitación y un día más tarde navegaba otra vez por el mar clásico, en el balanceante navío desde cuya cubierta vi, al pasar frente a las costas españolas y el peñón de Gibraltar, los aleteantes escuadrones de las aves migratorias que me saludaban con sus gritos porque sabían, acaso, que Genoveva la pobre, la bruja, la loca, acababa de tejer una diadema de gloria.

No olvido a 1758, porque ese año aprendí a fumar pipa en Nueva York con Rutherford Eidgenossen, un rubio pecoso terciado de alemán que dirigía un hebdomadario llamado el New York Courant, donde, bajo la propaganda de las píldoras pectorales del doctor Bateman, destructoras infalibles de flujos, vómitos de sangre, consunción, viruelas, sarampión, catarros, toses y dolores en los miembros y articulaciones, podían aparecer ya un ensayo sobre astronomía, o unas coplas acerca del advenimiento de algún cometa, o una sátira contra sus competidores periodísticos, o una sesuda información sobre las fluctuaciones del papel moneda, todo irremisiblemente escrito por él, por aquel infatigable intelectual y obrero que, con una prensa de tórculo, manejada por él mismo, echaba a la calle todas las semanas doscientos ejemplares del más explosivo producto literario que llegué a conocer jamás, mientras bebía a garrafadas whisky de las destilerías locales yapestaba sus alrededores con una pipa de maíz, de la cual me obsequió una réplica, con lo que pude iniciarme en los placeres del tabaco, para mí vedados hasta entonces, y hacerme reflexiones filosóficas sobre la forma como la edad lo va borrando todo, hasta las fronteras de los sexos, pues qué chocante se hubiera visto en una jovencita, como lo era yo en tiempos de Federico, el presentarse en público de buenas a primeras con una inmensa cachimba, y en cambio qué natural me veía ahora, paseándome con mi humeante adminículo, en compañía de Rutherford, por calles y tabernas de esta ciudad mercantil, que arrojaba humo lo mismo que yo por las repetidas, uniformes chimeneas de sus casas de tres pisos, que trafagaba sin cesar al ir y venir de diligencias, de berlinas o de carretas con ruedas herradas o calzadas con pinas de madera, provistas de primitivas carrocerías cubiertas de lonas, todo ello apenas señal exterior de su auge fabril, casi febril, de la vida industriosa de ese pequeño hormiguero de la isla de Manhattan, que, aunque fundado unos ciento treinta años atrás por emigrantes holandeses bajo el nombre de Nueva Ámsterdam, ahora cobijaba también a una traqueteante población de ingleses, escoceses y hugonotes franceses que, a diferencia de nuestros colonizadores españoles, habían dado definitivamente la espalda a sus lugares de origen y se ocupaban en crear aquí su propio mundo, en fecundar y enriquecer aún más a su tierra prometida, y que, alejados de la influencia de cuáqueros y puritanos, abundantes en el resto de las colonias, discutían con franqueza los problemas éticos y políticos y componían un universo intelectual regido por la práctica, cuyo epítome podía ser el propio Rutherford Eidgenossen, hombre capaz de alternar su incesante trabajo editorial y su alcoholismo irreductible con la siembra de zanahorias en proximidades del casco urbano, zanahorias que eran como el trasunto de su nariz colorada y puntiaguda, y que repartía entre sus relacionados

con la misma naturalidad con que hubiese ofrecido de una caja de puros, a tal punto era todo fluido y vital en él, energía desbocada como la de su propia ciudad, trabajo entusiasta, justificación de la vida por la actividad constante, salud derrochada pero persistente, nunca malgastada, porque eran de ver aquellas ediciones semanales de su *New York Courant, published by Authority*, salpicadas de su ingenio espontáneo y festivo, chisporroteantes como los piscatores de Torres Villarroel, pero en las cuales, a la par que en la crónica, a veces satírica, de los acontecimientos americanos y europeos, se embarcaba en artículos de fondo que constituían auténticas embestidas contra el prejuicio religioso o científico, contra las aristocracias clericales, contra dudosos patriarcas al estilo de Increase y Cotton Mather, ya vapuleados en Boston por su maestro, el sabio Benjamín Franklin, de quien me hablaba con feroz entusiasmo, y en fin, contra los franceses que, unos años antes, habían reforzado sus posiciones en el valle del Mississippi, con el consiguiente enfrentamiento con los colonos orientales que se encontraban ya del otro lado de los Apalaches y que ahora despertaban la natural solidaridad de todo el Este, situación que me hubiese resultado indiferente apenas un año antes, pero que ahora absorbía mi interés, pues, para cumplir los designios de la Gran Logia que me habían traído junto a Eidgenossen, era necesario que me empapara de todo el clima político y moral de estas complejas colonias inglesas, donde el periodismo comenzaba a suplantar con éxito a la literatura y a la filosofía, debido en principio a que, demasiado atareados a cualquier hora del día, sus habitantes preferían enterarse de las cosas a través de palabras sencillas, claras y sucintas, de forma que cada ejemplar del *New York Courant*, así llamado en homenaje al *New-England Courant* de Franklin, o de los otros muchos semanarios que circulaban, era pasado de mano en mano o leído en voz alta, en las tabernas, por una comunidad que ansiaba mantenerse informada, al día de cuanto suceso político, religioso, intelectual, comercial o legal pudiese afectarla de cualquier modo, y así se produjo, por ejemplo, aquel estallido de alegría, no muy racional a mi modo de ver, al saberse que el joven brigadier George Washington, comisionado por el general John Forbes, había expulsado a los franceses de Fort Duquesne, posición en la cual se habían mantenido inexpugnables durante largos años y que les permitía llevar muy buena ventaja en la guerra fronteriza, recuerdo la manera afanosa como, aquel día lluvioso de noviembre, Rutherford escribió, compuso e imprimió su periódico, que se agotó en dos o tres cuerdas, y la forma apasionada con que luego, al calor de muchos vasos de whisky, me habló de Washington, de quien a lo que parece había sido maestro particular, años atrás, en la región del Chontak, un muchacho más que brillante, toda una cabeza, me decía, había que ver lo mucho que aquel virginiano de sólo veinte años sabía sobre historia, sobre estrategia militar, sobre ética clásica, la forma como recitaba de memoria párrafos enteros del *Peregrine Pickle*, su dominio de la ciencia de levantar planos de tierras, que demostró como agrimensor del distrito de Culpeper, pero ante todo su arrojo como oficial del ejército, ya bajo las órdenes del gobernador Dinwiddie, ya del general Braddock, en cuyas contiendas no había

rodado, sin embargo, con toda la suerte que fuera de desearse, razón por la cual a Rutherford lo alegraba sobremanera este triunfo que ahora, de fijo, lo haría escalar los más altos grados en esa carrera de las armas a la cual, bien lo recordaba, lo indujo enhorabuena su medio hermano Lawrence, hijo del primer matrimonio de su padre, que había servido bajo las banderas del almirante Vernon, el mismo que defendió ante el Parlamento de Londres la conveniencia de hostigar a las colonias españolas, que llegó a tomarse a Portobelo y que, dieciocho años atrás, por los días de mi más activa militancia en la logia, puso sitio sin éxito a mi Cartagena natal, y yo en aquel momento, recordando la misión que la Gran Logia me había encomendado, me preguntaba si estos neoyorquinos cuya deidad venerada, a las luces de nuestro siglo iconoclasta, no era tanto la razón como el progreso, quiero decir el progreso en bruto, como valor en sí mismo, acogerían la causa de su independencia de Inglaterra con el mismo fervor que ponían en sus luchas contra franceses y pielesrojas, causa propuesta en el seno de nuestra organización en observancia de la consigna *lilia pedibus destrue*, no sólo por cuanto la pérdida de las colonias pudiese de hecho debilitar el poder de las testas coronadas, sino también porque al Nuevo Mundo habíamos asignado el papel de campo de experimentación para la nueva concepción del Estado, a la manera postulada por Montesquieu, y he de decir que a ese propósito respondía, aun cuando él lo ignorase, mi presencia junto a Eidgenossen, lograda muy fácilmente gracias a una carta que Benjamín Franklin, a la sazón en Londres, nos proporcionó para el caso, convencido como estaba de que en Rutherford, cuya rebeldía era ancestral, hallaríamos el mejor eslabón para iniciar la cadena que nos proponíamos tender alrededor de las colonias británicas, de la necesidad de cuya emancipación el propio Franklin no se encontraba muy convencido, simplemente cumplía con mantenerse fiel a nuestra divisa, pues nos había jurado acatamiento desde los tiempos en que estableció con Peter Collinson, el botánico que aconsejó el cultivo de vid en Virginia, correspondencia acerca del efecto de los cuerpos agudos tanto para atraer como para arrojar el fuego eléctrico, los tiempos en que experimentó con la maravillosa botella de Muschenbroek, la botella de Leiden, para confirmar su teoría del fluido único, los tiempos en que demostró que el rayo era electricidad pura, investigaciones que le granjearon enorme prestigio, pero que él solía abandonar por atender a los requerimientos de la política, a la cual se hallaba entregado casi por completo desde 1751, cuando fue elegido miembro de la Asamblea de la Nueva Inglaterra, en cuya calidad había ahora viajado a Londres para denunciar ante la corona la obstinación de los propietarios, quiero decir de los descendientes de William Penn que, desde la metrópoli, prohibían al gobernador aprobar órdenes de pago para la guerra contra los franceses, a menos que sus bienes quedasen eximidos de impuestos, así que ahora habitaba, con una familia amiga, en el número siete de Graven Street, donde había armado ya una nueva máquina eléctrica e intercambiaba opiniones científicas y filosóficas con Collinson, con Strahan, con lord Kames, con David Hume, este último un empirista, con gran prestigio entre los enciclopedistas

franceses, para quien los conceptos e ideas que nos formábamos de las cosas no venían a ser sino pálidos trasuntos de las sensaciones que ellas nos causaban, ya que carecíamos de impresión directa alguna de las sustancias, pensamiento que parecía conducirlo a una especie de escepticismo metafísico, grato por muchas razones a la Enciclopedia, aunque dudo que a Franklin, a quien seducían más las mentes sensatas, virtuosas y elegantes del común de los ingleses, rodeado de los cuales parecía desear quedarse para siempre, actitud que Rutherford Eidgenossen, americano de cepa, decía no entender, pues para el cualquier futuro debía buscarse en estas tierras nuevas, casi vírgenes, ya fuera en la trafagante Nueva York, o en las extensas estepas de gramíneas próximas a los Grandes Lagos, o en los bosques de coníferas de las costas de Columbia, o entre los bostezos famélicos de los aligatores del Mississippi, o en las cimas heladas de las Montañas Rocosas, porque aquí la vida bullía, todo se erigía en promesa, hasta las cosas más insignificantes eran susceptibles de progresar, y yo, claro está, aprovechaba aquellos arrebatos para, mientras fumábamos nuestras pipas, recostados los taburetes contra las jambas de la puerta de su periódico, indagar su opinión sobre una futura libertad o plena autonomía de las colonias, horizonte que, por ahora, no parecía tentarlo, ya que la atención le era absorbida totalmente por las contiendas de los estados vecinos con franceses y pielesrojas, y ahora lanzaba, entre sorbo y sorbo de whisky, severos juramentos al saber que el brigadier George Washington, meramente porque el general Forbes se negó a considerar su insinuación de efectuar un avance desplegado cuando la toma de Fort Duquesne, había presentado renuncia para ir a instalarse como agricultor en Mount Vernon, la casa campestre que heredó de Lawrence, su difunto hermano medio, con lo cual, decía, habíamos perdido lo que hubiese podido llegar a ser una singularísima gloria militar, mas ya entonces las preocupaciones de mi diligente periodista se me antojaron superfluas, pues me había habituado a contemplar de qué manera los hombres de quienes algo se puede esperar en este mundo suelen replegarse, en peculiares períodos de su vida, a fin de poder embestir después con mayor fuerza, precisamente lo que jamás hubiera podido esperarse de Federico, tal vez sea mejor decir del Federico posterior al encuentro con Leclercq, pues no he olvidado lo reflexivo que solía ser todavía por aquellos días del triduo sacro, una semana antes de presentarse la escuadra francesa ante Cartagena, digamos pues que del Federico transfigurado por el temor a la muerte, ya que muerte y sólo muerte multiplicaba ante nuestros ojos el paso de los días, ahora que las lluvias, a partir de aquel feriado del diecisiete de mayo, día de la Ascensión del Señor, en que el vicealmirante Levy debió ir a guarecerse repentinamente, cuando interrogaba a algunas mujeres sobre joyas ocultas, en los portales de los Escribanos, alzaron en toda la ciudad un aroma a fiemo removido, a despierta materia orgánica, a hojas rociadas, pero su poder fecundante sirvió también para fertilizar la enfermedad que las tropas francesas habían metido entre nuestros muros y, ya en las horas de la tarde, nuestros pocos hospitales habían empezado a poblarse en forma francamente alarmante, como pudo Bernabé comprobarlo en sus frecuentes almogaverías, lo cual

no hubiera bastado aun para sacar a la autoridad invasora de su culposa indolencia, a no ser porque un escandaloso chirrión lleno de cadáveres atravesó, a eso de las cinco, las calles principales con rumbo a los muelles ¿e la Casa de Contratación, donde supongo que los médicos habían logrado destacar una chalupa para arrojarlos en mitad de la bahía, dado que la guerra había colmado nuestro pequeño cementerio y que, además, no era posible por el peligro de contagio cavar fosas comunes para muertos pestíferos dentro del cerco fortificado, entonces todos se preguntaron por qué no iba un sacerdote con ese cargamento fúnebre, la perplejidad cedió su puesto al pánico y, por primera vez, las gentes juzgaron prudente poner en vigor las advertencias y recomendaciones promulgadas hacía días por el joven Iriarte, el propio Pointis mostró un vago deseo de imponerse de la situación, y Hortensia y María Rosa alargaron, en el caserón de los Goltar, donde vivíamos en una especie de tirante armisticio, los rosarios que ya casi les consumían la totalidad de su tiempo, seguras como podían estarlo de que Beltrana cargaba sin rechistar con el peso de los quehaceres, y por supuesto, la hermana de Federico extremó las reglas de seguridad que sobre nosotros, quiero decir sobre nuestra conducta sexual, había establecido, pues pensaba que, de entregarnos Federico y yo nuevamente al desafuero erótico, el Altísimo en ese caso no podría mostrar ninguna compasión hacia este hogar, al cual había fulminado ya, según ella, en las cabezas inocentes de Lupercio y de Cristina, así que, vista la imposibilidad de encerrarnos bajo candado todo el día en nuestras respectivas alcobas, y de evitar que saliéramos a la calle, donde mi novel astrónomo había dado ahora en acolitar, a cualquier hora, las extravagancias y borracheras de Leclerq, ordenó a Bernabé seguimos y vigilarnos constantemente, observar si no nos metíamos en cualquier callejón a hacer el amor, pues decía que éramos como perros, no nos avergonzaba hacerlo en público, deber que el joven esclavo cumplía sólo por guardar las apariencias, pues había llegado a temer las iras y despropósitos de María Rosa Goltar, cada vez menos compaginados con la realidad, cada vez más insanos y arrebatados como el propio comportamiento de Federico, que desafiaba la epidemia creciente, siguiendo al *bon fripon* por recovecos y suburbios de pesadilla, donde el filibustero bebía a toneles cualquier ron de caña que pudiera rapiñar en casas o ventorrillos, y recuerdo que fue el dieciocho de mayo, cómo podría olvidarlo, el día en que Leclerq lo convenció, entre risotadas y sarcasmos, de beber aquella mixtura que le proporcionaron algunas gentes zambas, todas muy divertidas con esta toma de la ciudad que, hasta el momento, daba la mera sensación de un festivo entremés, a pesar de otras dos carretadas de cadáveres vistas pasar, aquella mañana, hacia los muelles de la bahía, y por vez primera vi esa tarde a Federico bailar y cantar, como una marioneta, al palmoteo y al ronco canto de Leclerq, se quitó la camisa y miré con dolor su joven complexión, contorsionada por el alcohol, mientras el francés clavaba en mí los garfios de su mirada, de un azul bravío a la luz evanescente del ocaso, entonces los zambos, también beodos, a un hipnótico ritmo de tamboriles y de gaitas, iniciaron una danza en círculo con velas prendidas en las manos, rodeándonos,

sumergiéndonos en un vértigo alocado que no parecía tener cuándo parar, y otros bucaneros, idiotizados por la borrachera, con sus caras estúpidas cruzadas de cicatrices, su piel desteñida por el sol, sus ojos casi péndulos, sus babeantes comisuras, se unieron al redondel, donde se entremezclaban los dialectos negros e indígenas a las lenguas europeas de los forbantes, precisamente en el instante en que comprendí, con horror, que por aquellos rumbos los granaderos de Pointis brillaban por su ausencia, la mirada de Leclerq se hacía más inquieta y obsesiva, era como una brasa azul en la semioscuridad, entonces Bernabé rompió el círculo de bailarines, en cuyo centro Federico se contorsionaba mecánicamente, y trató de arrastrarme consigo, de librarme de la amenaza ya palmaria, pero era tarde, Leclerq me había asido por un brazo y, mirándome con un apetito mezclado de sorna, colocó la otra mano en mi nuca y me atrajo con fuerza, para infligirme en los labios un beso que fue más bien un iracundo o rencoroso mordisco, el único homenaje que era capaz de rendir a la belleza aquel taimado ladrón, aquel ser diabólico, desprovisto de cualquier sentimiento de amor, que luego, con su garra crispada, rasgó de un tirón mis ropas y sacó al aire húmedo del crepúsculo las esferas frutales de mis senos, cuyos pezones buscó con una lengua aspérrima, antes de arruinar de otro tirón el resto de mis vestiduras y dejarme súbitamente desnuda en mitad del círculo que celebró el suceso con un ebrio alarido, mientras Federico seguía embebido en su danza lejana y agónica, de la cual parecía no poder zafarse, y yo me debatía impotente ante aquel apremiante poder que parecía tener manos para todo, pues en un santiamén vi al aire también su miembro varonil, encorvado y amoratado como un plátano podrido, tan largo como el de un negro, como el tuyo, Bernabé, que te abalanzaste sobre él con un grito salvaje, ¡deje en paz a la señorita!, y el bucanero te rechazó con su manaza de hierro sobre tu rostro, para lanzarme sobre un matorral de cadillos y treparse sobre mí en un visaje, llegué a sentir el roce de su hinchado glande sobre mis muslos, casi llegando a la abertura, todavía virginal, de mi sexo, apreté las piernas todo lo que pude, a sabiendas de que sería inútil, pero entonces vi recular, salir flotando hacia la altura como por arte de magia el corpachón de Leclerq, mientras una voz de timbre militar interrogaba a aullidos, *qu'est-ce que c'est, grande Vierge!*, y vi al frustrado violador, que había sido alzado por los aires, suspendido de la pretina y del cuello, caer pesadamente sobre un grupo de hermosos guamachos, al contacto de los cuales profirió un grito de dolor, y el hombre que lo había retirado de mí, a las claras un oficial de granaderos, reclamaba a los suyos *venez vite!*, en tanto se lanzaba otra vez sobre el transgresor, *vous, alcoolique, syphilitique, je vous abattraï moi-même, sans l'aide de personne*, de forma que alcanzó a propinarle un par de puñetazos en pleno rostro, antes que sus hombres terminaran de reducirlo y otros granaderos la emprendieran con el resto de filibusteros, que gritaban *je n'en sais rien, moi!*, y con el mismo Federico, a quien inicialmente tomaron por algún francés, *vous, sauvages! Je vais vous laisser quatre jours en prison au moins! bande de syphilitiques! C'est intolérable! J'en parlerai à Levy, Petit-Goave*, y cuando todos fueron reducidos,

incluidos la tropilla de zambos que aún se contoneaba entre las manos de los granaderos, y Bernabé, que no sabía cómo explicar su papel en el melodrama, el oficial se acercó y me preguntó si era criolla, quiero decir si hija de españoles, *tu es créole, mademoiselle n'est-ce pas?*, absorto comprensiblemente en mi cuerpo desnudo, *qu'est-ce que tu fais ici, jolie fille*, y dirigiéndose a todos *quel âge elle a? dix-sept ans au maximum, oui, j'en parlerai a Ducasse*, para volver a emprenderla a cachetadas con Leclerq, *Lucien Leclerq, ce n'est pas votre nom? vous sauvage, alcoolique, vous en particulier, je vous emmerderai!*, luego volvió a recorrerme con los ojos, se quitó la casaca y me cubrió con ella, *et tu as accepté de venir ici? grande Vierge! Je vais t'accompagner jusque chez toi*, lo decía con una desolada ternura, *sapristi! elle a dix-sept ans à peine*, creo que debía tener una hija de mi edad, era un hombre robusto, sanguíneo, de unos cincuenta años, me parece que de Turena o del Orleanesado, en mi turbación logré explicarle que Federico y Bernabé eran mis acompañantes, cabeceó con furia y les preguntó qué rayos andaban haciendo un par de mozos imberbes, con una chica de mi edad, mezclados entre una pandilla de truhanes, máxime cuando la ciudad se encontraba bajo ocupación extranjera, prácticamente sin ley, no olvidaré jamás su congestionada cólera ni su figura envuelta ya en las sombras del anochecer, en cuyo cielo debía fulgurar, olvidado, nuestro planeta Genoveva, porque con brusca cortesía nos hizo abordar un quitrín confiscado, subió él mismo y ordenó a uno de sus granaderos conducirnos a casa, aún rezongaba *c'est tenter le diable, tenter le diable!*, mientras al trote de los caballos orillábamos las fortificaciones para internarnos en el arrabal de San Diego, pasar como una exhalación por sus desiertas calles sin faroles ni velones, doblar a la izquierda por el convento donde fray Tomás de la Anunciación debía rezar sus primeras oraciones nocturnas, esperando en no encarar esa noche el universo siniestro de sus pesadillas, y detenernos por último frente a la casa Goltar, silenciosa y clausurada a esa hora, sahumada acaso por el benjuí y por los embalsamantes rosarios desgranados durante todo el día por Hortensia y María Rosa, el capitán de granaderos fue el primero en bajar, resoplando, luego me tendió la mano y creo que, al colocar mi pie en el estribo, alcanzó a divisar, por entre la abertura de la casaca, mi sexo de diecisiete años, pues aún rezongó algún grande *Vierge!* algún *mon Dieu!*, sin saber que sería la última visión placentera de su vida, pues mientras Federico y Bernabé saltaban a la calzada, avanzó con arrogancia hasta el portón y golpeó muy fuerte con la aldaba, luego emitió un largo gemido, más parecido a un suspiro, se llevó una mano a la frente, trató de toser y, en cambio, cayó desvanecido sobre el empedrado, todos nos apresuramos a socorrerlo, el granadero que gobernaba el coche brincó ágilmente desde el pescante y trató de hallar los latidos de su muñeca, en vano, pues estaba muerto, había fallecido por una especie de vahído instantáneo, como esos enfermos de gangrena que hacen casi tan imperceptiblemente el tránsito de esta vida a la otra, mas no era la gangrena la enfermedad que lo había matado, sino, como los médicos pudieron dictaminar más tarde, la peste del tabardillo, la más traicionera de

todas, pues en tanto algunos contaminados aullaban durante días, entre fiebres y terribles malestares, por el dolor que les causaban los bubones alzados como volcanes en erupción en su piel, otros jamás recibían indicio alguno de su infección, podían seguir entregados a su trabajo, así fuese el más duro, hasta el instante mismo en que el mal colmaba su organismo, momento en que caían como fulminados, como este pobre capitán ahora tendido frente a nuestra casa, ante nuestro desconcierto y el muy mayúsculo del joven granadero que procuraba inútilmente revivirlo, esperanzado todavía en que se tratase apenas de un desmayo, cuando en realidad el hombre flotaba en las olas de aquella muerte licorosa, que le vino sin anuncio, que no lo atormentó por más de diez o quince segundos, a él que hacía menos de media hora le cascaba con vigor las liendres al fortachón de Leclercq, qué forma dulce y tan injusta de morir, a partir de aquel momento he preferido siempre las muertes teatrales, divididas rigurosamente en actos, dotadas de una utilería convincente, con gran aparato de escenografía, las muertes conseguidas a brazo partido como la de Cipriano o aquéllas con las cuales culmina gloriosamente una enfermedad, como la de Marie, pues a la muerte hay que verle la cara, hay que haberla previsto y enfrentado antes de rendirnos a su abrazo de odalisca, no como este malaventurado capitán que la llevó en la sangre días y días, sin saberlo, y fue devorado por ella en cuestión de segundos cuando creía ejecutar un acto tan simple como golpear con la aldaba el portón de una casa, portón que ahora se abría de un solo golpe, como para el francés cincuentón la puerta del trasmundo, para dejarnos ver el rostro de gorgona demacrada de María Rosa, ignorante de todo pero ya colmada de supuestos, de erróneas deducciones, porque ni siquiera reparó en el cuerpo, saturado de repentina ausencia, al cual acababa yo de cubrir con su propia casaca, sino que viéndome desnuda en mitad de la calle se lanzó con un grito bestial sobre mí, ¡putísima desvergonzada!, ¡bruja transida de reputería!, ¡cómo te atreves a mostrarte así a las puertas de una casa decente!, y la emprendió otra vez con mi pobre cabellera, a la cual arrancó dolorosas hebras antes que Federico, Bernabé y el joven granadero lograsen quitármela de encima, inerte ahora yo por la turbación, por el turbión de acontecimientos que me tenía anonadada, y explicarle a manotazos y a gritos lo que había acaecido, mientras en un arrebato de tinglado griego me hundía yo, a toda prisa, en las tinieblas del zaguán, tomaba el camino de las escaleras y me precipitaba, deshecha en llanto, en la habitación que compartía con Beltrana, donde ésta se apersonó inmediatamente, transfigurada, sin saber lo que pasaba, y viendo en el lecho mi cuerpo desnudo empezó a prodigarme consuelos muy dulces, ignorando de qué me consolaba, consuelos que incluían suavísimas caricias desde mi temblorosa nuca hasta mis nalgas y mis piernas convulsas, de forma que no pude resistirme, pensé en la incalificable indolencia espiritual de Federico, en su aparente desdén hacia mi sufrimiento, lo aborrecí repentinamente con tanta fuerza como la que más tarde cobrarían mis amorosas evocaciones, me di vuelta y, atrayendo su rostro, besé con furor los labios de la muchacha, que desfogó también su deseo y se trenzó conmigo en un amor

huracanado pero muy breve, pues comprendimos lo estúpido de nuestro comportamiento apenas a tiempo para evitar que Hortensia sorprendiera la escena, una escena que habría destrozado para siempre mis vínculos con la casa, así que la otrora barragana del gobernador, cuya transformación progresaba día por día hacia el enervado misticismo que la llevó a refugiarse, por último, en un convento payanes, me roció con agua bendita y me vistió cuidadosamente, en tanto me tomaba cuenta de los hechos espantosos de aquel día y, con creciente horror, se enteraba de la presencia de un cadáver francés a nuestras puertas, adonde acudió sin tardanza, y acudimos también Beltrana y yo, para ver con un respingo de alarma cómo el lugar se había atestado de soldadesca gabacha y de filibusteros, a la cabeza de los cuales se encontraba nadie menos que Ducasse, el legendario Pitiguao, cuya estampa feroz campeaba en la calzada, dando desaforadas órdenes, convencido a lo que parece de que el capitán había sido asesinado, amenazando con meter en prisión hasta desembucharles con torturas la verdad a todos los ocupantes del caserón, entonces ocurrió lo que ninguno de nosotros hubiera previsto, ni aun en el extremo de la exuberancia imaginativa, y fue que la gris, la rencorosa María Rosa, esa amargada hermana menor de Federico a quien constantemente atribulaban obsesiones y denteras, encaró de repente al depredador del Caribe, se plantó frente suyo en actitud un tanto descocada y comenzó a enmendarle la plana, a cantárselas claras en tono tan seguro e imperioso, pues debe reconocerse que poseía cierta *vis vitalis* de propensión muy autoritaria, que el marino bearnés amainó a la vista de todos y le pidió sosegar, casi con ternura le suplicó comprender su posición, hacía apenas dos o tres horas había hablado con aquel saludable capitán a quien ahora encontraba difunto y de quien se empeñaban en hacerle creer que había fallecido de muerte natural, aquello no podía ser, pero a fe suya, y esto lo declaró en el mejor y más suave de los españoles, pues como había de confesarlo unos días después aquella jovencita se le había antojado una pajarita inerme chillándoles a los halcones, iba a subir con nosotros hasta nuestra sala y oiría en calma y beatitud todo lo que tuviéramos que decirle, que por lo pronto retirasen el cadáver y lo colocasen en manos de médicos franceses, no quería ni saber del diagnóstico falaz de los matasanos locales, y en efecto entró en nuestra casa y se apoltronó en la sala, escoltado por dos o tres de sus malencarados, uno de los cuales reconoció en Federico al joven criollo que los acompañaba durante la toma de San Felipe, de forma que vi a Hortensia y a Beltrana palidecer de temor, pero afanarse igualmente por halagar a los visitantes con golosinas de su angustiada invención, hechas probablemente de sobras, pues ya casi se nos agotaban los pocos víveres dejados por los saqueadores en la tienda de abarrotes, u obtenidos en los desmantelados almacenes militares, entonces el Pitiguao, ante nuestras miradas perplejas y también ante el adormilamiento o el embaimiento que en Federico seguía efectuando el brumoso licor de caña que Leclerq le había dado a beber, en lugar de iniciar la pesquisa, quiero decir el interrogatorio relacionado con la muerte del capitán de granaderos, se puso a indagar a María Rosa

sobre su vida e intimidades, le preguntó cómo era educada una muchacha de bien en estas difíciles latitudes, si conocíamos la Didáctica Magna o, algo mejor, el *Orbis sensualium pictus*, ese adorable libro para niños, con ilustraciones, de Juan Amos Comenio, a cuyo método para aprender las lenguas extranjeras imitando la forma como se aprendió la materna decía deber su ágil dominio del español, si nos eran familiares las teorías de Rene Descartes sobre el abandono del criterio de autoridad o si nos apegábamos todavía a San Jerónimo y San Agustín, con lo cual consiguió desconcertarnos, al menos a mí, que suponía en él a un simple aventurero sin humanidades y me topaba de pronto con un carnicero finchado de pedagogo, cuyo deseo de impresionar a María Rosa parecía evidente a la vez que ilógico, pues si la hermana de Federico había llegado a gustarle, nada le costaba tomarla allí mismo por la fuerza, como Leclercq había tratado de hacer conmigo, en cambio hablaba de sus solitarias lecturas, en su casa campestre de Basseterre, cuando era obligado por su señor el rey de Francia a permanecer en el marasmo guerrero, de sus saqueos de bibliotecas clericales en el Caribe, de la imborrable propensión a la aventura que, desde su niñez, le imprimió el conocimiento del Os Lusíadas, poema portugués sobre la expedición de Vasco de Gama al cabo de Buena Esperanza, en el cual una incidental isla de delicias prefiguraba la que él habitaba ahora con sus bravos, de donde colegí que no se consideraba a sí mismo un príncipe del estrago, sino más bien el héroe de una canción de gesta que desafiaba las cóleras de ese nuevo gigante Adamastor que se manifestaba a sus ojos bajo las trazas del poderío español, y vi cómo era María Rosa progresivamente cautivada por este bearnés cincuentón, de rostro agrietado y bermejo, y de escalfada piel de pajarraco, en cuyos modales parecía palpitar un rescoldo de vieja bonhomía, acaso de una perdida nobleza de ánimo, pues fuera uno a saber de qué modo la vida había zarandeado al casi mítico Pitiguao, al antiguo tratante de esclavos, al dueño de Santo Domingo, de Basseterre, de la Tortuga, que alguna vez, en la Navarra francesa, en esa vieja Navarra que parlaba en algún dialecto de la misma dulce lengua de oc de las canciones de mi Marie, fue nada más que un niño deslumbrado por el esplendor del mundo, un pequeñuelo sacudido por los temporales de la fantasía, de la misma manera que su lugarteniente Montbars había sido, un día lejano, gentilhomme en la corte del cardenal Mazarino, y llegué a experimentar un tris de simpatía hacia él, hacia aquel Jean-Baptiste Ducasse cuya sola mención me habría hecho persignarme apenas unas semanas atrás y que ahora, porque el mundo se nos había vuelto al revés y Cristo nos daba la espalda, platicaba en la sala de los Goltar como hubiese podido hacerlo cualquier fray Tomás de la Anunciación, y a todos parecía antojarse aquello la cosa más natural sobre este planeta, y yo pensaba en aquella cena del Martes Santo, cuando Lupercio anunciaba que había concentrado en Cartagena sus mercancías, ante el temor de un ataque francés a Portobelo, diablos y las jugadas que nos hace el paso del tiempo, ahora Lupercio estaba muerto y el mismísimo Petit-Goave, el terror de los mares, usurpaba su sitio en esta sala, me dieron ganas de llorar, de salir huyendo de allí, de ser

anonadada por los cielos, pero Ducasse, esta leyenda viva, no parecía ahora tan fiero como nos lo figurábamos, el temblor de sus manos, de sus muñecas, era el de cualquier cristiano que teme no resultar lo bastante simpático a sus anfitriones, pues se esforzaba a las claras por caernos bien, por agradarle a María Rosa, de quien, y la idea me sacudió como un fogonazo, se había enamorado a todas luces, no cabía la más miserable duda, aquello me parecía una enormidad en el orbe de la pura ironía, porque conocía de sobra los adustos sentimientos de esa muchacha que venía a ser como la representación más depurada de la mojigatería, que se horrorizaba por la menor alusión picante, que a Federico y a mí nos creía el par de fornicarios más consumados de todo el quinto infierno, de modo que me preguntaba cuál imprevisible resultado podría el rudo pirata sacar de las finezas y galanuras en que ahora se esforzaba, acaso un brusco rechazo que fermentaría su orgullo y lo predispondría contra todos nosotros, busqué el rostro de Hortensia y hallé en ella la misma sofrenada preocupación, busqué el de Beltrana y comprendí que zozobraba en angustias de múltiple origen, busqué el de Federico y lo vi turbio y ceniciento, encogido, disminuido ante la talla del feroz marino, que en aquel momento, como tratando de realzar sus facetas sentimentales, evocaba la forma como su corazón fue aprisionado, en Sancti Spíritus, por la mujer de uno de esos cultivadores de tabaco, caña de azúcar, maderas de cuajaní y ramón de sierras, que eran verdaderos señores de horca y cuchillo en esas comarcas alucinadas de las Antillas, hombres poco dados a impresionarse con leyendas como la del Pitiguao, de forma que debió emascularlo en la Plaza Mayor de la ciudad, hasta donde se habían internado desde Tunas de Zaza para aprovisionarse de tabaco picado, y en cambio no osó tocar un pelo a la mujer, no obstante su desvío indoblegable, porque se consideraba incapaz de ejercer violencia sobre un ser por el cual sintiese amor, amor auténtico, anécdota que, según decía, figuraba en las *Historias verdaderas de los saqueos piráticos en Cuba y las Antillas*, escritas por fray Arturo Alape, un franciscano al cual escalparía si pudiera encontrarlo, pues no sólo había omitido el final de la historia, esto es, la restitución que a su adorada hizo Ducasse de todos los bienes confiscados a su marido, antes de declararse y retirarse voluntariamente en derrota, sino que también se atrevió a motejarlo de *Atila del Caribe*, injusticia que no podía olvidar, y mucho menos perdonar, instante en que vi los malos instintos asomar a su mirada de animal astuto, mientras memoraba también a una envenenadora de Florencia que estuvo a punto de hacerle beber el *Acqua Toffana*, y a una africana del Senegal que lo embrujó con una pócima de corazones de sano, y a otra negra de Guanabacoa que lo hacía doblarse de dolor pinchando con un alfiler los testículos diminutos de un muñeco de cera, y a una mestiza de Puerto Cabello a la que tampoco quiso ahorcar cuando la supo infiel y con nadie menos que con uno de sus negros dominicanos, al cual, eso sí, hizo empalar después de haberle extraído con pinzas las uñas una por una, y así fuimos enterándonos de su vida y milagros, ya que, sin duda, era un individuo bastante pagado de sí mismo, para quien sus fechos y fechorías debían constituir el centro de

la atención universal, ítem más, debían hechizar amorosamente a María Rosa que, en efecto, lo escuchaba embebida como si ante sí tuviera a un paladín de los tercios de Cristo, a un ángel de las legiones exterminadoras, a un Appollión justiciero, hasta cuando, de pronto, a una seña del Pitiguao, los tres filibusteros de su escolta nos pidieron en voz baja a los demás abandonar discretamente la sala, orden o súplica a la cual trató Hortensia, ante la evidente maquinación para irrespetar a la hermana de Federico, de resistirse, pero fue entonces la propia María Rosa quien intervino, arrogándose toda la autoridad en aquella casa, para ordenarnos dejarla a solas con monsieur Ducasse, yo de mil amores hubiese obedecido en el acto, pues me sentía fatigadísima y aquella aparente contradicción en el carácter de mi implacable enemiga me colmaba de cierta satisfacción maligna, a no ser porque imaginaba que Federico de alguna manera se opondría, mas al mirar hacia su sillón pude advertir que, siempre bajo los efectos del licor nebuloso que le suministró Leclerq, mi precoz astrónomo dormía ahora como un bendito, tan profundamente que los bucaneros debieron alzarlo en vilo para llevarlo a su habitación y depositarlo en el lecho, luego de lo cual nos insinuaron, a nuestro turno, recogernos, pues era tarde, ya nos veríamos al despuntar el día, el Petit-Goave era hombre de costumbres muy puntuales, debía descansar, y aún vimos cuando, ciñéndola del talle, condujo a María Rosa a esa repentina alcoba nupcial donde esa noche la desfloró entre acezos y exclamaciones de placer que repercutieron por todo el caserón, mientras en nuestro cuarto, Beltrana y yo, ateridas de miedo, nos estrechamos con lágrimas y así pudimos dormirnos abrazadas, besuqueándonos cada vez que nos despertaba el calor apelmazado de esa noche de mayo, ese calor que al amanecer se resolvió en lluvia torrencial, con una perceptible baja de temperatura y un aullar de rafagueantes vientos que fueron, a lo que parece, la causa principal del agravamiento de muchos enfermos que habían tratado de disimular o de ignorar sus síntomas, porque esa mañana, por ejemplo, una esclava de la vecindad murió mientras amamantaba a su hijo de meses, al cual hallaron succionando todavía del yerto pezón, de las casas empezaron a brotar aúllos de agonía, más fuertes que los del viento, y nuevos chirriones abarrotados de cadáveres desfilaron hacia los muelles, dado que era imposible enviarlos hacia los extramuros, ante el pánico del joven Iriarte, que extremaba las medidas de aseo para evitar el ser contagiado por sus ya innumerables pacientes, a quienes los bubones atormentaban hasta la exasperación, o por la misma fetidez que comenzaba a trascender de todas partes, pues muchas personas, entre ellas algunos bucaneros, amanecieron sin vida en las calles, dos o tres marinos o granaderos franceses fallecieron mientras montaban guardia en diferentes lugares, y se supo que el barón de Pointis, deseoso de largarse cuanto antes, había concedido permiso a un tal Antonio Otayza para ir en una chalupa a Portobelo con el fin de recabar unos quinientos mil pesos como rescate de la plaza, decisión asumida durante una junta con aquéllos, muy pocos, oficiales españoles que habían preferido permanecer prisioneros en la ciudad, entre los cuales se contaban Sancho Jimeno de

Orozco, José Vallejo de la Canal, Francisco Santarén y otros de su misma entereza, pero a casi nadie en la villa parecían interesar ahora esas noticias, cada cual vivía su propio drama, ya fuera porque lo hubiesen desvalijado los piratas, ya porque la peste le hubiera arrebatado a un ser querido, o bien porque no hallara cómo calmar el hambre, de forma que las gentes, cuando no se enclaustraban misantrópicamente en sus hogares, deambulaban como autómatas por las calles, sin saludar ni devolver el saludo, temerosas de que alguien denunciase sus fortunas escondidas o enterradas, pese a que los invasores sólo aparentaran, de unos días a esta parte, interesarse por requisar las casas muy principales, lo cual no dejaba de inspirarme alivio, al pensar en las joyas de mi madre, sepultadas en el patio de mi abandonado caserón de San Diego, alivio que no compensaba, sin embargo, la angustia que empezaba a roerme por los desmanes que la presencia del Pitiguao pudiera desatar en casa de los Goltar, sobre lo cual no resultaba posible, a mi modo de ver, aventurar ningún pronóstico, pues si bien el flamante galán de María Rosa había ordenado, la mañana de aquel sábado en que despertaron con una frescura de tórtolos en primavera y desayunaron dando cada uno sus bocados al otro ante el silencio reprobatorio pero reverente de los demás, a pesar, digo, de haber ordenado a sus hombres traernos todo género de bastimentos y vituallas desde los almacenes militares, la constante guardia que en la casa montaban dos o tres filibusteros de entre lo peor de esa morralla no me parecía, en modo alguno, de buen augurio, a despecho de la compostura que aquellos truhanes se veían obligados a observar, pues el viejo hogar de Lupercio había pasado a convertirse, por así decirlo, en el sanctasanctorum de monsieur Ducasse, al punto de emprender, aquel mismo día, una inspección puntillosa de todas sus instalaciones, incluido el mirador de Federico con sus barómetros, sus esferas armilares, sus planisferios, sus portulanos, su anteojo de Galileo que años más tarde serían incinerados, bajo presunción de servir como instrumentos de hechicería, por la *Inquisitio hereticae pravitatis*, recinto que, en su condición de marino, lo sorprendió gratísimamente, casi podría decirse que lo llenó de alegría, mientras Federico, que tomaba casi con indiferencia no sólo las nuevas relaciones de su hermana sino prácticamente todo lo que le rodeaba, le relataba las circunstancias en que aquel menaje había llegado a Cartagena, gracias a los antecedentes náuticos de su difunto padre, historia que vivamente interesó al Pitiguao, ya que, según dijo, algo de marinería había de existir en la sangre de la mujer que amaba, y la verdad es que ahora María Rosa parecía absorbida por ese mundo de astrolabios y de piscatores que, hasta hacía muy poco, sólo le había arrancado bostezos, y con tristeza oí cómo Federico prometía al para mí indeseable huésped mostrarle esa misma tarde, cuando el sol declinara, el anónimo planeta que había descubierto gracias a sus observaciones pacientes, sí, sí, sí, dijo anónimo, pero ese día me juré en mi corazón, y lo hice en vano, me parece ahora, que aquel planeta se llamaría Genoveva por encima de todas las cosas del mundo, Genoveva, Genoveva, Genoveva, el planeta tejedor de guirnaldas siderales, el planeta de los sabios, el de los rebeldes, el planeta de las

compulsiones uránicas, que era, estoy segura, el que por vengarse de su descubridor me impelía en aquellos días hacia los brazos de la floreciente Beltrana, de esa dulce muchacha con quien, cada vez que la ocasión lo permitía, me estrechaba ahora en éxtasis de pasión silenciosa, porque Federico había dejado de amarme, yo misma le apagué la pasión, primero al dispararle aquel berrido irracional en el palmar de Zamba, luego al vengar en cabeza suya, el día que la escuadra francesa apareció frente a la ciudad, las injusticias en mí perpetradas por su madre y por su hermana, y finalmente al haber preferido concurrir al sepelio de mi padre, cuya muerte era ya un hecho cumplido, antes que asegurar la asistencia de un médico a su madre moribunda, hechos también cumplidos, por desgracia, completamente irreversibles y que ni siquiera podían, por lo visto, ser resarcidos o contrabalanceados con el amor, con el minucioso amor con que lo esperé todo el tiempo que anduvo desaparecido, el mismo con que más tarde lo rescaté de la horda filibustera, rodeado de la cual había llegado a convertirse en un rey de escarnios, y hubiera pensado para siempre que ni aun con el sagrado recuerdo que le guardé durante toda mi vida errante habrían sido jamás contrapesados, de no ser por las turbadoras, por las casi increíbles revelaciones que Tabareau me prodigó la víspera de mi abandono de París, revelaciones que me han perseguido como una jauría afrentosa y también como una beatífica iluminación, que debí confinar en el recodo más oscuro de mi conciencia todos esos meses remansados, arcangelicales, que pasé en la Ciudad Eterna antes de entrevistarme con el Papa Benedicto XIV, pero que volvieron en amargo reflujo tan pronto se iniciaron los lentos, los perezosos años de mi vida en las colonias británicas de Norteamérica, al lado de Rutherford Eidgenossen, con quien aprendí las virtudes prosaicas del ejercicio del periodismo, en aquellas espaciosas faenas de composición e impresión en que debí compenetrarme con la endiablada ortografía inglesa y afinar mis ancianos ojos frente a esos moldes de caja que mi amigo manipulaba con celeridad magistral, como arquero que encaja una tras otra sus flechas sin errar el blanco, como tampoco erraba sus mordaces saetas contra la mentalidad predominante, contra los crecientes prejuicios y contra los descarríos axiológicos del calvinismo, esa forma deletérea del cristianismo que predicaba la depravación total del hombre por el pecado original, su incapacidad para hacer el bien o contraer méritos, la elección incondicional hecha por Dios de los hombres que podían salvarse y el origen divino del gobierno civil, amén de las secuelas que de allí se desprendían como, por vía de ejemplo, la predestinación de los pielesrojas a las hogueras del infierno o la supremacía del dinero sobre cualquier otro valor ético, ideas que no podían caber en la mente despierta y humanitaria de Rutherford, que bajo mi influencia y para despejar las brumas místicas había empezado a conferir cierta importancia, entre las noticias semanales, a los hallazgos de la ciencia racionalista, como aquél de la llamada gota negra, fenómeno observado por primera vez el seis de junio de 1761 en el tránsito del planeta Venus por el disco solar, y que consistía en una especie de puente que parecía tenderse entre los dos cuerpos astrales en el momento del contacto interior, sobre el

cual hicimos en nuestra primera página algún despliegue, no sin agregar mi interpretación particular del asunto, que yo atribuía a una mera apariencia motivada por la difracción de la luz, estudiada hacía casi un siglo por el holandés Cristian Huygens, el mismo que descubrió el anillo de Saturno y su luna bautizada Titán, el que observó los casquetes polares de Marte y la preocupante nebulosa de Orión, pero no eran materias que ayudasen a la venta ni, por tanto, a la prosperidad numularia del periódico, así que no era posible insistir demasiado en ellas, a despecho de mi machacado argumento según el cual toda renovación espiritual o política, en este caso la necesaria para que los habitantes de las colonias abandonaran la vía del prejuicio religioso y la ciega obediencia al rey de Inglaterra, no podría provenir de otra cosa que del ensanchamiento de sus horizontes intelectuales, ya fuera a través del contacto con los progresos de la ciencia o con un mayor acercamiento a las artes libres, posición que Eidgenossen solía rechazar pretextando la enajenación que en las mentes producían las frondosas y abstrusas demasías de la investigación científica, así como las desviaciones excesivamente estéticas del arte, de modo que me veía obligada a atemperar mis arrebatos, aunque ya lo tenía convencido, como puede colegirse, de la necesidad de una apertura política, apertura que se sintió más inclinado a propiciar a partir de sus nuevas y largas pláticas con su maestro Benjamín Franklin, que en 1762 había regresado pasajeraamente a Filadelfia, donde a instancias de su mujer se hubiera instalado en definitiva, a no ser porque nuevas disputas con los propietarios indujeron a la Asamblea a comisionarlo otra vez ante la Corona, mas no fueron, en últimas, aquellas conversaciones saturadas de filosofía y de abstracción las que acabaron por convencerlo de la solidez de mis argumentos, sino el golpe rotundo que los legisladores isleños se resolvieron por fin a asestar a los respondones semanarios de las colonias, a los cuales no deseaban seguir ocultando su ojeriza, cuando en 1765, a ocho lentísimos y monótonos años ya de mi arribo a Nueva York, decidieron promulgar el polémico Decreto del Timbre, que a Rutherford atañía directamente, pues obligaba a colocar un determinado sello de recaudación sobre las distintas clases de obras impresas, así como en los documentos legales, impuesto que amenazaba con llevar a la ruina tanto a periodistas como a impresores, y que venía a sumarse a las leyes expedidas un año antes para gravar las melazas, el té la seda, el vino y otros rubros, y sobre todo a la muy perturbadora Ley de la Moneda, mediante la cual se impedía que fueran aceptados como medios de pago los billetes de crédito emitidos por las colonias, caudal de disposiciones contra el cual airadamente habían protestado los semanarios, muy en particular el *New York Courant*, a cuyo propietario azuzaba yo en forma constante, y que, sin embargo, eran remachados por este golpe directo en el estómago de los periodistas, que acordaron desde un principio impugnarlo, y aún más, concitar las represalias populares contra todo aquél que se aviniera a poner ese timbre en sus impresos, de modo que, mientras publicaciones como el *Pennsylvania Journal* cerraban sus puertas en señal de protesta, nuestro periódico siguió apareciendo con semanal puntualidad, sólo que repleto ahora de

ingeniosos y, a veces, virulentos ataques contra los legisladores, y fue por aquellos días que Rutherford, finalmente, desoyendo ya con toda resolución las prédicas de su tímido maestro Franklin, para quien, según sus propias palabras, mucho hubiésemos podido hacer por impedir que el sol se pusiera pero, visto que lo teníamos debajo del horizonte, era mejor resignarse a encender las velas, accedió a llevarme, como tantas veces se lo había suplicado, con su antiguo discípulo el coronel Washington, a la sazón juez apacible de Fairfax, con sede en Alexandria, y fue por eso que, a mediados de aquel otoño lluvioso, que en mi mente revivía otro otoño muy lejano, el primero que pasé en Francia, cuando fui a la región normanda con Tabareau a ver los frontones simbólicos de los iniciados de Lisieux y de Caen, nos lanzamos en un carruaje de mulas hacia la llanura atlántica, con rumbo a Virginia, viendo recortarse en el horizonte el perfil neblinoso de las Montañas Azules, en busca de aquel joven militar, ganado por la vida civil, y yo me preguntaba, al recordar con qué suave energía las delegaciones de las legislaturas, reunidas en Nueva York, acababan de notificar al Parlamento de Londres que nadie podía imponer tributos o impuestos a las colonias salvo esas mismas legislaturas, y al reparar en el trabajo vitalista y gozoso de los granjeros norteamericanos, si no sería exagerado tratar de hundir a estas colonias en una guerra contra la metrópoli, si no estaríamos llevando demasiado lejos las consignas de la Logia, si no sería propiciar una inútil efusión de sangre, pues no era la condición de estas familias inmigrantes la misma del oprimido pueblo de París, ni mucho menos la de los mineros suecos de Swedenborg, tampoco la de nuestros virreinos españoles, pues aquí se seguía peleando la tierra palmo a palmo con los pielesrojas, y no había encomiendas ni mitas, era una lucha entre dos pueblos por la supervivencia, en la que cualquiera de los dos preferiría el exterminio a la esclavitud, y los únicos que llevaban todas las de perder eran, en suma, los negros, esclavizados en las plantaciones, los negros a los cuales poco podía importar la diferencia entre una Norteamérica inglesa y una Norteamérica norteamericana, y de pronto me sentí vacía, al contacto del aire oceánico, sentí que había sido toda mi vida instrumento de un grupo de intelectuales, dados a cerebrales abstracciones y mistificaciones, para quienes poco importaba, en verdad, el sufrimiento individual del hombre, siempre y cuando pudieran sacar avantes ciertos conceptos abstractos de justicia, cuánta sangre no se derramaría por culpa de aquellas especulaciones más filosóficas que propiamente humanas, pero reflexioné que era aquélla, acaso, la ley del progreso histórico, progreso impulsado por la mente pura, por resortes insospechados de esa mente que, en realidad, sólo buscaba pretextos para librar la batalla eterna por la inmortalidad, la batalla demoníaca que vi reflejada en los frescos de Michelangelo, una batalla metafísica del hombre con su condición perecedera, a la cual disfrazábamos bajo apariencias filosóficas, científicas y políticas, y suspiré hondamente, bajo el cielo aborregado de ese otoño impresentible, y vi a Rutherford Eidgenossen, rodeado por el gran espectáculo natural, fumando siempre su pipa de maíz, maldiciendo a las mulas, al fango, al universo, gobernando la carreta como si se

tratara de un juguete indeseable, y pensé en lo seriamente que suelen tomarse a sí mismos los seres humanos, sin comprender que no dejan jamás de ser niños desprotegidos, criaturas impotentes ante el desamparo cósmico, gusarapos que pululan en una charca cuyos límites ignoran, pensamiento que, curiosamente, me confortó y entonces pude tranquilizarme todo el resto del camino, que luego de dejar atrás a Filadelfia y a Annápolis, a la bahía de Chesapeake, y de dormir dos noches bajo rachas de silbante hielo que parecían cariar mis viejos huesos, nos internó en ese paisaje de suaves vegas, de brisas mucho más cálidas, de altos bosques y de plantaciones de tabaco, vastas plantaciones donde, por esta época del año, las hojas hacía rato estarían ensartadas en sus bramantes y colgadas en los secaderos, el paisaje virginiano lleno de perfumes vegetales, de un aire purísimo, comarca abrigada, protegida del frío, cuya colonización inició dos siglos atrás el propio Raleigh, por la cual nos encaminábamos felizmente a ese puebluco de casas de madera, con balcones sobre los soportales, por cuya calle mayor las caravanas de carretas marchaban quién sabe hacia dónde con sus cargamentos de pieles de ciervo, en el cual el coronel Washington nos recibió, ya casi al anochecer, en un despacho melancólico, el mismo que durante decenios habían usado, en Alexandria, los jueces del condado de Fairfax, pero al que había dado un poco de vida colgando en los muros armas y trofeos de caza, así como algunos óleos de paisajes virginianos, húmedos de bosques y de agricultura, pues parecía ser un individuo en extremo vital, como casi todas las gentes de esas tierras, signado por una alegría a toda prueba, un entusiasmo desbordante que vi más tarde manifestarse en su afición por los animales raros, por las plantas exóticas, por las regatas, por las carreras de caballos, por los juegos de naipes que organizaba en Dumfries, por las excursiones de pesca, por el tiro al blanco, por el baile en parejas y, en fin, por tal heterogéneo cúmulo de actividades que sorprendía cómo podía estirar su tiempo para abarcarlas todas y, a la vez, no abandonar su escaño en la legislatura de Virginia, impulsar con trabajo propio la institución de la Alexandria Academy y escribir, además, escribir en forma incesante, sin orden ni plan, derramar en el papel sus ideas a la manera de un fecundo torrente, tal como pude comprobarlo durante los largos meses que permanecí alojada en Mount Vernon, la casa campestre que heredó de su hermano, a partir de aquella noche en que abrazó en una explosión de júbilo a Rutherford Eidgenossen, evocando en voz alta cuánto le debía como amigo y mentor, y nos agasajó en el club local con una opípara cena y con todo el whisky que mi amigo periodista fue capaz de consumir, mientras comentaba sin timideces, desafiando a tres o cuatro casacas rojas que holgaban en una mesa vecina, como iba a ser inevitable la clausura de los tribunales de Virginia si Inglaterra insistía en la Ley del Timbre, pues no se contaba con dinero para pagar los sellos, la buena voluntad no sería suficiente, y de qué modo, además, al vernos aquí imposibilitados para adelantar los procedimientos judiciales, los mismos comerciantes ingleses, no bien supieran entorpecidos sus negocios con las colonias, serían los primeros en exigir la derogación de la medida, de donde inferí lo difícil que

sería llegar a convencerlo de que el mal no se fincaba en la supervivencia de aquel gravamen, que muy probablemente iba a ser anulado tan pronto se conociera en Londres la enfática reacción norteamericana, sino en la potestad que el Parlamento británico retendría para imponer, en el futuro, nuevas cargas a los contribuyentes, idea que tampoco parecía muy clara a Eidgenossen, el cual, ya con varios whiskies a bordo, retaba también a los casacas rojas, vociferando que la metrópoli tenía tanto derecho a meter las manos en su bolsillo, sin su consentimiento, como él de hacer otro tanto para apoderarse del dinero de su vecino, no sin criticar por igual, como ya lo había hecho en su periódico, el veto británico a la emisión de papel moneda por las colonias, decreto que Washington juzgaba el más injusto de todos, ya que, por tener siempre en su disfavor la balanza comercial, los billetes de crédito eran de primordial necesidad para las comarcas de aquende el océano, pero he de agregar que aquello lo tomaban como un deplorable error de la metrópoli y nada más, no en caso alguno como algo que pudiese fomentar una discordia absoluta entre Inglaterra y sus colonias, de forma que me limité a escuchar, fumando mi estrambótica pipa, y todavía escuchaba cuando, al día siguiente, partimos en otra de aquellas destartaladas carretas hacia Mount Vernon, y el joven coronel, en el pescante, se dolía a voz en cuello, para poder ser oído, del pobre concepto que sus conciudadanos parecían haberse formado acerca de la libertad individual, porque, según decía, como juez se había sentido conmovido por la forma como, por ejemplo, si el testamento de algún acaudalado propietario vulneraba los intereses de los herederos, éstos trataban en el acto de demostrar que su deudo había perdido la razón, usando como principal argumento todo lo que, en su vida privada, había existido de puramente individual, o sea, todo lo que lo había caracterizado frente a los demás, como si lo único cuerdo en este mundo fuese lo desteñidamente gregario, aquello que todo el mundo hacía, y constituyera, en consecuencia, nada menos que un deber ciudadano el anatematizar a los seres de excepción, aun a los de elección, pues en Norteamérica, según sostenía, la libertad personal se encontraba incesantemente coartada por la opinión pública, y el día llegaría, agregaba carcajeándose, en que los gobiernos considerasen sedicioso cualquier género de intimidación, y aquí experimenté una penosa opresión, al recordar la manera como en nuestras colonias españolas la intimidación había sido siempre una quimera, y qué decir de la inexistente opinión pública, allá nunca sería necesario declarar loco al hombre de excepción, bastaría con procesarlo como hereje o hechicero, y suspiré con tristeza que se trocó en alegría al sentir en mis fosas nasales el aire templado de Virginia, el aire de Mount Vernon, a cuya casa ya llegábamos, y donde Martha Custis, esposa en segundas nupcias de George Washington, iba a dar al conocerme prueba fehaciente de las palabras de su marido, pues al enterarse de que respondía al nombre de Genoveva Alcocer, me recorrió de pies a cabeza antes de comentar, con un mohín nada simpático, que era en verdad una manera bastante extraña de llamarse.

En efecto, allá por el verano del 1720 viajé a Marsella con Marie, en cuyo rostro comenzaban a pintarse, con tintes macilentos, los presagios de la enfermedad que había de llevarla a la tumba, con el propósito no muy seguro, pues habían pasado ocho años, de confirmar aquella rápida pero inmarchitable visión que tuve al abandonar ese paraje de las bocas del Ródano con Aldrovandi, de Bignon y sus dos enlutados cofrades el día mismo que pisé tierra francesa, la visión de aquellos ojos claros y soñadores que había creído no volver a tener ya nunca jamás, aquel rostro perdido entre un grupo de prostitutas que acechaban en la oscuridad de la calle a los soldados en uso de licencia, y fuimos a alojarnos, como ya he dicho, a la misma posada en la cual había recalado durante la primavera de 1712 con mis amigos geógrafos, y aunque Marie se manifestaba reticente acerca del éxito de nuestras pesquisas, lo cierto es que mis actividades como empadronadora de rameras al servicio de la logia del Cloître-Notre-Dame me habían dotado de cierta práctica en este género de menesteres, de forma que me bastó, en cierto modo, realizar unas cuantas averiguaciones por las tabernas portuarias, para dar con la pista de esa persona que, por su condición de indiana, debía necesariamente llamar la atención, y fue así como una de aquellas mañanas bañadas por la ardiente luz del Mediterráneo, golpeamos a la puerta de una casucha de los arrabales, una endeble construcción de madera rehogada a esa hora por el resol del estío, donde salió a abrirnos un niño flacuchento, pero de ojos tan puros que lo convertían en una verdadera monada, un niño triste que, sin embargo, nos recibió con una desamparada sonrisa al vernos allí, contemplándolo un poco estupefactas bajo la agresión de los rayos solares, y nos hizo pasar sin hacernos preguntas cuando le dijimos que deseábamos ver a su madre, nos sirvió unos dudosos refrescos mientras, según decía, la inquilina de la destartalada casa, que debía de haberme tomado, sin verme, por alguna representante de la autoridad, se acicalaba un poco, después de una mala noche en que, de acuerdo con la versión que condescendía a dar a su hijo, no la habían dejado dormir cierto par de urracas que cantaban a dúo una canción de cuna para arrullarla y así poder robar unas cuantas joyas que poseía, historia que me bastó para intuir la exigua sanidad mental que se respiraba entre aquellas paredes pintadas a ralos brochazos de un verde desvaído, y he de decir que ni cuando Benedicto XIV me hizo aguardar meses para recibirme, ni cuando me encerraron bajo llave en casa de los Goltar, ni siquiera cuando esperaba el dictamen fatal de los jueces en las mazmorras de la Conciergerie, la expectativa cobró para mí tales visos de ansiedad como esa mañana de julio en que, por fin, pasados unos tres cuartos de hora desde nuestra llegada, la mujer cuyos ojos, cuyo rostro me habían turbado, una mujer apenas en trance de madurez, con

algo infantil todavía en esa mirada que tanto me recordaba la de Federico, hizo aparición, mustia y mohína por la falta de sueño, en el umbral de una de las puertas interiores, entonces me puse de pie, casi impedida por la emoción, y caímos la una en brazos de la otra, con los ojos arrasados de lágrimas, y no era para menos, pues durante todos aquellos años la conciencia no había dejado de hincarme un colmillo bien filudo repitiéndome, como a la postre lo corroboraba, que aquella mujer perdida entre las prostitutas marselesas no era otra que María Rosa, la hermana de mi pobre Federico, a quien no veía desde algunos días antes de aquel treinta de mayo de 1697, quiero decir veintitrés años atrás, en que el Pitiguao se la llevó silenciosamente en la fragata «Pontchartrain», y ahora nos mirábamos como intentando reconocernos, nos besábamos, nos estrujábamos, me partió el alma ver en su rostro los surcos de un largo sufrimiento, pues según fue informándome mientras marchábamos hacia la abacería más cercana, en busca de aquel compensatorio arsenal de alimentos que pagué luis sobre luis, y de caprichosas golosinas para el pequeño Isidore, que las devoraba deslumbrado, la vida se había tornado, de un momento a otro, canalla con ella, los santos de su devoción le habían torcido los ojos, en prueba de lo cual me relató la forma cómo debía ganarse la vida metiendo todas las noches en su alcoba, a veces casi a la fuerza, a un hombre que pudiera pagarle unos cuantos cobres por compartir algunas pocas horas su lecho de andrajos, por saborear su amor que yo suponía desgachado y mortecino, acto de pura inercia, casi no acto, y vi efectivamente, en aquella alcoba sin encanto donde lloró sobre mi regazo toda la tarde, los instrumentos y las huellas inconfundibles de esas prácticas de rabia y desamor, la triste, alargada cubeta sobre la cual se lavaba a horcajadas, ante la vista de su cliente, luego de haber recibido sus secreciones indeseables, los paños que le suministraba para lo propio y que solían yacer en el piso hasta el mediodía, las bolsas de lino recomendadas por Gabriel Fallopio para evitar el embarazo, ésas mismas que, según la marquesa de Sevigné, eran una armadura contra el placer y una mofa contra el peligro, y en fin las imágenes santas, pues aún se consideraba una creyente devotísima, vueltas de cara a la pared para no contemplar semejantes ignominias, y a cambio de todo, una miseria pertinaz, que ni siquiera le había permitido dar al pequeño, lo único que le quedaba en este mundo a despecho de haber sido madre tres veces, así fuera una rudimentaria educación, pues aun en el caso de haber contado con medios para hacerlo, en la escuela no habrían recibido al hijo de una meretriz extranjera, confesión ante la cual me apresuré a prometerle que, en lo sucesivo, una organización que vagamente le describí se encargaría de proporcionarles ayuda tanto a ella como al encantador Isidore, bien que, para tal fin, juzgaba más recomendable su traslado a otra ciudad, donde no les conocieran ni hubiesen incubado prevenciones contra ellos, pero, como suele ocurrir, los años me habían hecho olvidar la difícil índole de la hermana de Federico, su incorregible propensión a malentenderlo todo, porque, contrario a lo que me esperaba, en vez de alegrarse se colmó intempestivamente de cólera y me notificó que no aceptaría tales favores de una

desvergonzada como yo, que iba llegando de repente quién sabe de dónde, con una francesita petulante a la cual llamaba mi hija, y en esa posición se abroqueló hasta el anochecer cuando, quizá por razón de la tristeza de ese crepúsculo meridional, volvió a ablandarse y recordó, mientras bebíamos un poco de vino que compré para tratar de entonarla, cómo sus primeros años con Jean-Baptiste, luego del desembarco en Ámsterdam y del viaje a París para ventilar ante Luis XIV el pleito contra Pointis, habían sido de restallante felicidad, como si bendijera el Señor aquella unión libre de la que pronto, durante los pocos años que aún pasaron en Santo Domingo y, más tarde, durante la espléndida temporada marsellesa que señaló para el Petit-Goave su ascenso a teniente general de la Marina, hubieron de nacer dos primorosas criaturas, quiero decir un niño soñador que era, según su madre, la viva imagen de Federico, y una niña rubia y lejana, que se confundía con los rayos del sol estival, que poseía la sutil finura de una princesa encantada, en cuya compañía, decía entre sollozos, solía consolarse del abandono en que Ducasse a menudo la dejaba para cumplir sus obligaciones con la Corona, mas poco a poco el marino bearnés, fuese porque otra mujer hubiera usurpado el sitio de María Rosa en su corazón encallecido, o porque simplemente habían llegado las épocas del hastío, comenzó a alejarse de ella, dejó de comparecer en la casa que habían tomado en alquiler frente a la costa rocallosa y, un buen día, la amó por última vez a la luz de un llar invernal, para notificarle luego, de sopetón, que no regresaría jamás y que llevaría consigo a sus hijos, infamia que ejecutó a contrapelo de las súplicas y de los llantos copiosos de María Rosa, que nueve meses más tarde dio a luz, sin asistencia ni de comadronas, a esta monada de niño que soportaba ahora, en el patio de piedras, las perversidades intelectuales de mi Marie, y el cual fue probablemente el último de los muchos vástagos que el Pitiguo dejó rodando por este mundo, pues bien sabido es que, en 1714, por los tiempos en que yo trabajaba en el Observatorio y en que el rey galantuomo depositó en mi mano un campanudo beso, Ducasse recibió el encargo de bloquear el puerto de Barcelona, como otro acto de hostigamiento en la llamada Guerra de Sucesión de España, y que repentinos quebrantos de salud lo forzaron a abandonar el mando y a dirigirse a París, con la esperanza de ser sometido a tratamiento médico, sólo para morir, durante el trayecto, en la aldea de Bourbon-l'Archambault, cerca del río Loira, donde debieron asaltarlo legiones ululantes de remordimientos o donde, al menos, debió comprender el destino que, implacablemente, le había señalado a la desvalida extranjera, a la ingenua muchacha a quien sedujo en Cartagena y que no podía ser otro que aquél de la prostitución, en cuyos equívocos cruces se daba topetones como una ciega en un túnel estrecho, ignorante como era de las artes y de las artimañas mediante las cuales se puede expoliar dulcemente al prójimo, túnel del cual traté por todos los medios de sacarla, para estrellarme siempre contra su orgullo irracional, contra esa coraza que, desde los días de Zamba, había ido criando exclusivamente para defenderse de mí, de esta desaprensiva Genoveva a quien, por tortuosas razones, había juzgado siempre su enemiga, equivocación de la cual todavía me esforcé en arrancarla, a lo largo de

aquellos quince días durante los cuales no permití que introdujese extraños en su alcoba ni que mendigara mendrugos por los alrededores, en vano, pues me responsabilizaba de sus desdichas, arguyendo que había sido la desfachatez con que Federico y yo exhibíamos nuestra felicidad de pareja fornicaria lo que la había impulsado, por despecho, a arrojarse en brazos del Pitiguao, y creo preciso señalar que ni siquiera echó pie atrás cuando la puse al corriente de la suerte injusta y cruel corrida por su hermano, de quien dijo que se la tenía bien merecida, a quien se empeñó en maldecir, de quien renegó con una garrulería y un ardor dignos de mejor causa, así que fue Marie, mi pequeña Marie, la que terminó, transcurridas dos semanas en esa especie de juego de tira y afloja, por colocar una piadosa lápida sobre aquel encuentro infortunado, al declarar, mientras comíamos de las viandas por nosotras suministradas, que cuando un vaso no estaba limpio, cualquier bebida que en él se vertiera, así fuese la ambrosíaca de los dioses, se volvía necesariamente agria, frase que pronunció al azar, como si se refiriese al propio vaso que utilizaba, pero que la chafada y rencorosa Goltar comprendió lo bastante bien como para no agregar una palabra, y así, concluida aquella cena, nos largamos para siempre, jurándonos con impotente congoja no dejar a Isidore confiado a ese lánguido destino, pero abandonando a María Rosa al suyo, pues el rencor era en su caso más fuerte que la desesperanza, que el decoro, que la vida misma, y no sé por cuánto tiempo continuó aquella detestable mujer sumida en los goces mefíticos, en los pozos purulentos en que la hallé y en los cuales, me parece, aunque puedo incurrir en juicio temerario, encontraba malévolas satisfacciones, placeres siniestros, acaso la alegría de saberse hundida y envilecida, ella que deseó ser una santa, digo que no sé por cuánto tiempo permaneció en la pasividad de ese nirvana de horrores, de ese círculo dantesco, pues sólo volví a verla treinta y siete años más tarde, a tal punto llegaron a resultarme indiferentes las penurias y sufrimientos que aún pudiesen sobrevenirle, sí, sólo treinta y siete años después de aquella taciturna despedida, cuando no sin sorpresa, pero tampoco sin comprender los mecanismos que obraron aquel milagro cuyos alcances espirituales me tienen enteramente sin cuidado, la encontré convertida en madre superiora de un convento de trinitarias, en Roma, convento destinado, por supuesto, a brindar apoyo a las puella periclitantes, a las muchachas descarriadas, donde ignoro qué sórdidas retaliaciones emprendería contra las de su misma condición, porque a mi modo de ver la María Rosa de los días del asedio de Pointis, la María Rosa que se entregó al Pitiguao, la María Rosa de Marsella y la María Rosa del claustro transtiberino constituyeron siempre una sola, inmutable e inescindible María Rosa que para mí compendia la mentalidad educada en el amor a la autodestrucción, que es el gran principio del cristianismo, simbolizado por el suicidio de Dios en la cruz, por esa premeditada redención que se me antoja, por lo que a Jesús concernía, el colmo del orgullo satánico, pero dejemos eso y aún he de añadir algo más, y es que no me resigné a desamparar, eso nunca, al inocente Isidore, que bebía sin saberlo una ponzoña letal, así que me las arreglé para que Guido Aldrovandi y Pascal de Bignon,

en persona, realizaran a su turno el viaje a Marsella y persuadieran a la testaruda madre de la necesidad de separarse de su hijo, cuyos estudios pagaría la logia y a quien podría ver cada doce meses por una corta temporada, santa solución que permitió el ingreso del niño al viejo liceo de Tarbes, ciudad pirenaica muy próxima a Pau, donde había transcurrido la infancia de su progenitor y, sobre todo, muy alejada de las bocas del Ródano, y allí llegaría Isidore a echar raíces, según pude averiguar pasados muchos años, como profesor de literatura, y a fundar una estirpe que algún día, estoy segura, dará al mundo algún extraño poeta que, a la manera de Federico, se preguntará por qué los hombres, pese a la excelencia de sus métodos, no han logrado todavía medir la vertiginosa profundidad del viejo océano, y a la del Pitiguao, intuirá cómo, a pesar de todo, resultaría mucho más fácil reconocer la profundidad del océano que la del corazón humano, para llegar así a entonar un verdadero canto, una melodía encantada, *contra las estrellas al norte, contra las estrellas al este, contra las estrellas al sur, contra las estrellas al oeste, contra la luna, contra las montañas parecidas desde lejos a gigantes rocosos que yacen en la oscuridad, contra el aire frío que aspiran a pleno pulmón y que les vuelve rojo y quemante el interior de las narices, contra el silencio de la noche, contra los mochuelos cuyo vuelo sesgado les roza la jeta y que llevan una rata o una rana en el pico*, no sé de dónde me han brotado esas palabras, me parece que de los lebrillos de la bruja de San Amero, porque creo que son palabras del futuro, no mías en todo caso, sino de algún visionario que vendrá, a veces pienso que todo en este mundo está por esperarse, que hasta ahora no hemos vivido sino los balbucientes preludios de algo que, algún día, será lo definitivo, lo que señale al hombre su verdadero lugar en el universo, pero por esos rumbos es fácil caer en el optimismo, que no ha sido uno de los males más chicos de mi tiempo, el optimismo que ya François-Marie satirizó en cabeza del doctor Pangloss, y que, en cambio, vi a los habitantes de las colonias inglesas de Norteamérica practicar como un deber las veinticuatro horas del día, acaso por provenir casi todos de comunidades con las cuales, por una u otra razón, habían entrado en conflicto, y ver abrirse ante ellos un mundo que podían plasmar a su antojo, que caía en sus manos con la lúbrica sencillez de un fruto maduro, a despecho de la resistencia de los pielesrojas o pueblos de las praderas, así llamados por su costumbre de pintarse con tinturas de color rojizo, cada día más arrinconados, más acosados y hostigados, incapaces ya de sostener, como lo apuntaba George Washington, una lucha que se remontaba a los tiempos en que los españoles soñaban con hallar las mitológicas siete ciudades de Cibola y, en cambio, descubrieron el cañón del Colorado, pero yo solía reprocharle, en los largos días de pesca o en las azarasas cacerías de zorros, y ante el disgusto evidente de Martha Custis, pues como lo entrevió Henri de Boulainvilliers, jamás he disfrutado de muchas simpatías entre mi propio sexo, la injusticia con que los colonos consideraban a esas tribus que, bien visto, eran hijas milenarias de aquellas tierras, cuya posesión no debía disputárseles, entonces Washington reía de buena gana y me respondía que, de pensar como yo,

Julio César habría tenido que quedarse en casa zurciendo calcetines, y me pedía hacer un poco de memoria sobre la forma como mi raza ibérica había aplastado, con harta mayor crueldad, a los incas y a los aztecas, pueblos mucho más cultos, verdaderos imperios, porque ésa era la ley de la historia, y lo demás sensiblerías, el débil inclinaría siempre la cerviz ante el más fuerte y sanseacabó, a lo cual redargüía yo que, en nuestra América española, el colonizador había llegado a mezclarse con el aborigen para dar nacimiento a una raza mestiza que, en el futuro, unificaría seguramente los ideales de ambas vertientes, idea que casi lo mata de la risa porque, me dijo, la única consecuencia que conocía de las mezclas de razas eran esos gozques que les ladraban a los mastines pero ponían pies en polvorosa a la hora de la verdad, de donde colegí la condición de mastín que confería al pueblo blanco que se afincaba en Norteamérica, uno de cuyos más saludables ejemplares era precisamente su mujer, Martha Custis, o mejor Martha Dandridge, porque el Custis con que todos la nombraban lo había heredado de su primer matrimonio, en el cual había traído al mundo varios hijos que ahora se llevaban muy bien con el heroico padrastro, incluida aquella inquieta Patsy que falleció unos años antes y cuya memoria flotaba como un suave aroma en cada rincón de Mount Vernon, donde no todo, sin embargo, era salud y felicidad, pues las compras que el retirado coronel debía efectuar todos los años en Liverpool y en Londres, para dotar de aperos, herramientas, pinturas y otros muchos implementos a su hacienda tabacalera, empezaban a verse estúpidamente restringidas, con los consiguientes perjuicios, no sólo por las nuevas leyes emanadas del Parlamento británico, sino además por la voracidad de los intermediarios isleños, que amenazaba con llevar a la ruina a los colonos de Virginia, los cuales, a punto de morir asfixiados, acababan de recurrir, como única forma de resistencia, a la agresión política y comercial, al radical expediente de no importar artículos de la metrópoli, arbitrio que Washington no vaciló en calificar de muy peligroso, ya que, según decía, si el ministerio estaba resuelto a llevar las cosas a extremos, entonces era muy probable que se produjeran los mayores derramamientos de sangre de que hubiera habido noticia en América del Norte, momento que aproveché para ilustrarlo acerca de las estrategias prospectadas en el seno de nuestra organización, y del apoyo que una futura campaña emancipadora podría recibir desde varios puntos de Europa, incluida la asistencia militar, pues sabríamos manipular a los propios ejércitos monárquicos, ideas que no sólo sembré en su cabeza, una noche en que contemplábamos la bárbara belleza de un incendio forestal, sino que también vi consolidadas cuando logré que estableciera correspondencia permanente con la Gran Logia, la cual, a fin de cuentas, supo apreciar este anclaje surtido de mi imaginación, pues sus vínculos con Benjamín Franklin, que había tratado de beneficiarse, mediante la importación de papel sellado, de la Ley del Timbre, y que actuaba en Londres como una especie de embajador extraordinario de las colonias, mas siempre en trance de conciliación, habían llegado a decepcionarla, así que recibí de Suiza una vitoreante carta del señor Voltaire, *hourra! ma bien aimée qui tresse des couronnes!*, en la cual

me pormenorizaba, además, la postración en que, a partir de la hazaña de *Robert le diable*, habían caído en Francia las libertades ciudadanas, crisis patente no sólo en la saña medieval con que fue torturado y muerto Jean Calas, de quien ya antes hablé, sino en casos análogos como el de Elisabeth Sirvens, mujer protestante que, en un raptó de locura, se quitó la vida arrojándose a un pozo, en lo cual hallaron pie las autoridades católicas para afirmar que había sido asesinada por sus correligionarios en vista de su conversión inminente, o como el de un tal La Barre, un joven de diecisiete años detenido y sometido a torturas bajo la acusación de haber mutilado unos crucifijos, una vez obtenida cuya confesión se le cortó la cabeza y se arrojó su cadáver a la hoguera entre la embriaguez victoriosa de la multitud que, además, aventó también al fuego un ejemplar del *Dictionnaire philosophique* de Voltaire, con lo cual parecía evidente el triunfal retorno de la Santa Inquisición a territorio francés, a despecho de la decadencia en que había llegado a saberse por la protección que al libre pensamiento, vale decir, al pensamiento burgués, había acordado Luis XIV, situación que a François-Marie lo sacaba de quicio, daba la impresión de hallarse horrorizado, al punto de afirmar, él que siempre tuvo una velada sonrisa aun para lo más patético, que de allí en adelante no volvería a sonreír sin que se lo reprochara como un crimen, pues no estaba el tiempo para bromas, las agudezas no se compadecían con las matanzas, aquélla no era ya la Francia de la filosofía enciclopédica, sino la Francia de la noche de San Bartolomé, y ahora vi que sobre aquel amado país se precipitarían muy negras borrascas, porque Voltaire acababa de excitar a d'Alembert, a Diderot, a librar la batalla decisiva, a destruir a los sofistas, a los mistificadores, a los clérigos, a quienes tildaba de fanáticos y de bribones y contra quienes dirigía la nueva divisa *écrasez l'infame!*, pensé en el buen Benedicto XIV, su amigo, fallecido al año siguiente de mi visita a Roma, en aquella esperanza que abrigaba de que el filósofo parisiense recalase finalmente en algún convento de capuchinos, no, tampoco estaban los tiempos para escarceos curialescos cuando se llegaba a la conclusión de que el primer paso hacia la salud social había de ser la destrucción del poder eclesiástico en el cual tenía la intolerancia sus raíces, de modo que, animada por aquella incendiaria epístola, procedí a coronar los designios que la logia me había encomendado y, como primer paso, viendo que terminaba el verano e iba ya para los nueve meses mi permanencia, entre competencias de tiro y partidas de caza, en la mansión solariega, a batirme en fuga de Mount Vernon, de las colonias inglesas, antes que la mala impresión causada en Martha Custis por mis modales un tanto desfachatados, mi apestosa pipa de maíz y mi extraño modo de llamarme influyesen negativamente sobre la buena opinión con que Washington, en cambio, me distinguía, y fue así como, luego de disputar con mi anfitrión, a mis buenos ochenta y seis años, una de aquellas regatas fluviales en uno de esos *outriggers* de ocho remeros, que llevaban las chumaceras fuera de las bordas, al extremo de una armadura de hierro fija al flanco de la embarcación, y que por todos los diablos ganó el team que él comandaba, me despedí un poco apresuradamente, ante la inocultable

alegría de su esposa, y me dirigí en una diligencia hacia el puerto de Norfolk, donde me esperaba Rutherford Eidgenossen, borracho como un cochero porque, según decía, no podría soportar mi ausencia, de ahora en adelante los días serían para él demasiado largos y monótonos, con un obsequio de despedida consistente en varias pipas de maíz, en una carga descomunal de zanahorias que luego arrojé disimuladamente por la borda y en un endiablado artificio, invento de Benjamín Franklin, que al decir de mi amigo periodista podía colocarse en una casa, o en un barco, para neutralizar la electricidad atmosférica con un efluvio de signo contrario o, en suma, para atraer sobre sí los rayos que, de otra forma, podían caer sobre nuestras propias cabezas o incendiar nuestras viviendas, regalo que acepté con temor, pues ahora, lejos de tranquilizarme, iba a sentirme perseguida por todas las centellas de los cielos mientras lo cargara en mi equipaje, y así embarqué, sin lograr consolar del todo a Eidgenossen, enternecido hasta las lágrimas por el alcohol, embarqué en el navío «Waning Moon», *luna menguante*, que debería tocar primero en Kingston y finalmente en Willemstad, puerto este último donde la logia me había concertado una cita con el misterioso Yosef ben Saruk, de quien no sabía otra cosa sino que debía poseer una enorme nariz ganchuda de judío, y vi todavía, al alejarnos, el claro cielo de agosto y el vuelo de los cormoranes sobre las costas de Virginia, y tuve la sensación de que la vida no era otra cosa que un constante alejamiento, y añoré bajo la fuerte brisa del Atlántico mis partidas de caza con Washington, y mis borracheras con Rutherford, a quienes no podría volver a ver, y me sentí más sola que nunca, cubierta por una caparazón de soledad que ya nada mellaría sobre la tierra, sola para siempre entre la inmensidad del universo, sobre el vaivén del mar, sola como una solitaria ola vomitada sobre una playa remota, entonces divisé en lontananza, sobre una isla hirsuta y minúscula, una cabaña de techo pajizo, con otra solitaria figura, no sé si de hombre o de mujer, que observaba melancólicamente el paso del barco imaginando, tal vez, cuan felices deben sentirse los viajeros, y envidié a esa persona arraigada al menos en ese terrón casi flotante, en tanto nos impelía, inflaba el viento nuestras velas, flotábamos sobre las fauces del Mare Virginium de las viejas cartas de marear, y de pronto me inundó una ráfaga de alegría al pensar que, en unas cuantas jornadas, volvería a sentir sobre mi rostro, después de cincuenta y cuatro años, el aliento cálido del Mar Caribe, mi mar tutelar con su pupila color jade, su pupila que contempló, en aquel distante mayo de 1697, el dolor de nuestra ciudad arrasada por la peste, nuestra ciudad en cuyas fétidas calles los cadáveres se arracimaban ya en masas informes y glutinosas, mientras trataban desesperadamente los médicos, acorazados contra el contagio en negras forraduras con respiraderos a manera de enormes picos, que les daban un aire de pájaros fúnebres, de aliviar, así fuera pasajera, el dolor de la mayor cantidad posible de personas, pues Cartagena era ahora un inmenso velorio, sin ataúdes, sin blandones, de cuerpos, por efecto del calor que crecía, pronto putrescentes, para los cuales carricoches y balandras no daban abasto, al punto que una mujer de mi barrio, al ver pasar un chirrión cuyos ya

apestados conductores no parecían dispuestos a aceptar un cadáver más, propuso y logró que le cambiasen a su marido por algún muerto más reciente, y así repelía la ciudad como un lago de humores corrompidos cuando Antonio Otayza, el emisario que iba por un rescate de quinientos mil pesos a Portobelo, regresó al puerto rechazado por los vientos pertinaces del nordeste y cuando el Pitiguao, que ahora departía diariamente con nosotros a las horas de las comidas y compartía el lecho de María Rosa hasta el amanecer, ordenó a sus bucaneros desmantelar todos los campanarios de la villa y embarcar la totalidad de nuestras campanas, pues quería echarlas al vuelo desde las espadañas de las aldeas francesas, idea que la hermana de Federico, totalmente contaminada ahora de su espíritu forajido, aplaudió y celebró destapando vino, vino saqueado de las bodegas oficiales, vino que rehusé probar pero que bebieron con entusiasmo todos, incluida Hortensia, a pesar de sus cavilaciones místicas, incluido Federico, que se hacía lenguas sobre el planeta *anónimo* y proponía a Ducasse entrar juntos, para proclamar su existencia, por las puertas gigantescas, pues así las imaginaba, de la Academia de Ciencias de París, y en verdad en aquellos días daba por hecho que la flota filibustera habría de escoltarlo hasta Europa con la buena nueva de esa lucecita aceitunada que brillaba en el crepúsculo, no dudaba de la buena fe de Ducasse, que entre sorbo y sorbo de jerez le prometía llevarlo a contemplar con toda comodidad su descubrimiento al sitio de la tierra donde los cielos eran más claros, a la isla Hveen, en el estrecho de Sund, escogida hacía más de un siglo por otro Federico, el II de Dinamarca, para erigir el observatorio de Uranienburgo, desde el cual realizó Tycho Brahe las observaciones que culminaron en su *Astronomiae instauratae mechanica*, por lo demás pura basura geocéntrica, o en su defecto al castillo Benatky, cerca de Praga, donde se gestó el no menos desacertado *De mundi aetherei recentioribus phaenomenis*, y así, en la medida en que el engreído muchacho, ufano de su amistad con el gobernador de Santo Domingo y seguro de tener a la fama agarrada ya por el dedo gordo del pie, me hacía sentir su desafección, casi su desprecio, me aferraba yo a mis clausuras nocturnas con Beltrana, clausuras prescritas por María Rosa para impedirme cualquier solaz subrepticio con Federico y que, por tanto, no podían despertar sospechas, durante las cuales nos estrechábamos desnudas en un éxtasis silencioso, sin pronunciar palabra, sin elevar al sagrado rango del lenguaje articulado algo que, desde luego, nos llenaba de vergüenza, frotando apenas, tímidamente, nuestros sexos en larguísimas, extenuantes, deliciosas operaciones que sólo por extremo enervamiento nos conducían al delirio final, a la suspirada saciedad, y que en cambio me retenían aquí, en esta casa donde en realidad nadie ya me determinaba y donde nada tenía que hacer, como en efecto lo intuyó Hortensia García, cuando una tarde, en uno de los pocos descansos que se permitía entre uno y otro rosario, me advirtió que refrenara cualquier impulso de largarme, pues en mi caserón de la plaza de los Jagüeyes, sin la protección del Pitiguao, podría fácilmente ser asaltada y deshonrada por los piratas, razones a las cuales respondí, porque como había de reconocerlo Voltaire muchos

años más tarde, una de las grandes utilidades de la palabra es ocultar nuestro pensamiento, que no otro era el motivo de mi permanencia en el hogar de esta familia irreparablemente envilecida, y me sentí medio vengada en lo íntimo, mezquinamente vengada, y casi bendije ahora la reclusión a que se me condenaba mientras en las calles todos o, mejor, las gentes que, por misericordia del Señor o acaso porque no las habían tocado esas partículas pequeñas e invisibles para el ojo humano, esas *seminaria contagiosa* que determinan, según Fracastoro, el contagio en las pestes, se embebían viendo a los filibusteros desarticular y bajar de los campanarios los familiares bronces de nuestras iglesias, y el joven Miguel de Iriarte seguía luchando, en compañía de sus aterrorizados colegas, contra la enfermedad que no dejaba de extenderse y a la cual se sumaba ahora el vómito negro, peor tal vez que el tabardillo o tifus exantemático, peor que una maldición divina, como el médico no se cansaba de repetirlo ante el pálido y febril fray Miguel Echarri, exhausto aún en aquel lecho donde no acababa de reponerse, para fortuna suya, pues de otro modo su actividad clerical habría terminado por hacerlo víctima de alguna de las dos epidemias, de aquella extenuación, pérdida de fuerzas o lipopsiquia, como Iriarte la llamaba en sus diálogos esporádicos con el inquisidor, en los cuales le reprochaba el que la Iglesia hubiese prohibido, por ejemplo, el vino de mandrágoras, usado en la Edad Media para calmar el dolor, y recordaba cómo el *Sactaya Grantham*, uno de los Vedas, que leyó en Estocolmo, recomendaba untar con el fluido de las pústulas, en pestes como la del tabardillo, la punta de una lanceta e introducirla en el brazo, mezclando aquel mismo fluido con la sangre, para así producir fiebre, logrado lo cual la enfermedad resultaría muy leve y el organismo quedaría inmunizado, procedimiento que estaría tentado de usar, a no ser porque el Santo Oficio habría de perseguirlo como a un hereje por el resto de sus días, y que no lo dudase, advertía con voz cavernosa, quizás apenas desde la periferia de su delirio, aquella sombra de sí mismo que era ahora el apasionado canonista, que no lo dudase, porque doctores tenía la Santa Madre Iglesia que prevenían contra la violación de los arcanos de Natura, porque cuidarse, gran tontucio, de hacerle gratis la tarea al diablo, la enfermedad es castigo de Dios por los pecados cometidos, ya daba fe San Pablo de los males que aquejaban a los corintios por las comuniones indignas, y es también ocasión de que se manifieste la gloria de Dios, como fue el caso de la muerte de Lázaro, así que para vencerla, tontucio grande, ahí están las indicaciones de Jesús ben Sirac, aceptarla sin desespero, recurrir al gran remedio que es la oración, limpiar el corazón de pecado, ofrecer sacrificios, *timor Domini principium sapientiae*, reza el *Liber Proverbiorum*, y *corona sapientiae timor Domini*, reza el *Eclesiástico*, nunca los más eruditos, sino más bien los más humildes, resultan ser los más sabios, y sólo el sabio sabe lo cerca que está del zafio, cuidarse, cuidarse, pero me parece que aquellas reflexiones, que por los oídos de Iriarte solían pasar como el ruido de la lluvia, le eran dictadas a Echarri más por su estado febril o por la irritación que le producía la juvenil petulancia del médico que por una convicción sólida, o al menos eso dejaban entrever sus memorias, quemadas

en Segovia pero recuperadas por la bruja de San Antero, en las cuales el secretario del secreto exponía sin reatos las dudas que, acerca de su fe, lo acosaron desde los días en que apenas le era permitido leer la Epístola en las misas cantadas, dudas que no cerraron su camino hacia la tonsura, porque la de los clérigos, según decía, era una carrera de conveniencia igual que cualquier otra, y que como ninguna otra permitía vacar muchas horas al día, sobre todo en la Orden Dominicana, y haraganear, según afirmaba, nunca fue virtud desdeñada por los verdaderos estudiosos, porque permite que prosperen las ideas, lo que no entiendo es qué clase de ideas quería el muy taimado ver prosperar en su entendimiento, si al fin y al cabo tendría que tragárselas para no tener que morir en la hoguera, aunque, a decir verdad, pienso que aquella inclinación intelectual, o descendamos, señor Voltaire, a aceptar que satánica, lo preservó de lo que yo catalogaría dentro del delito de asesinato, ya que nunca mientras fray Miguel fue secretario del secreto permitió que nadie muriese en las piras eclesiásticas, y eso ya es algo, pues si bien no colmó de gloria, como don Luis de Góngora, gracias a la carrera sacerdotal, *si tradición apócrifa no miente*, las urnas de la lengua española, en cambio, a despecho de quienes opinan que jamás lo guió otra consideración que su propio egoísmo, creo que supo cultivar su conciencia, en lo cual parece radicar el único privilegio y la sola razón valedera del intelectualismo, que en Echarri poseía esa misma propensión teológica que no resulta difícil encontrar en los temperamentos más luciferinos, mientras parece desaparecer, en forma casi espontánea, de los caracteres eminentemente altruistas, como puedo suponer sin dificultad el del joven Iriarte, a quien sólo conocí cuando, muchos meses más tarde, la Audiencia de Santafé logró sojuzgar y residenciar, para juicio, al gobernador Diego de los Ríos, pero de cuya consagración a librar a Cartagena de la peste muchos daban ya testimonio por aquellos días en que el Pitiguao y el barón de Pointis comenzaron a querellarse, y quizás un poco antes, aquel veintidós de mayo en que los cartageneros despertamos sobresaltados por un estruendo de bombas que, mientras nos despabilábamos, nos devolvió en la conciencia a los días del asedio, y en que los habitantes de la casa Goltar advertimos con preocupación, pero sin un solo comentario, que Ducasse no había amanecido en el lecho de María Rosa, en tanto proseguía allá lejos el estrépito como de batalla, porque el almirante había ordenado intempestivamente, viendo que no podría cobrar ya rescate alguno y que su tropa estaba siendo consumida por las epidemias, volar las minas colocadas en los baluartes, así como una cortina del fuerte de Bocachica, fragor que sacudió otra vez como un terremoto a la ciudad, al extremo de hacernos imaginar que acababa de producirse un contraataque por parte de fuerzas españolas, pero que, para Pointis, no era sino una forma de cubrir su retirada, ya que al mismo tiempo, no sin advertir que en ningún caso fuera utilizada para aquellos efectos la nave «Bermandois», sobre la cual había dispuesto de días atrás una misteriosa vigilancia, ordenó embarcar los ochenta y cuatro cañones de bronce que aún restaban de la artillería de la plaza, incendiar las cureñas y las estacadas de la entrada del muelle, arramblar con los

escasos doscientos noventa mil pesos que había en las Cajas Reales y subir a bordo el resto del botín que, según dicen, comprendía también coches, camas, sillas y lienzos, amén de las campanas y ornamentos de los templos profanados, algunos de ellos convertidos en almacenes de pólvora para la activación de las minas, y cuando Bernabé logró, tras una rápida ronda por la Plaza Mayor, traernos noticias de lo que ocurría, de consuno pensamos en la difícil situación de María Rosa, cuyo amante debía hallarse en el meollo de todo pero no daba signos de vida, entonces nos bastó echar una ojeada a su rostro satisfecho y malicioso para comprender, también sin una sola pregunta, sin un solo comentario, que sabía de antemano lo que se cocinaba en el alto mando francés, circunstancia que pareció enervar en extremo a Federico, pues debió sospechar que el no habersele notificado con cierta anticipación del giro que iban a tomar las cosas significaba posiblemente su no inclusión en los planes de su hermana y del Pitiguao, así que por su cuenta decidió sacar unos cuantos baúles del cuarto de San Alejo y ponerse a ordenar su equipaje, un equipaje colosal que crecía y crecía, el de alguien que no piensa retornar jamás, porque la gloria va a mantenerlo muy ocupado en el otro extremo del mundo, y vi en sus ojos un gesto candido de adiós a sus lares paternos, cierto amaneramiento francés en sus modales, como si ya se encontrara en la corte del rey galantuomo, cierto desprendimiento de todo, una suerte como de conmiseración hacia quienes nos quedábamos, creo que sentía brillar sobre su estúpido cogote la aureola del genio, y preferí trancarme en mi habitación, sin Beltrana, que se ocupaba con indiferencia en mondar las cebollas y las patatas del almuerzo, aislarme de aquella feria de la ridiculez en que Ducasse había convertido al viejo caserón de Lupercio, y también lloré, por supuesto, derramé mi consabida cuota de lágrimas porque seguía amando, a mi pesar, al geógrafo precoz que no acababa de salir de la infancia, pobre Federico, pobre, pobrecillo, en tanto yo me volvía feroz y progresivamente adulta y comprendía todo lo que iba a suceder allí, la gran desilusión que se le iba a venir encima como una catarata a mi desgraciado niño estúpido, con su cogotito aureolado y su conato de sonrisa versallesca, pero no se precipitaron aquel día, como presumíamos, los acontecimientos, sino que comenzaron a espaciarse, como suele acontecer cuando uno los supone inminentes y atropellados, y fue así como, esa noche, el Petit-Goave se presentó a cenar muy puntualmente, con tanta naturalidad que se hubiera dicho que nada había alterado hoy el curso ordinario de aquellas jornadas, y María Rosa lo saludó con un besito picarón de persona al corriente de todo, para inquirir tan sólo por ciertas túnicas de seda ahogada que él había prometido traerle, con destino a su presentación oficial ante el barón de Pointis, de modo que nadie, salvo ellos, pudo dormir aquella noche, atormentados como nos encontrábamos por el destino que a la postre correríamos, y el día siguiente tampoco nos trajo nueva alguna, a pesar de los siete baúles ya aparejados por Federico y los preparativos de tanteo que advertíamos en la alcoba de su hermana, pues la Armada Francesa se limitó a seguir cargando sus navíos con el riquísimo botín, ante la desolación de quienes habían pagado cumplidamente las cuotas señaladas por el

invasor y ahora eran saqueados otra vez por los piratas, y sólo el día veinticuatro la villa volvió a hervir en rumores al ver a la infantería prender fuego a la galeota lanzabombas, en un acto inexplicable que sólo pude entender años después, cuando por el relato de Chancels de Lagrange me enteré de que su tripulación había sido destacada para cubrir los vacíos dejados por la peste en el resto de la escuadra, así como a la totalidad de los galeones de la carrera de las Indias surtos en la bahía, entre ellos el «Oriflama», que ardió como una pieza de artificio y aún brillaba en la noche como un esqueleto abrasado, y finalmente el veinticinco, con general revuelo, se supo en las horas de la mañana que la Armada de Su Cristianísima Majestad, llevando en rehenes al comisionado regio José Vallejo de la Canal, había izado velas y un poco después, tan pronto el viento la favoreció, levado anclas, cuando Bernabé trajo la noticia me sentí muy desconcertada, pues me constaba que el Pitiguao permanecía desde la noche anterior en la alcoba de María Rosa, pedí a Beltrana que, con el pretexto de llamarlos para desayunar, averiguase si en verdad Ducasse se encontraba allí todavía, y lo vimos salir entonces a medio vestir, con el cabello alborotado, maldiciendo en dialecto navarro, y vimos entrar como exhalaciones a Montbars y a Godefray, que casi se van al suelo al enredarse con los siete baúles que Federico había colocado en volandas frente a la puerta de la escalera, *diable! parbleu!*, y que relataron a su comandante la forma como el barón había dado apresuradamente, temprano en aquella madrugada y a hurtadillas de los filibusteros, órdenes de zarpar, de tal suerte que, al personarse ellos en el muelle, sólo hallaron el recado dejado por el almirante de que la flotilla de la Tortuga debería contentarse con rapiñar lo que aún quedase en la ciudad y extender sus pillajes, si era el caso, a Mompós, porque el gran botín debía compensar, en Brest, aquello que los organizadores de la expedición podían muy bien considerar un fracaso, esto es, el no haber logrado retener a Cartagena como avanzadilla francesa en las Indias, informe ante el cual Jean-Baptiste Ducasse, de cuyo pescuezo colgaba ahora una María Rosa lagrimeante y aturdida, impartió órdenes inmediatas de cerrar, en el término de la distancia, lanzando a toda velocidad las fragatas, más veloces que los navíos de guerra, el paso a Pointis por Bocachica, única salida de la bahía practicable para embarcaciones de alto bordo, dicho lo cual golpeó con los puños las paredes, dando alaridos de cólera, y se disparó escaleras abajo, con la hermana de Federico pisándole los talones, mientras mi joven astrónomo daba gritos de que aguardasen a que pudiera transportar de alguna manera los baúles, y el resto de habitantes de la casa nos sentábamos en silencio a desayunar, conscientes de que aquello no era ya con nosotros, a masticar con calma, sin los sobresaltos que suponía la presencia de Ducasse, los patacones y los huevos revueltos que Beltrana y Bernabé nos sirvieron con el chocolate, y me concentré tanto en paladear a conciencia aquella serena pitanza, que ignoro en qué momento resultó también Federico desayunando con nosotras, deglutiendo entre lloriqueos, manducando con furia, y de aquel día sólo recuerdo, a partir de ese momento, la lluvia que repicó mañana y tarde sobre el tejado, mientras hasta mi habitación, donde

me clausuré sin compañía, llegaba también el ruido que durante horas hizo Federico bajando escalón por escalón los baúles hasta el zaguán, empresa en la que nadie, ni Bernabé, quiso ayudarlo, porque de pronto parecía haberse convertido en un fantasma errante, sin justificación en ninguna de las diversas realidades que poblaban el caserón de su padre difunto, hasta el zaguán, digo, donde los siete arcones hubieron de permanecer por días, hasta cuando Montbars ordenó su saqueo, pues en casa no volvimos a tener, del Pitiguao y de María Rosa, otra noticia que aquéllas recogidas todas las mañanas, en el muelle y en la plaza de la Mar, por Bernabé, según cuya versión, en los cinco días siguientes, que para la ciudad fueron como de calma chicha, Ducasse permaneció en la «Pontchartrain», a escasa distancia de la nave almiranta, cuya salida al mar interceptaban las fragatas filibusteras, y se dice que contempló durante todo ese tiempo, pero con pesimismo, porque sabía a Pointis armado hasta los dientes, la posibilidad de lanzarse al abordaje, idea que abandonó por fin el treinta de mayo, cuando, sabedor de que el botín debía llegar necesariamente a Francia y de que allá, dadas sus influencias ante el rey, otro gallo le cantaría, desplegó velas en la madrugada y, sigilosamente, deslizándose entre la Armada Real y sus propias fragatas, puso rumbo a Ámsterdam mientras el barón, perplejo, veía desde el puente alejarse la nave y a los primeros rayos del sol magnificar con sangrientos oros, en la cubierta, dos figuras desnudas y trenzadas en apremiante amor, momento en que respiró con alivio, pues ido el Pitiguao su mando era ahora incuestionable, aun sobre los hermanos de la costa, que hubieron de contemplar con similar alborozo la fuga de su comandante, pues no bien Pointis decidiera tomar también las de Villadiego, quedarían dueños de la ciudad, consideración que el almirante debió hacerse a la par, si es que albergaba al menos un ripo de sentimiento humanitario hacia los inermes cartageneros, pero que no le impidió, tan pronto vio, a la luz matinal del primero de junio, evolucionar otra vez las fragatas de la Tortuga en dirección a Cartagena, hacerse a la mar con toda su flota, no sin antes embarcar la artillería de Bocachica y volar con minas el castillo, dejándonos a merced de los forajidos y de sus secuaces, los negros dominicanos, que en número aproximado de mil, porque eran ya en su mayor parte casi inmunes a las pestes del Caribe, llovieron otra vez sobre nosotros, como una epidemia más, como otro castigo de los cielos, de esos cielos tórridos que no son los mismos de otras latitudes, de esos cielos de Guabáncex, de Mabaya, de Hurakán, de los dioses del trueno, del rayo, de las borrascas y de los vendavales, cielos que yo escrutaba, como interrogándolos sobre lo que todavía pudiera depararme la vida, mientras fumaba mi pipa en la proa del «Waning Moon», cuyo capitán, un pelirrojo irlandés con cara de pastel de manzana, fue el primero, cuando hacía apenas unas ocho horas que habíamos abandonado el puerto de Kingston, en advertir la furia inusual del viento, acompañada por una densa sombra que cubría el oriente a la manera del espíritu de un dios que atisbara iracundo tras el horizonte, y en ver además cómo los pájaros marinos trataban desesperadamente de aletear hacia el buque y eran impelidos hacia barlovento, de suerte que los que voltejeando lograban

alcanzar nuestra cubierta, se tendían en ella y permanecían inmóviles allí hasta cuando algún marinero los alzaba, entonces nadie dudó de lo que se avecinaba, el capitán ordenó aferrar todas las velas con tomadores de repuesto, se colocaron nuevas poleas en las vergas, se escuadraron las botavaras, el mastelerillo de juanete fue descendido a cubierta y los cañones amarrados, como suele hacerse para aparejar lo mejor posible la nave, pero éstos pronto comenzaron a trepidar en sus ataduras, un viento entablado nos azotó el rostro y casi nos ahoga con un baño colosal de agua salada, traté de alcanzar alguna escotilla para bajar a mi camarote y tuve que permanecer afianzada a uno de los masteleros, temerosa de verme arrastrada hacia el océano, vi a los carpinteros apostarse junto al palo mayor, dispuestos a cortarlo si era necesario para salvar la embarcación, pero no lo fue, a fe mía, porque un rayo repentino, que zigzagueó ante nuestros ojos como una endiablada línea de sangre, lo partió certeramente y lo desgajó sobre los marineros que blasfemaban de miedo en la popa, viendo ennegrecerse el día hasta tornarse noche cerrada, viendo las olas levantarse sobre los mástiles como sábanas voladoras, y vi al capitán irlandés, tratando de resolver en cólera el miedo que le ahuyentaba los colores del rostro, ordenar que se intentase un viraje metiendo todo el timón para poner la popa al viento, y luego, al comprobar que no había vela que pudiese resistir ese viento, tratar de hacerlo colocando estratégicamente a algunos hombres sobre los obenques, mientras las hebras de la lluvia se hundían ahora como saetas en la superficie convulsionada y repentinamente purpurina del mar, y los rayos parecían rechinar al contacto del agua, entonces el barco empezó a girar en redondo, aproveché ese movimiento para colarme por una escotilla y tratar de refugiarme en el camarote, pero aún sentí cómo el mar barría la cubierta y cómo latigueaban sobre el alcázar las velas desprendidas de los masteleros, comprendí que iba a morir, aquí tomaba fin la vida patética y truculenta de la tejedora de coronas, con un final también patético, también truculento, entre las sombras desgarradas por el rayo del vendaval, pensé en la última mirada que me deparó Federico, en Marie cantando al morir canciones occitanas, en cierto cosmograma en que Pascal de Bignon representó al universo como una mujer desnuda, en mi primera noche con François-Marie, en mi padre ahogado en un foso entre la confusión de una batalla, en la sombra sin perfiles de mi madre, en el beso que Luis XIV estampó en mi mano, en el día de mi iniciación en la logia, en alguna rara mirada ardiente de Cipriano, en mi celda de la Bastilla, en el capitán preboste que me violó en un paso pirenaico, en la virilidad amoratada de Leclerq, en el Juicio Final de Michelangelo, en la leprosa de la abadía de Holyrood, en mi baile en una plaza romana con Gianangelo Braschi, en las monjas clarisas de mi infancia, en las borracheras de Rutherford Eidgenossen, pensé en Dios, pensé en Satanás, pensé en Tabareau, sentí cabecear el barco, sentí que nos hundíamos, oí al capitán gritar a sus hombres que se amarraran a los mástiles, oí el rugido del viento, sentí cómo fueron abatidos por una ola el palo de mesana, el trinquete, crujía el «Waning Moon» como un armatoste carcomido, se deshacía, el agua entraba por

todas partes, y vi de pronto al barco desmoronarse en torno mío, hacerse lentamente añicos, desaparecer borrado por la catástrofe, y sin poder entenderlo me supe rodeada de sus despojos, bajo el látigo de la lluvia, con mi pipa en la mano y el pararrayos de Franklin y los cuadros de Rigaud al alcance de mi vista, en una árida playa de cactus que embestía el mar huracanado, instante de un aturdimiento sin límites, de un atolondramiento yodado e ígneo, eléctrico y mojado, que no puedo evocar sin recordar cómo también al barón de Pointis, más preocupado al partir de Cartagena por la nave llamada «Bermandois» que por la suya propia, le depararon los dioses del Caribe una odisea crismatoria por sus aguas pérfidas, pero no como a mí por mano de la diosa Guabáncex que fomenta el ciclón, alza las marejadas, anonada las casas y descuaja los árboles, sino dejando que se encargara de acosarlo su propia malaventuranza, pues como consta en el relato del capitán de caballos José Vallejo de la Canal, que lo acompañó en rehenes hasta Brest, no bien su flota salió a la mar larga, donde los vientos auguraban buena derrota, una balandra de aviso, procedente de la isla de Martinica, abordó la nave almiranta para anunciar la llegada de veintiséis navíos ingleses y holandeses a la isla de Barbados, con el designio, según se aseguraba, de combatir y someter a la Armada del rey de Francia, noticia que al medroso Desjeans, sabedor de lo maltrechas que la epidemia había dejado a sus tropas, dicen que puso a temblar como una lámina de papel, al punto que, sin tardanza, ordenó izar la bandera de consejo y disparó un cañón, a cuyo estampido toda la escuadra lanzó, casi al unísono, un cañonazo de haber comprendido, y la totalidad de los capitanes pasó a junta de guerra a bordo de la almiranta, de donde resultó que fue modificado el rumbo, que era el del canal de las Bahamas, y se encaminó más bien la flota por entre Santo Domingo y Cuba, en vano, porque a los seis días de navegación, quiero decir en la madrugada del siete de junio, fueron avistados por la popa los bajeles enemigos, cuya capitana no se hizo esperar para poner a rugir sus cincuenta cañones y emprender a todo trapo la persecución, con virajes y todo género de maniobras audaces que, hacia las diez de la mañana, forzaron la rendición de uno de esos pingues barrigones, incautados en Cartagena, donde Pointis había ordenado meter a los enfermos, y hacia las siete de la noche permitieron a una fragata británica de sesenta cañones ganar el barlovento suficiente para colocarse a una distancia peligrosamente próxima de la almiranta francesa, momento en que el barón se vio acometido por una crisis tal de nerviosismo, que cuenta en sus memorias el señor de Galifet, teniente del rey en Santo Domingo, haberlo visto sangrar de la fuerza con que hundía las uñas en sus mejillas, y aun fue peor cuando, con una alarma colindante con el terror, vio Pointis interponerse entre su nave y la inglesa nada menos que a la «Bermandois», no otra sino a la «Bermandois», cuyo capitán, el señor Dubuison de Verennes, se hallaba en esos momentos a cargo de la almiranta en vista del vómito negro que había aplanado en cama al vicealmirante Levy, sí, sí, a la “Bermandois” que, gobernada ahora por un bisoño, trataba de defenderlos a riesgo de su propia perdición, entonces el corsario no

pudo sacar más sangre de su cara con las uñas, porque se las comió íntegras en cuestión de minutos y, aunque trataba de maldecir en un lenguaje de marineros, las blasfemias salían de su boca con un dejo tan afeminado que no lograban infundir sino vergüenza y desolación a los tripulantes, situación que el señor Dubuison de Verennes juzgó prudente zanjar tomando él mismo la iniciativa en todas las operaciones, de modo que, mientras el barón era encerrado en su camarote forrado de seda por un grupo de oficiales que consiguió dormirlo a punta de escandalosas dosis de láudano de Sidenham, la almiranta aprovechó, como lo mandaba la lógica, la maniobra de la «Bermandois», no sólo para virar, con una escoradura sobrecogedora, por el lado de estribor, sino para escabullirse en definitiva, para apartarse del resto de la escuadra que seguía bajo el flagelo del fuego británico, y fue entonces cuando los marinos apostados a babor vieron zozobrar como un barquichuelo de papel, bajo la artillería nutrida, a la nave defensora con su comandante bisoño, escena que debió producirles una impresión de simulacro infantil, porque ocurrió tan rápidamente que la «Bermandois» y sus atacantes hubiesen podido ser tomados, a esa distancia, por juguetes de niños en un charco, pero que de haber podido observarla en toda su catastrófica irrevocabilidad, al barón de Pointis le hubiera hecho comerse ahora también las uñas de los pies, porque a bordo de ese bajel que descendía sin remedio a los abismos acuáticos, iban tres o cuatro cajas de madera construidas especialmente por los carpinteros de la Armada, tres o cuatro cajas en las cuales no dejó de pensar el almirante, mordiendo con estupor y cólera su pañuelo de tafetán, ni cuando dos días después su solitaria nave estuvo a punto de encallar en el bajo de La Víbora, ni cuando el diecisiete de junio debió echar bandera inglesa para eludir un encuentro con la Armada de Galeones, ni cuando el veinte fue preciso dejarse correr con el trinquete hacia el oesudoeste ante el embate de un viento ciclónico, ni cuando costearon la Florida, Carolina y Virginia y saquearon como piratas una nave inglesa cargada de sal, ni cuando se pasaron todo el mes de julio atravesando el Atlántico contra vientos entablados y tratando de esquivar las escuadras holandesas y portuguesas, ni cuando al fin entraron el cinco de agosto, enfermos y sin provisiones, a la rada de Brest, porque en esas tres o cuatro cajas que rodaron con la «Bermandois» hacia los abismos oceánicos, y sin que lo supieran más de cinco o seis personas a ciencia cierta en este mundo, se encontraba embalado el oro limpio, equivalente a ochocientos mil reales de vellón, que Juan de la Peña y Miguel de Iriarte quisieron unos meses antes colocar en Cádiz sin pagar el derecho de balanza, el oro por el cual el guarda mayor Diego de Morales vendió su alma al diablo, el oro que fray Miguel Echarri tuvo ante sus narices y no pudo hallar en las bodegas del galeón «Oriflama», el oro por cuya colocación furtiva en Brest, pactada en las cláusulas secretas negociadas tras la toma de Getsemaní, el gobernador Diego de los Ríos entregó en manos de Pointis la plaza de Cartagena.

Entre las cosas que me han ayudado a sobrellevar con cierta dignidad estoica el encierro y las torturas en estas mazmorras del Santo Oficio, quizá no esté en último lugar la idea, que se me clavó desde entonces en la mente, de que morí en realidad en aquel naufragio del «Waning Moon», en medio de la furia del vendaval, y de que los años que he creído vivir después no son más que una prolongación en la muerte de la sensación de estar vivo, como me dijo Tabareau, la víspera de mi abandono definitivo de París, quiero decir la noche en que me prodigó sus más altas y estremecedoras revelaciones, que ocurría según Swedenborg no bien acabábamos de exhalar el aliento postrero, esto era, que los ángeles del Señor nos trasladaban a un lugar ilusoriamente igual al de nuestra morada terrestre, para que creyéramos que no habíamos muerto en modo alguno y tuviésemos oportunidad, una piadosa pero perentoria oportunidad, de rectificar aquellos errores en los cuales nos hubiésemos obcecado a rabiosa porfía, y a propósito creyó pertinente instruirme sobre aquel fragmento del *Arcana coelestia*, digno de ser exhumado para la posteridad por algún escéptico disfrazado de metafísico, en que Swedenborg alude al fallecimiento de Felipe Melanchton, maestro de los adiaforistas, el humanista que escribió la primera dogmática protestante y que aspiró a dar una base filosófica a la Reforma, sobrevenido el cual, según pretendía el sueco polifacético saberlo por revelación personal de los ángeles, al sucesor de Lutero le fue suministrada en el otro mundo una casa aparentemente igual a la que habitaba en vida, de suerte que, creyendo despertar sólo de un sueño, reanudó sus tareas doctrinales y apologéticas, y escribió varios días acerca de la justificación por la fe, sin incluir, como tampoco lo había hecho cuando se encontraba verdaderamente vivo, palabra alguna sobre la caridad, omisión que los ángeles al romper advirtieron y, como Melanchton se obstinara, cuando lo interrogaron disfrazados de teólogos luteranos, en haber demostrado en forma irrefutable que el alma podía prescindir de la caridad y que para ingresar en el cielo bastaba la fe, entonces decidieron abandonarlo a su suerte fantasmagórica y, en cuestión de semanas, los muebles de la casa empezaron a afantasmarse hasta hacerse invisibles, salvo el sillón, la mesa, las hojas de papel, el tintero, para que continuara escribiendo a pesar de que su ropa parecía de pronto mucho más ordinaria, de que las paredes del aposento mostraban manchas de cal, de que el piso parecía enmohecerse, de que el frío aumentaba sin causa aparente, de que los demás aposentos poco a poco divergían de la realidad, de que las puertas y ventanas daban no ya hacia la tranquila Wittenberg, sino hacia un paisaje de grandes médanos, hasta cuando, alarmado finalmente por aquel cúmulo de arbitrariedades, convino en redactar un elogio de la caridad, pero con tan escasa convicción que las páginas hoy escritas aparecían

mañana borradas, razón por la cual acabó perdido como una sombra en las dunas y pasó a ser más tarde un sirviente de los demonios, como quizás vaya a serlo algún día esta Genoveva Alcocer, cuya vida, larga como toda mala vida, bien pudo concluir en aquel naufragio de pesadilla o a lo mejor se ha prolongado en verdad, como todo parece indicarlo, hasta estas postrimerías interminables en que comparto sufrimientos, humillaciones, epifanías intelectuales, vislumbres y cegueras con la bruja de San Amero, mientras el mundo se afantasma a mi alrededor, no tal vez por obra de los ángeles, sino más bien de la vejez, que suele traer achaques de irrealidad, de esa intermitente irrealidad que dicen padecer los asmáticos, así que a lo mejor ni sé lo que me digo, ni sé si a ciencia cierta he visto lo que he visto en los lebrillos de la bruja, ni si lo que relato tiene son ni ton, pero sí sé que no se me antojaba nada real aquel paisaje playero en el cual fui depositada por el destino en momentos en que el «Waning Moon» se desmoronaba como una casa de aserrín a mi alrededor, aquel arenal sobre cuya extensión quedaron dispersos los restos de la nave, de sus instrumentos y mobiliarios y, naturalmente, de sus tripulantes, ninguno de los cuales sobrevivió, y cuyos rostros se quedaron ojiabiertos contemplando los indescriptibles espectáculos del más allá, anegadas en agua de lluvia las bocas aún estupefactas, las fosas nasales, las orejas, en agua de lluvia y en lodo de arena, mientras yo trataba de refugiarme en la base de algún peñasco, arrastrando conmigo los cuadros de Rigaud y el pararrayos de Franklin, pensando cuan excesivamente irónico sería el que, luego de vivir en mi juventud el Diario del año de la peste y de haberlas dado de Moll Flanders el resto de mi vida, terminara ahora convirtiéndome en un nuevo *Robinson Crusoe*, pensamiento que, a despecho de la tragedia que me tiraba tarascadas a diestro y siniestro, me hizo sonreír en mitad de aquella negrura húmeda, llena del olor demoníaco del rayo, y así me acurruqué en una de las grutas de un risco, una cavidad poblada de cierto musgo que propalaba un aroma desapaciblemente sexual, y entre toses y estornudos logré dormirme por fin, acaso fuera mejor decir que logré sobreponerme a la tensión de mi organismo y ordenar a mi mente sumirse en un sueño que no pudo, claro está, ser tranquilo, sino letárgico y sobresaltado, con una sensación de zumbido y la de un pito intercadente en mi cabeza, que parecía entroncar con las imágenes de relámpagos y de velas arrancadas de masteleros que me asaltaban no bien conseguía desprenderme de la conciencia, hasta que por último entré en un sueño más hondo, y en sus vericuetos llenos de telarañas creí ver un enorme tablero de ajedrez, al principio con esa inquietud atenaceante de no saber si veía cuadros blancos sobre un fondo negro o cuadros negros sobre un fondo blanco, luego con una desazón de angustia al contemplar cómo, en el simbólico campo de batalla, las figuras eran, en cambio, aparentemente de carne y hueso, como en los tiempos en que se jugaba *in vivo*, y se hallaban tan dispersas por el tablero que daban la impresión de una partida ya muy avanzada, en la cual, sin embargo, no participaban tan sólo un ejército blanco y otro negro, sino figuras de muy variados colores, y en ciertos casos pintarrajeadas como bufones, y alguna de estas últimas

reproducía chocantemente los rasgos, miniaturizados, de mi buen François-Marie, mientras otra de negro adusto era como la viva imagen de George Washington, y así reyes y bufones y esbirros, y centauros que comían con el salto del caballo, y fificos en tesa actitud de alfiles, y reinas y cortesanas que iban de un lado a otro devorando como arpías, integraban una especie de danza macabra, al cabo de la cual, era de esperarse, no quedaría sino el nauseabundo olor de la cadaverina, pero sufrió el sueño una de esas traslaciones en el espacio y en el tiempo, y vi ahora a un inmenso Voltaire, siempre caracterizado de mimo de corte, tender la mano sobre el océano a George Washington, que a su turno me observaba con la expresión de un feroz perrazo, y advertí a mis pies una masa de sombras que, mezclada de una sangre negruzca, ascendía hasta anegar mis rodillas, y desperté con un grito, y estaba ante mí el Caribe otra vez deslumbrador y sereno, atrayéndome con locos cimbeles bajo la luz de la mañana como si el naufragio del «Waning Moon» hubiera sido apenas un disparatado simulacro más dentro de las pesadillas que acababa de gestar mi fantasía torturada, mas como prueba de lo contrario reparé casi de inmediato en los cadáveres dispersos por la playa, con sus gestos ya irremediables bajo el fulgor de este sol que tanto añoré en mis inviernos parisienses y que me recibía otra vez con las uñas en ademán de arpar mi vieja piel, no estaban ahora todos, me parece, los despojos de los tripulantes, debo suponer que el oleaje arrastró a algunos durante mi sueño, pero allí tenía ante mi vista el cuerpo enlodado del capitán irlandés, con su cara de pastel de manzana marchita como hierba pisoteada y su pecho como rezumando el efluvio eléctrico del rayo, el agua había inflado a otros marineros como vejigas hasta reventarlos, de modo que, una vez examinado el paisaje de áridos promontorios, de pedregales, roquedos y riscos moteados de tiempo en tiempo por bosquecillos de cactus, y luego de sorprender el vuelo bajo de un flamenco rosado tierra adentro, sin haber logrado establecer si me encontraba en tierra firme o en alguna isla solitaria, procedí a dar sepultura en el húmedo arenal, empleando para cavar sólo mis manos enjutas y alguna piedra en forma de cuenco, a mis compañeros de viaje, tarea nada agradable ni nada fácil a mis casi noventa años, para cuya consumación no bastó un solo día, sino que fueron necesarias dos jornadas completas, durante las cuales me alimenté con carne y maíz crudos, de los bastimentos del barco, que por fortuna pude salvar, y al cabo de las cuales caí exhausta y en una perplejidad de la que solamente lograba sacarme la contemplación del ir y venir de los cangrejos por la playa ahora recalentada, un ir y venir, un zigzaguear y recular que para mí carecían de sentido, pero que ellos emprendían con un tesón encomiable, mientras yo admiraba su fealdad azul de crustáceos laboriosos, cuyos pleópodos o apéndices torácicos y abdominales podían transformarse en piezas bucales, elementos locomotores, paletas de natación o, claro está, como Linnaeus se tomó el trabajo de explicármelo en Estocolmo en vísperas de nuestra expedición a Laponia, en órganos reproductores, en esos órganos sexuales que Federico echaba de menos o no podía discernir en las playas de Zamba, ya que, por su condición hermafrodita, los diminutos testículos del cangrejo alternan

con esas cavidades vesiculares, abiertas al exterior por medio de una pequeña hendidura cuyas paredes tapizan finísimos filamentos sensoriales, que sirven también al animal para darse cuenta de sus relaciones en el espacio, relaciones que, en cambio, sentía yo trastocadas en las horas nocturnas, cuando no había nada que me indicara dónde diablos se encontraban los puntos cardinales, acrecentando con ello la sensación de irrealidad que ahora parece querer acompañarme hasta la muerte, y así transcurrieron aquellos días lentos, sofocados, exasperantes, en que mi gran preocupación consistía en almacenar, utilizando recipientes arrojados por el naufragio, toda el agua que conseguía extraer de los cactus, aquellos días crusoescos que habían de ser, supongo, otro de los complementos indispensables de mi crucifixión final, días de reflexiones más amargas que ese mar que me deslumbraba con su fulgor polifónico, de vertiginosas introspecciones cuyo saldo solía resultar desolador, de memoranzas y nostalgias que sólo agigantaban mi soledad, pues mis débiles piernas no me hubieran servido ya para incursionar en pos de alguna señal de vida y debía permanecer en mi gruta, protegiéndome del sol, la mayor parte del día, contemplando con ira la pipa que no podía encender, recogiendo con mis fosas nasales el perfume afrodisíaco de los musgos, de esos extraños y malditos musgos con órganos sexuales en los extremos de sus tallitos frondosos, órganos que podía reconocer, al igual que aquellos de los crustáceos, gracias a la abrumadora lección que recibí en la capital escandinava, pues Linnaeus, hoy Caballero de la Orden de la Estrella Polar, dilucidó para siempre el sistema sexual de animales y de plantas, y creó todo un sistema de clasificación de estas últimas, basado en la disposición y estructura de sus órganos reproductores, con tal éxito y aceptación que hasta Fernando VI, rey de la timorata España, lo requirió alguna vez para que herborizase en sus territorios, oferta que rehusó, pero que transmitió a su discípulo Peter Loefling, el cual murió en Venezuela, en 1756, en misión científica del gobierno peninsular y en cuyo honor no sólo bautizó Linnaeus el género *Loefinglia*, de la familia de las cariofiláceas, sino que de sus notas y observaciones extrajo su *Iter Hispanicum*, de cuya aparición dimos cuenta Rutherford y yo en el *New York Courant*, periodicucho del cual, por cierto, conservaba entre mis haberes, rescatados del naufragio, algún ejemplar, única lectura que, con la de las cartas de Voltaire, me era posible en aquella soledad, entre cuyos extensos horizontes mataba el tiempo ejercitando la memoria, tratando de recordar versos soledosos, quizá los de Christine de Pisan, *à qui dira-t-elle sa peine, la fille qui n'a point d'ami?*, o pensando con alguien, no recuerdo con quién, que la soledad es la sala de audiencias de Dios, hasta la mañana en que, al despertar, me restregué incrédula los ojos, porque vi frente a la playa, sobre el cabrilleo espumoso del oleaje, la barca más extravagante que cabe imaginar en la vigilia o en el sueño, su vela principal, redonda, ocupaba el centro mismo de ella, un solo banco de remos sobresalía por la cubierta superior, poseía una única verga que se aparejaba por medio de dos brazos y podían observarse claramente dos grandes remos que hacían de timón y que asomaban por la sección inferior de popa, pensé en

las descripciones que Lupercio Goltar me hizo alguna vez de los barcos de altura egipcios, pero más bien, por mis lecturas bíblicas, en los pequeños navíos que debió usar el rey Salomón para la misteriosa expedición a Ofir, sólo que la proa aparecía decorada por una máscara esférica cubierta por redes de arcos de círculo policromos cuyos movimientos, ya fuesen envolventes o antagónicos, fomentaban bajo los rayos del sol ilusiones hipnóticas, obsesivos embaimientos, cegándome por instantes, mientras una serie de movimientos atolondradamente ininteligibles se desenvolvía en los lugares visibles de la embarcación, cuya tripulación parecía danzar una danza irregular, caprichosa, yo hubiera dicho que embriagada, danza de geometrías encabritadas, de inescrutables álgebras, como esas enigmáticas coreografías de ciertos animales en celo, aunque, bueno es aclararlo, a bordo sólo vinieran varones, todos de charolada piel africana, como la tuya, Bernabé, algunos de ellos desnudos, otros ataviados con sederías joyantes y gorjales de cuentas, y aquél que los comandaba, un hombre aún mucho más negro y refulgente y con una panza de mujer embarazada, se aferraba al palo mayor contoneándose como una bayadera, mientras lucía con evidente orgullo una máscara bifronte, cuyos dos rostros, coronados por una piel curtida, representaban el de un hombre barbudo y el de una mujer triste, no supe qué pensar, para mí resultaba palmario que estaba siendo víctima de una inquieta y rebelde alucinación, fuese ya un espejismo del mar o un desvarío de mi mente ochentona y náufraga, lo cierto es que me puse a gritar como poseída, no sé si con intención de atraerlos para que me rescataran o de alejarlos para que no me hiciesen daño, grité como un carcamal loco, como ese espantapájaros chillón en que los años me habían convertido, y con pavor vi a varios negros, a una orden del jefe, lanzarse al agua y correr con un chapoteo hacia la playa, hacia mí, su inminente cercanía me hizo pensar de un modo absurdo en la violación, pero con un suspiro, no sé si de alivio o de desilusión, recordé que mi cuerpo no suscitaba ahora los deseos de otros tiempos, me había ocurrido simplemente que relacionaba este súbito asalto a la isla con el de los bucaneros de aquel remotísimo 1697, que una vez hecha a la vela la flota francesa se abalanzaron sobre Cartagena como una jauría famélica sobre un cadáver todavía caliente, en tanto los desvalidos ciudadanos, los pocos que aún no zozobrábamos en las fiebres caliginosas de la peste, tratábamos en vano de ingeniarnos artificios de defensa, que apenas si arrancaban risotadas a los inclementes hermanos de la costa, dispuestos ahora a no perdonar la confiscación del más insignificante caudal, máxime cuando se sentían burlados por el barón de Pointis, de quien esperaban recibir al menos una cuarta parte del saco y los había dejado con un palmo de narices, y en la casa Goltar lo único que por esos días turbaba el espectral silencio eran los rezos continuos de Hortensia García, que no parecía conformarse ya con mascullar plegarias en la tibia soledad de la alcoba, sino que precisaba gritarlas como si lanzara al Señor reproches y hasta denuestos, pues estaba convencida, además, de que tanto el asalto francés como las pestes que nos asolaban eran desgracias enviadas desde lo alto, pues causas tienen las cosas pero el Señor las gobierna, en castigo por la mucha

judería disimulada, según ella, en la ciudad, siempre la judería cargando con la culpa de todo, siempre las minorías atrayendo las maldiciones, y he de decir que por aquellos comienzos de junio, ida para siempre María Rosa en los brazos amantes y temibles del Pitiguao, y quedado Federico, con los crespos hechos, con los siete baúles alineados en el zaguán, a mi joven astrónomo no quedó más recurso que volver otra vez a mí los ojos, así pues, aunque no le dirigía la palabra, imploraba mi perdón con la mirada, me seguía como un perro por la casa, por donde yo divagaba canturreando antipáticamente, y sólo se desprendía de mí en las horas de la noche, cuando me sabía clausurada en mi cuarto, pero ignorando que trenzada en coyunda extática con la gentil Beltrana, a quien nunca llegué a amar, pero cuyo desnudo me inspiraba una ternura desgarrada, algo como el efecto de un dulcísimo arrullo, y sólo condescendí por último a hablarle la mañana del día tres, cuando Bernabé me comunicó azorado que el amito había resuelto ir otra vez en busca del pirata Leclerq, con la esperanza rediviva de que lo ayudase a llegar a Europa, entonces me puse en un dos por tres en el zaguán y logré atajarlo en la puerta de calle, estás loco, absolutamente loco, cómo no puedes ver que Leclerq sólo se mofa de ti, pero él no, Genoveva, de algún modo, ay, de algún modo debo conseguirlo, ya no resistiría la vida aquí, compréndelo, ni tú misma, que has sido tan buena, podrías soportar el ridículo que arrastraría, déjame, déjame ir, me le enfrenté con los brazos en jarra, bien sabíamos ya, por las informaciones recogidas por Bernabé, que los filibusteros de la Tortuga, libres del freno impuesto por los franceses, se ocupaban por todo el casco urbano en sacar de las casas a sus moradores y de los conventos a los religiosos, para conducirlos, incluidos niños, mujeres y ancianos, a la Catedral, donde a fuerza de tormentos les hacían confesar dónde escondían sus últimos recursos, sus escasas joyas, y que si nuestra casa era respetada todavía, ello se debía tan sólo al prestigio impreso en ella por el Pitiguao, en cierto modo los forbantes la miraban todavía como el cuartel general de su comandante, pero, como traté de explicárselo a Federico, poner un pie en la calzada era en este momento como tentar al diablo, aquella misma mañana Bernabé había visto a Godefray cortar las cabezas a dos de sus hombres por el asesinato de una pareja de mujeres, pero ni él ni Montbars bastaban para reprimir ahora la codicia y la lujuria desatadas de los carniceros del Caribe, lo sé, Genoveva, pero prefiero que me maten a tener que permanecer aquí, no trates de impedírmelo, ya no me pertenezco, ni tú me perteneces, le grité que sí, que yo seguiría perteneciéndole hasta el final de los tiempos, soy tuya hasta la raíz del alma, ¿no lo entiendes?, tuya y solamente tuya, tómame ahora, ya nada ni nadie podría vedártelo, tómame y poséeme de una vez y para siempre y reanudemos nuestra alianza de otros días, hazlo ya, vamos, te amo, mi alocado muchachito, y él me estrechó al tiempo que rompía en un único y desgajado sollozo, en un desierto sollozo que compendió todo su fracaso y su desmoronamiento interior, también toda la soberbia inútil y un tanto corrompida que parece anidar en los hombres con talento superior, esa epilepsia satánica, desproporcionada, que creí ver en Voltaire la vez que algún articulista de

pacotilla osó llamarlo escritorzuelo, y un sollozo que resumía por igual la victoria de la naturaleza primitiva sobre el ambicioso intelecto, porque con él triunfé sobre su chifladura, conseguí que Federico me siguiera de vuelta por las escaleras, todavía rezongaba, de tiempo en tiempo, sólo Leclerq puede salvarme, sólo Leclerq, mas estoy segura que ahora se había confiado por completo a mí, a mi fuerza superior a la suya que le abría cómplicemente las comodidades de la derrota frente a una lucha que, en lo íntimo de sí, había temido siempre asumir por sí solo, así su desesperación resuelta en docilidad me permitió conducirlo hasta su propia alcoba, donde, con la ayuda de Bernabé, lo desvestí minuciosamente, despaché al esclavo y le pedí vigilar por si alguien nos espiaba, para consagrarme a besar poro por poro su transpirante anatomía, a ahogar en las delicias del amor su rebeldía que no fue nunca otra cosa que un sustituto de su frustración, a entregarle todo el placer que pudiera desear, a acariciar dulce, aquerenciadoramente su falo que se hinchó con saludable prontitud, entonces me atrajo hacia sus labios y comenzó a desvestirme con prisa, colaboré con torpes movimientos y, en cuestión de segundos, como en aquel Domingo de Pascua en que me empujó a pesar mío hacia mi alcoba de la plaza de los Jagüeyes, ansié que me poseyera de una vez, que taponara esa cisura, que se zambullera en mí como en una agua convulsa, y bajé las enaguas para exponer frente a sus ojos el vellotado de mi sexo, y vi brillar la brasa espléndida de su glande, que iba ya a penetrarme, cuando de pronto se abrió, también como en aquel Domingo Pascual, la puerta de la habitación y una carcajada atronó como cosa del diablo, y vimos a Lucien Leclerq abalanzarse sobre nosotros y separarnos con una fuerza salvaje, Federico se vio precipitado hacia el rincón más oscuro y quedó privado, creo, de conocimiento al dar su cabeza contra el muro del fondo, reclamé a Bernabé con un grito, pero vi que el esclavo había sido, a su turno, reducido por otros dos bucaneros que ahora lo ataban a uno de los horcones del corredor alto, logré zafarme por un instante del sedicente *bon fripon* y corrí hacia el vestíbulo, pero me cerraban el paso nuevos hermanos de la costa que, viéndome desnuda, barbotaban todo género de obscenidades en varias lenguas, entonces reparé en lo que ocurría allá en lo profundo de la casa, en el comedor, donde Hortensia y Beltrana debían haberse reunido momentos antes para tomar alguna merienda, y ahora las vi acorraladas por Paty, el jefe de los negros dominicanos, y por Jonathan Hopkins, el membrudo virginiano que, completamente borracho, asediaba con sus brazos abiertos a la chica con quien había yo compartido mis últimas noches, medio canturreando un *don't be stupid, damned girl, let you spread your legs*, y no pude ver más, porque Leclerq me asió en aquel momento por el cuello y, con la ayuda de los otros malparidos, me tendió en las baldosas y me penetró dolorosamente con su virilidad amoratada, rodó la sangre que debía inmolarse para Federico, se redujo a carúnculas multiformes el repliegue de la mucosa vaginal, se abrió el himen en un himeneo de infamia, ay muchas veces me dijo mi madre que el destino de las mujeres, como el de las flores, era el de ser cogidas en su más bella floración, pero a mí me despetaló un ave de rapiña, ante tus

ojos, Bernabé, que aullabas de ira entre tus ataduras, a mí me cogió en mi floración un gavilán depredador, y cuando sentí mi sexo inundado por su esperma, cuando lo supe congestionado en los intensos relámpagos del orgasmo, entonces no quise que se saliera de mí, y creo que bendije el que otros forbantes se turnasen ahora para poseerme también, aullé de maldito placer y de divina cólera y de sublime humillación entre sus brazos, quise que vinieran más, que vinieran todos, que todos consumaran la infamia y me proclamaran como su recipiente ideal, pero en el momento en que el séptimo u octavo se derramaba en mi sagrario profanado, comprendimos que algo muy grave había acaecido en el comedor, un desorden de alaridos y de amenazas provenía de allí, pues mientras Hortensia García, a placer o a despecho, quién podrá averiguarlo jamás, se había dejado tranquilamente poseer por varios piratas, Beltrana no había dado el brazo a torcer, sino que, haciendo creer al beodo Jonathan Hopkins que se rendía finalmente, lo atrajo hacia ella, pensando acaso en su madre violada por un regimiento, y cuando lo tuvo sobre sí le hundió en la espalda, con una seguridad brutal, el cuchillo de cocina que había logrado encubrir entre sus ropas, y ahora el cadáver del pecosos pirata, condecorado de tatuajes y de viejas cicatrices, parecía hundirse en un adiós de ignominia, mientras la victimaría, que lo observaba perdida ya, me parece, en los limbos de la locura, era asediada primero por la perplejidad de los demás, estúpida perplejidad remarcada por algún *pourquoi l'avez-vous tué?* Que se ahuecó lúgubrementemente por el ámbito, y luego por la creciente ferocidad de quienes consideraban que aquel homicidio era como si se hubiese perpetrado en ellos mismos, o mejor en todos los asesinos de la hermandad de la costa, y fue Leclerq, precisamente Leclerq, el que más pronto se decidió a tomar venganza, alzó a Beltrana por los aires como a una muñeca de trapo y con el propio cuchillo que le arrebató comenzó a hacerla picadillo ante nuestros ojos, ante nuestro horror impotente, ante nuestros alaridos, la cercenó en rebanadas, la destazó como picando cerdos para hacer chorizos, ni en el más truculento teatro isabelino hubiera sido concebible escena semejante, tanta sangre chisgueteando las paredes, juro que si en vez de contar mi vida estuviese haciendo una novela prescindiría de este episodio macabro, cambiaría las circunstancias para hacer creer que Beltrana, mi pobrecilla Beltrana, murió de la pena moral de ser violada como su madre y no de esta forma desmesurada y atroz, y aun sería necesario contar más horripilaciones, pues Leclerq y sus compañeros se advertían inclinados a proseguir la vindicta, y aquello se habría convertido en un rastro de matarife en domingo a no ser porque en la reja de la escalera se oyeron en aquellos momentos las voces imperiosas de Godefray y de Montbars, que escoltados por más de quince bucaneros se desplegaron aprisa por el caserón y pusieron a raya a todo el mundo, incluida Hortensia García, que enarbolaría ahora sí una silla para sembrársela en la cabeza a quien se acercara, fue aquí donde pudimos aquilatar las virtudes que en verdad adornaban a Godefray, cuya aparición heló de miedo a nuestros atacantes, pues supo no sólo poner orden incuestionable en cosa de minutos, sino refrenar a tiempo la furia que, al reparar en el cadáver

ensangrentado de Hopkins, acometió al impulsivo Montbars, y creo que si Leclerq no fue ejecutado, sino meramente castigado con azotes, como pude establecerlo más tarde, ello debióse sin duda a la comprobada amistad entre él y el virginiano, de la cual podía inferirse, erróneamente por supuesto, un gran dolor en su corazón, sólo que Leclerq carecía de corazón y de entrañas, se divirtió descuartizando a Beltrana igual que lo hubiera hecho despachándose un buen pernil de puerco, la verdad es, para los que quieran oírla, que desde su niñez, cuando vio suicidarse a su madre a raíz de la muerte de su marido en la batalla de Las Dunas, en la cual había tomado parte como soldado del vizconde de Turena, un rencor incontenible informó su vida, y una rara sevicia sus peripecias de carnicero, sevicia que explica la forma como antes alentó esperanzas en Federico, luego se regodeó ridiculizándolo y, por último, planeó el asalto a nuestra casa, ya que todo fue, puedo aseverarlo, desde la comedia ideada en Zamba al conocer las inclinaciones científicas del muchacho hasta el sainete macabro de la mañana del tres de junio, casi cuidadosamente proyectado, o al menos cavilosamente improvisado, insisto en que lo puedo asegurar, porque cuando, allá por 1719, Jean Trencavel resolvió, despechado por mis desvíos, lanzarse al Sena, no fue otro que Lucien Leclerq el forzado vagabundo de barba corrida que lo rescató y me lo trajo desmadejado al piso que compartía con Marie en el hotel de la calle Plâtrier, y he de decir que se trataba de un Lucien Leclerq arrepentido y penitente, de un Lucien Leclerq que, imbuida como andaba yo por entonces de la filosofía volteriana, según la cual todos marchamos descarriados, y el menos imprudente es aquél que más pronto llega a arrepentirse, logró conmoverme, máxime porque, estupefacto al hallarme en la tranquila París, se postró y me pidió perdón besando casi mis plantas, narrándome la historia de su vida pecaminosa para que comprendiera los orígenes de su maldad, jurándome que hacía años, desde su regreso a Francia después de escapar de una larga condena en la isla de Jamaica, había hecho acto de contrición, y suplicándome la merced de mi absolución generosa, pues, según creía, el Señor me había puesto de nuevo en su camino para propiciar esta infinita remisión, no tuve pues corazón para hacerle reproches, ahora era una basura más de las orillas del Sena, un desperdicio de aquella ciudad leviatánica, y aun debí oírle la historia del despedazamiento de la flotilla bucanera por la escuadra inglesa del almirante Neville, que había acudido en auxilio de Cartagena, desastre que los hermanos de la costa hubiesen podido evitar de haber atendido la voz de alerta que les llegó en una chalupa desde Martinica, pero sólo pensaban en el botín con que podían arramblar, y sus torturas se extendieron aun a los mismos que agonizaban por causa de la peste y, aunque accedieron a dejar en paz a los médicos, la emprendieron hasta con el propio Sancho Jimeno de Orozco, a quien de nada valió poseer un salvoconducto de Pointis, y fue así como ese mismo tres de junio del asalto a la casa Goltar, esa mañana en que Leclerq y Paty fueron arrestados y, llevando consigo el cadáver todavía asombrado de Jonathan Hopkins, abandonaron cabizbajos nuestra casa a la que habían sumido una vez más en la tragedia, dejándonos en el comedor el cuerpo despedazado de Beltrana,

Montbars ordenó colocar una veintena de barriles de pólvora en la Catedral, y en torno de ellos amarró a sus prisioneros, amenazando con hacerlos volar si no revelaban los lugares donde habían escondido sus pertenencias, y cuando el día cuatro se decidieron a embarcar, todavía quisieron sembrar a guisa de despedida más daño y más muerte, dando fuego a otros barriles de pólvora alineados con igual propósito en el convento de Santo Domingo, en cuya explosión pereció mi buen confesor, notable lector de Horacio, y se vino a tierra, pulverizada, una de las capillas del templo, mientras los cuatro habitantes que ahora restábamos en la casa Goltar, quizá con la sola excepción de Bernabé, que cantaba tonadillas tristes en las caballerizas, nos sumergíamos, sin dirigirnos la palabra, cada cual enclaustrado en su habitación, en un llanto infecundo, sin testigos, en una estupefacción que no era más que el descenso desde el tope del horror hasta el reencuentro con la ahora increíble normalidad, y yo comenzaba a pensar que era necesario bañarme muchas, muchas veces al día, para lavar alguna vez, en un plazo muy largo, tan largo que no sabía si iba a alcanzarme la vida, aquello que era no sólo mancha, sino costra larvada en mi piel, en toda la piel que me cubría de pies a cabeza, y que en los muslos y el vientre se hacía llaga infamante, así que ninguno de nosotros, luego de sepultar el despojo mutilado de Beltrana en el propio jardín de la casa, donde aún debe anidar su alma en jazmineros y rosales, quiso hacer caso del regreso del gobernador Diego de los Ríos con la guarnición de la plaza, ni de las fiestas y cumbiambas con que algunos cuantos imbéciles dieron en celebrar el acontecimiento, ni mucho menos, pues pensábamos que no nos concernía, de la alharaca que los señores Juan de la Peña y Miguel de Iriarte armaron en la Plaza Mayor, acusando al mandatario de haber llenado con piedras ciertos cofres repletos de un oro que les pertenecía, noticias que Bernabé procuraba transmitirnos, casi a la fuerza, de tiempo en tiempo, sólo para palpar el alto muro que en torno suyo había edificado cada uno, para ver a Federico, en el intacto mirador, dirigir largas e incomprensibles peroratas a una estrella que brillaba en el ocaso, a Hortensia García rezongando oraciones cautiva de su propia fantasía, y a mí derrumbada, completamente desnuda, pues no me vestía entre baño y baño, en el lecho donde antes me estreché con aquella inasible, irrecordable Beltrana cuyo cuerpo debió ser recogido con palas de aseo, pedazo a pedazo, del piso del comedor, donde aún a ratos encontraba Hortensia tiras de su piel, rastros microscópicos de su sangre, hebras imaginarias de su cabello, hasta cuando una tarde, casi entrada la noche, escuchamos golpes en el portón, bajó Bernabé y nos sacudió a todos con la noticia de que una pareja de alguaciles municipales reclamaba la presencia de Federico para proceder a su arresto, situación tan imprevisible y esperpéntica que Hortensia y yo, ignorantes todavía de que aquella madrugada fray Tomás de la Anunciación había sostenido, frente a la Casa de la Moneda, una verdadera batalla campal a piedras y maldiciones con otra pareja de esbirros que acabó llevándolo en vilo a los calabozos de la Gobernación, no supimos al comienzo valorarla en toda su gravedad, no importa que en volandas subiéramos al mirador y tratáramos en vano de

arrebatarlo a su delirio para ponerlo al corriente de la enormidad y exigirle que la afrontara con sorpresa y altanería, como hijo que era del respetable Lupercio Goltar, pero Federico derivaba en los océanos de su imaginación tan náufrago como yo en aquella isla de donde, tantos años más tarde, habían de arrancarme, muerta de miedo, los negros de Apolo Bolongongo, el gordiflón que, asido al mástil de aquella barca estrambótica que para nada hubiese recordado la de San Pedro, se contoneaba y reía con su dentadura de coco, en tanto examinaba, con evidente entusiasmo, los cuadros de Hyacinthe Rigaud, y observaba con desconfianza el pararrayos de Benjamín Franklin, y me decía haber comprendido al rompe mi condición de sobreviviente de un naufragio, pues la isla donde me encontró, casi desierta desde hacía muchos años, se llamaba la Tortuga y había sido refugio de feroces filibusteros, razón por la cual se decía que, en las noches, la poblaban los espectros de aquellos carniceros de mala recordación, así pues muy pocos se internaban ahora en ella y acaso su parte oriental fuese nido de peligrosos cimarrones, todo lo cual no pudo inspirarme sino sonrisas furtivas, pues me divertía haber permanecido, sin saberlo, en ese sitio tan temido en mis tiempos, no en cambio el ignorar hacia dónde nos dirigíamos ahora, pregunta que con recelo y tacto formulé, después de mucho titubear, a aquel hijo de dahomeyanos que, sin la máscara, daba la sensación de un hombre pacífico, pero demasiado inquieto, demasiado vivaracho en su primitivismo nada tranquilizador, y el cual no dudó en responderme que hacia una pequeña aldea llamada Saint-Marc, en el golfo de la Gonave, que por esta época del año se convertía en un lugar sagrado para los negros de todas las Antillas, aspiré mi pipa, que al fin con ayuda de la tripulación había conseguido encender, y hasta todo el oscuro fondo del alma me resigné a lo que viniera, al fin y al cabo me hallaba mucho mejor aquí que en la desolada Tortuga, no importa la zozobra que en el espíritu engendrara el pensar que semejante barquichuelo pudiese topar de manos a boca, como el «Waning Moon», con un huracán o vendaval, en cuyo caso ni todas las divinidades del Caribe reunidas podrían salvarnos de morir en sus aguas, pero observé el cielo, ese mi cielo tutelar, y lo vi diáfano en la magnificencia del mediodía, tampoco las olas parecían despertar augurios funestos, así que decidí sondear en las intenciones y en el carácter de aquel negro estrafalario que conducía por un mar traicionero una embarcación tan frágil, y lo interrogué sobre sus conocimientos náuticos, que me parecieron anticuados, aptos si acaso para gobernar un dromán bizantino en aguas muy apaciguadas, no para encarar las cóleras de los mares tropicales, y así se lo expresé con toda franqueza, sólo para arrancarle una sonrisa, porque, según dijo, el destino del hombre no solía hallarse ni en sus propias manos ni en las de los elementos, me figuré que invocaba a Dios y opiné que tampoco era muy aconsejable desafiarlo, pero él me miró sorprendido, dio una vuelta al mástil apoyado en el brazo y replicó que Dios, el que sostenía el equilibrio de las esferas, era una entidad impersonal, confundida con el universo, a la cual no nos resultaba hacedero desafiar ni elevar oraciones, se trataba de un Ser demasiado vago y lejano para que oyera nuestras súplicas o tomara en

cuenta nuestras blasfemias, otros eran los espíritus que gravitaban a nuestro alrededor y a los cuales debíamos culto y pleitesía, a fin de que descendieran y, como él decía, nos cabalgaran, nos arrollaran con su fuerza incontenible, y a esos espíritus, especie de dioses menores, Apolo Bolongongo los llamaba loas, únicos que, en su sentir y, naturalmente, en el de centenares de miles de negros antillanos, mucho más sutiles en esta apreciación que aquellas religiones obstinadas en dominar directamente al Creador del Universo con magias más o menos civilizadas, únicos digo que pasando de lo invisible a lo visible, y manifestando en forma taxativa su ira, su desdén o su simpatía, podían intervenir en la buena o mala fortuna de los humanos, pues la muerte o la vida, la salud o la enfermedad, la borrasca o el sol radiante, la bonanza o la calamidad, sólo de ellos dependían, no del Sumo Hacedor, y claro está, de la conducta que con ellos adoptáramos, ya que convenía honrarlos y no desencadenar sus cóleras, servirlos con sumisión y ofrendarles todos los sacrificios necesarios, altura de su discurso en que me estremecí, por un instante pensé si no sería el de mi cuerpo un adecuado sacrificio para los loas, pero no, envejecido, decrepito, mi cuerpo muy poco podía interesarles, preferí preguntarle qué dios menor o loa podía evitar que naufragáramos en una tempestad, y él respondió simplemente que Agüé, el dios del océano, no consentiría la aparición de nubes negras ni de vientos sediciosos si el venerable Bolongongo surcaba en su barca sus aguas, y de ello parecía muy seguro, porque al decirlo se contoneaba con retadora voluptuosidad, con ese rijoso desenfado que es, a lo que parece, natural, ingénito en el negro, tú dirás, Bernabé, si me equivoco, y que en estos antillanos, como lo averigüé en el transcurso de aquella alucinante travesía, hallaba su justificación espiritual en el culto a la *loa* Erzuli, su diosa del amor, su Venus negra, que ondula como la de Botticelli las caderas, que es frívola y antojadiza como la de Cranach el Viejo, que abraza a los adolescentes como la de Bronzino, que como la de Tiziano reclama perfumes y platos azucarados, y que como la de Bellini o la de Velázquez se contempla infinitamente en los espejos, a la *loa* Erzuli cuya vida escandalosa se reparte entre el amor de numerosos espíritus masculinos y que, en cambio, es cortejada en vano por el *loa* Guedé Nibo, obsceno dios del coito y también de la muerte, dios de las libaciones y de la danza, pero también guardián de las tumbas, deidad de las procacidades y de la gastronomía, que, sin embargo, viste de fúnebre morado, y que a Erzuli se antoja demasiado negro y carboniento, razón por la cual a Apolo Bolongongo le parecía que el símbolo representado en el cuadro de Rigaud, donde posé yo misma para otra Venus ante el espejo y cuyo bellísimo marco floreado era ya una ruina, no podía ser otro que el de su diosa manirrota y coqueta, sólo que demasiado pálida para su gusto, concepto que lo hizo sonrojar, con ese rubor casi imperceptible de los africanos, cuando se enteró que el modelo se encontraba delante suyo, entonces, ante mi pasmo, insistió en que, para desagraviarme, me haría el amor en la barca cuantas veces yo quisiera, lo dijo con un entusiasmo que no se compadecía con mi pobre cuerpo caduco, con mis casi noventa años, demonios, que a despecho de mis arrestos juveniles saltaban a la vista,

pero él me aseguró que la ley del mundo, más allá de las fronteras de la edad, era el amor, y por ello entendía el amor carnal, al cual consideraba la suma y perfección de todos los amores, pues no existían auténticas distancias entre aquello que reputábamos los cristianos profano y aquello que juzgábamos sagrado, el universo y el cuerpo humano eran todos una sola esencia sagrada y ningún acto que nos causara sano placer podía considerarse contrario a las leyes divinas, ahora increíblemente parecía arder en deseos de poseerme, su erecto falo se insinuaba bajo las sederías que lo cubrían, le dije que no sería recomendable hacerlo, si en verdad lo íbamos a hacer, a la vista de los demás, y en la barca no había, al parecer, lugares estrictamente privados, estalló en carcajadas, por un momento pensé que hacía mofa de mí, pero por el contrario, trató de ponerme de presente, con su voz de bajo profundo, cuan grande tontería era aquélla de la absoluta intimidad para el amor, no, no, el aire libre y la contemplación de terceros resultaban para él tan propicios como la oscuridad de una cabaña, no existían límites temporales ni espaciales para la ley del mundo, el del amor en sí constituía un acto infinito, que todo lo tocaba y todo lo penetraba, entonces me apretó calurosamente una mano, una de mis manos mustias y salpicadas de manchas, y me invitó a agradar a los dioses bajo la hoguera del sol del Caribe, no encontraba cómo rehusarme a lo que él consideraba una gentileza, además habría sido una lástima desaprovechar la última oportunidad que la vida me ofrecía de paladear el bocado paradisiaco, me tendí pues sobre la cubierta para recibirlo como no había hecho con ningún otro hombre desde mi violación por un capitán preboste en la frontera francoespañola, es decir, hacía como cuarenta años, lo vi solemnemente despojarse de sus atavíos y dejar brillar a la caricia de la temperatura su potencia sobrecogedora de africano, y entonces columbré de un golpe los hitos extremos de mi verdadera vida sexual, en la cual no podían incluirse, por superfluos, mi:, escarceos frustráneos con Federico o con Beltrana, pues mi experiencia amorosa que aquí, a plena conciencia, terminaba, había arrancado propiamente del día en que fui violada y desflorada por Lucien Leclerq, mientras a unos pasos Beltrana se aprestaba a asesinar al feroz Jonathan Hopkins, regusto de cosa aciaga que me quedó en los labios el resto de la vida, y que se agravó cuando pensé que mi despedida del sexo había quedado en verdad encomendada por los hados al maldito capitán del paso pirenaico, pero que no me impidió disfrutar del amor, porque tú, Bernabé, y luego mis paternas Aldrovandi y de Bignon supieron devolverme el gusto por el acto real, que en aquellos días horribles de la prisión de Federico había suplantado con esa fantasmagoría, tralá-lá-lá, con que acompañaba cada uno de mis cinco o seis baños diarios, siempre enervada por el terror, por la idea obsesiva, transmitida por contagio de los desvaríos cristianísimos y supersticiosos de Hortensia, de que la nueva desdicha que me llovía en cabeza de mi joven astrónomo comportaba un castigo de lo alto no sólo por mi complicidad con el soñador incurable que se empeñó en no informar sobre la presencia de los filibusteros en la flota francesa y por mis devaneos estériles con la difunta Beltrana, sino por el placer que llegué a experimentar en

momentos en que los piratas profanaban mi doncellidad, de suerte que iba y venía del baño a la alcoba, de la alcoba a los calabozos de la Gobernación, preguntándome qué interés podía el señor Diego de los Ríos albergar que se viese favorecido por una condena de Federico, una condena que gemía de inquietud al imaginar que pudiera llegar a ser de muerte, pues no otra cosa pronosticaba ese cargo de traición, tan palmariamente traído de los cabellos, fundado únicamente en el testimonio, por desdicha bastante nutrido, de personas que aseguraban haberlo visto entrar en la ciudad, como en efecto lo hizo pero bajo circunstancias muy diversas, del brazo con los filibusteros de la Tortuga, a los cuales, según la lunática acusación oficial, debió casi a la fija haber suministrado la información que les permitió batir sin mucho esfuerzo la resistencia del castillo de San Felipe de Barajas y, luego, del bastión de la Media Luna, cuando la verdad era que, en ocasión en que la escuadra de Pointis enfilaba hacia el fortín de Bocachica, fue el propio gobernador quien se abstuvo de reforzar su menguada guarnición para así impedir el asalto, asimismo que cuando los franceses ingresaron a la bahía, la defensa del fuerte de Santa Cruz que de los Ríos desechó de una plumada, hubiese logrado detenerlos el número suficiente de días para aguardar el arribo de los refuerzos que nos venían de Mompós y de Santafé, o que, cuando el enemigo abría trincheras frente a la Media Luna, de los Ríos hubiese podido autorizar un ataque nocturno para entorpecer las labores o, finalmente que, cuando Pointis era dueño ya de Getsemaní, el mandatario habría tenido que resistir y no que entregar la plaza fuerte de buenas a primeras, a sabiendas de que la llegada de auxilio era inminente, consideraciones que muchos se hacían ya en la ciudad, muchos que no comprendían esas desafortunadas órdenes de arresto expedidas no sólo contra Federico, que marchó en el atardecer, con los alguaciles, abrumado por el delirio, sin saber qué ocurría, sino también contra Francisco Santarén, el viejo soldado, a quien se acusaba de haber sostenido una conversación secreta con el Pitiguao, y para colmo de colmos contra el bueno de fray Tomás de la Anunciación, prendido en la madrugada durante su recorrido pordiosero, reo de haber conversado en su propia nave con el corsario y, probablemente, haberle suministrado información acerca del fortín de Bocachica, cargos todos ellos salidos de madre, deschavetados, que de los Ríos se inventaba, desde luego, para cerrar las mentes a la irrupción de la verdad, esto era, que había entregado la plaza a cambio de dos cláusulas secretas en las capitulaciones, una que le permitió sacar sus bagajes y hacer creer así a sus obligacionistas Triarte y de la Peña que con ellos iba también el oro que los traía por la calle de la amargura, y otra mediante la cual, en la práctica, el oro fue transportado a una nave francesa, la «Bermandois», y Pointis se comprometió a colocarlo en Brest para exclusivo beneficio del gobernador, pero todo aquello lo ignorábamos todavía, porque las bocas de Iriarte y de la Peña, que en un comienzo trataron de poner en evidencia pública al verdadero traidor, callaron a partir de aquella mañana del dieciocho de junio en que, según más tarde había de constar en las actas del proceso seguido por el Consejo de Indias, el mandatario los reunió en su despacho y, una vez

instalados en las sillas de cordobán, y presente también, aunque siempre de pie como su obsecuencia se lo sugería, el guarda mayor Diego de Morales, emisario maléfico de los mensajes que sellaron la perdición de Cartagena, les hizo saber que se había enterado de ciertas hablillas, para cuya desvergonzada difusión se había utilizado nada menos que la Plaza Mayor, según las cuales cierto oro les había sido escamoteado por las autoridades legítimas de Cartagena, cierto oro acerca de cuya existencia no parecían haber aportado prueba alguna, pues si bien afirmaban haberlo depositado a bordo del galeón «Oriflama», de la carrera de las Indias, galeón que según era de dominio público, fue volado y hundido por el corsario francés poco antes de marcharse, ninguno de los requerimientos efectuados por la Gobernación no sólo ante el guarda mayor aquí presente, pero ni siquiera ante las Cajas Reales ni ante la Contaduría, demostraba en modo alguno su presencia en aquel navío, a bordo del cual, conforme a los aforos oficiales, no existía ningún cargamento de metales preciosos, y a nombre de ustedes, pajarracos bergantes, sólo uno de almádenas con destino a sus depósitos de Cádiz, así que, por favor, aclarar lo más pronto este desaguisado, con el cual, burdamente, se trataba de enlodar al gobierno en momentos tan difíciles, y dejó vagar la vista por el rectángulo de la ventana con un aire de inocencia injuriada que sublevó la sangre en el pescuezo de Miguel de Iriarte, usted, bribón, nos ha estafado como a niños, frase ante la cual el aduanero Diego de Morales fingió llenarse de cólera, pues, según dijo, no toleraría que en su presencia se irrespetase al gobernador, no lo permita usted, señor de los Ríos, este caballero debe ser alojado sin tardanza en las mazmorras, yo serviré de testigo, nadie debe insultar a la máxima autoridad de la plaza, hágalo colgar de una garrucha, pero intervino, como era de esperarse, el espíritu, conciliador aun en tan escandalosas circunstancias, del mercader Juan de la Peña, el cual, tragando saliva, tosiendo para aclararse la garganta, se resolvió ahora por la súplica, usted gobernador, a quien salvamos en momentos de apuro, usted no puede infligirnos esta infamia, arruinarlos de esta manera, tampoco debería exponerse así, no olvide que existe un fray Miguel Echarri, secretario del secreto del Santo Oficio, que no está muerto como usted se lo figura, sino vivo, muy vivo y a buen seguro, que atestiguará la existencia de ese oro por el cual usted asesinó a un barbero y entregó la ciudad, aún tenemos esa carta de triunfo y si usted, Morales, se niega a responder por ese cargamento sin quintar que fue introducido como almádenas en el «Oriflama», entonces nada nos importará, gustosos iremos a prisión con tal de sacar a flote *toda* la verdad, momento en que el gobernador, esponjado de cinismo, les pidió con una risotada recordar que, así como a los errores del médico se los tragaba la tumba, a los del gobierno solía tragárselos la ergástula, y sin pensarlo más lanzó su famoso ¡guardias, a mí!, que bastó para abrir de un golpe la claveteada puerta por donde irrumpieron cuatro membrudos alabarderos, entre cuyos puños irrecusables alcanzó de la Peña a proponer, a gritos, todo género de transacciones, avenencias y componendas antes de ser arrastrado, junto con su compinche Iriarte, hacia las mazmorras del palacio, donde me era

permitido visitar una vez al día a Federico, cuya situación parecía agravarse ahora que nuevos testimonios establecían de qué forma la casa Goltar había llegado a convertirse, en cierto momento, en guarida y cuartel general de Jean-Baptiste Ducasse, e ignoro cómo, desde aquellos calabozos, tal vez empleando como mensajero a alguno de los frailes que venían a consolar a fray Tomás, cuyas quejumbres resonaban con fantasmal acústica por el ámbito enrarecido, el médico Miguel de Iriarte logró aquel mismo día hacer llegar a su hijo un recado con instrucciones para que ocultara muy bien a fray Miguel Echarri, cuya captura y ejecución por ley de fuga había ordenado sin demora el atormentado gobernador, y para que tratase de promover, sin arriesgarse demasiado, una solicitud de ciudadanos distinguidos, a fin de que la Audiencia de Santafé abriera una investigación sobre la conducta del señor de los Ríos, gestión que el joven médico realizó impecablemente, valiéndose en particular de aquellas personas que contrajeron con él deudas de gratitud por su diligente atención a parientes apestados, y yo entretanto, ignorante de todo aquello, iba y venía como una autómatas del baño a la alcoba, de la alcoba a la Gobernación, apenas dando los buenos días a Hortensia, a quien hallaba arrodillada en un pequeño reclinatorio dándose golpes de pecho y aullando misereres, mientras iniciaban su transcurso aquellos días monótonos, previos a la llegada del oidor Carlos de Aledo y Sotomayor, en que la ciudad trataba de recobrase, de volver a la normalidad a pesar del estrago persistente del vómito negro, monótonos digo, de esa monotonía que los vuelve interminables cuando se están viviendo, pero que luego los acorta y torna compactos y borrosos en el recuerdo, de forma que, aunque apenas si me enteré del arribo a la ciudad del comisionado de la Real Audiencia, debí desperezarme y empezar a comprender toda la tramoya infernal que trataba de montarse ante nuestras narices, el día en que los cartageneros, con perplejidad, se enteraron de que el oidor había intentado instruir un juicio de resistencia al gobernador Diego de los Ríos y que éste, ni corto ni perezoso, se había negado a reconocerle autoridad y, sin más ambages, acababa de reducirlo también a prisión, de embutirlo por mano de sus alabarderos en esos mismos calabozos donde Iriarte, de la Peña, Santarén, fray Tomás y mi pobre Federico permanecían engrillados y a una ración de pan y agua que los iba transformando en sólo huesos y piel, la noticia sobresaltó e indignó a la ciudadanía, sólo esa tarde, tonta de mí, di en la cuenta de que poseía un recurso desesperado, podía acudir a ese leal amigo de mi padre que había sido el castellano de San Luis de Bocachica, Sancho Jimeno de Orozco, a quien no veía desde el día, distante en mi mente, en que sepultamos a mi progenitor y en que Cristina Goltar falleció de melancolía entre las holandas y encajes de la cama de Hortensia, pues la verdad, no me era dado imaginar que un viejo soldado con tantas ejecutorias se viese de la noche a la mañana desprovisto de cualquier ascendiente sobre el gobierno de la provincia, así que, después de observar con lágrimas, entre los tintes embriagadores del crepúsculo, al planeta Genoveva, y de pedirle que intercediera ante las divinas potencias por nosotros, me apersoné a eso de las siete en

casa del castellano, golpeé el portón con la aldaba y vino a abrimme su mujer, la misma en cuya mano depositó Pointis el beso de moda en la corte francesa, su mujer que me hizo pasar a la sala con tinajero empotrado y que me regaló con toda suerte de golosinas, antes de explicarme la inconveniencia de hablar ahora con su esposo, ya que las torturas a que fue sometido a última hora por los piratas, sumadas al remordimiento de haber matado en Bocachica a un soldado en rebeldía y, en cambio, ser impotente ante la corrupción de un gobernador que había vendido la plaza, lo tenían sumergido en una depresión rayana en la estupidez, y en efecto pude verlo en una de las habitaciones laterales, paseándose como fiera enjaulada y repitiendo, mientras golpeaba muebles y paredes, ¡era casi un niño! y ¡lo maté!, ¡lo asesiné, maldita sea!, todo para que un hijo de puta utilizara para su provecho el recurso de las capitulaciones, ¡no voy a perdonármelo jamás!, ¡debo matarlo!, ¡lo mataré y después me pegaré un tiro!, mataré a de los Ríos, mujer, ¡de eso no te quepa duda!, y debí vencer mi dolor y mi turbación antes de contravenir los deseos de la dueña de casa y susurrar, conteniendo el aliento, don Sancho, don Sancho, ¿puedo hablarle?, entonces el antiguo superior de mi padre debió verme, toda tímida y afantasmada en la penumbra, como una especie de emisaria celeste, y avanzó a tientas hacia mí, me preguntó quién era, le dije que la hija de Emilio Alcocer, la única sobreviviente de mi familia, tomó mis manos, me contempló largamente y acabó estrechándome entre sollozos, ¡ay hija mía!, ¡también tu padre y tu hermano sucumbieron en balde, para que este miserable los traicionara!, ¡pero juro que voy a matarlo!, los vengaré a todos, ¡a fe mía!, tuve que esperar que se calmara y a que su mujer le administrara dos o tres copas de vino tónico, antes de explicarle la razón de mi visita, pero no creo que comprendiera el motivo verdadero por el cual me preocupaba la suerte de Federico, se encontraba demasiado turbado, me confesó que carecía de influencia ante los altos mandos, en los cuales se le enrostraba malévolamente la pérdida de Bocachica, ¡todos ellos, Verrospi, Márquez Bolcortes, no eran otra cosa que una punta de simuladores!, ¡que el diablo se los llevara!, pero no, ¡yo mismo haré justicia!, ¡los empalaré con estas manos en la Plaza Mayor!, cantinela que salía de sus labios como si recreara en un mundo ilusorio los acontecimientos del mundo real, hasta que por fin, viendo mi angustia, se puso de pie, se metió en la casaca y me dijo vamos, ea, tratemos de poner un poco de orden en tu vida, no supe con certeza a qué se refería, pensé que de algún modo podría hacer algo por Federico, pero me condujo, en cambio, en una caminata lenta y silenciosa durante la cual se golpeaba continuamente con un puño la palma de la otra mano, de vuelta a la casa Goltar, cuya puerta nos franqueó Bernabé sólo para que Sancho Jimeno de Orozco le ordenase introducir en un baúl todas mis pertenencias y llevarlas con nosotros a mi viejo caserón de la plaza de los Jagüeyes, donde esa noche, luego de suplicar a los vecinos, a esos mismos vecinos que habían de tildarme años más tarde de hechicera y que propiciarían el auto de fe simbólico hecho en mi ausencia con los muebles de mis padres y con el instrumental y los mapas de Lupercio Goltar, que velasen por mí, me ayudó a desenterrar las joyas de

mi madre y lacónicamente se despidió, estaba convencido de ser aquello lo único que podía hacer por mí en el resto de sus días, que en verdad ni fueron muy largos ni muy halagüeños, pues los consumió en Madrid esforzándose por activar el proceso contra Diego de los Ríos, y allí empezaron los años solitarios de mi residencia en la casona de San Diego, milagrosamente intocada por los filibusteros, acaso por su aspecto ruinoso y el hecho evidente de encontrarse deshabitada en aquellas jornadas finales, y los días intranquilos en que se rumoreaba que el presidente del virreinato, don Gil Cabrera y Dávalos, había determinado, de común acuerdo con la Audiencia de Santafé, imponer su autoridad por cualquier medio a su alcance en esta ciudad perturbada, cuyo casco amurallado, donde campeaba la chismografía como con un zumbido de avispero y por donde iban y venían todavía los médicos disfrazados de pájaros raros en lucha contra el indómito vómito, atravesaba diariamente para ir a ver a Federico, ahora recobrado para la realidad por el sufrimiento, para una realidad que a su natural soñador debía resultar intolerable, pues no lograba comprender el motivo de su encierro y, la mayor parte del tiempo, se imaginaba reo de un proceso, no ante el brazo secular o la autoridad civil, sino ante el Santo Oficio, recordaba los miedos de Cipriano en aquellos comienzos de abril en que por vez primera nos reveló haber descubierto un nuevo planeta en el firmamento, y atribuía a fray Miguel Echarri y a los dominicos su reclusión en estas mazmorras de donde, una de aquellas madrugadas, mientras dormía la ciudad y deliraban de calentura los apestados, un pelotón de soldados sacó imprevistamente a fray Tomás de la Anunciación, al buen terciario que, aún embotado por la imposibilidad de saciar su glotonería martirizada y acaso por sus pesadillas con guadañeras ominosas y agoreras volaterías, gimoteaba como el niño grande que fue siempre, lo condujo hasta la plaza de Armas, desierta en las sombras del amanecer, y antes que pudiera comprender lo que ocurría, pues según dicen creyó casi hasta el final que lo iban a poner en libertad, lo fusiló sin fórmula de juicio bajo el cargo de traición a España, en cumplimiento de una orden impartida por Diego de los Ríos la noche anterior, durante un bochornoso festín en el cual, de acuerdo con rumores que corrieron persistentemente, a sabiendas del temor que su gobierno inspiraba en la clerecía y de que ésta no osaría alzar una mano contra él, bailó desnudo delante del Obispo, en el patio de su casa, con Lupe y Pepa, las sobrinas más despabiladas de Hortensia, y aquella mañana fermentó en la ciudad la indignación, máxime cuando un bando gubernamental, que oí, con el corazón acelerado, en momentos en que el cadáver del inocente eclesiástico, con una sonrisa impropia en su rostro de angelote estafado, era retirado de la plaza, anunció que los escarmientos no pararían hasta no haber castigado a todos aquéllos por cuya culpa la ciudad cayó en manos del corsario, la agitación empezó a crecer, grupos de personas se amotinaron, reclamando auténtica justicia, frente a la Gobernación, y un puñado de notables, algunos de ellos apenas convalecientes del tabardillo, compareció en la obispalía para implorar del pastor una acción cualquiera, pero éste, ante cuyas ñatas el gobernador había ordenado el ajusticiamiento de fray Tomás, se limitó a sonreírles

beatíficamente, haciendo la señal de la cruz, y a despacharlos con una frase de San Pablo en la Epístola a los romanos, algo así como si *Deus pro nobis, quis contra nos?*, oí en el atrio de la Catedral los comentarios sarcásticos de los así desairados, me sentí asfixiada de angustia, atravesé la plaza de Armas y solicité, como todos los días, permiso al alcaide del palacio para hablar unos minutos con Federico, pero su respuesta acabó de derruirme, me dijo que tanto el joven Goltar como los señores Santarén, Iriarte y de la Peña habían sido trasladados temprano a otras prisiones de la ciudad, pues se temía que su reunión en estos calabozos, donde ahora sólo permanecía el oidor Aledo y Sotomayor, terminase por prestar alas a otra conspiración, sentí un vértigo y deseos de vomitar, inquirí a qué lugar habrían llevado a Federico, respondió que a las mazmorras del baluarte de San Pablo o del Reducto, pero que sería inútil tratar de verlo, pues había orden de incomunicación total, se rascó la cabeza con un poco de ansiedad y me condujo, empujándome suavemente, a un rincón silencioso donde me susurró que, por amor de mi madre, me dejara de andar visitando a aquel muchacho cuya perdición estaba sellada, eres casi una niña, que no te relacionen con esta conspiración, van a pensar que llevas mensajes entre estos traidores y otros sediciosos, por favor esfúmate y no aparezcas más por estos lugares, la suerte de estos prisioneros está echada, no hay nada que se pueda hacer por ellos, recuerda todo lo que por su traición hemos sufrido en la ciudad, no te hagas daño a ti misma, eres sólo una niña, y con ésas me despidió, ahora sentía una especie de cosquilleo desesperado por todo el cuerpo, ha sido siempre el género de exasperación que la injusticia me produce y no creo que en el universo haya nada que pueda compensar un acto de injusticia, me dirigí a paso incierto hacia el arrabal de Getsemaní, medio destruido por las bombas francesas, pasé frente a las rampas del baluarte de la Media Luna, donde Cipriano había hallado la muerte, frente a los fosos, frente al tramo de muralla que lo unía con el Reducto, cuya majestad sombría encaré sin esperanzas, ahora estaba convencida de que nada podía hacerse, la única lucecilla que conseguía vislumbrar en el porvenir era la de una rápida acción por parte del gobierno santafereño, pero ni aun de ello podía esperarse mucho, pues resultaba apenas obvio que, si el presidente Cabrera y Dávalos venía al asalto de la ciudad, los prisioneros correrían mayor peligro, mi temor de no poder ver a Federico fue, por lo demás, confirmado por el alcaide del Reducto, a nadie verán, me dijo el gordo aragonés, ni siquiera a sus piadosas hermanitas, pues por tal me tomó, estos miserables apátridas, cuya traición nos costó tantas vidas, me pareció que cualquier réplica sería ociosa, el hombre estaba persuadido de lo que decía y lo mismo toda la guarnición de la plaza, que respaldaba como un solo soldado al gobernador de los Ríos, ya que al hacerse de la obediencia cuestión de honor en los ejércitos, su rígida observancia se convierte en un modo poltrón de abolir la conciencia, volví a casa, comprendí que lo único que podría hacer sería llorar, llorar hasta agotar las lágrimas, porque rezar ya no podía, de nada habían valido los torrentes, las cataratas de rosarios rezados por Hortensia García en las últimas semanas, pensé que el llanto era mejor

consuelo para los impotentes que la oración, el llanto desfogador, el llanto que lava el alma, el llanto solitario, sin testigos, y como de nadie cabía esperar ayuda, como nada podía hacer y no estaba, por tanto, en el deber de hacer nada, me recliné a llorar mientras pasaban los días y sabía que, en cualquier momento, alguien me traería la noticia del fusilamiento de Federico.

XVIII

No he estado en Judea, a Dios gracias, ni iré jamás, dijo Voltaire alguna vez con su cáustico encanto, y en ese mismo artículo del *Dictionnaire philosophique* quiso destruir la leyenda del pueblo elegido preguntándose cómo, si Dios amaba en verdad a los judíos, les dio por tierra prometida esos pedregales de las orillas del Jordán y no el mismísimo delta del Nilo, donde de hecho vivían, pero me parece que, en mi buen François-Marie, aparte la sonrisa intelectual que en él despiertan esas fantasías hebraicas, no ha existido jamás aversión hacia los súbditos del reino de Judá, sino más bien una oculta admiración, de la que aquellos juegos irónicos no son otra cosa que prueba vergonzante, pues tuvo ocasión, durante su vida en Ámsterdam, de alternar con los más selectos de entre todos ellos, si se piensa que fue allí donde echaron raíces más hondas el *Tractatus Theologico-Politicus* y la *Ética* de Benedictus Spinoza, que, si bien proscritos por la judería de su tiempo, alcanzaron importancia decisiva en el desarrollo cultural del núcleo judeoholandés, especialmente en cuanto afirmaba Baruch que la pasividad de la pasión es la servidumbre humana y, en cambio, la acción de la razón es la humana libertad, pensamiento que, a mi modo de ver, inauguró oficialmente las corrientes que se adentraron en el siglo XVIII, y que Voltaire debió ver repetido en muchos de sus amigos hebreos en Holanda, máxime si estos intelectuales, nada apegados a la letra mosaica, contribuyeron fervorosamente, en más de una ocasión, al progreso de nuestra logia parisiense, así que no extrañe que fuese el propio Voltaire quien primero estableciera, para los fines de la Gran Logia, el contacto con esa prolongación del núcleo judaico de Ámsterdam que son los judíos de Willemstad, ni que el admirable Yosef ben Saruk profesase una devota admiración hacia el filósofo francés, como tuvo oportunidad de probármelo a lo largo de nuestras conversaciones, siempre avivadas, para mí, por la íntima brasa de ese espíritu de corteza de naranja llamado curasao, en ese jardín tropical rodeado por las cálidas aguas del Mediterráneo americano, donde tanto él como Ezequiel Bécker y otros varios sabios, no sólo en la *Tora* y en el *Talmud* sino también en las ideas enciclopedistas, me pidieron desde un comienzo deslindar sus prácticas religiosas de las proyecciones políticas de su presencia en las Antillas, porque tenían como marcadas al fuego en la mente las infamias que la Iglesia y el Estado españoles consumaron en sus antepasados desde los tiempos del estatuto racial toledano, cuando ni siquiera un breve del Papa Nicolás V ni dos sínodos reunidos en Vitoria y en Alcalá consiguieron aplacar la furia antisemita desatada en la capital eclesiástica de España, resuelta a imponer la pretendida limpieza de sangre como un requisito *sine qua non* hasta para respirar, pues como decía Yosef, y se desprende, tal como lo comprobé, de la lectura del *Defensorium Unitatis Christianae* de Alfonso de

Cartagena, aquellos cristianos viejos consideraban que la familia judía había sido, sí, elegida por Dios, pero para preparar el advenimiento de la Iglesia católica y de la sociedad civil cristiana, noción que tornaba inútil la presencia en el mundo de la raza hebraica una vez llegado el Papado a su máximo esplendor, y de allí que la peor saña española se cebara precisamente en los judíos conversos, y Ezequiel Bécker, que a veces se animaba también a algún sorbito de curasao, sostenía que el nacimiento del Santo Oficio en España no tuvo otro fin que el de hostigar a los israelitas y a los marranos, que no sólo rindieron tantos beneficios culturales a la Península sino que podría decirse que fueron sus primeros habitantes, y me leía en los crepúsculos curazoleños, en que tan intensamente fulguraba con luz verdosa el planeta Genoveva, los versos amargos con que, ya anciano, el famoso trovador Antón Montoro, *el Ropero*, se dirigió a la Reina Católica, *si vuestra alteza mirara, el corazón vos manara gotas de muy gran piedad*, para reprocharle las persecuciones y humillaciones de que su raza era objeto, tanto más patentes si se piensa que, hacia 1547, el arzobispo toledano Juan Martínez Silíceo excluyó a los judíos conversos del sacerdocio, porque, según decía, no se debía presumir que fueran fieles a Dios aquéllos que habían sido judíos, o sus padres, o los descendientes de ellos, y qué decir, intervenía otra vez Yosef ben Saruk, de la situación actual de los marranos o *chuetas* en la isla de Mallorca, donde se los tiene por réprobos o por apestados, al punto que, detrás de los mallorquines nobles, vienen en orden de consideración los cerdos, los perros, los asnos, los gatos, las ratas y, finalmente, el *chueta*, ay Genoveva, si te digo esto, que tanto me duele, es para que comprendas mejor nuestros motivos contra el Imperio Español, me decía en lengua castellana, que por razón de sus ancestros sefardíes, de elegidos entre elegidos, dominaba tan bien como la holandesa, y yo sólo podía cabecear afirmativamente, arrojando volutas de la pipa, ante argumentos de tanto peso, aunque sabía que aquellos desmanes no habían sido completamente gratuitos, pues se trataba de apartar a los judíos, siempre monopolistas, del poderío económico que indefectiblemente iba a caer en sus manos, ya que, incluso cuando muchos de ellos se acogieron a la ley de conversión, también como cristianos nuevos procuraron entroncar matrimonialmente con las familias más prósperas, lo cual, por supuesto, no justificaba en modo alguno una persecución que en últimas no había sido, como quien dice, privilegio de España, sino que de ella participaron tantas naciones cuantas Europa cobija en su sagrado manto, en todas se alzaron cadalsos, horcas y hogueras para escarmentar a los supuestos deicidas, expulsados de Inglaterra por Eduardo III mucho antes que de España, y también de Francia en 1306 por *Philippe le Beau*, y en este caso como adiestramiento para el exterminio de los Templarios un año más tarde, y de allí en adelante los ghettos levantaron sus altos muros, las degollinas enviaron su fulgor rojizo desde todos los puntos del Viejo Mundo, y en Roma, en esa ciudad encantadora que perdurará hasta la muerte en mi imaginación, en Roma se instauró por entonces la costumbre de hacer pagar, cada año, el diezmo al Papa por la comunidad israelita, tras lo cual el gran

rabino recibía, como agradecimiento por parte del camarlengo papal, un puntapié en sus venerables posaderas, pero eran cosas del pasado, lo comprendo, y en cambio España insiste, insiste siempre, porque la Contrarreforma la dejó plantada en el Medioevo, me parece que el deseo de evitar la expansión judía coincide, óiganlo, inquisidores, óyelo, Bernabé, con su horror por la expansión industrial, mas no eran tales filosofías las que me habían traído a Willemstad, sino la promesa de apoyo que estos observantes talmúdicos habían hecho a la Gran Logia para la implantación de una sociedad filantrópica de iluminados en mi tierra natal, todo lo cual me resultaba de tal manera paradójico, que prefería asentir a cuanto Yosef y Ezequiel quisieran postular en nuestros coloquios larguísimos a orillas del Caribe esplendente, en los cuales aquellos barbudos e inquietos doctores, acaso por la incesante sensación de foraneidad que los judíos padecen en cualquier parte, se extendían en explicaciones sobre esa otra diáspora hebrea de España a América, emigración mucho más nutrida que lo que el Santo Oficio pudo jamás imaginar, y tan vieja que, según Ezequiel Bécker, no sólo veinticuatro de los tripulantes de las carabelas de Colón eran sefardíes, sino que Rodrigo de Triana, el primer marinero en avistar tierras americanas, lo era asimismo, y por supuesto micer Luis de Santángel, nieto de don Azarías Jinillo, quien colaboró con la suma de diecisiete mil ducados para la aventura del Descubrimiento, de suerte que las Indias se convirtieron, desde la llegada del europeo, en refugio desesperado de esta raza perseguida, y las Antillas, como Yosef lo recalca, en el foco principal de su actividad, y así fueron sefardíes de pura cepa no sólo Pedrarias Dávila y Rodrigo de Bastidas, sino hispanos tan aparentemente insospechables como Gonzalo Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar, y hasta un alemán, el arriscado Nicolás von Federmann, explorador del Orinoco, autor de una *Indianische Historia*, que Ezequiel releía con deleite, Ezequiel que lloraba con ese llantito dulce de los judíos al recitarme con honda religiosidad fragmentos del *Keter Malkhut* o *Corona real*, del malagueño y errante Salomón-ben-Jehudá-ben-Gabirol, más conocido como Avicebrón, himno en prosa rimada donde se cantan la unidad de Dios y las maravillas del universo, obra de sorprendente lirismo si se piensa que su autor era más un filósofo que un poeta, y un filósofo, como Yosef ben Saruk se apresuraba a anotar, cuyo neoplatonismo influyó en la tomística y aun en Duns Scoto cuando Domingo Gundisalvo tradujo al latín su *Maker Hayin* o *Fuente de la vida*, o en otras palabras, un filósofo que hizo a la cultura española aportes de carácter no estrictamente hebraico, y en este orden de ideas no podía dejar de traerse a colación ni la obra de Maimónides, ni la de Judá Halevi, ni la del rabí Bahya Aben Pakuda, ni la de todos esos talentos, un tanto olvidados, que poblaron el Siglo de Oro del Judaísmo Español, cuya evocación exprimía los sacos lacrimales de mis ilustres amigos, cuando yo, que lo único que esperaba para largarme era exprimir cuanto antes sus sacos de dinero, no podía apartar de mi mente, a despecho de la simpatía y de cierta solidaridad en el dolor que ellos, su raza y su historia me inspiraban, de qué manera estos hijos de la Alianza, estos depositarios de las promesas por Yahweh

formuladas a Abraham, Isaac y Jacob, *este pueblo elegido* que había llegado a autoerigirse en una especie de *quid necessarium* para el Creador, pues sin él Yahweh parecería no tener justificación, era el padre directo del cristianismo y de toda su secuela de males, razón por la cual me sentía profundamente apartada de todo lo que Yosef y Ezequiel, mis respetados, bondadosos amigos, representaban, no importa que en forma transitoria coincidiéramos en finalidades también transitorias, así que, aunque me diera pena dejarlos en esa especie de limbo metafísico que, para quienes diariamente dirigían sus plegarias a una patria desconocida, a una amada e ignota Jerusalén, significaba el encontrarse en mitad de un mar tropical, de una geografía tremendamente extranjera, experimenté como un desahogo cuando Yosef me comunicó, entre lágrimas y risas, que los fondos habían sido finalmente recaudados y se aprontó la embarcación que, para burlar la vigilancia civil y eclesiástica, había de depositarme, al amparo de la noche, en vecindades de Cartagena de Indias, de aquella Cartagena, tan viva en mi memoria, donde transcurrieron mi infancia feliz y también los días de horror, y donde a finales del siglo pasado comprendí que, en cualquier momento, alguien me traería la noticia del fusilamiento de Federico, ahora que ya nada podía hacer y no estaba, por tanto, en el deber de hacer nada, pues lo mejor era definitivamente pensar que había muerto, que mi adorable geógrafo pertenecía al pretérito, que mi amado muchacho era una sombra ya entre las sombras, y en éstas me debatía cuando aumentaron los rumores de un asedio inminente por parte de Cabrera y Dávalos y de la Audiencia de Santafé, se decía que el gobierno central reclutaba gente en Mompós, en Tolú, en Tenerife, para sitiar nuestra plaza y meter en cintura al gobernador loco y, en efecto, al entrarse el mes de agosto, aquel horrible mes de agosto en que las ratas grises empezaron a campear por casas y calles, mordiendo a los niños en las cunas, arrebatándonos los alimentos de las manos, los puentes levadizos de Cartagena fueron izados, las baterías aprestadas, y los cartageneros no tardaron en comprender que, como antes por la escuadra francesa, ahora nos encontrábamos cercados por un ejército que encabezaban el presidente y sus oidores, asedio cuyas justísimas razones saltaban a la vista de los ciudadanos más prominentes, pero no de la guarnición, cuya lealtad a de los Ríos ni siquiera reclamó jamás el beneficio de la duda, así que, durante varios días, oímos, sin inquietarnos mucho, pues sabíamos que la población civil sería esta vez respetada, el tímido intercambio de descargas, nada convincente, vaga señal apenas de que nadie se hallaba dispuesto a dar su brazo a torcer y de que, si el gobernador se empeñaba en presentar resistencia, la ciudad tendría que sumar, a los estragos de la peste, los del hambre, y no tardó, claro está, el señor Cabrera y Dávalos en poner a las puertas de la ciudad a un emisario que no ofreció, sino que más bien suplicó a las autoridades en rebeldía dejar salir a los ancianos, a las mujeres, a los niños, a aquéllos que padecieran la peste o cualquier otra enfermedad grave, y sólo cuando la Logia de Madrid me proporcionó las actas del subsiguiente proceso, conocí la declaración de fray Miguel Echarri, ausente por completo de sus memorias o quizá diluida en los

lebrillos de la bruja de San Antero, en la cual recuerda el extraño comportamiento que el joven Iriarte adoptó hacia él en los días que siguieron al encarcelamiento de su padre y del señor de la Peña, pues en vez de gastarle bromas sobre las cosas sagradas como solía, rodeó su vida de convaleciente de un desusado misterio, no permitía a nadie la entrada en su casa, le impedía comunicarse, como lo deseaba, con sus cofrades dominicos y apenas, apenas si le dirigía la palabra para obligarlo a tomar sus medicinas, que Echarri se obstinaba en reemplazar con la oración, hasta el día en que entró en la habitación provisto de alguna ropa interior de encajes, una saya negra, una blusa y una cofia, todo primorosamente femenino, y le dijo de sopetón que, si quería salvar la vida, ya que había una orden de captura en contra suya, vistiese aquella descompaginada indumentaria y se uniese rápidamente a los grupos de mujeres que se encontraban prontos a abandonar la ciudad, sugerencia que el secretario del secreto del Santo Oficio, acaso por puro instinto, prefirió no discutir sino acoger sin reservas, consciente como era de que algo con él marchaba color de hormiga, y fue así como las personas que transitaban aquel día de agosto por la calle del Candilejo vieron salir de casa del médico a una fámula vejanzona a quien, sin embargo, el otrora atildado joven Iriarte palmetecía cariñosamente el trasero, escena que hizo pensar a un presbítero de la Catedral, que por allí se encaminaba a la obispalía, y que luego se regodeó contándolo, de qué manera vuela en este mundo el que parece correr menos, y cómo ni la edad ni la dignidad suelen ser obstáculos para ciertos sátiros, forma por lo demás nada airosa como el ahora repuesto canonista logró evadir la vigilancia de los alguaciles y sumarse al tropel de mujeres que, algunas horas más tarde, abandonó el recinto amurallado por la puerta de la Media Luna, y luego por entre los cañones herrumbrosos y las viejas brigolas del ejército improvisado por el gobierno central, con rumbo a la aldea de Turbaco, tropel en el cual no me encontraba yo, que ni siquiera tuve por quién enterarme de aquella posibilidad de escapar al sitio y al hambre inevitable, y que de resto no hubiese podido aprovechar, pues estaba Federico de por medio, Federico a quien por fin, una de las tardes más calurosas de aquel mes endemoniado, logré ver gracias a la bondad espontánea de algún sargento que había servido a órdenes de mi padre, un viejo catalán que la noche anterior tocó sin previo aviso a la puerta de mi casa y lacónicamente me informó que se había enterado de mis súplicas al alcalde del Reducto, que aquel hombre no tenía corazón, que a una hija del bravo Emilio Alcocer, inmolado en Bocachica, la guarnición no podía negarle una merced tan sencilla, que la tarde siguiente él estaría por algunas horas a cargo de las puertas del fuerte, que acudiera puntual y me dejaría hablar unos pocos minutos con el joven traidor, instrucciones que seguí al pie de la letra, para quedar medio atontada al comprobar cómo, de la celda dotada apenas de un catre de tijera, un crucifijo y un jarrón de agua, parecía brotar como una bocanada de muerte, entonces vi a un Federico cruzado de azotes, ulcerado por las torturas y con magulladuras en ambos ojos, que sin embargo tarareaba, tarareaba tumbado en el catre una vieja canción, *callad vos, Señor, nuestro Redentor, que vuestro dolor durará poquito*, no es

difícil comprender de qué forma el alma se me abrió por una grieta de dolor iracundo, por donde un alarido escapó hacia las inmensidades habitadas por el Dios de la justicia, Dios mío, Dios mío, qué te han hecho, pareces un nazareno, no es posible que esto continúe, no, Federico, amor mío, alguien tiene que poder ayudarnos, alguna manera tiene que haber de obligarlos a reconocer esta injusticia, pero él se incorporó adolorido, desgonzado, y me miró con una sonrisa sardónica que contrastaba con la cólera de sus ojos, de aquellos sus ojos claros y soñadores, señaló con un dedo hacia el firmamento que dejaba ver un retazo nuboso por la claraboya, y aulló con acento que jamás olvidaré, ¿pero es que no la oyes, Genoveva?, ¿no oyes la carcajada de Dios allá en las alturas, de Dios que se pasa el día y la noche divirtiéndose a más no poder con nuestras desdichas, con nuestras fatigas, con nuestras desolaciones y miserias, no lo oyes reír, no escuchas su carcajada infernal? Dejémoslo, dejémoslo que se divierta, es lo justo, es su Creación, su juguete, su engendro que a la vez lo asquea y lo fascina, grité horrorizada no, no hables así, no puedes hablar así, me parecía que aquellas palabras habían estremecido al universo, aún no podía comprender cuan insignificante es cualquier blasfemia humana ante la maravilla implacable del mundo, qué es lo que te han hecho, te han torturado, dímelo, dime si te han obligado a confesar las falsedades que ellos mismos se inventaron, asintió con los ojos todavía pueriles y hermosos entre los moretones, sí, me dijo, confesé todo eso y mucho más, y muchísimo más, confesé todas las traiciones posibles y hasta imposibles, admití que desde hace muchos años, desde cuando mi aya me cargaba en brazos y me llevaba a ver repellar esas malditas fortificaciones, las venía sutilmente analizando para, llegada la hora, revelarlas a los franceses, pero es que no importa, Genoveva, el propósito del universo es la injusticia, básicamente la injusticia, porque has de saber que el planeta al cual bauticé con tu nombre me dijo anoche que la esencia del mundo es el mal y que el bien no es sino ente de razón, o sea, ausencia de mal, eso me reveló el astuto planeta, el astro marrullero, y aun me hizo ver, a guisa de demostración, cómo tienen más fuerza los males para dar pena que los bienes para engendrar alegría, no sabes cuan sabio, cuan discursivo ha resultado ese maldito planeta Genoveva, esa lucecilla que creí poder llevar en mi cerrado puño ante la Academia de Ciencias de París, ah sí, qué planeta más tunante, por eso es verde, tan verde el condenillo como la bilis más atrabiliaria, como un vómito verde, y por él sé ahora que la inocencia es una forma de la locura, no lo olvides, para ser inocente hay que estar loco de remate y resulta todavía mayor locura querer ser salvado alegando la inocencia, incurriendo en ella, que connota en sí misma una culpa, compréndelo, una culpa que no tiene perdón ni de los hombres ni del riente Dios de las alturas, métetelo en la cabeza, amada mía, mi tejedora de coronas, la bondad y la buena fe son trapacerías incalificables, por bondad y por buena fe dejé de informar sobre nuestro encuentro con Leclercq en Zamba, y ello costó la vida a nuestros padres, a Cipriano, a tantos s, de allí que merezcan pena mayor que la falta, testigo el planeta de tu nombre, Genoveva, él que no es sino otra mentira del cielo, que me dejen ahora

cara a cara con mi culpable inocencia y ellos se queden con mi aviesa confesión, porque los he engañado, les hice creer que me les asemejo, que soy como ellos encomiablemente culpable, qué risa, qué risa, ahora quizá me perdonen, ahora quizá comprendan que soy tan cobarde como ellos, y que a la ciencia la engendra el miedo, ¿recuerdas? *scientia, quae est remota a iustitia*, qué pamplinada, qué desvarío, nunca fue ciencia sinónimo de sabiduría, y yo la imaginé sinónimo de grandeza y de gloria, y ahora sólo oigo la carcajada, la siniestra carcajada de Dios que no se cansa de festejar mi ingenuidad, mis niñerías, de las que tú misma has llegado a burlarte en el fondo de ti, no lo niegues, le grité que no rotundamente, yo jamás me he burlado de ti, soy tan culpable como tú, yo te amo, lo vi sonreír con un atisbo de malicia, vi sus ojos brillar con malévolamente inocencia, y fue lo último que vi de él, porque el sargento amigo de mi padre, que había abierto la reja sin que yo lo advirtiera, me tomó en ese instante del brazo y me arrastró a mi pesar, pues me resistía, aullaba, trataba de hacerle ver que mi culpa no era inferior a la de ese pobre muchacho, que merecía como él ser encerrada en una mazmorra y hacía resonar mi desesperación por todo el Reducto, hasta la rampa principal donde, enloquecida, le hundí las uñas en las mejillas antes de sumergirme, con la conciencia embotada, en las callejuelas del arrabal de Getsemaní, llenas a esa hora de un olor de cocinas vesperales, con la idea de llegar a la casa Goltar e implorar a Hortensia García su intercesión ante su ex amante, ante el inaccesible gobernador, porque además recordaba que, en alguna de aquellas horribles mañanas, cuando de los Ríos se reunía en el palacio con el Pitiguao, cuando se decidía la suerte de la plaza, hallé a Hortensia muy nerviosa en el atrio de la Catedral, nerviosa y averiguando por fray Miguel Echarri, algo parecía haber oído, algo que la inquietó o definitivamente le repugnó, algo que la empujó luego a abandonar para siempre a su poderoso barragán, y aquello que Hortensia sabía tendría que servirnos ahora para forzar las puertas del despacho gubernamental y obligar al mandatario a expedir el indulto, me fluyó la idea como una iluminación súbita y copiosa, corrí desalada, oí sin escuchar la reanudación de las descargas del ejército que nos sitiaba, descargas lejanas, ajenas a mí, incapaces de dañarme, no miré los rostros de los transeúntes sigilosos del atardecer, que deambulaban a su manera, sin prestar atención tampoco a las atronadoras amonestaciones del presidente Cabrera y Dávalos, y cuando vi la casa me arrojé sobre la puerta y golpeé, una y otra vez, hice sonar la aldaba con todo el vigor de mi angustia, la emprendí a puntapiés contra ese portón silencioso, detrás del cual no parecía haber vestigios de vida hasta, cuando, por último, un Bernabé espantado abrió, sólo para responder, mientras con un garrote imponía distancia a las ratas grises que lo acosaban, a mis requerimientos, que la muy estúpida y la mil veces malparida Hortensia García se había largado hacía dos o tres días con el tropel de mujeres dentro del cual marchó también, disfrazado, fray Miguel Echarri, y cabe recordar aquí que ya no se detuvo hasta ir a profesar a Popayán, porque seguía creyendo que conseguiría arreglar el mundo con sus oraciones, como si con tantas plegarias como se han elevado en este globo terráqueo

no hubiera ya de sobra para haberlo convertido hace siglos en un florecido edén, entonces me inundó como un relámpago helado la resignación, comprendí que el destino de Federico había sido desde siempre cruel e indetraíble, dejé que resbalaran suave y calladamente las lágrimas por mi rostro que bañaba la débil luz de la luna menguante de agosto, anduve con lentitud indiferente hasta mi casa de la plaza de los Jagüeyes, mi vieja casa adonde Bernabé me hubo de seguir no sé si esa misma u otra noche cualquiera, me tendí en la cama, me dormí sin cerrar los ojos, rodeada de las inmundas y chillonas ratas que no osaron, sin embargo, interrumpir mi sueño, y a la mañana siguiente me atiranté hasta la última fibra para poder recibir con la dureza de una piedra la noticia de que Federico había sido fusilado en la plaza de la Trinidad aquel amanecer, con la dureza de una piedra, al punto que ni siquiera me preocupé, aunque por dentro me desmoronara para siempre, de ir a reclamar su cadáver, que debió ser sepultado en alguna fosa común con los muertos del sitio, sino que me clausuré rabiosamente en el caserón y proseguí mi serie maniática de baños, seis o siete al día, al cabo de alguno de los cuales, cuando ya tenía la mente más puesta en mi cuerpo que en el recuerdo de mi ángel amado Federico Goltar, del hombre que puso mi nombre a un planeta, Bernabé me hizo suya como jamás pudo hacerlo el joven astrónomo, y hacía ya tiempos cuando en verdad me enteré de ello, que Cabrera y Dávalos, tras una mediación de los dominicos, había suspendido el asedio y que el fiscal de la Real Audiencia, Antonio de la Pedrosa y Guerrero, había ido a Sevilla, ante el Consejo de Indias, con el expediente que culminó en el largo proceso seguido a de los Ríos, del cual he hablado ya demasiado, porque al fin y al cabo en el universo hay justicia de vez en cuando, pero he de decir que aquella conversación tan desapacible que, la víspera de su muerte, en la prisión del Reducto, sostuve con Federico, pudo no haber sido ni con mucho la última, que con Federico pude haber hablado sin darme y dándome cuenta en muchas ocasiones posteriores, y para aclarar esta afirmación que muy poco tiene de mero simbolismo, volvamos a la noche en que, sabedor de que dejaría París para siempre al día siguiente, el bueno de Tabareau accedió finalmente a satisfacer el deseo que le había expuesto con angustia y congoja desde tantos años atrás y me llevó a su casa, hundida en la frescura primaveral de la Cité, donde luego de tomar una merienda frugal para almacenar alguna reserva de fuerzas, pasamos a una habitación amplia y confortable, sumergida a medias en una oscuridad que parecía dar un matiz entre el ocre y el ambarino, tal vez por influencia de los pesados muebles, viejos de más de un siglo, y en aquel instante dejó escapar mi insospechable telequinésico una frase que ya había oído alguna vez, y me parece que pertenecía a Moliere, dijo *on ne meurt qu'une fois, et c'est pour si longtemps*, para luego cabecear denotando su absoluta desaprobación, no, no había que estar de acuerdo, no había que tragar esas paparruchas de los literatos, la espléndida máquina del universo no podía haber sido construida, pues todo, absolutamente todo ha sido construido, no podía haber sido construida y puesta en movimiento de un modo gratuito, sin un plan, sin un objeto, y al evocar esas palabras recuerdo cómo alguna

vez, abrumado por la impotencia, fray Miguel Echarri llegó a pensar que el universo había sido hecho sólo para desconcertarnos, y ahora Tabareau me pedía considerar y sopesar cuidadosamente lo que se proponía decirme, procurando plasmar en imágenes y colores cada palabra, pensar en el instante de la muerte, en el instante en que el hombre, según el lenguaje de aquella secta paracientífica de iniciados, adscrita a nuestra logia, de que ya hablé, por obra de un insuperable deterioro se libera del cuerpo denso, de este cuerpo que ha sido el más fuerte obstáculo para su poder espiritual, que entonces torna a él en cierta medida, y puede así leer las imágenes en el polo negativo del éter reflector de su cuerpo vital, donde se halla el asiento de la memoria no consciente, momento en que toda su vida, pero en orden inverso, vuelve a desfilar ante sus ojos, y no todos sabemos, en aquel trance, que nos hallamos en la región etérea del mundo físico, y estamos siendo ya forzados a entrar en el mundo del deseo, porque se corta el cordón plateado, y sólo llevamos las fuerzas de vida de un átomo para ser empleadas como núcleo del cuerpo vital en la futura encarnación, y ese mundo del deseo es un estado de purgación en el que permaneceremos aproximadamente, en el mejor de los casos, una tercera parte de nuestros años vividos en el mundo físico, y es mientras nos encontramos allí, sólo en ese lapso, es decir, antes de elevarnos a mundos superiores para preparar nuestro retorno, cuando es posible la invocación de nuestro espíritu desde el mundo de la materia, así que, muerto Federico en 1697, no era muy probable que pudiésemos emplazarlo, salvo que su fallecimiento hubiese alterado los planes para él fijados dentro del Gran Plan, en cuyo caso podría haber reencarnado antes de tiempo y, una de dos, o se hallaba vivo, en posesión de otro cuerpo denso, en alguna parte del planeta, o podía, más probablemente, haber vivido los años que le hacían falta para completar su anterior peripecia, en cuyo caso la invocación podría hacerse sin mayores problemas, contando con que aún fuera factible localizarlo en las regiones inferiores o purgativas del mundo del deseo, y no ya en las tres superiores, que conforman el primer cielo y una inaccesible lejanía, premisas bajo las cuales emprendió Tabareau su apelación al más allá, asíó con fuerza mis manos para crear un campo adecuado de corrientes dentro del cual resultase a Federico más expedito manifestarse, y llamó, llamó a gritos como si su voz tuviese que atravesar un océano embravecido, llamó durante largos minutos sin obtener respuesta, yo decididamente estaba arrepentida de haber acometido esta empresa extravagante, un frío trepanador, afilado, me recorría la columna vertebral, y vi a un extraño insecto estrellarse contra los cristales de la ventana y me estremecí de terror, hasta que, de pronto, una forma embrionaria, algo como un gas inquieto y blanquecino, como una llama fría, una nube inmaterial surgió y comenzó a agitarse en uno de los rincones de la estancia, la piel del rostro me cosquilleaba ahora, mis ojos parpadeaban apresuradamente, sentí dormidos los brazos y me asaltó un deseo incontenible de llorar, de hecho emití un llanto pueril y convulso, vi brillar unos ojos, como esos vivaces ojillos de los gusanos, en la forma deleznable que crecía en la sombra, y advertí de repente que cobraba perfiles y

volúmenes, y en tanto Tabareau continuaba gritando el nombre de Federico Goltar, yo en cambio vi ante mí la imagen, amada pero no por ello menos intimidante, no de mi joven astrónomo, sino de mi pobre Marie, sí, inquisidores, sí, Bernabé, tal como lo digo, allí estaba, mirándome con esa mirada con que en vísperas de su muerte me reprochaba mis solaces con Franz, no pude evitar el prorrumpir en un corto alarido, traté de zafarme de las manos del espiritista, pero él me apretó con redoblada fuerza, me costó trabajo articular palabra para decir a Tabareau que a su invocación había acudido la persona errada, lo cual parecía él no ignorar en lo más mínimo, pues no apartaba los ojos del espectro de duro semblante que nos observaba desde el rincón, así que me pidió callar, acaso intuía ya lo ocurrido, pero con timbre perentorio, casi insultante, interrogó al espíritu si en verdad respondía al nombre de Federico Goltar, y el ectoplasma, con voz lejana que acabó de helarme, contestó que sí, por la altísima misericordia, sólo que acudía bajo la forma de su última encarnación, que había sido la de Marie Trencavel o Marie Alcocer, volví a gritar, mi grito vibró en los cristales, ahora lo comprendía todo, la atracción que Marie y yo sentimos desde el comienzo la una hacia la otra, su imposibilidad de comunicarse con su familia, el poder melancólico que irradiaban sus ojos, ese estremecimiento sobrenatural de su presencia, Marie era Federico, era Federico reencarnado, la tuve tantos años conmigo sin saberlo, sin apenas sospecharlo, y ahora podía muy bien explicarme aquel sueño que padecí en Quito, en el cual un Federico sonriente, en medio de un paisaje florido, me señalaba una inflorescencia de cabezuelas, cada una de las cuales representaba seguramente una encarnación, y fue sin duda un mensaje que me hizo llegar, en momentos en que poseía una conciencia plena de su destino, para alertarme sobre su regreso al mundo material, mensaje que no comprendí porque el hado de mi pobre muchacho tenía que completarse dolorosamente en aquella segunda vida, durante la cual padeció amarguras tan brutales como en la primera, entonces me dirigí al fantasma de Marie y le pedí, por el amor de Dios, que se presentara mejor bajo la facha de Federico, observé en ella el visaje de una triste sonrisa y vi evolucionar la gaseosa albura que plasmaba su imagen para, en efecto, ser primero una mezcla sorprendente de ambos, luego plenamente el joven Goltar, con esa misma expresión de airado desencanto con que lo vi por última vez en el Reducto, entonces me habló con ternura, en el silencio encantado y medroso, me dijo cuánto, Genoveva, nos hicimos sufrir, bien sé que sin quererlo, cuánto, cuánto, pero ahora no importa, malgastamos las dos oportunidades que se nos brindaron y ya nuestras futuras vidas, pobre amada mía, no habrán de cruzarse otra vez, traté de interrumpirlo y de decirle que las potencias rectoras tendrían que darnos una tercera oportunidad, pero él, sin escucharme, como dirigiéndose un abscóndito reproche, porque dos veces se apartó o se vio apartado de ella, siguió diciendo que, en el universo, todo lo que se aleja de la sexualidad se aproxima a la muerte, porque en un cosmos que fluye, que fluye sin cesar, que es *creatio continua*, nada es rígido e impenetrable, todo es amoroso y divisible, y angélico es lo humilde, lo intrascendente, lo común, lo gregario, y

satánico lo particular, lo soberbio, lo trascendental, lo único, y si el pecado es común, gregario, angélico, la virtud será solitaria, desdeñosa, sensual, demoníaca, palabras que creí comprender mal, le pregunté qué había de aquella su idea de un universo creado para la injusticia, idea en la que algún día creyó encontrar una justificación, sonrió con tristeza, me respondió que nadie debe vivir pecaminosa y contemplativamente en espera de la gracia, sino conquistando la justicia mediante la acción, pero mediante una acción que lleve impreso el sello de la eternidad, o sea, de la inteligencia creadora inagotable, capaz de resolver el enigma del universo, cuyo arduo rompecabezas radica precisamente en su extrema simplicidad, máxime si pensamos que el eterno del mundo y la conciencia del hombre son inseparables y, así, el universo, sin que lo sepamos, se halla contenido íntegramente en nuestra conciencia y toda su explicación, en sus engañosos aspectos materiales o espirituales, puede reducirse, Genoveva, a las ecuaciones diferenciales de la mecánica, dicho lo cual su imagen comenzó a disolverse en el aire, y advertí que Tabareau tenía el rostro bañado en frío sudor, su esfuerzo de concentración había sido excesivo, soltó mis manos y dejó que Federico se desmaterializara para siempre, se derrumbó a renglón seguido en un butacón, yo encendí alguna luz, y entre acezos me confesó que era, quizás, la más estimulante pero agotadora de las experiencias que había vivido, pues ratificaba sus creencias y las de Swedenborg en cuanto a que, para librarnos definitivamente de las carnaduras materiales, había que descartar la santidad e investirse de inteligencia, pues la creación, el universo, es una escritura críptica que debemos descifrar antes de llegar a convertirnos en dioses, estamos escritos en un texto divino donde se confunden pasado y futuro, ya que, en cierto modo, el futuro ha ocurrido tanto como el pasado, sin que ello deteriore nuestro libre albedrío, no comprendí, no quise comprender, durante años había deseado ardientemente que Tabareau me ayudase a comunicarme con Federico sin saber para qué, y ahora que lo había logrado, la revelación de su identidad con Marie y las vagas nociones que nos transmitió me parecían tan espantosas como inútiles, tanto más espantosas cuanto más inútiles, pues permitían barruntar la existencia de un propósito ulterior para nuestras vidas, pero asimismo la imposibilidad de colocar conscientemente nuestras vidas al servicio de aquel propósito, porque cruzábamos como ciegos por un universo cuya simplicidad resultaba incomprensible a nuestras complejas y virtuosas conciencias, aquella noche no pude dormir y, al día siguiente, fue como si me levantara en otro mundo, poblado de difíciles sencilleces, mundo de abominable perfección que sólo pude volver a amar cuando tuve ante mis ojos, en Marsella, al espejeante Mediterráneo que me abría una nueva ruta hacia la acción humana y material, única posible a nuestras mentes y a nuestros cuerpos densos, y desde luego, nunca he podido aceptar por completo aquella experiencia y aquellas revelaciones prodigadas por Tabareau, pues no ignoro el engaño a que suelen autoinducirse los telequinésicos, que muchas veces producen sólo ectoplasmas nacidos de su propia fuerza psíquica, de suerte que no podré jamás estar segura de haber percibido en

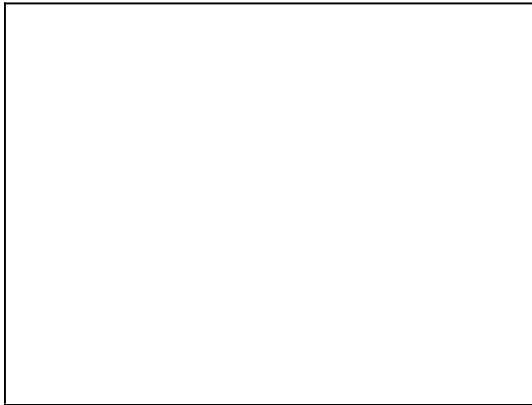
verdad a Federico, ni a Marie, en aquella noche espantable, o de haber más bien sido víctima de una ilusión surgida de nuestros cerebros sugestionados, y en cambio no he logrado, a lo largo de estos años, apartar de mi memoria las experiencias que, en un plano mucho más real y patético, me deparó, durante mi breve permanencia en la playa de Saint-Marc antes de proseguir mi viaje al encuentro de los judíos de Willemstad, el inefable Apolo Bolongongo, con quien hice el amor por última vez en mi vida a bordo de aquella barca estrambótica que desafiaba con su fragilidad las perfidias del Caribe, el ufano Bolongongo que, contra lo que imaginé, me hizo sentir placer, placer, ¡santo cielo!, al penetrarme con su virilidad de negro cachondo y acercarme así, una vez más, a la vida, pues no hay tal que los viejos seamos incapaces de experimentar el deleite venéreo, ocurre tan sólo que, al comprender nuestra ineptitud para inspirar deseos, nos dejamos arropar por un manto imaginario de insensibilidad, y de despojarme de él se ocuparon los tripulantes, esos africanos de catadura heroica, que arrullaron nuestra cópula con tamboriles y extraños cánticos de las Antillas, y no tuve palabras con qué expresar más tarde mi gratitud al barrigudo vástago de los bozales de Dahomey, mientras la embarcación, mecida dulcemente por las mismas aguas que despedazaron el «Waning Moon», se aproximaba a las playas sagradas del golfo de la Gonave, ya listas, cuando desembarcamos, para el inicio de aquella ceremonia que congregaba a gentes de todo el archipiélago, quiero decir ya ornamentadas, no con ídolos ni con estatuas, que rechazaba la tradición dahomeyana, sino con *vevés* o diagramas simbólicos trazados en la arena con harina de maíz, polvo de ladrillo y poso de café, con *vevés* que suponían un circuito mágico apto para captar a los loas, un circuito semejante a aquél que Tabareau y yo establecimos mediante las corrientes de nuestros cuerpos enlazados, y la llegada de Bolongongo fue, en el anochecer, como la orden silenciosa para que el ritual tomase comienzo, los tamboriles lo abrieron con un ritmo muy lento, muy sensual, en tanto mi obeso amigo se encaminaba a una gran cabaña situada a un lado de los *vevés*, donde los iniciados habían permanecido ocho días tendidos sobre su costado izquierdo y cubiertos por una sábana, vigilados por una mambo o sacerdotisa que cuidaba de su ayuno de lentas infusiones y de su diario ungimiento con óleos, propicios para obtener el vínculo definitivo, primero con el loa Mait Cabeza, gran intermediario, y luego con su *loa* personal o ancestral, de suerte que la aparición del *hungan* sumo Bolongongo significara el fin de su reclusión y su incorporación al *bulé zin*, la ceremonia de esta noche, para la cual eran lavados con agua tibia y cubiertos con blancas vestiduras que los asemejaban a inmensos capullos de gusanos de seda, entonces Bolongongo, ayudado por sus acólitos, impregnó con aceite la mano izquierda de aquellos jóvenes, altamente expuestos ahora a lo sobrenatural, y los obligó a cerrarla luego sobre un puñado de gachas de maíz hirviendo, me horripiló aquella práctica, imaginé las palmas de los pobres muchachos llagadas por las quemaduras, pero pronto advertí no sólo que no sentían dolor, sino también que en las manos no les quedaba huella alguna, primera demostración de los prodigios de que era capaz este culto que, para

mi formación cristiana, incurría por fuerza en lo que la Inquisición catalogaba como hechizo o brujería, pero que para sus adeptos no constituía otra cosa que una religión, una religión cuya misa mayor acababa de iniciarse, al cerrar Bolongongo y la mambo el circuito mágico, entre saludos, piruetas y libaciones, que minuto a minuto fueron intensificándose hasta convertirse en genuflexiones y en contorsiones grotescas, momento en que los tamboriles aceleraron su ritmo, los danzantes entraron en una especie de trance, vi sus cuerpos, progresivamente, vacilar y desarticularse, como marionetas cuyos hilos son aflojados, entonces algunos de ellos saltaron como catapultados, sus brincos superaban lo que suele considerarse posible para un ser humano, sus cuerpos caían como desmembrados al suelo, sin sufrir daño, sus rostros se metamorfoseaban, a veces de un modo siniestro, como poseídos por algún mengue, un negro inmenso se puso rígido en cierto instante, su lengua empezó a salir y entrar de la boca con rapidez de dardo, como la de una serpiente, y de la garganta brotó un silbido entrecortado, mientras el hombre trataba de arrastrarse como un reptil en pos de una campanilla que la *mambo* agitaba, y Bolongongo intentaba hacerlo comer un huevo crudo y enharinado, ofrenda apetecida por el *loa* Damballah Wedo, el dios-culebra, que lo poseía, como otros fueron poseyendo, poco a poco, a casi todos los concurrentes, vi a un grupo de bailarinas lanzarse al circuito, vestidas de rojo, entonando cánticos lascivos, y el hungan, ahora cabalgado por el *loa* Ogún-Chatarra, el dios del fuego, sacudió sobre sus hombros un brasero y danzó bajo una lluvia de tizones ardientes, lanzados por las bailarinas, que iluminó la noche y que no le causó daño alguno, y ocurrió entonces lo más inexplicable dentro de aquella orgía de extravagancias, porque un temblor incontenible me empezó a inundar, a mí, que era sólo una observadora alejada del círculo, me sentí empujada por una fuerza invisible y, de pronto, mi físico se me antojó ingrávito, los cuerpos contorsionados de los negros giraron en vértigo ante mis ojos, me supe saqueada por algo extraño, traté de resistirme a esa posesión avasallante y creí rodar por un abismo cuyas paredes las formaban millares de brazos convidantes, perdí la noción de mí, para sólo recuperarla mucho más tarde, cuando desperté en el regazo de Apolo Bolongongo que, concluida la ceremonia, trataba de reanimarme con sorbos de aguardiente de caña, pues como trató de explicármelo a la mañana siguiente, no había logrado establecer qué *loa* se apoderó de mí, tan desprovista de preparación, en cierto momento del ritual, y yo sin reticencias le manifesté mi sorpresa ante aquellos acontecimientos, pues pude evaluar, hasta determinado punto, su irrefutable maravilla, y comprobar también el estado de paz y alegría en que las almas de los oficiantes, y la mía propia, habían quedado después del trance, y aunque me limité a exponer a mi gordiflón amigo la perplejidad que todo aquello me inspiraba, confesión que lo llenó de natural orgullo, mi indomable tendencia a la reflexión erudita me obligó a pensar, una vez acondicionada la embarcación en que se me transportó a Curazao, en la forma como, al constituirse en multitud, el hombre suele olvidarse de sus límites individuales, y da salida a ideas, sentimientos y aptitudes imposibles en la soledad, y de mis lecturas de

Diodoro recordé cómo, en la época de la víctima trietéica, las gentes griegas eran presas de un entusiasmo orgiástico, y entonaban aquellos cánticos lascivos que, andando el tiempo, germinaron en el famoso canto caprino y aun en el ditirambo de los coreutas en la tragedia, todo ello surgido de la improvisación dionisiaca, cuyos cantos fálicos evolucionaron igualmente hacia la comedia, de donde tomó Aristóteles su idea, por mí ratificada en esta playa de Saint-Marc, de que la poesía, la música y la danza podían confortar y actuar como tratamiento curativo, siempre y cuando que el más alto patetismo se tome más como un juego estético que como una verdad natural, y que no nos asustemos ante las profundidades insondables de donde el ritmo brota y dejemos a los coreutas seguir danzando, por los siglos de los siglos, para que el yo de cada uno se intercambie en el yo común, dispersándose, igual que Zagreo al ser despedazado por los titanes u Osiris al ser descuartizado por su hermano Seth.

XIX

*Ainsi, je touche encore ma lyre
Qui n'obéit plus à mes doigts;
Ainsi, j'essaye encore ma voix
Au moment même qu'elle expire.*



*Nous naissons, nous vivons, bergère,
Nous mourrons, sans savoir comment;
Chacun est parti du néant;
Où va-t-il?... Dieu le scait, ma chère.
VOLTAIRE, Stances à madame Lullin.*

He visto cuando la llevan a las cámaras de tortura y la obligan a tenderse sobre una mesa como de ocho pies de largo, en uno de cuyos extremos hay un collar de hierro que se abre en el centro para recibir su cuello, y a cuyos lados fuertes correas atan sus brazos y piernas, de tal modo que, activando el torno, su cuerpo es tirado con violencia, a la vez, en dos opuestas direcciones, con lo cual se dislocan sus coyunturas y sufre dolores sin cuento, o bien se le ajustan a los dedos anillos de los cuales es luego suspendida a la altura de dos o tres pies del piso, o se la flagela con disciplinas de hierro para después cubrir su enrojecido lomo con camisetas de crin, o se le amarran las manos a la espalda, uniendo sus muñecas a una polea mediante la cual es levantada, para dejarla caer de un golpe que le descoyunta todo el cuerpo, o ignoro si es a mí, únicamente a mí, a quien se aplican tales procedimientos, mas la verdad es que debo inclinarme por aceptar su consoladora presencia a mi lado, predicha hace casi sesenta años por Henri de Boulainvilliers, cuando me aconsejó no trabar amistad con mujeres, salvo con aquella que me abriría las puertas del conocimiento, y eso es precisamente lo que ha hecho la bruja de San Antero, cuya edad no rebasa los treinta años pero cuya sabiduría sería digna de una anciana centenaria, pues no sólo vislumbró para mi mente las memorias de fray Miguel

Echarri, incineradas hace marras en Segovia, sino tantas otras cosas que para mí hubiesen permanecido oscuras, como en primerísimo lugar la índole verdadera del planeta Genoveva, cuyo frío verdor hace meses no puedo columbrar, porque me lo vedan estos muros que me oprimen y me asfixian, debo aceptar, digo, esa evidencia, aunque creo haber dicho que, a partir de mi naufragio en el «Waning Moon», y en particular desde mi retorno al caserón de la plaza de los Jagüeyes, el mundo se me ha ido afantasmando, pues los mayores de noventa años solemos padecer achaques de irrealidad, y es debido a ello por lo que, a ratos, me pregunto si será verdad que me acompaña, en esta celda del nuevo palacio de la Inquisición, esa mujer tan sabia, o si será una mera ilusión, porque creo recordar que, al principio, yo me encontraba sola aquí, y ella apareció cualquier día, sin anuncio previo, pero me parece que tú puedes verla, Bernabé, y usted también, señor fiscal fray Juan Félix de Villegas, cuando ausculta las aguas de su lebrillo y aparta los velos del pasado y del porvenir, pues no es de las brujas que se ungen con unturas de matas frías o de tripas de sapo con el objeto de adormecer su cuerpo y soñar con diablos cristianos que las poseen, ni de aquéllas que, como Tobías o Salomón, someten al demonio Asmodeo mediante un perfume de hiel de pescado, a fin de ponerlo al servicio del Dios de Abraham, ni de las que para remediar amores preparan conmixtiones de lenguas de víboras, sesos de asno, flor de hiedra, pie de tejón, cabezas de codornices y mantillo de niño, ni de las que para hacer maleficios cortan ramitas de ciprés durante los eclipses de luna, sino que su brujería es otra muy diversa, la que probablemente más fastidia a la Inquisición, aquélla que consiste en convocar a las fuerzas telúricas, a los poderes de la naturaleza, para despejar las nieblas del tiempo y ver más allá de los afanes inmediatos del hombre, brujería blanca, daimón de la historia, potestad de los viejos vates, inspiración deífica, y allí se tiende sobre el potro de tormento y les dice esto mismo que les estoy diciendo, que no hay escarmiento posible para quien está convencido de lo que hace, y le dan vuelta de garrotes en los brazos, muslos y espinillas, y aunque la duración de las torturas, por bula de Paulo III, no debe pasar de una hora, en la práctica se las prolongan mucho más, interrumpiéndolas y completando más tarde el tiempo de las interrupciones, con lo cual terminan obteniendo de ella confesiones falsas y fragmentarias, y a veces confesiones teñidas de altanería, ya que si van a castigarnos por faltas que no hemos cometido, que crean pues que fueron faltas verdaderamente mayúsculas, pero a ti, Bernabé, te debo la verdad, y es que en mi logia de la plaza de los Jagüeyes jamás se invocó a Satanás, ni cabalgamos, como creen el fiscal fray Juan Félix de Villegas y el torturador don Julio César de Ayala, sobre diablitos encarnados en cerdos, sino que tratamos de difundir la luz de la Ilustración, la luz que la Gran Logia me ha ordenado irradiar sobre América y para cuyos fines los judíos Josef ben Saruk y Ezequiel Bécker allegaron los necesarios capitales, antes de ponerme en una embarcación de vela cangreja que me depositó, aquella madrugada en que vi brillar sobre el mar la luna llena de abril, en el arenal de Playa Grande, en tal forma que pude llegar sin ser vista, después de tan

larga ausencia, a esa Plaza de los Jagüeyes donde, al ver ante mí la nueva iglesia de Santo Toribio, con su portada encuadrada entre pilastras y su fachada dividida en dos cuerpos por una cornisa y rematada en un campanario, imaginé que todo había sido demolido y reconstruido, así que sentí una punzada de alegría al ver intacto, en su pensativo recodo, el viejo caserón de mi padre, con sus hileras de mículos, sus ventanas con tejares y sus parajes ruinosos, el mismo que abandoné tantos decenios atrás en compañía de Guido Aldrovandi y de Pascal de Bignon, y qué tranquilidad derramaba la luna llena en esa noche embriagada de perfumes y de cantos de grillos cuando decidí empujar la puerta y entrar, ignorante todavía de la confiscación de mis bienes y del auto de fe en que se quemó simbólicamente el instrumental de los Goltar, entrar a reencontrarme con el pasado, con el silencio estancado y pútrido en aquella estancia tanto tiempo abandonada, a estampar en aquellas baldosas, que conservaban las de mi feliz infancia, la que había de ser mi postrera huella, avancé cautelosamente, pues no podía descartar la posibilidad de que la casa estuviese, pasado tanto tiempo, habitada por extraños, y puedes figurarte mi asombro cuando a la luz del amanecer vi el nuevo mobiliario, las refacciones realizadas en el cielo raso, el jardín impecable con rosas y claveles, todo tan ordenado que, por un instante, se me antojó que vería aparecer bajo cualquier dintel la belleza serena de Felipa Alcocer, quiero decir de mi madre, mas poco a poco me fui percatando de que, no ya ella, a quien enterramos mucho antes del sitio de los piratas, sino absolutamente nadie, ¿habrías muerto, Bernabé?, vivía en aquella estancia cuyo orden y cuya limpieza parecían un milagro de inmanencia, así que dejé en mi habitación de otros tiempos, en la segunda planta, los cuadros de Rigaud, el pararrayos de Franklin y mis bagajes donde iban apretujadas las cartas de Voltaire, y anduve lentamente hasta el cuarto de baño, el cuarto de mis baños compulsivos, para encarar con audacia y coraje el antiguo espejo alto, biselado, de marco áureo, donde alguna vez, a despecho del pánico infundido por la tempestad, examiné el sentido de mis encantos físicos, y volví ahora a desnudarme frente a él, con una tristeza no exenta de cinismo, para solazarme en la ruina de mi cuerpo, en la mustia confusión de mis viejas armas de combate, holladas y chafadas por el tiempo escurridizo que abre caries en los muros y hace saltar yerbajos por las juntas de los empedrados, y tal como me lo pronosticó la leprosa en una tarde casi inmemorial de los días del sitio de Pointis, no me encontré en ese espejo, desde donde en cambio me observaba con repugnancia, no el escombros glorioso de un viejo alcázar asediado tantas veces por ejércitos de amor y por combustiones de deseo, sino una caricatura de la bruja que vi en el espejo artificioso de Quito, una caricatura de mi caricatura, que me decía en un contemplativo silencio que ya mi imagen de antaño sería para siempre no otra cosa que una mera imagen poética o quizá de retórica barata, y que en ninguna parte volvería a hallar su ajado recuerdo, ni a hallarme, como casi no logro hacerlo tampoco, esa mañana, cuando dejé la casa y me fui a recorrer las callejuelas, recovas y recovecos de mi juventud, en la ciudad que se abrió ante mis ojos, una ciudad

enriquecida con flamantes balcones, mamposterías y paramentos enlucidos, una ciudad que vivía ahora el período más fulgurante de sus fortificaciones, ya que al estallar en 1762, como consecuencia del Pacto de Familia, una nueva guerra con Inglaterra, y en vista de que tanto las bombas del almirante Edward Vernon como la embestida de los temporales habían dejado casi inservibles, durante la primera mitad del siglo, los fuertes que defendían la plaza, al mejor ingeniero, según decían, de la España, al teniente general Antonio de Arévalo, se había encargado, como no se hizo en los tiempos de la guerra con Francia, el prevenir a la ciudad contra cualquier repercusión que la contienda pudiese tener aquende el océano, y así mis ojos ávidos pudieron admirar los nuevos merlones y explanadas de hormigón de los baluartes de San Francisco Javier, San Ignacio y San Andrés, las nuevas baterías que dominaban desde San Felipe de Barajas el paso hacia la Media Luna, las fábricas inexpugnables que ceñían ahora a nuestras airosas, espejeantes cúpulas, símbolos del poder del Imperio Español y del auge de la cristiandad en suelos antes paganos, en suelos cuyos habitantes, de cenicientos rostros, seguían discurriendo ahora en la monotonía de la necesidad satisfecha, pues si bien ellos, al revés que su ciudad, no habían experimentado transformación alguna, en ellos menos, mucho menos podía hallarme, y vi a los esclavos africanos trabajar bajo tierra, en la galería magistral de contraminas de San Felipe, erigir cimientos de mampostería al pie de las baterías exteriores y repellar los tres aljibes con conductos subterráneos que abastecerían el fuerte, forrar de ladrillos los pies derechos que sustentaban las bóvedas en los cuarteles de las baterías de San Carlos y de la Redención, erigir la rampa de comunicación entre la batería de San Lázaro y las restantes del recinto, y allanar el terreno entre aquélla y San Felipe, para recoger en los aljibes las aguas llovidas, todo eso lo vi en aquél y en los días subsiguientes, y asimismo cómo, para prevenir inundaciones similares a aquélla que en 1761 irrumpió en el centro amurallado al abrir las olas una brecha en el baluarte de Santa Cruz, se alzaba ahora un trecho de pilotaje y de escollera, de doscientas varas de largo, que ampliaría en buena medida la playa, pero fue una edificación en particular, cuya construcción se concluía en la parte occidental de la Plaza Mayor, sobre las ruinas de aquellas casas, desmanteladas por las bombas de Vernon, donde fray Miguel Echarri rumió sus fracasos y vio emerger ante sus narices alguna informe emanación de los lagos mefíticos del Averno, la que fascinó mi atención con sus rehundidas pilastras y sus triglifos barrocos, observé cómo los albañiles habían hecho correr una cornisa a lo largo de las dos fachadas y ahora la remataban con un pretil cuyos pináculos de vidriada cerámica infundían una sensación de irreflexivo poderío, de qué manera en la fachada lateral un hueco de arco trilobado, que coronaba una cornisa rematada en una cruz, empezaba a configurar lo que sería famosa ventana de las confidencias, la celosía a través de la cual, y con la adehala de unas monedas de oro, la ciudad habría de deslizar en adelante sus chismes y rencores, a través de la cual fui acusada seis o siete años más tarde, para que se cumpliera la profecía de Henri de Boulainvilliers sobre

mi segundo cautiverio que, sin embargo, creí llegado apenas a los tres días de mi regreso, cuando una pareja de alguaciles, que hubo de recordarme a aquella que en 1697 condujo a Federico hacia la muerte, se presentó a la puerta de la casa para inquirir con qué derecho me había instalado en esa residencia, perteneciente al excelentísimo señor José Mamerto Argüelles, secretario de la vicaría general castrense del Regimiento Fijo, y debí confesarles mi sorpresa ante requerimiento semejante, pues podía demostrar mediante documentos legales que aquella casa había sido construida por mi padre hacía casi un siglo, y que me fue legada a su muerte, acaecida en momentos en que defendía del invasor francés el castillo de Bocachica, argumentos que suscitaron una leve sonrisa en los rostros de mis visitantes, los cuales, buscando en sus bolsillos llenos de migajas de bocadillos y de bizcochuelos, extendieron ante mi vista papeles oficiales que demostraban todo lo contraído, o sea, que en efecto aquella edificación pertenecía, por venta que hizo el propio cabildo de Cartagena, al susodicho secretario de la vicaría general castrense del Regimiento Fijo, quien además se había encargado de refaccionarla y de dotarla de nuevo mobiliario, conque a evacuar, anciana, y a responder ante la autoridad por esta invasión de propiedad ajena, instancia ante la cual me hice la mema para exigirles, en tono duro y persuasivo, conducirme sin tardanza a la presencia de aquel personaje, de aquel José Mamerto Argüelles que de esta manera pretendía desposeer a la hija de un soldado que vertió su sangre por España, los hombres se miraron sonriendo y uno de ellos se rascó el cogote en ademán de duda, quizá mi ancianidad, embellecida probablemente, a despecho de mi impresión ante el espejo, por el acto sexual con Apolo Bolongongo en pleno océano, los movía a ternura o a piedad, lo cierto fue que, dada la cercanía, accedieron a escoltarme hasta la residencia del presunto propietario, situada al otro extremo de la plaza, entré por un zaguán lleno de macetas de flores y de helechos, aguardé con ellos en un vestíbulo con ventanas embalaustradas por donde iba y venía, suavemente, la brisa del mar, hasta que un hombre muy perfumado, de casaca bordada de oro, que podía representar entre unos sesenta y unos sesenta y cinco años, salió a recibirnos con ese gesto de estudiada perplejidad del rico que se siente despojado por algún codicioso pobre, y me propuse no dejarlo articular palabra sino desplegar al viento mis razones, ante su rostro estupefacto, como si fueran banderas de guerra, mas de súbito me sentí desarmada, y lo mismo debieron experimentar los ahora ceñudos alguaciles, cuando el dueño de casa abrió enormemente los brazos y, encaminándose hacia mí, gritó ¡por Dios! ¡Genoveva Alcocer!, ¡usted es Genoveva Alcocer que ha regresado!, quedé rígida de asombro, era imposible que me conociera este burócrata criollo que, al irme yo con Aldrovandi y de Bignon, apenas si frisaría entre los cinco y los diez años, pero el hombre me estrechó con evidente alborozo, sentí sus aromas de nardo y de espliego ascender por mis fosas nasales, para sentarse luego frente a mí, apretar mis manos entre las suyas y, con irrazonable contento, como si me hubiera conocido de siempre, indagar por las peripecias de mi vida, pedir noticias sobre los países, seguramente maravillosos, que debí visitar a lo largo de

tantos años, y manifestarme, para mi pasmo, que no debía inquietarme cierta vieja acusación ante el Santo Oficio, pues él con su poder de funcionario había logrado, hacía tiempos, su anulación, dicho lo cual anduvo hacia los oficiales de alguacilía y les solicitó retirarse, ya que ningún pleito existía en últimas entre nosotros, a lo cual respondieron mis ya bostezadores acompañantes con venias y despedidas muy obsecuentes, y así, cuando se hubieron perdido de vista rumbo al zaguán, juzgué prudente preguntar a mi anfitrión, por todos los santos, quién era, pues no creía recordarlo y, según mis cálculos, no podía tener más de diez años cuando dejé la ciudad en 1711, aquí el hombre sonrió con cierta picardía, me suplicó aguardarlo un instante, se deslizó con un trotar modoso hacia alguna habitación y regresó, al cabo de unos minutos, trayendo consigo uno de esos instrumentos de cuatro círculos que se usaban en otros tiempos para medir la altura de los astros sobre el horizonte, lo depositó con una sonrisa en mis manos y reconocí, con tristeza, uno de aquellos astrolabios armilares del mirador de la casa Goltar, entonces, a mi gesto de incompreensión, José Mamerto Arguelles relató la historia de la confiscación de mi casa y del auto de fe simbólico, *in nomine Agni, qui ambulavit super aspidem et basiliscum*, practicado en los objetos que sirvieron en otros tiempos a Lupercio Goltar para sus navegaciones y a Federico para alimentar sus sueños científicos, me dijo cómo lo había rescatado de entre las cenizas de la hoguera eclesiástica, cómo lo ocultó por años en un desván de la vista de sus padres, pues por largo tiempo había seguido, con atónitos ojos de niño, mis caprichosos ires y venires de geógrafa y astrónoma subrepticia, alentando en lo íntimo el deseo de emularme alguna vez en aquel oficio lleno de aventura, de maravilla, de poesía, ilusiones de las que, por supuesto, sus padres lo hicieron desistir no bien tuvo edad para comprender, porque su ejercicio en estas tierras podía resultar tan peligroso como la sedición o como desmechar la carne de un gato negro para hacerse invisible, se lo consideraba ofensa a Dios y al rey, brujería pura, de suerte que, aunque continué siendo su ídolo, su ideal, optó por convertirse en un burócrata y guardar, como un rescoldo, en el fondo de su corazón, su deseo de escrutar las inmensidades del universo o de medir como Eratóstenes de Cirene o Posidonio de Apamea el tamaño de nuestro planeta, aventuras que no emprendió en la realidad, pero que sí preservó sabiamente en los confines de su imaginación, pues se hizo poeta y un poco ratón de biblioteca, tal como lo confesaba en ciertos versos que leyó con voz temblorosa y según cuya petulancia neoclásica *devine sin querer bibliotecario y olvidado ratón*, *mus derelictus*, y *de mi rostro se esfumó en gregario y estulto gesto el divagante rictus*, versos en verdad originales, al menos en aquel modosillo secretario de la vicaría general castrense del Regimiento Fijo, que ahora, según decía con soñadora y aflautada voz, deseaba aprisionar al universo, como Lucrecio, el renuevo de la *gens Lucretia* que de creer a San Jerónimo murió víctima de un filtro de amor, en un poema alejado de *turpis contemptus et acris egestas*, donde la mutabilidad de la vida humana pudiese ser representada, sin desdeñar las revelaciones de la ciencia

dieciochesca, en la inmutabilidad de las esferas, anhelos y lucubraciones que despertaron, claro está, mis simpatías, pues confortaba saber que, al fin, algún comúncipe mío se preocupaba por cosas elevadas, pero que no me impidieron interrumpirlo para indagar, a fin de cuentas, en dónde quedábamos en lo atinente a la propiedad de mi casa, pregunta ante la cual me dirigió una delicada, entornada mirada de reproche, volvió a tomar mis manos entre las suyas y me pidió comprender y aquilatar sus propósitos, en qué cabeza podía caberme que él aspirase a despojarme de lo mío, a mí, su ídolo, su ideal, precisamente había comprado aquella vivienda, al heredar la fortuna de su padre, con miras a proporcionármela no bien regresase a la tierra natal, pues estaba seguro que, algún día, había yo de regresar, y no quería ver partido mi corazón al hallar mi antiguo hogar en poder de los desafortunados cabildantes, clarificado lo cual, ante mi asombro creciente, me pidió como única contrapartida que resumiese para él, en unas doscientas o trescientas páginas, los conocimientos astronómicos de nuestra época, para verterlos, en endecasílabos de gracia itálica, dignos de Garcilaso, en una serie de octavas reales destinadas a superar al *De rerum natura*, donde gravitase también la *hedoné* epicúrea del siglo XVIII, la Venus moderna, madre no ya de Eneas y de Roma, sino de la multiplicidad de los orbes habitados, ambición que se me antojó tan desmedida y risible, que él sí que esperaba se lo estampé con un beso, malicioso beso de vieja, y marchamos juntos, tomados del brazo, hacia el caserón de mi padre, donde el poeta solterón me hizo traspaso de los documentos de propiedad y donde, en los días que siguieron, oyendo repicar en el tejado las primeras lluvias de aquel año y consciente de mi influjo sobre esa mente perdida en una madeja de delirios astrales, le expuse, salpicándolas de todo género de esoterismos y de proyecciones seudocientíficas, la misión que me había traído de regreso y la necesidad de crear entre nosotros una sociedad de iluminados que difundiese las ideas avanzadas y en boga en Europa, esperé su reacción, sabía que podía estar jugándome el todo por el todo, si Arguelles no era el hombre de tendencia liberal que imaginaba estaría perdida, pero el secretario de la vicaría resultó preguntándome si no se trataría, por ventura, de alguna academia de poesía y buenas letras, como aquélla de los árcades de Roma, a la cual pertenecía su maestro el matritense Flumisbo Thermodonciaco, o mejor, don Nicolás Fernández de Moratín, autor del romance de Abdelcadir y Galiana, y también de la tragedia *Lucrecia*, referente al trágico fin de la, para mí, reconstratarada esposa de Tarquino Colatino, que a verse impura prefirió morir, de modo que debí extenderme en explicaciones, siempre escondidas tras la mampara de la defensa de los ideales científicos, para que no se notara lo sucias que traía yo las manos, la mezcla de altos propósitos y de politiquerías rastreras eme era, y que debía ser, la organización a la cual representaba, y siempre para mi asombro el bueno de José Mamerto no titubeó en manifestar su entusiasmo, en querer esbozar planes propios, al punto que me vi precisada a exigirle una máxima discreción, pues se trataba de un juego peligroso y nadie, absolutamente nadie podría postular su ingreso a la logia sin antes haber sido desmenuzado

espiritualmente por mi experiencia de ochentona, pactado lo cual, y basada en sus informaciones, alquilé un burro, encendí mi pipa y atravesé la ciudad con rumbo a las ciénagas que la rodeaban, hasta dar con la choza en la cual, fundido casi con el légamo, más pobre que cuando eras esclavo, apenas sostenida la lumbrecilla de tu alma por el pescado crudo, sin sal, que aprendiste a estimar como un manjar para no tener que pedir a nadie limosna ni regresar a la antigua servidumbre, vivías, mi pobre Bernabé, y no habrás olvidado cuánta alegría sentimos al reencontrarnos, cómo nos abrazamos y besuqueamos, mi pobre viejo chocho, mi negro de cabello blanco, y cómo matamos a palos a una venerable iguana para engullir como en un festín sus huevos mientras bailábamos a descampado y fumábamos entrambos de la pipa, antes de traerte de vuelta a la casa donde en otros años nos entrelazamos en salvajes epopeyas de amor, pero donde ahora, más cuerdos y desdichados, nos dimos a la tarea, nada fácil, de imprimir un elemental movimiento a la logia, de congregar a las gentes pensantes del contorno y unificarlas alrededor de planteamientos sumarios, quiero decir no tan complejos como aquéllos de la Gran Logia, pues no iba a irrumpir entre nosotros ningún Voltaire, ningún Swedenborg de la noche a la mañana, y difícil pero promisoriamente, cuidándonos hasta el exceso de no permitir la infiltración de ningún espía, logramos formar, como quien dice, un núcleo de excelentes, para quienes, recordando lo que André-Michel Ramsay me dijo alguna vez en el palacio de Edimburgo, a fin de excitar más su curiosidad y despertar esos rezagos infantiles de inclinación a lo esotérico, puse en vigor ciertas prácticas de iniciación recomendadas por un tal Adam Weishaupt, profesor de derecho canónico en la Universidad de Ingolstadt, en Baviera, según las cuales, tras un ayuno prescrito conforme a ciertos datos astrológicos, el adepto se viste de negro, se despoja de todas sus joyas, recita el oficio del Espíritu Santo y traza con yeso, enumerando sus distintas regiones, Rap, Yob, Oz y Fa, el círculo del universo, en el cual penetra a renglón seguido para, prosternándose con las manos en ángulo recto, planas sobre el suelo, invocar al Ser y aguardar su descenso, y mucho me reí para mi sayo viendo a intelectuales de tanto fuste aquí como el poeta José Mamerto Argüelles, o el impresor Antonio Espinosa de los Monteros, postrados en semejante actitud, pero es lo cierto que, al cabo de uno o dos años, en mi logia se habían planteado casi todos los temas que me interesaban, se discutían las ideas de Voltaire, de d'Alembert, de Diderot, por mí evocadas de pura memoria, pues la ley proscribía su circulación en estos territorios, y esas sesiones semanales, pinceladas también con lecturas de textos de nuestros afratelados, siempre tímidos, pero que ellos suponían audacísimos, embargaban toda mi vida, pues el resto del tiempo me lo pasaba, ya tratando de concluir la tediosa sinopsis astronómica solicitada por mi amigo Argüelles, ya fumando la pipa sentada en una roca frente al mar, ya tratando de inventarme en la cocina algún plato que combinase nuestro criollísimo ñame y los frescos quesos que Bernabé me traía de Arjona, ya jugando con los niños de la vecindad el olvidado juego del no se sabe si se sabe o si no se sabe, o ya, la mayoría de las veces,

memorando melancólicamente el pasado, Federico, François-Marie, de quien no había vuelto a tener noticias, Marie, Franz, el barón von Glatz, la Bastilla, o rumiando mis viejos recuerdos de esta casa, mi padre tarareando *soy garridilla y pierdo sazón por malmandada*, mi madre respondiendo *tengo marido en mi corazón que a mí me agrada*, de esta casa en cuyo tejado se alzaba ahora el pararrayos de Benjamín Franklin, en cuyas habitaciones todo se me afantasmaba, como si el mundo se me cubriera de orín, y aún ignoro si este afantasmamiento no lo produce una ceguera progresiva, y también en cuya cocina experimenté cierta noche un sobresalto, pues creí ver atravesar el pasillo que daba al jardín la figura pálida y atribulada de Cipriano, momento a partir del cual miedos irracionales me encalabrinaron, pensaba que la morada se hallaba atestada de espectros y que, el día menos pensado, me vería rodeada por ellos, que me tomarían cuentas, que me reprocharían mi pasado desenfadado y pecaminoso, así que trataba de retener a Bernabé junto a mí la mayor parte del tiempo, inventando pretextos para no dejarlo ir, porque me avergonzaba que fuera a enterarse de mis aprensiones, y él aumentaba mi sobrecogimiento narrándome a la luz de una vela sus pesadillas de la noche anterior, pesadillas de anciano llenas de símbolos macabros, de ríos impuros e invadeables, de precipicios vertiginosos, de persecuciones inmotivadas, o refrescándome leyendas de almas en pena que atormentaban a quienes en vida las hicieron sufrir, como la de la mujer cuya hermana gemela la suplantó en el lecho de su marido después de asesinarla, o la del hombre que fue condenado a muerte porque un agustino violó el secreto de la confesión, o la del decapitado que arrojaba su cabeza a quienes merodeaban a deshora por cercanías de la puerta de Santo Domingo, con lo que, sin proponérselo, conseguí sumirme en tal nerviosismo que necesitaba, para conciliar el sueño, algunas cepitas de jerez, y aun así despertaba a cada momento preguntándome si me encontraba en la Bastilla, o en el castillo de von Glatz, o en casa de George Washington, o en el hotel de la calle Plâtrier, o en el convento de trinitarias de Roma, y cuando lograba ubicarme en el tiempo y en el espacio, entonces renacía el terror a los muertos, hasta la noche en que, mientras me peinaba a la luz de un candil en el tocador bargueño adquirido por José Mamerto Arguelles, advertí un vago movimiento en la puerta de la alcoba y, al volver la vista, sentí írseme la vida al divisar el visaje de una forma que huía, no dudé ahora de la presencia de un ser sobrenatural en la casa, me abalancé sobre la puerta y la cerré de un golpe y, al igual que muchos años atrás, porque también aquella noche zigzagueaban los relámpagos y llovía a cántaros sobre la ciudad, me metí en la cama y me arropé hasta la frente para no ver, pues la forma regresaba, eran audibles e intolerables sus pasos afuera, hacia la puerta, cuya cerradura empezó a girar, me pregunté espantada si podía ser Bernabé, pero no, mi buen viejo se encontraba en Arjona, procurándose un pedido de quesos frescos, grité con la esperanza de que algún vecino acudiera, pero era demasiado tarde, la puerta se abrió finalmente y vi ante mí entre ráfagas de viento y de luz, con una sonrisa perversa y espectral, al fantasma de Marie, que era justamente el que yo menos toleraba, pues fue la persona

a quien más hice sufrir en este mundo, oí su risa como filtrada a través de una lejanía infranqueable, su risa macabra con la cual me hacía sentir escalofríos en París al fingirse un aparecido, y en vez de desmayarme, me acometió una lucidez insospechada, volví a gritar, le supliqué cambiar su apariencia y, como en casa de Tabareau, asumir la de Federico, pero el espectro volvió a reír siniestramente y se retiró del umbral, hacia el pasillo, y así pasé la noche con el alma entre los dientes, sin atreverme a cerrar otra vez la puerta, esperando su retorno, que por fortuna no se produjo, y a la mañana siguiente, no bien llegó con los quesos envueltos en hojas de plátano, rogué o, mejor, ordené a Bernabé no volver a separarse un minuto de mí en horas de la noche, tú reíste, pensaste que la vejez me hacía sufrir alucinaciones, pero no, estoy segura de que aquél era el verdadero fantasma de Marie, y no puedo entender cómo, a una persona a quien tanto amamos en vida, podemos temer tan insoportablemente en la muerte, al extremo que llegué a aborrecer la posibilidad de una supervivencia espiritual, para no tener que toparme con Marie en el más allá, y tú reías, Bernabé, y me hiciste ver, con desenfado de esclavo liberto, la imposibilidad de prenderte a mí como un alfiler de tocado, a la manera de una dama de compañía, y fuiste tú quien trajo a casa, con el designio de no despegárase en ningún momento, a esa pequeña libélula, ese diminuto espíritu del aire a quien llamaban Caléndula, según me dijeron, no por haber recibido ese nombre en la pila bautismal, sino porque, en sus primeros años, ayudaba al sostenimiento de su casa, en algún pueblo del litoral, ofreciendo a los viajeros esas flores también llamadas clavellones, flamenquillas, marquesitas, mercadelas y, ay, flores de muerto, esas flores a las que, al parecer, había terminado asemejándose, pues aunque tenía ya cumplidos los dieciséis años, su físico desmirriado, su cara enjuta, hacían pensar en una niña de trece o catorce, niña en extremo melancólica, propensa a los estados contemplativos, a las torcidas cavilaciones, cuya compañía se me antojaba meramente formal, nada profunda, porque apenas si respondía con un sí o con un no a cualquier cosa que se le dijese, ni siquiera daba las gracias cuando se le obsequiaban golosinas, sino que las comía sin apartar de uno sus ojos negros e inmensos, luminosos como un estanque nocturno, en los cuales parecía reflejarse un trasmundo de presentimientos y también, creo, ese recelo arbitrario, esa especie de repugnancia inconsecuente que los ancianos, cuando no somos sus abuelos, solemos despertar en ciertos niños, algo así como si, por culpa nuestra, el mundo se hubiese gastado y poco les quedara para disfrutar a ellos, motivo por el cual rechazaba Caléndula el dormir conmigo en mi lecho y prefería, por incómodo que fuese, hacerlo en una estera de petate, sin sábanas ni almohadas, al pie de éste, y nada hizo sino gruñir y volver a dormirse la noche en que sentí otra vez ruidos sobrenaturales en el caserón, pues era evidente que *alguien*, después de meter mucha bulla en la primera planta, había decidido subir, sus pasos resonaron hasta la mitad de la escalera y entonces se desvanecieron, pero no pude ya conciliar el sueño en todo el resto de la noche y, a la alborada, me vi obligada a reprender a mi lánguida damita de compañía, para qué la quería conmigo si no era

capaz de responder en alguna forma a mis alaridos de terror, a lo cual respondió Caléndula, con ingenua sabiduría, que si algún espanto rondaba por allí era en busca mía y no de ella, y además, ¿en qué cabeza se nos había metido que ella pudiera espantar a los espantos?, argumentos que me cayeron muy en gracia por la manera como los expuso, hurgándose con un dedito la fosa nasal derecha, y en esos miedos, y en esos remordimientos, y en reprender y perdonar a Caléndula, y en las sesiones semanales de mi logia, se me fueron yendo esos años, envueltos en puros recuerdos, cuya única huella es la que dejé impresa en las mentes de mis cofrades, lerdos para abarcar el inquieto paisaje del pensamiento enciclopedista, pero colmados de buenas intenciones, lo cual era ya bastante para los vástagos de una nación que poco o nada tuvo nunca que ver con la historia universal de las ideas, que despreció desde sus orígenes la reflexión filosófica, cuyo arte se ha recreado girando en torno a la muerte y a la fe, razón por la cual todos los afratelados sentimos como un rocío atemperante el día de 1773 en que se extendió por la ciudad la noticia, que muchos de nosotros nos resistíamos a creer, de que en Santafé y en pleno claustro escolástico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, un sacerdote recién ordenado, aunque ya experimentado hombre de ciencia y antiguo médico del virrey Mesía de la Zerda, acababa de defender con sus alumnos, en dieciséis asertos, durante unas conclusiones o certámenes de fin de curso, y en presencia del virrey Manuel de Guirior, cuyos aplausos sorprendieron al auditorio, y del rector de la Universidad Tomística, regentada por los dominicos, la verdad del sistema de Copérnico, sistema que, a partir de mi gestión ante el Papa Benedicto XIV, aquí por todos ignorada, era susceptible de ser expuesto en la cátedra, pero sólo a modo de hipótesis, y este gaditano, este sabio religioso de nombre, creo, José Celestino Mutis, la sacaba a brillar como tesis incuestionable, en abierto desafío al Santo Oficio español, al cual, por lo demás, parecía tenerlo sin cuidado lo que un pontífice difunto hubiese opinado sobre el particular, y seguía proscribiéndolo aun como mera teoría, al Santo Oficio español que, en punto a novedades científicas, creía poder sentirse tranquilo en los días que corrían, pues sus mayores divulgadores, los jesuitas, impredecibles maestros de Voltaire en el Colegio Louis-le-Grand, habían sido expulsados del orbe hispánico por la Pragmática de Carlos III hacía como seis años, y pensé, erróneamente, que había sonado la hora en que mi logia de la plaza de los Jagüeyes, mi sociedad de iluminados, podría bosquejar alguna acción, intentar algún avance, hacerse sentir de alguna manera por debajo de cuerda, de suerte que, a despecho de lo decaídos que sabía mis antiguos arrestos, y previendo poder participar de alguna forma en el combate que se insinuaba en el horizonte, me consagré por segunda vez en mi vida al estudio concienzudo del *De revolutionibus orbium Coelestium*, ahora, pues el de Lupercio Goltar había sido quemado en el consabido auto de fe, en un ejemplar de la edición de Basilea introducido clandestinamente, entre sus alforjas soñadoras, por el impresor Espinosa de los Monteros, y en efecto, al cabo de algunos meses, los dominicos de Santafé dejaron entrever el modo como, dado el enorme prestigio, e

incluso la privanza real de que parecía disfrutar el sacerdote Mutis, librarían su batalla, que iba a ser más bien de argucias, como toda batalla curialesca, y fue así como decidieron celebrar otras conclusiones, otros certámenes de fin de curso, enderezados a sustentar, a guisa de contraataque, la antagónica y antiquísima doctrina de Tolomeo, la misma según la cual la Tierra era el centro del universo, a cuyo alrededor giraban el sol y las estrellas, y para tal fin hicieron circular por la ciudad esquelas de convite, en las cuales se hacía constar la condición herética, contraria al *unanime consensus Sanctorum Patrum*, de toda enseñanza que predicara el movimiento terrestre, en tanto a Mutis le hicieron llegar una esquila diferente, más acorde con el deseo de Carlos III, expresamente notificado al sabio sacerdote, de que en las Indias se explicase en la cátedra universitaria la teoría de Newton, que presupone la de Copérnico, y el científico gaditano habría caído en la trampa que se le tendía, refrendando con su presencia la pervivencia del sistema tolemaico, a no ser porque pudo enterarse a tiempo de la mezquina jugarreta, cotejó los textos de las distintas esquelas y solicitó al virrey un requerimiento a los dominicos para que clarificasen su posición en beneficio de la instrucción de la juventud, circunstancia ante la cual los inquisidores se vieron obligados, no sólo a achacar a yerro material del amanuense las diferencias de redacción, sino a suspender el acto solemne previsto en la Universidad Tomística, y fue a partir del momento en que tales noticias nos llegaron a Cartagena que decidí pedir a los miembros de mi logia una acción coordinada para, en la medida en que el Santo Oficio fuera cediendo terreno ante la imposibilidad de contrariar al virrey, ni mucho menos al monarca, tratar de extender a nuestra ciudad los beneficios intelectuales de esta victoria de la razón, proyecto que planteé durante una reunión celebrada a plena tarde, un sábado, en la sala de mi refaccionado caserón, mientras Caléndula, por la ventana de marco volado, parecía embebida en la contemplación de unas murgas que atronaban con una horrible musicanga en la plaza, me parece ver al poeta José Mamerto Argüelles, con su riquísima casaca por cuyas mangas asomaba la espumazón eucarística de los encajes, regodearse por la actualidad que, en lo sucesivo, acompañaría a su poema astronómico, cuyos basamentos seguía yo garrapateando en la medida en que me lo permitían mis ojos, y debí proponer una moción de orden para retrotraer la conversación a sus intenciones iniciales, para hacerles ver que sería necesario redactar un brevísimo *Tractatus Astronomiae*, de corte newtoniano, para uso de escolares, a través del cual se pudiesen divulgar tanto la teoría de la gravitación como aquella de la atracción universal, contenida en el *De motu corporum*, según la cual la materia atrae a la materia, enunciado que a Argüelles, como no dejó de hacérselo saber, sugería todo un fragmento amoroso, en el cual las grandes masas estelares se subyugasen recíprocamente en la inmensidad del cosmos, así que debí hacerle ver que la finalidad de la logia era, sí, científica, y hasta estética, pero también, y en muy importante medida, política, y que la propalación de las nociones físicas de nuestros tiempos había de servirnos para remarcar la desuetud de los conceptos eclesiásticos

sobre el universo y la vida, y en consecuencia la necesidad de abrir las inteligencias a otra concepción del Hombre y de la Historia, razón por la cual sería necesario establecer contacto con los judíos de Willemstad, a fin de que nos procurasen, por el correo de las brujas, ejemplares de los libros más significativos de, por lo menos, Voltaire y Diderot, y vi en aquel momento los ojos de Caléndula, sus ojos negros y fulgurantes, mirarme desde el pretil de la ventana con extraña intensidad, no le hice caso y me ocupé de seguir asignando a cada cual el papel que había de corresponderle en nuestros movimientos futuros, era deseable que Espinosa de los Monteros se hiciese a la idea de que debería arriesgar un poco no sólo su prestigio, sino acaso su pellejo, imprimiendo aquel opúsculo en forma clandestina, esto es, sin el imprimátur de la curia, para cuyo objeto sería mucho más saludable fundir tipos completamente nuevos, a fin de que los inquisidores no lograsen identificarlos con los ya familiares de su imprenta, y así repartí las funciones, los despedí con una copa de jerez y pedí a Caléndula que me acompañase a la segunda planta, pues me encontraba en extremo fatigada, la niña emprendió conmigo el ascenso de las escaleras y, de pronto, volviéndose en el rellano, me acusó con voz rencorosa de mantenerla prisionera en aquella casona, yo era libre como una gaviota, me dijo, y de la noche a la mañana ese brujo negro de Bernabé habla con mis padres y resuelven atarme a las faldas de usted, que también es una bruja, que lleva y trae correo volando en escobas, pero le advierto que no estoy dispuesta a permanecer aquí toda la vida, o todo el tiempo que usted viva, pese a la poca vida que ya le queda, vieja bruja, ¡vieja bruja!, y se refugió a llorar en un rincón, mientras yo, sin saber qué decir, con el alma desolada, recordaba las mil y una veces que me llamaron bruja en el pasado, María Rosa, la mujer leprosa de los días del sitio, Marguerite, la justicia francesa, sí, sí, era mi destino, me acerqué a la niña, acaricié su pelo suelto, fragante a lilas, a rosas tempranas, le pregunté qué le había hecho yo de malo salvo pedir su ayuda porque estaba muy anciana y no podía valerme por mí misma, ¡mentira!, me gritó, lo que pasa es que teme a los aparecidos, a los espectros de la gente a la que asesinó con sus pócimas, esto decía cuando miré hacia el pasillo y me percaté, de súbito, de que María Rosa Goltar debía haber muerto, quién sabe cuánto tiempo hacía, en su convento de trinitarias de Roma, porque su espectro estaba allí, señalándome con el índice y riéndose a batiente mandíbula de mis miserias, parpadeé y ya no la vi, pero comprendí que ahora los fantasmas no iban ya a espantarme, que se rieran y que saltaran de un punto a otro en mi casa, qué más daba, ya no iba a temerles más, ¡valientes muertos éstos a quienes la muerte colocaba ante los misterios de la vida y sólo se preocupaban por andar asustándose por los corredores de la casa!, ¡que se fueran al diablo!, abrí una gaveta de mi tocador, saqué algún dinero, lo di a Caléndula, que aún lloriqueaba, y le dije que se marchara adonde le diera la gana, no la necesitaba más, sola había estado toda mi vida y sola podía quedarme, y sola permanecí, sosegada, inalterable, hasta las nueve de la mañana del lunes, cuando regresó Bernabé de Arjona con sus condenados quesos, y me trajo la noticia, recogida a su paso por la Plaza Mayor, de que el

escándalo de Santafé acababa de atemperarse gracias a una carta dirigida a José Celestino Mutis por los inquisidores, en la cual le hacían ver que él, mejor que ellos, sabía lo que eran algazaras de escuela, que en suma, por más que vociferásemos y llenásemos los papeles con voces extrañas como epiciclo, excéntrico, concéntrico, elipsoide, centrífugo, centrípeto, o pares jeringonzas, la verdad de las cosas sólo Dios la sabía, pero agregaban algo realmente asombroso, y era que, si Mutis así lo prefería, los dominicos defenderían el sistema de Copérnico en sus conclusiones, ya que para ellos resultaba ahora indiferente el sistema que defendieran, afirmación en la cual era fácil advertir su despecho por la intervención del virrey Guirior y su comprobación de que el sacerdote científico venía respaldado con toda la fuerza del poder real de Carlos III, que en realidad, y lo digo *sotto voce*, es la influencia de la Logia de Madrid, que en este lance nos ganó a los emisarios de la Gran Logia, me pareció pues que debería reunir otra vez, sin tardanza, a la mía y pedir a los afratelados premura en la acción, pues nos encontrábamos en una coyuntura magníficamente excepcional y, en cambio, sólo tuve tiempo de pedir a Bernabé que los alertara a toda prisa, pues tres golpes en la puerta y la demanda de abrir en nombre del Santo Oficio bastaron para hacerme comprender que la ingrata de Caléndula, por ganar unas monedas de oro, había deslizado sus rencores por la ventana de las confidencias, no abrí hasta asegurarme de que Bernabé había saltado la cerca del patio, los encapuchados dominicos levantaron ante mí sus cruces de plata, se me conminó en nombre del Altísimo y de su Hijo Crucificado a deponer mi soberbia, marché entre frailes orantes y gentes que se persignaban al ver la escena, y aquí estoy, señor fiscal fray Juan Félix de Villegas, hace dos años me tienen aquí, llevándome y trayéndome de esta celda a la cámara de torturas, o no sé si es a ella, a la bruja de San Antero, a quien en verdad traen y llevan, y ya les he dicho, todas las veces que así lo desearon, que en las sesiones de mi logia, los nombres de cuyos demás integrantes la denunciante anónima no supo dar, ni yo habré jamás de revelarlos, cabalgábamos en efecto sobre diablitos hipostasiados en cerdos, y usted aprieta el torno, señor don Julio César de Ayala, gran torturador, y yo le digo, o no sé si es la bruja de San Antero quien lo hace, que sosteníamos comercio carnal con íncubos y súcubos, y suspende los anillos, y le revelo que, como lo aseveraba fray Pedro de Valderrama, prior del convento de San Agustín de Sevilla, cuando por descuido, acaso en forma de interjección, se nos escapaba el santo nombre de Jesús, los espíritus malignos desaparecían, tal es el poder de aquel conjuro, y me pone en el potro y le confieso que robábamos tierra y huesos del cementerio para mezclar nuestros potajes, y me desgonza el cuerpo y he de informarle que aprendí la brujería en Tolú, y que sé volar en escobas, pero más no voy a informarle, señor fiscal, otra traición como aquélla de encubrir el encuentro con Leclerq en las playas de Zamba, otra felonía no voy a cometer, así que máteme de una vez, como va a matar también a esta bruja de San Antero, a esta sabia mujer a la cual, de sentirme más joven, habría llevado a mi lecho, porque creo que la amo, y que siempre ha sido bello el infierno como destino, y el cielo para los mediocres, así que

déjese de preguntar más patochadas, ya sé que la anónima denunciante, a quien bien me conozco, informó que mi casa atraía los rayos y centellas del cielo, y que ustedes han encontrado allí, sobre el tejado, un artefacto diabólico, el mismo que me obsequió al despedirme en Norfolk ese diablillo de Rutherford Eidgenossen, pero no diré más, métanse ese artilugio de Satanklin por sus fondillos sacrosantos, si eso les complace, y sanseacabó, ustedes saben muy bien lo que en verdad palpitaba en la logia, porque se incautaron las cartas de François-Marie, han decomisado también los libros enviados clandestinamente por los judíos de Willemstad, se han escandalizado ante las pinturas de Rigaud, en una de las cuales hay una mujer desnuda, la Venus Calipigia de las hermosas nalgas o la Anadiómena de irradiante sexo que surge de las aguas y que soy yo, señor torturador Ayala, pues fui muy bella aunque usted se permita dudar, y en otra de las cuales creen ver a una niña con signos diabólicos en sus ojos áridos y anegados de trasmundo, allá ustedes, su memoria es demasiado cara para mí y no la entremezclaré en nuestros mezquinos coloquios, también creen que es una marca del aquelarre la que llevo en mi hombro, que no es otra que la flor de lis, que el lirio heráldico de los reyes de Francia y también de la ciencia humana, allá ustedes, no daré explicaciones, no diré una palabra más, no diré que mi verdadera culpa, la que he pagado con la ignominia de una vida entera, fue la de haber callado un día, hace muchos años, para encubrir las ilusiones de un soñador, todo ello irá a parar conmigo, bien lo sé, en la hoguera, tiempos hacía no alzada en esta plaza que con su sangre defendió mi padre, aunque algo sí podría decirles, y es que ese papa Pío VI que acaba de trepar al trono pontificio, cuyo nombre en el siglo fue Gianangelo Braschi, bailó conmigo en una plaza de Roma un baile cifrado que José Celestino Mutis o el virrey Guirior habrían podido comprender también, y si pudiera enterarse de que sus esbirros y verguetas me torturan y hacen todo género de maldades, fletaría una embarcación y vendría en persona a poner punto a esta comedia, y que nuestro embajador en Francia, ese mismo conde de Aranda que hasta hace poco ocupó la presidencia del Consejo y prohibió a los inquisidores inmiscuirse en la jurisdicción civil, de poder verme en estos potros me haría un signo masónico y se inclinaría, antes de liberarla, ante la fundadora de la Logia Matritense, ríanse todo lo que quieran, es la verdad y no me importa si me creen o no, a la postre no tengo esperanzas ni deseos de librarme de ustedes, pues sólo espero ya la muerte, gran consuelo de los vencidos, y sólo quiero que me dejen a solas con mi amiga, cuyo advenimiento a mi vida predijo el famoso Henri de Boulainvilliers, a quien ustedes desconocen, con mi amiga que vence el poder del espacio y me muestra cómo mi camarada George Washington empuña las armas contra las casacas rojas, contra las espaldas ensangrentadas, contra la opresión británica, cómo Voltaire es objeto en Francia, finalmente, de una apoteosis, y vence el poder del tiempo y lo que ve no habré de revelarlo, pero no será bueno para nuestros torturadores, como en cambio sí debo afirmar, porque en ello casi me va el honor, que no es la referencia a esas manchas nubosas, la de Andrómeda, la de Magallanes, que son, según Swedenborg,

nudos de estrellas, lo que hay de herético en la sinopsis que hacía, cuando me prendieron, con destino a cierto poema cósmico, sino quizás la mención del planeta Genoveva, de ese brillo aceitunado que aún quisiera poder entrever en el ocaso, porque su descubridor fue un verdadero brujo, un brujo en todo el transmutor sentido de la palabra, un poeta, un muchacho ingenuo, y rómpanse, inquisidores, la cabeza tratando de desentrañar esa rara alusión, porque la bruja de San Antero, hundiendo la mirada en su lebrillo, me ha revelado que, en efecto, esa lucecilla quieta y fría corresponde a un séptimo planeta, al cual por desdicha no conocerán los tiempos futuros con el nombre con que lo bautizó su verdadero descubridor, pues probablemente, según mi sabia amiga, habrá de ser llamado Georgium Sidus, para adular a algún rey, o quizá planeta Urano, no en reconocimiento de sus inquietantes influencias uránicas, sino para respetar la nomenclatura inspirada en el panteón grecolatino, con lo cual nadie volverá a desvelarse por su existencia, como lo hicimos aquellos muchachos de 1697 que hoy somos polvo o preparativos para el polvo, aunque alguna simiente vaya, qué remedio, a quedar de nosotros cuando mis discípulos resuciten, algún día, mi sociedad de iluminados, mi pequeña logia de la plaza de los Jagüeyes, y ya no cantes más, Bernabé, porque aquí todo acaba, porque es ancho e indiscernible el oleaje de sombras que se avecina, cállate ya y no sigas, allá afuera, en la calzada donde todos se mofan de tu llanto, con tu blanca no me dejes, no me hagas llorar, pues ni siquiera ese bribón vestido de jesuita que vino a verme para tentarme con la libertad, majadero al punto de ser incapaz de recordar que los jesuitas están proscritos de las Indias, pudo con sus frases seductoras embaucarme, porque le dije vete de mi vista, habitante de zahúrdas, maestro de tretas, tarde te acordaste de mí, tarde pensaste en la tejedora de coronas, que ya teje la suya propia, y él sólo atinó, antes de darme la espalda, a lanzar un escupitajo que formó en el piso un círculo de fuego, y yo reí de espléndida gana, y rió la bruja de San Antero, rió, sí, con harto buen humor, ella que mañana, cuando el sol se apague en el crepúsculo y brille lejano y pérfido el planeta Genoveva, vestirá un sambenito donde se represente un busto sobre ascuas, rodeado de llamas, un cucurucho cónico con diablos pintarrajeados y una coraza con alegorías grotescas, mientras una multitud delira de gozo maligno en la Plaza Mayor y algunos vecinos sacan al arroyo los asientos de sus salas para alquilarlos a quienes deseen contemplar con comodidad el espectáculo, y de la capilla de este palacio inquisitorial saldrá con ella la procesión de la Cruz Verde, a cuya cabeza marcharán, de dos en dos, con un cirio encendido en la mano, los miembros de todas las comunidades religiosas de Cartagena de Indias, y tras ellos los comisarios, consultores y empleados del Santo Oficio, con sus secretarios, el alguacil mayor, el fiscal, luego un fraile dominico que llevará, bajo un palio de terciopelo negro, una gran cruz verde de madera, cubierta con crespón enlutado, detrás de la cual irán los músicos de la Inquisición, entonando el *Vexilla regis*, y llegarán con fúnebre lentitud a la gran plataforma, adornada de negro, con su altar de doce velas, mientras tocan a difunto las campanas de la Catedral, y la bruja

de San Antero será obligada a sentarse, solitaria, en las gradas, y subirá a su tronín el fiscal fray Juan Félix de Villegas, que habrá portado en el cortejo el estandarte de la Santa Inquisición, hecho de damasco carmesí, con el negro escudo de armas de la Orden Dominicana y las armas reales bordadas en oro, momento en que harán aparición, por el otro extremo de la plaza, entre agudos pífanos y redoblantes tambores, las engalanadas autoridades civiles, para tomar en sus manos la ejecución de la condena, pues es sabido que el Santo Oficio jamás ajusticia a nadie, y que se jacta de no haber nunca derramado una gota de sangre, y una vez formalizada la relajación al brazo secular, cierto fraile dominico, con su hábito blanco, subirá a una tarima que hará las veces de púlpito y, leyendo el texto sagrado, pedirá a los presentes desconfiar de los falsos profetas, que vienen vestidos de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces, porque no se recogen uvas de los espinos ni higos de los zarzales, sino que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo los produce malos, así pues por nuestros frutos nos conocerán, y a medida que vaya hablando, los esbirros municipales atizarán la gran hoguera, a la cual, no bien concluya el sermón, será lanzada mi buena amiga, mi bruja fatuaria, para que no quede de ella sino el horrible alarido en que hasta el Papa de Roma había de prorrumpir si se le arrojase al fuego, pero que los concurrentes interpretarán como el grito del alma en el instante de ser arrebatada por Satanás, sí, esto ocurrirá mañana, mas no sé si es la bruja de San Antero o si seré yo misma la víctima elegida, el cordero elegido, pero creo que será ella, pues para que llegue mi turno deberá brillar en el cielo de Cartagena, en ese cielo que escudriñó Federico Goltar con una pasión y con una esperanza tan ardientes, la luna llena de abril, bajo la cual podré despedirme de mis recuerdos y de mis fantasmas inclementes, para ver cómo se incorporan mi fantasma y mi recuerdo a la espesa sombra de la muerte y de los muertos, y comprender entonces que, así como con todos los rostros que conocí podría ahora componer la semblanza, veleidosa o soberbia, de mi siglo, así con los semblantes de los hombres habidos y por haber habrá de integrarse, al final de los tiempos, el verdadero rostro de Dios.

Bogotá, julio/septiembre, 1969

Cartagena, mayo/junio, 1971

Nairobi, noviembre 1977/enero, 1978

Bogotá, octubre, 1980/abril, 1981



GERMÁN ESPINOSA (Cartagena de Indias, Colombia, 30 de abril de 1938 - Bogotá, 17 de octubre de 2007). Doctor en Humanidades, se desempeñó como diplomático, periodista y profesor universitario.

Entre sus novelas se encuentran: *La balada del pajarillo*, *La lluvia en el rastrojo*, *Los cortejos del diablo*, *El magnicidio*, *La tejedora de coronas*, *El signo del pez*, *La sinfonía del nuevo mundo*, *La tragedia de Belinda Elsner* y *Los ojos de basilisco*. Entre sus libros de poemas se encuentran: *Letanías del crepúsculo*, *Canciones interludiales*, *claridad subterránea*, *Reinvención del amor*, *Coplas*, *retintines* y *regodeos de Juan*, *el mediocre*, *Diario de un circunnavegante*, *libro de conjuros*. Entre sus libros de relatos breves: *La noche de la Tropa*, *Los doce infiernos*, *Noticias de un convento*, *el naípe negro* y *Romanza para murciélagos*. Entre sus libros de ensayos: *Guillermo Valencia*, *Luis Carlos López*, *La liebre en la luna* y *La aventura del lenguaje*. Dos biografías: *Lino de Pombo* y *Federico Lleras Acosta*. Libros de crónicas: *Crónicas de un caballero andante* y una farsa teatral *El Basíleus*. Ha sido traducido distintas lenguas europeas y orientales.